

REVISTA CHILENA.

REVISTA  
CHILENA  
FUNDADA

POR

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI

Y

DIEGO BARROS ARANA.

---

TOMO XVI.

---

SANTIAGO.

—  
IMPRENTA DE LA REPUBLICA.

Jacinto Nuñez, editor,

—  
1880.

---

## TEGUALD.V

---

### I.

El Gualebo es un riachuelo angosto i poco profundo que corre manso i cristalino sobre un cauce de suave pendiente i verde como las esmeraldas. Sus márgenes floridas están cubiertas con mantos de verdura, coposos arrayanes, sábanas de pintados pastos, arbollillos llenos de enredaderas, fragantes flores que embalsaman el aire con sus perfumes, i frescas verduras que prueban la rica fertilidad de esas tierras las mas poéticas de Chile. A lo léjos, bosques de robles seculares, de almendros jigantes, de manzanos e higueras salvajes, de canelos odoríficos i de naranjos eternamente coronados de blancos azahares, se elevan soberbios i majestuosos sobre un suelo siempre húmedo, pocas veces iluminado por los rayos del sol. Las copas de aquellos árboles sirven de asilo a cantores jilgueros que matutinamente saludan la aurora con alegres melodías i llenan el espacio de armónicos sonidos, a pidenes del color de la noche que recojen los últimos resplandores del dia i saludan las tinieblas con acento lúgubre i quejumbroso, a nucos que buscan la oscuridad i modulan canciones de mal agüero, i a una muchedumbre de aves de diversas clases i colores que forman conciertos celestiales. Mas léjos todavía de estas cuestras, campos i quebradas se destacan admirables, maravillosas, las altas cimas de la cordillera de los Andes que pierde su cabeza nevada en lo azul del cielo.

A las orillas del Gualebo i en los dinteles de un bosque vecino, en diciembre de 1556, existía un villorio indijena, sencillo i bullicioso, en el que vivían en pleno estado de naturaleza centenares de indómitos araucanos nacidos para el amor i la guerra. En el centro de esa aldea se empinaba una choza pajiza i mesquina en donde tenía sus reales el jefe de la parcialidad, Bracol, cacique valiente como todo el que abre sus ojos en las selvas de la Araucanía. A su lado vivían sus mujeres i sus hijos. Entre éstos descollaba como el copigue en la floresta, la hermosa Tegualda.

Tegualda era la niña mas linda de Arauco. Una cabellera crespa, lustrosa, del color de la noche envolvía cual manto de seda largo i espeso sus mórbidas espaldas i su pecho voluptuoso; sus ojos como dos negras estrellas ardían brillantes i melancólicos en su faz morena i lijeramente cobriza; sus labios eran rojos como la flor del granado i sus dientes blancos como blanco marfil; mejillas llenas i encendidas, un cuerpo muelle, esbelto, excitante i de formas esculturales cerraban el conjunto de aquella Vénus de la Araucanía.

Su alma i su corazón guardaban estrecha armonía con aquella belleza física tan rara entre los indios. Su carácter era bondadoso, sus pasiones aunque violentas eran nobles, sus instintos suavizados por la mano de Dios carecían de la jenial ferocidad de los seres incivilizados, su intelijencia sin cultivo, en estado de virjinidad poseía sin embargo un vigor natural i precosidad innata, su imajinacion era arrebatada i fantástica como la de todos los descendientes de Lautaro i Caupolicán.

En el día cosía mantas, arreglaba la comida, preparaba licores jenerosos, cortaba frutas, cantaba *yaravies* con voz plateada i sonora, podaba los árboles que daban sombra bienhechora a su choza i sembraba flores al rededor. Tegualda estaba en la edad color de oro en que no se vive mas que en eterna primavera i no se abriga mas que eterna esperanza: tenía diez i seis años. ¡Feliz edad, sin tempestades, sin espinas, sin amarguras; feliz edad en que se desconocen las acerbias impresiones de la vida i en que se vé la muerte tan lejana, tan sumamente lejana que parece no existir!

¡Diez i seis años i todavía no había sentido las tiernas emociones del amor; diez i seis años i todavía no había derramado una lágrima, no había dejado escapar un suspiro, no se había desvelado un segundo por un amante; diez i seis años i todavía su corazón de

fuego no habia sentido esas hondas impresiones, esas rápidas palpitaciones, esos sublimes arrebatos que causa un hombre que se adora con frenesí, con locura! Cosa increíble en esa naturaleza ardiente, esa juventud lozana i robusta, ese pecho que tenia tantas lavas como un volcan, ese espíritu sensible i soñador. Tegualda, sin educacion social, sin instruccion, sin una relijion que morijerese sus inclinaciones, con un cerebro libre como el águila, con un alma abierta de par en par a toda clase de sensaciones, era un tipo mui semejante al de Selika, a esa Selika que por el amor podia sacrificar cuanto se espera, cuanto se desea, cuanto se posee. Era una salvaje sublime como tantas que nos recuerda la historia o la leyenda, como Pocaontas i como Norma.

Muchos mocetones de apuesta i jentil figura, tan gallardos como heróicos, peleaban bizarramente en las batallas para poder poner un laurel en sus pies de querube; todos querian sobresalir en fuerza, en intelijencia, en elocuencia para atraerla i conmover su naturaleza al parecer de hielo; vespertinamente regalaban ya una flor recojida en lo mas fragoso de la montaña, ya un dorado pingueda, un broche de oro, una piedra preciosa. Los intrépidos araucanos en cuyo pecho arden juntas la llama del amor i del heroismo, que saben igualmente morir i amar, que no reconocen mas ideales que la mujer i la guerra, temblaban de cólera i emocion al detenerse estupefactos ante aquella vírjen hija de las selvas i los bosques, ante aquella paloma cuya cuna fué mecida entre leones. Bracol le aconsejaba que diese guerreros para defender en el porvenir a la patria en peligro de ser dividida i deshonorada, que buscase un esposo a quien alentarle en el combate con su voz, su enerjía i su ejemplo. Bracol, como buen indio, dedicaba las fuerzas de su personalidad a la salvacion de la patria. Ante la patria, las riquezas, el amor, las mujeres, los hijos, el poder, todo era paja que arrasaba el viento, ilusiones que evaporaba la realidad, cenizas que llevaba la brisa en su soplo fugaz.

¿Por ventura Tegualda, la fogosa, la ardiente Tegualda, no tenia corazon?

Cada dia que pasaba, era un descendiente de toqui o cacique que se empeñaba en atraerla; cada hora era un suspiro, una queja erótica, un romance, que iba a herir sus oidos. ¿Por qué esa águila, permanecia aprisionada por su propia voluntad?

## II.

La muerte de Lautaro acaecida en noviembre de 1556 hizo temblar a los araucanos de desesperacion. La rabia rebalzaba en sus pechos, centellaba como el rayo en sus miradas. La infausta noticia se propagó rápidamente entre las filas de esos guerreros, levantando una tempestad en cada corazon, ocasionando una confusion sorda i siniestra, despertando en ellos iras i deseos de venganza que se manifestaban en gritos de angustia, en amenazas, en un murmullo imponente como el que producen las olas alborotadas por el viento.

La independenciam era en peligro, la patria ceñía en su frente negro crespon de luto, el territorio que guardaba a sus padres i que los habia visto nacer estaba invadido i pisado por el extranjero, la idea de próxima esclavitud se presentaba a la vista como tirano que traía una cadena para cada araucano. Pedazos de huesos i de cráneos de españoles corrian de mano en mano. Los bárbaros se valian de estos objetos execrables para llamar a la guerra.

Se convino entre los caciques celebrar un parlamento de guerra el 25 de diciembre de 1556. Desde el 20 un centenar de toquis, jefes de parcialidad i guerreros de nota principiaron a llegar a la cita, entre los cuales vinieron Bracol, sus esposas i Tegualda. Así como cada arista de leña aumenta el fuego de una hoguera, cada araucano que llegaba multiplicaba el furor bélico i hacia mas grande la tormenta.

Al asomarse la aurora del 25, en un ancho campo cerca de Concepcion, una gritería inmensa, majestuosa como el rujido de las fieras en el desierto, semejante a la que se dejaba oír en el Perú cuando se descubria el velo que cubria a los incas que visitaban sus dominios, anunciaba a gran distancia la apertura de aquella cámara infernal. Es preciso, como dice un cronista, trasportarse a la atmósfera en momentos que mil truenos estallan por segundo, para tener una idea cabal de los parlamentos araucanos.

Entre la turba de caciques i jefes se distinguía uno llamado Pilgueno, grueso i alto, de nariz roma, de ojos negros, boca ancha i grande, cabeza redonda, frente espaciosa, de apuesta i osada planta, de voz ronca como la voz de la tempestad, de corpulencia de Atleta, melena crespa i larga como la del leon. Tendria 25 años. Discutía acaloradamente con Caupolicán, mirándolo fijamente con

sus pupilas de fuego i proponiéndole mil planes de campaña, cual mas audaz i terrible. Aquel intrépido mancebo parecia la imájen de la patria. Su palabra era elocuente, fogosa, contundente, fascinadora. Era un Mirabeau nacido en las selvas de la Araucanía. Discutía con ese convencimiento, ese calor, ese noble entusiasmo, que dan las grandes causas, las grandes ideas, los grandes arrebatos del espíritu humano. Pedia guerra pronta, rápida, certera, llevada sin vacilaciones, tremenda como el Dios de la venganza, sangrienta como lo necesitaba la patria.

Después de tres días de acalorada discusión, de orjías i borracheras, se acordó guerra atroz, inaudita, en armonía con el deseo de sangre i esterminio que ardía en los pechos. Guerra de bárbaros, guerra de fieras, guerra de vándalos.

### III.

Pero, lo que este parlamento tiene de interesante es que de allí nació un idilio de amor, furioso como la discusión que reinó en él. Tegualda, al escuchar las alocuciones guerreras de Pilgueno, creyó ver en él algo nuevo, excepcional; creyó percibir al través de las sucias mantas que lo cubrían un alma jenerosa i audaz, intrépida i osada, capaz de soberbios arrebatos i de inspirados proyectos. En su virgen corazón principió a operarse revolución misteriosa i repentina, que turbaba su mente, agolpaba la sangre en su cerebro, daba mas brillo a sus ojos, producía un deseo inexplicable en su alma: era el amor que comenzaba a quemarla con sus llamadas. Sintió palpitaciones que nunca había sentido, se creyó como cómplice de un crimen oculto, experimentó necesidad de algo que no podía explicarse, perdió la alegría i el contento, se creyó perseguida por una sombra, tembló como paloma que se tiene en la mano, soñó despierta, se rió sin saber por qué, lloró a causa de dolor desconocido: eran las inocentes manifestaciones del primer amor. Turbada, pensativa, con la mirada baja, roja de pudor, se acercaba a Pilgueno i le regalaba ya una bebida preparada por sus propias manos, ya una flor cojida en el bosque, ya un tejido.

Pilgueno, por su parte, apesar de su constante preocupacion en la guerra que lo absorvía por completo, pudo leer en los húmedos ojos de Tegualda lo que experimentaba, pudo ver las olas que se agitaban bulliciosas en su jóven corazón, pudo desengañarse que era amado i por la mujer mas linda que había visto.

Cuando a los diez días se separaron llevaron ámbos una flecha clavada en lo mas sensible del corazón.

## IV.

Las parcialidades en que vivían los amantes estaban separadas por el Gualabo, arroyo de plata que serpentea puro i transparente, entre dos largas filas de árboles, que humedecían en él sus largos ramajes i sus hondas raíces. Seculares espinos encorvados con el peso de los años, como abatidos ancianos, parecían buscar nueva juventud, nuevo vigor en las ondas cristalinas del manso hilo de agna. Numerosos peces jiraban en su tersa superficie, se asomaban i ocultaban simultáneamente, nadaban describiendo círculos caprichosos i levantando blancos copos de espuma, jugaban alegres i festivos como niños traviesos, luciendo sus plateadas escamas i sus rojos hocicos.

Pilgueno diariamente traía a Tegualda ofrendas de su amor; diariamente entoraba a sus oídos *yaravies* araucanos empapados de poesía i ternura; diariamente loco, delirante, fuera de sí, le comunicaba el fuego que lo quemaba, en un abrazo, en un beso apasionado i frenético. Tegualda le correspondía con esquisitos licores que hacía de frutillas secas, con tortas de maíz, con frutas recojidas en lo mas fragoso del bosque i con mantas de variados colores.

En las frescas i espléndidas tardes de primavera solía salir con él i se dirijían al arroyuelo a pescar o, mas bien dicho, a gozar del mútuo amor con mas libertad i sin mas testigos que la muda naturaleza.

Todo admira e impresiona en esos instantes de supremo placer: la luna, los árboles, la brisa, el aroma de las flores, el triste cantar de las aves; todo abisma: la atmósfera que se pierde en el infinito, el puñado de soles que ruedan en el vacío, las cordilleras que se elevan como los jigantes de granito de la fábula, en cuyas crestas heridas eternamente por el rayo habitan las águilas i los cóndores, esos reyes del espacio inmenso; todo llama al amor: el misterioso murmullo que forman las hojas al ser mecidas por el viento, el melancólico correr de las aguas, el fugaz aleteo de las aves perdidas, la imponente calma de la noche, el bello azul del cielo.

¡Cuán bello, cuán poético es ver como centro de ese universo a dos amantes!

Una de esas noches tan felices se paseaban solos a las orillas del

Gualebo. La luna rielaba tranquila i radiante en un cielo que parecia paño azul salpicado de oro; el riachuelo corría juguetón i rumoroso salpicando sus riberas con blancas espumas; los Andes majestuosos iluminados por los rayos del astro de la noche parecían estar cubiertos de colosal sábana de plata; los pinos, los almendros, los robles, desplegaban en sus ramajes el lujo opulento i hermoso con que se manifiesta la primavera.

Los torneados brazos de Tegualda, su pecho desnudo i voluptuoso, su cuello cobrizo i redondo, su pelo deshecho en mil anillos de ébano, sus miradas amorosas como idilio de amante trovador, sus sonrisas vagas, indecisas que ruedan sobre sus labios rojos como sangre recién vertida; todo en aquella mujer entusiasmaba, hacia delirar, estaba llamado para excitar las pasiones mas frías. Pilgueno de pié, estupefacto, inmóvil como estatua de mármol, la miró fijamente. Tegualda se rió con inocencia i saltó al cuello del rei de sus ensueños, apoyando la cabeza en el hombro izquierdo de Pilgueno. Esa pareja sublime se estrechó como unida por anillo de acero. Los dos corazones se oyeron mutuamente palpar. Se sentía una sola respiración, un solo suspiro. Sus dos almas se hicieron una.

—Te amo, Tegualda.

—Te amo, Pilgueno.

—Voi a ser del todo feliz, ¡oh! Pillan que rejis los mundos, ¡oh! diosa de la noche, sed testigo de nuestro amor. Desde que te ví, lucero de los bosques, mi corazón reboza de amor, corre fuego por mis venas. La guerra nos aniquila, amenaza concluirnos o hacernos esclavos. Tegualda, muramos amándonos. Hace diez años que no me preocupa mas que mi patria. Nadie, solo tú, puede decir que la he amado. Venid, disolveos en mi alma, luz que brilla mas que el sol, estrella entre las estrellas, flor que llena de aromas estos valles floridos.

—Creí que mi corazón era de hielo, pero te ví, te amé i siento que me consumo en una hoguera. No pienses en los enemigos, piensa solo en tu Tegualda, así como ella no piensa mas que en su Pilgueno. Olvida a la patria i acuérdate solo de mí.

—No digas eso, la blasfemia no debe estar en los labios de un ángel: a tí i a mi patria las uno, las confundo en un mismo sentimiento, en un mismo amor. He nacido para seguir paso a paso las felicidades i desgracias de esta querida tierra de Arauco. Al no

querer amar es porque tengo el terrible presentimiento que voi a morir mui jóven, a la edad de Lautaro.

—¿Tú, morir?... Nó...Nó...Vivirás i me amarás...

—Sí,...te amo; dejemos a un lado, cabemos ancha tumba a los anuncios del espíritu i jurémosnos amor eterno, un amor que viva mas que esas montañas, que viva mas que el odio que el araucano tiene a los invasores de su patria, a los que incendian sus chozas, violan a sus hijas, talan sus campos. Mañana, al despuntar la aurora, te pediré a tus padres i nos casaremos.

—Sí, nos casaremos.

—Tegualda mia, hasta mañana.

—Pilgueno mio, hasta mañana.

Un beso de fuego selló aquel adios sublime.

## V.

Dejemos a los novios preparando su matrimonio i volvamos al campamento español.

A fines de 1556, la ciudad de Santiago era el centro de profundas discordias entre Villagra, Aguirre i la Audiencia, a causa de no saber quién debia suceder en el mando a Valdivia.

La revolucion intestina estaba en su mayor acaloramiento en momentos que Lautaro avanzaba a marchas forzadas sobre la capital a la cabeza de una horda de bárbaros, hambrientos de venganza. En peligro tan inminente, Villagra impuso el mando i salvó a la colonia a las orillas del abismo.

La muerte de Pedro Valdivia i la revolucion de los conquistadores llegó mui abultada al Perú, donde gobernaba el virei don Andres Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, quien organizó inmediatamente una espedicion al mando de su hijo don García Hurtado de Mendoza, con el título de capitán jeneral interino.

Don García se embarca, llega a Chile, aprisiona a los revolucionarios, pone en órden la administracion, parte en pocos buques al sur, desembarca a principios de 1557 en la isla Quiriquina, se dirige a la costa firme con 130 soldados, elije un campo cercano al mar, construye el fuerte de Penco, espera allí a la caballería que viene por tierra i se prepara a llevar la guerra al corazon mismo de la Araucanía. La construccion del fuerte fué sencilla: se cortaron en los bosques árboles inmensos i se enterraron a un metro de profundidad, esto les sirvió de muralla; cabaron ancho i hondo

foso al rededor; cubrieron de estacas afiladas las cercanías para destrozár los desnudos pies de los bárbaros; erizaron de cañones las troneras que hicieron en la parte superior.

## VI.

En febrero de 1557 la parcialidad del Gualebo acudió alegre i entusiasta al matrimonio de Tegualda i Pilgueno.

En agosto del mismo se recibió la noticia del desembarco de los españoles.

Grande, mui grande fué la indignacion que experimentaron los araucanos al ver la audacia sin ejemplo de los conquistadores que venian a encastillarse en los umbrales mismos de sus cabañas. De todos los ángulos de Arauco, millares de guerreros acuden presurosos a las armas. Una serie de anuncios i profecías corrian de boca en boca: pájaros nocturnos modulaban cantos siniestros sobre las chozas de los caciques; frecuentes tempestades i luces que revoloteaban por el aire en la noche, descubrian la influencia de divinidad enemiga de la independencía araucana; los *machis* se presentaban a los corrillos i decian que de entrañas de víctimas frescas salia hediondes profunda; el vuelo de las aves era al revés que el de costumbre; estremecimientos subterráneos conmovian los corazones i la tierra; se susurraba por lo bajo que habia aparecido una especie de toro monstruoso, con cuernos de acero, que arrojaba torbellinos de fuego por las narices i la boca, i que corría como celaje por las faldas de las montañas.

Miéntas tanto se acercaba, sombrío, fatal, el dia señalado para la marcha de los ejércitos.

En la noche anterior de la partida, en la choza de Pilgueno, se representó una tragedia propia de Racine.

—Hijo querido, esposo mio, no vayas a la guerra,... puede que mueras,... i me dejas sola en el mundo, sin luz en las pupilas, sin fuego en el corazon, sin esperanza en el alma. Te amo mas que cuando juntos pescabamos en el Gualebo... Te amo Pilgueno..... Quédate...

—La patria me llama. Antes que Arauco sea encadenado necesito morir. No vean mis ojos la esclavitud. Quiero morir; pero, morir libre como he nacido, libre como cuando domaba potros en la selva, libre como cuando me casé contigo, libre como esas aves

que llenan el bosque de sonidos, libre como esos peces que se asoman en el Gualabo.

—Tu esposa tambien te llama... Acuérdate de mi juventud..... ¿Para qué te casastes si tenias la cruel resolucion de hacerme feliz un momento i herirme despues con arma peor que el rayo enemigo? ¿Para qué turbastes este lacerado pecho? Hace un año que solo pienso en tí, que en mis sueños no veo otra figura que la tuya, que te tengo vivo en mi corazon, que lloro al imajinarme que te puedes morir primero que yo... Que hable el Gualabo,... que hable ese bosque que me ha visto llorar,... que hable ese campo sobre el cual he corrido desesperada,... que hable toda la naturaleza, muda testiga del amor mas grande que ha tenido humana criatura... Ingrato,... compadécete de una pobre niña,... cuyo padre, cuyos hermanos... van a la guerra i que no le queda en la tierra mas esperanza que su esposo... Pilgueno compadécete de tu Tegualda,... de esa indiecita que te ama tanto.

—Tegualda, Tegualda mia,... no me enseñes a cobarde. Por mis venas corre ardiendo la sangre de Lautaro. He jurado por el honor araucano vengar su muerte. ¿Acaso no sabes que sobre nuestro amor está la patria, ensangrentada, cubierta de cadenas, vestida de luto? ¿Qué no oyes el clamor de mil hermanos esclavos que piden libertad? ¿Acaso no tienes luz en tus ojos para ver nuestras chozas quemadas, nuestras sementeras arrasadas, las tumbas de nuestros abuelos ultrajadas, convertidas en asilo de aves de rapiña?... Estoy dispuesto a morir por tí; pero tambien por mi cuna i mi raza.

—Nó, nó, primero estoi yo. ¿Quiéres morir sin siquiera dejarme un hijo con quien llorar mi eterna desgracia?... Nó,... no te irás Pilgueno... Dime ¿Qué no sabes lo que es el amor de una araucana? I no respondes... Vas a ejecutar un homicidio i te quedas frio e inmóvil como momia... Por ventura, ¿dudas que si te encuentro muerto en una batalla,... estas manos que te detienen en mi hogar,... temblarán al despedazar las entrañas que habian de formar i alimentar a tus hijos?... ¿Qué no sabes que el amor ciega como el crimen?... Tú has jurado vengar a Lautaro, yo tambien juro,... atiende,... juro que si te apartas me abro las arterias que me dan vida.

—Tegualda,... muramos entónces juntos;... pero, que no se diga que Pilgueno ha estado en brazos de una mujer miéntras la patria sucumbia.

Al decir estas palabras el intrépido araucano saca una flecha i se iba a traspasar cuando Tegualda i Bracol, que habia llegado a los gritos de su hija, detienen el brazo del suicida.

*Bracol.*—¿Qué es esto? ¿Qué sucede?... Hablad Tegualda. ¿Por qué tu esposo quiere atentar contra su existencia i en vísperas de una batalla que decidirá de los destinos de Arauco?

*Tegualda.*—Padre mio,... compadécete de una hija infortunada... Decidle a Pilgueno que no vaya a la guerra... Lo amo tanto, padre mio, que no podré sobrellevar desgracia tan grande... Sí,...mi corazon me lo dice,..... Pilgueno, si va muere,..... i a tu hija en tal caso no le queda otro recurso que imitarlo...

*Bracol.*—Primero que tú está la patria. Si muere cumple con un deber sagrado. ¿Cómo no ha flaqueado este pecho despues que seis hijos han sido muertos en el campo de batalla i que cuatro de mis mujeres han sido arrebatadas i ultrajadas? ¿Cómo es que estos brazos envejecidos i cubiertos de cicatrices no tiemblan al tomar las armas? ¿Cómo no vacilo al marchar al lado de mis compañeros i sin poder ni siquiera ver a mis enemigos porque ya la luz falta a mis ojos? Si tu esposo muere, llora, nó su muerte, sino el no tener hijos para vengarlo. Estas canas mas blancas que esas nieves que cubren los Andes le han salido a tu padre en defensa de su patria. Que no se diga que una hija de Bracol llora porque su marido va a luchar por la independenciam de Arauco. Tu deber, el deber que te imponen tu padre i la sombra de tus antepasados, es alentar a Pilgueno, es afilarle su lanza i preparar sus armas. Pilgueno: decidete a morir en mis manos o a ir al combate.

*Pilgueno.*—Voi.

*Tegualda.*—Te sigo,... hasta la muerte.

## VII.

Caupolican, «el valiente entre los valientes,» a la cabeza de numeroso ejército, en la alborada del 10 de agosto de 1557, atacó heroica i vigorosamente el fuerte de Penco, que estaba situado en una cuesta de difícil asalto i rodeado de quebradas, peñascos i pinos gigantescos que detenian como gran muro el empuje de los araucanos. Sin embargo, a despecho de los obstáculos que ofrecia la naturaleza, atacaron en tres columnas cerradas con el ímpetu del leon i la rapacidad del tigre.

Visto el foso i el muro, al fiero asalto  
 Dada la seña, todas tres movieron  
 Esgrimiendo las armas de tal suerte  
 Que a nadie reservaban de la muerte.  
 Unos con ramas, tierra i con maderas  
 Ciegan el hondo foso presuroso:  
 Otros que mas presumen de lijeros,  
 Hacen pruebas i saltos peligrosos,  
 I los que les tocaba ser postreros:  
 Tanto el ir adelante procuraban  
 Que dentro a los primeros arrojaban.

Los nuestros sobre el muro amontonados  
 Los rebaten, impelen i maltratan,  
 I con lanzas i tiros arrojados  
 Derrumban jente abajo i desbaratan:  
 Mas pocos los demas amedrentados  
 La difícil subida no dilatan,  
 Antes procuran luego embravecidos  
 Ocupar el lugar de los caídos.

(Ercilla.—2.<sup>a</sup> Parte.—Canto 19).

El sublime cantor de *La Araucana*, el inmortal Ercilla, nos dá a conocer en los versos copiados el choque entre indios i españoles. En verdad fué espantoso.

Despues de un dia entero de sangrienta i encarnizada lucha, los indios huyeron i los españoles cantaron victoria. Millares de cadáveres quedaron tendidos i llenaron borde a borde el profundo foso; espesa capa de trozos humanos tapó la superficie del suelo en gran estension; torrentes de sangre humeaban por doquiera; fetidez sepulcral salia de aquella hecatombe horrorosa; los cuerpos de millares de barbaros, convertidos en asquerosa llaga, yacian agrupados como piras, como montes; los rostros, saltados los ojos, abierta la boca i perdidas las facciones en polvo i sangre, parecian caricaturas monstruosas de seres humanos. Aquel era un banquete opíparo para las aves de rapiña. Aquel era el reino de la muerte.

## VIII.

Una noche oscura como una tumba, nebulosa, helada como la

hoja de un puñal, ocultó entre sus negras sombras ese cuadro sangriento; densa i húmeda neblina perdió como en un abismo los objetos a la vista; los montes, los árboles, el fuerte, se hundieron envueltos en aquel inmenso prisma de agua evaporada i suspendida sobre la tierra como gran cortina de gasa blanca; un viento frio, entumecedor, soplaba ríciamente, produciendo ruidos sordos i misteriosos; los campos floridos parecian estar vestidos de fúnebre sudario; solo uno que otro suspiro de algun moribundo interrumpia el solemne silencio de la naturaleza.

Los españoles, azotados por la fatiga i el hambre, se quedaron profundamente dormidos. Solo Ercilla, que estaba de guardia, tenia los ojos abiertos: quizá entintaba su pluma en sangre para dar un colorido sangriento a la descripcion de esa batalla; quizá buscaba la fúnebre inspiracion de los sepúlcros en aquella confusa mezcla de muertos, en aquella huesa horrorosa; quizá lloraba ante los restos de tanto valiente que moria entusiasta i alegre por su libertad e independenciam; quizá, en fin, tributaba un aplauso de admiracion i tejia coronas de laureles para aquellos osados araucanos que con tanta bizarría sabian morir. El sensible corazon del noble poeta latia presuroso en el pecho. El grito siniestro de nocturnas aves de rapiña, que humedecian sus corbos picos en la sangre de las víctimas, que se enredaban entre las ramas de los pinos i que aleteaban con estrépito, lo conmovian i llenaban de terror. Cualquiera ruido, la pesada respiracion de algun compañero, el ahullido de algun perro doméstico, el sonido que producen las gotas de agua al caer de los árboles, todo, todo lo intranquilizaban. Ercilla era supersticioso como buen español.

Estaba en estas alternativas de susto i calma, de miedo e inspiracion, de sueño i delirio, cuando oye sollozos tristes i lejanos, suspiros quejumbrosos que venian del foso, pasos pesados i lentos, un ruido extraño como si se moviesen los cadáveres. Se levanta presuroso, pone la mano en la empuñadura de su espada i avanza. Al traves de la bruma ve a un ser raro, indescifrable, especie de fantasma que se arrastra en cuatro pies, que separa un cadáver de otro i que pronuncia con voz débil i temblorosa un nombre. ¿Quién es? ¿Será algún araucano herido i sediento que bebe sangre? ¿Alguna sombra infernal que se pasea ufana sobre la carnicería?

Yo de aquella vision mal satisfecho,  
 Con un temor, que ahora aun no lo niego,  
 La espada en mano i la rodela al pecho,  
 Llamando a Dios, sobre él aguijé luego:  
 Mas el bulto se puso en pié derecho,  
 I con medrosa voz i humilde ruego  
 Dijo: señor, señor, merced te pido  
 Que soi mujer i nunca te he ofendido.

(Ercilla)

¡Una mujer a esa hora i entre cadáveres! ¿Quién es? ¿Qué busca? Es Tegualda i busca el cuerpo de su marido muerto en el asalto. La pobre indiecita traia un cántaro con agua i alimento.

## IX.

Hemos dicho que Tegualda habia seguido a su marido; ahora bien, apénas supo su muerte se fué al campo a recojer su cadáver. El noble Ercilla le suplicó le contase su vida, i compadecido de tanto infortunio le dió aposento esa noche. Al siguiente dia la ayudó a buscar el cuerpo de su querido esposo i la acompañó hasta lejana cuesta.

Tegualda quedó sola con los restos de Pilgueno. Lo tendió en la tierra, le lavó el rostro con sus lágrimas, deseó darle vida con sus abrazos de ternura i sus besos de amor, lo acercó contra su pecho, le puso el oido en el corazon con la frágil esperanza de escucharlo latir, le curó las heridas, humedeció sus labios rojos con agua, le abrió los párpados i lo miró fijamente. Nada. Pilgueno quedó frio, helado, vidriosa la pupila, insensible la tez, inmóvil el corazon, fétida la boca. Carecia del fuego voraz del dia anterior; ese pecho estaba silencioso; en esos ojos apagados no centelleaba la luz divina de la intelijencia; en aquellos labios no corrian lijeras sonrisas; en aquella pálida tez no quemaba la sangre de ardiente juventud.

La pobre indiecita lo tomó en sus brazos i se quedó dormida. Mas pudo el cansancio que el dolor. Pero, el despertar fué como el despertar del leon. Abre desesperado ancho hoyo i coloca en el

fondo el cuerpo de Pilgueno. En seguida, loca, aturdida, palpitante de cólera, jadeante, dice: Pilgueno, te juré por la sombra de Lautaro que si morias me abriria las venas. Ved como cumple una araucana su juramento.—I saca un puñal, se abre el pecho i se sepulta todavía viva.

Santiago, setiembre 16 de 1877.

JULIO CÉSAR.

---

## DON MARCELINO MENENDEZ PELAYO.

(APUNTACIONES BIBLIOGRÁFICAS).

---

Una de las mas tristes consecuencias producidas por la lectura de los libros franceses que señorean hoi por hoi nuestra naciente literatura, es sin duda el desconocimiento casi universal i completo en que vivimos respecto de la vida literaria de la Península, cuyos mas reputados escritores i poetas apénas si son conocidos de reducidísimo grupo de literatos, eruditos, aficionados i admiradores del jenio siempre fecundo de la patria de Calderon i Lope, Ercilla i Cervántes, Santa Teresa i los dos Luises. Intelectualmente, vivimos los chilenos mucho tiempo há de la savia, no pocas veces malsana, que nos envia la Francia, reina absoluta de la moda que va estendiendo sus dominios a todas las esferas de la actividad humana, i que a poco que nos descuidemos hará de nosotros, mas que tributarios, parasitos. ¿Quién ha de leer libros españoles? Hablamos de la decadencia de España como se habla de un dogma por el mas respetuoso creyente i aceptamos así el argumento de autoridad con la fé del carbonero. I sin embargo, es lo cierto que estamos condenando sin oír i haciéndonos reos de culpable desidia que nos sume en errores sin nombre. Por de contado que la Península atravesó por corta pero tristísima época de moral e intelectual decadencia, que han exajerado con pinturas embusteras los enemi-

gos de España; época que la dejó enferma de uno como *atarvismo* que la empujaba a seguir el mezquino sendero de antepasados decrepitos; sino que aquel Lázaro oyó por buena fortuna resonar en sus oídos la voz de «Levántate i anda;» i álzase ya vigoroso i robusto, ganoso de alcanzar las altas rejiones que dominó por dos centurias con soberano e incomparable brillo. Digan cuanto quieran los apasionados escritores franceses que de España abominan: óciense Dumas i sus mentirosos discípulos en denigrar con falsas anécdotas a la que fué rica fuente de inspiración maravillosa para el gran trájico Corneille i el mismísimo Molière: la verdad principia a abrirse paso i a su luz ruedan en tierra las viejas mentiras con que a España anonadaban los adoradores de la insustancial galiparla. Conociéramos mejor a aquella nacion mas desgraciada que culpable, supiéramos cuán jenerosos i constantes esfuerzos viene haciendo años há por recuperar el antiguo codiciado solio, i cierto confesaríamos que la literatura peninsular contemporánea, léjos de merecer nuestros desdenes, dignísima es del mas atento estudio, dado que deseemos aún conservar los ricos tesoros que nos legaron nuestros padres en todos los ramos del saber humano.

Háme inspirado las anteriores reflexiones, que podria espaciar sin trabajo i de cierto con provecho para muchas intelijencias bien intencionadas pero mal dirijidas, el haber visto en el penúltimo cuaderno de la *Revista Chilena* un erudito artículo de don Marcelino Menéndez Pelayo. El cual artículo, debajo de modestísimo título, encierra noticias de mucha valía para el estudio de la métrica castellana, aparte de tal cual vacío que es sensible no se haya detenido a llenar el sabio escritor. Entre esos vacíos he lamentado principalmente el que se nota respecto de *Los principios de Ortología i Métrica de la lengua castellana* publicados por el ilustre Bello en 1835, respecto de los cuales refiere en alguna parte nuestro distinguido historiador i literato don Miguel Luis Amunátegui que, habiendo la Academia Española proyectado componer un tratado de métrica, don José Joaquin de Mora declaró en plena sesion de aquel ilustre cuerpo ser escusado trabajo semejante, pues la obra estaba ya hecha. I en efecto: apoyó su tesis presentando un ejemplar de la *Métrica* de Bello. El hecho es significativo i manifiesta la altísima estima en que la propia España tiene la obra del americano ilustre cuyo nombre resuena con aplauso en ámbos mundos. ¿Cómo, pues, no tiene para ella una palabra el señor Menéndez Pelayo? ¿No la conocia, por ventura? Ignorancia imposible o

dificilísima por lo ménos en un erudito de parte del galano escritor peninsular. Mas ahí está el hecho que ha causado mi estrañeza i que denuncia un olvido de todo en todo injustificable; porque si la Península i la América latina tienen un Arte Métrica digna de tal nombre, a don Andres Bello lo deben. I pues se trata de este trabajo verdaderamente notable, bien será advertir de pasada algo respecto a la teoría del sáfico i el adónico. Enseña Bello que la forma métrica del sáfico, así como la del adónico, tienen acentuada la primera sílaba; por manera que en estos versos:

Dulce vecino de la verde selva,  
Huésped eterno del Abril florido,  
Vital aliento de la madre Vénus,  
Céfiro blando,

solo son perfectos sáficos el primero i el segundo, i adónico el cuarto, porque el adónico tanto como el sáfico, en su forma típica, reclaman un acento necesario en la primera sílaba. No parece entenderlo así Menéndez Pelayo, que da poca importancia o mas bien ninguna al susodicho acento del sáfico. Véanse sus palabras: «La lei del *laverdaico*» (verso de nueve sílabas), «como la del sáfico, es inflexible. El segundo va acentuado en cuarta i octava: el primero en segunda, sexta i octava.» Nótese por el pronto un yerro que creo de copia, pues el sáfico no tiene acento rítmico en la sílaba octava, sino en la décima: *Huésped eterno del Abril florido*. I en seguida, las líneas transcritas dan a conocer qué entiende el escritor español por sáfico: para él, éste no lleva sino dos acentos rítmicos. Creo yo que se equivoca i que Bello está en lo cierto; i si los poetas pasan muchas veces por el primer acento rítmico del sáfico sin respetarlo, es por las dificultades con que aún los buenos versificadores tropiezan en la forma típica: el mismo dulcísimo Villegas no siempre las venció, como a mayor abundamiento los versos que de él se citan por modelos lo prueban.

A otras observaciones daria aún lugar el interesantísimo artículo del señor Menéndez Pelayo; pero ya me alejarían mui mucho del único objeto que encauza estas desatinadas líneas, a saber: el de dar algunas noticias acerca del escritor peninsular i sus obras.

Porque ¿es acaso conocido entre nosotros el autor de las *Noti-*

*cias para la historia de nuestra métrica*, que reprodujo esta *Revista* i que se publicaron, si la flaca memoria no me engaña, en la *Revista contemporánea* de Madrid en 1875? Sí lo será para uno que otro literato; mas de juro le oye nombrar por vez primera la gran mayoría del público; i por ventura muchos habrán dejado de leer su interesante trabajo porque no vieron al pié firma popular i entre nosotros reputada. ¿Qué mucho? El público chileno se compone en gran parte de lectores para quienes la firma es base primera de criterio; i a ser ella desconocida, o por nueva o por otra circunstancia que no allega desmedro, poco laureada, ya tendrá para roto el artículo si quiere ser leído.

Pero es el caso que don Marcelino Menéndez Pelayo merece, i por muchos i notabilísimos títulos ser, no sólo conocido, sino detenidamente estudiado. En el cuerpo de un niño encierra el caudal de un sabio; i cualquiera que ha leído sus obras, inclinado se ve a creerlas el fruto de las largas veladas de un benedictino cuya calorosa mente no han podido enfriar las nieves de los años. I sin embargo, Menéndez Pelayo es hoy mismo un niño, prodijio verdadero de ciencia, asombro de propios i estraños, gloria de las españolas letras, brillante realidad, pero aún más brillante esperanza para cuando adquiera todo el reposo que da el estudio marido con la esperiencia de los años. Literato, crítico, filósofo, poeta es tambien polemista de extraordinaria pujanza i ya ha peleado buenas i felices batallas con escritores españoles de tan jeneral nombradía como Azcárate, Salmeron, Revilla, Perojo i otros varios, que sostienen i propagan con mas talento que fortuna la desmañada i babilónica filosofía Krausista, enjendro espantoso que en su propia patria, Alemania, desprecian, i que ha venido a encontrar prosélitos ¡en España! donde hasta el idioma de Cervántes con sus inimitables bellezas le rechaza. Erudicion vastísima i sólida, juicio claro i seguro, conocedor profundo del idioma, que maneja con deleitoso desenfado, esquisito donaire i sin igual maestría, Menéndez Pelayo cuenta apénas *veintitres años*, o cuando mas *veinticuatro*, i es ya autor de obras capaces de honrar a un sabio que hubiese encanecido en el estudio. Literatos i sabios distinguidísimos han hecho dél elojios que parecerian por todo extremo hiperbólicos si no estuviesen clara i poderosamente fundados. Así, el señor Laverde i Ruiz, filósofo, crítico i poeta, que «ha puesto la primera piedra en la reconstruccion del pasado científico i filosófico» de España; el mismo a quien tan merecidos elojios ha

tributado Menéndez Pelayo, dice de éste que «él solo vale por un ejército» para defender el pasado científico de España, i agrega en carta al erudito jóven: «Si yo me voi, queda en pié Ud., jóven alentado, corazon sano, cabeza potentísima, para continuar la tradicion de mis ideas i proyectos i conducirlos todos a feliz término i remate.» El mismo docto escritor asegura que Menéndez «ha dado muestras de estar cortado por el patron de los Nebrijas, Vives i Brocenses;» que «el caudal de doctrinas i de noticias (muchas harto nuevas); la madurez i penetracion de juicio; la destreza polémica; el órden ámplio i desembarazado, i la soltura, orijinalidad i abundancia de estilo que ostenta en sus *Cartas*, hácenlas dignas de ponerse con los dechados del jénero en nuestra lengua;» i que es «maravilloso en un jóven de veinte años» (esta edad tenia Menéndez Pelayo cuando en 1877 publicó sus *Cartas intitulas Polémicas, indicaciones i proyectos sobre la ciencia española*, i de estas cartas habla Laverde i Ruiz) «tal conjunto de cualidades, que pocas veces aparecen reunidas.» Como poeta, le llama «émulo de Burgos; i el propio don Juan Valera, el mas erudito de los críticos de la España contemporánea, hablando de los *Estudios poéticos* de Menéndez Pelayo (julio de 1878), espresa que el mérito de éste no necesita encomio, i dice que el poeta «es un mozo de veintidos años, mui estudioso i aplicado, con mas trato de libros que de mujeres i con mas aficion al estudio que a los deportes;» mas adelante observa que es aquel no sólo poeta «sino pensador, filósofo i prosista fecundísimo» i que «tiene admirable facilidad para el trabajo; pero su ardor, su fuga, su impaciencia son mas admirables, si bien le perjudican a veces. Se diria que todo lo quiere hacer a escape. I en verdad que a escape lo hace todo. No se comprende de otra manera cómo en los pocos años que lleva de vida ha escrito, ha leído i ha aprendido tanto. No es de estrañar que haya a veces algo de endeble i desmayado en sus traducciones, como v. gr.: la traduccion de *La jóven cautiva* de Andrés Chénier, la ménos dichosa de todas, i que se queda a cien leguas de la composicion orijinal, quizá la mas bella del poeta galo-greco i una de las mas bellas que en francés se han escrito. En cambio.. en otras traducciones es el señor Menéndez insuperable.» Otro crítico español, Caminero, le proclamó «gloria nacional,» i frai Seferino Gonzalez, filósofo tomista de gran nombradía, actual Obispo de Córdoba, dice de Menéndez que «atendidos su estraordinaria erudicion, su criterio recto i bastante seguro, podrá ser con

el tiempo una gloria del Catolicismo i de España, i una espada terrible a los adversarios de la patria i de la Iglesia.»

Pero ántes de apuntar otros juicios mas estensos i explícitos favorables a Menéndez Pelayo, quiero dar algunas muestras de su poesía, como mas adelante las daré de su prosa, sea en polémicas, sea en tranquila disertacion filosófico-histórica.

En el ya recordado artículo que reprodujo el penúltimo cuaderno de la *Revista*, Menéndez Pelayo hace allí memoria del malogrado poeta catalan, muerto a los veinticinco años de su edad, don Manuel Cabanyes. A él dedica en sus *Estudios poéticos*, (tan elogiados por el ilustre académico don Leopoldo Augusto de Cueto, que puso al volúmen una admirable carta-prólogo) una oda cuyo principio es el que se verá en seguida

Feliz quien nunca en la acordada lira  
al poder tributó venal incienso  
ni elevó al sólio de opresores viles  
su profanado canto.

¿Por qué de Horacio el numeroso acento  
adula el sueño al opresor del mundo?

¿Por qué soñada alcurnia en su alabanza  
teje de Mantua el vate?

Feliz quien nunca en el murmureo alcazar,  
su voz hiriendo rejios artesones,  
himno entonó que servidumbre inspira,  
preso en dorados lazos.

Feliz quien nunca del iaquieto vulgo  
el furor exitó, temió las iras,  
ni arrastró, de su musa, desgarrado  
el manto por las playas.

Odio patricio i ambicion insomne  
el brazo armaron del terrible Alceo:  
envenenó la Némesis plebeya  
de Beranger el alma.

Maldicion para aquel que en muelle halagó  
vierte en su ritmo corrupcion infame  
i las flores de Chipre regaladas  
torpemente deshoja.

Donde se ve con cuánta maestría maneja el poeta las galas del

idioma i cómo le es fácil dar de mano a los atractivos de la rima gracias a la armonía incomparable de esos endecasílabos a cuya entonación poética i perfume filosófico no le hacen mucha ventaja los tercetos de la *Epístola moral*. Mas adelante, describiendo a Cabanyes i hablando de sus aficiones estéticas, parece haberse representado a sí propio, como acertadamente observa el señor Valera:

Tú la belleza con afán buscaste  
como a los griegos se mostró i latinos,  
mórbida i rica, trasparente i tersa,  
cual de Páros el mármol.

Dieron el tono a tus audaces himnos  
de Ofanto el cisne i el cantar de Tórmes,  
robusto Alfieri, Fóscal indomado,  
lucitano Filinto.

I cual la abeja del ameno Tibur,  
flores libando en los verjeles todos,  
sonó tu voz en Laletania fértil,  
madre de trovadores.

Bastan estas breves muestras, agregadas a la en mi sentir un sí es no es ménos afortunada con que da remate a las *Noticias para la historia de nuestra métrica*, para probar que Menéndez Pelayo es todo un poeta, de inspiración clásica i robusta, bien que un tanto cuanto pagano en sus predilecciones, como lo hacen entender sus *Estudios poéticos*, en las cuales abundan las traducciones de poetas jentílicos al modo de Virjilio i Horacio, Teócrito i Sinesio, i aún no faltan versiones de epicúreos como el cantor del poema *De rerum natura*. Menéndez Pelayo no sólo ha vertido en magníficos versos castellanos, en el juicio de críticos autorizados, a los clásicos griegos i latinos, sé que también poetas ingleses, franceses, como Byron, Chénier, i aún italianos i portugueses, sin que ello impida que, al pulsar la lira con en otros no acostumbrada inspiración, haya campado muchas veces en las rejiones de la gaja ciencia por su propio respeto.

Quiero ahora trascribir algo de lo mucho que se ha dicho por escritores ya ilustres, en elojio i honra de este sabio de veintitres años, que ha recorrido las mas famosas bibliotecas de Europa buscando con que saciar su inestinguible sed de saber i acopiando el

tesoro de sanas doctrinas que puesto le da hoy entre los mas renombrados sabios, no sólo de España, sino de Europa. El señor don Alejandro Pidal i Mon, digno heredero del nombre i la ciencia del ilustre marqués de Pidal, periodista fecundo i galano, orador elocuentísimo, filósofo eminente, se expresaba en los siguientes términos al hablar desde las columnas de *La España* (1877) de Madrid del libro *Polémicas, indicaciones i proyectos sobre la ciencia española*: (1)

«No hace muchos años que los eruditos i laboriosos investigadores de los tesoros literarios que encierran nuestras bibliotecas, paraban su atención, solicitada por tan extraño espectáculo, en un jóven, casi un niño, que con un in folio en pergamino o con algun empolvado manuscrito delante, tomaba de cuando en cuando apuntes en unas cuartillas de papel, con aquella naturalidad i desembarazo que acusan largos hábitos i gran familiaridad en el trato i manejo de tan veneradas antigüedades.

«La asiduidad con que concurría a su puesto, el carácter de letra de los manuscritos que estudiaba, el idioma en que estaban escritos los libros que pedía, unido con su tierna edad e infantil aspecto, despertaban de tal modo la curiosidad de los observadores, que en breve se esparció el rumor de que un nuevo erudito, raton de bibliotecas i tragador de polvo i de polilla, iba a salir a luz en la patria de los Gallardos i Calderones, Gayangos i Hurones.

«Testificaba tal apreciación el relato de varias anécdotas que corrian entre los aficionados. Contábase el caso acaecido a uno de nuestros literatos mas ilustres, encargado de comentar los poetas españoles del siglo décimo octavo, i en *cuyas* laboriosísimas investigaciones no habia podido dar con el códice manuscrito de cierto fraile poeta, viéndose obligado a consignarlo así en la obra e inclinándose al parecer de que tales versos no existían; cuando dias despues recibió una carta suscrita por desconocido nombre, en la que se le indicaba la biblioteca, la sala, el armario, el estante i el legajo en que los tales desconocidos versos dormían el sueño del olvido. Maravillóse, al parecer, nuestro literato: corrió al sitio que se le indicaba, con gran desconfianza i temor de ser juguete de una broma, i halló en el mismo punto señalado las obras del poe-

---

(1) *Polémicas, indicaciones i proyectos sobre la ciencia española*, por don Marcelino Menéndez Pelayo, doctor en Filosofía i Letras. Con un prólogo de don Gumercindo Laverde Ruiz, catedrático de Literatura en la Universidad de Valladolid. Un tomo en 8.º de XXIX—292 pájs.

ta; inquirió diligente las señas de la casa del Colon de aquellas desconocidas rimas i fuéle a visitar agradecido. No le halló en ella i decidió esperarle. Introdujéronle en una reducida habitacion colmada de papeles i libros; i cuál no sería su asombro cuando, pensando hallarse con un hombre provecto, cuyas canas justificasen su sabiduría bibliográfica, se encontró, cuando de vuelta ya nuestro erudito, penetró por fin en su habitacion, con un jóven imberbe, vestido con una chaquetilla i con mas trazas de jugador de morro o de las cuatro esquinas, que de espolvoreador de archivos i desenterrador de códices apolillados. Entablaron conversacion animada sobre puntos oscuros de nuestra literatura; i horas despues, segun es fama, salia el insigne literato haciéndose cruces de ver compendiada tanta erudicion en tan cortos, aunque tan bien aprovechados años.

«Estos relatos i otros como la noticia de que en un solemne certámen abierto por una rica casa editorial, i de que fueron jueces nuestras notabilidades literarias mas ilustres, sólo se habian considerado dignas de premio dos obras, i abiertos los pliegos en que venia el respectivo nombre de su autor, se encontraron los jueces con que ámbos trabajos llevaban *el mismo nombre*, que no era otro que el de nuestro jóven, vinieron a aumentar nuestros ya vivos deseos de conocerle, deseos mezclados con el temor de que fuese el tal jóven uno de esos prodijios de memoria en quienes la casi total ausencia de entendimiento abona la teoría de que una facultad se desarrolla siempre a espensas de las otras, i justifica el dicho vulgar de que la memoria es el talento de los tontos.

«Conocimosle por fin una noche en unas modestas veladas literarias, en que no para hacer aparatosos alardes de postizos conocimientos, sino para estudiar i dilucidar detenidamente las cuestiones mas importantes que nos ofrece la historia científica i política de nuestra patria, nos reuniamos algunos jóvenes deseosos de aprender, i algunos ancianos de nombre ilustre en la república de las letras. Tratábase aquella noche de la decadencia de España en el reinado del último representante de la casa de Austria i de su renacimiento en el del primer representante de la casa de Borbon; i habiendo hecho uso de la palabra personas ilustradísimas que habian estudiado de propósito el tema, i algun sabio encanecido en el estudio de la historia patria, parecia ya agotado el asunto, cuando, el que esto escribe, rogó al jóven recién presentado, que hasta entónces habia permanecido silencioso, que dijese algo de su

cosecha sobre el particular, aunque ya nada nuevo pudiese, al parecer, decirnos.

«Escusóse con natural modestia al principio; pero vista nuestra insistencia, usó de la palabra *incontinenti*, i sin afectacion ni pretensiones i en un estilo claro i llano, i con un lenguaje castizo, desarrolló con tal novedad, profundidad i estension el tema, demostrando tal copia de erudicion, tan serena crítica i tanto ingenio que desde entónces quedó para nosotros inconcuso no sólo que el jóven en cuestion, ademas de una erudicion vastísima hija de largos i concienzudos estudios, poseia profundos conocimientos científicos, puestos todo al servicio de un entendimiento sólido i elevado, sino que la tan decantada decadencia literaria de España en el reinado de Cárlos II i su tan ponderado Renacimiento en el de Felipe V, era uno de tantos lugares comunes sin fundamento inventados por la pasion i propalados por la ignorancia, como corren de boca en boca por los labios de los eruditos a la violeta del presente siglo.

«Pocos dias despues, en el despacho del director de *La España Católica*, escuchábamos atentos unos cuantos aficionados a la literatura, unas magníficas composiciones poéticas debidas al mismo jóven. Eran versiones escrupulosamente hechas de los clásicos griegos i latinos, i de los mas afamados poetas italianos, ingleses, franceses, portugueses i lemosines, i aquel mismo dia i en la misma *España Católica* veia la luz el primer artículo de aquella larga serie de estudios acerca de los jesuitas españoles en Italia, que tanto llamaron la atencion de los críticos i en los que tan soberanamente se demostraba lo atroz del desafuero cometido contra el saber, no ménos que contra la justicia, la virtud i la relijion, por aquel acto que ha calificado la historia de *bárbaro* por boca de los mismos corifeos de la impiedad, que acaso por eso no vacilan en repetirlo.

«Por aquellos dias tambien adquirimos completas noticias de casi todos sus trabajos, publicados ya unos, inéditos otros i algunos por acabar todavía, i cuya sola enumeracion asusta, pues fuera bastante cualquiera de ellos a ocupar la vida de un hombre, si habian de ser desempeñadas con la conciencia que su asunto requería i con la que evidentemente los habia él desempeñado todos. Tales eran los *Estudios poéticos* a que ántes nos hemos referido; los *Estudios clásicos* de que forma parte *La novela entre los latinos*, precioso opúsculo que deja agotada la materia i que presentó el

autor como tesis doctoral al recibir este grado en la Facultad de Letras; el *Ensayo bibliográfico i crítico sobre los traductores españoles de Horacio*; el *Bosquejo de la historia científica i literaria de los jesuitas españoles desterrados a Italia* por Carlos III, de que ya hemos hecho mencion; los *Estudios críticos* sobre escritores montañeses, inaugurados con el tomo referente a Trueba i Corio; la *Biblioteca de autores españoles*, que ha merecido el nombre de «tesoro de erudicion biográfica i bibliográfica»; la *Historia de los heterodoxos españoles desde Prisciliano hasta nuestros dias*, digno pendant de la *Historia de los herejes italianos*, que con gloria suya i de la Iglesia ha dado a luz el inmortal César Cantú.

«Tales i tantas obras, fundamentales las mas de ellas, nos llenaron de admiracion ante el mero desarrollo de sus planes. Planes asombrosos por la vastedad de su estension, por el número i novedad de sus datos, por la naturaleza i copia de sus fuentes, por lo ordenado de su método i por la unidad de su pensamiento.

«I sin embargo, debemos decirlo, i lo diremos: nada de todo esto nos sorprendió tanto como la absoluta imposibilidad en que nos vimos de darle alguna noticia nueva, algun dato desconocido, alguna fuente ignorada, algun argumento o consideracion importante olvidada en el desarrollo de sus temas. Siempre que le apuntábamos el nombre de algun autor, el título de algun libro, las aseveraciones de algun crítico, la fuente de algun estudio, siempre nos confundia saliéndonos al paso, atajándonos en nuestra indicacion i completando todo aquello que le decíamos con nuevos hechos i razones, que nos probaban, que no sólo conocia aquel escrito o aquella obra, sino que los conocia a fondo i sabia distinguir, tanto en materia de erudicion como de doctrina, lo bueno i lo malo que en ellas se hallaba.

«I lo mas notable de este saber i de esta erudicion era que, como se echaba de ver en seguida, no habian sido adquiridos por segunda mano i en libros de referencia, sino en sus propias fuentes, bien fuesen éstas españolas o extranjeras, manuscritas o impresas, raras o comunes, antiguas o modernas; fuentes cuyo detenido análisis, así como el de sus comentaristas, traductores i plagiarios, nos hacía bajo el punto de vista filosófico de su doctrina, histórico de sus hechos, literario de su estilo, bibliográfico de su edicion i hasta *bibliománico* de sus ejemplares, si éstos eran raros.

«Así, sin exajeracion ninguna de nuestra parte, conocimos nosotros *hace tres años* al jóven don Marcelino Menéndez Pelayo,

natural de la provincia de Santander i de edad ¡de diezisiete años!»

Hasta aquí el notable filósofo, orador elocuentísimo i escritor de peregrinas cualidades don Alejandro Pidal i Mon, uno de los restauradores de la filosofía escolástica.

La cita, si larga, me parecia sobre todo interesante, ya que los elogios que contiene, por ser de quien son, tanto valen como una ejecucion de nobleza en favor del verdadero mérito. Alabanzas tan espontáneas, explícitas i entusiastas no se tributan, nó, a canijos escritoruelos que todo lo deben a las complicidades del compadrazgo. Los méritos reales, indiscutibles i aún innegables de Menéndez Pelayo proclamados están por sus propios enemigos filosóficos o literarios: hierofantes de la secta krausista española como Salmeron, i maestros de la misma como Azcárate, Revilla, Perojo i otros no han trepido en saltar a la arena para batirse con este niño que es al propio tiempo un sabio i salir despues de la lid corridos i avergonzados al ver que tan lindamente les zurraba un adversario a quien miraron con desprecio, i que con su pujante pluma los hizo esconderse mas de lo que convenia a sus olímpicos desdenes.

Todavía he de traer a cuento otra autoridad que pondere la valía del sabio Menéndez Pelayo. Es la de don Miguel Mir, escritor notabilísimo que en enero de 1877 escribia lo que sigue, al dar cuenta de la publicacion de las *Polémicas, indicaciones i proyectos*:

«El autor de este libro es un jóven en quien contrasta a maravilla el verdor de los años, *que no pasan de veinte*, con la grandeza del ingenio, la madurez del juicio i erudicion inmensa i bien aprovechada. En una edad en que los mas, o la gastan en devaneos i pasatiempos peligrosos, o si, estimulados por la pasion del saber, dedican al estudio sus mas nobles facultades, apénas han logrado formarse ideas claras de los principios o elementos de las ciencias, el señor Menéndez Pelayo ha publicado una obra que honraria a cualquier autor, cuya cabeza hubiese encanecido en el estudio i cuya pluma se hubiese ejercitado largos años en escribir sobre las cuestiones mas árdnas i difíciles.....

«En las *Polémicas, indicaciones i proyectos sobre la ciencia española*, de que vamos con mucho gusto a dar cuenta a nuestros lectores, resplandecen altísimas cualidades, erudicion extraordinaria, doctrina segura i bebida en buenas fuentes, agudeza de ingenio, estilo fácil, brioso i castizo, i una elocuencia viva, persuasiva, bri-

llante a veces, i siempre espontánea i natural. Empezado el libro, no hai soltarle de la mano. Sin sentirlo va uno leyendo pajina tras pajina, i ya se indigna con el autor, contra los despreciadores de nuestra antigua cultura, ya se sonrie al ver sacados a la vergüenza los disparates de nuestros modernos don Hermójenos literarios, pronunciados con la mayor seriedad i aplomo del mundo; ya se exalta i entusiasma al mirar algunos rasguños no mas del cuadro de la grandeza intelectual de nuestros mayores; ya aplaude i oye con cariño los proyectos del autor para dar a conocer los tesoros de nuestra riqueza científica a los lijeros, aturdidos i descastados nietos de aquellos ilustres varones por cuyas virtudes en ingenio se levantó España a la cumbre de la mayor prosperidad i grandeza a que ha subido nacion alguna, i de la cual, como bellamente decia en lúcido intervalo un escritor liberal, no nos queda mas que el polvo, que miramos con indiferencia.

«A tres puntos o cabezas pueden reducirse las materias tratadas por el señor Menéndez, como resulta del título de su obra. En las *Polémicas* vindica jenerosamente a nuestra nacion de la nota de ignorancia i abatimiento intelectual con que quieren deshonrarla algunos escritores, que sin duda por equivocacion han nacido en España. Como el cargo era gratuito, con citar media docena de nombres propios i los títulos de algunos libros que cualquier ocio puede leer recorriendo los estantes de nuestras bibliotecas, se hubiera venido abajo aquel castillo de viento, levantado por la ignorancia i osadía. Mas no se contenta con esto el señor Menéndez, sino que con caudal inmenso de erudicion hace ver el lugar preeminente que ocupan los españoles entre los cultivadores de las ciencias de las pasadas edades, poniendo en toda evidencia que, (como decia el P. Mariana), «los estudios de la sabiduría florecieron en España cuanto en cualquiera parte del mundo, i que en ninguna nacion tuvo la carrera mas abierta i patente, el valor i la virtud para adelantarse.» Por el largo catálogo de sabios ilustres que presenta el señor Menéndez, no habrá nadie que no quede de todo punto convenido de la estension, universalidad i eminencia de la sabiduría de nuestros antepasados, i de que es imposible escribir la historia de la civilizacion europea, sin tener en cuenta sus esfuerzos i adelantamientos intelectuales. (1) I si fuesen necesarios tes-

(1) Don Gumecindo Azcárate i don Manuel de la Revilla, poeta éste i filósofo krausista, escribieron en la *Revista contemporánea* de Madrid para negar la ciencia española, i llegó el último hasta afirmar que «en la historia científi-

tigos de fuera, ahí está el inglés Naltam, *protestante*, pero no krausista ni *constructor de ciencia*, que no creyó posible bosquejar esta historia sin dedicar largos capítulos a los sabios españoles.

«Por lo que toca a la filosofía, que es el blanco adonde principalmente acertan sus tiros los escritores que combate el señor Menéndez Pelayo, no sólo fueron eminentísimos los que la cultivaron en España, pero nos atrevemos a asegurar que han sido los primeros i mas excelentes del mundo i los que ejercieron mayor i mas eficaz influencia en las escuelas i universidades de su tiempo; i aún ahora la tienen eficasísima i preponderante.»

I agrega al terminar el entendido crítico:

«No terminaremos esta revista sin apuntar que a algunos ha parecido el estilo del señor Menéndez un tanto agresivo, desenfadado i mordaz, sobre todo cuando se las vió con los deslumbrados filosofantes krausistas. A nosotros nos parece que no hai razon para tal cargo. Es sabido que

El que escribe necedá  
Dalas a censo perpé.

«I si el loco por la pena es cuerdo, no lograria poco el señor Menéndez i cuantos se propongan satirizar la ridícula jermania de nuestros sabios flamantes, si consiguieran, ya que no traerlos al buen camino (porque esto solo Dios puede hacerlo), tener a raya su osadía, i librar al sentido comun i a la lengua castellana de los sustos que de vez en cuando les dan con sus lucubraciones estupidas.»

Lo dicho basta para que se comprenda la altísima valía del literato i erudito que he querido dar a conocer, al propio tiempo que despertar, destruyendo viejos errores i preocupaciones no ménos añejas, el amor al estudio de las producciones intelectuales de España, mas acremente tratadas que debidamente conocidas. Demos ya de mano a la cháchara insustancial i baladí de los autores

ca de Europa, no son *nada*» (los españoles); que la tan decantada filosofía española es un mito i que «en la historia de la filosofía puede suprimirse sin gran menoscabo la parte relativa a España.» Cojió la pluma Menéndez i escribió su admirable carta al Laverde, intitulada *Mr. Masson Redivivo*, de que no es sino erudicísimo complemento la otra carta *Mr. Masson Redimuerto*, vindicacion elocuentísima, apoyada en hechos i razones, de la ciencia española. Léanlas ámbas; sí, léanlas los que todavía estén creyendo en las pampiroladas de a ignorancia acerca del oscurantismo i la decadencia de España en sus mas gloriosos siglos.—*M. Scévola.*

franceses para beber sana i buena doctrina en la patria de los hombres de mayor empuje que han visto los siglos en todos los ramos del saber humano.

Agregaré que la *Novela entre los latinos* fué dada a luz en 1875, así como la serie de artículos que publicó en *La España Católica* sobre los jesuitas españoles en Italia. En 1876 publicó el primer tomo de los *Estudios sobre escritores montañeses* i sus *Polémicas, indicaciones i proyectos sobre la ciencia española*. Tenia ya en preparación su *Biblioteca de traductores españoles*, así como la *Historia de la estética en España* i la de los *heterodoxos españoles*, cuyo primer volumen comenzó a imprimir una acreditada librería de Madrid, en junio de 1879. El *Ensayo bibliográfico i crítico sobre los traductores españoles de Horacio* se publicó por la primera vez en una revista madrileña.

Precede a la *Historia de los heterodoxos españoles* un discurso preliminar, donde se deja ver la vastísima erudición del jóven autor i en que se leen los siguientes conceptos que dan idea del plan i estension del trabajo:

«El título de *Historia de los heterodoxos* me ha parecido mas jeneral i comprensivo que el de *Historia de los herejes*. Todos mis personajes se parecen en haber sido católicos primero i haberse apartado luego de las enseñanzas de la Iglesia en todo o en parte, con plena voluntad o por error involuntario, con protestas de sumision o sin ellas, para tomar otra relijion o para no tomar ninguna. Comprende, pues, esta historia:

«1.º Lo que propia i mas jeneralmente se llama *herejía*, es decir, el error en algun punto dogmático o en varios, pero sin negar, a lo ménos, la *revelacion*.

2.º La impiedad con los diversos nombres i matices de deísmo, naturalismo, panteísmo, ateísmo, etc.

«3.º Las sectas ocultas e iluminadas. El culto demoniaco o brujería. Las sectas idolátricas. Los supersticiosos, fatalistas, etc.

«4.º La apostasia (*judaizantes, moriscos, etc.*) aunque en rigor todo hereje *voluntario* es apóstata.

«Por incidencia habremos de tratar cuestiones de otra índole, entrar en la defensa de ciertos personajes calumniados de heterodoxia, poner en su punto las relaciones de ésta con la historia social, político i literaria, etc., todo con la claridad i distincion posibles.

«Tiene esta historia sus límites de *tiempo* i de *lugar* como todas.

Empieza con los orígenes de nuestra Iglesia i acabará con la última doctrina o propaganda herética que en España se haya divulgado hasta el punto i hora en que yo diese el último volumen. Largo tiempo dudé si incluir a los vivos, juzgando cortesía literaria el respetarlos, i mas en asunto de suyo delicado i espuesto a complicaciones, como que llega i toca al sagrario de la conciencia. Ciertamente que si en España reinara la unidad católica, en modo alguno los incluiría para que esta obra no llevase visos de delacion o libelo: cosa de todo en todo opuesta a mi carácter e intenciones... Para alejar toda sospecha prescindiré en esta última parte de mi *Historia* (con rarísimas escepciones) de papeles manuscritos, correspondencias, etc. Todo irá fundado en obras impresas, en actos públicos, en documentos oficiales. Lo mas desagradable para algunos, será el ver contadas i anotadas sus *evoluciones* de bien en mal i de mal en peor, sus falsas protestas de catolicismo i otros *lapsus* que sin duda tendrán ya olvidados. Pero *littera scripta manet* i no tengo yo la culpa de que las cosas hayan pasado así i no de otra manera.

«Por lo que hace a la categoría de *lugar*, este libro abraza toda España, es decir, toda la *Península ibérica*, puesto que la unidad de la historia, i de ésta mas que de ninguna, impide atender a artificiales divisiones políticas. En los mismos tiempos i con iguales caracteres se ha desarrollado la heterodoxia en Portugal que en Castilla. Estudiarla en uno de los reinos i no en el otro, equivaldria a dejar incompletas i sin esplicacion muchas cosas.»

Cuanto a la utilidad de una historia de la heterodoxia, cree el autor que se la encontrará por tres maneras:

1.<sup>a</sup> Como recopilacion de hechos curiosos i dados al olvido, hechos harto mas importantes que los combates i tratados diplomáticos.

2.<sup>a</sup> Como recuerdo de glorias literarias perdidas u olvidadas por nuestra inercia i negligencia.

3.<sup>a</sup> Porque como toda historia de aberraciones humanas, encierra grandes i provechosísimas enseñanzas, sirve para abatir el orgullo de próseres del saber i de la intelijencia, mostrándoles que tambien caen los cedros encumbrados a par de los humildes arbustos, i que si sucumbieron los Arnaldos, los Pedros de Osma, los Valdeses, los Enzinas i los Blancos ¿qué cabeza puede creerse segura de errores i desvanecimientos?»

I el pensamiento capital de la obra lo sintetiza así: «El jenio

español es eminentemente católico: la heterodoxia es entre nosotros accidente i ráfaga pasajera.»

I aquí voi a poner remate a estas perjeñadas noticias, que habrian podido ser mucho mas estensas, pero que he tenido que reducir por temor a los bostezos de quien me leyere. Pocos, si alguno, buscan mas afincadamente que yo cuanto se roza con el movimiento literario de España, esa gran nacion cuyo inagotable jenio pone respeto al mundo, porque siempre ha sido fuerza calumniarla para ver de vencerla, digan lo que quieren los peleles i tarambanas que apénas si tienen otra labor que la de repetir lo que en todos los tonos dicen hombres que han jurado no abrazar nunca la verdad. Quien quiera conocer cuán calumniada es la España, así en los pasados siglos como el presente i medir la altura de su ilustracion científica, artística i literaria, a par que los menguados puntos que calzan los enemigos de la ciencia i la filosofía española, que es decir los sempiternos declamadores sobre el *oscurantismo*, la *intolerancia*, la *Inquisicion*, i otros lugares comunes que hoi devoran con apetito golusmero los sabihondos de ciertas escuelas, lean las obras de don Marcelino Menéndez Pelayo, erudito insigne que a los veinte años logró llamar la atencion i obtener los aplausos de la Europa sabia.

MUCIO SCÉVOLA.

Santiago, a 22 de febrero de 1880.

---

## IR POR LANA...

### COMEDIA EN TRES ACTOS,

POR D. BARROS GREZ.

#### PERSONAJES:

EDUARDO: marido de

CLOTILDE: sobrina de

DOÑA LUZ: pretendiente de

DON ANTONIO: pretendiente de Clotilde.

JUANA: criada de Clotilde.

JOSÉ: criado de Eduardo.

EL CURA DE LA PARROQUIA.

DOS HERMANAS DEL CURA.

#### ACTO PRIMERO.

#### ESCENA PRIMERA.

**Don Antonio**—(*Entrando con un ramillete de flores en la mano*).

Eh? eh? Parece que no hai nadie en esta casa! (*Mira hácia todos lados*) Esto está solo, i no hai a quien saludar... Pero tanto mejor, porque así tendré lugar de quitarme el polvo i de arreglarme el peinado. (*Se sacude el polvo con el pañuelo, i se arregla la peluca delante de un espejo*) ¡Válgame nuestra Señora de Andacollo! ¡Como se me habia torcido el peluquin, con los vaivenes del coche!

Ha sido una felicidad para mí el no haberla encontrado al entrar. Arreglemos bien este peinado... i estas patillas, que tantas conquistas han hecho entre las hijas de Eva... Porque es menester que yo me presente ante ella *com il faut*. Sí, señor, a las mujeres se las cautiva por los ojos i por las orejas; i la esperiencia me ha enseñado que la elegancia i las palabras dulces son la liga que aprisiona a estos lindos pajaritos. Vaya! Creo que no estoi tan mal... Aunque la linda Clotilde se ha hecho siempre sorda a mis palabras amorosas, sobre todo despues de haberse casado con Eduardo... Mas no por eso he de desmayar, pues nunca he sido hombre para poco; i en asuntos amorosos he sabido conducirme bien... tanto mas cuanto que las mujeres se hacen de rogar por sistema, i cuando parece que no le oyen a uno, es cuando mas oyen, pues si se ponen la mano en una oreja, es para escuchar con la otra. ¡Las conozco tanto!... Pero todavía no asoma alma nacida! (*Mira hácia el patio interior*) ¡Pischt! pischt!

## ESCENA II.

**Don Antonio.—Juana.**

JUANA. Señor don Antonio! ¡Usted aquí! Voi a llamar a las señoritas!

D. ANT. Mui bien, Juanita, pero ántes díme: ¿dónde están?

JUANA. Están en la puerta.

D. ANT. ¿Con quién está Clotilde?

JUANA. Con mi sia Luz.

D. ANT. Ah! doña Luz! (*Aparte.* ¡Maldita vieja!)

JUANA. Sí, señor. Ha venido a acompañar a mi sia Clotildita, porque, como el patron está en la ciudad...

D. ANT. Sí; ayer vi a Eduardo en Santiago. ¿I no sabes tú cuando llegará?

JUANA. Nó, señor. Hace ya mas de una semana que se fué el patron...

D. ANT. Esta bien, hija mía. Ahora ve a decirle a tu señora que aquí la aguarda su mejor amigo.

JUANA. Ya lo creo, señor.

D. ANT. ¿Por qué dices eso?

JUANA. Porque he oido muchas veces a mi sia Clotildita hacer buenas ausencias de su merced.

D. ANT. ¡Ah! qué me dices, Juanita! Esta muchacha vale un Perú. (*Le pasa una moneda*) Toma, hija mía, para que compres flores.

JUANA. (*Rechazando la moneda*) Nó, señor! Si yo no he dicho eso para obligarlo a que...

D. ANT. Recibe, muchacha; no me dejes con la mano estirada.

JUANA. Vaya, pues! Le recibo solo por no agraviarlo.

D. ANT. I harías mal en agraviarme, porque a mí no me gusta estar mal con las muchachas bonitas como tú.

JUANA. ¡Jesus María! Las cosas de su merced! Voi corriendo a llamarlas.

(*Váse*).

### ESCENA III.

#### Don Antonio.

Si no fuera por esta doña Luz, a quien yo debiera llamar doña Oscuridad, podría aprovecharme de la ausencia de Eduardo... Ah! ¿con que Clotilde se acuerda de mí? Ya me lo presumía, pues una mujer no es lo mismo recién casada que tres añitos después. Se conoce que he sabido esperar, i que mis regalitos han hecho efecto, ayudados del tiempo, con el cual todo se alcanza, hasta el amor de una coqueta. He sembrado para cosechar, i cosecharé, pues mi estrella me indica que Clotilde me escuchará. Pero ¿cómo diablos me deshago de este Cancerberero de doña Luz? ¡Vieja de mis pecados! Sin embargo, debo conducirme bien con ella, porque es capaz de echarlo todo a perder. (*Toma el ramillete*) Partamos el ramo en dos: estas marimónas i estos claveles... son para doña Luz. Dejaremos estos pensamientos i los jazmines para Clotilde... Si se hace sorda todavía, esperaré que la pobreza me ayude; i veremos si no oye con gusto el delicioso ruido del dinero. Ya sé que las cosas no andan bien; i quien sabe si ántes de quince días no se remata esta chacrita... Eduardo anda en Santiago buseando dinero para cancelar sus créditos; pero no sabe que yo he comprado todos los documentos... ¡Oh! vale mucho ser rico, hasta para conseguir que lo quieran a uno. Sí, bellísima Clotilde, me amarás al fin... Tengo confianza en mi arjentífera estrella... ¡Qué linda estaba la última vez que la vi en la misa de doce de la Catedral! ...Iba con esta alfombrita (*Toma en sus manos una alfombra de misa, que habrá puesta sobre una silla*) Esta debe ser, sin duda la silla

donde se sienta a coser... Aquí está su canastito de costura... (*Lo toma i lo mira por todos lados*) ¡Qué canastito tan mono! ¡Como todo lo que le pertenece! (*Mete la mano dentro del canasto, i saca unas tijeras*) ¡Sus tijeritas! Aquí han entrado sus preciosos dedos. (*Besa repetidas veces los ojos de las tijeras, i a ese tiempo aparece doña Luz en la puerta del frente*).

#### ESCENA IV.

Don Antonio.—Doña Luz.

D.<sup>a</sup> LUZ. (*Aparte. ¿Qué<sup>s</sup> significarán esos besos a mis tijeras? Pero oigamos que dice*).

D. ANT. (*Volviendo a besar las tijeras*) Así se los daría a la dueña...

D.<sup>a</sup> LUZ. (*Aparte. ¡Que oigo!*) Señor don Antonio, ¡dichosos los ojos que lo ven a usted!

D. ANT. ¡Es ella! (*Aparte. Ah, nó: es el Cancerbero*) Por usted se debe decir, señora mía. (*Aparte. Esta vieja me dá escalofrío*). ¿I Clotilde? (*Se gualda las tijeras en el bolsillo*)

D.<sup>a</sup> LUZ. (*Aparte. Está todo cortado, i por no mostrar el cuerpo del delito, se lo ha echado al bolsillo*).

D. ANT. ¿No me responde usted?

D.<sup>a</sup> LUZ. Ah! mi sobrina vendrá en poco rato mas.<sup>a</sup> Pero ántes dígame: ¿qué vientos lo han traído por acá?

D. ANT. Ah! señora! Ojalá pudiera haber venido en alas del viento, porque así habria llegado mas pronto.

D.<sup>a</sup> LUZ. I tambien porque así no habria tenido que pasar por esos callejones, que en lo malos, se parecen ¡al camino del cielo.

D. ANT. I lo son en efecto, mi doña Luz, pues viniendo por ellos he llegado al cielo de esta casa.

D.<sup>a</sup> LUZ. ¡Siempre galan! A usted no se le acaba nunca su buen humor.

D. ANT. Sobre todo, cuando me encuentro con personas amables (*¡Maldita vieja!*)

D.<sup>a</sup> LUZ. Mil gracias: pero no es eso, sino que, como dicen, jenio i figura, hasta la sepultura. I no lo digo porque usted parezca viejo, pues está en sus quince, i no pasa dia por usted. Pero volviendo a lo del camino del cielo ¿cómo

dicen que está lleno de espinas, cuando parece que usted ha recojido en él tantas flores?

D. ANT. Ah! señora! El placer de su conversacion me habia distraido hasta el punto de olvidar que traia estas flores destinadas para usted. (*Se las pasa*).

D.<sup>a</sup> LUZ. Mil gracias. Están lindísimas. ¿Sabia usted que yo me encontraba aquí?

D. ANT. Sí, señora (*Aparte*. Dios me perdone la mentira).

D.<sup>a</sup> LUZ. Aquí viene mi sobrina.

D. ANT. (*Aparte*. Ahora respiro! Esta vieja me tenia asfixiado).

## ESCENA V.

Dichos.—Clotilde.

D.<sup>a</sup> LUZ. ¡Ven Clotilde! Mira que flores tan preciosas me ha traído nuestro buen amigo don Antonio!

CLOT. Es verdad, tia; tiene usted razon: son lindísimas. Muñ buenos dias, señor don Antonio. (*Toma el ramo*).

D. ANT. A los pies de usted, Clotildita.

D.<sup>a</sup> LUZ. Dame el ramo, sobrina para ponerlo en agua, porque yo no quisiera que estas flores se marchitaran tan pronto. (*Se acerca a una mesa que estará en un ángulo del cuarto*).

CLOT. Sin embargo, es la suerte de todas las flores.

D. ANT. (*A Clotilde*) No de todas, Clotildita.

CLOT. ¿Puede haber alguna escepcion?

D. ANT. Ah! sí! I usted es una de esas raras escepciones.

CLOT. ¿Yo?

D. ANT. Sí, usted. La flor de su belleza permanecerá siempre inmarcesible.

CLOT. Ah! no sea usted lisonjero.

D. ANT. Soi verídico, Clotildita. Mis labios no hacen mas que repetir lo que mis ojos ven en usted.

CLOT. Eso será porque talvez sus ojos ven a veces lo que no existe.

D. ANT. Pero si el testimonio de mis ojos es insuficiente, podria agregar otro.

CLOT. ¿Cuál?

- D. ANT. El de mi corazón. Junto a él he traído para usted este ramillete. Son jazmines, pensamientos i violetas, cuyo aroma no es tan dulce como el placer de que gozo en este momento.
- D.<sup>a</sup> LUZ. (*Volviendo de la mesa en donde ha dejado el ramo*). Mucho mayor es el placer que nosotras recibimos con verlo a usted aquí, señor don Antonio.
- D. ANT. (*Aparte*. ¡I me oyó la vieja!)
- D.<sup>a</sup> LUZ. Le aseguro que para mí el gusto ha sido cumplido, pues al placer de su vista ha querido usted agregar el que me ocasionan estas preciosas flores.
- D. ANT. ¿Tanto le agradan a usted las flores?
- D.<sup>a</sup> LUZ. Ah! Soi apasionada por ellas, especialmente por las marimónas i los claveles. Una marimóna doble, me vuelve loca....
- D. ANT. (*Aparte*. ¡Como si hubiera sido cuerda alguna vez!)
- D.<sup>a</sup> LUZ. Le prometo a usted mostrarle ¡las que! estoi cultivando allá en la huerta.
- D. ANT. Las veré con mucho gusto, señora mia.
- D.<sup>a</sup> LUZ. I yo se las mostraré con no menor placer, pues que por el ramo que me ha traído, i por ese que veo en manos de mi sobrina, se echa bien de ver que usted es persona de un gusto mui delicado!
- D. ANT. ¡Oh! en cuanto a eso, puedo decir con orgullo que poseo un gusto exquisito: prueba de ello es el contento que recibo al verlas a ustedes.
- D.<sup>a</sup> LUZ. ¡Qué espiritual! Se conoce que usted frecuenta demasiado los salones de la capital, en donde los hombres no dicen palabra de verdad.
- D. ANT. Yo, aun cuando lo quisiera, no podría mentir en este momento.
- D.<sup>a</sup> LUZ. (*Maliciosamente*). Será porque está usted en estos campos prosaicos que nada pueden inspirarle.
- D. ANT. ¡Oh! No diga usted eso. Ustedes han convertido a esta mansion en un verdadero paraíso.
- CLOT. (*Riendo*) Tiene razon mi tia...
- D. ANT. ¿Al decirme que miento? Pues óigame usted, Clotildita: un hombre como yo puede mentir delante de las mujeres vulgares: pero no ante los ánjeles.
- D.<sup>a</sup> LUZ. ¡Ai, amigo mio! Tiene usted veinte años ménos.

- D. ANT. (*Aparte.* I yo le encuentro a ella treinta años mas). I usted, Clotildita, ¿es tan incrédula como su tia?
- CLOT. Yo, señor, aunque no me creo tan merecedora de esas alabanzas, estoi convencida de la sinceridad de sus sentimientos.
- D. ANT. I hace usted bien en estarlo, pues siempre le he dado pruebas de ello. Mire usted: desde que Eduardo tuvo la felicidad de ser su esposo, me interesé grandemente por él, a pesar de que...
- CLOT. Mil gracias, señor. Pero usted dice: *a pesar de...* ¿Ha podido Eduardo ofender a usted?
- D. ANT. Ah! Nó, de ningun modo. Yo no puedo llamar ofensa a la envidia que me causa su felicidad.
- D.<sup>a</sup> LUZ. ¿Pero no está en su mano, amigo mio, el ser tan feliz como Eduardo?
- D. ANT. Ah, señora! La felicidad es una coqueta que nos muestra sus encantos desde léjos, para irritar nuestros deseos, i obligarnos a perseguirla sin descanso; pero apénas llegamos a tocarla, cuando desaparece, dejándonos mas ansiosos que ántes.
- D.<sup>a</sup> LUZ. Usted no puede decir eso, amigo mio, encontrándose como se encuentra, en la flor de los años, con una gran riqueza, i rodeado de un prestigio social, de que mas de una mujer querria compartir con usted.
- CLOT. Dice bien mi tia; por usted no pasan los años.
- D. ANT. Es verdad, Clotildita, que aunque he nacido mucho ántes que usted, mi corazon permanece siempre jóven.
- D.<sup>a</sup> LUZ. Eso lo creo mui bien, pues a mí me pasa lo mismo. Usted sabe que no soi una chiquilla...
- D. ANT. (*Aparte.* ¡Pues no he de saberlo!)
- D.<sup>a</sup> LUZ. I sin embargo, mi corazon léjos de envejecer, está cada dia mas... ¡Vaya! no encuentro la palabra.
- D. ANT. (*Aparte.* Si seguimos así, esta vieja se me declara). Comprendo mui bien lo que usted quiere decir..... Mas volviendo a lo que hablábamos...
- D.<sup>a</sup> LUZ. ¡Ya dí en la verdadera palabra! Mi corazon está cada dia mas indócil.
- D. ANT. (*Aparte.* No seré yo el que te lo docilite) Como le decía a usted, Clotildita, las palabras que ha poco le dirijia

no son mas que la simple espresion de mis cordiales sentimientos.

D.<sup>a</sup> LUZ. Oh! Ya lo creo. Una persona como usted habla siempre con el corazon en los labios.

D. ANT. I para que vea que hablo la verdad, voi a decirle uno de los objetos de mi visita...

D.<sup>a</sup> LUZ. Ah! ¿Hai algun objeto oculto? ¿Es cosa que yo puedo saber?

D. ANT. En cuanto a eso, yo creo que..... (*Aparte.* Ah! aprovechemos la oportunidad de echar fuera al Cancorbero) Eso depende de la manera de ver de Clotildita, en este asunto. Ella verá si le conviene tenerlo o nó en secreto.

CLOT. (*Alarmada*) Pero, señor, si no me ha dicho usted de que asunto se trata ¿cómo sabré si debo tenerlo oculto?

D. ANT. Eso quiere decir, Clotildita, que debe usted oirme sin testigos; i despues verá si le conviene o nó publicar lo que yo le diga.

D.<sup>a</sup> LUZ. A buen entendedor, pocas palabras..... Me retiro, señor, para dejar a ustedes en completa libertad.

D. ANT. (*Aparte.* Ahora que se fué la vieja, podré hablar con mas libertad).

## ESCENA VI.

### Don Antonio.—Clotilde.

CLOT. Ya escucho a usted, señor don Antonio.

D. ANT. Seré mui breve, Clotildita, aunque contra todos mis deseos, pues yo quisiera permanecer dias enteros cerca de usted, mirándola i oyéndola hablar...

CLOT. Ah, señor! ¿Eso era lo que usted tenia que decirme en secreto?

D. ANT. Perdóneme usted, Clotildita..... Mi corazon me ha traicionado...

CLOT. Pues para que no vuelva a traicionarlo, llamaré a mi tia. (*Se levanta del asiento.*)

D. ANT. Oh! no haga usted eso, Clotildita! (*Aparte.* Buena señora! No se cree segura, estando a solas conmigo) Siéntese i tranquilcese usted. Eduardo, a quien tanto quiero...

CLOT. ¡Mi marido! ¿Es cosa que le atañe?

D. ANT. Sí, adorable niña: pero no tema usted nada. Se trata de una buena noticia.

CLOT. (*Sentándose*) Dígamela usted pronto, señor, por Dios!

D. ANT. Es el caso que tan luego como supe que Eduardo andaba en Santiago buscando dinero para cancelar sus créditos ya cumplidos...

CLOT. Ah! ¿Usted sabe nuestra apurada situación?

D. ANT. Sí, Clotildita de mi alma. Lo sé todo; i por eso fué que busqué a Eduardo...

CLOT. ¿Sabe usted si habrá encontrado el dinero que tanto necesitamos?

D. ANT. Sé que los bancos se lo han negado; pero tranquilícese usted, porque es lo mismo que si hubiese encontrado el dinero.

CLOT. ¡Explíquese usted, señor! Mire que de eso depende mi tranquilidad i la de mi pobre esposo, quien habia llegado hasta perder la salud, por la gran sobra en que vivia.

D. ANT. Ahora ya no tiene porque vivir intraquilo, porque es solamente deudor mio...

CLOT. ¿Qué dice usted?

D. ANT. Que yo he comprado todos los créditos, por un cincuenta por ciento de su valor. Por consiguiente, Eduardo no le debe ya a nadie un centavo, fuera de este servidor de usted, el cual no será un acreedor cruel, como usted debe suponerlo, alma mia.

CLOT. Señor don Antonio, cuente usted con nuestro eterno agradecimiento... I Eduardo ¿sabe lo que pasa?

D. ANT. A esta hora debe saberlo, i yo creía encontrarlo aquí.....

CLOT. Entónces llegará pronto... Mi marido es trabajador, i con tal que usted le dé un poco de tiempo, él le pagará todo, señor, con sus correspondientes intereses.

D. ANT. ¿Qué habla usted de pagar, Clotilde? Si tubiera a mano los pagarees los haria pedazos a su vista. ¿Cree usted que yo he comprado esos créditos para hacer negocio?

CLOT. Nó, señor; pero...

D. ANT. Ha sido solo con el fin de hacer a usted este pequeño servicio.

CLOT. Pero es justo que retribuamos a usted...

D. ANT. En fin, no hablemos de esto, amabilísima Clotilde.

- CLOT. I no porque le paguemos, señor, habrá de borrarse de nuestros corazones la gratitud que...
- D. ANT. Ah! Clotilde! En mucho estimo su gratitud; mas yo preferiria otro sentimiento mas dulce...
- CLOT. ¿Qué dice usted, señor?
- D. ANT. Que yo me permito rogarle a esa gratitud de que usted me habla para que abogue en mi favor...
- CLOT. ¿I a quién ha de hablarle mi gratitud, en favor de usted?
- D. ANT. A un corazon, Clotilde.... hasta que ese corazon corresponda a los tiernos latidos del mio.
- CLOT. ¿Pero qué corazon es ese?
- D. ANT. (*En voz mui baja*) ¡El de usted, alma mia!
- CLOT. (*Levantándose rápidamente*) Señor don Antonio, la gratitud es un sentimiento mui santo, para que pueda empeñarnos en una mala accion!
- D. ANT. Cálmesese usted, Clotildita..... Talvez yo me he esplicado mal...
- CLOT. (*Aparte. Obremos con prudencia*) Ademas, señor, yo no puedo disponer de una cosa que no me pertenece.
- D. ANT. Es verdad que por mi desgracia, ese corazon no es suyo; pero usted debe tener bastante influencia sobre él..

## ESCENA VI.

### Dichos.—Doña Luz.

- D.<sup>a</sup> LUZ. (*Saliendo precipitadamente por la puerta de la derecha*) Oh! sobrina mia ¿Cuándo has dejado de tener influencia sobre mi... quiero decir, sobre ese corazon que...
- D. ANT. (*Aparte. ¡Maldita vieja!*)
- CLOT. ¡Tia, calle usted, por Dios!
- D.<sup>a</sup> LUZ. Lo he oido todo detras de esa puerta...
- CLOT. ¿Usted?
- D.<sup>a</sup> LUZ. Ya sabes tú lo mui curiosa que soi..... No puedo venirme... He sido testigo de la jenerosidad de este digno amigo, al cual no sé como esplicarle los sentimientos que su idalguia i su jenerosidad han hecho brotar en mi sensible corazon... Si fuera bien visto, habria corrido a abrazarlo (*acompaña la accion*).

- D. ANT. (*Dando un paso atrás*) Oh! señora! Nó... Seria mal visto, i yo sé lo que se debe al respeto de una dama.
- CLOT. (*Aparte.* Si estuviera para reir, me reiria).
- D.<sup>a</sup> LUZ. Por eso es que contengo dentro de los límites del recato los ímpetus de mi corazon, cuyas palpitaciones no sé como ustedes no las oian, cuando don Antonio llegó a pedirle a mi sobrina que se empeñase con cierto corazon para que correspondiese a los latidos del suyo... Entónces no fuí dueña de mí... ¡Soi tan nerviosa! No puedo reprimirme; i mi esquisita sensibilidad, exaltada ya con la noble accion de este querido amigo, me hizo saltar hasta aquí como una chiquilla...
- CLOT. Ha hecho bien, tía. Ya habíamos concluido de hablar.
- D. ANT. (*Aparte.* Nada sabe la vieja. Finjamos). Yo soi del mismo parecer de Clotildita.
- D.<sup>a</sup> LUZ. Ya que me perdonan mi indiscrecion, voi a proponerles un paseito por la huerta. ¿No le agradaría, amigo mio, a usted que es tan admirador de las flores? Clotilde; abre la marcha... (*A don Antonio*) Usted me prestará el apoyo de su brazo...
- D. ANT. (*Sigue a Clotilde, sin atender a la indicacion de doña Luz*) (*Aparte.* Esta vieja es el mismo diablo).

## ESCENA VII.

## Doña Luz.

Nó... no puedo seguirlo, porque mi emocion me venderia; i el bien parecer ántes que todo... Ya se me sale el corazon por la boca... Sí, señor! es un hecho! ¿Cuál otro corazon sino el mio ha de ser ese con el que mi sobrina ha de empeñarse para que lata amorosamente? El ramo de flores que me trajo, aquellas miradas sentimentales, sus galanterías esquisitas, sus quejas delante de mí, sobre la coquetería de la felicidad i la dificultad de atraparla, son otras tantas señales de su amor... En Santiago, me persigue siempre cada vez que voi allá con mi sobrina...¿I qué decis de aquellos ardientes besos a mis tijeras? (*Volviéndose hácia el San Antonio que está sobre la mesa*) ¡Padre mio San Antonio de mi alma! Tendrás un altar en la parroquia, si completas el milagro: pero si no...

CLOT. (*Desde afuera*) Tía! Venga usted!

D.<sup>a</sup> LUZ. Porque a veces este santo solo entiende por mal. ¡Allá voi! Voi corriendo!!

(*Cae el telon*).

## ACTO SEGUNDO.

### ESCENA PRIMERA.

Clotilde.

Oh! Dios mio! Ilumina mi entendimiento! para obrar con prudencia! Este viejo infame se ha atrevido a manifestarme claramente su amor... ¡I se dice amigo de Eduardo! Prebalido de su posicion de acreedor, i viendo que la pobreza golpea a nuestra puerta, ha llegado hasta ponerle un precio a mi deshonor... I espera a mi marido para sacudirle cariñosamente la mano! Yo no he podido hacer otra cosa que rechazar en silencio sus insolentes pretensiones. ¿Qué obtendria con dar un escandalo? Nada mas que el escándalo. Por otra parte, si publico su felonía, estoi segura de que se vengará persiguiendo cruelmente a mi marido. Es lo que temo. Yo no me temo a mí misma, nó! Porque no necesito ser virtuosa para rechazar a un hombre como él. Me basta con no ser una necia. Pero temo las consecuencias de su odio. I ese odio es tanto mas temible, cuanto que sabe solaparlo bajo su traidora bonhomia. ¡Qué situacion, por Dios! La deslealtad de este hombre me hace temblar. No puedo decir que cosa me ha indignado mas, si su insultante proposicion, o la sonrisa de sus labios cuando habla de su querido amigo Eduardo! (*Pausa*) Ah! *su querido amigo!* ¡Cuántos como él profanarán estas sagradas palabras, al sacudir deslealmente la mano de su víctima! ¡I cuántas veces la mujer culpable no formará parte de la ominosa escena! ¡Gran Dios! Este hombre pretende que yo llegue mañana a desear que la tierra se abra bajo mis pies. ¡I dice que me ama! (*Se sonrie sardónicamente*) Alma egoísta, corazon de cieno, que no sabrá jamás comprender lo que es el amor! I permanece todavía en mi casa! I respira este mismo aire que yo respiro... aquí, en el hogar del padre de mis hijos, en el santuario de mi amor, en la morada del mismo hombre que tra-

ta de deshonorar? NÓ! Es preciso que salga al momento, aun cuando sea necesario... Pero... ¿I las consecuencias de su furor? Yo seria capaz de pedir limosna o morirme de hambre; mas su venganza recaerá sobre mi marido i mis hijos... ¡Dios mio! envíame una idea!... Esto no puede permanecer así... Ese hombre cree que estoi talvez a punto de aceptar mi deshonra, porque mi indignacion no ha estallado a su vista; i ha traducido mi prudencia por debilidad. De aquí nace su creciente atrevimiento... «Sé complaciente (me ha dicho), i tú marido será rico en pocos meses mas.» No sé como puedo contenerme, ni me acuerdo de lo que le contesté; pero es cierto que lo ví temblar por la primera vez. (*Pausa*) ¿I que no encuentre ni a quien pedirle un consejo? Mi pobre tia es una loca, con la cual no puede aconsejarse; i ahora está mas loca que nunca con la creencia de que ella es la pretendida. Por fortuna llegará luego Eduardo, i él me dirá lo que debo hacer..... Pero ¿cómo descubrirle lo que pasa? Yo conozco a mi marido: es dulce, tierno i bondadoso en las circunstancias normales; pero incapaz de contenerse cuando se exalta... NÓ, no debo decirle nada, porque mataria a ese hombre; i entónces ¿Qué seria de nosotros?... Pero aquí viene él... Ah! nó! Es mi tia...

## ESCENA II.

**Doña Luz.—Clotilde.**

**D.<sup>a</sup> LUZ.** Sí, yo soi, Clotilde, que vengo a pedirte que me espliques tu conducta de hoi...

**CLOT.** ¿Mi conducta? No le entiendo, tia.

**D.<sup>a</sup> LUZ.** Pues yo tampoco he podido entenderte a tí, sobrina. ¡I cuenta, que yo soi mujer que entiendo las cosas! Pero tu conducta con don Antonio ha sido para mí un verdadero latin. ¿Por qué has estado tan fria con este buen caballero?

**CLOT.** ¿Yo, tia de mi alma?

**D.<sup>a</sup> LUZ.** No sé qué motivos puedas tener para haber sido hasta descortes con este cumplido amigo. I esto, despues de haber hecho a ustedes ese gran servicio...

**CLOT.** Servicio que sabremos agradecer; pero...

D.<sup>a</sup> LUZ. Déjate de peros, i no trates de disculparte. Varias veces, cuando estábamos en la huerta, lo dejaste solo o con la palabra en la boca. Pero ya te he disculpado con él...

CLOT. ¿Usted?

D.<sup>a</sup> LUZ. Yo, pues, niña, que me intereso tanto por que este bondadoso amigo, no se disguste aquí. Le he dicho que tú estabas un poco indispuesta i qué se yo que mas... Hemos hablado largamente...

CLOT. ¿En dónde?

D.<sup>a</sup> LUZ. En casa del señor Cura. De allá vengo ahora. En cuanto don Antonio se despidió de nosotras, se fué a ver a su amigo el Cura; i yo al momento formé el proyecto de ir a visitar a las hermanas de nuestro buen párroco. Allí hemos charlado mas de dos horas, i te aseguro que don Antonio estuvo divino. ¡Qué talento, que chispa de hombre! El señor Cura empezó a hacerle burla conmigo, i entónces él se calló, i dejó de decir sus chuladas. Como el señor Cura es tan pesado a veces para sus bromas, yo tuve que bajar los ojos; pero con todo, veía que don Antonio estaba en espinas. Se movía en su asiento, sin hablar palabra; i a veces me lanzada unas miradas, que... ¡Vaya! Era evidente que la bromita le hacia efecto... ¿Entiendes?

CLOT. Nó, tia.

D.<sup>a</sup> LUZ. ¡Qué niña de tan poca penetracion! ¿Entónces no has echado de ver nada esta mañana?

CLOT. No sé a qué se refiere usted.

D.<sup>a</sup> LUZ. A las galanterías con que don Antonio no ha cesado de cortejarme; a su precioso ramo de marimónas que trajo espresamente para mí; a sus quejas sobre la felicidad, a a aquello del corazón que tú todavía no has acabado de comprender, i por fin, a su elocuente silencio en casa del señor Cura. ¿Con que no sabes lo que todo esto significa?

CLOT. No puedo adivinarlo.

D.<sup>a</sup> LUZ. Pero, tonta ¿no ves que todo eso significa que me ama?

CLOT. ¿El?

D.<sup>a</sup> LUZ. No lo estrañes. Acuérdate de que cada vez que vamos a Santiago juntas, nos persigue como si fuera mi propia sombra. Ya yo lo habia echado de ver; pero ahora casi se ha declarado el hombre.

CLOT. ¿I puede usted creerlo, tía, por Dios?

D.<sup>a</sup> LUZ. ¡Vaya! Con decirte que, cuando llegó, lo pillé aquí mismo con mi canasto de costura entre los brazos, i besando mis tijeras, como si fueran la cruz de su rosario!

CLOT. (*Sin atender a las palabras de doña Luz*) Oigo ruido de caballos... Debe ser Eduardo que llega... (*Sale a recibirlo a la puerta*).

D.<sup>a</sup> LUZ. Don Antonio me encargó que le enviara a avisar en cuanto llegase Eduardo. Voi a hacerlo al momento.

(*Vase.*)

### ESCENA III.

Clotilde.—Eduardo.

CLOT. ¡Al fin llegaste!

EDUARDO. ¡Al fin te veo, alma mía! (*La abraza*). Pero tú has llorado, Clotilde ¿Qué tienes? ¿Qué ha sucedido? ¿Los niños...

CLOT. Están buenos, mui buenos... Los andan paseando por la huerta.

EDUAR. Pero tú ¿qué tienes, por qué te encuentro triste, demudada?

CLOT. Ya te digo, Eduardo, que no tengo nada, fuera del gusto que me da tu vista... Nueve dias mortales esperándote!... ¿I cómo te ha ido en Santiago? ¿Encontraste dinero?

EDUAR. Nó, hijita; solo traigo esperanzas.

CLOT. ¿Esperanzas de qué?

EDUAR. De que me darán un plazo regular para pagar esta deuda. Voi a imponerte de lo que sucede. Ya conoces a don Antonio Robledo...

CLOT. Ah! Está aquí; ha hablado conmigo, i me ha dicho que ha comprado tus créditos...

EDUAR. Es verdad... ¿I en dónde está al presente?

CLOT. En casa del Cura.

EDUAR. Iré a verlo luego. En Santiago lo busqué varias veces en su casa, i no pude dar con él. ¿Cuándo llegó aquí?

CLOT. Esta mañana. Él creia encontrarse contigo...

EDUAR. Lo veré; le explicaré el estado de mis negocios, i estoi seguro de que me dará un plazo bastante para pagarle sin apuro.

CLOT. ¿Estás bien seguro de que él te dará esperas?

EDUAR. Sí! hijita. Don Antonio era mui amigo de mi padre; ademas, es tan rico, que...

CLOT. Sin embargo, tú sabes que este caballero es mui avaro... Por manera que yo no creo prudente el manifestarle con claridad el estado de nuestros asuntos.

EDUAR. Pero ¿por qué razon?

CLOT. Porque él se querria talvez valer de nuestra apurada situacion para sacar grandes ventajas... Yo creo que no te conviene tener mucha confianza en él...

EDUAR. Al contrario, hija mia. Yo debo ser franco con él; hacerle ver mi situacion, i decirle: señor i amigo mio: usted es mi única esperanza!

CLOT. (*Con viveza*) Nó, Eduardo! ¡No hagas eso, por Dios!

EDUAR. ¿Por qué?

CLOT. Porque eso seria entregarse en manos de... Quiero decir que así te espondrias a que don Antonio abusase... Mira, Eduardo querido, óyeme! Yo creo haber leído la codicia en los ojos de ese hombre. Te aseguro que si ha comprado tus créditos, es con el secreto fin de especular con nuestra situacion; i siendo esto así, tú no debes manifestarle nuestra pobreza, o mejor dicho, nuestra miseria, porque eso seria darle armas en contra nuestra.

EDUAR. Nó, Clotilde; tú te alarmas demasiado, porque no comprendes el carácter de este caballero.

CLOT. Ah! Yo...

EDUAR. Sí, hijita. Don Antonio es jeneroso, i nada le costará serlo conmigo, porque es rico. Su antigua amistad con mi padre, es para mí una garantía...

CLOT. No te dejes engañar por las apariencias, Eduardo. ¡Tú no sabes lo que es ese hombre!

EDUAR. No te entiendo, Clotilde... No sé porque hablas así de un caballero que...

CLOT. Tengo para ello mis razones... Creémelo, querido mio!

EDUAR. ¿I no puedo yo saber esas razones?

CLOT. Eduardo, por Dios! no me preguntes nada!

EDUAR. Clotilde! ¿Qué significa esto?... ¿De cuando acá mi esposa tiene secretos para mí?

CLOT. (*Aparte.* ¡Esto no mas faltaba!) Mira, óyeme, querido Eduardo, i dime: ¿crees que yo te amo con toda mi alma?

EDUAR. Ah! Si yo no creyera en tu amor, Clotilde, ¿qué cosa podría creer en este mundo? ¿En dónde encontraría mi combatido espíritu el apoyo que necesita? Tu amor me fortifica, alma mia; i si tengo fuerzas para luchar contra la suerte que parece perseguirme, es porque tengo entera fé en tu corazon.

CLOT. (*Abrazando a Eduardo*) Pues bien, querido mio: si tienes fé en mi amor; si crees poder confiarte en mi juicio, cree en lo que voi a decirte. Arregla tus negocios con don Antonio, como si este caballero fuera un hombre desleal..... mas te digo: como si fuera un malvado..... Despues te diré las razones que tengo para darte este consejo, obligada solamente por la necesidad. Si mis razones no te parecen despues suficientes, no se habrá perdido otra cosa que un poco de prudencia i de precaucion, empleada, si tú quieres, inútilmente... Háslo por mi amor, por ese amor que tú me manifiestas, por ese amor que seria capaz de aumentar el mio, si fuera posible que yo te amara mas de lo que te amo!

EDUAR. Ah! Clotilde! Esta es la primera vez que me ocultas tu pensamiento... Pero no hablemos mas de esto... Te creo, amiga mia, i trataré con don Antonio, tomando todas las precauciones que me encargas. Voi a verlo.

CLOT. Antes de irte, dime (*con zalamería*) si no te vas enojado conmigo por haberte ocultado ese secreto, que mañana o pasado no lo será para tí.

EDUAR. (*Volviendo*) ¿Si me voi enojado con mi esposa? Ah! querida mia! Este beso te contestará por mí. (*Le dá un beso i se encamina hácia la puerta*).

CLOT. (*Aparte.* Ah! I ese hombre pretende que yo le sea infiel a un marido como este!)

#### ESCENA IV.

Dichos.—Doña Luz.

D.<sup>a</sup> LUZ. (*Encontrándose con Eduardo en la puerta*) Eduardo, don

Antonio va a llegar pronto. Acaba de enviármelo a decir con el sobrino del señor Cura.

EDUAR. Entónces lo esperaré aquí.

(*Vánse doña Luz i Clotilde*).

## ESCENA V.

**Eduardo.**

Aquí hai un misterio que en balde me afano por comprender... Ah!... Clotilde ha sufrido; sus lágrimas me lo dicen bien claro..... Ah! Si ese hombre fuera la causa de su dolor!... Pero ¿qué puede ser? Mi espíritu no encuentra solución a este problema... Pero si don Antonio fuese el orijen de las lágrimas de mi esposa... yo no sé qué podría hacer con este hombre!... Hablaré con él i trataré de sondear su pensamiento... De todos modos, es bueno seguir el censejo de mi mujer... Seré prudente, i no me entregaré del todo a este hombre. Aquí viene.

## ESCENA V.

**Eduardo.—Don Antonio.**

EDUAR. ¡Señor don Antonio! Acabo de llegar en este momento, i pensaba ir a hablar con usted.

D. ANT. I yo he querido ahorrarte el viaje, amigo mio. He venido de Santiago, con el objeto de hablar contigo sobre un asunto que te interesa.

EDUAR. Gracias, mi señor don Antonio. Ya sé de lo que usted quiere tratar, i no lo deseo yo ménos. Usted ha comprado mis créditos...

D. ANT. Es verdad.

EDUAR. Voi a decirle lo que tengo pensado hacer para pagarlo íntegramente.

D. ANT. No te molestes. Voi a proponerte un negocio, acerca del cual he hablado con nuestro comun amigo, el señor Cura, quien lo ha aprobado por completo. Sin embargo, si despues de hacértelo ver, no te cuadra el negocio, tendrás tiempo de hablarme sobre lo que tú piensas hacer.

- EDUAR. Mui bien, señor. Le escucho a usted.
- D. ANT. Comencemos por el principio, que es como debe ser.
- EDUAR. A mí tambien me agrada así.
- D. ANT. Es el caso que por las compras que yo he hecho de tus documentos, tú me sales debiendo a la fecha unos doce mil setecientos pesos, punto mas o ménos.
- EDUAR. Bien, señor.
- D. ANT. Ahora pues, esta chacra, que es lo que tú posees, valdrá a lo mas... Dime ¿en cuánto me la venderias, al contado?
- EDUAR. Yo... yo no la venderia... porque, ya vé usted, es lo que tengo para trabajar... i poder pagar.
- D. ANT. No te pregunto en cuanto me la venderias, sino en cuanto la estimas...
- EDUAR. Yo... señor...
- D. ANT. ¿Te pareceria bien vendida por... ocho mil pesos?
- EDUAR. En cuanto a eso, señor don Antonio...
- D. ANT. Pongamos diez mil. Yo creo que no vale esa cantidad. Sin embargo, yo te la recibo por los doce mil i tantos pesos...
- EDUAR. Ah! Yo creía encontrar en usted alguna espera...
- D. ANT. Óyeme, amigo mio. Algo mas que esperas encontrarás en mí. Yo he sido mui amigo de tu padre, i deseo protejerle.
- EDUAR. Gracias, señor.
- D. ANT. Tú eres ademas un mozo trabajador..... que mañana o pasado, estarás cargado de familia... Por consiguiente, debes aprovechar el tiempo, para no llegar a viejo, sin haber asegurado el porvenir de tu mujercita i de tus hijos.
- EDUAR. Ah! señor. ¡Es la verdad!
- D. ANT. Por eso te digo que seria una locura el desechar lo que voi a proponerte... Es preciso que los que tienen ayuden en este mundo a los que no tienen. La razon i la religion misma lo aconsejan. Por otra parte, no creas que yo hago el menor sacrificio, al pagarte por esta chacra mas de lo que ella vale, pues he comprado tus créditos por poco mas de un cincuenta por ciento de su valor....
- EDUAR. Ya lo sé, señor.
- D. ANT. El verdadero objeto de mi negocio no es éste, sino lo que voi a decirte. Me deben en el Perú una suma de

setenta i cuatro mil pesos, con la cual pienso hacer un gran negocio. En vez de traer este dinero a Chile, quiero traer su valor empleado en artículos de Lima; pero yo no puedo ir allá, Eduardo; i me he fijado en tí para que bagas este negocio...

EDUAR. ¿Yo, señor?

D. ANT. Sí, amigo mio. Te intereso en una parte considerable de las utilidades, i te pago ademas tus gastos de viaje i una comision, que será para tí una ganancia segura, en caso de siniestro.

EDUAR. Ah! señor, le agradezco a usted; pero...

D. ANT. Yo no temo a ningun siniestro sino a los de mar, porque ya tú sabes cuan seguro es el negocio de abarrotes...

EDUAR. Sí, señor.

D. ANT. Tú puedes agregar al negocio, algunos artículos de Guayaquil, en donde tengo comprados un medio cargamento de caña, una buena partida de sombreros i otra de café de Costa Rica, que allí me deben entregar en quince o veinte dias mas. ¿Qué te parece el negocio, mirado así en globo?

EDUAR. Mui bien, señor mio; pero debo decirle a usted que, si yo tengo que entregar esta chacra desde luego...

D. ANT. Ya comprendo! Para que tu familia tenga donde vivir miéntras tanto, pondremos un plazo regular para la entrega de la chacra. Calcularemos tu demora, i te daré algunos meses de exeso. Ya hemos hablado largamente sobre esto con el Cura, a quien le ha parecido mui bien este arreglo, pues así conciliamos tus intereses con los míos. ¿Aceptas?

EDUAR. Sí, señor... Digo si es que no hai algun detalle en el negocio, que me impida entrar en él.

D. ANT. No lo temas. Yo quiero que tú ganes; i si se lo he de dar a otro que talvez ni me lo agradecería, prefiero darte a tí este negocio.

EDUAR. Gracias, señor.

D. ANT. Eres hijo de un amigo a quien estimé mucho, i quiero pagarle de algun modo los servicios que me hizo. Pero te advierto que, ademas, yo soi comerciante, i que si quiero darte a ganar, no deseo ménos tener yo una buena utilidad.

EDUAR. Es mui justo.

D. ANT. A mí me gusta ser mui franco, porque la claridad conserva amistad.

EDUAR. Sí, señor; i yo no entraria en un negocio que solo me produjera utilidades a mí i no a usted.

D. ANT. Ni a mí tampoco me agradaria, mayormente cuando voi a esponer un capital seguro. Ya ves que soi claro como el agua.

EDUAR. I hace usted bien en serlo, señor. Bajo esas bases, acepto en jeneral el negocio.

D. ANT. Pues asunto concluido. Ahora no queda mas que irnos hoy mismo para Santiago a concluir los arreglos definitivos de nuestro contrato. Mañana estará firmada la escritura, despues de lo cual, tendrás a mas dos o tres dias para arreglar aquí tus asuntos i despedirte de tu mujercita... la cual... yo siento que no pueda ir contigo...

EDUAR. ¡Es imposible!

D. ANT. Porque le vendria bien un viajecito, para ver otras jentes... La he encontrado algo triste... En fin, amigo mio, lo que se ha de hacer tarde que se haga temprano... ¿No puedes irte hoy a Santiago?

EDUAR. Sí, señor.

D. ANT. Entónces te llevo en mi coche. Yo me voi a decirle unas dos palabras al Cura, i pasará a buscarte.

EDUAR. No se moleste usted... Yo me iré a caballo. Solo es una legua i media.

D. ANT. ¡Qué molestia ni que nada! Lo dicho dicho; yo vendré a buscarte, en poco rato mas.

(Váse).

## ESCENA VI.

Eduardo.

¡Qué buen corazon! Mi situacion está salvada; i yo haré lo posible por corresponder a su jenerosidad.

## ESCENA VII.

Eduardo.—Clotilde.

CLOT. Eduardo! ¿Hablaste con don Antonio?

- EDUAR. Sí, hijita.
- CLOT. Estaba impaciente por saber lo que te propondría.
- EDUAR. Me ha hecho una propuesta digna de su buen corazón... Tú te has engañado, Clotilde, al juzgar a este caballero.
- CLOT. (*Aparte.* Ojalá!) Pero dime ¿qué propuesta es esa?
- EDUAR. Le doi esta chacra en pago de todo lo que debo...
- CLOT. ¡Gran Dios! ¡I en qué estado vamos a quedar! ¿No tendremos donde vivir?
- EDUAR. Sí tendremos, hijita, merced a la jenerosidad de don Antonio, que segun me ha dicho, quiere proteger al desgraciado hijo de su antiguo amigo.
- CLOT. (*Aparte.* Ah! ¡Quiere protejernos!) ¿I qué clase de proteccion es esa?
- EDUAR. Oyeme. Tú te quedarás viviendo, como ántes, en esta chacra, miéntras yo vuelvo del Perú.
- CLOT. ¿Del Perú?
- EDUAR. Sí, Clotilde, a donde voi, con el fin de cobrar una suma que allí le deben a don Antonio.
- CLOT. ¡Ah!
- EDUAR. Esta suma será empleada en artículos de Lima i de Guayaquil, que yo conduciré a Chile...
- CLOT. ¡Ah! ¡Gran Dios! No me digas mas, Eduardo!
- EDUAR. ¿Pero qué tienes Clotilde?
- CLOT. Ese hombre quiere separarnos...
- EDUAR. Pero solo será por mui poco tiempo. Considera que este negocio me va a producir una fortuna.
- CLOT. ¿Fortuna de parte de ese hombre? No lo creas, Eduardo. Él solo desea arruinarte para tenerte entre sus manos, i hacer lo que quiera de nosotros. El hecho mismo de esta separacion me lo prueba. Créeme, amigo mio; esposo mio, cree a tu Clotilde! No te separes de ella, por Dios! No dejes solos a tus hijos. Si! Yo sé que no te embarcarás; i estoi segura de que no te atreverás a separarte de esta pobre mujer que tanto te quiere, (*abrazándolo*) i que no sabe vivir léjos de tí... Ah! tú no has visto aun a tus hijos... Voi a buscarlos...

(Sale precipitadamente).

## ESCENA VIII.

Eduardo.

Oh, suerte cruel, que me obligas a dejar aquí la mitad de mi alma!

## ESCENA IX.

**Eduardo.**—*Clotilde (con Luisita de la mano, i con Manuelito en los brazos).*

**CLOT.** Aquí están, Eduardo. Mira Luisita, tu papá quiere irse.

**LUISITA.** Papacito, no se vaya, nó!

**EDUAR.** *(Abraza a Luisita i la sienta sobre sus rodillas, i en seguida toma en sus brazos a Manuelito).* Pobrecitos! No tienen que comer!

**CLOT.** Dios nos dará, Eduardo! No te entristezcas!

**EDUAR.** Mira, Clotilde; por tí i por ellos voi a hacer el sacrificio de este viaje.

**CLOT.** I yo te digo que por mí i por ellos debes quedarte. ¿Por qué ir a arrostrar los peligros del mar? ¿Sabes lo que puede sucederte en aquellas rejiones malsanas? Tiemblo al pensar solo en que puedes por allá enfermarte, sin tener quien cuide cariñosamente de tí. I todo, por tener fé en las palabras de un hombre desleal, que se ha atrevido a...

**EDUAR.** ¿A qué, Clotilde? ¿A qué se ha atrevido ese hombre? ¿Por qué lo llamas desleal?... ¡Pero ya caigo! Tú crees que él trata de separarme de tí, con algun fin torcido; i para que creas esto, es necesario que se haya atrevido a hacerte manifestaciones indignas... La ajitacion en que te encontré al llegar, las lágrimas de tus ojos... todo, todo confirma mi ensamiento... Ese hombre te ha insultado, Clotilde, i tú has querido ocultármelo...

**CLOT.** No lo creas, Eduardo...

**EDUAR.** Yo quiero saber si don Antonio trata de convertirme en un juguete, para ir a castigarlo... con el látigo de mi cochero!

**CLOT.** No te exaltes, por Dios! Don Antonio no me ha dado ningun motivo de queja... pero te diré la verdad: tengo el presentimiento de que es un traidor; i a mí no me engaña el corazon jamas. Siéntate (*Eduardo se sienta, i ella le pone cariñosamente las manos sobre los hombros*). Ademas, he oido decir de él cosas que... ¡vaya!... de taparse los oidos. Por eso no me gusta que entres con él en esa clase de negocio... Que reciba esta chacra en pago de tu deuda... Está bien... Dios no nos faltará, amigo mio... Créeme, Eduardo! Dios le oye siempre a una madre que le pide el pan para sus hijos... Yo tengo parientes ricos... ¿Por qué ha de ser imposible encontrar un fundito en las provincias del sur? Nos iremos allí. Tú eres activo i trabajador... Yo no sé nada: pero te prometo aprender a trabajar para ayudarte... Me serviré a mí misma, para ahorrar... Ademas, no me habia acordado de decirte que me compran mis halajas, i me las pagan bien... Este valor, aunque no sea mucho, es ya algo; i yo sé de varias personas ricas que han comenzado con ménos capital... No me mires de ese modo. ¿De qué me sirven esos brillantes? ¿O crees tú que me son tan necesarios para parecerte bien?

**EDUAR.** Ah! mi Clotilde! Jamás me has parecido tan linda como en este momento! Voi a hablar con don Antonio, i estaré pronto de vuelta.

(*Váse*).

## ESCENA X.

**Clotilde.—Doña Luz.—Juana** (*entra i saca de la escena los niños*).

**D.<sup>a</sup> LUZ.** Llévate esos niños, Juana; i tú, Clotilde, no llores por tan poca cosa, que todo ello no vale la pena.

**CLOT.** ¿I qué es ello tia?

**D.<sup>a</sup> LUZ.** Siempre ocultándome las cosas, sobrina! Tú no tienes confianza con tu tia... Pero sabe que he oido la conversacion de ustedes... No me mires de ese modo... ¿Te parece que me he puesto a escucharles? Nó, nó! Les he oido por pura casualidad, i mas vale así, porque puedo

aconsejarte, como que tengo mas esperiencia i conozco el mundo mejor tú. ¿Por qué sientes tanto esta corta ausencia de tu marido?... ¿Será dable que una mujer grande como tú, se oponga a su propia dicha? Dentro de un mes o dos, volverá Eduardo con una fortuna, hecha bajo la proteccion de don Antonio.... Ah! i ahora que me acuerdo ¿por que le decias a Eduardo esas herejias del pobre don Antonio? ¿Merece este buen caballero que tú lo trates de esa manera, cuando se afana por favorecer a tu marido?

CLOT. ¡Por Dios, tia, no diga eso!

D.<sup>a</sup> LUZ. Pero, sobrina de mi alma, es caridad desacreditar así a un caballero tan jeneroso, tan buen cristiano i tan cumplido?

CLOT. Le ruego que dejemos esta conversacion.

D.<sup>a</sup> LUZ. Pues yo no puedo dejarla, mucho ménos cuando eres tú la que has dicho esas cosas, que me han tocado en lo vivo.

CLOT. ¿A usted, tia?

D.<sup>a</sup> LUZ. ¿I a quién habia de ser, sino a mí? Crees que puedo permanecer indiferente, cuando te oigo decir que don Antonio es un hombre desleal? Ah! sobrina! Es menester que te quiera mucho, para que te perdone; pero te aseguro que has herido las fibras mas delicadas de mi corazon. (*Se pone el pañuelo en los ojos*).

CLOT. ¡I a qué vienen esas lágrimas, tia, por la Vírgen Santa!

D.<sup>a</sup> LUZ. ¡Ingrata! ¿quieres que no llóre, cuando así hablas de un caballero, que mañana o pasado será tu tío?

CLOT. ¡Valgame Dios! ¿I todavía persiste usted en creer...

D.<sup>a</sup> LUZ. ¿Pues no he de creer lo que estoi viendo con estos ojos que se han de comer la tierra? Tú no echas de ver esto, porque no te interesa mi felicidad.

CLOT. No lo crea usted, querida tia de mi alma!

D.<sup>a</sup> LUZ. Si, querida tia de mi alma! i sin embargo, no ha mucho que llamabas traidor al dueño de mi corazon! Ya no creeré mas en tus palabritas dulces, porque obras son amores i no buenas razones, sobrinita!

CLOT. Pero ¿cómo puede usted dudar de mi cariño?

D.<sup>a</sup> LUZ. Si me quisieras, hablarías con mas miramiento de mi amante, pues el que quiere a Juan quiere a su can. ¿Te

atreverias a negarme esas barbaridades que dijiste de don Antonio?

CLOT. Tia, yo no he dicho ni la mitad de lo que ese hombre merece. Desengañese usted. Don Antonio es un miserable, que, si nos ofrece su proteccion, es en cambio de nuestro honor.

D.<sup>a</sup> LUZ. ¿Él?

CLOT. Sí, tia. Ha tratado de que yo corresponda a su bastardo amor.

D.<sup>a</sup> LUZ. ¿Él? ¿él?

CLOT. Hoi mismo he tenido que oir proposiciones infames. He callado por prudencia, pero él ha tomado mi silencio por debilidad. ¡El malvado tiene aun esperanzas! Mire usted como desea separarme de Eduardo para...

D.<sup>a</sup> LUZ. ¡No me digas mas! Ahora lo comprendo todo. La indignacion me tenia atada la lengua. ¡Viejo pícaro i desvergonzado, atrevido i sin miramiento, sin relijion ni temor de Dios! ¿Con que eran mentiras todas esas galanterías, palabras halagüeñas, guiñaditas de ojos i demas morisquetas? Infame, embustero, traidor, falsario. Hasta me apretó significativamente la mano, cuando me saludó ahora poco, al salir... Ah! ¡qué hombres tan malos son todos los hombres! ¡Miren no mas al viejo! Está con un pié en la sepultura i el otro en un pan de jabon, i se mete a seductor... ¡I yo creyendo en su honradez i cristiandad!

CLOT. Cálmesese usted, tia.

D.<sup>a</sup> LUZ. Déjame, sobrina; déjame desahogarme un poco.

CLOT. No haga usted caso...

D.<sup>a</sup> LUZ. ¿Que no haga caso? No se dirá jamas que alguien se ha reido impunemente de la hija de mi madre... Yo sabré vengarme.

CLOT. ¿Vengarse usted?

D.<sup>a</sup> LUZ. I de una manera ruidosa, como conviene a mi carácter. Ya lo verás! (*Se dirige a la puerta*).

CLOT. ¿Qué piensa usted hacer?

D.<sup>a</sup> LUZ. Ir a casa del Cura, en donde ellos se encuentran en este momento; i allí, delante de todos, cantárselas bien claro al viejecito!

- CLOT. Nó, tia; usted no hará eso. (*Trata de detenerle*) Mire que estas cosas deben ser tratadas con mucha prudencia.
- D.<sup>a</sup> LUZ. Calla, muchacha! ¿Piensas tú darme lecciones de prudencia, a mí, que puedo ser tu madre? Déjame; no me detengas, porque cada minuto me parece un siglo... Ya lo verá el viejito... ¡Nos han de oír los sordos! (*Váse*)

(*Cae el telon*)

## ACTO TERCERO.

### ESCENA PRIMERA.

Clotilde.

¡Qué necia he sido en descubrirle a mi tia un secreto que me había jurado a mí misma tener oculto! Pero cuando mas desea una guardar algo, viene el demonio i nos tienta... He sido una imprudente, una loca, mas loca que mi pobre tia... ¡Lo que son las cosas! Despues de haber resistido a las preguntas de Eduardo, vine a descubrirselo todo precisamente a la persona de quien mas debía guardarme... Me he traicionado a mí misma... ¿i por qué?... Me dá vergüenza confesarme esta debilidad... pero ello fué porque no pude ver con paciencia, el engaño de mi tia. ¿A qué me iría yo a llevar de mi impaciencia por desengañarla? ¿Por qué no dejarla en su error?... Pero, si a pesar de los sustos que hoi he pasado, no he podido dejar de reirme de su locura!... ¡Creer que ese viejo se moria por ella!... I luego sus deseos de venganza, que me han hecho temblar... Por fortuna ya Eduardo i don Antonio se habian marchado, cuando ella llegó a casa del cura. A no ser así, ella habria formado un escándalo que habria tenido fatales consecuencias..... La Virjen del Cármen me oyó, sin duda, cuando imploré su socorro... Madre i Señora mia! a Vos me dirijo para que intercedais con vuestro Hijo Santísimo, en favor de esta pobre madre, que no puede pensar sin llorar, en el porvenir de sus hijos! Los pobrecitos inocentes duermen allí (*dirije su indice hácia un cuarto del patio interior*) como dos ánjeles, sin pensar en la suerte que les amenaza... ¡Pero ellos son inocentes, Dios mio! Vuestro santo nombre es la primera palabra que sus labios han aprendido a pronunciar. Ma-

dre i señora mia! ¡Que yo sea desdichada; pero vela sobre ellos! Vela sobre mi esposo para que no acepte compromisos que pueden...

## ESCENA II.

**Clotilde.—Doña Luz.**

**CLOT.** Ah! ¿Usted en pié? Ya son las doce i media, i todavía no se ha acostado?

**D.<sup>a</sup> LUZ.** ¿Acostarme yo? Nó, nó! Sabe, sobrina, que esta noche nos hemos de acostar mui tarde.

**CLOT.** ¿I por qué razon?

**D.<sup>a</sup> LUZ.** Ya irás viendo las razones, poco a poco. La hora de mi venganza se acerca, i tenemos algo que hablar.

**CLOT.** ¿Qué venganza es esa? ¿Qué tiene usted que decirme?

**D.<sup>a</sup> LUZ.** Vas a oirlo, sobrina. Ya sabes que cuando llegué esta tarde a casa del Cura, ya el malvado viejo se habia ido para Santiago, llevándose a Eduardo. Yo, animada de una justa cólera, casi no veia, de pura indignacion; mas no por esto, pronuncié ninguna palabra que pudiera comprometer nuestra reputacion. Solamente me desfogué algo, contándole el caso, bajo mucho sijilo a las hermanas del cura...

**CLOT.** ¡Tia, por Dios!...

**D.<sup>a</sup> LUZ.** No me interrumpas, sobrina... Considera cuál seria mi indignacion, cuando ella me hizo hablar ante el mismo señor Cura... Pero ya te digo: no te alarmes... todo ha quedado en secreto, porque no habia allí nadie de fuera... ¡Cuántos pecados no me ha hecho cometer este viejo traidor, con la impaciencia que me ha causado! Te aseguro que cuando me volví de casa del señor Cura, no veia el camino, i solo una idea bullia en mi ajitada mente: la de mi venganza.... Luego se me sosegaron los espíritus, i entónces ví que no hai mal que por bien no venga, quiero decir, que aquella ida del traidor don Antonio, era un mal que me proporcionaba un bien verdadero, pues me presentaba una ocasion de vengarme de una manera mucho mas salada...

**CLOT.** I todavía persiste usted...

- D.<sup>a</sup> LUZ. ¡Pues no he de persistir! ¿Crees tú que yo soy mujer capaz de tragar una injuria i de comerme la lengua como tú? Nó, sobrina; mi venganza está asegurada, i para esto, he trabajado toda la tarde, como un negro... Me las va a pagar el viejito!
- CLOT. Estoy temblando, tia. ¿Qué ha hecho usted?
- D.<sup>a</sup> LUZ. Justo es que lo sepas, porque tú tambien vas a figurar algo en esta comedia...
- CLOT. Ah! ojalá no se convierta en una tragedia, tia!
- D.<sup>a</sup> LUZ. En cuanto a mí, no sentiria mucho que la cosa acabase en tragedia, con tal de que fuese el viejo el que la pagase al fin... Pero tengo religion, i solo quiero para él un castigo correccional... Te aseguro que nos vamos a reir de él...!
- CLOT. ¿Pero qué es lo que ha hecho usted, tia, por Dios?
- D.<sup>a</sup> LUZ. Figúrate que le he dado una cita para esta noche...
- CLOT. ¿Usted? ¿I con qué fin?
- D.<sup>a</sup> LUZ. Yo, pues, sobrina; i con el fin de que venga...
- CLOT. Ah! ¿I cómo le dió usted esa cita?...
- D.<sup>a</sup> LUZ. Hice un propio a Santiago, i le escribi una cartita muy melosa...
- CLOT. Pero, tia; ¿por qué ha querido usted ponerse en ridiculo?
- D.<sup>a</sup> LUZ. ¿Yo en ridiculo? No lo creas por ningun pienso. El viejo vendrá, porque le escribi la carta a tu nombre...
- CLOT. (Con viveza) ¡Jesus Maria! ¿Eso ha ido a hacer usted, i sin consultarme?
- D.<sup>a</sup> LUZ. No temas nada, sobrina, pues todo ello será cosa sin ninguna consecuencia... Tengo tomadas todas las medidas para el caso... ¡No llores!... Si no te dije nada, es para que veas que yo tambien sé guardar un secreto i hacer las cosas con prudencia.
- CLOT. ¡Dios mio! No puedo creer lo que usted me dice... Si en fin, estuviera Eduardo aqui...
- D.<sup>a</sup> LUZ. Para que creas que yo sé hacer las cosas... Eduardo vendrá tambien.
- CLOT. ¿Sí?
- D.<sup>a</sup> LUZ. Porque le escribi tambien a él.
- CLOT. ¿I qué es lo que usted le escribe a Eduardo?
- D.<sup>a</sup> LUZ. No te alarmes, niña! Si no vale la pena. Yo le escribo a

Eduardo en mi carta solamente unas cuatro palabras... así con la letra contrahecha... Dígole que se venga esta noche sin falta, porque así conviene a su honor... i otras cosas mas, de que no me acuerdo bien...

CLOT. (*Aparte.* Dios mio! ¡Esta mujer es loca de atar!)

D.<sup>a</sup> LUZ. ¿Qué dices?

CLOT. Que no hallo como calificar esta accion de usted...

D.<sup>a</sup> LUZ. Pero, niña sin esperiencia! Si esto no pasa de ser una broma...

CLOT. Broma que puede traer consecuencias fatales.

D.<sup>a</sup> LUZ. En cuanto a eso, tengo tomadas mis medidas...

CLOT. Usted conoce a Eduardo...

D.<sup>a</sup> LUZ. Si! Ya sé que cuando se exalta, no lo contiene nadie; pero esto es lo que necesito para que el viejo lleve su merecido.

CLOT. ¿I no pensó usted en el mal rato que le iba a dar a mi marido con esa carta?

D.<sup>a</sup> LUZ. Te confieso, niña, que ahora no mas hago reflexion en eso... Cuando escribí la esquila, no estaba para reflexionar en nada... Pero ahora veo que el pobre muchacho debe haber sufrido algo... En fin, a lo hecho pecho..... Ya el traidor no tardará en llegar...

CLOT. ¡Traidor dice usted, i no advierte que lo que usted misma ha hecho es una horrible traicion!

D.<sup>a</sup> LUZ. Pero traicion justa, traicion santa, traicion necesaria, sobrina, porque al picaro es menester jugarle con las mismas cartas.

CLOT. No admito la máxima, tia; i prefiero que un crimen quede impune, si para castigarlo, ha de ser necesario otro crimen. Por último, yo no puedo consentir en esto.

D.<sup>a</sup> LUZ. Ya la cosa no tiene remedio...

CLOT. Mi deber es buscar el remedio al mal que usted ha hecho... Si sucede alguna desgracia, usted responderá ante Dios i los hombres... (*Se encamina hácia la puerta.*)

D.<sup>a</sup> LUZ. ¿Qué piensas hacer?

CLOT. Creo que Dios me ha iluminado. Voi a casa del cura. Si se han acostado, golpearé... Hablaré con las niñas i vendré con ellas...

D.<sup>a</sup> LUZ. ¿I como vas sola? Advierte que la noche está como boca de lobo!

CLOT. Iré con la cocinera. Juanita se quedará aquí con los niños... Usted puede miéntas, hacer su comedia... Yo voy a ver si puedo evitarla.

D.<sup>a</sup> LUZ. ¿Cómo?

CLOT. Trayendo aquí a las niñas; i si puedo, al mismo señor Cura.

D.<sup>a</sup> LUZ. ¡No hagas eso, sobrina mia! Deja que Eduardo le dé si quiera un par de huascazos al traidor!

(Clotilde sale sin contestar).

### ESCENA III.

Doña Luz.

¡Esta muchacha sin sesos lo va a echar todo a perder! ¡Vaya! ¡Un proyecto tan precioso i tan bien combinado como este! ¡Una trama tan maravillosamente urdida que no solo asegura mi venganza, sino que tambien puede producir mi felicidad futura!..... Porque, si consigo comprometer en este lance al viejecito, i Eduardo logra imponerle la lei, acabará por rendirse a discrecion... Sí, señor! Para librarse de la zurra con que lo amenazará Eduardo, no tendrá mas que apelar a mí... i yo lo protegeré, solo a condicion de que me dé la mano de esposo. ¡Oh! una venganza tal seria miel sobre buñuelos (*Se acerca a la mesa en donde está la imájen de San Antonio*) ¡Padre mio San Antonio de mi alma! ¡En tus manos pongo mi corazon, mi porvenir i todo! Hásmelo este milagro, i te prometo un bonito altar en la parroquia... Pero este santo es, a veces, tan mezquino de milagros, que solo por mal entiende..... ¡Acuérdate, santo mio, que eres el santo de su nombre! Hásnos el milagro a los dos a un tiempo... (*Le quita el Niño Dios de los brazos, i lo esconde debajo de la mesa*) Mira, si don Antonio se conduce como un caballero, te prometo una novena cantada, con sermon, plática, procesion i todo, i te devuelvo tu Niñito, con la mayor solemnidad... Pero ¿qué se habrán hecho estos hombres que no vienen? (*Pone el oido*). ¡No se oye nada! Estos hombres son así: cuando una mas los desea, es cuando ellos se hacen esperar hasta impacientar a una pobre mujer... Pero en no necesitándolos una, ahí los tiene usted de tropezon... Ahí está el bueno del viejecito, que no me dejará mentir. Clotilde no lo llama ni lo ha menester

para nada; pero él se pone de tropezon en el camino de Clotilde, i sufre sus desprecios i todo, sin acordarse de que la única que aqui puede tropezar cristianamente en él, soi yo. ¡Ah! ¡viejo de mis pecados! ¡Así son los hombres, a quienes Dios confunda, aunque a mí tambien me confunda con ellos! ¡Pero ya vienen! Oigo ruido de coche (*Pone el oído*). Sí! él es, sin duda! (*Se acerca a la mesa*). ¡Santo mio! ¡Tendrás tu novena a toda orquesta! (*Vuelve a escuchar*) Pero el ruido ha cesado. ¿Me habrán engañado mis deseos? ¡Ah! ya caigo! Debe haber hecho parar su coche en el callejon que pasa por detras de la huerta; i ahora me acuerdo de que en la carta le digo que entre, saltando allí la tapia. (*Escucha*) Creo que es el perro el que gruñe. Por fortuna, me acordé de hacerlo atar... Sí! Ya debe venir atravesando la huerta. ¡Jesus María! Tengo un susto atroz, i siento aquí (*Se pone la mano en el corazon*) una opresion, un peso, una cosa que me sofoca... ¡Ah! Yo no sabia que una cita fuera una cosa tan tremenda! (*A San Antonio*) Santo mio! Dame ¡valor, santo de mi alma!... ¡Gran Dios! ¡I que hayan mujeres i aun muchachas cobardes que se atrevan a darle cita a un hombre, en medio de la oscuridad de la noche! (*Golpean suavemente la puerta*) ¡Él es! (*Bajando la voz i encaminándose hácia la puerta de la derecha*) Observemos al enemigo ántes de emprender el ataque. (*Sale por la puerta, la cual queda entreabierta*).

#### ESCENA IV.

##### Don Antonio.

¡Soy el mas feliz de los mortales! ¡Maldito perro! todavía oigo sus ladridos, i yo no sé cómo he podido atravesar la huerta sin que él me atrapase! ¡Pero ya estamos libres!... ¡Ahora veo que mi dicha es completa!... Pero no encuentro a nadie. Tanto mejor, porque así tendré tiempo de reponerme de mi susto... A las mujeres no les gustan los hombres cobardes, i yo habria hecho un pésimo papel presentándome ante ella con el miedo al perro pintado en la cara... Por otra parte, a ellas no les gusta esperar, sino hacerse esperar... i esperaré con paciencia... tanto mas cuanto que veo tan cercano el premio de mi amor... Este es el lugar de la cita, i todo está en silencio, como me lo anuncia la carta... Aquí la traigo junto a mi corazon, que late como cuando tenia veinte años (*Saca la carta i la besa*) Estos besos son pruebas anticipadas de

mi pasión ardiente... Ah! Clotilde ingrata, Clotilde esquivada i desdenosa! Al fin se rindió tu fiereza ante este viejo, a quien tú despreciabas, por sus años. Sí! soi viejo, pero tambien soi rico, es decir que puedo ser jóven i simpático, cuando se me antoje. Oh! poder del dinero que sabe quitar las arrugas i las canas! ¡I que haya necios que desprecien i miren en poco a este rei del mundo, a cuyos pies se rinden las bellezas mas encumbradas, los mas altivos corazones i las virtudes mas feroces! Gracias a él, yo soi rei entre las damas. (*Se oye ruido detras de la puerta en donde está doña Luz*) ¡Ah! ¡es ella! (*Don Antonio se encamina hácia la puerta*).

### ESCENA V.

#### Don Antonio.—Doña Luz.

D. ANT. (*Abriendo los brazos*) Eres tú, ánjel mio!

D.<sup>a</sup> LUZ. Poco a poco, señor don Antonio...

D. ANT. ¡El Cancerbero! Señora ¿es usted?

D.<sup>a</sup> LUZ. Yo tambien le pregunto, señor: ¿Es usted?

D. ANT. Sí, señora, yo soi.

D.<sup>a</sup> LUZ. Yo tambien soi yo.

D. ANT. Pero ¿por qué está usted aquí...

D.<sup>a</sup> LUZ. ¿I por qué se encuentra usted en esta casa?

D. ANT. Voi a esplicarle a usted (*Aparte. ¿Qué le diré?*)

D.<sup>a</sup> LUZ. ¿Es ésta una hora apropiado para visitar a una señora?

D. ANT. (*Aparte. ¡No se me ocurre nada!*) Oigame usted, señora mia. (*Se acerca a doña Luz*).

D.<sup>a</sup> LUZ. (*Retirándose*) Poco a poco, señor don Antonio. Estoy sola, enteramente sola. Todo el mundo duerme en esta casa... Respete usted mi pudor... ofendido.

D. ANT. ¡Su pudor ofendido! (*Aparte. ¿Qué diablos habré de decirle?*) Su pudor es para mí la cosa mas respetable del mundo... No tema usted, señora mia.

D.<sup>a</sup> LUZ. ¡Que no tema! ¡Cómo no he temer, cuando me encuentro de repente con un hombre como usted, que tiene fama de atrevido con las mujeres... i esto, despues de las doce de la noche, en esta pieza sola, sin tener a quien pedir auxilio... i hallándose todo el mundo en brazos de Morfeo... ¡I dice usted que no tema!

- D. ANT. Tranquílcese usted, doña Luz.. Esté usted segura de que...
- D.<sup>a</sup> LUZ. Yo estoy segura solamente de que debo temer por mi seguridad... Ah! tengo la voz paralizada, i ni aun podría gritar, si este hombre se atreviese a faltarme al respeto...
- D. ANT. Oh! Yo soi un hombre de honor, i sé lo que debo al respeto de una señora como usted.
- D.<sup>a</sup> LUZ. Entónces ¿qué debo yo pensar de esta visita, cuando todo el mundo duerme? ¿O se usa en Santiago visitar a las señoras, al tiempo de acostarse?
- D. ANT. (*Aparte.* Esta vieja con sus ojos de basilisco, me tiene sin saber que decir).
- D.<sup>a</sup> LUZ. Su silencio de usted me hace ver bien claro sus malas intenciones...
- D. ANT. (*Aparte.* Ah! ¡Ya se me ocurre!) Le diré a usted, señora mia... Una dilijencia urjente me ha hecho andar por estos alrededores; i habiéndome estraviado, se me ha ocurrido venir a molestarlas para pedirles alojamiento.... ¿I Clotildita?
- D.<sup>a</sup> LUZ. Sí! se conoce que usted se ha estraviado... i tanto, que en vez de entrar aquí por la puerta, se entra saltando tapias... Oh! qué dilijencias tan urjentes suelen, a veces, ocurrírseles a los hombres, cuando los obligan a escalar murallas... ¡Ahora caigo en lo que esto significa!...
- D. ANT. Pero, señora, ¿puede usted creer...?
- D.<sup>a</sup> LUZ. A otro perro con ese hueso, señor don Antonio... ¡Inocente de mí, que no habia caído en ello!
- D. ANT. Pues bien, ahora que veo mi indiscrecion, i lo mui tarde que es, permítame que me retire...
- D.<sup>a</sup> LUZ. (*Interponiéndose entre don Antonio i la puerta.*) ¿Está usted en su juicio? ¿Piensa que yo lo he de dejar moverse de aquí, sin que me dé una esplicacion de su conducta?
- D. ANT. Pero qué esplicacion...
- D.<sup>a</sup> LUZ. Usted ha venido aquí con malos fines... No puede negarlo... Usted compromete la reputacion de mi sobrina; i yo tengo que cumplir con el deber de decírselo todo a Eduardo...
- D. ANT. ¡No haga tal, por el amor de Dios! Yo quiero a Clotildi-

ta, pero con un amor paternal; i estoi mui léjos de pensar en mansillar su reputacion...

D.<sup>a</sup> LUZ. Pero si no viene usted aquí por Clotilde, es preciso que venga por otra persona... Es preciso que otra persona le haya inspirado a usted un amor que no sea paternal... I como en esta casa, no habemos mas que Clotilde i yo.... Ah! no sé qué decir....

D. ANT. (*Aparte.* Ni yo tampoco). Ya le digo, señora, que no tiene usted porque alarmarse en lo mas mínimo..... Le juro por lo mas sagrado que no hai en el mundo una mujer mas respetable, a mis ojos, que usted...

D.<sup>a</sup> LUZ. Eso dígaselo a Eduardo, que no a mí...

D. ANT. ¿A Eduardo?

D.<sup>a</sup> LUZ. Sí, a Eduardo, quien no tardará en estar aquí.

D. ANT. (*Exaltado*) ¿Sabe usted lo que dice?

D.<sup>a</sup> LUZ. ¿Pues no he de saberlo? Antes de irse, me dijo que lo esperara esta noche, i por eso no me habia acostado aun...

D. ANT. Entonces yo me retiro... (*Saludando*) Mui buena noche, mi señora...

D.<sup>a</sup> LUZ. Nó, nó! ¡No hará usted eso! Mire que el perro se lo comería a usted!... ¿No oye usted como ladra? Ah! I ademas oigo la voz de Eduardo que trata de apasiguar a Barcino... Sí! es Eduardo: conozco sus pasos, i ha venido, sin duda siguiéndolo a usted...

D. ANT. ¡Gran Dios! Saldré por la puerta principal...

D.<sup>a</sup> LUZ. Es imposible. Yo no tengo la llave..... Ocúltese usted aquí. (*Toma unas sábanas del canasto de costura*) Yo lo cubriré con estas sábanas (*Don Antonio se agazapa en el rincón que doña Luz le indica, i se deja cubrir con las sábanas*). Mire usted, si Eduardo lo encuentra, no le queda a usted otro recurso para librarse de su furor, sino decir que ha venido aquí por mí

D. ANT. (*Debajo de las sábanas*) Oh! Jamás! Jamás!

## ESCENA VI.

Doña Luz.—Eduardo (*Con un revolver en la mano*)—Juana  
(*Fuera de la escena*)

EDUAR. ¿Todavía usted en pié, señora? ¿I Clotilde?

- D.<sup>a</sup> LUZ. Acaba de quedarse dormida, Eduardo... ¡No la despiertes!... Pero ¿por dónde has entrado?... Vienes pálido... ¿Qué tienes?... Ah! ¿por qué traes esa pistola en la mano?
- EDUAR. (*Con exaltacion*) No me pregunte usted nada, i contésteme al momento, pues de lo contrario no respondo de mí... ¿En dónde está ese hombre que acaba de entrar aquí?
- D.<sup>a</sup> LUZ. ¿Qué hombre?...
- EDUAR. No se esponga usted, señora... Mire que apenas puedo contenerme... Yo lo sé todo... He encontrado el coche en el callejon, i he visto al ladron de mi honra saltar la tapia... Solo me he demorado el tiempo suficiente para amarrar bien al cochero, en su propio coche... El bribon se me resistió, i no quiso decirme el nombre de... Dígame usted, ¿en dónde está ese hombre?
- D.<sup>a</sup> LUZ. Te diré todo lo que quieras, Eduardo; pero guarda tu pistola... Ya sabes que le tiemblo a las armas de fuego. ¡Jesus María! ¡I es el revolver de diez tiros! El mismo con que matas diucas i golondrinas, como por juguete.
- EDUAR. ¡Vaya! No sacaré nada de esta vieja loca: pero tampoco saldrá de aqui hasta no descubrir este misterio (*Se pone en la puerta, i llama a la criada*) Juana! Juana!!
- JUANA. (*Desde el otro extremo del patio*) ¡Señor!
- EDUAR. Dile a tu señora que venga!
- JUANA. (*Acercándose desde afuera a la escena*) Mi sia Clotildita no esta aquí, señor.
- EDUAR. ¿I en dónde está? (*A doña Luz*) ¿No me dijo usted que Clotilde estaba en su cama? Esplíqueme usted...
- D.<sup>a</sup> LUZ. (*Se acerca poco a poco al rincon en donde se halla don Antonio, i allí se deja caer como desmallada*) Ah! ¡Dios mio! Yo me muero! Socorro! Agua! agua!
- EDUAR. (*Al acercarse a doña Luz, nota un pié de don Antonio fuera de las sábanas*) ¿Qué es esto?

### ESCENA VII.

Eduardo.—Don Antonio.—Doña Luz.—Juana (*Entra a cocorrer a doña Luz*).

EDUAR. (*Quitando la sábana*) ¡Aqui está... el miserable!

- D. ANT. (*Alzándose vivamente*) Oyeme, Eduardo: yo te lo explicaré todo...
- EDUAR. Don Antonio! ¡Es usted! Usted que ahora poco se llamaba mi protector, i me juraba una eterna amistad...
- D. ANT. I te la juro todavía, amigo mio...
- EDUAR. ¡Calle el viejo imprudente, i no profane esa palabra con esos labios acostumbrados a la falsía i al engaño! Ahora comprendo por qué queria usted separarme de mi esposa! Pero ha llegado su última hora...
- D. ANT. Ab! ¡Eduardo! Matar a un pobre viejo desarmado, seria un acto de cobardía indigno de tí...
- EDUAR. Usted se cree un pobre viejo desarmado, porque no tiene una pistola o un puñal en sus manos... ¿Le parecen a usted armas ménos temibles, la malicia, la deslealtad i la perfidia que tiene en ese corazon podrido? Sus armas son la traicion i el engaño, i usted anda siempre armado contra la honradez i el honor. ¿Es usted mas débil que yo? Tambien es mas débil una vívora, que se arrastra por el suelo... i ¿será por esto un acto de cobardía aplastarla con el pié, ántes que ella nos envenene? Con todo, me repugna matarlo a usted como a un perro, que es lo que merece. Aquí tengo dos revolvers, de los cuales, solo uno está cargado. Usted elejirá (*A doña Luz i a Juana*) ¡Salgan ustedes! (*Juana sale corriendo*).

### ESCENA VIII.

#### Dichos—ménos Juana.

- D.<sup>a</sup> LUZ. Cálmate, Eduardito, por la Virgen del Pilar..... Te juro que este caballero no viene tras de nada que sea prohibido. Sus fines son honestos...
- EDUAR. ¿Qué dice usted?
- D.<sup>a</sup> LUZ. Que sus fines son honestos... Si lo hubieras dejado hablar, él te lo habria explicado todo... Sí, sí, mui honestos, gracias a Dios... Yo no puedo decir mas... porque me lo impide el pudor...
- EDUAR. (*A don Antonio*) Explíqueme usted este enigma, porque si no...

D. ANT. (*Aparte.* Es preciso salir del paso, de cualquier modo que sea) La señora tiene razon, Eduardo. Tú te has engañado, creyendo que yo venia aquí atraído por un amor bastardo, cuando mi objeto no ha sido otro que hablar con mas libertad con... esta señora.

D.<sup>a</sup> LUZ. ¿No te lo decia, Eduardo?

EDUAR. (*A don Antonio*) ¿Usted ama a mi tia? Sí, o nó!

D. ANT. (*Aparte.* Oh! ¡qué tortura!) Sí, amigo mio.

EDUAR. ¿Es su objeto el casarse con ella? Sí, o nó!

D. ANT. (*Aparte.* Ya me ahogo!) Sí.

EDUAR. Pues entónces prepárese a ser su marido, en pocas horas mas. Voi a llamar al Cura...

D. ANT. Pero ¿no podríamos hacer esto mañana, con mayor calma?

D.<sup>a</sup> LUZ. ¡I qué necesidad hai de calma, para casarse?

EDUAR. Nó, señor: si he de hablarle con franqueza, yo no le creo a usted, i quiero saber si trata de engañarme de nuevo. Usted no saldrá de esta casa sino casado con mi tia o castigado (*Váse precipitadamente*)

D.<sup>a</sup> LUZ. ¡Mui bien dicho!

## ESCENA IX.

**Don Antonio.—Doña Luz.—José** (*fuera de la escena*).

D. ANT. (*Aparte.* Castigado! ¡Como si no fuera mas que suficiente castigo el tener que cargar con esta vieja!)

D.<sup>a</sup> LUZ. Dice bien Eduardo: no hai que dejar para mañana lo que puede hacerse hoi.

D. ANT. (*Aparte.* No perdamos la ocasion. La puerta está abierta. Tomemos las de Villadiego) (*Se dirige hácia la puerta*)

D.<sup>a</sup> LUZ. Ah! ¡Ya se me fue! ¡Padre mio San Antonio! ¡Detenlo! ¡Suelten el perro!

JOSÉ. (*Con el revolver en la mano, detiene a don Antonio que quiere escaparse*) ¡Cuenta, señor! Si sale, lo mato!

D. ANT. ¿Por qué no me dejas salir, José?

JOSÉ. Porque mi patron me ha encargado que cuide esta puerta, i me ha dicho que si usted trata de huir, le rompa la cabeza de un balazo.

D.<sup>a</sup> LUZ. ¡Milagro patente! (*Se acerca a la mesa*). Tendrás tu novena cantada, santo mio, i tu altar en la parroquia!

(*José vuelve a ocultarse detras de la puerta*).

ESCENA X.

Don Antonio.—Doña Luz.

D. ANT. Señora, ya no me queda mas recurso que usted..... En usted solo tengo todas mis esperanzas.

D.<sup>a</sup> LUZ. Así como yo tengo las de mi felicidad en usted, querido amigo mio! (*Se le acerca con zalamería*).

D. ANT. (*Retirándose*). Digo mis esperanzas de librarme de Eduardo...

D.<sup>a</sup> LUZ. Oh! Mi esposo no tendrá nada que temer de parte de mi sobrino.

D. ANT. Entónces usted persiste...

D.<sup>a</sup> LUZ. ¿I usted cree salir de aquí, sin el título de mi marido despues de haber sacrificado mi propia reputacion por salvarle la vida?

D. ANT. ¡Señora, por el amor de Dios! Deme usted calabazas, i seré su eterno reconocido. Desprécieme usted.

D.<sup>a</sup> LUZ. Nó, amigo mio: yo no soi de esas mujeres crueles, que si desean tener adoradores, es por el vano placer de calabacearlos.

D. ANT. Pero considere que un matrimonio hecho así tan de repente, puede tener pésimas consecuencias.

D.<sup>a</sup> LUZ. Para mí, la peor consecuencia seria que se aguara esta boda... Despues de haber sufrido mi reputacion...

D. ANT. I hemos de casarnos, sin informaciones, sin proclamas...

D.<sup>a</sup> LUZ. Son formalidades que el Cura puede dispensar. Es cosa que hoi mismo he preguntado, amigo mio.

D. ANT. I sin dar parte a los amigos... ¿Qué pensarán de nosotros?

D.<sup>a</sup> LUZ. Que digan lo que quieran... Despues de puestas las bendiciones, no se me dá tres nueces vanas que hablen i murmuren.

D. ANT. (*Aparte*. ¡Qué vieja tan empecinada!) Mire, señora (*Tomando un ceño amenazador*). Usted no sabe lo que yo soi!

D.<sup>a</sup> LUZ. Razon de mas para que yo tenga curiosidad i deseos de saber lo que usted es, mi querido amigo.

D. ANT. Quiero decir que usted no me conocè a fondo...

D.<sup>a</sup> LUZ. ¿I piensa usted que una mujer se casaria, si conociera a fondo a los hombres?

D. ANT. Debo advertirle, en conciencia...

D.<sup>a</sup> LUZ. Ya no es tiempo de advertir nada. Ya tendré tiempo de irlo conociendo cuando yo sea su mujercita.

D. ANT. ¡Mi mujercita! (*Aparte.* ¡Si no fuera tan horrible como es!) Debo decirle, en conciencia, mis defectos para que usted no me echè despues nada en cara.

D.<sup>a</sup> LUZ. No se canse usted, querido mio. Estoy dispuesta a admitirlo, con defectos i todo. ¿Qué hombre no los tiene?

D. ANT. Yo soi celoso como un diablo; se lo advierto.

D.<sup>a</sup> LUZ. ¡Miel sobre brñuelos! A mi me gustan los hombres celosos, porque donde hai celos hai amor.

D. ANT. Pero es que ademas tengo un jenio endiablado, i casi no hai dia que no me dé *Spleen*...

D.<sup>a</sup> LUZ. Haré cuentas de que estoi casada con un ingles.

D. ANT. A veces no me puedo aguantar a mí mismo, i me paso semanas enteras encerrado...

D.<sup>a</sup> LUZ. Eso proviene de que usted ha llevado esa vida de solteron... Pero hai un adajio que dice: casarás i amansarás.

D. ANT. ¡Usted no sabe la vida que va a pasar conmigo! ¡Piense en ello!

D.<sup>a</sup> LUZ. Yo lo domesticaré a usted en un par de meses...

D. ANT. ¡Esta vieja está loca! Cree usted que he de poder aguantarla un par de horas... ¡Vaya! ¡Un par de meses!

D.<sup>a</sup> LUZ. ¿I por qué no ha de poder aguantarme, cuando los cristianos nos casamos para aguantarnos los unos a los otros? Desengañese, amigo mio: esos son resabios de solteron. Ademas, si tenemos algunas diferencias, de cuando en cuando, ellas servirán para apretar mas fuertemente los nudos de nuestro amor...

D. ANT. (*Aparte.* Sí! los nudos... Ya me parece que me ahorcan con ellos).

D.<sup>a</sup> LUZ. ¿Duda usted? Pues crea, amigo querido, que no hai nada mas dulce entre los esposos, que una reconciliacion. Ya lo verá por esperiencia... Estoy por decirle que no me casaria con uno de esos hombres que llaman de buen je-

nio... Es preciso que una tenga algo que contar al fin de la jornada... ¡Sí, amigo de mi corazón! No me den a mí esos matrimonios vulgares i desabridos, sin la sal i pimienta de las disputas i pleitecillos... matrimonios parejos como las pampas de Buenos Aires...

D. ANT. Despues de lo que me ha dicho, me casaria con usted, señora, si yo no estuviese arruinado como lo estoi.

D.<sup>a</sup> LUZ. Ah! ¿Qué dice usted?

D. ANT. Que todo cuanto tengo pasará bien pronto a manos de mis acreedores... Estoi quebrado, a la mata.

D.<sup>a</sup> LUZ. (*Aparte* Si fuera cierto, no lo diria). Eso no importa nada, mi querido amigo... Los que saben quererse bien se rien de la pobreza...

D. ANT. ¡Pero, señora, por Dios! ¿No echa de ver que no la quiero?

D.<sup>a</sup> LUZ. Usted me irá queriendo poco a poco, despues de que se case. ¿No vé, hombre de Dios, como todos los dias se están haciendo matrimonios sin amor? Pero despues se quieren a morir...

D. ANT. (*Aparte*. Tentemos el último recurso). Pues bien, señora. Me ha dado usted tantas pruebas de amor, que estoi ya resuelto a casarme... Pero le advierto por la última vez que, a lo ménos, a lo ménos le digo, tendrá usted una paliza cada veinticuatro horas.

D.<sup>a</sup> LUZ. ¡Tanto mejor! Así pelearé ante la Curia, i mi casamiento meterá bulla en Santiago... Usted no sabe cuanto me gustaria seguir un juicio de divorcio!... Aunque yo creo que no llegará ese caso, porque contra eso de las palizas, yo sé un remedio mui bueno. ¿Le parece que la hija de mi madre es de las que se chupa el dedo? Ya lo sabrá despues por esperiencia.

D. ANT. (*Echándose a los pies de doña Luz*). Oh! señora doña Luz! Disponga usted de...

D.<sup>a</sup> LUZ. Alcese usted, amigo mio... Usted no tiene necesidad de hacer esas manifestaciones, para que yo lo quiera como a las niñas de mis ojos...

D. ANT. Disponga usted de todo lo que poseo... Llévase mis haciendas... Pero deme las calabazas que le pido.

## ESCENA XI.

Dichos—El Cura—Eduardo—Clotilde—Las Hermanas  
del Cura—Juana—José.

EL CURA. Antonio! ¿Con que la broma de esta tarde ha salido siendo verdad? Te encuentro a los pies de mi señora doña Luz.

D. ANT. Ah, mi querido amigo...

EL CURA. Ya que todo está pronto, procedamos a las bendiciones

D.ª LUZ. Lo que se ha de hacer tarde, que se haga temprano (A Clotilde) ¿No te lo decia, sobrina, que lo habias de ver a mis pies?

D. ANT. ¿Donde está Eduardo?

EDUAR. Aquí me tiene usted.

D. ANT. Prepárate a matarme pronto... I ustedes, oigan mi testamento.

EL CURA. ¿Qué quiere decir esto?

D. ANT. Que estoi resuelto a morir, amigo mio. Lego todos mis bienes a los pobres, i nombro de albacea a mi buen amigo el Cura de esta parroquia. Ahora le ruego a Eduardo que me dé un balazo, pues prefiero la muerte a ser el marido de esta señora, a quien Dios guarde muchos años. Pero como no quiero morir sin confesion, confieso mi pecado ante el señor cura. Es verdad que, extraviado por un fatal amor, de que me arrepiento...

EL CURA. Basta: no prosigas. Lo sé todo, i si estás arrepentido...

D. ANT. De todo corazon.

EL CURA. Pues entónces yo te absuelvo, i pido a Eduardo i a Clotilde que te perdonen.

CLOT. Yo nada tengo que perdonarle al señor.

EDUAR. Yo sí que tengo, i mucho; pero lo olvido todo, i en prueba de ello, aquí está mi mano.

D. ANT. Eres un noble muchacho, amigo mio. (*Le dá la mano*).

EL CURA. Ya que has confesado tu delito, voi a imponerte la penitencia.

D. ANT. Estoi pronto a cumplirla, amigo mio.

EL CURA. Héla aquí. Tú eres bastante rico, i no tienes herederos. Te ruego, pues, que emplees en una buena obra todo ese

dinero que has gastado en comprar esta chacra con un mal fin.

D. ANT. Ya lo habia pensado; i en prueba de ello (*Saca un paquete de papeles de su bolsillo*) aquí están todos las pagarees firmados por Eduardo (*A Eduardo*). Tómalos, amigo mio: esta chacra te pertenece desde hoi.

EDUAR. Mil gracias, señor; pero permítame rehusar...

EL CURA. (*Tomando los papeles*) Estas cosas se hacen así (*Hace pedazos los pagarees*).

D. ANT. ¡Desde ahora juro no poner mas los piés en esta casa!

D.<sup>a</sup> LUZ. Ah! i yo quedo como ántes! Con que, es decir que el milagro de mi San Antonio se lo ha llevado el viento!

---

# LA RESURRECCION DEL LATIN

## I.

### LA CUESTION POLÍTICA.

Los que creen que el espíritu humano no progresa siguiendo una marcha directa i uniforme, sino que avanza con paso incierto i vacilante, en una perpétua oscilacion que ya lo aproxima i ya lo aleja de su fin, en una eterna contradiccion consigo mismo derribando hoi lo que exaltaba ayer i destruirá mañana; los que abrigan esa melancólica i amarga concepcion del progreso, que han venido consagrando los filósofos desde Vico hasta Goethe, habrán podido presenciar impacibles la resurreccion del latin como estudio obligatorio; mas todavía, esa singular resurreccion era un hecho que debian aguardar i preveer como la triste confirmacion de su doctrina. Para ellos nada hai mas natural que esa tenaz vitalidad de las preocupaciones i los vicios, nada hai mas lójico que esas estrañas resurrecciones que nos hacen dudar de la razon humana, i nada hai que los sorprenda, en esos desesperantes i eternos milagros de error.

Pero nosotros, los que tenemos mas fé en el buen sentido podremos presenciar con un descorazonado fatalismo ese retroceso hácia un pasado que no autoriza nada, que nada justifica, que ayer no mas ha sido derribado apoyándose en razones que subsisten en

toda su fuerza? ¿Cómo es posible que los mismos hombres que ayer condenaban como estéril el estudio del latín, lo preconicen hoy como la base fundamental de la instrucción? ¿Cómo es posible que en los más graves negocios del Estado los que dirigen la política liberal nos dejen el triste problema de saber cuándo han hecho mal, si ayer u hoy? Esta monstruosa inconsecuencia pone de relieve la falta de un estudio serio en la solución de los negocios políticos i nos muestra que los partidos que la cometen obedecen a los caprichos del momento i no a un criterio sólido i maduro, que dejándose resbalar, como una masa inerte, por todas las pendientes, van a caer un día en el fondo del liberalismo, otro día en el fondo de la reacción, i siempre en el abismo de la inconsecuencia i ¡qué especie de inconsecuencia! la más triste de todas, la inconsistente.

I no se olvide que la responsabilidad cae sobre todos nosotros, sobre todos los que forman en las filas liberales i que tendrán que cargar a pesar suyo con las graves consecuencias de esos actos. Esto nos autoriza i nos obliga a pedir cuenta a nuestros directores del momento del paso que ahora van a dar restableciendo el estudio obligatorio del latín.

Es necesario ser muy miope i no haberse preocupado jamás de la instrucción para no ver el inmenso alcance de ese paso. El lenguaje que usamos al abordar esta cuestión i la importancia que le damos, solo podrá parecer una exageración retórica i pueril a los que no han reflexionado un momento en este asunto; a los que no lo han sacado de los límites estériles i estrechos de una discusión académica para estudiarlo a la luz de la política i ver sus amenazadoras consecuencias.

Las cuestiones de instrucción pública tienen ahora una doble solución, como todas las cuestiones de política: la solución liberal i la solución conservadora; la solución de los que quieren dar a las sociedades como base el criterio racional i someter a ese criterio todos los principios e intereses, i la solución de los que quieren basar las sociedades en el criterio de la autoridad i la tradición, que consagra los intereses i principios de ciertos grupos sociales sacrificando en su obsequio los del resto de la comunidad.

Esta es la esencia fundamental de esos dos credos políticos:—de un lado los que lo esperan todo,—los que esperan la justicia,—de la razón i de la lógica; i del otro lado los que quieren conservar prerrogativas robusteciendo el respeto tradicional en que se apo-

yan. De aquí la consecuencia natural de que ámbos se disputen el espíritu de la juventud i traten de amoldarlo cada cual en su criterio, de inculcar en él, no tanto sus principios dogmáticos, cuanto sus tendencias mas íntimas, lo que hai de mas personal i de mas fijo en su manera de ser.

Obedeciendo a este criterio ¿cuál será la base de la educacion autoritaria i cuál la base de la educacion liberal? Para los primeros el estudio de las lenguas muertas, para los segundos el estudio de las ciencias; para los primeros un estudio ornamental i de aparato, para los segundos un estudio práctico en la vida que dé valor personal al que lo haga.

En efecto, el estudio de un idioma no es simplemente la adquisicion de un vocabulario i una gramática; prolongado durante algunos años—i tiene que prolongarse largos años—imprime una direccion determinada a nuestras fuerzas intelectuales, las habitúa a una dócil sumision al hábito i la autoridad, a un respeto servil hácia el pasado. El criterio supremo de las lenguas es la autoridad. El hábito domina sin contrapeso en ese jénero de estudios convirtiendo en leyes, que no se pueden ni discutir ni revocar, hasta sus mas estravagantes caprichos. La razon i la lójica han sido eternamente proscritas de esos dominios en que la autoridad insolente, desenvuelta, omnipotente, pasea su látigo de fierro.

¿Por qué se dá tal pronunciacion a una palabra?—Porque así la pronunciaban nuestros antepasados. ¿Por qué se escribe con tales letras?—Porque así la escriben las autoridades de la lengua. ¿Por qué se construye así esta frase, se conjuga así este verbo, se concuerda así este adjetivo, se pluraliza así este sustantivo, etc., etc? Porque así lo ha dispuesto el uso, así lo ha consagrado la tradicion, así lo mandan las autoridades i el que no se someta al uso, a a tradicion i a las autoridades dócilmente, servilmente se hace reo de una falta.

I es digno de notarse que en el código penal que castiga las faltas del jenguaje, la pena es tanto mas severa cuanto mas caprichosa e inconsistente es la autoridad violada. Se castiga ménos, se perdona mas una falta de sintáxis que una falta de conjugacion, i ésta que una falta de ortografía.

Una sociedad que acepta sin discusion los caprichos de una autoridad sin freno ¿no es ese el sueño ideal del autoritario en política, i no es tambien esa la enseñanza i la base del estudio de las euguas?

«Vamos a enseñar a hablar conforme al uso de la jente educada.» Hé aquí la fórmula sacramental con que se abren todas las gramáticas, i ¿no se siente al leer esas palabras vacías i sonoras el crujido de las botas de la autoridad que va a imponerse? ¿No se ve que el que ha crecido a la sombra de ese criterio en la escuela está hábilmente preparado para seguirlo en su vida i que no se sorprenderá cuando encuentre en la sociedad las viejas fórmulas de la gramática?

Todo esto lo ha comprendido el autoritarismo i por todo esto ha ido a buscar en el estudio de las lenguas muertas la base de la instruccion pública, dando tanto mas desarroyo a ese estudio cuánto mas artificial era la organizacion de las sociedades que servia. Las prerogativas de las aristocracias europeas, podrian graduarse fácilmente por la amplitud que cada una de ellas ha dado al estudio de las lenguas muertas. En Inglaterra ha sido hasta hace poco la ocupacion casi esclusiva de los estudiantes de Oxford i de Cambridge; en España, Francia i Alemania era ménos i ménos absorbente, como eran ménos i ménos poderosas las aristocracias respectivas.

Es singular que haya publicistas liberales para quienes ha pasado desapercibido este resorte de instruccion, a cuya eficacia el autoritarismo ha confiado su fortuna con un buen éxito invariable.

Herbert Spencer parece creer que la importancia dada al estudio de las lenguas muertas i la historia en la educacion del pueblo, es una reproduccion inocente en el mundo moral de lo que pasó en el mundo material en los tiempos primitivos. Lo que primero preocupó a las pobladas salvajes, fué la parte ornamental de su vida. Antes de preocuparse en construir habitaciones i en procurarse los elementos del bienestar, se ocuparon en adornar sus cuerpos. Las tribus salvajes que recorren los desiertos del Africa, las inmensas sábanas del Asia i los bosques de la Australia, muestran sus cuerpos desnudos i desfigurados por pinturas que a veces solo puede poseer el que se somete a horribles sacrificios. Así nosotros, siguiendo la injeniosa i viva comparacion de Spencer, ántes de procurarnos la educacion útil i hasta indispensable en la vida, ántes de saber cómo alimentarnos, cómo conservar la existencia, cómo evitar los males que nos rodean, nos preocupamos de adornar nuestro espíritu con estudios sin verdadera utilidad:—el latin, la música i la historia. Para nosotros estos estudios no tienen la infantil inocencia de un ruido maso ménos armonioso, sino la

intencion de un propósito hábilmente perseguido por un medio seguro de alcanzarlo. El autoritarismo ha visto con sagacidad el alcance de ese jénero de instruccion i se ha servido de él con talento. En este caso--como en casi todos, por desgracia--el interes ha sido mas artero i sagaz que la justicia.

Por el contrario para la escuela liberal la base fundamental de a instruccion es el estudio de las ciencias. Este cambio en la base importa un cambio radical en la direccion de los espíritus: las riendas pasan de las manos de la autoridad a las de la razon, el carro de la lójica rueda inexorable donde ántes dominaba la tradicion. Para la ciencia no hai autoridades dogmáticas, no hai usos consagrados por el tiempo, las tradiciones pierden su prestigio, el pasado su majestad, no hai mas que lójica i razon, i no hai nada fuera de la razon i de la lójica.

Desde sus primeros pasos la intelijencia que principia a desarrollarse en esta atmósfera siente la superioridad del presente sobre el pasado. Basta hojear unas cuantas pájinas de matemáticas para saber mas que Euclides; estudiar física unos pocos meses para saber mas que Newton; asomarse a un telescopio para conocer la bóveda celeste mejor que Galileo i que Copérnico, etc., etc. La ciencia se desarrolla con una rapidez vertijinosa; el caudal de los conocimientos adquiridos, cada dia es mas grande i mas exacto, i cada dia tambien es menor el número i la importancia de los errores que inundaron la ciencia de otro tiempo. La antigüedad, el pasado, esas imponentes i solemnes evocaciones de la escuela autoritaria hacen un papel mezquino i sospechoso en el frio escenario de la ciencia.

Aquí todo se somete a la mas irrespetuosa discusion, todo se analiza con el escalpelo riguroso de la lójica. Aquí solo se respeta la ciencia. Aquí la verdad es el Dios grande, el Dios único!

Pero hai mas todavía. El que ha gastado su juventud aprendiendo lenguas muertas i estudiando esa série de escándalos brillantes i malsanos que llaman *historia* en nuestros colejios, esa série de intrigas de corte i sacristía, de asesinatos i adulterios; el que, como los bachilleres que se propone fabricar el Consejo de Instruccion, sepa la lista de las queridas de Enrique VIII i Luis XIV, de Francisco I i el Rejente i no sepa quien era Jenner, podrá ser el huésped amable de un salon, un agradable cortesano, un *diletanti* de las letras, podrá ser lo que se quiera, ménos un hombre capaz de ganar su propia vida con honrada independenciam.

Será una inutilidad brillante i frívola, pero nó una personalidad moral; podrá ser un instrumento i será un instrumento. I si no es eso ¿qué es? ¿Qué es el que no sabe nada que pueda servir a los demas, el que no puede exigir nada en pago de los servicios que presta, o mas bien dicho, el que es incapaz de servir? Ese necesita imperiosa, inevitablemente cobijarse bajo las alas protectoras del favor i tiene que aceptar sus bochornosas condiciones.

Si se enseña, por el contrario, estudios útiles en la vida práctica, estudios que permitan prestar servicios positivos a los que nos rodean,—estudios científicos en una palabra— el que los ha adquirido tendrá un valor propio, una personalidad, tendrá la noble independencia del que sabe pensar i puede decir en voz alta lo que piensa.

Hé aquí los dos productos lójicos de esas dos educaciones. De un lado la naturaleza humana mutilada, desfigurada, preparada para someterse a todos los despotismos: el despotismo de la sociedad, el despotismo de la moda, el despotismo de las ideas recibidas, el despotismo de la autoridad i el despotismo del favor! De otro lado, un hombre! Hé aquí las dos organizaciones morales que necesitan crear, el autoritarismo para poderse sostener i el liberalismo para poder vivir: el uno necesita cómplices sumisos i el otro voluntades enérgicas.

¡Qué antítesis i qué contraste el de los que quieren acercarnos al pasado i los que quieren aproximarnos al porvenir; el de los que han colocado el paraíso en la cuna de la humanidad, en plena barbarie, i los que lo colocan en el lejano horizonte de la perfección futura!

## II.

### LA CUESTION LITERARIA

Las universidades españolas, numerosas, ricas i poderosas como eran por sus privilegios, estaban completamente sujetas a la influencia monástica. Su principal privilegio era entónces, como lo es todavía, el derecho de negarse a seguir el progreso de la ciencia i de mantener los abusos antiguos i los métodos vetustos de instruccion como su mas precioso patrimonio.

SISMONDI—*Literature of Europe*, T. II, 298.

Se comprende que los autoritarios, los conservadores i reaccionarios pongan un empeño ardiente en restablecer el estudio obligatorio del latin i en hacerlo servir de base a la enseñanza, pero ¿cómo se explica que el liberalismo los secunde en esa empresa de-

plorable? ¿qué persigue? ¿por qué sacrifica sus principios i hace pedazos las declaraciones que ayer no mas ha estampado en sus decretos?

Los liberales del Consejo Superior de instruccion pública, poseídos de un súbito aunque tardío amor al arte literario, se han decidido a sacrificarlo todo a su pasión. Sostienen al latín, porque a su juicio es el arca santa que encierra los misterios del arte literario, misterios impenetrables para el que no ha sido iniciado en esa lengua; porque el latín es la fuente de las más inefables armonías i solo puede ser armonioso el que ha bebido en esa fuente, i por otras razones que como éstas revelan la vehemencia de la pasión que los domina. El demonio del arte se ha apoderado de esas cabezas canas i arranca de sus labios idilios infantiles.

Cuando los señores del consejo declararon su pasión frenética i el propósito de sacrificarlo todo a esa pasión, cuando en medio del éxtasis de sus últimos amores, contemplaban a su ídolo, ¡qué escena debió ser aquella! Comprendo que los señores del consejo hicieran cerrar las puertas i despedir la barra: el secreto sienta bien al amor, el éxtasis no puede vivir sin misterio! Era indispensable cerrar herméticamente la puerta a las miradas profanas para poderse entregar a las efusiones de un amor común. Si el ojo profano hubiera podido penetrar allí ¡qué cuadro habría visto! Algo así como la contemplación de los viejos de la Biblia delante de Susana desnuda, algo digno del pincel humorístico Goya!

Pero veamos lo que hai en el fondo de esas amplificaciones orientales.

Los consejeros creen que el arte literario solo es accesible a los que conocen el latín i buscan sus secretos en el estudio de la antigüedad romana. Solo en ese estudio se puede aprender los resortes de la composición, la manera de exhibir las ideas i los hechos, bajo una luz atrayente i seductora. En los clásicos latinos se aprende a dar a cada idea la posición que le corresponde, la pompa que debe rodearla, en una palabra, el orden i la solemnidad a que deben someterse en la jerarquía intelectual. El latín es una especie de heráldica. Sin esa heráldica no se puede vivir en medio de la aristocracia de las letras.

Pero, a pesar de que casi todos los que han recibido una educación sistemada han tenido que pasar por las horcas caudinas del latín, sin embargo, por una coincidencia estraña i singular, casi todos los grandes maestros de la literatura moderna no han sabido

latin; casi todos han penetrado esos misterios del arte sin someterse previamente a las torturas de un aprendizaje que el Consejo ha declarado indispensable.

Shakespeare; el mas grande de los escritores ingleses, no conoció el latin; Rousseau, el mas grande de los escritores franceses, no sabia leer en latin, ¡Cervantes, el gran Cervantes, tampoco sabia latin!

Madame de Sevigné no sabia latin, lo que no le impidió ser el gran modelo en el arte epistolar; madame de Stael dominó su época por su arte literario, sin saber latin; la Jorje Sand, ese coloso del arte, tampoco sabia latin; Sainte-Beuve, el árbitro supremo del buen gusto en el mas artista de los pueblos modernos, declaró en pleno senado que jamas habia leído latin.

Por fin, baste recordar que en Francia el cetro literario pasó de manos de Rousseau a madame de Stael; de madame Stael a la Jorje Sand, i de la Jorje Sand a Dumas, hijo; ninguno de esos grandes maestros ha sabido latin. Esta curiosa i mortificante coincidencia basta para hacer ver que es insostenible el título de maestro del arte literario con privilegio esclusivo que el Consejo ha querido conceder al latin en un momento desgraciado.

No pretendemos desconocer la influencia enorme que han ejercido los clásicos latinos en el desarrollo del arte, pero esa influencia pueden ejercerla con mayor eficacia al través de las versiones a otra lengua.

El arte de la composicion no consiste en la colocacion de las palabras, sino en la distribucion de las ideas, en la gradacion de los hechos i, por consiguiente, lo que hai de artístico en la composicion de una obra pasa íntegro de una lengua a otra lengua i es igualmente accesible a los que saben i a los que ignoran el latin.

Bajo este punto de vista, ese estudio es una penosa superfluidad, es el fastidio sin la recompensa. Pero si el latin no es un maestro indispensable para el arte de componer ¿es un maestro que enseña a pulir, a suavizar las asperezas brutales de las lenguas modernas? ¿es un maestro de armonía que desempeña respecto de nuestras lenguas meridionales un papel análogo al que desempeñó el griego respecto de las groseras lenguas del oriente?

Pero el lenguaje de los griegos, esquisitamente eufónico, mezcla armoniosa de consonantes suaves i vocales dulces, era en realidad un instrumento de espresion mas armonioso i mas fino que las ásperas lenguas orientales.

Atenas, Argos, Platea, Salamina, todos los nombres de la Grecia son delicadamente armoniosos. A esa benéfica influencia de los griegos se debe que hayan desaparecido los nombres salvajes de los sirios, los egipcios i los persas. Ellos cambiaron el nombre hebreo Hershalaïm en el de Jerusalem; el nombre persa Coresh en el de Ciro; el Schochemoth de los Sirios en Sofía; el Osheth i Oshireth de los egipcios en Isis i Osiris; el Sombadipo i el Samouvi de los bramias en Indo i Ganges, etc., etc. Los griegos derramaron en el mundo la armonía.

Pero el latin está mui léjos de tener respecto del español i el italiano la superioridad que tiene el griego sobre los idiomas del oriente. Por el contrario, nuestra lengua es mas sonora i armoniosa que la lengua del Lácio, i nosotros estudiando el latin para darle armonía a nuestra lengua, haríamos el estravagante papel de un millonario que saliera a mendigar por las calles, a recibir como limosna lo que debia dar como favor.

Ingleses, franceses i alemanes han declarado al latin la lengua madre de la armonía, i sé que casi todos los clásicos españoles han rivalizado en una delirante admiracion por esa lengua. Pero, con perdon de Apolo i de las musas eternas, ese entusiasmo me parece artificial, afectado, una concesion a las ideas dominantes.

Examinemos:

La armonía es el resultado de una série de sonidos, i si uno de ellos varía, la armonía desaparece. El encadenamiento de los sonidos que producen una armonía es fatal, inalterable, es un lazo de fierro que se rompe pero que no cede.

Pues bien, establecido este hecho indiscutible, veamos cómo se concilia con la armonía del latin.

Ingleses, franceses i alemanes pronuncian ese idioma de diverso modo, acercándolo cada cual a la pronunciacion de su propia lengua. Ni podia ser de otra manera: el frances no podrá pronunciar jamas las consonantes fuertes como la *rr*, el ingles no podrá pronunciar las vocales llenas, el aleman las aspiraciones suaves. De aquí nace la imposibilidad de una pronunciacion uniforme; imposibilidad que agrava la diversidad de acentuacion i la tendencia que tiene cada cual a leerlo como si estuviera escrito en su propio idioma.

En el libro de Taine, *Notes sur l'Angleterre* leo en la página 164 lo siguiente, que hará ver hasta donde llega esa enorme diversidad de pronunciacion: «Cinco o seis estranjeros distinguidos reciben el

título honorífico de doctores en derecho, *in jure civili*, lo pronuncian *in iure zaivailai*. Un inglés citando el dicho de César: *Veni, vidi, vici* lo pronunciaba de esta manera: *Vénai, vaidai, vaizai*. Mi vecino le respondió:—«César no pudo pronunciar jamás una frase semejante.»

Por nuestra parte, estamos seguros que tampoco la habría pronunciado como el interlocutor francés, quien como sus compatriotas, debía hacer agudas las palabras. En cuanto a los alemanes, han convertido el latín en una mezcla infernal de palabras esdrújulas i aspiraciones violentas. Esta diversidad de pronunciaci3n hace imposible, hace absurda la uniformidad de admiraci3n.

Para palpar en toda su fuerza la verdad de la observaci3n que hacemos, nos bastará tomar un verso cualquiera i escuchar los comentarios de un *dómine* de escuela.

El verso que hemos tomado es de Horacio, es el famoso:

Eheu, fugaces, Posthume, Posthume,  
Labuntur anni.....

—*Un dómine inglés* lo lee:

Ejiú, fugéces, Poszium, Poszium, i esclama: no hai idioma mas armonioso que el latín i nunca lo ha sido tanto, a juicio de Byron i de Johnson, como en estos versos en que el sublime Horacio ha vaciado toda la amargura de su dolor inmortal. Admirén ustedes ese *Ejiú* que es el grito mas armonioso del dolor humano!

—*Un dómine francés* lee:

Eeú, fugacés, Postumé, Postumé, i esclama: ¡Oh dulce armonía del latín! Con cuanta razon Musset la llama:

Fille de la douleur, Harmonie! Harmonie!  
Qui nous vins d'Italie, et qui lui vint des cieux!

En este verso del lírico latino, se siente el sollozo en medio de la armonía. Es un canto, un poema de lágrimas. El dolor ha escrito ese verso con su buril eterno! *Eeú!* Admirable grito de dolor, no puede concebirse nada mas melodioso. *Eeú*, no es el grito salvaje de una desesperaci3n dramática, es el lamento de un dolor elegante. *Eeú* ¡Admirable!

—*Un dómine alemán* lee:

Ejoi, fúgaces, Póstime, Póstime, i esclama: señores, reservo para mas adelante un estudio completo de las armonías del latín, pe-

ro permitanme desde luego llamar su atencion hácia este verso de un musicalismo sorprendente; todo en él es de una armonía esquisita. Fijense en ese Ejoí que tiene la dulzura de un quejido i la enerjía de una esclamacion, *Ejoí* es el tipo ideal del dolor armonioso. Cuenta la historia que las damas rómanas gozaban haciendo azotar a sus esclavas i se colaprende ese goce si el látigo les arrancaba ese armonioso lamento!

I si nos es permitido hacer descender a este grotesco escenario a unos de los ilustres miembros del Consejo Superior de Instruccion Pública, hé aqui lo que tendria que decirnos en su elegante lenguaje de academia. El Consejo ha oido con profunda pena el desapasible i áspero lenguaje que Uds. hablan i despues de elucubraciones mui graves i secretas ha descubierto un instrumento infalible para pulir la lengua española i hacerla sonora, armoniosa i delicada. Esa lima maravillosa es el estudio del latin. En fuerza de leer constantemente los armoniosos vocablos de esa hermosa lengua, se grabará en sus oidos esa antigua armonía i Uds. involuntaria, insensiblemente, amoldarán su lengua a esa armonía. Estudien Uds. latin i las palabras saldrán de sus labios como la miel del Himeto. Para que Uds. palpen la superioridad del modelo que el ilustre Consejo les propone, voi a permitirme una comparacion. Un poeta latino, el Horacio inmortal, contemplando la labor implacable de los años esclamaba:

Eheu, fugaces, Pósthume, Pósthume. Un poeta español casi olvidado, en una situacion análoga, esclamaba:

¡Cómo se pasa la vida!  
 ¡Cómo se viene la muerte!  
 Tan callando!

¡Qué diferencia entre esas dos esclamaciones del mismo sentimiento! En el latin, todo es dulzura, suavidad, armonía. El *eheu* es la expresion mas delicada del dolor! expresion incomparable, llena de lágrimas i ternura. Si por desgracia no pudiésemos introducir el estudio obligatorio del latin, el Consejo no echará en olvido esa expresion admirable de los profundo pesares. El Consejo esclamará en coro: *Ehéu!*

Ejiú! Ejoí! Eeú! Ehéu! siempre armonioso, i siempre admirable!

Vamos! Este es ir mas allá que los mismos romanos en la admiracion del latin; esto es ser mas papista que el papa *papam papa-*

*liores*, como se diria en la armoniosa lengua que el Consejo no quiere dar como modelo.

Se comprende que el latin sonara como una dulce melodía en los oídos salvajes de los ostrogodos, los visigodos, los hunos i los vándalos, oídos habituados a los horribles monosílabos de los idiomas guturales: se comprende que lo puedan mirar como un modelo los ingleses i alemanes, como se comprende que las tribus de Mozambique i del Congo consideren la Vénus hotentote el tipo ideal de la belleza humana, pero no se comprende que nosotros, que a cada paso encontramos por la calle bellezas de un orden superior, pudiésemos caer en el éxtasis de la admiración delante de esa Vénus negra, de frente deprimida, nariz aplastada i labios colosales. Solo se podria explicar esa estravagante admiración si tuviéramos delante de los ojos el velo espeso de preocupaciones arraigadas, o si se doblara la rodilla, no delante de la diosa visible sino de un interés oculto.

Pero hai admiraciones decretadas por el hábito, que es de buen tono simular sino se sienten. Las naturalezas mas enérgicas prefieren ceder, i hasta caer en el ridículo ántes que entrar en lucha con esas divinidades consagradas.

«Cuando Chateaubriand llegó a Roum, Mr. Artau lo condujo delante de San Pedro.

«Sentia la necesidad de una emoción, decia Artau, i no pudiendo sentirla, la afectó.

«Se sentó sobre el borde de piedra de la fuente, que está frente al pórtico, entre los obeliscos egipcios, i colocando la mano sobre el pecho, le dijo a Artau: *Tengo sed!* i permaneció silencioso en una contemplación evidentemente simulada. Artau lo comprendió i no perturbó su entusiasmo.»

¡Pueril debilidad de un jénio que no se atreve a confesar que ha permanecido impasible delante de esa divinidad del buen gusto, i que prefiere ser ridículo a ser sincero!

En este momento, en medio del tranquilo silencio de la noche, ha venido a interrumpirme un organillo que toca frente a mi balcon... Es el *Bacio!*.... El *Bacio* que yo he oido tantas veces en los años mas felices de mi vida. Las notas desapacibles i chillonas de ese músico ambulante, pasando al traves de mis recuerdos, sueñan en mi espíritu como una dulce i melancólica armonía, tierna como los recuerdos del hogar, como los ecos del pasado!

Ah! ¡quién sabe si los versos latinós tienen para algunos el po-

der misterioso que ha ejercido en mí esa música mecánica, quién sabe si el ruido desapacible de esos versos despierta en ellos los recuerdos de una juventud lejana!

Oh! dulce i amarga evocacion del pasado!... Me parece verme en la escuela... sentado delante de una mesa, en un gran salon oscuro i frio... ¡sesenta u ochenta palabras que buscar!... una o dos horas del trabajo mas cruel i monótono que es posible concebir.... Mis dedos de niño se fatigan hojeando el voluminoso diccionario... por fin descubro las palabras escondidas en aquella multitud de palabras, como se esconde un hombre en medio de la muchedumbre... ¡Ya comprendo las emociones del policial que atrapa a un ratero!... La traduccion está concluida, ahora a aprender las listas interminables de pretéritos i supinos... Despues a la clase a hacer pasar a Horacio, a Virjilio i Ciceron por el martirio de una traduccion literal, de donde salen los pobres autores convertidos en un monumento de absurdo, i despues de tanto hojear el diccionario i aprender gramática, despues de perder dos horas a lo ménos, diariamente, durante seis años, tuve que buscar una traduccion francesa para leer los autores latinos.

Yo no sé lo que ha ganado el mundo con imponerme esa tarea estéril i absurda, ni qué podrá ganar con imponerla a nuestros hijos. Quiero suponer que, mas aprovechados que sus padres, alcancen el insigne honor de ser reputados latinistas. ¿Qué habrán ganado? ¿Para qué sirve el latin en nuestro tiempo? ¿Para leer los clásicos que es posible leer en admirables traducciones que solo se pueden igualar consagrando una vida entera a ese trabajo? ¿Para aprender a escribir con arte i hablar con armonía? Si realmente el latin tuviera el don maravilloso que algunos le atribuyen, la clase mas fecunda en latinista seria tambien la mas fecunda en maestros literarios, i es bien sabido que si los eclesiásticos brillan por sus virtudes, no brillan por sus letras; si realmente los oidos habitados al latin adquirieran el hábito de las entonaciones armoniosas, no se oirian en el púlpito esos sonsonetes nasales, esos tonos de salmódia insoportable. Entónces ¿para qué sirve el latin?

Tardieu, en la página 210 de su libro *Attentats aux Moeurs*, hablando de ciertos hábitos sin nombre, dice: «Pero retrocedería delante de estos detalles inmundos si no se me permitiera ocultarlos bajo una corta perífrasis latina» i en seguida, escribiendo en latin, inicia a sus lectores en esos misterios de la crápula. Hé aquí para lo único que sirve el latin en nuestro tiempo; para ocultar

detalles inmundos bajo una corta perifrasis! I todavia para esto es necesario haberlo cultivado muchos años.

¿No es verdad que el salario es ruin i el jornal duro?

### III.

#### LA CUESTION SOCIAL.

Antiguamente los reyes  
Algun oficio aprendian.  
Por si en la guerra o la mar  
Perdian su patria i reino,  
Saber con que sustentarse.

LOPE DE VEGA.—*El perro del Hortelano. Esc. XIV.*

Trazando el Consejo Superior de Instruccion Pública la norma a que deben sujetarse los que aspiren al título de bachiller, ha abordado i resuelto un gravísimo problema de organizacion social.

Solo puede ser médico, injeniero o abogado el que es bachiller; solo se puede entrar en la vida profesional por la puerta estrecha que abra el consejo de instruccion, puerta que permanecerá cerrada eternamente al que no se someta a sus rigurosas i desmesuradas prescripciones, a todo el que no pague el impuesto de tiempo i de trabajo que ha fijado con mano implacable e indiscreta.

Pero, tiene el consejo la peligrosa libertad de incluir a granel los estudios que primero se le ocurran en ese inventario de los conocimientos que es lícito exigir al que pretende trabajar como médico, injeniero o abogado? Mas aún, ¿puede la sociedad misma poner trabas mortificantes i ociosas a ese primordial derecho del trabajo? Nó, i evidentemente nó.

La sociedad solo puede restringir la libertad profesional en nombre de conveniencias mui positivas i mui sérias. El derecho al trabajo solo puede ser sacrificado en aras de la necesidad i del peligro, i ese sacrificio doloroso solo puede ser justificado por una necesidad imperiosa i un peligro inminente; pero sería incomprendible que se pretendiera imponer ese sacrificio en el altar arruinado de una preocupacion de la edad media.

Pero el Consejo de Instruccion atropellando los principios mas obvios de la organizacion social, ha saltado por encima de conveniencias, intereses i derechos, estableciendo limitaciones injustas i arbitrarias, como el estudio obligatorio del latin.

Esa limitacion es injusta porque establece una odiosa e incomprendible diferencia entre los que han obtenido un título en el extranjero i los que lo obtengan en Chile, i mas odiosa todavía si se atiende a que es en detrimento de los estudiantes nacionales. El

que ha obtenido el título de médico en las Universidades de Estados Unidos, de Suiza i de Alemania, en que el estudio del latin no es absolutamente necesario, se presenta i obtiene del Consejo Superior el derecho de ejercer su profesion entre nosotros, derecho que niega al estudiante chileno que no ha seguido los cursos de latin. ¿Hai justicia en esa distincion irritante i depresiva? ¿Por qué razon estraña i misteriosa cree el Consejo que los estudiantes de la América del Norte pueden ejercer la medicina sin saber latin, i cree al mismo tiempo que los estudiantes de la América Sur son incapaces de hacer otro tanto sin conocer las bellezas de Horacio i de Virjilio? ¿Dónde está la lójica de semejante distincion? ¿Por qué exige a los unos mas que a los otros?

Esa limitacion, por otra parte, es arbitraria, porque los estudios han sido señalados en el programa del Consejo siguiendo una rutina tradicional en la señanza, pero sin ningun exámen ni criterio. No es el criterio de la utilidad individual el que ha presidido a la confeccion de ese programa en que encontramos el estudio supérfluo del latin i no se hace mencion de los conocimientos mas útiles en la vida diaria de un pueblo esencialmente fabril i agricultor. No es el criterio de la utilidad social el que ha servido de base a ese programa, porque en él no figuran los conocimientos que la sociedad necesita difundir para la estabilidad i el órden: el estudio de la organizacion política i civil, de la constitucion i las leyes. No es ni siquiera el criterio literario, porque el programa da una enorme estension a estudios supérfluos para un hombre de letras i pasa con una rapidez vertijinosa sobre otros que le son indispensables. En el fondo de ese conjunto de conocimientos hacinados al acaso, que el Consejo ha bautizado con el nombre pomposo de programa, solo podrá descubrir la mirada mas benévola el tristísimo criterio del capricho i la rutina.

Si el Consejo se hubiera presentado francamente en el modesto carácter de un restaurador, no entraríamos a discutir su obra desde el punto de vista que lo hacemos; ese sueño humilde i melancólico de la vejez que mira el pasado con amor, solo merece la respuesta elocuente i desdeñosa de un silencio risueño; pero el Consejo se presenta en la actitud arrogante de un reformador que pretende corregir errores del pasado en nombre de un conocimiento mas cabal de la cuestion i de un criterio superior. Esa actitud arrogante i pretenciosa nos autoriza para tomar la cuestion con mas altura i mas viveza.

Si preguntáramos a los señores del Consejo por qué han incluido el latin en su programa i no han incluido la música de Wagner, en nombre de la rutina podrian contestarnos que han incluido el latin porque así se hacia en otro tiempo i que no exigen seis años de solfeo porque antes no se habian exijido; pero en nombre de la razon ¿qué nos podrian contestar? La música tiene tantas bellezas i armonías como los clásicos latinos, desarrolla igualmente la memoria i talvez se adquiere mas agilidad en los dedos tocando la flauta i el violin que hojeando el diccionario. ¿Por qué razon los señores del Consejo han incluido el latin en su programa i no han incluido la música de Wagner? Esa pregunta embarazosa para los señores del Consejo solo puede ser satisfactoriamente contestada apelando al criterio de la utilidad social o individual; rechazando todos los estudios que no son verdaderamente necesarios para el ejercicio de una profesion determinada; no aceptando ni el latin ni la música porque son trabas ociosas que estorban sin razon i sin justicia el desarrollo del derecho al trabajo.

Exijir el estudio obligatorio del latin a los que quieren obtener títulos profesionales es injusto i arbitrario desde que se concede esos mismos títulos a extranjeros a quienes ese estudio no ha sido necesario i desde que no es indispensable para el ejercicio de esa profesion.

La diversidad de actitud que ha asumido el Consejo en presencia de nacionales i extranjeros respecto del latin, lo precipita maniataado en las profundidades insalvables de un dilema: o el estudio del latin es a su juicio necesario i entónces ¿por qué no lo exige a los profesores extranjeros, por qué autoriza para ejercer su profesion a los que no están debidamente preparados burlando así puniblemente la confianza que la sociedad deposita en el Consejo? o el estudio del latin no es a su juicio necesario, i entónces ¿por qué lo exige a los estudiantes nacionales?

Pero el temerario empeño de restaurar un estudio supérfluo a todas luces, no solo ha obligado a los señores del Consejo a saltar por encima de la razon i de la lójica, con atrevida i singular desenvoltura, sino que llega a autorizarnos para creer que estasiados con las bellezas del latin no han tenido ni tiempo ni serenidad para ocuparse en estudiar el papel que desempeña la instruccion. Ese estudio prosaico era sin embargo indispensable para tener en estas materias el criterio de un verdadero hombre de estado.

La instruccion pública en manos del Estado es ante todo un

instrumento de seguridad social i si no es eso, no tiene una base justa de existencia. No hai justicia en exigir a los contribuyentes que sostengan una ensefianza de que no derivan ninguna utilidad, que paguen los pobres con su sudor i su trabajo la instruccion superflua de los ricos. No hai justicia en arrancar el pan de la mesa del miserable proletario para pagar con ese fruto de su amarga labor, maestros que enseñen latin al hijo del banquero o por lo ménos del hombre acandalado. I sin embargo ese monstruoso órden social es el sueño que acarician los ilustres consejeros con el afan mas fervoroso i la conciencia tranquila!

Pero la organizacion que se pretende dar a la instruccion del Estado no solo le arrebata su pedazo de pan al proletario sino tambien algo que vale mas: la halagüeña esperanza de que siquiera sus hijos podrán escapar a los rigores de la situacion en que él tan penosamente ha vejetado, consagrándolos a alguna de las profesiones liberales.

El hombre de los trabajos oscuros i penosos de nuestras sociedades, el jornalero, el labrador, el artesano, el proletario, atraviesan una vida estrecha i miserable, llena de sacrificios i amarguras, en presencia del bienestar, el lujo i el ócio aparente de las clases superiores, sin encontrar mas explicacion de ese contraste que un caprichoso juego de la suerte.

En otro tiempo los sentimientos relijiosos venian a sostener la vacilacion de esos espíritus cuando los atravesaba, como un meteoro de fuego, la idea de trastornar el órden para reclamar su parte de fortuna. La esperanza de una recompensa eterna en otra vida endulzaba las amarguras del presente.

Pero ahora—inútil es disimularlo—ahora que los sentimientos relijiosos han perdido su antigua enerjía ¿qué móvil irá a hacer equilibrio a los impulsos del malestar físico i moral? ¿Qué dique irá a detenerlos en esa pendiente del trastorno a que los arrastra la fuerza ciega de la desesperacion suprema? ¿En qué vamos a apoyar el edificio entero de la organizacion social? Ya no puede ser en la base frágil e insegura de sentimientos que el espíritu del siglo hace crujir i amenaza derribar, en sentimientos que tienen ellos mismos un apoyo vacilante i que están léjos de ser universales.

No se crea que vamos a levantar con mano indiscreta i temeraria el velo que cubre estos problemas sociales. No haremos mas que traer a la memoria la situacion inquieta i amenazadora que prin-

ció a dibujarse claramente en medio de la violenta crisis económica que hace poco atravesamos. El descontento de las clases proletarias principió a hacer jerminal ideas vagas e inconexas que llevaban derecho a las soluciones socialistas. Todos los que observaban con mirada inquieta i fija las evoluciones de esos grupos amasados por el ócio i por el hambre, han visto asomar en nuestra escena política la silueta del comunismo. Sus fórmulas coléricas principiaban ya a ser tartamudeadas por la plebe, que creía encontrar en utopías sangrientas el ideal de la justicia. El crimen principió a asomar con una audacia provocadora pero todavía vacilante. Luego quiso tener conciencia de su fuerza, medirse i contarse. No fué el ódio a Buenos Aires lo que dió el impulso a esas masas que todos vimos caer de los arrabales sobre el corazón de la ciudad, ni era su último propósito hacer pedazos una estatua. Lo que la autoridad defendió esas noches sable en mano no fué un adorno de fierro sino el orden social que habria sido quizás hecho pedazos si las masas no hubiesen encontrado una represion tan eficaz.

Pero la fuerza no puede disipar esos peligros, solo puede aplazarlos i habrian vuelto mas amenazadores i mas graves si la guerra no hubiera abierto un ancho campo a la actividad comprimida de esas masas.

Pero no se crea que por esto el problema social está resuelto i que podemos dormir tranquilamente en la almohada de una seguridad inalterable. Ha sufrido un nuevo retardo i nada mas. Entretanto debemos aprovechar el tiempo i las circunstancias favorables de ese nuevo aplazamiento para resolver el problema seriamente.

Esa solucion solo puedé encontrarse echando mano de las fuerzas morales de que puede disponer la sociedad i abriendo a la actividad un ancho cauce para lanzarla en especulaciones industriales que le aseguren un tranquilo bienestar.

Entre esas fuerzas morales la mas eficaz i mas segura es la instruccion, pero nó la instruccion supérflua i frivola del latin i de la historia de los crímenes ilustres, sino el conocimiento de las bases racionales de nuestra sociedad, de las ventajas reales que esa organizacion reporta a todo el mundo i que sacrificarian locamente a las ventajas ilusorias de la organizacion que sueñan. Seria el estudio de una moral cuyos preceptos se apoyan en demostraciones racionales, el desarrollo de la conciencia moral, del sentido moral, el sólido afianzamiento de todos los principios de justicia i

equidad que están ahora reducidos en las escuelas del Estado a unas cuantas fórmulas banales i pueriles.

Pero como no son las ideas el móvil esclusivo de los actos, como lo que gobierna el mundo es una mezcla de ideas e intereses, para que ese resorte de la instruccion sea eficaz debe ser gratuita. De esa manera el que se siente oprimido por la situacion social en que se encuentra, tendrá abierta una puerta por donde pueda salir él mismo o hacer salir a sus hijos. La instruccion gratuita que da una vida profesional, hace brillar una esperanza de salvacion, ofrece un porvenir honorable i lucrativo, es una escala por donde se puede subir desde el fondo de la miseria a las alturas sociales.

Pero si se establecen trabas onerosas que impidan el fácil acceso a los estudios de una profesion, es evidente que solo podrán seguir esos estudios los que puedan sufragar gastos pesados que están fuera del alcance de una modesta posicion. En tal caso la vida profesional será el esclusivo patrimonio de la clase acomodada completamente inaccesible a la masa social. Es decir que esa masa se verá al mismo tiempo despojada de su derecho al trabajo i condenada a sufragar para la enseñanza de los que tienen de sobra con que pagar su propia educacion: doble despojo del derecho i la fortuna! La enseñanza gratuita en esas condiciones es una burla cruel i una cruel iniquidad, i, léjos de servir el fin social a que ha sido destinada, viene directamente a contrariarlo.

Nó, es necesario hacer lo mas fácil i cómodo el camino que lleva a las profesiones liberales, no solo por justicia, sino tambien por conveniencia.

Pero el Consejo ha desconocido todo esto tan completamente en su programa que autoriza la dura sospecha de que no se da una cuenta cabal del papel que desempeña la instruccion. El desacierto que domina en sus trabajos encuentra una fácil i sencilla esplicacion en el hecho de que los señores consejeros, parodiando a los académicos de Europa, han querido importar entre nosotros su programa sin darse cuenta de que no era adaptable a nuestra sociedad la educacion calculada para servir de fundamento a una organizacion aristocrática. De aquí fluyen sus errores i sus desplorables estravios.

Basta un momento de reflexion para hacer ver que una educacion que tiene por base el estudio de las lenguas muertas—que es la encarnacion mas cruda del criterio autoritario;—una educacion recargada de estudios innecesarios i penosos que los hacen inacce-

sibles a la gran masa social, es el ideal de la educacion aristocrática. De esa manera se asegura la distincion de las clases sociales reservando para una el desarrollo intelectual i encerrando la otra en el circulo de fierro de los trabajos materiales. Así no hai peligros de que las diversas clases se confundan i amalgamen en los bancos de las escuelas, así no hai temor de una indiscreta promiscuidad social.

Pero lo que nosotros necesitamos es todo lo contrario de lo que necesitan los académicos de Europa, es una educacion que eche las bases de una verdadera democracia, una educacion sin trabas supérfluas, accesible a todos i útil para todos; no la aristocrática i estéril educacion del cortesano, sino la educacion científica i moral de una democracia obrera. Entre nosotros el criterio supremo de la enseñanza del Estado es la incuestionable utilidad.

En conclusion, el estudio obligatorio del latin, bajo el punto de vista político, seria una vergonzosa i deplorable inconsecuencia en nuestros hombres de gobierno que ayer no mas suprimieron ese estudio, seria entregar a la reaccion autoritaria el criterio de las generaciones que se forman.

Bajo el punto de vista literario, el prestigio del latin solo se mantiene como una herencia tradicional de la Edad Media, sin ningun valor sério en nuestros dias.

Bajo el punto de vista social, ese estudio, como todas las trabas ociosas que estorban el acceso a las profesiones liberales, envuelve una violacion flagrante del derecho de trabajo, un gravámen supérfluo del impuesto i el desconocimiento del papel que desempeña la instruccion del Estado en una democracia: es decir, que es una iniquidad social.

Basta, señores del Consejo. Preocupaos en disciplinar i organizar las fuerzas de una democracia viril, honrada, seria, i dejad en paz las insípidas i frívolas bellezas de una lengua muerta. Vuestra tarea es envidiable i grande, no la hagais pequeña i odiosa. No aspireis a descender!

RUY-BIAS.

---

## UN RAMO DE PENSAMIENTOS.

---

### I.

Escenas encontradas i elementos opuestos se presentan a un mismo tiempo en mi memoria.

Afuera, la tempestad, la lluvia, una noche oscurísima i un cielo como tinta surcado algunas veces por la luz instantánea del relámpago.

Adentro, un aire tibio, un salon abrigado, el resplandor alegre de una lámpara i un círculo de amigos en torno de una mesa donde acaba de colocarse un servicio de té.

Estableciendo comparaciones os supondreis, sin duda, que una viva alegría debe predominar en la escena del interior. Para saber si es cierto, i para conocer si hai pesares ocultos bajo las apariencias de un bienestar que muchos envidiarían, escuchad un momento lo que están conversando esos amigos en el seno de la mayor intimidad. Yo me encontraba entre ellos i puedo trascribiros las principales frases de su conversacion.

---

—¡Qué noche tan horrible! decia Luis al verter en las tazas de porcelana el contenido hirviente de la tetera.

•

—Es verdad, observó Cárlos, retirando su taza; pero estamos por fortuna al abrigo de su influencia.

—Físicamente, sí.

—¿I por qué no en la moral?

—Porque se hace sentir una dominacion estraña en nuestro espíritu: hai algo triste i frio en la reunion de esta noche, como el soplo de esa tempestad cuyo ruido nos llega al traves de las ventanas.

Se oyó en este momento un trueno prolongado.

—Todo eso es un absurdo, continuó Cárlos sin hacer caso de la interrupcion.

—Para mí es realidad, repuso Luis, i hallo una prueba de ello en el tema de la conversacion que sostenemos. Hace como una hora que estamos discurrendo sobre historias de muerte, de aparecidos i de sombras.

—Por mera fantasía, replicó Cárlos. No acepto hechos cumplidos ni inspiraciones de la noche tratándose de fantasmas, i solo creeré en éstos cuando un espectro real o siquiera aparente quiera hacerme el honor de visitarme.

—Vas a morir en la incredulidad.

—Me parece que sí. Son visitas mui raras, i desearia saber si alguno de los presentes ha tenido la fortuna de recibirlas.

—No he sido yo, por cierto, dijo Alberto.

—Ni yo, repuso Eduardo

—Ni yo, repitió Ernesto.

Otros varios amigos se fueron adhiriendo a esta manifestacion negativa, i al fin no hubo mas que uno que guardara silencio. Se volvian hácia él todas las miradas cuando Cárlos le dijo interrogándolo:

—¿Por qué te callas Jorje? ¿Has sido, por ventura, el mas favorecido de nosotros, i te has visto de frente con algun habitante de ultra-tumba?

—¡Quién sabe! contestó el interpelado con tono de seriedad.

Esta contestacion despertó entre los concurrentes un curioso interes.

—Es preciso que nos cuentes esa historia.

—Sí, sí, que la cuente, dijeron por todas partes.

—Sigue lloviendo mucho, añadió alguno, i esa relacion nos hará pasar agradablemente la velada.

—Es un triste episodio de mi vida; no es una distraccion, murmuró Jorge.

—Que sea, pues, una confidencia.

—¿Lo deseais efectivamente?

—Lo exigimos, dijeron varias voces.

—Si es así, amigos míos, trataré de complaceros, haciendo en vuestro obsequio el sacrificio de mi tranquilidad.

## II.

Cuando tenia veinte años, dijo Jorge, me ausenté de esta capital para hacerme cargo de una empresa minera llamada «Los Molinos», cuya direccion acababa de confiármese.

—Lo recuerdo mui bien, interrumpió uno de los oyentes: esa empresa quedaba en la rejion mas rica del Estado, i en la vecindad de un pueblo conocido.

—Sí, dijo el narrador, quedaba junto a un pueblo «de cuyo nombre yo no quiero acordarme.»

Estuve desesperado con el nuevo jénero de vida durante muchos meses. Mi única distraccion era el trabajo, i los trabajadores mi única compañía. Al fin me acostumbré. ¡Qué cosa habrá en el mundo a la cual no se adapte la humana naturaleza bajo la doble accion del tiempo i la costumbre!

Un dia me solicitaron para ofrecermé en venta una propiedad rural en la vertiente superior de la cordillera. Estaba mas acá de «Los Molinos» i del pueblo: una jornada corta distante de la Empresa i solo a medio dia de la poblacion *sin nombre*. Era una hermosa dehesa surtida de ganado. Fui a verla con el dueño, me agradó sobremanera, la compré sin dificultad, i la hacienda quedó bautizada con el título distintivo de «La Serranía.»

Me impuso esta adquisicion el deber imprescindible de hacer semanalmente un pequeño viaje que describiré en dos palabras. Salia de «Los Molinos» en las primeras horas de la mañana i llegaba a la poblacion cuando brillaba el sol en lo mas alto de su carrera. Allí almorzaba siempre o tomaba reposo; luego seguia avanzando al trote largo de un caballo de viaje; escalaba una cuesta que veia desde léjos como cinta ondulada; me detenia en «La Quebra» para mirar el valle desde ese pliegue acentuado de la cordillera; tomaba otro camino; continuaba subiendo, i al concluir

la tarde sentia ya con delicia el viento helado i aromático de «La Serranía.»

Lleno de paz i dicha contemplaba yo entónces en la altura mi casita pajiza, cuyas paredes blancas se destacaban sobre la oscura selva en el sinuoso límite de los desmontes. Las vacas que pacian en las dehesas verdes de rápida pendiente; los troncos ennegrecidos de la última rocería; el torrente del monte que murmuraba oculto bajo las hojas anchas de la cañada, i los árboles seculares que debian ir cayendo para hacer *aberturas* bajo la hacha implacable del rozador: todo eso lo miraba con placer indecible cuando me iba acercando a esas cimas heladas, ocultas unas veces bajo un jiron de nieblas, i brillantadas otras por la amarilla luz del sol que se iba hundiendo.

### III.

Era un camino quebrado i solitario el que conduce del pueblo a «La Serranía.» En todo ese trayecto solo habia una vivienda que pudiera atraer la mirada del transeunte: la casa de «La Quiebra.» Era conocida de todo mundo con ese nombre, i se hablaba mucho de ella por su situacion pintoresca en la banda occidental del camino. Tenia atras grandes bosques que bajando con el terreno dejaban ver el valle salpicado de chozas i de palmas en la distante bruma del horizonte.

Cuando se preguntaba qué clase de personas vivian en esa habitacion contestaban unos vecinos con aire de misterio:

«No se ha sabido nunca; nadie penetra allí, i los dueños no salen.» Otros aseguraban que no habia habitantes en la casa.

Estos vagos informes fueron bien suficientes para despertar en mi ánimo una viva curiosidad.

Quise averiguar algo por mí mismo acerca de esas jentes desconocidas, i empecé a fijarme mas en la casa misteriosa cada vez que pasaba frente a ella.

Noté que habia de un lado un pequeño corral para gallinas separado del patio por un cercado de cañas de maíz; de otro lado una huerta cultivada. Unas cuantas palomas estaban arrullando sobre el techo pajizo; un chorro de agua pura que caia del barranco hacia notar al pié la piedra ya gastada de un lavadero; quedaba la vivienda por la parte de atras bajo la sombra espesa de un bosque de arrayanes, i habia un jardín al frente cuyas éras humil-

des, lucian modestamente las flores mas hermosas que puede acariciar el soplo vivificante de las cordilleras.

En vista de estas señales yo no dudé al principio que el sitio era habitado; pero reparando mas tarde que no se abrian jamas la puerta i las ventanas de aquella casa aislada; que ningun sér humano se habia mostrado en ella, i que el silencio era absoluto en esa localidad, me acostumbé a la idea de que allí no vivia nadie.

Un dia que así pensaba me bajé del caballo atraído por la fragancia de una rosa que sobresalia en el cercado de piedra. Dí un paso hácia la flor con ánimo de alcanzarla, cuando un gruñido sorondo paralizó mi mano. Un instante despues vi un magnífico perro de color leonado i manchas blancas. Salió de un grupo de árboles i se vino a atacarme ladrando furiosamente.

—¡Quieto Guardian! ¡Silencio! dijo una voz por el lado de la casa.

—¡Aca mi buen Guardian! dijo otra en la espesura del follaje. No es esa la manera de ecibir a un seño r en nuestra casa.

Las frases que anteceden detuvieron el perro. Habian sido pronunciadas simultáneamente por una anciana de cabellera blanca que se asomó a la puerta, i por una jóven de admitable belleza que apareció como por encanto bajo un arco florido del bosque de arrayanes.

La anciana estaba vestida pobremente i en el estilo de las campesinas; pero habia algo en su porte que recordaba a primera vista las maneras de una señora distinguida.

La jóven me deslumbró a pesar de la sencillez rústica de su traje. Estuve contemplándola i la impresion indeleble de su primera imájen está aquí todavía: aquí la siento siempre, dijo Jorje, golpeando sobre su frente tersa que parecia encenderse por la interna iluminacion de un destello del alma.

—¿Era, pues, mui hermosa? preguntó alguno de los oyentes.

Una estraña sonrisa plegó el labio de Jorje, i repuso con el entusiasmo de un febricitante.

—Solo tenia quince años. Su cuello, su cabeza, sus brazos descubiertos i sus desnudos pies eran un blanco mármol tallado por un Fidias para darle una forma a la belleza virjinal. La espresion de esa cara era la injenuidad que nace de la inocencia; sus ojos eran negros; su mirada profunda i luminosa como el agua de un lago que se ve por la noche al reflejo cambiante de una iluminacion. Agregad a todo esto un óvalo perfecto, una frente de estatua,

cabellera castaña rizada por la naturaleza i labios de una frescura imponderable donde lucia el esmalte de unos dientes de nácar como luce el rocío en purísimas gotas sobre la urna rosada de un gladiolo entreabierto.

## IV.

La primera persona que tomó la palabra depues de aquel ataque i de aquella defensa inesperados fué la anciana señora.

—Esperamos, me dijo, que usted entrará un momento para reponerse de su inquietud, i que nos perdonará la impertinencia del mastin.

—¡Pobre! dijo la jóven: bien merece el perdon este viejo Guardian, porque no está habituado a ver estraños en la casa.

—No me toca el perdon, les contesté, sino el agradecimiento.

Por medio de un ademan volvieron a ofrecermé la entrada de la casa. Dí las gracias de nuevo; me volví hácia el camino para dejar atado mi caballo a la pequeña puerta de varas corredizas; atravesé el jardin i penetré en la casa donde acababan de precedermé las señoras.

Pasando el corredor, invadido por las enredaderas, se hallaba una salita de estrechas dimensiones. Unos toscos asientos, una mesa pequeña con útiles de labor, otra mesa de esquina con un vaso de flores naturales i un gastado sillón cerca de la ventana, tal era el mobiliario. El lujo de la habitacion consistia en una limpieza esmeradísima i su único adorno en un antiguo cuadro de Maria. Estendido anchamente el manto de la imájen se ofrecia a la mirada sobre la pared blanca de la casa como un signo visible de la proteccion divina, la única tal vez que debieran esperar esas pobres mujeres, solas al parecer i apartadas del mundo, en el rincón ignorado de una montaña.

—¿Ha seguido usted contento en la casa de «La Serranía»?

Esta pregunta injenua lanzada de improviso por esa linda jóven, me dejó comprender que todo se sabia allí: mi nombre, mi vida i mis quehaceres.

—Es mui grato ese sitio, le contesté.

—¿I no aborrece usted la soledad de estos lugares?

—Algunas veces.

—Hace mal; ¡es tan dulce! Nosotras la adoramos i vivimos felices sin conocer mas sociedad que el círculo de familia.

—Tal vez sea numeroso; dije timidamente.

—Sólo veinte individuos.

—¡Qué es lo que está diciendo Evanjelina! murmuró la señora en tono de admiración.

—La verdad, madre mía; ¡i voi a hacer la cuenta: una abuela amorosa i una nieta mui loca, *dos*; una criada que parece haber profesado en su cocina, *tres*; un perro mui queridito, la mirla, las gallinas, las palomas...

—Cállate atolondrada, dijo la amable abuela, con la sonrisa de un inmenso cariño. Así la verá siempre, caballero, continuó dirijiéndome la palabra: es la alegría de la casa, i cuando ella está ausente se ve esta pobre choza triste como una tumba.

—¿Se ausenta, dice usted?

—Con la mayor frecuencia.

—¿Irá donde sus parientes?

—No tiene uno siquiera.

—¿A la iglesia tal vez?

—Nos queda mui distante.

—Entónces no comprendo... le dije con estrañeza.

—Va donde los que sufre, me contestó la abuela. Recorre las cabañas de este cerro en union de *Guardian* que ha sabido cuidar la tambien como yo misma. Está adonde hai miseria, lágrima o dolencia, i al volver a «La Quiebra» cargada de bendiciones llora i rie al mismo tiempo. Pobre i querida niña! Ver sufrir la indijencia es su mayor tormento, i aliviar la desgracia es su única felicidad.

Cuando esto me decia la anciana enternecida, la jóven ya no estaba en medio de nosotros. Huyó blanca i lijera como unas de sus palomas. Poco tiempo despues regresó del jardin i me ofreció una flor con encantadora inocencia: era la misma rosa que yo habia ambicionado cuando salió el lebrél en su defensa como lo hacía el dragon por las manzanas de oro en el jardin encantado de las Hespérides.

Me esplicaba yo ahora al saber esas ausencias caritativas, la soledad pasada de la casa, la repentina aparición del perro i todo lo demás. Pensaba al mismo tiempo en la santa labor que desempeñaba esa jóven en sus peregrinaciones, i creí ver entónces un destello de luz que rodeaba su frente como una auréola de virtudes. Antes me deslumbraba ese cuerpo modelo con su belleza virjinal;

ahora me conmovia la luz de esa bella alma cual si una chispa eléctrica hubiese penetrado hasta la fibra última de mi corazón.

## V.

Después de esta visita me dirigí a «Los Molinos,» vivamente impresionado.

Al pasar por el pueblo hice nuevos esfuerzos para averiguar la historia de los moradores de «La Quiebra»: nadie los conocía. Entonces escribí cartas, muchas cartas indagatorias a los habitantes de una población de donde se me dijo que había venido esa familia. Sus respuestas no me satisfacían, i ya empezaba a impacientarme cuando hallé un papelito doblado con esmero en una de las cartas que servían de contestación. Al abrirlo me estremecí viendo escrita en la primera línea la palabra *Informes*. Lo leí muchas veces, i por eso he podido conservar su contenido en la memoria. El papel decía así:

«Emigraron hace veinte años huyendo de una revolución las familias más notables de una provincia vecina. Vino entonces de allá a radicarse en nuestro territorio el rico capitalista señor H.... con su esposa i su hija. Murió él al cabo de poco tiempo i su hija se casó con el joven D. S. indigno de su mano. Dueño del capital este marido infame desapareció un día dejándole a su esposa un nombre deshonrado i una niña de pocos meses llamada Evanjelina.

«La señora de H.... traspasada de vergüenza i de pena ordenó entonces una liquidación de capital, preguntando si podrían pagarse con la fortuna que le quedaba las deudas numerosas que se habían contraído en nombre suyo. Se le dijo que sí, pero quedando ella arruinada. Mandó que se pagaran i aceptó la indijencia.

«Apénas hubo cumplido su noble sacrificio, huyó de la sociedad con su hija i su nieta. Dicen que murió aquella bajo el peso del infortunio, i que ésta ya crecida es un bello tesoro que la abuela custodia, como lo haría un avaro, en la choza desconocida de una montaña, donde le da ella misma una mediana educación.»

Recibí estas noticias con emoción profunda. Tanta honradez, tanta nobleza, tanta virtud i una resignación tan grande, despertaron en mí ser un sentimiento dulce de cariño i veneración a cuya influencia poderosa no intenté un solo instante sustraerme.

Interesándome esa familia de un modo particular volví frecuentemente a la casa de «La Quiebra.»

Fuí recibido al principio con amabilidad, mas tarde con afecto. Al entrar a la casa de paso para «La Serranía,» hallaba siempre en la mesa de la salita las frutas i los dulces que me gustaban mas, las flores preferidas i el ancho vaso de barro con agua refrescada para calmar mi sed. Me parecian mas agradables esos pobres obsequios que los manjares de un banquete en la compañía de mis mejores amigos.

Acostumbraba detenerme una o dos horas en cada uno de mis viajes, i mis visitas fueron haciéndose cada dia mas prolongadas.

Le habia enviado a Evanjelina algunos libros escojidos que leíamos juntos muchas veces, i que ella sabia apreciar con un gusto i una intelijencia mui superiores a lo que pudiera esperarse de su educacion.

Estas lecturas i conversaciones tan gratas para mí, iban obrando una trasformacion gradual en el modo de ser de esa criatura encantadora. I fué así convirtiéndose entre nosotros el interes en amistad, la amistad en afecto i el afecto en pasion. ¿Cuándo sucedió esto, i cómo sucedió? Si averiguais tal cosa, preguntad a la aurora en qué punto del cielo cambia luz i colores para pasar así con lenta gradacion desde la negra sombra de la noche hasta la luz esplendorosa de la mañana; si quereis saber eso preguntad a la flor que crece a vuestra vista cuando le ha dado el sol colores a sus pétalos, i cómo se abre al viento el boton delicado que embalsama los aires con su aroma...

Si nosotros no distinguimos en la naturaleza visible las líneas de transicion, mal podemos buscarlas en el santuario oculto de los afectos. No hai limites marcados en el corazon humano i por eso se pasa de un sensimiento a otro sin esfuerzo, sin choque i sin conciencia.

Ahorradme, pues, os ruego, las descripciones inútiles i los estudios morales. Paso sobre todo eso para deciros de una vez, que al fin se unieron nuestros corazones por el vínculo inquebrantable de una pasion vehemente.

La flor de la montaña acababa de abrirse i yo, su jardinero, aspiraba dichoso el aroma purísimo de su corola inmaculada.

## VI.

Pasaron de este modo algunos meses. Mi vida se deslizaba suavemente en la sombra como el torrente de «La Serranía,» i al

descender al valle debía sentir como él las corrientes estrañas que venian de otra parte para empañar su dichosa serenidad.

Me llamó a Medellín una nota urgente de la sociedad propietaria de «Los Molinos.» Se trataba de una liquidacion, una máquina nueva para el establecimiento i un contrato que estaba al terminarse con un ingeniero de fama.

Luché poderosamente entre las fuerzas opuestas del deber i del corazon. Este quedó vencido i tuve que partir.

Termanecí varias semanas en la capital retenido por mis ocupaciones. Tuvieron lugar en este tiempo unas fiestas de plaza mui ruidosas para celebrar un aniversario político.

Yo era entusiasta entónces por esta clase de diversiones i tomé parte en ellas instigado por todos mis amigos.

Aun recuerdo la plaza, rodeada de tablados donde lucia sus galas la concurrencia femenina. Me figuro estar viendo la alta *vara de premio* cubierta de banderas; veo el *coso* que va a abrirse para dejar partir el toro enfurecido, i oigo el rumor del pueblo, los silbidos, los cohetes, la música de plaza, la rústica *chirimía* i el estruendo imponente de quinientos caballos en que otros tantos locos corren por todas partes alzando polvo i chispas sobre los empedrados de las calles.

Lo que entónces me entusiasmaba hoi me hace sonreir.

Las noches de esas fiestas eran mui animadas. Nunca faltaba en ellas un baile, una tertulia, una pieza teatral o alguna iluminacion. La alegría de mis veinte años me impulsaba a verlo todo a pesar de mis sentimientos íntimos. Yo estaba en todas partes conduciendo a mis hermanas i ellas eran inseparables de mi prima Leonor.

Vosotros la conoceis, i no necesito describirla; lo único que os advierto es que los parientes suyos i los míos habian tomado desde tiempo atras, el singular capricho de formar con nosotros una boda de familia.

Agregad a este deseo, conocido del público, la intimidad de nuestras relaciones, la alegría de las fiestas i la circunstancia de vérseme en todas partes de brazo con Leonor, i no estrañareis entónces los rumores de murmuracion que empezaron a escucharse. Estos iban creciendo como la calumnia de «El Barbero,» i pasadas las fiestas se hablaba de nuestro enlace con tanta seguridad que ninguno se habria atrevido a desmentirlo.

Determiné apresurar la terminacion de mis quehaceres i vol-

verme a mi callada «Serranía,» para cortar esa murmuración que se me iba haciendo insoportable.

Al fin pude lograrlo i abandoné la plaza con escándalo de la sociedad.

Veo que me creéis culpable i que me haceis el cargo de haberme olvidado de la montaña estando en la ciudad, olvidándome luego de ésta para volver a la montaña. Rectificad vuestro juicio: no fuí desleal entónces, pero sí fuí imprudente, i mi conducta ligera me pesaba como un remordimiento cuando iba caminando por el sendero de «La Quiebra.»

«¡Pobre i querida niña! me decía interiormente. Qué vendría a ser de tí preciosa sensitiva, si llegara hasta el cerro el soplo abrasador que asfixia en las ciudades! Por fortuna estás léjos, pobre planta! i no suben tan alto las brisas i los ecos que se elevan del valle.»

## VII.

En el jardín de Evanjelina habia un hermoso caunce, notable desde léjos por las flores doradas que adornaban su follaje. Crecia junto al vallado i cerca de una brecha cubierta parcialmente por las grandes raíces de aquel árbol. Estas eran usadas como un asiento rústico por las personas de la casa. Tambien se servian de ellas a manera de escalones para subir a un terreno mas alto nivelado con el piso de la habitación. El sitio era conocido con un nombre común: las jentes lo designaban «El Portillo del caunce.»

Allí me esperaba siempre Evanjelina. Cuando yo iba subiendo divisaba a lo léjos su perfil admirable ¡en líneas acentuadas sobre el azul del cielo. El cuadro era encantador i no se borrará jamas de mi memoria.

Fingraos esa jóven bellísima sentada graciosamente sobre un tronco caído. El fiel perro a sus piés la mira con cariño. Ella está trabajando. Su cabeza inclinada sobre una obra de labor se levanta de pronto, i quedan inmóviles en sus manos las agujas de tejer: acaba de distinguirme en la próxima colina. Yo doi algunos pasos i la miro de cerca. Viene el perro a mi encuentro. Se pone ella de pié. Entónces aparece en un círculo de luz i brillan sus cabellos con el sol de la tarde como espirales de oro que hace temblar la brisa de los cerros. Unos pasos aun i nuestras manos se unen. Se

humedecen sus ojos, su boca me sonrie, i una nube rosada se trasluce de pronto bajo el limpio alabastro de su frente.

En una de las ventanas puede verse a ese tiempo la cara de una anciana mirando con ternura i con aire de proteccion esta escena de felicidad.

Al volver a «La Quiebra» i ántes de mi llegada, mi mente se complacia dibujando este cuadro en el cielo de mi esperanza.

Buscaba desde léjos el sitio con los ojos, más cuando pude hallarlo lo encontré solitario.

¿Qué ha sucedido, pues? me pregunté con inquietud. Ella ha debido verme cuando subia la cuesta; ¿por que no sale como de costumbre a recibirme?

Llegué hasta el pié del cauce sin ver alma viviente. Dejé allí mi caballo, subí por las raices, crucé el angosto prado i me detuve en el corredor para aquietar mi corazon que latia con rapidez. Vi entornada la puerta i penetré en la casa con la vaga inquietud de un peligro desconocido.

Apénas pisé el umbral dió un grito Evanjelina i quiso levantarse; una mirada de su abuela la retuvo en su asiento. Yo me dirijí a ella i estreché sus dos manos con inmensa ternura: me pareció que ardian como si tuviera fiebre. Entonces encuentre algo en aquel rostro bellissimo semejante a la palidez de la camelia.

Le pregunté cariñosamente que tenia.

—No es nada, me contestó con una sonrisa anjelical. Creo que he tenido fiebre, pero ya estoi mejor.

La señora de H... me recibió con una amabilidad menos natural que la que yo le conocia; me preguntó cómo me habia ido por Medellin i despues se retiró un momento, llamada al parecer por ocupaciones domésticas.

—Evanjelina, mi querida Evanjelina, le dije sin rodeos cuando estuvimos solos, necesito saber en el instante mismo cuál es la cruel desgracia que amenaza nuestra felicidad.

Ella bajó los ojos. Sus pestañas sedosas golpeaban sus mejillas como el ala de un pájaro, haciendo un vano esfuerzo por atajar sus lágrimas.

Debemos separarnos, me dijo con tristeza.

—No puedo comprender, le conteste angustiado, quién condena nuestros corazones a una pena tan cruel.

—Mi abuela nos condena.

—¿I se puede saber cuál es nuestro delito?

—No sé... me respondió con tono balbuciente... o al ménos no he dado crédito... ¿No es verdad que han mentido los que escriben esas cartas?

Todo lo comprendí. Habia alcanzado hasta el cerro el soplo emponzoñado de las ciudades i se doblaba ante él la sensitiva tierna de los bosques.

—Han mentido, le contesté, adivinando la alusion de su pensamiento.

Ella me dió las gracias con su húmeda mirada. Yo volví a interrogarla al cabo de un momento.

—Y qué ha dicho esa buena madre? pregunté estremeciéndome.

—Que una niña virtuosa i sin fortuna, no debe recibir en el santuario de su cariño sino a un hombre leal que tenga libre su corazon i que puede ofrecerlo acompañado de su nombre.

Ella tenia razon. Abandoné mi asiento sin saber lo que hacia, i principié a pasearme a lo largo de la sala cual si tuviese clavado un dardo agudo en la parte ya adolorida de mi pecho.

Evanjelina continuaba callada i deshojaba por distraerse el bellísimo ramo de pensamientos que tenia entre sus manos.

Sentí pena al presenciar aquella obra de destruccion; recordé nuestra dicha i pensé que ella tambien empezaba asi mismo a deshojarse. Por un temor supersticioso quise salvar las flores que quedaban, i pedí con instancia, aquel ramo simbólico como una prueba de cariño i de fé.

—Nó; yo no debo darlo, me dijo Evanjelina con lágrimas en los ojos.

Era la vez primera que ella hacia resistencia a una súplica mia.

Una idea repentina i una firme resolucion cruzaron por mi mente.

—Pues bien, le contesté; hoi no merezco el ramo, pero espero ganarlo. Sólo quiero saber si me será entregado en señal de perdon i de ternura el dia que vuelva aquí para ofrecerle mi mano de rodillas a la mujer que posee mi corazon.

—Ah, sí! dijo palideciendo... entónces lo entregaré i con él toda mi alma.

¿I entónces no habrá lágrimas? le pregunté de nuevo.

—Sí habrá, me contestó; pero no de amarguras, sino de felicidad.

—¿I habrá algun corazon que salga a recibirme?

—La pregunta es inútil.

—¿Dónde lo encontraré?

—Donde aguardaba siempre ántes de haber sufrido.

—¿En «El portillo del Caunce»?

—Sí.

—¿Es promesa formal?

—Promesa de vida i muerte.

—Adios, pues; hasta entónces, i espero que será pronto le dije despidiéndome.

Rodaron dos diamantes de sus húmedos ojos; yo estreché sus dos manos, la miré por última vez i partí de aquel hogar, asilo de ventura, llevando en mi corazon la muerte i la esperanza.

### VIII.

Dos semanas despues estaba yo en la mina haciendo adelantar algunos trabajos i mportantes ordenados por la sociedad.

Los molinos en movimiento ensordecian a los trabajadores con su ruido monótono; las carretas de mano se cruzaban en el *carretero*; los peones hormigueaban, i todo hacia esperar un próspero resultado. Yo miraba esas cosas con la mayor indiferencia: me sentia abstraído, nervioso, preocupado i ajeno enteramente al interés de las faenas industriales.

Dos o tres veces escribí para informarme de la salud de Evanjelina. La señora de H... me contestó que estaba ya mejor, pero de un modo tan lacónico i tan seco que me hizo desistir de indagaciones posteriores.

Otra carta escribí por ese tiempo, cuya contestacion aguardaba con zozobra. En ella les referia a mis padres ausentes la historia de Evanjelina, i solicitaba su consentimiento para pedir su mano.

Si me lo niegan ellos, decia yo, tendré que resignarme a la desgracia de una separacion; pero si ellos consienten, partiré sin demora al recibir su carta, porque no quiero retardar un solo instante los consuelos que espera un pobre corazon enfermo por mi causa.

Llegó el dia de la remesa. Con el peon que debia traerla desde la capital esperaba recibir la anhelada contestacion.

Habia trascurrido ya toda la mañana i parte de la tarde sin parecer el peon. Yo estaba atormentado. El sol se iba perdiendo cuando divisé al fin en la «Boca del monte» una mula con carga que parecia cansada: media hora despues me entregaba el arriero

esa carta terrible que traía entre sus pliegues el oráculo de mi porvenir. La abrí con mano trémula, conteniendo el aliento... leí unas pocas líneas... i dejé escapar un suspiro de felicidad: mis padres consentían.

—Gabriel, le dije al criado, ensilla ahora mismo.

—¡Pero ya está de noche! me contestó asombrado.

—No importa... tengo urgencia, i partiré para «La Quiebra» en el momento... quiero decir para «La Serranía.»

Los peones se miraban, el criado me juzgó loco i resoplaba mi alazan al sentir la montura, como si también él estuviese admirado con los efectos de mi estraña resolución.

Partí a las 7 i 20. La luna era menguante i estando a la sazón en el último de sus cuartos no debía aparecer hasta las doce de la noche. Una oscuridad densa acababa de cerrarse sobre el vasto horizonte de las selvas.

Mi caballo era práctico por fortuna en aquellos terrenos i avanzaba con seguridad a pesar de las sombras i de las fragosidades del camino.

Había algunos derrumbes i pasos peligrosos; había angostas cañadas i bosques seculares donde concentraba la noche sus tinieblas. Yo pasé por todo eso sin notarlo, porque fijos en otra parte mis ojos i pensamiento, no podían distinguir mas que una cosa: el horizonte de «La Quiebra» que brillaba para mí solo en el fondo insondable de esa oscuridad.

Pensaba con delicia en la grata sorpresa que iba a sentir Evangelina. Ya veía su sonrisa inefable cuando yo le dijera: «ahora sí merezco el ramo de pensamientos i vengo a reclamarlo.»

A las cuatro o cinco horas de una dichosa marcha distinguí en el Oriente la vaga claridad precursora de la luna. Entraba yo a ese tiempo por una calle de palmeras a la pequeña plaza del pueblo que conocéis. Todo estaba en silencio: las ventanas sin luz, las puertas bien cerradas, i en las calles desiertas no se encontraba un solo transeunte.

Siguiendo mi camino atravesé a caballo la plaza solitaria e iba a doblar la esquina de la iglesia, cuando sentí en todo mi cuerpo un estremecimiento galvánico. Acababa de distinguir confusamente una forma humana estendida en el atrio de la iglesia: era el cadáver de una mujer bajo un sudario blanco.

Imajinad la impresion de un encuentro semejante para un cora-

zon sensible i jóven que va a sellar su felicidad en una noche de esponsales!

Me asaltaron a un tiempo el horror, el disgusto i la tristeza; pero no me sorprendí porque las costumbres del pueblo me eran bien conocidas. Era allí mui usado traer durante la noche el cadáver de la persona que moria en la montaña i dejarlo hasta el alba en la puerta del templo si ésta estaba cerrada.

El sentimiento de terror que aquella aparicion me producía fué sofocado en mí por un esfuerzo enérgico de mi voluntad. Acerqué mi caballo i quise darme cuenta de la lúgubre escena que me ofrecía la fatalidad como un *memento* triste en esa senda poblada de ilusiones.

Unas pocas personas que acompañaron, sin duda, aquel cadáver, dormían al parecer sentadas en el umbral sagrado, apoyadas las frentes sobre las columnas del pórtico. Estaban tan inmóviles que se veían en la oscuridad como un grupo de piedra.

La luna iba saliendo i con su luz creciente pude ver en el atrio la forma femenina... Tenía un vestido blanco que caía en grandes pliegues sobre un lecho de flores... Unas manos blanquísimas cruzadas sobre el pecho le daban la apariéncia de una vírjen de mármol. Quise ver sus facciones, pero me fué imposible en ese instante, porque estaba en la sombra su cabeza... Solo ví los cabellos que caían ondulados sobre el hombro como en el cuadro de la Concepcion pintado por Murillo... Al fin salió la luna plenamente i su pálida luz vino a bañar de lleno el rostro de una jóven que parecía dormida... Me fijé en él entónces... i lancé un grito ronco, desgarrador, salvaje, que debió resonar en esa horrible noche como el ay! sin esperanza que lanza el condenado cuando el abismo se abre, i ve cerrar ante él las puertas del Paraiso.

¿Qué ví, Dios poderoso, bajo los blancos pliegues de un sudario? ¿Qué me mostró tu luz, antorcha de los cielos? ¿Qué hallaste, corazon, en el camino de tu felicidad?..... ¿No habeis comprendido aún lo que vieron mis ojos...? El cadáver helado de mi adorada Evanjelina!...

#### IV.

Huí como un demente, sin saber para dónde. Huí para no ver aquella escena horrible que pesaba sobre mi pecho como un mundo de hielo. ¿Pero dónde ocultarme?

Mi caballo instigado corría por un camino lleno de luz i sombras, como corren los vientos en una noche de borrasca. Los árboles pasaban como fantasmas negros. Creí ver en el aire tres sombras que me seguían: talvez eran la Muerte, el Remordimiento i la Desolacion.

Dejé atrás una selva, crucé un rio de ancho cauce alumbrado por la luna. Yo no supe cuál era, ni sabia donde estaba. Luego empecé a subir. El paso del alazan se habia acortado un poco, i entonces reparé en una línea de árboles que creí reconocer...? A dónde me conducia aquel caballo sin rienda? Me hice por primera vez esta pregunta, i fijándome un poco comprendí, lleno de horror, que avanzaba al galope por el camino de «La Quiebra.»

«¡Imposible! ¡Imposible! me dije con angustia: yo no puedo pasar por ese punto; quiero volver atrás... Pero, ¡qué estoy diciendo, Dios eterno!... Volver seria otra muerte: seria hallarme otra vez al frente de su cadáver; seria verla tendida al rayo de la luna...!»

Yo no sabia qué hacer... pensé volverme loco...; pero el pobre alazan, ajeno a mis torturas, seguia avanzando siempre, i yo ¡pobre de mí! me encontraba sin fuerza i en incapacidad mental para detener su marcha.

En la luz azulada de una eminencia apareció de pronto la casa de «La Quiebra.»

Sobre el techo alumbrado blanqueaban las palomas; el agua murmuraba lo mismo que otras veces, i el viento entre los árboles movia el negro ramaje dibujando en sus sombras calados luminosos. Nada a primera vista hablaba allí de muerte o de tristeza; pero un poco despues una voz lastimosa interrumpió el silencio de la noche: era el aullido lúgubre de un perro que se elevaba tristemente en medio de la soledad.

«¡Pobre perro! exclamé al divisar su sombra i verla encadenada, ahora comprendo bien por qué no estabas tú allá abajo en el atrio estendido a sus piés como has estado siempre. Te habia creído ingrato i me arrepiento.»

En un costado oscuro de la casa se distinguia una luz al traves de una ventana. Adiviné al mirarla que allí estaba llorando una anciana infeliz entregada a la desesperacion. Tuve ánimo de entrar para apretar su mano i darle por consuelo mis lágrimas ardientes. ¿Por qué no lo hice así? Porque me hallé sin fuerzas, sin accion i sin movimiento propio.

Ví de cerca el jardin cultivado por su mano; ví el cercado de

pedra donde admiré la rosa que fué causa de que nos conociéramos; ví el bosque de arrayanes a cuya grata sombra admiré yo su imájen por la primera vez.....! Al distinguir todo eso me pareció sentir que se caía a pedazos mi pobre corazon destrozado por los recuerdos.

Yo no queria ver mas i bajé la cabeza cerrando bien los ojos... Ya pronto iba a pasar frente al árbol de flores amarillas. Lo hubiera dado todo en ese instante por no tener memoria. El caballo seguia avanzando a todo el trote: se oia de un modo extraño en medio del silencio el ruido de sus cascos sobre las piedras del camino. De pronto se detuvo. Llevado por la costumbre acababa de pararse ante el «Portillo del Caunce.» Abrí entónces los ojos por instinto i los volví a cerrar con desesperacion porque me creí loco!...

Imajinad mi asombro i mi consuelo, mi dicha i mi infortunio...! Imajinad todo eso confundido en una sensacion i no alcanzareis todavía a comprender lo que sentí en aquel momento al ver en ese sitio, inmóvil i de pié, la blanca aparicion alumbrada por la luna.

—¿Pero a quién viste allí? le preguntamos a Jorge todos los oyentes al verlo palidecer i demudarse.

—Mi frente estaba helada, continuó sin oírnos, pero mi sangre ardia; mi corazon dió un salto i se paró como la máquina de un reloj golpeado con violencia; el sudor me inundaba, i mis ojos cerrados seguian viéndola siempre...

—¿A quién? a quién? volvimos a preguntarle.

—Tenia, continuó él, un ropaje tan blanco como el que usan los ángeles; tenia suelto como ellos el cabello ondulado; su frente era la misma, sus labios, su sonrisa; esos ojos tan negros siempre llenos de luz... Yo no podia desconocerla aunque estaba mui pálida, i murmuré temblando:

| «¡Evanjelina!»

—¿La que habias visto muerta? le preguntamos todos.

—La misma, contestó Jorge con perfecta seguridad. Yo me quedé mirándola sin voz ni movimiento. La luna se ocultaba bajo una nube negra. Iba a venir la sombra, pero ántes pude ver con el último rayo luminoso que la blanca mano de la vision se alargaba hácia mí comprimiendo un objeto oscuro entre sus dedos afilados... ¿Quereis saber lo que era?... Un ramo de pensamientos...

Ya no pude ver mas: sentí jirar los montes en torno de mi cabeza; se halló sin equilibrio mi cuerpo petrificado; rodé sobre el

arzon i cai sin sentido al pié de mi caballo en la parte mas pedregosa del camino.

## X.

Un dormitorio a media luz, una mesa cargada de medicamentos, la cara conocida de un médico de la capital, las de mi mayordomo i de su esposa: hé aquí lo que pude ver en torno de mi lecho cuando hube recobrado el uso de la razon.

—¡Bendito sea el Señor! dijeron varias voces; por fin abre los ojos!

—¿Dónde estoy? pregunté.

—Aquí en su casa, me contestaron, en la casa de «La Serranía.» ¿No nos conoce?

—¿I quién me trajo aquí?

—La misericordia divina, repuso el mayordomo: ella mandó el aviso por medio de un animal, pues si no hubiera sido porque el alazan llegó solo i relinchando a las 3 de la mañana, yo no habria tenido noticia de la caída, i mi pobre amo con la cabeza rota se habria muerto allá abajo sin auxilio ninguno en los pedregales de «La Quiebra».

Yo no escuché otra cosa porque todo lo recordé en aquel instante, i cai por segunda vez en un largo desmayo.

Tuve despues acceso de delirio i la convalecencia fué lenta, pero al fin sanó del todo la herida de la cabeza.

—¿I la del corazon? le preguntamos al narrador.

—Lo que es esa, nos contestó, todavía vierte sangre.

—¿I nos explicarás, al fin, si fue una alucinacion la que tuviste en el atrio de la iglesia?

—Ojalá hubiera sido! los detalles que recibí mas tarde vinieron a confirmar la espantosa realidad.

—¿I qué habia sucedido? le preguntó con interes el mas curioso de los oyentes.

—La fiebre que yo noté en las manos de Evanjelina adquirió poco despues proporciones alarmantes, i al fin se convirtió en un ataque cerebral. El médico que fué a verla hizo llamar ese mismo dia al párraco del pueblo quien escuchó mi nombre en sus últimas palabras.

—¿I nadie te dió aviso de su postracion?

—Ninguno podia dármele sino la pobre madre, i ella no quiso

hacerlo porque me creia infiel al afecto de esa criatura anjelical. Se arrepintió de su conducta cuando supo su error, i me pidió perdon en una carta manchada con sus lágrimas.

—¿Has vuelto a verla?

—Nunca. El médico declaró que perderia la razon si pasaba alguna vez por la casa de «La Quiebra.» Ademas no tenia ya para qué volver a aquel lugar: la pobre anciana sobrevivió a su nieta poco tiempo. Ella tan valerosa para el infortunio no pudo soportar esta última desgracia.

— Una pregunta aún mi querido Jorje.

—Estoi pronto a contestarla con tal que sea una sola.

—Si no hubo engaño en la primera escena de esa noche terrible debió haberlo en la última. ¿Fué, pues, una alucinacion la que te hizo ver a Evanjelina aguardándote de pié bajo el follaje del canuce?

—Eso dijo el doctor, i eso creen todavía las personas que supieron esa historia.

—¿I tú lo crees tambien?

—Nó, i mil veces nó, repuso Jorje con vehemencia. Para mí, Evanjelina era un ánjel humanizado que recobró sus alas con la muerte. Yo creo que alzaba el vuelo hácia la luz eterna cuando vió en mi dolor la sinceridad de mis afectos, i se detuvo para consolarme porque subsistia en esa criatura santa, a despecho de su transformacion, el espíritu inestinguible de la caridad. Por esto me esperó en el sitio de la cita, como lo habia ofrecido en su promesa, de «vida i muerte,» i por esto me trajo con el adios postrero el ramo de pensamientos como prenda de reconciliacion.

EDUARDO VILLA.

---

---

## POESIAS.

---

### ¡ANHELO!

¡Oh! dejadme volar, quiero ir al cielo,  
Remontarme a otro mundo mas hermoso,  
Donde vibre el acento melodioso,  
Del querub del Señor ¡Ese es mi anhelo!

---

¡Oh! dejadme volar, porque hallo el suelo  
Estrecho i vil, mezquino i tenebroso,  
Yo he soñado otro mundo mas grandioso,  
¡Mansion de luz de dicha i de consuelo!

---

Un mundo donde nunca se oiga el llanto,  
Ni la lúgubre voz del sentimiento,  
Que al alma llenan de angustioso espanto;

---

Donde jamas se pruebe ni un momento  
La copa del dolor, i un himno santo,  
¡Sea la vida en su eternal contento!

HORTENSIA BUSTAMANTE DE BAEZA

### EN EL ALBUM DE LA SEÑORITA T. A.

Bondad, pureza, corazón, ingenio,  
 Hermosas flores del jardín del alma,  
 Unidas en gracioso ramillete,  
 Respirando el perfume de la gracia,  
 Tal es la esencia, anjelical Teresa,  
 Que forma tu existencia afortunada.  
 Cada flor es la gruta misteriosa  
 Do la inocencia levantó sus aras,  
 Los céfiros volando juguetones,  
 Tienden sobre ellas sus ligeras alas  
 I en las nocturnas, silenciosas horas  
 Allí sus perlas cristalinas cuajan  
 Que dora i abrillanta con sus rayos  
 La luz azul con que despunta el alba.

Flores del alma son. Naturaleza  
 Con bondad i belleza te regala:  
 Ya de la verde primavera gozas  
 I de la juventud vistes las galas.  
 Es dulce tu existencia; allá en la altura,  
 Circundado con nubes de oro i nácar,  
 Estiende el sol ante tus negros ojos  
 El iris celestial de la esperanza.  
 Para tí canta el ave i sus gorjeos  
 Resuenan en la plácida enramada,  
 Para tí son del día los albores,  
 Espumas crespas de brillante plata  
 La fuente rumorosa, i este mundo  
 Tu juventud i tu belleza ensalsan.  
 Las mas hermosas flores de la vida  
 Dios en tu pecho pródigo derrama.

Guarda esas flores niña. El cierzo helado  
 No vaya sin piedad a marchitarlas,  
 Cuando iracundo por tu pecho corra  
 El huracan de la pasion humana.  
 Ya el picaflor, la mariposa esquivada  
 En torno de ellas revolando pasan  
 I al oido les dicen en secreto  
 Esquisitas i rítmicas palabras;  
 Déjalos murmurar i que sus voces  
 A estremecer tu corazon no vayan.  
 Guarda niña esas flores, que la vida  
 Sin esas flores del jardin del alma,  
 Es un seco arenal do solo brota  
 La abrasadora fuente de las lágrimas.

Febrero 24 de 1880.

MANUEL AMBROSIO MONTT.

---

### ALBORADA.

(A CARLOTA).

«Siempre juguete fui de mis pasiones.»

(Espronceda)

Del cielo las estrellas luminosas  
 El resplandor apagan de su frente,  
 En el bosque las auras rumorosas  
 Murmuran sus secretos dulcemente,  
 Va a amanecer; huyendo silenciosas  
 Las sombras van del sonrosado oriente  
 I la cresta del monte se colora  
 Sus trenzas de oro al descojer la aurora.

De luto el firmamento se despeja,  
La ternura en su seno se retrata  
I la aurora besándolo se queja,  
En torno de ella el aire se dilata,  
Sube a sus aras i su frente deja  
Engastada con círculos de plata;  
Mientras rasga la bruma su luz suave  
Que corre al nido a despertar al ave.

---

El mar aumenta su rumor salvaje,  
Jimiendo siempre atado entre cadenas  
Crespa de espumas arjentado encaje  
Que lame de la playa las arenas;  
Peina la gaviota su plumaje  
Por so las ondas resbalando apenas,  
I donde al mar el horizonte riza  
El mástil de una nave se divisa.

---

Ya del valle se encienden los colores,  
Así a la grama como al alto pino  
Baña la luz! Los bueyes mujidores  
Guia con tardo paso el campesino  
Que los llama contento a sus labores;  
Gorjea el ave su armonioso trino  
I esquivo emprende su lijero vuelo  
De rama en rama sin tocar el suelo.

---

El dia por do quiera se derrama,  
Que ya el sol aparece en el oriente,  
Dilata el orbe bienhechora llama  
Que arroja audaz su esplendorosa frente.

El mundo te ama ¡oh sol! sí; todo te ama  
Hasta el poeta de su bien ausente,  
Cuando en el ajimez de su ventana  
Le dices que ya viene la mañana.

---

Todo es mui bello! Todo por do quiera  
Parece que recobra nuevo aliento,  
Hasta la nube que allá en lo alto impera  
I que sube empujada por el viento.  
Mi triste corazon se estremeciera,  
Mi alma se dilatara de contento,  
Si no estuviera de mi bien tan léjos  
I viese de sus ojos los reflejos.

---

Léjos de tí, no encuentro de la vida  
El sendero feliz que el alma sueña  
En ilusiones cándidas dormida;  
Carlota, ardiente mi razon se empeña  
En encontrar esa mujer querida  
Que a amar lo puro, lo ideal enseña...  
Al fin... te encuentro mi querida gloria  
Ceñida en la mitad de mi memoria.

---

En mi memoria estás, allí te veo  
De la dicha el perfume derramando;  
Mi espíritu en dulcísimo mareo  
Por cima de mis sueños resbalando  
Ya te dice al oído mi deseo,  
Ya sus tiernos suspiros dilatando  
Te dice niña, que tu frente ciño  
Con la hiedra inmortal de mi cariño.

---

Pero es tu imájen la que solo encuentro  
No eres tú misma, corazon del mio,  
Tú de venturas i de dicha centro,  
Unico bien que en este mundo ansio  
Tu sombra veo de mi ser adentro  
Derramando benéfico rocío;  
Mas ¡ai! la lumbre busco de tus ojos  
Que ciegan de mi vida los abrojos.

---

De esos ojos en cuya luz ardian  
De mi mente los sueños sonrosados,  
En la esperanza envueltos no morian,  
Al ser por tus desdenes desgarrados!  
Los sueños que en mi mente se encendian  
Al mirar esos ojos encantados  
Por la ausencia en suspiros se trocaron  
Que de dolor mi corazon llenaron.

---

Tú no sabes mi bien lo que es la ausencia,  
Aquí todo es dolor, todo me hastia;  
Esos dias de amarga indiferencia  
Por estos en que vivo cambiaria,  
Ignorabas talvez en tu inocencia  
Que tu desden mi corazon heria,  
I en fin... cuando al mirarte suspiraba  
De tu pecho un suspiro se exhalaba.

---

Ah! dejadme momentos del pasado  
No me mostreis los dias de mi gloria,  
Hoi que me encuentro triste i desdichado  
Llorando esta pasion loca, ilusoria

Léjos de esa mujer a quien he dado  
Mi loca inspiracion i mi memoria,  
No atormenteis al corazon que ahora  
Solo suspira, se entristece i llora.

---

Imposible!... fijo el pensamiento,  
Allí brotan mil bellas ilusiones  
Me encuentro, alucinado, en un momento,  
Oyendo de tus labios mis canciones,  
Tu pecho junto al mio latir siento  
Atado con cadenas de eslabones;  
Mas borra la ilusion, flor de mis años,  
La realidad sembrando desengaños.

---

Entónce es todo para mi sombrío,  
Aumenta todo sin cesar mi pena,  
Miro mi corazon, lo encuentro frio  
Encuentro mi alma de dolores llena,  
I solo me consuela el llanto mio  
Que el afan nunca de mi amor serena;  
El dolor de los niños calma el llanto  
No así el de un corazon que sufre tanto.

---

Sin tí vivir no puedo, ángel querido,  
Porque eres de mi vida el dulce aliento,  
I tu alma siendo de pureza nido  
Me despierta al amor, al sentimiento,  
Yo quisiera cantártelo al oido  
Aquel amor que arrebatado siento  
Por tí, a quien coronó naturaleza  
Con el sumo ideal de la belleza.

---

Eres bella mi dulce primavera  
En tu boca la gracia i la hermosura  
Se atropellan jugando; la primera  
Luz de la aurora miente la dulzura  
De tus ojos, tu suelta cabellera  
Cuando la ajita el aire con ternura,  
Humilla de la luna los destellos,  
Que es mas pura la luz de tus cabellos.

---

Para cantarte a tí todo se inspira  
Todo al delirio del amor se entrega,  
Si pides ayes para tí a la lira  
Presto a las manos del poeta llega  
I allí temblando de emocion suspira;  
El aire en torno tuyo se desplega  
I cantos deliciosos te murmura  
Rosando con sus alas tu cintura.

---

La negra golondrina en los cristales  
De tu balcon jugando está contigo,  
I por rosas tus labios de corales  
Toma el astuto picaflor amigo,  
I la abeja dejando sus panales  
Llega humilde a tus plantas cual mendigo,  
La miel te pide que tu boca llena  
Mas dulce que la miel de su colmena.

---

Para pintarte a tí, yo soi poeta,  
Siento los arrebatos del artista,  
Se estremece en mi mano la paleta  
I tiemblo de emocion ante tu vista,

Comprendo de tu ojos la saeta  
Porque vivo de sueños, idealista  
Los arcanos penetro del suspiro  
I en él la esencia de los cielos miro.

—

Tú no eres para mí materia humana  
Que me envuelve en la fiebre de la orjia,  
Eres alma sublime, soberana  
Que elevas hasta Dios el alma mia.  
Ah! con tu amor mi vida se engalana,  
Divisa ese fulgor de poesía  
Que el ancho cielo del poeta dora  
Con destellos de luz arrobadora.

Viña del Mar, febrero 20 de 1880.

MANUEL AMBROSIO MONTT.

---

## LEON GAMBETTA

---

¡Leon Gambetta! Pocos hombres habia tan desconocidos en Paris allá por los años de 1866, en que yo arribé al seno de la gran capital, náufrago de una revolucion malograda. Bien es verdad que a la sazón tenia veintiocho años escasos, i el imperio amordazaba aun la libertad, en términos que no se ofrecía coyuntura propicia a un talento, cuyo principal órgano era la palabra, de revelarse en todo su esplendor. Recuerdo una entrevista que tuve dos años mas tarde, por junio de 1868, con el ilustre orador republicano Ledru-Rollin, allá en su retiro de Lóndres. El jefe de la democracia francesa se hallaba tan instruido de todos los hechos pasados en las últimas revoluciones, como ignorante de las ideas que se condensaban i de los nombres que surjian por los limbos de lo porvenir. «¿Conoceis a Leon Gambetta?» le pregunté. «No le he oido nombrar en toda mi vida;» me respondió. «Pues yo creo que en las primeras elecciones se revelará su jenio, i que revelado su jenio, Francia le seguirá deslumbrada, porque reune acentos de Mirabeau a ímpetus de Danton.»

El ilustre veterano de la República debió atribuir sin duda a pasión de amigo el juicio sobre el futuro dictador de Francia. Pero cuando le haya visto despues encrespar las muchedumbres en los comicios con su aliento de tempestad; fulgurar vibrantes pala-

bras en la tribuna; herir con su elocuencia el nefasto imperio que deshonraba al jénero humano; establecer la República en medio de una revolucion, i sostener a Francia, ya vencida, ya rota, ya exámine, para que salvase a lo ménos su honra bajo los escombros del antiguo suelo i las pavesas de la antigua gloria; cuando le ha-ya visto en todos estos hercúleos trabajos, habrá comprendido la verdad de mis juicios, la exactitud de mi prevision al realizarse lo que entónces podia pasar por vago presentimiento.

Recuerdo todavía la vez primera en que yo ví a Gambetta. El que luego fué su secretario en el gobierno de la Defensa Nacional, Spaller, jóven de clarísimo entendimiento i recto carácter, me lo presentó con grandes recomendaciones. No las necesitaba ciertamente. En aquella colosal cabeza, en aquella frente espaciosísima, en el brillo concentrado de la retina que tenia sana, en su pronunciada nariz, en su boca abierta por una sonrisa de benevolencia, en su rostro coloreado por alto temperamento sanguíneo, en sus formas hercúleas, a pesar de la baja estatura, en toda su complexión, adivinábase desde luego la mezcla felicísima de la intelijencia con la fuerza, de altas ideas con enérgicas resoluciones.

La naturaleza suele dividir el trabajo i agrupar diversa, variamente las vocaciones humanas. I cuando crea un hombre de accion, suele quitarle aptitudes para hombre de idea. I cuando crea un hombre de ideas, suele quitarle aptitudes para hombre de accion. El hombre de ideas ama la indagacion espiritual, i el de accion los trabajos materiales; ama el retiro aquel, i éste el mundo; aquel la paz del ánimo, i éste el combate; aquel los grandes libros, i éste las grandes pasiones; aquel la contemplacion serena del pensamiento, éste el curso revuelto i encrespado de los hechos. Sin duda, Platon nunca hubiera podido ser Pisístrato, ni Montesquieu, Colbert. Reunir el pensamiento a la accion, como César, es un prodijio; reunir a la enerjía de la palabra la enerjía de la voluntad, como Danton, es un milagro. Siempre las grandes cualidades resultan de los grandes defectos. Equilibrar en una misma persona la idea con el hecho, la actividad de la intelijencia con la actividad de la vida, es el don que naturaleza ha presentado a Gambetta, cuyo talento sabe volar con abiertas alas por el cielo, i andar con paso firme i seguro por la tierra.

Como su nombre indica, Leon Gambetta es de oríjen italiano. Su familia proviene de Jénova, i se estableció en las provincias

del Mediodía de Francia, donde el gran orador naciera en 1838. Su origen italiano se revela en la profundidad del talento político que posee. Su origen meridional en la vívida elocuencia que le adorna. En edad bien temprana comenzó a cursar la facultad de Derecho de la Soborna. Allí su alma varonil, adquiriendo los conceptos fundamentales de la justicia, adquirió también amor invencible a la idea que es su esencia, a la idea de libertad. Bajo la máquina neumática del imperio le era imposible respirar. A romper esa máquina dirijíanse todos sus esfuerzos. No había manifestación estudiantil con carácter político que no fuera presidida i animada por Gambetta.

Un día, merced a los esfuerzos combinados del príncipe Napoleón, del conde de Morny, de Emilio Olivier, ocupa Ernesto Renan la cátedra de hebreo en el Colejio de Francia. Ya por su *Historia de las lenguas semíticas*, por su libro de *Averroes i el Averroismo*, por algunos artículos publicados en periódicos i en revistas, conocíanse las ideas filosóficas de Renan i sus conceptos sobre la divinidad de Jesucristo. Los jesuitas que rodeaban al emperador, i sobre todo a la emperatriz, se alarman, levantan grande oposición por el centro de sus intrigas, por los salones de la corte. Gabinete del emperador, gabinete de la emperatriz, Cuerpo Lejislativo, Senado, Academia, corte del príncipe Napoleón, corte de su hermana la princesa Matilde, todas las cumbres del mundo imperial se conmovian como las montañas ajitadas por los terremotos. Ernesto Renan mientras tanto apercibíase a negar sereno la divinidad de Cristo en el discurso de introduccion al estudio de la lengua hebrea. La iglesia trataba de conjurar esta terrible amenaza con toda suerte de conjuros. Mas como quiera que el imperio trataba de conservar un equilibrio verdaderamente inestable entre la autoridad i la democracia, entre la Iglesia i la filosofía, entre los antiguos i los modernos tiempos, Renan fué por el imperio instalado en su cátedra de hebreo.

Las cóleras del clero se arremolinaron como pavorosa tromba en torno de aquella cátedra. Una inmensa conjuración eclesiástica se proponia ahogar la palabra en labios del orador, en el momento mismo en que el orador la pronunciase. Renan habia escrito su discurso, i lo llevaba rollado en la mano. Un trueno de gritos, de vociferaciones, de silbidos, de golpes en los bancos, de injurias indecibles, acojió la aparición del orador. Pero detras de él, encaramándose en hombros de la multitud, cayendo casi en el hemici-

clo sobre otros cuerpos allí amontonados, entra un jóven estudiante, cuya cabellera, negra como el ébano, caida en largos rizos sobre las anchas espaldas, llamó por extremo la atencion del acongojado profesor. Parecióle por su traje, por sus modales, por algunas palabras que le oyera, parecióle aquel estudiante un aliado. Renan le miró, i el ojo único de Gambetta, ardoroso, chispeante, lleno de luz, brilló ante el filósofo como faro que le anunciaba algun refugio, alguna esperanza en la desbecha tormenta. No salió fallida esta esperanza. Gambetta sostuvo al maestro. Su estentórea i prodijiosa voz calmó cien veces el tumulto. I aun alguna vez los hercúleos puños fueron como en auxilio de su voz. Merced a esfuerzos del pulmon, a esfuerzos de los brazos, al ascendiente que el valor ejerce, al magnético influjo que tiene la palabra, Gambetta aplacó el tumulto de los clericales i salvó la leccion de Renan. El profesor no volvió a su cátedra, suspensa de órden imperial por haber negado audazmente la divinidad de Cristo. Pero no olvidó jamas el audaz valor del salvador estudiante.

Gambetta ha tenido en toda su vida fanático entusiasmo por la libertad de pensar. La causa de los progresos políticos juzgada indisolublemente unida a la nubilísima causa de los progresos científicos. A esta creencia de toda su vida une culto ferviente por la filosofía, por la historia, por el arte sobre todo. Se ve en su conocimiento de la pintura, de la escultura, de la arquitectura, que es de la raza privilegiadísima, semi-helena, semi-latina, que ha construido el Panteon i que ha ornado el planeta con los tipos inmortales de la Vénus de Milo i del Apolo del Belvedere. Yo me acordaré siempre de un paseo con Gambetta por las espléndidas galerías de nuestro Museo de Madrid. Imposible conocer las escuelas con mas profundidad, calificarlas con mas acierto, seguir mas fielmente a los maestros en su vida, los cuadros en su historia, el arte en su filosofía. Parecíame un contemporáneo de todas las épocas artísticas, un amigo de todos los hombres ilustres, un colaborador en aquellos cuadros, que él iluminaba con los arreboles de sus ideas. Esta bastísima i sintética concepcion de la vida le lleva a culto exaltado por el pensamiento, i este culto exaltado por el pensamiento, a un fanatismo sincero por su libertad en la indagacion i en la ciencia.

Jóven de tal temperamento, podia con dificultad avenirse a la carrera señalada por su familia. Suelen las familias de las provincias francesas, como las familias de las provincias españolas, creer

que tendrán el hijo de mas talento adherido por siempre al hogar si le obligan a seguir la carrera eclesiástica. Impidiéndole fundar una nueva familia, ¿qué ha de hacer sino apoyar la casa paterna, adherirse a sus paredes? Así, naturalezas inquietas nacidas para el mundo; almas audaces propias para cruzar los celajes del pensamiento moderno; corazones que se desbordan i que necesitan espaciarse en el seno de la familia, se ven, al sentir la primera pasión, los primeros impulsos de sus afectos o de su mente, parar por votos solemnísimos, en tumba anticipada, al pié de los altares, bajo las bóvedas de la Iglesia. De aquí crueles dolores, grandes desgracias, catástrofes morales, tragedias terribles que suelen tener por teatro un cerebro a toda comunicacion cerrado, un pecho silencioso, un alma yerba que acaricia durante toda la vida, como única esperanza, el sueño de la muerte.

Un jóven del impetuoso carácter de Gambetta i de su talento positivo, no era idóneo para la carrera eclesiástica. Imaginaos a Magallanes convertido en cartujo i obligado a orar de hinojos sobre la tierra cavada en su venidera sepultura, cuando el pensamiento inquieto, el ánimo audaz le incitan a los largos viajes, a las continuas aventuras, a descubrir nuevas tierras, a luchar furioso con los vientos i con las tormentas. Gambetta se moria, pues, de pena, i hastió en el seminario, repulsivo a su fé, repulsivo a su carácter, repulsivo a toda existencia.

Uno de sus biógrafos, Victor Cosse, cuenta la anécdota que sigue, respecto a la juventud del dictador. Yo no puedo comprobar su veracidad, porque a pesar de haber oido a Gambetta largas relaciones de su vida en nuestras continuas entrevistas, nunca le oí referir esta anécdota, que repito i que por lo orijinal i estraña merecia ser con preferencia referida. Todo el mundo sabe, i ya lo he dicho yo, que Gambetta es tuerto. Un ojo de cristal acompaña a su vívida i luminosa retina, que relampaguea con extraordinario brillo. Cuando la pasión le inspira o el pensamiento le posee; cuando las ideas caen, como catarata sonante, de sus labios entreabiertos por la sublime ajitación de la elocuencia, Gambetta entorna los párpados sobre el ojo sano, i solo mira a su auditorio, solo mira a su adversario con aquella retina fija, inmóvil, siniestra, cuya tranquilidad contrasta con el sublime torbellino de la palabra, que mueve, i anima, i ajita, i encrespa a todos cuantos le rodean, como solo sabe ajitar en el mundo la elocuencia. Imaginaos una estrella i inmóvil en las trombas del caos.

¿Cómo perdió Gambetta el ojo? Aquí la anécdota contada por Víctor Cosse. Gambetta se ahogaba en el Seminario, i para salir de aquel intolerable encierro, escribióle una carta a su padre diciéndole, que o le abría las puertas de la prision, o se saltaba un ojo. El padre no le hizo caso, i Gambetta se saltó un ojo. La indignacion de la familia fué tan grande, que le agravó la pena, i le dijo renunciara a ver terminado su cautiverio. Entónces Gambetta escribió que se saltaria el otro ojo. El padre se apresuró a darle la libertad. Gambetta se quedó, pues, tuerto, i estuvo en gran peligro de llegar a ciego.

Ignoro si la leyenda se apodera hasta de los hombres que viven; ignoro si les exalta la fantasía como a los héroes antiguos hasta convertirlos en mitos. Pero si el biógrafo ha querido dar una idea de la entereza del jóven, no lo habia menester; bastaba toda su existencia. Esta alma tormentosa retorciáse i bramaba en la oscuridad. El renombre, la fama le eran, como la luz a la planta, como el aire al ave, de todo punto indispensables. I las instituciones imperiales, con su abrumador silencio, con su abominable tiranía, le sepultaban tristemente en las sombras.

Cuántas veces allá, en las tribunas reservadas del Cuerpo Legislativo, inclinado sobre el antepecho, seguia absorto las grandes discusiones, impaciente por bajar a la encendida arena, donde el porvenir le tenia reservado triunfos que retardaba el despotismo del imperio. Por eso todas las ideas de su mente, todos los afectos de su corazon, todas las cóleras contenidas en su hígado, se encontraban como espesa nube en esta aspiracion única: destruir el Imperio, para destruir con él todas las cadenas que pesaban sobre el impulso ascendente de las jeneraciones hácia la vida, hácia la luz, hácia el derecho.

Las instituciones pesaban horriblemente. A manera de eterna espesa noche, impedían todo crecimiento de las almas. Los periódicos solo eran permitidos a los amigos fieles i a los enemigos académicos. Una sociedad era un crimen. Las reuniones de mas de veinte personas se castigaban como la conjuracion. Los libros destinados a recordar la antigua virtud i la libertad antigua, no recibían el *colportage*, la autorizacion para ser vendidos en la via pública i por los vendedores ambulantes. Las causas civiles iban a parar a manos de los abogados amigos del Imperio, porque los enemigos solían perder los pleitos. Los procesos de la prensa verificábanse a puerta cerrada. Las reseñas estaban prohibidas, i

mucho mas la publicacion de los discursos. Ni temas literarios podian escojer para dar vuelo a la idea i alimento a la palabra los grandes oradores. Mas implacable que el cesarismo antiguo, el moderno cesarismo creia oír en cada eco una alusion a la libertad muerta i al despotismo reinante. Por todas partes, i en todas direcciones, el espíritu humano chocaba con aquellas barreras infranqueables, con aquellos estrechos límites que no le permitian tener esa difusion rápida, universal, que como los rayos del sol, necesita.

La jóven jeneracion era de todõ en todo opuesta al imperio. Ella no conocia los excesos de la libertad, i tascaba el freno del despotismo con verdadera impaciencia. En esto, Europa sobrecojida i atónita sabe que una monarquía acababa de caer en España i que un pueblo muerto se acababa de incorporar en su sepulcro. La revolucion española de setiembre causa un estupor tan grande como el estupor que causara la revolucion española de 1820, cuando la Santa Alianza debia haber amordazado toda Europa i haber suprimido todos los pueblos bajo los tronos de todos los reyes.

Paris, mas sensible que ninguna otra capital a estas grandes transformaciones del pensamiento moderno; Paris se ajita con profundísima emocion. El recuerdo de la libertad perdida, la ilusion de la república muerta, vienen a sus ojos entre nubes de lágrimas i sangre. El nombre de Baudin, víctima del golpe de Estado, mártir de la república, diputado muerto en una barricada, por defender la lei contra los pretorianos, su mandato contra el César; ese nombre vibra en todos los labios. Los periódicos republicanos abren una suscripcion para elevar a Baudin perenne monumento. Las proclamas que encabezan esta suscripcion, llenas de elocuente ira, alarman al gobierno imperial. A las proclamas siguen manifestaciones en los cementerios. Un gran proceso, un proceso político, en el cual podrán hablar libremente los oradores, en el cual podrán ser taquografiadas, escritas, publicadas, leidas las grandes oraciones; un proceso ruidosísimo se abre. Gambetta recibe de parte de los procesados el encargo de la defensa. Su oscuridad iba a pasar. El jénio iba a romper la nube en que lo envolvía el despotismo. Francia iba a encontrar el acento de su antigua tribuna unido al espíritu de la revolucion contemporánea. La palabra de la nueva época se hizo hombre en el orador extraordinario. Desde aquel punto, la nueva idea tenia su personificacion, que se llamaba

Gambetta. La sociedad es como la naturaleza: no crea los seres sino para grandes fines i cuando los necesita.

Nadie ha olvidado aquella escena del proceso contra los suscritores i los manifestantes en loor de la memoria de Baudin. Las cercanías del Palacio de Justicia estaban henchidas de jente. La ansiedad era jeneral. Todos los periódicos habian mandado sus cronistas; todos los partidos sus testigos. La voz de Gambetta sonó como si el Sinaí de la revolucion volviese a surgir entre las cenizas arrojadas por el imperio sobre Paris. Jamas se acusó de una manera tan viva a un tirano reinante. Por lo rudo del lenguaje, por lo vivo de la idea, por lo viril de la elocuencia, por el golpe repetido i contundente, por lo acerado, parecia su discurso el apolojético de Tertuliano contra los jentiles i a favor de los mártires. Baudin representó el admirable papel de una sombra evocada para encubrir con la santidad del sepulcro, i con los misterios de la muerte, la acusacion al César, que fué cojido por los cabellos i arrastrado desde su trono sobre montones de ignominia hasta las plantas de los tribunales, como reo de la eterna justicia en que deben eternamente inspirarse las leyes i los majistrados que las leyes aplican. El presidente varias veces tendió la mano a la campanilla para interrumpirle; pero lo retenia el torrente impetuoso de aquella elocuencia.

Era, ademas, de una demostracion tan clara, que Baudin habia muerto en defensa de la lei, miéntras su verdugo coronado habia roto las leyes todas, que el juez bajaba la cabeza al peso del justo anatema espresado con la concesion de Tásito i la severa majestad de los profetas.

Por boca de aquel hombre hablaba toda una jeneracion perseguida, ahogada, puesta desde el nacer en los tormentos, descoyuntada en sus facultades mas esenciales, que habia venido con grandes aspiraciones i con las ideas de su siglo, para encontrarse todos los caminos a la luz cerrados, las cadenas del antiguo réjimen de nuevo forjadas, i ser, en vez de una lejion de ciudadanos, una vil turba de esclavos. Los dolores que habia sufrido; el frio de su oscuridad calijinosa; la aspiracion a manifestarse contrariada por todas las instituciones; las dudas que le coronaran de espinas; los sentimientos jenerosos ahogados como crímenes en el pecho; la nobilísima ambicion de vivir en el seno de una Francia libre, digna de su prosapia i de su historia, casi ahogada por un Cesarismo de Bajo Imperio; todos estos infinitos pensamientos tuyieron como un

consuelo supremo en aquel discurso, que fué la primera intimación de las jóvenes jeneraciones al decrepito Imperio.

Cuando hubo acabado el discurso, nadie se engañó sobre su trascendencia. Paris entero vió brillar en esas ideas los albores de la República. La prensa solo tuvo una voz para el elogio. Las fronteras todas abrieron paso para derramar ese nombre ilustre, en un solo día, por todos los pueblos. Unas elecciones jenerales siguieron al proceso. Gambetta se dió a ganar votos i corazones para su causa con aquella persuasiva i deslumbradora palabra, que recordaba la elocuencia dantoniana. Paris le aclamó i le dió veintisiete mil votos, Marsella le aclamó tambien i le dió gran número de sufragios. Sus fórmulas fueron las fórmulas del nuevo movimiento político. Él inventó la palabra que debia espresar una política; él inventó la palabra que debia traer una revolucion; él dijo la fórmula de las nuevas luchas con el Imperio; él llamó a su oposicion, la oposicion irreconciliable.

Una fuerte laringitis le tuvo algun tiempo postrado, hasta el punto de serle imposible participar de la lucha en el Cuerpo Legislativo. Mas, repuesto un poco, su gran campaña fué la campaña contra el ministro verdaderamente último del Imperio, contra el antiguo republicano convertido al cesarismo. Emilio Ollivier vino con la palabra libertad en los labios, pero con el propósito de falsear la libertad en el pecho. Para aquellos que solo miran la superficie de las cosas públicas, la conducta de Ollivier era clara i perfectamente ajustada a todo su ideal. Para los que creemos en la virtud de las obras, en la accion, la conducta de Ollivier era una série de engaños alimentada en otra série de sofismas.

Creyó haber emancipado la prensa cuando la entregó tristemente a los tribunales, que por mal nombre se llamaban populares, se llamaban jurados, i eran hechura de los prefectos. Creyó haber renunciado a la corrupcion electoral, i no abrogó el artículo 75 de la Constitucion del año VIII, mediante el cual son los ajentes de la autoridad irresponsables como reyes, i por ende omnipotente como dioses. Creyó haber puesto un freno al poder personal, i el poder personal le obligó tristemente a empeñarse en grave proceso de la prensa, a cuyo término debia preveer una gran catástrofe en el Parlamento i una procelosa ajitacion en las calles.

Pero todos estos hechos se relacionan con el hecho que mas perturba el gobierno de Ollivier, con el asesinato cometido por el si-

niestro príncipe Pedro Bonaparte en la persona de un jóven escritor, en la persona de Víctor Noir.

El príncipe Bonaparte, recluido en la prision que ilustraron las desgracias de los Girondinos i de María Antonieta, tiene de su raza las pasiones desordenadas, la inquieta ambicion, el espíritu altivo, el carácter guerrero, la mezcla informe de ideas monárquicas i sentimientos republicanos, la necesidad imprescindible de las aventuras, i a veces hasta de las tragedias. Napoleon el Grande fué siempre un grande actor. En todos los trances de su épica vida estudiaba las actitudes, las palabras, la sonrisa, el jesto, entendiendo sin duda que a las monarquías solamente le resta lo teatral en nuestro siglo.

Su sobrino Pedro Bonaparte es un aventurero. Hijo del segundo matrimonio de Luciano, hermano de otro príncipe que ha llevado algo de su misma exaltacion i de sus mismos extremos a la Iglesia, Pedro Bonaparte es un aventurero de la guerra. De muy jóven sedujo a una niña, mató a los parientes de la seducida que iban a pedirle satisfaccion i a los jendarmes que iban a prenderle.

Forzado a salir de los Estados romanos por semejante aventura, recorrió la Grecia i el Oriente. En estos pueblos, donde la sangre se exalta con los ardores del clima i la imaginacion con los ardores de los recuerdos, tomando la fantasía algo de los tonos calientes del paisaje, el príncipe se dió sin freno a su pasion por las aventuras, como si en vez de ser una persona en carne i hueso, fuera un héroe enjendrado por las sublimes fiebres de Lord Byron.

La revolucion de Febrero vino, i por culpa de los demócratas, que habian restaurado la leyenda napoleónica, los Napoleones, los asesinos de la antigua República francesa, se encontraron como en su casa en la nueva República francesa que debian tambien destrozarse. El Príncipe Pedro acudió con todos, i como todos, fué nombrado representante en la Asamblea que confundia el nombre de los Bonapartes con el nombre de sus propios derechos. En la Asamblea no se distinguió por su lengua, sino por sus manos. Abofeteó, en sesion pública, a un diputado; sí, a un diputado anciano. Luego, cuando los rumores del golpe de Estado corrian, cuando se anunciaba la hazaña realizada, mas tarde, el 2 de Diciembre, Pedro Bonaparte se puso bajo las órdenes de los montañeses i les anunció, jurándolo sobre un puñal, que seria capaz de matar a su primo como Bruto mató a su padre.

Luego, cuando ascendió el pariente que designaba por su vícti-

ma al trono, pasó a formar parte de su corte. Pero como se casara con una trabajadora del célebre barrio de San Antonio, del barrio republicano, el orgulloso César le siguió pagando su pension, pero le prohibió volver a la Corte. Retirado en Auteuil, donde la vejez i las enfermedades habian de consuno agriado su carácter, en cuanto la prensa fué libre, consagróse a luchar en la prensa con los enemigos de su familia. Estos arrebatos de ira, esta exaltacion de temperamento, esta repugnancia a las contradicciones, le perdió i le arrastró a cometer el asesinato que hiriera mortalmente el corazon de su familia.

El entierro de Víctor Noir, el asesinato, pudo ser causa de hondísimas perturbaciones en Paris. La imaginacion del pueblo frances, ansiosa de impresiones siempre, i mortalmente enemistada con el Imperio, habia cojido esa solemnidad como ocasion de nuevas protestas. La concurrencia era inmensa i se apiñaba en torno de un ataúd. Quien no haya habitado una ciudad de dos millones de almas, no puede comprender cómo vomita jentes, muchedumbres sobre cualquiera de estos extraordinarios espectáculos. Muchos de los concurrentes iban por curiosidad, muchos por entusiasmo, i no pocos por buscar el momento supremo de una de esas revoluciones que han cambiado, con la faz de Francia, la faz de Europa entera.

En la redaccion de *La Marsellesa* habíase tratado el grave asunto de si convenia o nó suscitar una revolucion. Para suscitarla, era necesario entrar en el centro de Paris, atravesar los boulevares, unir a las cien o doscientas mil almas que se aguardaban, las infinitas que fluyen por todas las encrucijadas de una gran ciudad, i que hiciera Paris, con el cadáver del jóven republicano, algo de aquella maravillosísima escena de Shakespeare en que Antonio presenta al pueblo el cadáver de César. Todo estaba calculado. Si el cadáver entraba en Paris, la revolucion era cierta. Si no entraba, reduciríase todo a una ceremonia solemnísima, pero a una ceremonia pacífica. La familia recibió i aceptó el consejo de llevar los despojos mortales de Noir al cementerio de Neully, que es uno de esos barrios, medio urbanos, medio campestres, vecinos del bosque de Boulogne, i donde la vida es gratísima, porque el aire puro sostiene la salud del cuerpo, i el silencio i el reposo la salud del alma. La familia, repito, decidió que el cadáver fuera conducido al cementerio de Neully. Los impacientes se opusieron, porque deseaban llevar en triunfo el cadáver hasta Paris i

enterrarlo en el cementerio del Padre La Chaisse, panteon de tantas ilustres glorias. Pero semejante viaje era en realidad un viaje a la revolucion.

Rochefort, el héroe de las muchedumbres, se encontraba naturalmente en el entierro de su compañero de redaccion. Su propia conciencia le decia que una revolucion empeñada en aquellos momentos, podria ser fatal a la libertad. I acudió, no solo para rendir homenaje al muerto, sino para evitar un extravio a los vivos. Durante la fúnebre procesion, se empeñó una lucha sobre si el cadáver debia ir al cementerio del barrio o al cementerio de la ciudad. Rochefort trabajaba para evitar este segundo extremo, pidiendo, instando, ya desde los balcones de la casa donde se reunia el duelo, ya al pié del carro fúnebre, ya en las puertas del cementerio, como queriendo rescatar antiguas imprudencias con este acto de loable cordura. Ausilióle mucho en su empresa el director del *Reveil*, Delescluce, que tenia sobre las muchedumbres grande ascendiente por su carácter sin debilidades i su historia sin manchas.

Despues que hubo confiado el cadáver de su amigo a la tierra, encaminóse Rochefort, acompañado de inmensa muchedumbre, por la avenida del Gran Ejército, hácia el Cuerpo Lejislativo. Al llegar a los Campos Eliseos, la multitud era tanta, que parecia un rio fuera de su cauce. El gobierno habia apostado muchas tropas, concentrando sobre Paris todos los acantonamientos militares. Los jendarmes, de guardia ante el antiguo palacio de la Industria, cerraron el paso al coche del diputado que se dirijia al Cuerpo Lejislativo. En vano invocó su carácter, en vano el imperioso deber que a la representacion nacional le llamaba; fué tenazmente rechazado i tuvo que dar un rodeo para llegar a la sesion, donde los diputados circuidos por muchos destacamentos, aguardaban el desenlace del entierro. Ninguno de los individuos de la extrema izquierda habia asistido, i yo creo que debieron asistir todos. Las emociones sufridas por Rochefort fueron de tal suerte intensas, que se desmayó, costándole mucho a sus amigos devolverle el sentido. Cuando entró en la Cámara, despues de tantas tragedias, volvió a lanzar sobre sus enemigos los Bonapartes uno de esos gritos de indignacion que parecian como la voz de una época i como el ruido de un pueblo.

No es mucho que, poseido de tan grande sobreescitacion, escribiera aquel mismo dia un artículo severo i elocuentísimo contra

los Bonapartes. Pero sí es mucho que el Ministro de Justicia pidiera inmediatamente autorizacion a la Cámara a fin de procesarle. Estas cuestiones de autorizacion produjeron debates calorosísimos. Para cortarlos, el ministro los aceleró. Gambetta, que deseaba intervenir en ellos, se sintió herido, i como el ministro usase respecto a él de frases no mui corteses, le provocó a una especie de duelo oratorio en que llevó todas las ventajas. Como el presidente le llamara al orden, Gambetta le contestó: «Llamad, señor presidente, al ministro a la honra.» El gran periodista Girardin, al hablar de la conducta seguida por Ollivier, procesando al escritor i al diputado, escribió estas o parecidas palabras: «Callemos, porque siempre el dolor mas profundo es el dolor mas silencioso.»

Por marzo de 1870, sucedió una desgracia inmensa a Ollivier: la sentencia absolutoria del príncipe Bonaparte, que causó una impresion de hondísimo disgusto en toda Francia. La vida humana estará siempre insegura en una sociedad donde un hombre puede impunemente matar a otro tan solo porque él pertenece a una familia de reyes i su víctima a una familia de trabajadores. La opinion pública se preguntó angustiada si los tiempos feudales han pasado, si la revolucion ha venido, cuando puede existir a la sombra de las leyes esa monstruosísima escepcion. Francia, que tan pagada se halla de sí misma, creyó su sociedad una sociedad de salvajes, cuando ese hombre, que sin estar escudado por el derecho de lejitima defensa, asesinó i no tuvo ni incomunicacion durante el proceso, ni castigo a su término. El jurado altísimo, compuesto de grandes capacidades i de antiguos majistrados, vino a mostrar el fruto que llevan todos los privilejios en sus entrañas: la injusticia. Imposible desconocer que ese príncipe es un loco, un furioso, un energúmeno. De su raza solo tiene la ira. Los ojos se le llenan de sangre, la boca de injurias en cuanto oye la menor crítica. Si alguna duda cupiese de que es un asesino, i un asesino vulgar, esa furia ciega, ese lenguaje brutal bastarian para desvanecerla. No es un hombre, es un chacal. Oye hablar de su crimen, i no demuestra sentir un remordimiento. Ve a la madre del pobre Noir, con las señales de su dolor en el semblante, i no se conmueve. Parece uno de aquellos caballeros feudales que bajaban desde el castillo al llano por el placer de matar, i que luego traian las cabezas humanas colgadas al arzon de su caballo, i las arrojaban indiferentes sobre las piedras de sus patios, o en lo hondo de sus

fosos, entreteniéndose en ver cómo bajaban a buscarlas a bandadas los voraces buitres.

Fué incomprendible para todos que un jurado frances, el jurado de un pueblo a su igualdad tan adicto, hubiera caído en la criminal idea de absolver a un asesino, porque tal asesino era un príncipe. I se daba el caso tristísimo de que Rochefort, representante del pueblo, unjido por el sufragio universal, estuviese en la cárcel por haber soltado el torrente de su indignacion contra el asesino, i el asesino paseara su maldad i la ostentase a las puertas mismas donde yacia el diputado que marcaba con el hierro candente de su cólera al perverso. Yo comprendo que las almas enérgicas, al ver tanta impunidad, apelen al refujio supremo de la revolucion, o que almas místicas, no encontrando en la tierra justicia, se vuelvan al cielo e invoquen a la justicia de Dios. Pero no se podia comprender, sino por esa ceguera que sobrecoje a todos los poderes, la torpeza del imperio en considerar a su príncipe como un ser aparte, superior a las leyes, con lo cual, en vez de avivar el culto a la familia cesárea, avivaba las cóleras republicanas en un pueblo en que la dictadura de la Convencion, la dictadura de la Igualdad tiene tantas i tan gloriosas tradiciones.

Así es, que el grito de la prensa fué horrible. El periódico de Rochefort publicó la lista de sus amigos presos junto a la sentencia del Bonaparte absuelto. *La Cloche* dijo, que desde allí en adelante solo quedaba a los franceses, para defenderse de la familia Bonaparte, el puñal o la pistola. *Le Siècle* lamentó que el principio de igualdad ante la lei se hubiera perdido en Francia. I hasta el mismo *Constitutionnel*, periódico bonapartista, declaró que jamás se habia cometido un agravio tan grande a la justicia en Francia. Un asesino alevoso encuentra la absolucion cuando debía encontrar la prision perpétua, eterna, no solamente por ese crimen, sino por la reincidencia en ese crimen.

La emocion fué grande en la Cámara. El respeto debido por el poder lejislativo al poder judicial, evitó una interpelacion de Gambetta. Pero Julio Ferry, inspirado por él, interpretando rectamente la opinion pública, presentó un proyecto de lei, en el cual pedia que ese Jurado escepcional, privilegiadísimo, fuese abolido, i todos los criminales, sin esceptuar aquellos mas elevados, entraran inmediatamente en condiciones de igualdad con los demas ciudadanos, único medio de realizar la justicia.

Pero la gran campaña de Gambetta fué la campaña contra el

plebiscito último del Imperio. El gobierno Ollivier, para demostrar su liberalismo, llevó a las Cámaras un proyecto de reforma constitucional, en que daba ciertas garantías al Parlamento. El emperador, para mostrar que él continuaba siendo el jefe de la plebe, quiso que estas reformas constitucionales se sometieran a la sancion del pueblo. Así amenazaba a los poderes parlamentarios, recordándoles que, contra todas sus prerogativas, quedaba siempre, como en apelacion suprema, el recurrir a los pueblos i a sus votos contra la Cámara i sus decisiones. Tal sistema no era mas que la hipocresía de la democracia, porque un pueblo cercado de bayonetas, oprimido por los agentes de policia i los agentes del fisco, vejado por las autoridades jerárquicas que desde el trono bajaban, como enroscándose, hasta las últimas aldeas, no podia votar sino aquello que le dictase el César.

Gambetta pronunció un admirable discurso en la Cámara, sobre la reforma constitucional. Sus argumentos, encerrados en formas severas, pero elocuentísimas, destruian, aniquilaban el Imperio cesarista. Hábil i práctico, no esponia sus propios principios; sacaba consecuencias de los principios contrarios. I las consecuencias que sacaba, eran todas sin escepcion favorables a la República. Si le decis al pueblo que le pertenece la soberanía, no estrañeis que se la reserve para sí, o que la reclame cuando crea que, en vez de su soberanía verdadera, le dais una autoridad irrisoria. Si entregais las soluciones que os parecen convenientes al sufragio universal, no estrañeis que el sufragio universal reivindique para sí todas las soluciones. Si cada plebiscito es una confirmacion del Imperio, i el Imperio los repite con tanta frecuencia, eso prueba que no puede ser hereditaria una institucion sin seguridad siquiera de llegar a ser vitalicia en la persona de su jefe mas augusto. El dogma de la soberanía del pueblo, el sufragio universal, i los plebiscitos debian concluir lójica, necesariamente en la República. Estas ideas, dichas en severísimo lenguaje, conmovieron profundamente, primero a la Cámara, despues a la nacion.

Tras haber desplegado talentos oratorios de incontrastable elocuencia en la Cámara, desplegó en el plebiscito talentos de accion a una altura idéntica. Luchaba su intelijencia con cuatro obstáculos, verdaderos escollos: con la inclinacion de los franceses a la utopia; con la inclinacion todavía mayor a las revoluciones; con el fraccionamiento del partido republicano, i con la perpétua rivalidad de sus jefes. Los impacientes, los rojos, proponian i sustenta-

ban el retraimiento. Era en aquellas circunstancias ésta una cuestión tan ociosa como las cuestiones entre juramentados e injuramentados que se suscitaban siempre al comienzo de cada elección. Gambetta estuvo resueltamente por la lucha. Su ánimo batallador no comprendía lo que ganan los partidos en la indolencia i en la ociosidad. Contra los exaltados, mantuvo la lucha, empeñada a todo trance, sin respiro, en cualquier terreno a que el Imperio citase a los republicanos. Entónces, el partido avanzado comenzó contra él implacable guerra. Le echó en cara que no había sostenido con enerjía la proposición de Keratry para que el Cuerpo Lejislativo se reuniese tumultuariamente. Le echó en cara que, olvidando la palabra irreconciliable, seguía los trillados caminos de sus antiguos colegas en la Camara. Le echó en cara que usaba un lenguaje con los electores de Marsella i otro lenguaje con los electores de Paris. Le echó en cara que en Paris fué candidato del partido radical, miéntras en Marsella era candidato de todas las oposiciones. Le dijo miles de esas reconvenções, que acompañan siempre a todos los predilectos de la fortuna como de la gloria, cuyas flaquezas se ven mas, por lo mismo que se ven mas tambien sus grandes cualidades. I los enemigos que Gambetta tenia en el partido democrático, no alcanzaban a comprender las transacciones con la realidad a que se ven obligados todos los talentos políticos que comprenden de la realidad las grandes impurezas. El Imperio ganó en el plebiscito una victoria. Pero una de esas victorias mas adversas que cien derrotas. Los campos habian votado, como siempre, conducidos a las urnas por los curas i los alcaldes como hatos de ganado. Pero las grandes ciudades habian votado por la República. Pero cuarenta mil hombres del ejército habian votado contra el Imperio.

El plebiscito clavó un dardo agudísimo en el corazon del César. En vano se contaban los votos por millones; en vano acudian los cuerpos del Estado a rendir párias i quemar incienso ante esta nueva sancion del pueblo; el espíritu de las ciudades i del ejército rodaba en la mente del César i llovian gotas de plomo hirviente sobre su corazon. Desde aquel dia decidió la guerra. El candidato al trono de España no fué sino el pretesto. La guerra, aplazada por las conferencias de Lóndres i por la Esposicion de Paris, debia estallar i estalló para que el César pudiese teñir en sangre humana la púrpura de su heredero. Justo será decir que Gambetta no mostró en aquella ocasion solemne, contra la guerra, toda la enerjía que

mostrara Thiers. De todos los diputados de la izquierda apareció, sin disentir abiertamente con sus compañeros, el mas belicoso. Pidió, sí, los documentos que debian esclarecer al Cuerpo Legislativo delante de problemas que, segun su felicísima espresion, ni podrian ser resuertos, ni podrian ser agotados en todo este siglo, ni quizá en todo el siglo venidero. Mas contra aquella guerra no mostró toda la indignacion de que era susceptible su elocuencia. Nadie diria que Gambetta es de orijen extranjero, segun el amor infinito que a Francia profesa. Su patriotismo tiene algo del patriotismo romano. Es, ante todo, sobre todo, frances. Proclama que el destino humanitario realizado por Francia en el siglo décimo-octavo, ha de seguir en siglo décimo nono, i a de trascender hasta mas allá del siglo vijésimo. No le hableis de la decadencia de su patria. La creerá decadencia tambien de la humanidad entera. Quizá estos jenerosísimo pensamientos le llevaron al concepto de que la guerra seria siempre favorable a la nacion francesa. Si vencedora, recababa su línea de Rhin, la integridad de su territorios; si vencida, recababa sus instituciones republicanas, la integridad de su derecho.

Estalló la guerra. Tras la guerra vinieron los grandes desastres. I tras los desastres vino aquella tremenda i formidable crisis del 4 de Setiembre. El infame Imperio, que habia puesto sus piés i sus espuelas sobre el corazon del mas revolucionario entre todos los pueblos; ese Imperio, que en una noche lúgubre mató la libertad, seguido de sus pretorianos, ébrios de aguardiente i de pólvora; ese Imperio, que con una mano resucitaba la monarquia en América i con la otra mano apagaba la teocracia en Roma; ese Imperio, que asesinó a nuestro héroes, que aumentó el catálogo de nuestros mártires, que forjó todas nuestra cadenas; ese Imperio, despues de haber traído el extranjero sobre Francia, despues de haber sembrado trescientos mil cadáveres que todavía yacen alla en los campos de batalla, iluminados por los siniestros reflejos del incendio, sucumbió en la ignominia; i al sucumbir, descargó de un peso enorme la conciencia humana, que ve al fin castigado el crimen i vencedora la justicia. Sedan fué su sepulcro. La noticia de las desgracias imperiales recorre todo Paris i lo subleva. El pueblo francés ha perdido todo un ejército. La perdicion del ejército se debe exclusivamente a la dinastía. Si en vez de ir a Metz, Mac-Mahon hubiera ido a Paris, esta gran ciudad, auxiliada por un ejército numeroso, es invencible. Trochu habia rogado que Mac-Manon viniese sobre Paris. Mas, Palikao no habia querido, porque la victoria de Pa-

ris era la victoria del pueblo, i él, de acuerdo con el emperador, deseaba una victoria lejana que diese lustre al nombre i a las armas de los Bonapartes, para volver sobre Paris e imponerle por fuerza la dinastía.

Las lenguas se desatan i publican a una todos los crímenes imperiales. Decía el Imperio que estaba preparado i no lo estaba. Decía que contaba con quinientos mil hombres, i solo contaba con trescientos mil escasos. Decía que era formidable su material de guerra, i no tenía suficiente material. Decía que era infalible su plan de campaña, i su plan de campaña se ha reducido a salvarse él i a perder a la Francia. Todo para la dinastía, todo por la dinastía. La primera mentida victoria de Sarrebruk, para exaltar al príncipe imperial, pobre inocente niño, retratado por su padre como un ser sin entrañas, impasible, en presencia de la agonía i la muerte de sus semejantes. I esta dinastía, ni por la intelijencia, ni por el valor de sus príncipes, era de sus absurdos privilejios digna. El príncipe Pedro Bonaparte solo servía para asesinar escritores indefensos. El príncipe Jerónimo Napoleon Bonaparte, que jamás vió las balas, corre a Florencia en demanda de un último auxilio, i abandona las banderas francesas. El emperador huye cobardemente de Metz, i entrega mas cobardemente todavía su espada en Sedan, sin que lo maten ni el dolor ni el remordimiento.

Paris, que sabe esto; Paris, que conoce esto, cree llegada la hora de acabar con la soberanía del Imperio i rehacer su propia soberanía. Calles, plazas, paseos, se inundan de jentes que gritan! «¡El destronamiento de los Bonapartes! ¡Viva la nacion, viva la Francia!» Una inmensa multitud se dirige al jeneral Trochu, gobernador militar de Paris, i le aclama i le conjura a que tome el poder caído en tierra. Trochu los calma, diciéndoles que el nombramiento del nuevo poder es competencia del Cuerpo Lejislativo. «¡Al Cuerpo Lejislativo! ¡al Cuerpo Lejislativo!» esclaman las muchedumbres.

Las avenidas del Cuerpo Lejislativo son como un océano inmenso de cabezas. En torno del obelisco se congregan los guardias nacionales, unos con uniformes, otros sin ellos, bastantes con armas, muchos mas, desarmados; pero todos con igual entusiasmo. El juramento que corre de boca en boca es no permitir que el dia caiga sin que se haya levantado la República. Un grito atronador, inmenso, puebla los aires. La ciudad de Paris ha vuelto a encon-

trar su alma revolucionaria, esa alma con cuyos resplandores ha iluminado mil veces al mundo.

I sin embargo, el gobierno de Palikao, decidido a defender la dinastía hasta el instante último, ha llenado de tropas de línea las avenidas de la Cámara. En cuanto se reúnen los diputados, Ferry pregunta por qué la guardia nacional ha sido reemplazada por el ejército regular, i por qué se ha quitado el mando de las tropas acantonadas en Paris al jeneral Trochu, único defensor de Paris. Palikao se levanta, i con una familiaridad indigna del sitio i del momento, dice: «¿Os quejais porque os he buscado la novia demasiado bonita? (*Gritos de indignacion*). ¿Os quejais porque he puesto en torno vuestro la tropa de línea, que respetará con mayor empeño la libertad de vuestras deliberaciones?» Una protesta ruidosa, numerosa, se exhala de los bancos de la izquierda i de la tribuna pública. Tres proposiciones se presentan: una de Palikao, que pide un gobierno designado por la Cámara, i la presidencia de ese gobierno para sí. Inmensa carcajada responde a esta pretension insensata. Otra de Thiers, que pide un gobierno provisional, i la apelacion a la Asamblea Constituyente en tiempo hábil. Otra de Julio Favre, que comienza: «queda destituido el emperador Napoleon con toda su dinastía.» La Cámara nombra un gobierno provisional. La defensa de Paris queda confiada al jeneral Trochu. El Congreso se reúne en secciones para estudiar estos tres proyectos de lei. Los ujieres intentan despejar las tribunas; mas los espectadores no quieren salir.

Miéntas tanto, el grito de ¡Viva la República! se exhala hasta del suelo de Paris. Los muertos del 2 de diciembre se reaniman. Los habitantes todos proclaman ese májico nombre que ha de salvar a la nacion en peligro. Les soldados tienden los brazos a los guardias nacionales, i los guardias nacionales al pueblo. Solo hai una voz, como solo hai una alma, como solo hai un pensamiento: la reivindicacion de la República.

Las águilas imperiales son destrozadas, los timbres napoleónicos rotos, las verjas de las Tullerías tronchadas casi por el oleaje popular. El jeneral Mellinet, que manda en palacio, amenaza con hacer fuego. El pueblo, para que nadie le atribuya pensamientos indignos del principio de su resurreccion política, escribe en las paredes: «respeto a la propiedad nacional; muerte al ladron.» Un parlamentario trata con el jeneral Mellinet i conviene en que la guardia nacional sustituya al ejército en la custodia de aquel pa-

lacio que ha presenciado tantos triunfos i tantas catástrofes de la monarquía. El parlamentario del pueblo recorre aquellas abandonadas estancias, donde acaban de resonar las últimas pisadas de otra familia real fujitiva. En el cuarto del príncipe aun estaba abierta la última página de Historia trazada en el álbum de sus lecciones. Luis XV: corrupcion, tiranía, debilidad, intolerancia. ¿No parecía éste el resúmen del reinado último de su raza? La habitacion que habia acabado de desalojar la emperatriz, aun tenia el reflejo de su presencia. Sobre una silla habia una bata; i sobre una mesa restos del frugal desayuno, un poco de ternera, un huevo pasado por agua recién abierto, pero no bebido, i algunas rebanadas de pan i queso. La última en dejar su sitio fué ella. Cuando el pueblo entraba por una puerta, ella salia por la otra, recordando talvez las tragedias presenciadas por otros reyes. Un fiel servidor lloraba i decia: «¡Pobre emperatriz! todos la han abandonado.» Así son los cortesanos siempre; débiles i cobardes como todas las almas envilecidas.

Estas escenas coincidian con las escenas del Cuerpo Lejislativo. Mientras los diputados se habian ido a deliberar a sus secciones, los periodistas, los antiguos diputados republicanos salian al peristilo i llamaban a la multitud. La guardia nacional se puso a la cabeza de las muchedumbres. Las tropas no resistieron, fraternizaron con el pueblo. La sala de sesiones fué invadida en el momento mismo en que los diputados volvian a ocupar sus asientos. El ruido era tempestuosísimo. La multitud gritaba: el destronamiento de los Bonapartes, la proclamacion de la República. Gambetta subia a la tribuna. Una infinita ovacion le saludaba. Pero en cuanto pedia que dejaran a la Cámara la libertad de sus deliberaciones, el ruido era atronador, i los gritos de «Viva la República» innumerables, Schneider, el presidente, reclamaba silencio invocando la autoridad de Gambetta. «Calle ese asesino de los trabajadores,» gritaban. Julio Favre quiere leer un papel; no le dejan. «La República, la República,» gritan todos a una voz. En esto se oyen tremendos golpes, las puertas de una tribuna caen, espesa nube de polvo inunda todo el recinto del salon, los diputados de la derecha, imperialistas, huyen, el presidente se escapa, llegando hasta su palacio, rasgadañ las vestiduras, abollado el sombrero i hasta herido el rostro, i los diputados de la izquierda van al Hotel de Ville, otros corren a la cárcel, sacan a Rochefort i lo llevan en triunfo hasta el gobierno. Se ha proclamado la República.

El gobierno provisional queda constituido. Lo forman todos los diputados republicanos de París, que el mundo conoce i admira. Entre ellos se encuentran los antiguos ministros del gobierno de 1848, Garnier-Pagés i Cremieux: el gran orador de la izquierda, Julio Favre; el elocuente publicista que ha difundido tantas ideas en la juventud contemporánea, Pelletan; el jóven que reúne a las extraordinarias dotes de una elocuentísima palabra, toda la madura sensatez de un hombre de Estado, Gambetta; el ingeniosísimo Picard, que en vísperas de perderse al borde de un oscuro olivierismo incomprensible, ha sido rescatado por la revolucion para la República: hombres todos de alta intelijencia, de antiguos i probados servicios, cuya sinceridad de carácter está unida fuertemente a un exaltado patriotismo.

A todos ellos se encuentra reunido Rochefort, recién sacado de la cárcel. Gambetta suprimió su nombre en la primera lista del gobierno provisional; mas el clamor público le incluyó con grande imperio. La República está fundada sin dolores, sin lágrimas, sin desórdenes, como una consecuencia necesaria de las derrotas imperiales, como un fruto espontáneo de la opinion pública; i en medio del peligro, entre ruinas, bajo la tempestad, es como la immaculada esperanza del espíritu humano, rompe la cabeza de la tiranía.

Mas los poderes que la República destruye, ¿cómo en estos momentos supremos se defienden? La Emperatriz, como ya he dicho, permanece en su puesto. En vano la muchedumbre se ajita, se encrespa, rodea el palacio, amenaza invadirlo; hasta en aquellos momentos angustiosos vela con heroica resignacion por el resto último de autoridad confiado a su custodia. Su pariente, Fernando Lesseps, el Hércules del istmo ejipto, le ha presentado un proyecto de abdicacion espontánea en la República, proyecto concebido por la cabeza volcánica de Girardin, a quien sus veleidades monárquicas dejan fuera de la gravitacion republicana, a pesar de tener una pluma que debió haber sido constantemente como un rayo de luz proyectado sobre la cabeza de Francia, i que, por culpa de esas veleidades, indisculpables en quien tiene tantos talentos, solo ha sido como un extraño cometa. La Emperatriz consulta el proyecto al Consejo de Ministros, i el Consejo de Ministros dice que no es oportuno, que todavía puede i debe salvarse la dinastía. Cuando acababan de dar sus consejeros esta esperanza a la Emperatriz, el pueblo rompe por todo, invade, llega a la gran

puerta, i la Emperatriz, por la puerta secreta de la calle de Rivoli se lleva tras si, como María Antonieta en 1792, como María Luisa en 1814, como la duquesa de Berry en 1830, como la duquesa de Orleans en 1848, la autoridad i la fortuna de su dinastía.

El Senado, otro de los poderes caidos, celebra una sesion bizantina. Uno de los senadores, que no protestó contra la indigna comedia del destronamiento simulado, se levanta a dar un viva a la dinastía, viva tan siniestro como el ruido de un esqueleto cayendo en una huesa. Los mas valerosos componen la sesion permanente. Pero la prudencia prevalece sobre el valor, i el Senado se separa prometiendole reunirse a la noche; i solo se ha reunido en la noche eterna. Un mensajero del Gobierno Provisional pone los sellos del Estado sobre las puertas de aquellos espléndidos salones, i declara disuelta la Asamblea aristocrática, escudo del Imperio. La historia condenará a desprecio eterno aquella madriguera de cortesanos.

La mayoría del Cuerpo Lejislativo se reúne en el palacio de la Presidencia. No hai ninguno de los presidentes lejítimos. Thiers preside. Julio Favre corre a declarar que el pueblo ha tenido a bien proclamar con unánime grito la República, i que los diputados de Paris, incapaces de abandonar al pueblo en la hora de la desolacion i del peligro, habian recibido su mandato i proclamado tambien la República. Julio Simon confirma las palabras de Julio Favre, i añade que Rochefort, en cuya prudencia confia, ha entrado en el Gobierno Provisional, que si Thiers no ha entrado, ha sido por haber opuesto inquebrantable negativa.

Los diputados imperialistas, luego que los individuos del Gobierno Provisional se han retirado, gritan, vociferan, protestan, recuerdan que ellos son representantes del sufragio universal, se indignan contra las manos alevos que han puesto los sellos del Estado en el edificio del Cuerpo Lejislativo. La palabra final ciertamente faltaba a esta escena. Thiers la tiene guardada en su agudo ingenio hasta veinte años. Es un dardo que traspasa de parte a parte los corazones de todos los imperialistas. Es una evocacion a la justicia. Es la moral de toda esta gran tragedia, moral destilada i reducida a su última esencia. Oidle, oidle. El primer trájico del mundo, Esquilo, Shakespeare, Calderon, jamas hubieran hallado un final mas propio del Imperio. La historia inspira disgusto de la novela; porque no hai novela, ni tan dramática, ni tan lójica, ni tan por extremo interesante como la historia. «¿De qué os quejais? dice Thiers. ¿De que han puesto sus sellos al edificio de la Repre-

sentacion Nacional? Peor fué sellar a los representantes. I aun no he olvidado la marca del sello que nos pusieron el 2 de diciembre. Yo soi un prisionero antiguo de Mazas.» Con esta carcajada concluyeron las Asambleas del Imperio. Hai Providencia.

En esta crisis obtuvo, como hemos dicho, Gambetta el ministerio del Interior. Inmediatamente sobrevino el sitio. En los primeros dias de esta inmensa calamidad empleó toda su enerjía para proveer al armamento del pueblo de Paris. Ausiliábale activamente en el grandioso trabajo Dorian, su compañero de diputacion, que desplegara cualidades casi sobrenaturales para la organizacion. Mas ora fuera por rivalidades de sus compañeros, o porque Trochu empezara a comprender que a Gambetta no podia escapársele su incapacidad, lo cierto es que el jóven ministro, el ministro de la enerjía, el ministro de la audacia, fué lanzado léjos de Paris en la barquilla de un globo aerostático. Por algunas horas estuvo en la rejion silenciosa i sombría de lo infinito. Algunas veces su globo descendia, i las balas de los grandes tiradores alemanes lo agujereaban. En tal conflicto, arrojaban los navegantes del aire, lastre, despachos, hasta sus gabanes para lograr que el globo subiese. Llegaron a pensar en cuál de ellos debia precipitarse de aquellas alturas para que los otros ascendiesen. Imposible decir las angustias que desgarraron su alma en aquel viaje por las nubes, que le imponia su patriotismo. Pero habia algo superior a su audacia, i era su fé, su fé completa en la salvacion de Francia. Por fin llegó a Tours, i puso mano en la redencion de la patria.

Hállase de tal suerte el mundo habituado a confundir la fortuna con la intelijencia, que solo cree obras meritorias las obras de éxito. El esfuerzo supremo, las grandes ideas, el patriotismo, el sacrificio no se estiman sino cuando ciñen las palmas de la victoria. Por eso la brillante campaña de Gambetta en Tours i Burdeos no ha sido apreciada por sus contemporáneos; pero será apreciada por la posteridad. Abandonado de sus compañeros, sin ejército, sin material de guerra, dueños los prusianos del Este, entregada Estrasburgo, caída Metz, Paris cercado formidablemente, con la derrota por todas partes, con el pánico en todos los ánimos; naufragio sublime, que desafiaba al cielo, cuando la ola subia sobre su cabeza, i el rayo azotaba su espalda, i el huracan le arrancaba de las manos las únicas tablas de salvacion, no desmayó ni un punto, i su voz dominó todo el oleaje i fué mas poderosa que la tempestad. Solo aquella palabra de fuego, solo aquella voluntad de

hierro, solo aquel patriotismo a la antigua, pudieron levantar, ejército del Loira, el ejército de Dijon, el ejército del Este, el ejército del Norte, i tener por un momento en grande incertidumbre la táctica de Moltke, la intelijencia de Bismark i la fortuna de Guillermo.

Pero las ventajas obtenidas por Aurelles de Paladines sobre el Loira, i las ventajas obtenidas por Faidherbe en el Norte, volviéronse pronto desventajas i grandes desventajas. La caída de Metz llevó tropas de refresco al campamento alemán. La llegada de estas tropas le permitió mandar divisiones sobre la Turena, sobre la Borgoña, sobre la Bretaña. El cielo era inclemente. El invierno tenia una crudeza increíble. Caía la nieve a torrentes i sobre la nieve caían los hielos espesísimos. Los soldados franceses creíanse fuera de su misma patria, segun lo inclemente de aquel cielo, i eran soldados improvisados. Los alemanes, habituados se hallaban a inviernos tan rigurosos, i eran soldados aguerridos. Seguía la derrota por todas partes a los defensores de la República. Solamente Garibaldi en Dijon obtuvo una victoria. Este jeneral honrado i heróico ha referido los crímenes de que fueron reos los soldados del Norte, reproductores de las atrocidades con que mancharon el mundo las irrupciones jermánicas, los negros tiempos feudales. Machacaban a culatazos los cráneos de los franceses rendidos e inermes; prisioneros de guerra, sagrados por el derecho de jentes.

Los cirujanos, que corrían a curar los heridos de uno i otro bando eran asesinados. Sus cabezas i sus corazones sevían de blanco a las balas prusianas. Un capitán de franco-tiradores, que herido quedaba en el castillo de Ponilly, es cojido, atado de piés i manos, puesto en el tormento, herido de nuevo con toda suerte de brutales agresiones, i luego quemado vivo. En estas horribles carnicerías de la guerra, mas bárbara cuanto mas progresiva es la sociedad donde se ceba, cayó muerto un hombre heróico, el jeneral polaco Bosak, amigo de Garibaldi. Delante de mí, en Tours, pidió Garibaldi el nombramiento de jefe de brigada para este ilustre mártir de la libertad. Yo le conocí en Jinebra. Era un jóven de treinta i cinco años, alto, elegante, nervioso, de barba rubia i de ojos azules, en los que se retrataba una honda tristeza, como si la luz del dia no entrara en ellos, sino al traves del duelo por la patria muerta, duelo que ponía en su retina nubes invisibles de lágrimas eternas. Recuerdo una reunion célebre, en la cual pronunció algu-

nas palabras por su infeliz patria. No era aquello un discurso, era un sollozo. Sus manos se crispaban como si los dolores de todas las jeneraciones polacas la sacudiesen. Sus ojos relampagueaban. Las palabras salian del pecho entrecortadas por suspiros profundos, amarguísimos, que parecian el lloro de todo un pueblo. Tendió los brazos al aire, habló en frases cortadas, expresó un dolor vivísimo, algo semejante a los trenos de Jeremías, a las lamentaciones de los profetas bíblicos en las orillas del Eufrates. Yo en los sollozos de aquel héroe ví pasar como en espesa nube de lágrimas el alma de Polonia herida, desgarrada, produciendo i devorando jeneraciones de cuerpos esclavos i de almas muertas. Pues bien: aquel jóven ha ido a pelear, a morir por una gran nacion que defiende la independenciam del hogar i la independenciam de la patria perdidas para Polonia. Su fé, su exaltacion le llevaron hasta el sacrificio. Empeñado en atrevidos reconocimientos, intentó detener un numeroso ejército con unos cuantos hombres. ¡Valor inútil! Cayó atravesado por los balas prusianas, consagrando hasta el aliento último su vida a la libertar i a las nacionalidades. Leonidas le llama Garibaldi. Mas sublime que Leonidas le llamo yo. En los desfiladeros de las Termópilas se sacrificó Leonidas por la independenciam de su propia patria; i en los campos de Borgofña, Bosak muere por ajenos hogares, por ajena patria. Su alma se ha desprendido de todo carácter terreno i ha pasado a ser, en virtud de tan heróico sacrificio, como un matiz del alma luminosa de la humanidad entera. Su sacrificio no séra infecundo; la batalla de Dijon es uno de los poco triunfos que en estos últimos dias, rejistra la nobilísima causa de la justicia i del derecho.

Mas no bastó, nó, tanto esfuerzo a conjurar esta gran irrupcion i que fué un pueblo cayendo sobre otro pueblo, una raza mudando de centro i desprendiéndose sobre otra raza desgraciada. Paris, Paris fué la víctima; Paris, cuyos dolores no tiene ni medida ni número. En los tristísimos dias del bombardeo se agravó la miseria. Yo recibia a la sazón, por los globos tripulados, algunas cartas, concisas doloridas, dictadas por la fiebre, escritas entre el sacudimiento de los edificios conmovidos al embate del siniestro huracan, bajo la lluvia de bombas que rasgaban con sus estallidos los aires, i con su siniestro relampaguear las tinieblas de la noche. ¡Qué descripciones de la situacion de Paris! Sobre el barro de nieve i escarcha; bajo el cielo frío como la mano de un cadáver corrupto; a la dudosa luz de opaco amanecer; en las mañanas glaciules del cruel enero,

que parece haber arrancado a las entrañas del planeta su calor, como al corazón de Europa su humanidad, agolpábanse en monton a las puertas de las carnicerías pobres mujeres haraposas, hambrientas, febriles, centellando de sus ojos siniestros reflejos, despidiendo de sus labios palabras incoherentes, i que iban allí, estátuas de la desesperacion, ¡aí! no por sí mismas, no por su vida, que apenas valia la pena de conservarse, sino por sus pequeñuelos, por sus hijos, condenados talvez en lo porvenir a no tener patria.

¿I qué recibian? Algunos pedazos de pan moreno, casi indijeribles, algunas onzas de carne de caballo seca, curtida, rugosa, semejante a la madera o al cuero. I cuando en esta triste situacion se encontraban, bajo el látigo de la miseria, tendiendo la mano acostumbrada al guante para recojer una limosna, la bomba estallaba en los aires o se hundia a sus piés; los milicianos heridos en la batalla próxima, volvian unos por sus piés, otros en camillas, que chorreaban sangre, i bajo las ruinas calcinadas se descubrian cadáveres de niños sacrificados por las granadas o de pobres mujeres, en cuyas venas derramaran ardientes tífus los miasmas difundidos en los aires por el letal aliento de la guerra.

Paris se iba a morir de hambre bajo aquella granizada de bombas. Era necesario un supremo esfuerzo. La exacerbacion de la guerra, la crueldad del bombardeo, solo significaban que los prusianos habian espedido la mayor parte de sus tropas al Norte, al Loira, al Este para perseguir los cuerpos de ejército destinados a libertar a Paris. Un supremo esfuerzo de la guarnicion parisiense en aquellos momentos, acaso fuera coronado con la victoria. Pedíanlo a una todos los partidos. Aconsejábanlo todos los periódicos, desde el sesudo *Tiempo* hasta el rabioso *Combate*, Solamente Trochu, a quien Paris confiara su salvacion, manteníase frio o atemorizado, aguardando un auxilio imposible, decidiéndose a una paciencia inverosímil. Los clubs, muchas veces descaminados, pero entónces razonables, si no en las formas violentas, en el fondo esencial de sus quejas preguntaban que se proponian el gobernador de Paris con esa quietud anjélica en medio de la ruina, de la devastacion, de la muerte, del incendio. Los diversos cuerpos de alguna representacion social repetian la misma pregunta, preñada de dolores i de amenazas. Los guardias nacionales mostraban sus armas inertes i a veces exijian la lucha. El fuego atronador que todas las baterías vomitaban de sus cañones, ningun daño, ningun desperfecto, ninguna mella hacian en las trincheras enemigas. La inaccion del

jeneral llegó a irritar al pueblo. La misma prensa de provincias, que viera en Paris la salvacion de la Francia, i en Trochu la salvacion de Paris, comenzó a difundir sospechas sobre la aptitud del jeneral para ese inmenso ministerio que le habia confiado la revolucion francesa en esta crisis suprema, no solo de Francia, sino de todo el jénero humano. Veinte años de Imperio han rebajado el nivel intelectual de la nacion francesa. Así en esta larga i sangrienta campaña, lo mismo el reputado táctico Mac-Mahon que el valerosísimo jeneral Bourbaki; lo mismo Bazaine dentro de Metz, que Trochu dentro de Paris, han dado muestras de una incapacidad que solo se esplica por la decadencia universal nacida del Cesarismo.

Por fin, a tantos clamores como pedian la salida, hubo necesidad de acceder. Fué convenida, arreglada, resuelta en consejos de jenerales, mas que por el propio convencimiento de éstos, por el impulso de la opinion pública indignada. El dia 19 de enero de 1871 se designó como dia de salida. El principal objeto de este plan militar era apoderarse de las alturas de Saint-Clud, cuyos cañones desataban la gran lluvia de balas sobre los barrios de la orilla izquierda del Sena. Ya alli, ganadas aquellas posiciones, debian fortificarse i descender impetuosamente hácia Versalles en busca del nuevo emperador de Alemania i de su cuartel jeneral. Vinoy mandaba la izquierda, apoyándose en el rio; Bellamare mandaba el centro; i Ducrot la derecha, apoyándose en el camino de Rueil. Trochu no estuvo inspirado ni feliz en el desempeño de este plan de ataque, no mal pensado, pero mui mal cumplido. Buen crítico de operaciones militares, no es al mismo tiempo buen práctico. Sus teorías son mas brillantes que sus hechos, i sus libros mejores que sus campañas. Debe toda su popularidad en los últimos dias del imperio, alcanzada, a los folletos escritos sobre la organizacion del ejército prusiano, i no la imita. Los parisienses le creyeron un jeneral cuando solo era un sabio. Cierta escritor ingles le ha comparado con Emilio Ollivier en la facilidad de teorizar i en la dificultad que encuentra para cumplir sus teorías. Segun sus planes, Ducrot debia emprender un movimiento converjente i apoyar a Vinoy, que por sí solo podia tomar a Montretout, pero que no podia por sí solo sostenerlo. Si avanzando Vinoy, no llegaba a tiempo Ducrot, estaba todo perdido: la salud de Paris, la salud de Francia, la salud de la República dependian de aquel movimiento. El error de Trochu consistió en no medir préviamente

te i en no calcular con oportunidad las dificultades que debia encontrar Ducrot en su marcha i en su movimiento converjente. Así lo emprendió cuatro horas despues de haber Vinoy ocupado con grande arrojo, mezclado de aplomo, las posiciones que debia tomar. Estas cuatro horas sirvieron a los alemanes para recobrase, para reunirse, para caer como un espeso enjambre sobre el punto, clave de la posición estratéjica. A esta falta de prevision unió Trochu falta de fuerzas. Sacó del Monte Valeriano cincuenta mil hombres, cuando debió sacar cien mil; sacó escasa artillería, cuando, librada a esta maniobra toda la suerte de Paris, debió sacar numerosísimos trenes.

Esta salida fué un verdadero desastre. Entre Buzenval i Montretout quedaron mil franceses muertos. Cinco mil heridos poblaban con sus quejas aquellos campos de matanza, aquellos aires cargados de evaporaciones de sangre. El hijo de Fernando Lesseps, ese Hércules del Istmo de Suez, cayó entre estos cinco mil heridos. El célebre pintor Regnault fué alcanzado por una bala que lo hirió mortalmente. Debía casarse con una hermosísima jóven que fuera largo tiempo la musa de sus inspiraciones, el ideal de belleza en que buscaba el secreto de la encarnacion de sus pensamientos i el modelo de la forma; casta musa de este pintor, que a modo de los artistas del Renacimiento, era tambien soldado. En cuanto cayó herido, i sintió que la vida se escapaba de su sér, pidió le trasportaran desde el campo de batalla a casa de su amada. Para ella fué su última mirada, para ella su último suspiro, como para ella habian sido sus inspiraciones i para la patria su existencia.

A este tenor miles de tragedias se cuentan. Pero confieso que no inspiran compasion tan grande a mi alma desolada los muertos como los vivos. Preferible es mil veces para todo buen frances morir a ver a Francia caída de tan alto en esos abismos. Felices los que mueren sin saber, sin adivinar que tambien se muere la patria de sus padres. ¡Ah! Esta salida del dia 19 es desesperante. ¿Por qué, una vez tomada la posición de Montretout, no la conservaron? ¿Por qué no combatieron los franceses con mas golpe de jente? ¿Por qué no usaron mas artillería? Cuando Vinoy estaba en Montretout, el rei Guillermo, i Moltke, i el príncipe real, que desde el acueducto de Marly observaban la batalla, sintieron por vez primera en esta campaña el escalofrio del terror. Se hallaban cortadas sus comunicaciones con el príncipe real de Sajonia. La

interrupcion del ferrocarril entre Toul i Nancy embarazaba sus comunicaciones con Alemania. Era difícil, difícilísima la posicion del estado mayor prusiano en Versalles. Mas tenacidad en sostener a Montretout, fortificaciones rápidas e inmediatas, a imitacion de los prusianos; artillería en posicion barriendo los batallones de reserva que iban a combatirlos, i el sitio de Paris se levanta, i Francia se salva.

Se dice que Trochu no sacó de Paris el número de jentes necesario por temor a los rojos. Mas, el medio de vencer a los rojos era presentarles una victoria.

Su oposicion hallaba sobrado fundamento en la apatía de un jeneral que deja bombardear a Paris i no sale de la ciudad como un torrente, cuando el bombardeo solo significaba una estratajema del sitiador para desconcertar al sitiado. Queríase que las oposiciones lo sacrificaran todo por la patria, i en esto el gobierno de Paris tenia razon. Mas no se daba a los de abajo ejemplo defendiendo ántes que todo la patria. La retirada de Montretout ¡qué error i qué vergüenza! A las ocho de la noche, el hurra de la victoria resonaba de rejimiento en rejimiento prusiano hasta llegar a Versalles. La monástica poblacion de este real sitio, reanimada un instante por la victoria, volvió a caer en su triste silencio así que supo la adversa suerte de sus armas. I Paris entró en verdadera desesperacion; sí, en verdadero delirio.

Nadie como yo abomina la demagogia. Sus utopías sensuales, sus procedimientos horribles, el delirio que inspira a los pueblos, léjos de producir ciudadanos útiles, produce locos furiosos. Nadie como yo ha deplorado las intemperancias de lenguaje a que los clubs se entregaran. Pero convengamos en que, si no se justifican, se escusan, o si no se escusan, se comprenden todas esas imprudencias delante de un jeneral que desperdicia horas preciosísimas, i que, al desperdiciarlas, hiere la noble causa de la República europea.

La agitacion de Paris no tenia límites. Por la noche del 21 rebotaban de jentes los clubs. Habian visto pasar innumerables heridos. Habian visto al gobernador pedir armisticio de cuarenta i ocho horas para enterrar los muertos. Habian visto volver el ejército sitiado retrocediendo ante la pujanza del ejército sitiador. A todos estos horrores se unia la recrudescencia del bombardeo que, sobre el histórico barrio de Saint-Denis, lanzaba a millares las granadas, cercando de un círculo de fuego infernal aquellos cuarteles; aquella catedral histórica, maravilla del arte gótico,

donde se alzan los sepulcros vacíos de los reyes de Francia. Entre esta desolación, entre el rastro de sangre que dejaban en el suelo de Paris las venas de sus hijos, i el rastro de fuego que en los aires dejaban las bombas de los prusianos, llegaron hasta la exaltación del delirio las imprecaciones de aquellos que solo en los procedimientos de la Convencion hallan los medios espeditivos de salvar a Francia i su República.

En el club de la Dama Blanche se conviene i se jura por todo, la revolucion inmediata. En el club de la Escuela de Medicina, un ciudadano llamado Levy pronuncia las siguientes palabras entre ardentísimas muestras de adhesion, llevada hasta los limites últimos del humano entusiasmo: «juremos cumplir nuestro deber; derribar ese gobierno que nos entrega i nos vende.» Cierta clubista del Eliseo Montmartre se queja de que da a comer al pueblo pan de tierra, el cual seca las fauces i empiedra el estómago. Para este orador no son los prusianos, nó, los bombardeadores de Paris, sino el jeneral Trochu, que arroja bombas desde el Monte Valeriano, a fin de que los propietarios pidan la capitulacion. Cuando a las cosas podian decirse impunemente, la irritación producida por la derrota del 19 en Montretout debia ser jeneral i espantosa.

Mas una insurreccion ¿a qué en aquellos momentos supremos conducia? No basta la sangre que empapa el suelo de Francia; no basta el bombardeo bajo el cual Paris, la obra de tantos siglos, se desploma; no bastan los montones de muertos que hai sembrados por las orillas del Loira, por las riberas de Normandía, por los campos de Borgoña, por los desfiladeros de los Vosges; no basta con que el Sena enturbie en sangre sus aguas, i con que dos millones de seres humanos ¡a! estén bajo la amenaza de una muerte por hambre, sino que tambien es preciso, entre el estallido de las bombas prusianas, desencadenar la guerra civil para que acabara de destruir i aniquilar la destrozada patria.

Miéntras pasaban en los clubs esas escenas, los milicianos de Bellevillo iban a Mazas, sorprendian la guardia, reemplazábanla, cojian al carcelero mayor o alcaide, le obligaban a soltar la llave de la prision, abrian la verja, libertaban a Flourens, le conducian triunfalmente a su barrio, i allí, tocando a jeneral rebato, organizaban la insurreccion roja en demanda de la junta revolucionaria i, por consecuencia, de la inmediata destitucion del gobierno.

Es el dia 22 de enero. La mañana ha pasado tranquila. Pero el Hotel de Ville i la plaza de la Greve demuestran que de tempes-

tad hai amagos. El Hotel de Ville es para los modernos parisienses como el Monte Aventino para los antiguos romanos. Su plaza se llama plaza de la Greve i ha dado nombre a los actos mas característicos de las asociaciones obreras. Poniéndose de frente al Hotel de Ville, descúbrense hácia la derecha las torres góticas, las agujas caladas de Nuestra Señora de Paris; los dos brazos del Sena que forman la isla, nido de la gran ciudad i de toda la nacion francesa, i a la izquierda la calle de Rivoli cuando ya va a entroncar con el populoso i republicano barrio de San Antonio. Las mayores tragedias revolucionarias se han desarrollado en este teatro. Allí se instaló aquella municipalidad revolucionaria que ejerciera dominio absoluto sobre la Convencion. Allí cayó Robespierre despues de haberse elevado sobre el prestigio de ese templo. En sus balcones decretó Lafayette la destitucion de la dinastia borbónica i coronó con el morrion de la milicia nacional a la monarquía de Julio. En el Hotel de Ville se proclamó en 1848 la segunda i en 1870 la tercera República francesa. Por eso cuando los horizontes se oscurecen, cuando las ideas relampaguean, cuando la gran ciudad se siente movida por una de las inspiraciones que la han ajitado en todo tiempo, es el Hotel de Ville el sitio en que las revoluciones triunfan i se formulan, es el Hotel de Ville como el Sinai de la democracia moderna.

A la una de la tarde del 22 de enero están cerradas las ventanas, corridas las verjas de ese palacio del pueblo. Algunos grupos, en número cortos, pero en aspecto amenazadores, se esparcen por el recinto de la plaza. A las ventanas solo se veian dos oficiales de guardias movilizados bretones i un oficial de la milicia parisien ante la puerta mayor abierta i tras la verja cerrada. Los grupos, dirijiéndose a estos oficiales, pedian pan i la caida de Trochu. Al dar las dos, treinta milicianos desembocan por el lado de los muelles. Todos vienen armados, pero en actitud pacífica, las bocas de sus fusiles hácia abajo. Sin embargo, al llegar, algunos los cargan i juran apuntarlos pronto a las ventanas de la artística fachada principal. En efecto, descubriense tras sus cristales las sombras de los guardias bretones que escudriñan los menores acaecimientos de la plaza. El grito convenido es la destitucion de Trochu. Para pedirla con oportunidad i obtenerla con prontitud, decidieron dirijirse a la habitacion misma del jeneral. I en efecto, partiéronse por la calle de Rivoli hácia el lado del Louvre.

Parecia todo tranquilo en este punto, cuando a las tres se oye

el redoble precipitado de un tambor que toca ataque. Son trescientos milicianos armados, que en son de guerra vienen desde Belleville, i han desfilado en la plaza de la Bastilla ántes de tomar la calle de Rivoli por el extremo opuesto al en que se encontraban los milicianos anteriores. En cuanto avistan el Hotel de Ville, suena una descarga. Las ventanas de la gran fachada se abren, los movilizados bretones aparecen, apuntan hácia la desembocadura de la calle de Rivoli, donde los amotinados se encuentran, i descargan sobre ellos. En el espacio de un segundo cubrióse el suelo de jentes despomadas sobre el frio barro. Unos cayeron porque se agacharon para tirar, otros porque corrieron impetuosamente i, chocando en su carrera, tropezaron; muchos por heridos i algunos por muertos. Al ruido, la guardia nacional, las tropas de línea, los jendarmes acuden, i el órden se restablece. Miéntras pasaban estas escenas, tronaba la artillería i desgajábanse bombas sin número sobre los barrios de Paris. ¡La guerra civil junto a la guerra de conquista! ¿No está aun bastante castigada Francia?

Los sucesos del Hotel de Ville ¿movieron a capitular al gobierno de Paris? El mismo dia 22 en que la guerra civil ensangrentaba los alrededores del palacio republicano, Trochu dimitia su cargo de jeneral en jefe i gobernador militar. A su vez Vinoy, que tomara a Montretout i lo sostuviera el mayor tiempo posible, era nombrado en reemplazo del dimisionario. Estas evoluciones de última hora no satisfacian a la opinion pública, desalentada ya en vista de los obstáculos innumerables que la salvacion de Paris encontraba. Al mismo tiempo los víveres disminuian con tal rapidez, que dos millones de criaturas humanas se hallaban espuestas a morir por hambre como aquellos infelices judíos del sitio de Jerusalem que echaron suertes sobre los cuerpos de los pequeñuelos i se comieron a sus hijos.

A estas angustias, sentidas bajo una granizada espesísima de bombas i de granadas, se unían los partes del exterior. Algunas palomas, que habian levantado su vuelo sobre el oceano de candente plomo esparcido por la atmósfera de Paris, llevaban bajo sus blancas alas pequeños pergaminos, donde iban escritas las adversas nuevas del retroceso jeneral de todos los ejércitos franceses. En vista de tantos desastres, desgarrados por desesperante dolor, temiendo que la historia les diese en rostro con la destruccion de la primera entre las ciudades modernas, los miembros del Gobierno Provisional decidieron la inmediata capitulacion.

Detengámonos un momento en presencia de ese suceso. Cuando un pueblo ha ocupado el trono altísimo de Francia, no debe de él bajar sino despues de haber intentado el esfuerzo último i el supremo sacrificio. Guillermo de Orange prefiere que las ondas del océano se traguen Holanda a que la huellen los ejércitos extranjeros. ¿Viviria Holanda sin esta decision bárbara, pero heroica? El ruso, humillado por Napoleon, quema a Moscow. La ciudad santa de los moscovitas ¡ay! es un monton de cenizas; pero sobre esas cenizas se alza el espíritu, la vida, la honra, la independencia de una raza. ¿Qué esperanza teníamos nosotros de vencer al gigante conquistador de nuestro siglo, cuando todas las naciones eran sus víctimas, i todos los reyes sus cortesanos? Ninguna. Mas preferimos enterrarnos en los desfiladeros del Bruch, bajo las ruinas calcinadas de Zaragoza i de Gerona destruidas, a ser trofeos de conquistas i esclavos de conquistadores. El hombre no vive un dia. Sus ideas i sus acciones trascienden a todos los siglos. I para pensar con elevacion de intelijencia i proceder con grandeza de ánimo, debe el hombre convertir los ojos a los tiempos futuros, i sacrificar, si así lo exige el deber, a esos tiempos ilimitados, eternos, la vida de un dia. Porque yo creo que despues de haber luchado en esta tierra con tantas i tan acerbas desgracias, no podemos esperar reposo ni en brazos de la muerte, si hasta por la concavidades del sepulcro, nos persiguen los anatemas de la posteridad. I estas mismas ideas bullian en el corazon i en la cabeza de Gambetta.

El gobierno de Paris, si no pudo llegar a una victoria, debió llegar a un sacrificio. Pero el dia 23 de enero ya estaba decidida la capitulacion. Serian las ocho de la noche cuando Julio Favre entraba en la ciudad de Versalles, corte del nuevo emperador de Alemania. Ya ántes habia intentado este viaje. Mas, creyendo Bismark que iba a tratar de conferencias europeas, no presto oido a su demanda. Solamente al saber que de la paz i de un armisticio se trataba, convino en la entrevista. Acababa de comer el ministro del imperio, al punto que el ministro de la República descendía a la puerta de su alojamiento. Los cabellos de Favre blanquean como si hubiera caído sobre ellos la nieve de un siglo. Hondas arrugas atraviesan su rostro amarillento i demacrado, surcos abiertos en la faz por el trabajo interior de ideas siniestras. Sus labios se muestran contraídos por sonrisa amarguísima como la sonrisa de un cadáver. Los ojos solo muestran vida, pero la vida de la fiebre.

No hai tormentos materiales, ni los infinitos inventados por las imaginaciones místicas de la Edad Media, en sus pinturas del infierno, que puedan compararse a los tormentos de ese hombre. Las últimas palabras de la conversacion tenida en Ferieres con el Canciller del imperio debian resonar en sus oidos como la trompeta del juicio en los oidos de los réprobos: «no perderemos ni una pulgada de nuestro territorio, ni una piedra de nuestras fortalezas.»

La primera peticion de Julio Favre fué la salida de las tropas parisienses con todos los honores de la guerra. Negóse Bismark a ello con negativa inapelable. La segunda fué que le evitaran a Paris la humillacion de ver las tropas i las banderas alemanas dentro de sus muros. Bismark convino; pero a condicion de que Paris pagaria doscientos millones de francos, i entregaria al vencedor todos sus fuertes, declarándose prisionera de guerra la guarnicion, que depondria las armas. Solo doce mil hombres de linea i de milicia nacional quedarian con el encargo de custodiar la ciudad i responder del órden. Si el gobierno de Paris creia la resistenciam inútil, la defensa imposible, pudo pactar con el extranjero por la ciudad; mas, recluido cuatro meses en los muros, sin conocimiento del estado de Francia, ¿pudo pactar por toda la nacion?

Sin embargo pactó. Ajustóse un armisticio que debia terminar, a no renovarse, el 19 de febrero a mediodia. Los ejércitos beligerantes conservan sus posiciones, señalándose una línea de demarcacion en el mapa, dentro de la cual obrarian como les pareciera para conservar su respectiva autoridad. El puerto de Dunquerque es designado como linea de armisticio marítimo. Al Este se colocaron las naves alemanes i al Oeste las naves francesas. El armisticio tiene por objeto la reunion de una Asamblea que declare la paz o la guerra. Los franco-tiradores serán desarmados. La ciudad de Paris se proveerá de víveres librémente. Los prisioneros alemanes serán canjeados. Establécese un servicio de correos entre Paris i las provincias, que deberá pasar por Versalles con la precisa condicion de que todas las cartas vayan abiertas. ¡Tal fué el abominable tratado! No puede abusarse mas de la victoria.

La reunion de una Asamblea con esas condiciones, con tal celeridad vertijinosa, bajo el sable de los prusianos, ceñida de tropas enemigas la capital, ocupadas las mejores provincias, prisioneros de guerra quinientos mil electores, perseguidas i proscriptas de los

territorios conquistados las familias mas patrióticas; la reunion de una Asamblea en cuatro dias, cuando los caminos de hierro están todos interrumpidos, i los caminos ordinarios borrados por el diluvio de la guerra, pareceme irrision del derecho, burla sangrienta escupida por el vencedor, ébrio de orgullo, a la frente de Europa.

Alsacia i Lorena, ¿envian representantes? Nada se dice con claridad en el convenio de este punto capitalísimo. Si los envian clamarán a una que no quieren dejar de ser franceses, como claman hasta las piedras de aquel suelo. Si no los envian, el resto de los departamentos se creera sin autoridad para resolver sobre la suerte de hermanos suyos a quienes no han oido. I cuatro dias para revisar las actas, para constituirse, para nombrar presidencia i gobierno, para enterarse de los recursos militares i financieros con que cuenta la nacion, para deliberar sobre la política interior, para decidir la paz o la guerra; problema inmenso, pavorosísimo, que interesa a la humanidad, a Europa, a todos los pueblos; problema que entraña en sí cuestiones innumerables, i que es un asunto de economía, de política, de ciencia, de observacion, de estudio, de meditaciones profundísimas, pues al resolver su solucion, acaso se resuelve la dicha o la desdicha, de cien jeneraciones; la salud o la ruina de la civilizacion universal sobre la faz de este planeta.

Me parece mentira que hayamos visto la tribuna francesa, ese altar de las ideas modernas; los oradores franceses, esos lejionarios de la libertad; las Asambleas, que han difundido la revolucion por el mundo, i sacado de las cadenas de los siervos, como chispas, las almas de los ciudadanos; me parece mentira que hayamos visto todos esos grandes representantes de la democracia, antiguo objeto de nuestro culto, profanados por los hulanos, deliberando entre la vibracion de sus sables i el relincho de sus caballos i volviéndose para decidir de la suerte de su patria, a ver la hora suprema que les ha escrito con sangre francesa en la pared, la huesosa mano de Bismark: ¡oh afrenta!

Imajínese cuánta seria la estrañeza de Gambetta en el momento de recibir esas noticias. El primer rumor vino al Oeste por las correspondencias del *Times*, verdadera Gaceta del Canciller imperial. Gambetta se apresuró a desmentirlo. Hacia pocas horas que el ministro de la revolucion acababa de pronunciar un discurso en Lila, conjurando vigorosísimamente a todos los franceses a que

pelearan con ahinco, sí, con desesperacion de la propia vida, pero con esperanza firme en la inmortalidad de la patria.

El vigor de la enérgica frase de Gambetta parecía tomar filo i corte en la adversidad, i templarse en las lágrimas que silenciosamente venian a sus ojos para caer, contenidas por su viril ánimo e invisibles a cuantos le rodeaban, como una lluvia de plomo derretido sobre aquel gran corazon. Gambetta decia con razon que un pueblo decidido a vencer no puede ser vencido.

Imposible describir la impresion que en ánimo tan fuerte como el ánimo de Gambetta, produciria la confirmacion súbita de las noticias llegadas por la prensa inglesa.

Un rayo hirió su frente cuando el telégrafo le dijo que el gobierno habia ajustado la capitulacion para la capital, i el armisticio para toda Francia. Cuéntase que un ataque epiléptico le sobrecojió i que estuvo en gravísimo peligro su existencia. Burdeos se exaltó como se exaltan los pueblos meridionales, con delirio. Los edificios públicos no bastaban a contener las numerosísimas reuniones en que la suerte de Francia se discutia. Todos unánimes protestaban contra el armisticio i pedian la guerra sin tregua, la guerra a todo trance. Muchas de estas reuniones enviaron sus comisiones a Gambetta para sostenerle en tan amargo trance i alentarle en su enérgica fé. No pudieron verlo, porque se habia encerrado, entregándose a todo el dolor de su corazon i a todas las meditaciones exijidas por la tremenda responsabilidad que su nombre le imponia ante su patria i ante la historia.

Supremas horas aquellas. ¿Aceptaba el armisticio? Perdia su significacion política, soltaba de las manos su bandera, desdecia el ideal de su vida, abandonaba la patria a la misma debilidad mil veces maldecida en aquellas proclamas suyas, cuyos viriles acentos recojerá la historia. Gambetta cree haber merecido que la posteridad le señale como un frances incapaz de dudar ni un momento de la inmortalidad de Francia. No podia, pues, aceptar el armisticio. Pero si lo rechazaba, la guerra civil sobrevenia, con la guerra civil la division del gobierno, con la division del gobierno la division del partido republicano, con la division del partido republicano la muerte de la República, con la muerte de la República la muerte de Francia. Horas angustiosas. Aceptar el armisticio era el propio suicidio; rechazarlo era el sacrificio de Francia. En crisis tan extraordinaria i suprema, Gambetta resolvió declarar que la guerra se sostendria rudamente. El armisticio, en su sentir, so-

lo sería una tregua, i la tregua una escuela de disciplina. Imposible creer que muera Francia. I Francia votará por medio de sus representantes la integridad de su independencia, la salvacion de su honra, i todos los recursos en jentes i dinero indispensables a salvar estos dos sagrados intereses, que todo frances ha recibido en depósito de las pasadas jeneraciones i ha de transmitir a las jeneraciones venideras. Estas eran las últimas esperanza de Gambetta.

Pero bien pronto volvía a la desesperacion. Lo mas triste del caso era que preguntaba al gobierno de Paris particularidades del armisticio, i no recibía respuesta. Decía que viniesen a Burdeos como habian prometido algunos de los ministros, i no llegaban. Para mayor confusion i tristeza, el armisticio no se cumplía en el Este. Los prusianos, pretestando que aquellos departamentos les tocaban por la distribucion convenida, perseguían a los soldados de Bourbaky al mismo tiempo que bombardeaban a Belfort, la gran fortaleza de Vauban, último refugio en el alto Rhin de la bandera tricolor.

Los infelices soldados de Bourbaky, despues de haber pasado unos días horrosos; despues de haber recorrido largas jornadas a doce grado bajo cero, sobre la nieve petrífica, casi desnudos, muertos de hambre, porque la furia de los elementos habia cortado todas las comunicaciones; al tocar a la frontera de Suiza, a la tierra neutral, a la tierra de refugio, son cañoneados sin piedad por los prusianos, i mueren a cientos, fuera de combate, sin responder a la agresion, sin haber empeñado ni sostenido batalla, víctimas de una ferocidad increíble al mundo civilizado, deshonrosa para ese ejército alemán, que pretendiendo representar la mas alta cultura europea, reproduce todas las salvajes iras de las mas cruel, de la mas implacable barbarie. Las tierras cercanas a Suiza se hallan en aquel momento sembradas de cadáveres.

La ansiedad de Francia es inmensa. ¿Cuáles serán las condiciones de paz que el vencedor imponga a esta tierra tan destrozada, tan profundamente herida? Tal es la pregunta que todo el mundo se dirige en Burdeos.

Gambetta convoca la Asamblea con el propósito de que se niegue a todas las condiciones onerosísimas que se referían, i sostenga la guerra, mas gloriosa cuanto mas desesperada. A este fin pone en su decreto de convocatoria cláusulas gravísimas. La primera es que ninguno de los príncipes que pertenecen a las varias familias

pretendientes de una restauracion monárquica, pueden ser elejidos. Yo apruebo esta cláusula.

Pero Gambetta añadió a esta cláusula otra que yo altamente reprobé entónces. Declaró incapacitados para aspirar a la diputacion a todos los ministros, a todos los senadores i a todos los candidatos oficiales del imperio. Es una restriccion arbitraria al sufragio universal, que no puede defenderse ni por razones de justicia, ni por conveniencias de política. Si Francia, al verse en el abismo de todas las desolaciones, al ahogarse en el diluvio de sangre que sobre ella ha llovido el cesarismo, al tender la vista mortecina sobre las ruinas amontonadas en su privilegiado suelo i los cadáveres amontonados en las ruinas, hubiera elejido a los viles cortesanos, que despues de haberla deshonrado en la opresion, la han vendido a la conquista; Francia, falta de todo instinto nacional, seria un órgano muerto, corrupto de la humanidad; i mereceria la suerte de Polonia, mereceria que su territorio fuera desmembrado i maldecido su nombre. Yo creo que es injuriar a Francia, que es proseguir la política autoritaria, que es sentar un funesto antecedente ese acuerdo por el cual se votará la República, cual se votó el imperio, entre listas de proscripciones, que la República no ha menester, porque es la espresion de la justicia, i con su luz le basta para vivificar a los buenos i deshacer, como cadáveres insepultos, a los perversos.

El gobierno de Paris envió a uno de sus individuos, Julio Simon, a Burdeos, encargándole de promulgar un decreto de convocatoria en el cual ninguna de las exclusiones de Gambetta era reconocida. Julio Simon no tuvo periódico oficial donde publicar su decreto, porque Gambetta habia promulgado el suyo e impedido el que traian los miembros del gobierno. En esto Bismark protesta tambien contra el decreto de Gambetta i dice que no se ha decretado el armisticio para traer una Asamblea de ese jénero, sino una Asamblea libremente elejida por toda la nacion i que a toda la nacion represente.

Gambetta escoje la ocasion para sobreponerse al gobierno de Paris, i denunciar ante Francia, que los escluidos por su decreto son los cómplices de la invasion, los cortesanos de Bismark, los que entregarian cien veces por restaurar su dominacion propia al conquistador en jirones la patria. Pero el gobierno de Paris al cabo es el gobierno obedecido, i Gambetta se retira del poder.

¡Pobre Francia! Nunca fué tan grande el eclipse de un pueblo.

Miéntras así la nacion vencida se desgarrá en las inmensas i riquisimas salas de Versalles, bajo aquellas bóvedas a cuya sombra Francia ha reunido los simulacros de sus glorias militares, coronado por la terrible sentencia de Luis XIV. «solo el rei gobierna,» en la cual se halla contenido todo el absolutismo; los magnates de Alemania han proclamado a Guillermo de Prusia, que presenta todas las insignias imperiales, huesos humanos por cetro, incendios por resplandores, ruinas por trofeos, cráneos apilados que sirvan de gradas a su trono, i océanos de sangre en que teñir su mano de púrpura, digno sudario de un pueblo suicida.

Ese imperio tiene que sentarse sobre el cadáver de un pueblo, i se sienta sobre el cadáver de Francia. Lo único que en esta triste noche de la conciencia humana, a cuyas sombras una grande nacionalidad ha sido asesinada, lo único que nos consuela es pensar que los pueblos resucitan como el cristo del Evangelio. Ese emperador Guillermo ha pasado dias de su juventud errante, sin corona, sin patria, porque otro emperador, cien veces mas conquistador i mas glorioso que él, destrozaba el reino de Prusia bajo las herraduras de su caballo de guerra. I Prusia resucitó, i Prusia se vengó. ¿Por qué no resucitará Francia? ¡Ai, emperador de Alemania, ai de los tuyos el dia de su venganza!

I no lo dudeis: de hoi en adelante la política de Gambetta no tendrá mas que este sentido, no tendrá mas que este objeto: la venganza de Francia.

---

EMILIO CASTELAR.

## ENSAYO CRÍTICO

SOBRE LAS POESIAS DE J. A. SOFFIA.

«MICHIMALONCO.»

---

### I.

En los números 59 i 60 de la *Revista Chilena* estudiamos las poesías sueltas i el poema *La Ingratitud* del distinguido poeta chileno J. A. Soffia, tócanos ahora cerrar nuestros modestos ensayos críticos con el estudio sobre el poema *Michimalonco o la Conquista del valle de Chile*, galana produccion que honra el ya rico Parnaso Nacional.

El poema se abre con una *Invocacion* en octavas reales que no vacilamos al declarar que es una de las poesías mejores que hemos leído en la América Española. El *Canto Primero* canta la invasion de los Incas al mando de Siquiruca, quien consigue a fuerza de ardides dominar a los cándidos aconcaguinos e implantar su soberanía despótica i sangrienta.

I la rejion altiva i venturosa,  
Que por gloria tenia de su suelo  
La cordillera erguida i majestuosa,  
Por linde el mar, i por dosel el cielo;  
Que solo con ser libre era dichosa  
I vivia confiada i sin recelo,  
Se halló, por soñadora i visionaria,  
Humillada, vencida i tributaria!...

En el *Canto Segundo* aparecen dos de los protagonistas; Tila, especie de Pitonisa araucana i el osado Michimalonco, ponderado jefe de las tribus aconcaguinas. Aquí se vé el modo cómo el noble adalid indiano salva de la hoguera a Tila, arrojada a las llamas a causa de su tenacidad en pedir la union de los araucanos.

En el *Canto Tercero* se describe la llegada de Diego de Almagro i la ocupacion transitoria del territorio chileno. En el *Canto Cuarto* se narran las astucias de que se valió el *Primer Español* que llegó a Chile, para obligar a los indios a acoger con agrado la dominacion española. El *Canto Quinto* es dedicado al indio Felipillo, dándose a conocer sus maquinaciones perversas i su muerte execrable. Tambien se da cuenta de los primeros combates entre conquistadores i naturales. En el *Canto Sexto* se pintan los amores i el enlace del héroe con la simpática Guajilda, hija del cacique peruano Quilacanta. En el *Canto Séptimo* aparece Pedro de Valdivia i se bosquejan los preparativos que hace para la gran lucha. En el *Canto Octavo* se describe el sacrificio que de su honor hace Tila para matar a Roque Sanchez i probar así que el español es mortal. En el *Canto Noveno* se narran la sublevacion de Solier i su castigo, la paz momentánea con Michimalonco, algunos encuentros i la fundacion de Santiago. Tambien figura por vez primera el negro Juan Valiente.

En el *Canto Décimo* se pinta feroz combate entre indios i españoles, en el que Juan Valiente se rapta a Guajilda, i Michimalonco suspende la accion i se entrega a costa de salvarla. El *Canto Undécimo* es dedicado a cantar cómo Tila, por librar al hijo de Michimalonco, muere a puñal i cómo caen en poder de Valdivia el suegro de Michimalonco i cuatro caciques. En el *Canto Duodécimo* i último se vé la destruccion de Santiago por los indios, la muerte de los cinco caciques por Ines de Suarez, la derrota completa de Michimalonco, la muerte de Guajilda, la caida del héroe i sus últimos momentos en el cadalso.

## II.

El poema *Michimalonco* cuya accion se desarrolla en un pueblo bárbaro, desnudo del traje de la civilizacion, sin otro ideal que la guerra, bravo por instinto, amante de su patria i de su independencia hasta el sacrificio, ha despertado en el público emociones diversas a las que producen los romances que se desenvuelven en

el mundo en que vivimos. La obra de Soffia es la apoteosis de un indio nacido en medio de selvas vírjenes, animado de pasiones tumultuosas, de carácter estraño a las delicadezas que imprime en el hombre la educacion social, guerrero que agrega a certero golpe de vista rápidas resoluciones, de alma enaltecida por espontaneidades jenerosas i amores mitad platónicos, mitad epicureos.

Al lado del audaz protagonista, jira en múltiple confusion, casi toda la raza de araucanos: hombres i mujeres, ancianos i niños, instituciones i costumbres, supersticiones i creencias, batallas i planes, amores i sacrificios, discursos i parlamentos. Es la narracion viva de un pueblo que el poeta ha movido i animado al rededor de una personalidad superior, narracion que posee algo de fantástico, algo concebido por el autor i algo recojido al acaso en la tradicion o en crónicas que, con frecuencia, alteran o abultan la verdad tanto como las leyendas que se conservan i transmiten de jeneracion en jeneracion. El rayo de luz que se desprende de un foco eléctrico describe al salir estrecho círculo; pero, a medida que crece la distancia, el diámetro aumenta progresivamente hasta llegar instante en que, el pequeño anillo que se vé a un paso del foco, toma proporciones de dilatada circunferencia cuando se refleja a varios kilómetros. Los hechos que se conservan en la tradicion siguen lei de crecimiento semejante. Lo que es diminutivo punto al verificarse, se presenta como astro cuando pasan tres o cuatro jeneraciones. Es lo único que la sorda lima del tiempo no gasta i por el contrario respeta i aumenta.

Michimalonco es el perfecto retrato del indio chileno. En él se proyecta la mezcla informe de ínclitas cualidades i arteras inclinaciones, de amores exuberantes i odios entrañables, de instintiva nobleza i fiera crueldad, de astucia i perfidia, de ternura de niño i cólera de tigre, que forma la naturaleza moral del indio chileno.

Cuando Chateaubriand publicó su *Atala*, el mundo literario se rió al principio de la escuela selvática que el distinguido poeta en prosa deseaba implantar; despues admiró de pié i con la frente descubierta ese romance, mitad salvaje, mitad civilizado, que se presentaba a los ojos de Europa desnudo como la Venus del Milo, iluminado con colores al natural, creado en medio de pueblos adormecidos en los brazos de rica naturaleza i escrito en estilo que tenia algo de los aromas de los bosques americanos, algo de la majestad del Niágara, algo de la diáfana transparencia del cielo del Norte, algo de la prodijiosa fecundidad de las tierras i prade-

ras en que hoy vive la raza más libre i laboriosa del universo. Los caracteres i hábitos descritos formaban artístico contraste con los seres que en Europa vivían, entre mantillas de seda, palacios de mármol, trajes de terciopelo, joyas de oro i diamante, salones de brocado i costumbres de relajada civilización.

El *Michimalonco* de Soffia ha hecho brotar en nosotros iguales sensaciones, igual curiosidad, igual entusiasmo. Hemos visto en las páginas inspiradas del poema, seres en pleno estado primitivo, con el pelo desgreñado, el pecho abierto, palabras empapadas de áspera ternura, miembros hercúleos, pasiones sin valla, heroísmo ejemplar, rostros sin carmín ni belutina, vestidos sin broches de plata ni blondas de Inglaterra. ¿A quién no le gusta, para variar la monotonía de somnolienta vida, vestirse con trajes de bárbaros, siquiera en sueños? Hai en el fondo del espíritu humano tendencia arrastradora que nos impele a hacer lo que no podemos hacer, que nos clava con el deseo de visitar mundos que no puede planta humana hollar impune.

### III.

Como el lector ha podido convencerse, el plan del poema *Michimalonco o Conquista del valle de Chile* es dilatado como el espacio. En él desfilan, primero la invasión de los incas que tuvo lugar poco más o menos el año 1400; después la invasión de Diego de Almagro en 1535, i en fin, la invasión de Pedro Valdivia en 1540. Haciendo la suma, el poema abraza ciento cuarenta años. En tan estensa época el poeta nos cuenta uno a uno los hechos importantes verificados en aquel tiempo en Chile. Si al detallado inventario se adicionan las mil creaciones hijas de su ignea fantasía, nos esplicamos sin obstáculo la causa por qué el poema consta de 235 páginas.

No es nuestro propósito probar si dicha norma de conducta en el acopio de los materiales imprime o no al poema la apariencia de crónica rimada en vez de altiva epopeya; tampoco cabe en nuestro plan ver si tal complejidad anómala de sucesos i episodios quita o no la unidad, el interés i la coherencia a la producción del cantor de *Aconcagua*; ni pretendemos en fin juzgar con helada imparcialidad, si el poeta ha violado o no las reglas que el buen gusto, la experiencia i el sentido común han dictado a este respecto.

Sin embargo, permítasenos investigar el móvil que ha guiado al poeta en la concepcion de su obra.

Del título del poema fluye que la idea matriz ha sido cantar las hazañas del simpático Michimalonco i narrar *por accidente* la Conquista del Valle de Chile. Si su propósito principal hubiese sido el segundo, habria puesto por título a su trabajo, lisa i llanamente: *Historia en verso del Descubrimiento i Conquista del valle de Chile*. La prueba mas concluyente de lo que aseveramos, está en que, en el curso de la narracion, el tipo que se esfuerza por hacer reinar i sobresalir sobre el resto de los acontecimientos i personajes, es a Michimalonco, que viene siendo el corazon del poema. En cada pájina del libro se trasluce idéntica voluntad. Las tres invasiones jiran al rededor de Michimalonco como los planetas al rededor del sol.

Estendamos en tersa tela la figura de Michimalonco, tal como la pinta la historia i la tradicion, i señalemos las partes de su vida que se prestan para un poema épico.

Michimalonco llevó durante la dominacion de los incas vida servil i callada como el resto de sus compatriotas, contribuyendo «como los demas, dice Amunátegui, con su cuota para reunir el tributo que se llevaba con la mayor solemnidad al Cuzco en unas andas, escoltadas por un cuerpo de guerreros, para ponerlo humildemente a los pies del inca, en testimonio de que los naturales de este suelo eran sus vencidos i sus súbditos.» «Habia aun emprendido un viaje al Cuzco para ir a ofrecer sus homenajes al inca, quien, noticioso del mérito personal que enaltecia al cacique chileno, i del prestijio que se habia adquirido, le habia colmado de distinciones i honores.» Acordes con Amunátegui están los historiadores que hablan del dominio de los Incas.

De aquí se desprende, que el primer período de la vida de Michimalonco no posee nada que pueda servir para un poema épico, ni hai heroismo, ni hai osadía, ni hai algo sobrenatural.

El segundo periodo comienza con la llegada de Diego de Almagro i concluye con la vuelta al Perú del mismo. ¿Qué hizo el indio en los pocos meses que Almagro pisó nuestras tierras? «El cacique, dice Amunátegui, consideró inútil cualquiera resistencia contra aquella invasion que se presentaba como el resultado combinado de los recursos del inca i los conquistadores europeos.» «Ademas, el asombro natural que le produjo el espectáculo de aquellos *barbudos*, armados del rayo, i montados en bestias espantosas, le pri-

vó por lo pronto de toda serenidad. Michimalonco se sometió, como las demas. Ann acojió con agasajos a los nuevos extranjeros.» Solo pequeña tentativa i la traicion de Felipillo alumbran esa época de paz i tinieblas.

En el segundo período, apénas relampaguea uno que otro rayo de luz como fuego fátuo, que a lo mucho podria servir para episodio en la introduccion del poema.

El tercer período principia con la llegada de Pedro de Valdivia i concluye con la muerte del héroe. Aquí sí que hai tela para epopeya. Michimalonco fulgura grande como Caupolican, elocuente como Colocolo, audaz como Lautaro, astuto como Pelantaro e impetuoso como Tucapel. Subleva a los indios, urde mil tramass, se esconde en las montañas, pone en juego infatigable actividad, engaña a los españoles, cae prisionero, se salva, vuelve a sublevarse, quema a Santiago i muere en el cadalzo. En la larga existencia de Michimalonco, el tercer período, es digno de ser cantado por inspirados poetas, digno de servir de tema a epopeya de la talla de la *Araucana*.

Conocidos, el propósito del autor i las partes épicas que ofrece Michimalonco, veamós qué cosas están demas en la narracion.

Desde luego espresamos con franqueza lo que deseamos: debe suprimirse el *Canto Primero* i reasumirse en uno de cortas dimensiones los *Cantos Tercero, Cuarto i Quinto*.

El *Canto Primero* narra, como ya lo hemos dicho, la invasion de los incas. Tambien hemos dado a conocer el papel que desempeñó en ella Michimalonco. El tal canto no tiene coherencia con la narracion. El poeta no hace figurar siquiera al indio. Es un episodio demasiado largo, del todo independiente, que podria campear con igual derecho en el poema como en cuaderno separado. Para convencerse de ello, basta hacer abstraccion de él i leer el poema desde el canto segundo, i notaremos apénas pequeña laguna que podia llenarse con dos o tres octavas reales.

Los cantos tercero, cuarto i quinto narran la invasion de Almagro. Ya hemos probado que Michimalonco en ese período no se presta para descollar como protagonista en una epopeya. Sin embargo, convendria que el poeta fundiese en uno los tres, con dimensiones semejantes a las que posee cualquiera de los mismos. Es accidental i fútil la importancia que tiene Barrientos o Calvo en las intrigas primordiales para dar tanto ensanche a la historia de sus actos. Respecto de Felipillo se presta con arte para dar

vida a un episodio ameno que borde la portada del poema. Las proporciones de dichos cantos no guardan tampoco conformidad por su importancia con el resto de la accion. I si no, baste saber que la muerte del gran Michimalonco es descrita en pobre octava real, miéntras que la expedicion de Almagro con los episodios de *El Primer Español* i de *Felipillo*, ocupa 58 pájinas.

Estrechado el plan i cortadas estas malezas, creemos que la concepcion jeneral honra a Soffia i honra las letras americanas. Los materiales propios de su ingenio i los históricos, ha sabido eslabonarlos con talento, envolviendo muellemente el armazon del poema con lujoso manto salpicado de piedras preciosas, con ancha púrpura real que le dan el aspecto de hechicera maga creada por la ardiente fantasía de los poetas orientales.

#### IV.

¡Con qué escenas i episodios tan sencillos i lindos se tropieza a cada paso cuando se leen unos tras otros los Cantos esmaltados del poema de Soffia! Esos amores del indio Michimalonco sin mas testigos que la vírjen naturaleza! ¡Esos combates desesperados de un pueblo que siempre recoge espinas despues de derramar raudales de sangre! ¡Qué triste es ver el destino de Tila, noble heroína que sube resignada a la hoguera por pedir la union de la raza indiana, que pierde su honor por probar a sus compatriotas que el español es mortal i que muere por salvar al hijo de aquel que a su vez la salvó de las llamas! ¡Qué triste es ver el delirio, el valor sublime, las desgracias de Guajilda, que supo amar hasta el sacrificio! ¡Qué triste es ver a Michimalonco luchando sin cesar i sin cesar sufriendo terribles infortunios; qué triste es verlo morir en ignominioso cadalzo por el crimen de amar a su patria i su independencia tanto como el ave ama su nido, la flor los rayos del sol, la leona sus cachorros! ¡Qué triste, en fin, es ver aquella raza de araucanos que dió hasta la última gota de su sangre por su libertad, esa libertad que tantas amarguras ha costado arrancarla del poder de los tiranos!

Hai en el poema tal melancolía que no se puede ménos de llorar al cerrar su última pajina. Es la lúgubre narracion de cómo un pueblo libre cae en afrentosa esclavitud; de cómo un águila que ufana recorria los espacios sin mas ligaduras que el aire i las nu-

bes, cae a la tierra, abatida, salpicada con su propia sangre, cortadas sus alas, sin luz en sus pupilas i con grillos en sus garras.

Alumbremos algunos de estos cuadros.

Tila, que sin duda es la mejor figura del poema, entra en escena anunciando con elejiacas profecias las desgracias sin cuenta que caerán sobre los indios si no se unen entre sí, si no se preparan, para rechazar a los extranjeros.

Suelta al aire la negra cabellera  
I por los ojos respirando fuego,  
Tila, con todo, el valle atravesaba  
I la unión por do quiera aconsejaba.

Recorria los bosques, las selvas, las cuevas ásperas, los campos, las parcialidades augurando la ruina que vendria si seguian sus compatriotas matándose entre ellos.

Yo miro las estrellas  
I, por los signos que el destino traza,  
Escrito veo en ellas  
La ruina que amenaza  
A nuestras tierras fértiles i bellas!

Escucho el són del agua  
I oigo su voz fatal que así murmura:  
—¡Ai del pueblo que fragua  
Su propia desventura  
Derramando su sangre!... ¡Ai! de Aconcagua!...

Mano dura i estraña  
Guerra traerá, suplicios i cadenas,  
I su feroz guadaña,  
Abriendo puestras venas,  
Rojo hará el mar que nuestra costa baña!

Cansados los indios la arrojan a una hoguera. Ya su cabellera de azabache principiaba a quemarse, ya sus ojos como la noche negros comenzaban a enrojecerse, ya de su pecho salian desgarras-

dores gemidos, cuando saltó de entre la multitud osado adalid que se precipita a las llamas, la saca en sus brazos i dice a los sacrificadores: «Cobardes! No así una indefensa mujer se atormenta».....

Era Michimalonco el que ofendido  
A la turba su presa arrebatada,  
Michimalonco, el jóven mas querido  
Del valle que sus prendas apreciaba.

Aunque no es orijinal el modo cómo el poeta descubre el telon i pone a la vista del lector al protagonista jefe i a uno de los personajes que tiene mas influencia en el nudo, las peripecias i el desenlace de la trama, sin embargo, por la armonía que dicho episodio guarda con el desenredo de la intriga, por el realce que dá al carácter noble i jeneroso de Michimalonco i por la importancia que imprime desde la entrada a Tila, es necesario i toma proporciones de interesante a la par que poética escena.

Los episodios del Canto titulado *Guajilda* tocan las cimas de la mas descollante poesia, llegan a los rejiones etereas de la mas luminosa fantasía.

Luego que Almagro dejó libre la tierra de Chile i se volvió al Perú, Michimalonco, especio de Fra Diábolito araucano, pensó establecer la union jeneral de las tribus que vivian desparramadas al acaso en anchuroso territorio, sin cohesion, independientes, sin jefe reconocido que las pudiese llevar unidas al combate i hacer así vigoroso el ataque e inespugnable la defensa. Obedeciendo a tan estratéjico plan, se dirijió al valle de Colina:

Allí el cacique Quilacanta mora,  
Vástago ilustre de la grei gallarda  
Hijo del claro Sol, que al Sol adora  
I que los ritos de los Incas guarda.

Rodeado de esplendor i de grandeza  
Michimalonco hácia al Cacique avanza  
I presentes de espléndida riqueza  
Ántes le envía, como indiana usanza.

Quilacanta lo recibe con la pompa i homenajes que el bizarro

caudillo merece. El descendiente de Atahualpa estaba al la lo de su hija Guajilda.

Bella es Guajilda, de estatura airosa.  
Rostro espresivo i elegante tal'e;  
Son sus mejillas encendida rosa,  
Pura es su frente, cual la flor del valle.

—

Los ojos del Cacique i de la bella  
Se encontraron, cual rayos encendidos:  
Él tiembla de emocion... pálida ella  
Del corazon contiene los latidos...

—

Él la mira, i del bien halla la estrella...  
Ella en él vé un iman de sus sentidos...  
I no hai, desde ese instante, qué no indique  
La pasion de la hermosa i del Cacique.

Mui luego ámbos se enamoran con la ardorosa impetuosidad propia de indios. Él pone a sus pies sus dominios, sus esclavos, su oro, su poder; ella le corresponde, entregándole un corazon de fuego comø el Dios de sus antepasados. Pero, el matrimonio no puede llevarse a cabo a causa de que los ritos peruanos prohíben que hija del Sol se despose con extranjero. La desesperacion del indio aconcguino estalla como el rayo. Lloro, amenaza, sufre, suplica. Un mar de pasiones se ajita en tempestad en su pecho. De vez en cuando, de rodillas a los piés de Guajilda, deja escapar quejas suaves como el sonido de la quena, suspiros empapados en delirante melancolía, canciones melodiosas como los *yaravies* indianos. Al fin se acuerda que el pueblo decida la cuestion, si Michimalonco puede casarse con Guajilda. El Supremo sacerdote opina que se consulte al cielo, i se determina esperar siete noches.

Pasa por fin la séptima... En Oriente  
Las sombras poco a poco se deshacen,  
Las aves alzan su cantar riente  
I en despertar al valle se complacen.

Al asomar la luz resplandeciente  
 Dos blancas Nubes en los cielos nacen,  
 I en cuanto el vivo Sol las arrebola  
 Se confunden las dos en una sola...

Esta fué la señal de matrimonio.

Los diversos episodios del susodicho Canto están cantados con tanta ternura, en tan diamantinos versos, con tanto sentimiento, con tanto amor, que hacen de él uno de los mas bellos del poema i un idilio que entusiasma el corazon mas helado. Hai allí inspiracion que fluye i se desborda a raudales, hai allí estudio del corazon humano, injenio, arte en la distribucion, encanto en la forma, luz que titila como la de las estrellas, alma que siente, colorido inimitable.

A la altura del anterior, en belleza, en estilo, en lo dramático, está el Canto titulado *Roque Sanchez*.

Los indios dudaban si el español era hombre como todos, i en consecuencia si era mortal. Si no era mortal, mas valia entregarse con los pies atados, de rodillas, como miserable paria, con los brazos abiertos en señal de súplica. En tan dura emergencia, se presenta al cacique la anjélica agorera Tila i le habla así:

«Dejadme, dice, penetrar un dia  
 En el campo feroz del enemigo:  
 Yo quiero castigar su alevosía  
 Mostrándole tambien semblante amigo.  
 Monstruos de usurpacion i tiranía  
 Merecen duro i ejemplar castigo:  
 ¡Si ellos saben burlar nuestros furores  
 Yo los sabré matar con mis amores!»...

Dicho esto se dirije «sin mas dardos que aquellos que sus ojos vierten con su mirada voluptuosa,» al campo español.

Finjiendo refrescar sus formas bellas  
 Del arroyo en el agua transparente,  
 Las linfas busca, i al lanzarse en ellas  
 El silencio interrumpe de repente.  
 Del estraño invasor busca las huellas  
 Dejándose llevar por la corriente;  
 Mas, un soldado a descubrirle alcanza  
 I sobre ella, en el acto, se abalanza.

Finje Tila huir... pero el soldado  
 La alcanza i en los brazos la aprisiona.  
 Ella tiembla, pero él apasionado  
 Le muestra que su amor solo ambiciona.  
 Quiere Tila apartarse de su lado,  
 I él, presa de su ardor, no la abandona;  
 Antes con ella en la espesura verde  
 Del bosque umbrio, rápido se pierde.

Antes de seguir la narracion del episodio permitásenos decir que esta escena es de primer orden, i nos recuerda la admirable i voluptuosa descripcion del baño de Iza, que Dumas hace en *Proceso Clemenceau*. ¡Qué octavas tan preciosas!

Libre de los brazos del soldado, que se llamaba Roque Sanchez, Tila vuelve i a Michimalonco dice:

—«Son hombres, con desprecio,  
 Son hombres, dice Tila:  
 Hoi volveré tranquila  
 A ver al español;  
     I si otras saber quieren  
 Si es cierto lo que digo,  
 Vengan tambien conmigo  
 En cuanto muera el Sol.»

En efecto, Tila se dirige de nuevo, en compañía de tres indias, al campo español.

Dormía Roque Sanchez  
 Soñando con su amor,  
 Sin la menor sospecha  
 De insidia ni traicion,

Cuando en silencio Tila  
 El hierro matador  
 Que mira en su cintura  
 Le arranca al español,

I con segura mano,  
 Ardiendo de furor,  
 Con la afilada punta  
 Le parte el corazon...

Despierta Sanchez... pero  
 Ya tarde despertó...  
 La muerte ahogó su grito  
 De asombro i de dolor...

¡Qué sublimidad en el carácter de Tila, qué escena tan tierna, tan erótica, a la vez qué horrible i sangrienta! ¡Qué adnegacion la de aquella jóven que se pierde en el bosque, solitaria como ave léjos de su nido, sin pensar lo que le puede pasar, sin vacilar ante muerte casi segura! No de otra manera Judhit mata a Holofernes! ¡Qué decir del sacrificio que de su honor hace por probar a sus compatriotas que podian pelear de igual a igual con el invasor! Toda esta escena es delicadísima i fascinadora. Tila fulgura a la vista del lector como la imájen de la patria araucana.

Los episodios que se suceden, desde que los indios se convencieron que el español era hombre como todos, hasta que Michimalonco cae prisionero, son violentas i, el poeta, por dar colorido dramático a la entrega que el héroe hizo de su persona, rebaja en extremo la elevacion moral que la historia unánime le reconoce.

Sublevados los indios, Valdivia los ataca bizarramente en el mismo fuerte en que estaban escondidos. En medio del combate, cuando la lucha estaba indecisa, cuando numerosas probabilidades de victoria habia de parte de los naturales, el poeta, hace que el negro Juan Valiente entre al recinto i rapte a Guajilda. Al ver Michimalonco tal cosa, siente desfallecer sus fuerzas, la lanza cae de sus manos vigorosas i, sin pensar en nada, ciego, delirante, deja el campo de batalla, llora como niño i comete la infame debilidad de entregarse i de suspender la lucha, enlodando así su honor i el honor de su patria, careciendo de ese temple, de esos bríos, de esa enerjía de sus antepasados que peleaban con mas tezon cuando sus mujeres i sus hijos eran asesinadas i raptadas por los conquistadores, presentandose como indigno caudillo sin nobleza i egoista que prefiere salvar a su esposa a costa de la ruina de su patria, del derrumbamiento súbito de su fama de bravo.

Esto no se concibe en el carácter de Michimalonco i la historia no le atribuye tan vil comportamiento. En ninguno de los cronistas, que tenemos sobre nuestra humilde mesa de trabajo, encontramos la justificacion de ello, lo que nos induce a creer que es pura invencion del poeta, simple resorte que ha puesto en juego con el propósito de iluminar dicha escena, sin fijarse que, por bordar esa parte del poema, tiñe con negras manchas, con densas tinieblas el nombre de Michimalonco. El indio Michimalonco era tipo de abnegacion, de pujanza personal, de entrañable fanatismo por su patria, para arrojar a la tierra, por mujer, corona de rei tejida con deslumbrantes virtudes, con ínclitas acciones, con brillantes hechos de armas; era de espíritu demasiado superior, de corazon demasiado puro, de conciencia demasiado clara, para ceñirse el sambenito ignominioso de traicion, debilidad i egoísmo. Cayó prisionero llevando en su pecho la resignacion desesperante i amenazadora del héroe. Cayó en medio de los suyos, con el coraje i valentia con que Francisco I perdió todo, ménos el honor.

La muerté de Tila, moralmente hablando, es admirable. Murió por salvar al hijo de aquel a quien tenia deuda de gratitud, de aquel que la habia librado de las llamas. Su triste fin guarda plena armonía con su carácter.

El episodio de la muerte de Guajilda es violento en demasia.

Tenemos a Michimalonco con sus hordas sobre Santiago. El incendio ya destruye las chozas pajizas de los conquistadores, el humo cubre con sus negros tules el campo, los indios avanzan entre rojizas llamaradas, la confusion es horrible. En tal emergencia el héroe toma a Ines de Suarez éntre sus brazos de acero.

—«Nadie me toque esta mujer, que es mia!»  
 Michimalonco, enloquecido, esclama,  
 Pues que, *no de furor, de idolatría*  
*Siente en su pecho arder traidora llama.*  
 En vano doña Ines lucha i ansia  
 Desenlazar de él, que mas se inflama  
 El amor del cacique con tal lucha...  
 ¡Pero Inego grito de furor se escucha!...

Es que allí otra mujer desesperada  
 De cólera i de celos se presenta:  
 ¡Guajilda!... a quien Villagra con su espada  
 Traspasa el pecho con crueldad sangrienta...  
 El cacique la mira, i sublevada  
 Su rabia, suelta a Ines: herido intenta  
 Vengar la injuria... i vé ¡suerte homicida!  
 ¡Muerta a Guajilda... a doña Ines perdida!...

¿Qué casualidad? Ni mandada hacer *ad hoc*. Ines de Suarez jime entre los brazos del Hércules aconcaguino, ya se lleva el indio su botín, i hé aquí que toca la casualidad de venir Guajilda i precisamente cuando ya está agonizando. Dobleemos la hoja.

¿Qué decir de la pobreza inconcebible con que el inspirado poeta describe la muerte de Michimalonco?

Pásmese el lector:

Con la rabia que el bravo solo siente  
 La muerte le pedia a su asesino...  
 Volvió Valdivia i, sanguinario i falso,  
 Tanto valor premió... con el cadalso!...

Mas líneas dedica un pobre cronista de diario a la descripción del fusilamiento de un criminal, que lo que el gran poeta al adalid grandioso, al caudillo heróico, al mártir de la patria, al tipo del ciudadano, al indio que murió por su cuna i su independencia. ¡Es esto creible! ¡Es esto lójico, siquiera imaginable! ¿Con que Soffia, que ha tenido doscientas i tantas pájinas de versos para cantar con estro omnipotente las invasiones de los Incas, de Almagro i Valdivia, las muertes de Felipillo, Tila i Roque Sanchez, no ha tenido mas que cuatro pobres versos para hacer la apoteosis del héroe principal, del protagonista? Si supiéramos que a Soffia le faltaba inspiracion, talvez hubiéramos pasado por alto su crimen literario; pero, cuando sabemos que tiene en su imaginacion vetas que rebosan riqueza, en su corazón raudales de sentimientos, en su cerebro mil ideas, ¡ah! entónces la cólera despedaza con justicia nuestro pecho i hace temblar la pluma en nuestras manos.

## V.

El poema de Soffia es la tumba de los héroes que aparecen en

él. Nuestro honorable amigo ha levantado implacable guillotina i ha ido guillotinando a cada uno de los hijos de su inagotable facundia. Es un parricida sin ejemplo. Mata a Michimalonco con su mujer, su hijo i su suegro; mata a Tila i a su hijo; mata a Felipillo, a Roque Sanchez, a Solier, a Raulin, etc., etc. Si Soffia no hiciese tanto asesinato con solo la pluma, de seguro que él mismo habria ya pagado tanta sangre en el patíbulo.

Convenimos que mueran de muerte violenta, los que en la historia la han tenido; pero, ¿con qué objeto asesinar a Guajilda, a Tila, a Raulin, al hijo de Michimalonco? ¿qué fin se persigue? ¿hacer mas infortunado el héroe? El interes del lector está en verlo lo ménos desgraciado posible, igual cosa exige la moral, la religion, el corazon de los que admiran a los defensores de su raza i de su independencia. O le parecen pocas, a Soffia, las amarguras que soportó el indio de Aconcagua, aquel indio infortunado que solo vivió para pelear por su patria, i que en pago de tanto heroismo se le dió muerte en el cadalzo? ¡Cuánto mejor habria sido ver a Tila corriendo de parcialidad en parcialidad, de tribu en tribu, pidiendo venganza i guerra para honrar así la memoria de su salvador; ver a Guajilda enseñando a su hijo a pelear i a morir como su padre! Seria mas conmovedor, mas moral. Habria en ello mas robustes en la concepcion, i el poeta no haria el fácil oficio de sepulturero. Acuértese el gran poeta, que hubo época en la historia literaria, en que los compositores para dar cómodo desenlace a sus dramas hacian apuñalear en el proscenio a los protagonistas. Si hubiera tenido presente esto, no habria dado a su poema el carácter de las antiguas comedias de capa i espada.

Ignoramos si los que han leído el poema han notado otra irregularidad chocante.

¿Quién creerá, que quien describió a *Aconcagua* en estrofas olímpicas, que quien ha cantado la cordillera de los Andes, el océano, el Biobio; que quien ha estado a las orillas del Aconcagua i ha pasado noches de primavera en el hermoso valle central de Chile; que quien posee el arte del colorido, que quien es el artista por exelencia, el pintor sin rival, el Smith de la poesía descriptiva, no ha dedicado una estrofa para retratar siquiera en bosquejo el suelo virjen que sirve de teatro al poema, el valle de Santiago, las colosales montañas de Aconcagua, los paisajes dibujados con primor que nos rodean? ¿A donde está, sí, a dónde, esa voz imponente que con majestad tanta ha intentado probar en diamantinos

versos la existencia de Dios, por el órden i armonía del universo, por el movimiento i tempestades del mar sin orillas que brama en nuestras playas, por el concierto salvaje que forman el agua con sus eternos murmullos, el rio que festivo serpentea, el ave que jime en la copa de los árboles, el bosque que se mece i columpia?

Pero, la falta toma proporciones de delito, cuando se sabe que Soffia no ignora que Ercilla ha sido blanco de constantes censuras, a causa de no haber descrito los campos de Chile donde se sucedian los acontecimientos que canta en bien peinadas octavas reales. Nuestro amigo e ilustre bardo, teniendo las riquezas de un Crespo ha sido en esta ocasion el mas avaro de los hombres.

Si Soffia es avaro en descripciones de la naturaleza, es jeneroso sin tasa en las descripciones de las escenas personales, los combates, los trajes, las personas. Los retratos de Siquiruca, Tila, Michimalonco, Guajilda, Felipillo, etc., abundan en lindos versos, en esmaltes de estilo, en bellas comparaciones, en variados tintes, en colorida pintura.

No ménos notables son los discursos que pone en boca de algunos personajes. Descuellan sobre todo, la alocucion de Tila (página 321); aunque falta de nervio i fuego, la que pronuncia Michimalonco en la página 344; la súplica al sol i el yaravi del mismo (páginas 420 i 400). En jeneral, en los discursos del poema, Soffia, es elocuente, maneja con arte el patético i brilla por la sobriedad en el fondo i elegancia en el decir. Nada de hipérboles ni superabundancias en las figuras retóricas.

## VI.

Los caracteres principales del poema son Michimalonco, Guajilda, Tila, Almagro, Valdivia. Al lado de éstos figuran Inés de Suarez, Quilicanta, Pizarro, Felipillo, Roque Sanchez. Solo nos ocuparemos de los primeros.

Michimalonco adolece de graves errores de unidad i de historia. En la aurora del poema salva a Tila de la hoguera, despues se entrega a los españoles por Guajilda, i en fin lucha como tigre rabioso por tomar para sí a Inés de Suarez.

Ya probamos lo que perdía el carácter del héroe con la debilidad, que autojadisamente le imputa el poeta, de suspender la lucha por Guajilda. Sin embargo, el poeta quiere probar con esto que Michimalonco posee un carácter erótico en grado superlativo. Pe-

ro, de repente, notamos que el único botín que anhela reservarse despues del incendio de Santiago es Ines de Suarez. En esta escena, el indio descuella, nó como un Romeo que solo ama a su Julietta, sino como un Tenorio nacido en las selvas vírjenes de Aconcagua. Hai en esto cierta movilidad que imprime al carácter del protagonista jefe caprichosa carencia de unidad. No hai congruencia entre las cualidades que el poeta le reconoce como constitutivas de su modo de ser, i los actos que lleva a cabo. Hai en el fondo de su alma dos, tres o mas naturalezas morales, dos, tres o mas conciencias i criterios.

Tila es un carácter que raya en lo sublime. La vida de la hechicera indiesita es comparable a recto riel. Su cuna i su tumba están unidas por un solo pensamiento, un solo propósito: la independencia de la patria. Dicha idea matriz es el centro, el alma, de sus actos, de sus sufrimientos, de sus preocupaciones. Sus palabras, sus planes, sus sacrificios, converjen a un foco único i fijo. Tila en la antigüedad habria podido ser Cornelia, Judith o Esther.

Guajilda es estrella rutilante desprendida del cielo azul de Aconcagua. Sencilla, mitad pastora, mitad heroína, fiel a su amante, especie de Clotilde del Tasso que combate al lado del ser que adora, pura como la sonrisa de anjel, inocente, de naturaleza muellemente delicada. Guajilda es ideal de poeta que ha caído, en medio de un pueblo salvaje, artero, rapaz i ébrio, de las rejiones etereas de la fantasía como rayo de sol primaveral, es diamante arrojado en sucio basural, albo jazmin que ha abierto su corol<sup>a</sup> entre abrojos i malezas.

Almagro, Valdivia, Pizarro i en jeneral los españoles, están delineados con perfiles abominables. Son monstruos, fieras, aves de rapiña, hacinamiento de crímenes e infamias, hombres nacidos quizá del vértigo sangriento que <sup>acosa</sup> a un criminal ántes de clavar en la espalda de su víctima afilado puñal. El poeta fulmina contra ellos los rayos de su cólera potente, de su cólera propia de Júpiter. Cuando los retrata, deja su pluma, empuña cortante cimatarra i los azota con mas crueldad que <sup>los</sup> <sup>judíos</sup> azotaron al mártir del Gólgota. Juvenal se encuentra <sup>pequeño</sup> en la mordacidad implacable de sus sátiras, ante el degollamiento <sup>horrible</sup> que del nombre i reputacion de los conquistadores <sup>hace</sup> <sup>el</sup> poeta. No de otra manera Zoilo escupia espumeantes sarcasmos contra los escritores de su tiempo, no de otra manera Rabelais se <sup>reía</sup> con

homéricas carcajadas de la sociedad en que vivió, no de otra manera Voltaire hincaba las puntas aceradas de su pluma en el corazón de los tiranos.

Soffia no censura, ahorca; no maldice, desgarrá; no disculpa, cae sobre el adversario como leona montada en cólera.

Para Almagro, Valdivia ni Pizarro  
*No pidais a mi voz una disculpa:*  
*De alma siniestra i corazón de barro*  
*Todos culpables son de toda culpa.*  
 ¡Que otros arrastren su culpable carro  
 Mientras su negra historia los inculpe!  
 Si yo no los maldigo es porque ajeno  
 Es de mi alma el rencor: ¡yo soi chileno!

Don Francisco Pizarro es el primero;  
*Cruel extremeño de intencion maligna,*  
*Tan astuto i audaz como embustero,*  
*Rudo soldado de conducta indigna.*  
 CON INSTINTOS DE TIGRE CARNICERO  
*Siempre tuvo lo farso por consigna;*  
*I uniendo la vileza a toda hazaña*  
*Es, mucho mas que honor, mengua de España!*

Agregad a estas octavas otras mas terribles todavía.

Esponemos los hechos sin comentarios. Bástenos decir que los ingleses, los franceses i yankees, han hecho igual cosa i quizá peor en pleno siglo diez i nueve. I nosotros no les andamos en zaga. Estúdiense la época con sangre fria i se verá si son ellos los culpables. Téngase presente todavía, para disculpar a los peninsulares, que los indios a quienes les hacian guerra, se comian los corazones palpitantes de los conquistadores, bebian en cráneos de españoles, violaban a las mujeres, incendiaban los hogares, establecian en lei el salteo i el vandalaje. Sépase que la guerra de los naturales fué guerra de antropófagos, de canibales, de salteadores, de ladrones, de asesinos, de bandidos i de fieras salvajes. El crimen levantó en Arauco su estandarte i se paseó ufano i orgulloso por doquiera.

Seria largo e impropio de un juicio crítico discutir esta cuestion.

Lo mismo decimos del derecho que tenian los españoles de conquistar las tierras ocupadas por los indios, que el poeta no solo pone en duda sino que rechaza. Que hable por nosotros la civilizacion que ha creido, en todos los siglos i en todas las épocas, innegable la facultad de llevar la luz en donde reina el caos, la noche eterna del alma, de la conciencia, del corazon, Lo que hai de cierto es que sin la conquista de las tierras ocupadas por los naturales, estaríamos a estas horas bajo la soberanía de los monarcas de la estupidez i de la barbarie humana.

## VII.

Inútil nos parece hablar de la versificacion de Soffia. En el poema *Michimálonco*, el poeta ha estendido sus alas poderosas i, como aquellas aves de albo plumaje i pico de oro que, segun la fábula, hablaban a los hombres, ha cruzado, coronado de luz, los célicos mundos de la mas arrebatada fantasía, llenando los espacios de armonías i notas. Las musas lo han tratado con amor.

La *Invocacion* del poema vale, en materia de versificacion, tanto como todo él. Es una poesia acabada i que brilla como Sirio en el cielo del Parnaso Americano. Hai en las majestuosas octavas de la *Invocacion*, soltura, iluminacion, armonía, profundidad en el pensamiento, opulencia persa en el adorno, riqueza en la rima, arte infinito en la distribucion. Los antiguos caballeros de la Edad Media acostumbraban poner en la puerta de entrada de sus salones, sus espadas mas gloriosas, sus escudos mas relucientes, para que así, el que pasara los umbrales, pudiese saber con quien se las iba a ver. Soffia, este adalid que ha conseguido tantas victorias en las luchas de la intelijencia, a imitacion de los caballeros de la Edad Media, ha colocado en la puerta de entrada de su poema la poesia mas soberbia que quizá ha escrito.

Siéndonos imposible copiar íntegra la *Invocacion*, léanse las octavas que al acaso reproducimos:

Yo que en su tierra, entre su misma jeote,  
Bajo su cielo azul i nacarado,  
Pude escuchar con interes creciente  
La historia del cacique infortunado;

Yo que su valle con amor ardiente,  
 Cual hijo propio, hasta el delirio he amado,  
 Puedo cantar la tradicion de gloria  
 Que Aconcagua conserva en la memoria.

—

¡Sí! yo la cantaré bajo el ramaje  
 Del bosque secular que acaso un día  
 Entre sus gruesos troncos dió hospedaje  
 Al jefe que tenaz la defendía!  
 Aquí la contaré, viendo el paraje  
 Do la tribu estendió su toldería,  
 Al pié de los peñascos de los Andes  
 Mudos testigos de sus hechos grandes.

—

¡En vuestro nombre, Redentor de un Mundo,  
 I en el vuestro, Ministro de Dios santo,  
 I con doble intento i con amor profundo  
 Del gran Cacique las proezas canto!  
 En lugar de esgrimir hierro iracundo  
 Al indio defendísteis en su espanto:  
 Yo de su gratitud fiel heredero,  
 Indio de corazon, como indio os quiero!...

Agréguese todavía la octava real, ya trascrita, que comienza —  
 «Para Almagro, Valdivia, ni Pizarro.»

Poco ménos que la anterior es la versificacion de casi todos los discursos. En jeneral, dejando a un lado prosaismos aislados, epítetos i rípios en poco número, alguno que otro jiro brusco i desarmónico, unas cuantos rimas pobres, el poema posee versos de primer órden, fáciles, alados, melódicos, bien cortados.

Algo que anima mucho el poema i que le quita la abrumadora monotonía que tienen la jeneralidad de las epopeyas que se han escrito con idéntica clase de estrofas, es la variedad infinita en la versificacion. Octavas reales, quintillas, redondillas, silvas, romances, cuanto jénero de estrofas reconoce la Métrica, posee su fiel representante en el *Michimalonco*. La lectura de la *Araucana*, por

ejemplo, nos hace el efecto de estar navegando en alta mar, sin otra perspectiva que cielo i agua. Tal es el fastidio, tanto óptico como intelectual, que nos ocasiona una misma clase de estrofas. La lectura del poema de Soffia, por el contrario, nos hace el efecto de estar en hermoso valle, teniendo a la vista campos variados, paisajes encantadores, panoramas de diversa distribución, jardines de esquisito ornato, bosques de árboles gigantes, cuadros naturales de distintos colores, montañas imponentes.

Santiago, marzo 28 de 1880.

JULIO BAÑADOS ESPINOSA.

---

## EL VÉRTIGO.

POEMA POR GASPAR NUÑEZ DE ARCE.

---

Guarneciendo de una ría  
la entrada incierta i angosta;  
sobre un peñon de la costa  
que bate el mar noche i dia,  
se alza jigante i sombría  
ancha torre secular  
que un rei mandó edificar  
a manera de atalaya,  
para defender la playa  
contra los riesgos del mar.

—

Quando viento borrascoso  
sus almenas no conmueve.  
no turba el rumor más leve  
la majestad del coloso.  
Queda en profundo reposo  
largas horas sumerjido,  
i sólo se escucha el ruido  
con que los aires azota  
alguna blanca gaviota  
que tiene en la peña el nido.

Mas cuando en recia batalla  
el mar rebramando choca  
contra la empinada roca  
que allí le sirve de valla;  
cuando en la enhiesta muralla  
ruje el huracan violento,  
entónces, firme en su asiento,  
el castillo desafía  
la salvaje sinfonía  
de las olas i del viento.

---

Dió magnánimo el monarca  
en feudo a Juan de Tabares,  
las seis villas i lugares  
de aquella agreste comarca.  
Cuanto con la vista abarca  
desde el alto parapeto,  
a su yugo está sujeto,  
i en los reinos de Castilla  
no hai señor de horca i cuchilla  
que no le tenga respeto.

---

Para acrecentar sus bríos  
contra los piratas moros,  
colmóle el rei de tesoros,  
mercedes i señoríos.  
Mas cediendo a sus impíos  
pensamientos de Luzbel,  
desordenado i crüel  
roba, asuela, incendia i mata,  
i es mas bárbaro pirata  
que los vencidos por él.

---

Pasma al mirar su serena  
faz i su blondo cabello,  
que encubra rostro tan bello  
los instintos de una hiena.  
Cuando en el monte resuena  
su bronca trompa de caza,  
con mudo terror abraza  
la madre al niño inocente,  
i huye medrosa la jente  
del turbion que la amenaza.

---

Desde su escarpada roca  
baja al indefenso llano  
con el acero en la mano  
i la blasfemia en la boca.  
Excita con rabia loca  
el ardor de su mesnada,  
i no cesa la algarada  
con que a los pueblos castiga,  
sino cuando se fatiga,  
mas que su brazo, su espada.

---

De condicion dura i torva  
no acierta a vivir en paz,  
i como incendio voraz  
destruye cuanto le estorba.  
Todo a su paso se encorva,  
la súplica le exaspera,  
goza en la matanza fiera,  
i con el botin del robo  
vuelve, como hambriento lobo  
a su infame madriguera.

---

De cuyos espesos muros,  
en las noches sosegadas,  
surjen torpes carcajadas  
maldiciones i conjuros.  
Con los cantares impuros  
de rameras i bandidos,  
salen tambien confundidos  
de los hondos calabozos,  
desgarradores sollozos  
i penetrantes quejidos.

---

Una noche, una de aquellas  
noches que alegran la vida,  
en que el corazon olvida  
sus dudas i sus querellas;  
en que lucen las estrellas  
cual lámparas de un altar,  
i en que, convidando a orar  
la luna, como hostia santa,  
lentamente se levanta  
sobre las olas del mar;

---

Don Juan, dócil al consejo  
que en el mal le precipita,  
como el hombre que medita  
un crimen, está perplejo.  
Bajo el ceñudo entrecejo  
rayos sus miradas son,  
i con sorda agitacion  
a largos pasos recorre  
de la maldecida torre  
el fantástico salon.

Arde el tronco de una encina  
en enorme chimenea;  
el t uero chisporrotea  
i el vasto hogar ilumina.  
Sobre las manos reclina  
su ancha cabeza un lebrél,  
en cuya lustrosa piel  
vivos destellos derrama  
la roja i trémula llama  
que oscila delante de él.

---

El fuego con inseguros  
rayos el hogar alumbra;  
pero deja en la penumbra  
los mas apartados muros.  
Hácia los lejos oscuros  
la luz sus alas despliega,  
i riñen muda refriega  
en el fondo húmedo i triste  
la sombra que se resiste  
i la claridad que llega.

---

Hosco D. Juan i arrastrado  
por su incorrejible instinto,  
cruza el gótico recinto  
convulso i acelerado.  
¿Qué maldad o qué cuidado  
embarga su entendimiento?  
Dijérase que el tormento  
de su corazon, si fuera  
el alma de aquella fiera  
capaz de remordimiento.

---

El odio que le avasalla,  
arreatado i sombrío,  
tiene el ímpetu del río  
pronto a quebrantar su valla.  
Ni se apacigua ni estalla  
la cólera que en él late  
i con mil ansias combate  
como corcel impaciente,  
que a un tiempo el castigo siente  
del freno i del acicate.

---

En tan solemne momento  
lucha Tabares a solas  
con las encontradas olas  
de su propio pensamiento.  
¿Qué busca? ¿Cuál es su intento?  
¿Triunfará Dios o Satán?  
Nunca los hombres sabrán  
por qué en el cerebro humano,  
como en el hondo oceano,  
las olas vienen i van.

---

En vano a vencerse prueba,  
i con fuerza prodijiosa  
vuelve la pesada losa  
que abre paso a oculta cueva.  
Del repleto bogar se lleva —  
un grueso leño encendido,  
i arrójase enfurecido  
por aquella negra entrada,  
lanzando una carcajada  
doliente como un jemido.

---

Alza el lebrel que dormita  
 la noble cabeza, el sueño  
 sacude, i en pos del dueño  
 gruñendo se precipita.  
 Don Juan, con ira inaudita,  
 marcha como un torbellino,  
 i va saltando sin tino  
 uno tras otro escalon,  
 entre el humo del tizon  
 con que alumbra su camino.

Al fondo del antro baja,  
 i con sus puños de hierro,  
 de un triste i lóbrego encierro  
 el postigo desencaja.  
 —Yace postrado en la paja  
 un ser miserable i ruin,  
 que recelando su fin  
 azorado se incorpora,  
 i con voz conmovedora  
 grita:—«¿Qué quieres, Caín?»—

Don Juan insensible i duro  
 la vista en torno pasea,  
 i fija la humosa tea  
 en una grieta del muro.  
 —«Luis—le responde—te juro  
 que te engaña el corazón,  
 pues no tengo la intención  
 de arrebatarle la vida,  
 como a una fiera cojida  
 en la trampa i a traición.»

—«¿Qué pretendes, pues?—esclama don Luis, tendiendo los brazos:—

¿Quieres anudar los lazos

a que la sangre nos llama?

Si la pasión que te inflama en amor se convirtió,

no te detengas, que yo

con alma i vida te espero.»—

I rechazándole fiero

su hermano contesta:—«¡No!

—«labango Ya es razón que esto concluya—  
añade, faltar de calma.

—¿Por qué Dios me ha dado una alma tan distinta de la tuya?

Pues no hai fuerza que destruya el odio mortal que abrigo,

¿a qué, di, cuando te hostigo, con tu cariño me hieres?

¡Aborreceme, si quieres ser jeneroso conmigo!»—

Luego, con jesto feroz, prosigue quedo, mui quedo, como si tuviera miedo de escuchar su propia voz:

—«¡Si supieras cuán atroz es la inquietud con que lidio!

Yo prefiero el fratricidio al afan que me tortura,

porque es tal mi desventura que hasta tus penas envidio.

Te detesto, i busco en vano  
 un motivo a mis rigores.  
 Yo, grande entre los mayores,  
 con tu perdicion ¿qué gano?—  
 I don Luis replica:—«Hermano,  
 todo tiene sus azares.  
 No conmigo te compares,  
 que resultarás pequeño.  
 Yo tus grandezas desdeño  
 i tú envidias mis pesares.»—

—«Es cierto. ¡Suerte menguada!»—  
 dice don Juan impaciente,  
 golpeándose la frente  
 con mano dura i crispada.  
 La bondad, jamás cansada,  
 de don Luis, le desespera,  
 i la pasion que le altera  
 desborda en el calabozo,  
 con un ¡ay! mitad sollozo,  
 mitad rujido de fiera.

¡Ah! no es extraño que jima  
 de su angustia en el exeso,  
 como el Titan bajo el peso  
 del mundo, que lleva encima.  
 No es extraño que le oprima  
 su rencor vivo i profundo,  
 ni que se ajite iracundo  
 con mas ímpetu quizás,  
 porque a veces pesa más  
 un pensamiento que un mundo.

De su voluntad no es dueño,  
como el alma pecadora  
a quien asalta a deshora  
su culpa en forma de sueño.  
Intenta con loco empeño  
vencer su ansiedad sombría,  
i esclama con voz tan fría  
cual la punta de una daga:  
—«¿Esta sed sólo se apaga  
con tu sangre o con la mía!

---

Que el sol naciente me vea  
libre de tan grave peso.»—  
I levantándose el preso,  
dice resignado:—«¡Sea!»—  
Don Juan recoge la tea,  
i echa a andar, perdiendo el tino,  
porque el fulgor mortecino  
que el seco leño despide,  
tan solo a trechos divide  
las tinieblas del camino.

---

El uno del otro en pos  
van con paso mal seguro,  
por el subterráneo oscuro  
abandonados de Dios.  
El lebrel entre los dos  
sobresaltado camina,  
i por la lóbrega mina  
llegan al viejo portillo,  
que a un lado tiene el castillo  
del peñon en que domina.

---

El soldado que la puerta  
 por fuera guarda i defiende,  
 absorto el paso suspende  
 viéndola de pronto abierta—  
 Lejanas voces de alerta  
 turban la noche callada,  
 i con frase entrecortada  
 por el ardor que le ajita,  
 don Juan, avanzando, grita:  
 —«¡Eh, malsin! Dame tu espada.»—

Resistir quiere el soldado,  
 i el mónstruo entónces golpea  
 con la resinosa tea  
 la faz del desventurado.  
 Por el dolor trastornado  
 cae el centinela inerte.  
 —«Toma para defenderte  
 de ese menguado el acero—  
 prorrumpe don Juan,—pues quiero  
 morir o darte la muerte.»—

Airado al ver tal accion,  
 esclama don Luis:—«Le tomo  
 para clavarle hasta el pomo  
 en tu infame corazon.  
 Por tan bárbara traicion  
 te matara una i cien veces.»—  
 —«¡Gracias a Dios que apareces  
 tal como yo te queria!—  
 clama con sorda alegría  
 su hermano.—¡Ya me aborreces!»—

El frío intenso i tenaz  
 calma pronto la zozobra  
 de don Luis, que al fin recobra  
 su única dicha, la paz.  
 I en él despierta vivaz  
 el recuerdo santo i tierno  
 de aquellas noches de invierno  
 en que al amparo de Dios,  
 juntos oraban los dos  
 en el regazo materno.

---

I compara aquellos años  
 de inocencia i bienandanza,  
 tan henchidos de esperanza  
 como desnudos de engaños,  
 con los martirios i daños  
 que ha sufrido entre cerrojos;  
 i ante los duros enojos  
 de aquel a quien tanto quiso,  
 siente llegar de imprevisto  
 las lágrimas a sus ojos.

---

Don Juan, que ya no refrena  
 sus iras, marcha delante  
 revelando en su semblante  
 la pasión que le enajena:  
 Yace la noche serena  
 en vago adormecimiento;  
 la luna en el firmamento  
 sin celajes resplandece,  
 i hai tal calma, que parece  
 como aletargado el viento.

---

Cuando a desatarse empieza  
la tempestad en el alma,  
¡qué insoportable es tu calma  
oh madre Naturaleza!  
Nunca a la humana tristeza  
das el ansiado consuelo,  
i en los momentos de duelo  
nuestra pena es mas aguda,  
bajo la imposible i muda  
indiferencia del cielo.

---

Atravesando un pinar  
llegan, tras breve jornada,  
a una planicie situada  
entre las cumbres i el mar.  
Nada parece turbar  
la paz del estéril llano:  
solo del ronco oceano,  
que con los peñascos luchan,  
el sordo rumor se escucha  
como un jemido lejano.

---

Todo en el alma despierta  
un vago afan misterioso:  
el infinito reposo  
de la llanura desierta;  
la luz sin color i muerta,  
que inunda el diáfano ambiente;  
los ecos del mar rujiente,  
i el ladrido prolongado  
con que el lebrél erizado  
la catástrofe presente.

---

Hai en la vasta llanura  
 un tronco seco i sin ramas,  
 despojado por las llamas  
 de su pompa i su hermosura.  
 De la escarcha la blancura  
 le dá un tinte funerario,  
 pues se eleva solitario  
 ennegrecido i escueto,  
 como gigante esqueleto  
 bajo su roto sudario.

—

Don Juan que la marcha guia,  
 detiéndose allí, desnuda  
 su espada, i con voz sañuda  
 clama:—«¡Tu vida o la mia!»—  
 En actitud grave i fria  
 ante él su hermano se pára,  
 i mirando cara a cara  
 a su opresor:—«¿Eso esperas?»—  
 le dice.—¡Qué mas quisieras  
 sino que yo te matara!

—

Hiere, si intentas herir;  
 el golpe aguardo sereno,  
 que yo, en cambio, te condeno  
 al tormento de vivir.  
 ¿A dónde podrás huir  
 que no te alcance el castigo?  
 Te darán, en vano abrigo  
 otros climas i otras playas,  
 pues donde quiera que vayas  
 irá tu crimen contigo.»—

—

—«¡Mi crimen!— ruje Don Juan.  
 —¡Por Cristo, que es brava idea!»  
 I en sus ojos centellea  
 la cólera de Satán.  
 —«Cuando suelto el huracan  
 rompe, arrolla i desbarata,  
 sólo algun alma insensata,  
 en momento tan aciago,  
 culpa al viento del estrago,  
 i no a Dios que le desata.»

Desde el dia en que nací—  
 añade airado i convulso—  
 obedezco a estraño impulso  
 i no soi dueño de mí.  
 Lucha, pues armas te di  
 para ganar la partida,  
 que si en la lid fraticida  
 no opones el hierro al hierro,  
 juro a Dios que como a un perro  
 voi a arrancarte la vida.»

«¡Hazlo!—contesta su hermano.—  
 A tus instintos me entrego,  
 pues no detendrá mi ruego  
 los ímpetus de tu mano.  
 Mi muerte será ;oh tirano!  
 tu espacion mas tremenda,  
 i rompo la espada, en prenda  
 de que no quiero cobarde,  
 ni piedad que me resguarde,  
 ni acero que me defienda.»

Dice, i quebrando despues  
 la bruñida i sutil hoja  
 en dos pedazos, la arroja  
 de su verdugo a los piés.  
 Avanza tranquilo, i es  
 su porte grave i austero.  
 —«Guarda cada cual su fuero—  
 esclama—i ya que es tu sino,  
 mata como un asesino,  
 mas no como un caballero.»—

Don Juan vacila un instante;  
 con su conciencia batalla;  
 pero al fin la envidia estalla  
 mas soberbia i mas pujante.  
 —«¡Imbécil! recoge el guante,»  
 grita con áspero tono,  
 i arrastrado por su encono  
 contra el desdichado cierra,  
 que cae exánime en tierra  
 exclamando:—«¡Te perdonol.»

¿Cómo espresar el horror  
 de aquella escena de muerte?  
 La víctima yace inerte  
 a los piés del matador.  
 Con su pálido fulgor  
 la luna alumbra al caído;  
 el lebel, enardecido,  
 la hirviente sangre olfatea,  
 i se revuelve, i rastrea,  
 i rompe en lúgubre aullido.

Don Juan se detiene adusto,  
el asombro en él se pinta,  
i la espada en sangre tinta  
cae de su puño robusto.  
Los ojos vuelve con susto,  
horror se inspira a sí mismo  
i cercano al paroxismo  
se retuerce i desespera,  
como si rodando fuera  
hacia el fondo de un abismo.

---

Tierra, mar i firmamento,  
cuanto huella i cuanto mira,  
todo en torno suyo jira  
con rápido movimiento.  
Llénase su pensamiento  
de mortal incertidumbre,  
i la inmensa muchedumbre  
de visiones que le asalta,  
ondula, bulle, resalta  
entre círculos de lumbre.

---

Su razon se turba, un velo  
de sangre anubla sus ojos,  
i cubren vapores rojos  
el mar, la tierra i el cielo.  
Con acongojado anhelo  
lanza un grito de agonía,  
i huye como res bravía  
cuando de pronto a su oído  
llega el ardiente latido  
de la furiosa jauría.

---

Corre, corre, i corre en vano  
porque cuanto mas avanza  
mas cerca a mirar alcanza  
el cadáver de su hermano.  
No encuentra término al llano,  
i ve con ánsia crüel  
los ojos del nuevo Abel  
de eterna sombra cubiertos,  
siempre fijos, siempre abiertos,  
siempre clavados en él

---

Nunca el torpe matador  
de su víctima se aleja,  
i el miedo ver no le deja  
que va de ella en derredor.  
Al fin recoge el traidor  
de sus maldades el fruto:  
que a veces Dios, en tributo  
a su justicia ofendida,  
todo el dolor de una vida  
reconcentra en un minuto.

---

Su ronda desesperada  
sigue con bronco resuello,  
puesto de punta el cabello  
i atónita la mirada.  
En su fuga acelerada  
apénas el suelo toca,  
i cuanto mas en su loca  
carrera el triste se ofusca,  
más le estrecha, más le busca,  
más el mundo le provoca.

---

Precipítase sin tino,  
 i aumentando su terrores,  
 los espectros vengadores  
 le acosan en el camino.  
 Jira como un remolino  
 sin detenerse jamás,  
 i ya ciego i cuanto más,  
 huye, ve más espantado  
 el cadáver siempre al lado  
 i el lebrél siempre detrás.

Nada su pavor mitiga,  
 i su marcha abrumadora  
 se prolonga hora tras hora,  
 sin ceder a la fatiga.  
 Su propio crimen le hostiga  
 con creciente frenesí,  
 hasta que fuera de sí,  
 crispado, lívido, yerto,  
 se desploma junto al muerto  
 gritando: «¡Infeliz de mí!»

Cuando su manto repliega  
 la triste noche sombría,  
 tres muertos alumbra el día,  
 en la solitaria vega:  
 don Luis, que en sangre se anega  
 i yace en tranquilo sueño,  
 don Juan, cuyo torvo ceño  
 muestra su angustia final,  
 i el lebrél, noble i leal,  
 tendido a los piés del dueño.

¡Conciencia, nunca dormida,  
 mudo i pertinaz testigo  
 que no deja sin castigo  
 ningun crimen en la vida!  
 La lei calla, el mundo olvida;  
 mas ¿quién sacude tu yugo?  
 Al Sumo Hacedor le plugo  
 que a solas con el pecado,  
 fueses tú para el culpado  
 delator, juez i verdugo.

## PERSONAJES

Don Juan

Marcelino, padre de Don Juan

Alicante, amigo de Marcelino

Doña Juana, esposa de Marcelino i hermana de Don Juan

Doña Teresa, hermana de Doña Juana

El cura de San Juan

El portero

## ACTO PRIMERO.

## ESCENA I. RICARDO.

Ricardo. — (Llorando.)

¡Ay! ¿qué dolor me invade el alma? Siempre cuando allí en la espina por dentro del corazon siento su latido, cuando para verme a mí y que me vea de las bellotas con la boca, cuando me miro en los ojos, cuando me miro en el alma, cuando me miro en el corazon, cuando me miro en los ojos, cuando me miro en el alma... (Llorando.)

# EL TUTOR I SU PUPILA.

COMEDIA DE COSTUMBRES, EN CUATRO ACTOS.

POR D. BARROS GREZ.

---

## PERSONAJES:

DON BRUNO.

MERCEDES: pupila de don Bruno.

ABELARDO: amante de Mercedes.

DOÑA AGUSTINA: ama de llaves i amante de don Bruno.

DOÑA PASCUALA: amiga de doña Agustina.

EL CURA DE LA PARROQUIA.

UN POLICIAL.

La escena pasa en Santiago, casa de don Bruno. El lugar de la [escena es una sala, situada en el segundo piso, pobremente amueblada, con una puerta de entrada en el fondo, otra a la izquierda del espectador, que comunica con las piezas interiores, i un balcon a la derecha, que cae a la calle.

## ACTO PRIMERO.

### ESCENA PRIMERA.

Mercedes. —(*Asomada al balcon.*)

Es Abelardo...¡Pobrecito de mi alma! Siempre parado allí en la esquina por verme...Por eso vengo yo tambien a este balcon, para verlo a él; i ya que no nos dejan hablarnos con la boca, conversaremos con los ojos...¡Querido mio! Se pone una mano sobre el corazon i la otra en los labios...Con esa seña me pregunta si yo lo amo...(*Haciendo repetidas señas afirmativas, con la cabeza i con*

las dos manos puestas sobre el corazón) ¡Sí! Abelardo mio! ¡Sí! ¡sí! ¡sí! ¡Te amo con todo mi corazón! (*Volviendo al centro de la escena*) ¡I no poderle decir de viva voz, cuanto lo quiero! ¡No poder oír de sus labios sus protestas de amor! (*Acercándose al balcón*) Me parece que él no me ha de creer lo que le digo por señas... (*Se asoma cautelosamente al balcón, i se pone sobre el corazón la mano izquierda, teniendo la derecha a la altura de la boca*) ¡Tú, Abelardo, ¿me quieres a mí?... Me contesta que me ama mucho, mucho... muchísimo!... ¡Cuanto no diera yo por oír sus palabras, que solo puedo adivinar con mi corazón! Oh, fatal distancia... (*Interrumpiéndose con avidéz*) Pero ¿qué es eso que él quiere decirme? Da media vuelta; i se abotona la levita... ¡Sí! ¡ya me acuerdo! Eso significa que cierre el balcón. (*Cierra apresuradamente*) Alguien viene, sin duda... ¿Si será mi tutor don Bruno?... En cuanto a la ama de llaves, doña Agustina, se halla en misa. Sin embargo, esta vieja es muy capaz de venirse ántes de la bendición, por sorprenderme... ¡Es tan maliciosa, que quien sabe si no ha creído el dolor de muelas que finjé para no acompañarla a misa, i poder hablar ahora con Abelardo! Abramos un poquito. (*Abre i mira hácia la calle, sin sacar la cabeza*) ¡Ah! ¡Se fué el ingrato! Así son los hombres... ¡Pero no! no se ha ido: está detras de la esquina... Me lo dice la punta de su baston, que alcanzo a ver... No todos los hombres son malos... ¡I ¿cómo he de creer que él se vaya, sin repetirme otra vez que me ama? Si no hubiera en el mundo mas que un solo hombre bueno, ese seria Abelardo... (*Vuelve a mirar*) ¡Dios mio! ¡Ya se perdió el baston!... Se ha marchado, sin duda...; i sin asomarse, un instante siquiera para despedirse! Ingrato! Cruel! Talvez porque he cerrado el balcón, piensa que no estoi mirando ¡Así son los hombres! No entienden nunca, ni a la mujer que los quiere... Como si nosotras fuéramos como ellos, que en dando vuelta la espalda, lo olvidan todo, mientras que una mujer vuelve siquiera la cara, cuando huye de ellos; i si cierra prontamente la puerta, es, muchas veces, para mirar por la rendija (*Al decir esto, mira por entre la pequeña abertura de la puerta*) Pero no parece ni él ni nadie... ¡Se ha perdido, con baston i todo! Ingrato! (*Apretando violentamente la puerta*). ¡No lo quiero!... Ah! doña Agustina puede llegar (*Sacando su pañuelo i atándose la cara*); i es preciso que me halle con la cara atada... ¡No lo quiero! No quiero amarlo! Ojalá estuviera ahí en la esquina para decirle bien claro: ¡no te amo! Vete de ahí... (*Va abrir el balcón, pero ántes de llegar*

a él, vuelve corriendo hácia la puerta del fondo) Cerremos ántes esta puerta: no sea que llegue de repente esta vieja de mis pecados... Yo no sé que interes pueden tener mi tutor i esta mujer en que yo permanezca aquí, entre estas cuatro paredes, sin salir a ninguna parte; sin concurrir a diversion alguna... En fin, cuando viviamos en las piezas de abajo, podia ver pasar jente por mi ventana: pero en este segundo piso, estoi como en un convento de monjas...; Ingrato! Despues de los sustos que me cuesta tu vista, te vas sin despedirte... (*Abre poco a poco*) Ah! Está allí!... Pobre Abelardo... No se habia ido.... (*Haciendo señas afirmativas*) Sí, querido mio! Sí! sí! sí! Te amo mas que nunca!... Pero ¿por qué pone esa cara tan triste? Ah! Ya se, porque me ve con la cara atada, (*Se arranca apresuradamente el pañuelo, i hace señas negativas*) ¡No, Abelardo mio! No estoi enferma! Al ménos mi enfermedad no es de la cara sino del corazon.

## ESCENA II.

Mercedes.—Doña Agustina.

D.<sup>a</sup> AGUST. (*Entrando, vestida de basquiña i manto, i con una alfombra en la mano*) ¡Jesus, María i José! Que escalera tan terrible!

MERC. (*Sorprendida*) ¡Doña Agustina! ¿Cómo ha llegado usted tan pronto, de la iglesia?

D.<sup>a</sup> AGUST. (*Sonriendo maliciosamente*) ¿Muy pronto te parece, Mercedes? Eso quiere decir que has pasado este rato muy entretenida. ¿Qué hacias ahí en ese balcon?

MERC. Estaba tomando el fresco.

D.<sup>a</sup> AGUST. I talvez te ha hecho eso mucho bien para tu dolor....

MERC. Si señora, se ha pasado casi completamente.

D.<sup>a</sup> AGUST. Ya lo creo, pues te hallo con la cara desatada... Debe ser un remedio milagroso para las enfermedades de las niñas eso de pasar un buen rato en el balcon...

MERC. (*Con disgusto*) No entiendo lo que usted quiere decir.

D.<sup>a</sup> AGUST. Yo sé que me entiendes muy bien... Sin duda no has sanado del todo, porque estás muy colorada.

MERC. Entonces me retiraré a mi cuarto.

D.<sup>a</sup> AGUST. Antes de irte, óyeme un momento. ¡Dime la verdad! ¿Qué hacías ahí en el balcon? ¿Por qué no has permanecido en tu cuarto?

MERC. ¿Por qué?...porque estaba aburrída, quise distraerme...

D.<sup>a</sup> AGUST. Ya te he dicho que esa es una fatal manera de distraerse para una niña recatada.

MERC. ¿I en qué puedo haber ofendido al recato?

D.<sup>a</sup> AGUST. Tu eres demasiado muchacha para pedir esplicaciones sobre estas cosas; i tu deber consiste en seguir los consejos de tus mayores. Advierte, hija mia, que los peores enemigos de la paz i tranquilidad de las muchachas son esas ventanas con rejas a la calle.

MERC. I entónces ¿por qué no quitan las rejas?

D.<sup>a</sup> AGUST. ¿Qué dices?

MERC. Que así dejarían de ser peligrosas las ventanas.

D.<sup>a</sup> AGUST. ¿Estás loca?

MERC. No estoi loca, señora, i puedo además decirle que si vivo intranquila, es solo porque no me dejan ver la calle.

D.<sup>a</sup> AGUST. ¡Ave María Purísima! (*Se santigua*).

MERC. Si, señora: porque no me dan libertad; porque no me dejan pasear; porque no me llevan al Parque...

D.<sup>a</sup> AGUST. ¡Por los clavos de Cristo! I luego te vendrán deseos de ir al teatro...

MERC. Hace mucho tiempo que los tengo.

D.<sup>a</sup> AGUST. I de concurrir a la filarmónica...

MERC. Pero ¿por qué no he de ir...?

D.<sup>a</sup> AGUST. Porque esos malditos lugares son abismos sin fondo, en donde peligra siempre la inocencia de una muchacha inesperta.

MERC. Pero yo tengo los años suficientes para comenzar a practicar esas cosas, como lo veo en mil otras niñas, de menor edad que yo.

D.<sup>a</sup> AGUST. ¡Que ideas! Eso es lo que has ganado, con frecuentar tanto los balcones i las ventanas. Bien dicen que de una niña ventanera sale una mujer callejera.

MERC. ¡Señora!

D.<sup>a</sup> AGUST. I andando calle arriba i calle abajo, [es como ellas topan con esos mocitos, que...

MERC. ¿I qué tiene de malo?

D.<sup>a</sup> AGUST. Que principian por miraditas, i siguen con palabritas dulces...

MERC. Para ver a los demas i para hablar con las jentes sale una a paseo.

D.<sup>a</sup> AGUST. I en seguida vienen los apretoncitos de manos en el baile, las esquelas amorosas, i que se yo que mas, que el demonio ha inventado en estos tiempos...

MERC. Pero, señora! eso que usted dice es cosa que ha sucedido siempre, desde que el mundo es mundo!

D.<sup>a</sup> AGUST. ¡Calla la boca! ¿qué sabes tu de aquellos buenos tiempos? Verdad es que yo tampoco he vivido en ellos; pero les he oido decir a muchas señoras respetables que entónces no andaban las muchachas en busca de maridos.....

MERC. ¡Si andaban, señora! ¡Acuérdese usted!

D.<sup>a</sup> AGUST. Andarian, pero cuando lo habian menester, i no como ahora (Dios me libre), que cada chiquilla, aun ántes de bajar el vestido, ya tiene seis u ocho pretendientes, que le hablan a la oreja i le levantan los pensamientos. ¿I de dónde nace esto, sino de los pecaminosos gustos del siglo? Abí está el teatro, que no me dejará mentir.

MERC. ¿No ha habido teatro siempre?

D.<sup>a</sup> AGUST. Si; pero entónces se representaban comedias a lo divino, en donde salian la Vírjen, San José i los ánjeles... Una iba al teatro, como quien va a misa, miéntras que ahora no se ve allí mas que escenas amorosas, mayormente en la ópera, en donde, segun dicen, se enamoran cantando, se abrazan cantando, i hacen cantando otras mil barbaridades por el estilo. No digo nada de las novelas que las chiquillas leen ántes de decorar el catecismo, en donde segun dicen los confesores, el amor se pinta tan a lo vivo, que es como si una lo estuviera viendo. ¡Dios me libre! Parece que esos noveleros...

MERC. Novelistas, señora...

D.<sup>a</sup> AGUST. Llámense como quieran, lo cierto es que ellos hacen sus novelas como si el mismo Lucifer los tuviera tra-  
bajando a sueldo, pues no saben pintar mas que muchachas coquetas que se rien del prójimo; niñas fatas-

magóricas con cinco o seis amantes cada una, para tener donde escoger; mujeres sentimentales, que es un horror como engañan a sus maridos...i todo aquello pintado a veces de una manera tan diversa de la que vemos, que el tal cuento suele parecerse a lo que pasa en el mundo como un huevo a una castaña. I como las lectoras de las tales novelas no quieren ser ménos, sucede que una se hace coqueta, por imitar a la dama del cuento; la otra se finje enamorada, i a la otra se le pone en la cabeza no casarse hasta no haber tenido media docena de amantes para calabacear a cinco de ellos, que esto es ya punto de honra...

**MERC.** Pero, señora, dígame a ¿qué viene todo eso?

**D.<sup>a</sup> AGUST.** ¡Eso viene a donde tu vas, buena alhaja! Yo se que te gusta leer novelas; i temo mucho que no hayas aprendido ya en ellas a mirar a tus mayores como unos tiranos.

**MERC.** No necesito leer novelas, señora, para ver como usted i mi tutor me tiranizan.

**D.<sup>a</sup> AGUST.** ¡Válgame nuestra Señora del Socorro! Si cuidándote tanto, dices tales herejías ¿qué seria concurriendo a la filarmónica i a esos bailes diabólicos en donde las muchachas andan para allá i para acá, abrazándose con los mozos, en las cuadrillas, miéntras las madres están allá en el sofá, charlando i muchas veces durmiendo, que es como en estos tiempos, se cuida a las hijas? No sucedia así allá en lo antiguo, pues las madres no despegaban el ojo de sus niñas, i estas no se casaban sino como Dios manda, es decir, cuándo, cómo i con quién lo determinaban los padres.

**MERC.** Mui bien, señora: mas despues de haberle oido con paciencia su sermon, permítame decirle que como no he nacido para ser monja, i carezco de padres, debo pensar yo misma en mi propio establecimiento.

**D.<sup>a</sup> AGUST.** ¿Qué dices? Sino tienes padre, tienes en su lugar al bueno de don Bruno...

**MERC.** ¡Ah! ¡mi tutor!

**D.<sup>a</sup> AGUST.** El cual te ha puesto a mi cargo. Yo se cuidar bien a las muchachas, i ¡para que veas que no miento, sabe que en lugar de ir a la iglesia, he estado espiándote...

MERC. ¿Usted?

D.<sup>a</sup> AGUST. Si, yo, buena albaja! ¡Por mas señas, vi como conversabas con ese mozo...

MERC. Oh! señora! Esa es una accion indigna..

D.<sup>a</sup> AGUST. ¿Indigna? ¿Así se dice en las novelas? Con que es indigna accion esta de observar tu conducta? ¡Dime al momento quien es ese mozo!

MERC. Pues bien, señora (*Con entereza*), ya que usted me trata de ese modo, le contestaré que ese mozo es mi amante.

D.<sup>a</sup> AGUST. ¿Tu amante?

MERC. Por ahora; mas despues será mi esposo.

D.<sup>a</sup> AGUST. ¿Qué oigo? ¿De cuando acá tan arrogante?

MERC. Desde que he comprendido que ya no puedo esperar mejor trato de usted.

D.<sup>a</sup> AGUST. ¡Miren no mas lo que pasa con la lectura de novelas!

MERC. Ya le he dicho, señora, que no necesito leer novelas, para ver como me trata usted, aleccionada por mi tutor. Pero sepa que he resuelto librarme de tan atroz tutelaje.

D.<sup>a</sup> AGUST. ¿De qué manera?

MERC. No lo se todavia; i aun cuando lo supiera, no se lo diria a usted. Lo único que le advierto es que ustedes son los que me obligan a recobrar mi libertad de una manera bien contraria a la entereza e injenuidad de mi carácter. (*Vase*)

### ESCENA III.

Doña Agustina.

Por Cristo vivo! Qué lenguaje! Todito aprendido en esas malditas novelas...Si, señor, hoi mismo las he de echar todas al fuego. Pero ¿qué querrá decir con todo esto? Talvez piensa echarse balcon abajo, como me han contado que hacen muchas de esas que llaman heroínas...Pero esto no puede ser...¡Si tratara de envenenarse, como lo hacen tan a lo vivo las mujeres en el teatro!...A Dios gracias, ella no ha ido jamas a esas representaciones, ni creo tampoco que tenga intencion de envenenarnos a nosotros. Esta

pobre muchacha no es mala; i si habla asi, es de puro deschavetada... Con todo, ella piensa hacer algo, i es preciso abrir el ojo... Ah! ya dí en el quid! ¡Se va a dejar robar por el mocito! ¡Eso es! Un raptó, como lo llaman; un escándalo en toda regla, que concluirá con la bendicion del señor Vicario... Ah! noveleros, ah! novelistas descomulgados! Oh! vosotros los que haceis comedias, dramas-tragedias i óperas diabólicas! ¡Quien os pudiera echar a todos juntos a una hoguera, para que no vinierais, con vuestras fantasma, góricas invenciones, a llenarles la cabeza de viento a nuestras hijas, pintando ante sus ojos un mundo que no es este mundo en que vivimos, i unos hombres i mujeres como los de la luna!

#### ESCENA IV.

**Doña Agustina.—Don Bruno.**

D. BRUNO. Cuchita, es menester que hable con usted sobre...

D.<sup>a</sup> AGUST. I yo tambien tengo que decirle...

D. BRUNO. ¿Qué sucede?

D.<sup>a</sup> AGUST. Diga usted primero.

D. BRUNO. No, señora: despues de usted... Dígame ¿por qué la encuentro tan exaltada?

D.<sup>a</sup> AGUST. Acabó de echarle un sermon a Mercedes.

D. BRUNO. ¡Qué casualidad! De eso mismo venia a hablar con usted. El boticario de enfrente me ha dicho que un mocito...

D.<sup>a</sup> AGUST. Estaba conversando con ella por medio de señas...

D. BRUNO. I que ella estaba en ese balcon...

D.<sup>a</sup> AGUST. Si, señor en ese balcon...

D. BRUNO. Mire usted lo que pasa, por no cumplir con mis prescripciones.

D.<sup>a</sup> AGUST. ¿Qué? Se atreve usted a decirme que no cumplo...

D. BRUNO. No se enoje, Cuchita... Usted sabe cuanto interes tomo porque esta niña esté honestamente cuidada.

D.<sup>a</sup> AGUST. ¡Ah! ¡que yo no cumplo!... ¡Cuando me desvivo por vigilarla!

D. BRUNO. Sin embargo, ha estado sola toda la mañana... Acuértese, Cuchita, de que su padre me la entregó poco ántes de morir. ¡Pobre amigo mio! Todavía me acuer-

do cuando me dijo: oye, Bruno, tú serás mi albacea, tú servirás de padre a mi pobre hija. Pongo en tus manos mis capitales... Mi Mercedes queda rica: has tú porque sea feliz! I volviéndose a Mercedes, le ordenó que me obedeciese en todo, como si yo fuera su padre.

D.<sup>a</sup> AGUST. I usted ha cumplido bien con la promesa que hizo a don Zenon, de servirle de padre a esta pobre huérfana... Ah! ¡Ojalá se acordara usted de cumplir con otras promesas!

D. BRUNO. ¿Qué quiere decir usted, amiga mia?

D.<sup>a</sup> AGUST. Mui mala memoria tiene usted, mi don Bruno. ¿Cómo ha podido olvidar una promesa tan sagrada como aquella que...usted me hizo...cuando...quiero decir aquella promesa de que mi pudor me impide hablar?

D. BRUNO. No crea que la he olvidado...Seré su esposo Cuchita...Pero...déjeme usted arreglar ántes mis asuntos...

D.<sup>a</sup> AGUST. ¡Siempre dando esperanzas! ¡Siempre con asuntos que arreglar! ¿Por qué no principia usted estos arreglos por el asunto principal, que es el de su matrimonio? Arréglese usted en este ramo, i verá como ya tiene hecho mas de la mitad, en el camino de los arreglos.

D. BRUNO Mui bien; pero nos hemos separado de la cuestion... Hablábamos de Mercedes...

D.<sup>a</sup> AGUST. Eso es; hablábamos de Mercedes, i por eso es que me he acordado del cumplimiento de la promesa que usted me tiene echa...

D. BRUNO. Despues trataremos de esta cuestion...

D.<sup>a</sup> AGUST. No, señor; ahora mismo ha de ser. Acuérdesese de que tiene firmada una cédula sobre palabra de matrimonio.

D. BRUNO. ¡No salgamos de la cuestion, Cuchita de mi alma!

D.<sup>a</sup> AGUST. En la cuestion estamos, mi don Bruno. La cosa es clara como el agua, i si usted no la entiende, es porque quiere hacerse el sordo. Esta chiquilla me acaba de hablar con una arrogancia nunca vista en ella. Me ha amenazado con que ella hará no sé qué cosa de esas que las mujeres hacen en las novelas, si no la deajo salir a donde se le antoje, i recibir visitas aquí mismo...

- D. BRUNO. ¿De veras?
- D.<sup>a</sup> AGUST. Me ha dicho que está enamorada.
- D. BRUNO. ¿Si?
- D.<sup>a</sup> AGUST. ¡ que se casará con su amante, aun a despecho de nosotros.
- D. BRUNO. Oh! Eso es mas sério de lo que yo pensaba.
- D.<sup>a</sup> AGUST. En una palabra, se ha reido de mis advertencias i me ha tratado como a trapo viejo. Ah! (*sollozando*)  
¡Cuánto he tenido que sufrir por servirle a usted bien!
- D. BRUNO. ¡No lllore usted, Cuchita! Yo arreglaré todo esto.
- D.<sup>a</sup> AGUST. Esto no puede arreglarse sino comenzando por usted mismo.
- D. BRUNO. ¿Por mí?
- D.<sup>a</sup> AGUST. Si, señor, por usted... Es preciso comenzar por casa... quiero decir, por arreglar el negocio de nuestro...
- D. BRUNO. ¿De nuestro que?
- D.<sup>a</sup> AGUST. ¿Necesito explicarle mas, cuando ve usted mi rubor?
- D. BRUNO. Si, Cuchita, bien veo su rubor i todo; pero...
- D.<sup>a</sup> AGUST. No hai pero que valga contra la evidencia. Esta chiquilla me ha faltado al respeto porque carezco de la autoridad suficiente en esta casa.
- D. BRUNO. ¡Válgame Dios! ¿No es usted aquí la dueña...?
- D.<sup>a</sup> AGUST. Si, soi una dueña de casa postiza... No! yo no quiero así!... Otra cosa seria si usted cumpliera hoy o mañana su promesa... Ya veria usted, mi querido amigo, si yo sabria entónces hacerme respetar.
- D. BRUNO. Es verdad, mi buena Agustinita... Pero ya ve usted, que... ¿Cómo quiere que nos casemos así... digo así tan de repente?
- D.<sup>a</sup> AGUST. ¡Gran Dios! Usted tiene ya sesenta i pico... yo cumpliré este agosto mis cuarenta... Hace como doce años que me dió la palabra; i con todo esto, dice que nos vamos a casar así de repente!
- D. BRUNO. Lo que yo he querido decir es...
- D.<sup>a</sup> AGUST. ¿No tiene usted ya bien pensado este asunto?
- D. BRUNO. Si, Cuchita; pero...
- D.<sup>a</sup> AGUST. ¿I por qué no lo arregla de una vez?
- D. BRUNO. Pero es el caso que...
- D.<sup>a</sup> AGUST. ¿Es conciencia hacer esperar a una pobre mujer mas de una docena de años?

D. BRUNO. Pero déjeme hablar...

D.<sup>a</sup> AGUST. Usted hablará cuando yo se lo diga todo. Ya comencé; i no tengo mas que hacer a un lado la vergüenza para cantárselo todito... Si, señor! O somos o no somos, mi don Bruno... Dígame: ¿qué le han dicho los confesores sobre el particular?

D. BRUNO. I ¿por qué les he de ir hablar a mis confesores sobre este asunto?

D.<sup>a</sup> AGUST. (*Se santigua*) ¡Jesus, María i José! ¿I no se le hace cargo de conciencia, al hombre viejo, el callar ese pecado?

D. BRUNO. Ah! el pecado de ...quererme casar...con usted?

D.<sup>a</sup> AGUST. ¡Eso sí que no! Dios me libre de pensar tal cosa del Santo Sacramento! ¿Quién dice que ni usted ni nadie peca, ni lo negro de la uña, porque se casa conmigo? ¡No, mi señor! El gran pecado consiste en tenerme aquí entretenida con esperanzas... ¿Ha pensado usted en esta injusticia, que clama al cielo? ¿Acaso la injusticia no es un gran pecado? ¡Si así no fuera, no habria tantos jueces en los infiernos, como lo aseguran los predicadores, en esos púlpitos! No, mi señor don Bruno, usted ha estado cometiendo, dia a dia un gran pecado... i si no lo ha echado de ver, es porque el diablo le ha puesto una venda en los ojos... Todo eso se arregla con una confesion jeneral.

D. BRUNO. Está bien, Cuchita; pronto arreglaremos lo de la promesa... Mas como, por ahora, no tenemos nada preparado en casa para...

D.<sup>a</sup> AGUST. Mire, amigo mio: cuando los novios se quieren, ya está todo preparado para la boda... ¿Se calla usted? Pues el que calla otorga...

D. BRUNO. No siempre, Cuchita...

D.<sup>a</sup> AGUST. Pues si usted no quiere ser justo conmigo, yo me voi al momento de esta casa! (*Hace ademan de irse*)

D. BRUNO. ¡Cuchita, por Dios! ¡Deténgase usted! Esta muchacha ha comenzado ya a sublevarse, i yo no podré contenerla... Espéreme usted siquiera los ocho meses que faltan para que mi pupila entere la edad.

D. AGUST. ¡Ocho meses! ¿No ve usted que esa es la vida de un cristiano? Esperar ocho meses, despues de doce años.

- D. BRUNO. No son mas que ocho mesecitos! Mire usted: yo trabajo con el capital de mi pupila; i si esta se me casa antes de tiempo, pierdo una fortuna solo en los intereses correspondientes...
- D.<sup>a</sup> AGUST. ¿I qué me importa a mí que usted pierda una fortuna?
- D. BRUNO. Es que usted tambien pierde, pues el capital que he estado haciendo en estos años, es para que lo gocemos juntos.
- D.<sup>a</sup> AGUST. (*Con aire de duda*) ¿I cuándo será ese cuando?
- D. BRUNO. Ya le he dicho a usted que, en cuanto arregle mis negocios...
- D.<sup>a</sup> AGUST. ¡Malditos negocios! (*Hace como que se va*) Adios, mi don Bruno...
- D. BRUNO. (*Trata de detenerla*) ¡Cuchita!
- D.<sup>a</sup> AGUST. ¡Lo dicho, dicho! ¡O casamiento o separacion! Yo no tengo mas que una palabra, i ojalá los hombres fueran lo mismo, que así dejaríamos de sufrir mil percances las pobres mujeres.
- D. BRUNO. ¡Qué trabajo! (*Siguiendo a doña Agustina, quien trata de salir de la escena*) No dude usted de mi honrria de bien...
- D.<sup>a</sup> AGUST. A otro perro con ese hueso...
- D. BRUNO. ¿Llama usted hueso mi honradez?... Yo, que he merecido la confianza del padre de mi pupila; que no he quebrado nunca; que soi síndico de dos conventos de monjas; que soi tesorero de la esclavonía del Santísimo; que ayuno la cuaresma de punta a cabo; que estoi asentado en cinco cofradías; que aborresco a los masones; que he estado siempre con el gobierno, i que he hecho mis negocios pacíficamente, sin meterme jamas con jentes discolos i revoltosas... (*Sale doña Agustina haciendo con la cabeza i con una mano, repetidas señas negativas, Don Bruno la sigue; i al salir de la escena, la toma de un brazo, como para detenerla para que le escuche, pero ella se le escapa haciendo un jesto de incredulidad*)

## ESCENA V.

**Mercedes.**—(*Saliendo cautelosamente por la puerta de la izquierda*)

¡Que par, Dios mio, que par! Bien se merecen... Miren no mas a mi tutorcito como estaba especulando con mi herencia para gozar con su Cuchita del fruto de sus rapiñas! Ya lo sospechaba yo; pero no concebía que por eso me tuviera aquí encerrada... I la buena de doña Agustina, tan amiga del recato i tan enemiga de los mozos... Pero ya lo verán conmigo! Al momento voi a poner en práctica mi proyecto... (*Poniendo el oido*) ¡Mi tutor viene! ocultémosnos. (*Vase por la puerta de la izquierda*)

## ESCENA VI.

**Don Bruno.**

No poco trabajo me ha costado reducirla a la razon; pero al fin ha cedido... ¡Ja! ja! jaaa!! ¡Qué mujer tan orijinal! querer que, en estos tiempos de libertad, un hombre como yo cumpla con las promesas de matrimonio! Eso era allá en los tiempos del rei; pero ahora que estamos en república, ¿quién diablos ha de considerarse ligado por esas promesas que uno hace siempre sin saber cómo? Verdad es que ella tiene la cédula de casamiento que yo le firmé; pero gracias a Dios, hoí son nulos estos documentos, i mas miedo le tendria a un vale a la vista por veinte reales... Algo habiamos de ganar los chilenos con la independencia del país... ¿Qué haria yo casado con esta vieja? Llego a tiritar de susto, solo con pensar que pude entónces haber quedado atado para siempre a este alcornoque... Es cierto que, en aquellos tiempos no estaba maleja... pero ahora, despues de una docena i media de años... ¿Quién viene?

## ESCENA VII.

**Don Bruno.—Mercedes.**

**MERC.** (*Con aire de desolacion*) ¡Señor don Bruno! Mi querido tutor! Oígame usted!

- D. BRUNO. ¡Merceditas! ¿qué tienes? ¿qué te pasa, hija mia?
- MERC. No me lo pregunte usted, i óigame solamente lo que voi a decirle.
- D. BRUNO. Te escucho... Pero siéntate, hijita.
- MERC. (*Dejándose caer sobre una silla*) ¡Ah! ¡soi mui desgraciada!
- D. BRUNO. ¿Por qué?
- MERC. ¡No! ¡no se lo diré jamas! Este secreto morirá conmigo... Solo le ruego que me deje entrar hoi mismo al monasterio de las Claras.
- D. BRUNO. ¿Al monasterio? ¿Qué locura es esa?
- MERC. Esto no es una locura, sino una determinacion formal...
- D. BRUNO. I que motivos...
- MERC. No me pregunte usted los motivos que tengo para encerrarme en el sagrado claustro, i sepa solamente que no puedo, no debo, no quiero permanecer en el siglo.
- D. BRUNO. ¿I de cuando acá has tomado una resolucion tan extraña?
- MERC. Hace unos pocos momentos; pero no me pregunte usted mas, porque no tendria yo fuerzas para contestarle.
- D. BRUNO. ¡Vaya! es cosa que no puedo comprender. Sin embargo, es preciso que te serenes, que te calmes, que reflexiones, ántes de tomar una resolucion tan seria...
- MERC. Entónces búsqume usted otra casa en donde permanecer miétras...
- D. BRUNO. Pero dime: ¿no estás en tu casa?
- MERC. No me obligue usted a permanecer aqui, porque me moriria de dolor...
- D. BRUNO. Ahora entiendo ménos... Si estas mujeres tienen unas cosas que... En fin, Mercedes, yo soi tu tutor, i tengo derecho a exigirte que me digas la causa de tu afliccion.
- MERC. Ya que es preciso, se lo diré... Antes de todo, sepa usted que yo he amado a un hombre.
- D. BRUNO. ¿Amar a un hombre, una muchacha como tú, criada en tanto recato?
- MERC. Mucho hice por combatir esta pasion; pero no he tenido fuerzas...
- D. BRUNO. ¡Ya me lo temia! ¿I quién es el mocito?

- MERC. No es un mozo, señor...
- D. BRUNO. ¡Ah! ¿es un viejo? Pues no entiendo jota.
- MERC. Tampoco es viejo.
- D. BRUNO. A cada rato, entiendo ménos... Pero en fin, sea viejo o mozo ¿quién es él?
- MERC. ¡No me lo pregunte usted, por Dios!
- D. BRUNO. Pero es menester que me digas que clase de hombre es ese. ¿Lo conozco yo?
- MERC. Sí, señor.
- D. BRUNO. ¿Es rico?
- MERC. Sí, señor; pero no es su riqueza lo que me tiene prendada sino sus méritos...
- D. BRUNO. ¡Ah! ¿entonces tiene otros méritos mayores que los de la riqueza?
- MERC. Sí, señor... Es un caballero de aspecto simpático, de aire noble i de grave continente, a quien una no puede ver sin quedar prendada... Insinuante, cortez, amable, bondadoso, posee todas las cualidades propias para hacer la felicidad de una mujer.
- D. BRUNO. Pues me habian dicho que el individuo con quien platicabas ahora por señas, desde ese balcon, es un muchacho que...
- MERC. ¿Yo me habia de fijar en un chiquillo? Eso si que no, mi querido don Bruno. Poca esperiencia tengo; pero he oido hablar mil veces a doña Agustina sobre esos amores de niños que se lleva el viento. Ella me ha enseñado a querer con solidez... No, señor, el caballero a quien amo no es un chiquillo... La misma edad le da a mis ojos cierto aire de gravedad i de importancia, que aumenta mi pasion.
- D. BRUNO. ¡Lo que son las mujeres!... Pues no caigo en quien podrá ser... Pero dime, niña: ¿el querer a ese caballero es una razon para meterse de monja?
- MERC. Ya no lo amo, señor.
- D. BRUNO. ¡Esta es mejor! ¿I por qué no lo amas?
- MERC. Porque acabo de saber que él ama a otra...
- D. BRUNO. A cada rato que pasa quedo mas a oscuras. ¿Cuándo has sabido que él no te ama?
- MERC. Lo he sabido por mi misma rival.

- D. BRUNO. ¡Vaya! Está de Dios que no entienda nunca este guirigái. ¿Quién es esa rival?
- MERC. Doña Agustina.
- D. BRUNO. ¿Ella? ¿Qué oigo! (*Dejándose caer sobre una silla*) ¡Dios mio! ¿La Cuchita?
- MERC. Sí, señor...He hablado demasiado...Pero ya está dicho...Por unas palabras que la señora decía a solas, en su cuarto, he sabido mi desgracia.
- D. BRUNO. ¿Será verdad? Entónces ese caballero es...
- MERC. No me obligue usted a pronunciar su nombre.
- D. BRUNO. (*Aparte.* ¡Dios mio! No me atrevo a creer...) Pero, Merceditas ¿estás segura de lo que dices?
- MERC. ¿I cómo no estarlo, cuando esta es una idea que he acariciado en mi corazón por mas de tres años?
- D. BRUNO. Entónces ese caballero es...es decir, soi...
- MERC. Sí, señor; es usted...Pero no hablemos de esto, i pensemos en mi pronta ida al monasterio.
- D. BRUNO. ¡No seas loca, Merceditas! ¿Hubiera yo de permitir tal cosa? (*Aparte.* Tengo el corazón oprimido) Vuélvemelo a repetir, hijita, ¿es cierto que me...me amas?
- MERC. Desde que me vine a su casa he comenzado a amarlo; i este amor, que al principio yo no comprendía bien, se ha ido aumentando poco a poco, al ver cuanto hacia usted por mi felicidad.
- D. BRUNO. Oh! ¡Qué adorables son los altos juicios de Dios!
- MERC. Yo los adoro señor, i me conformo con mi suerte... Me iré al claustro; i que mi rival sea feliz.
- D. BRUNO. ¿Tu rival esa vieja con medio siglo a cuentas? La Cuchita está loca (*Aparte.* I yo creo que también lo estoi) Pero ¿cómo he podido merecer el cariño de un anjel como tú? ¿Por qué no me lo habías dicho? Me parece que estoi soñando...Pero la verdad es que estoi despierto...Sí, mi querida Mercedes, estoi despierto (*Se palpa el cuerpo con las manos*), i tengo conciencia de mi dicha...
- MERC. Dejemos esta conversacion, señor, i hablemos de...
- D. BRUNO. Al contrario, mi alma; prosigamos esta dulce conversacion... Vuelve a decirme que me amas, i olvida para siempre esa idea del cláustro...Las niñas lindas como tú no son para meterse monjas, sino para conver-

tir en un paraíso este valle de lágrimas... Desde que me has dicho que me amas, esta casa se ha convertido para mí, en un cielo de dicha. Mi corazón se ha rejuvenecido, i salta de regocijo... ¡Alma mía! ¡Primero i único amor mio!...

MERC. ¿I doña Agustina, señor?

D. BRUNO. Ah! en cuanto a eso, debo ser franco. Voi a abrirte las puertas de mi pecho... Es verdad que allá cuando yo era chiquillo, cambiamos algunas palabras con la Cuchita; i así, como por chanza, le hice promesa de casarme con ella. No creas que hubo mas, eso si que nó... Apenas pasó aquello de una promesa hecha a la luz de la luna... I como hai mujeres que suelen tomar a lo sério estas chanzas de la juventud, no es estraño que ella salga ahora cobrándome la tal palabra. Creo que hasta le firmé un papel; pero todo ello por travesura... Ahora espero que me digas, alma mía, si consientes en que yo te dé la mano para sacarte de esa sepultura de vivos, llamada monasterio.

MERC. Aun estoi indecisa; i me arrepiento de haber llegado a este extremo, en perjuicio de los intereses de esa pobre señora...

D. BRUNO. ¡Pero, niña de mi alma! ¡si eso de la vieja pasó ya, hace mas de diez años!

MERC. Con todo, señor, yo no me creo capaz de hacer la felicidad de usted ¡Soi tan caprichosa!

D. BRUNO. No te calumnies, hijita... I aun cuando lo fueras, yo haria consistir mi felicidad en satisfacer todos tus lindos caprichitos.

MERC. A mí me gustan los paseos.

D. BRUNO. Irás a todas partes.

MERC. Me muero por el teatro.

D. BRUNO. Te llevaré a la comedia, a la filarmónica, a las tertulias, a los bailes, al salón óptico, al jardín botánico... Dime si quieres ir a Renca o si deseas ir a Valparaíso. Allí podremos embarcarnos en el vapor, para irnos a Europa. Recorreremos juntos aquellas capitales: surcaremos los mares; andaremos en globos aereostáticos; veremos emperadores, reyes, príncipes, papas, condes, marqueses, cardenales i demas cosas de aquellas cor-

tes...¿Qué dices? ¿Por qué no me contestas? (*Se arroja a los piés de Mercedes*) ¡Respóndeme, alma mía! Veme aquí a tus piés, esperando de tu dulcísima boca mi sentencia (*Toma una mano de Mercedes, i estampa en ella un beso*).

### ESCENA VIII.

Dichos.—Doña Agustina.

D.<sup>a</sup> AGUST. (*Entra sin ser notada; i al ver que don Bruno besa la mano de Mercedes, comienza por santiguarse, haciendo mil aspavientos*) ¡Jesus, María i José! ¿Es verdad lo que veo?

D. BRUNO. (*Alzándose bruscamente*) ¡Vade retro, vieja bruja!

D.<sup>a</sup> AGUST. ¡Válgame la Virgen de los Siete Dolores! Ah! señor don Bruno! ¿Quién habia de creer que usted era un seductor de profesion?

D. BRUNO. Calle usted, por...

D.<sup>a</sup> AGUST. ¡Ave María! Me dice que calle, cuando lo sorprendo ahí a los piés de Mercedes, a quien tengo obligacion de cuidar, i cuido como a las niñas de mis ojos! Que yo calle, cuando veo que le toma la mano a la muchacha, i la besa, como si fuera el escapulario de la Virgen (Dios me perdone) ¿Es así como un tutor debe manifestarle su interes a su pupila? Verdad es que ella es una chiquilla, i que usted puede ser su bisabuelo; pero yo tambien sé que el diablo nos suele poner, a nosotras las mujeres, una venda en los ojos para que no veamos la vejez i la fealdad...

D. BRUNO. Señora! si usted no calla, yo no respondo de mí!

D.<sup>a</sup> AGUST. ¿I he de consentir yo, la dueña de casa, una inmoralidad tan grande?

D. BRUNO. Tengamos la fiesta en paz, Cuchita, i vamos por partes. En primer lugar, aquí no hai inmoralidad ninguna.

D.<sup>a</sup> AGUST. ¡Sí! ¡era una santidad lo que estaban haciendo!

D. BRUNO. Yo no hacia mas que manifestar mi amor a mi esposa...

D.<sup>a</sup> AGUST. ¡Su esposa, santo Dios! ¡Mercedes! ¿Es verdad lo que oigo?

MERC. Sí, señora.

D.<sup>a</sup> AGUST. ¡Por los clavos de Cristo! Aquí hai arte diabólico, sin duda alguna. (*A Mercedes*) Mira, niña, este hombre te ha dado algun filtro... Tú no sabes lo que son los hombres... Ah! son capaces de hacer pacto con el diablo, por hacerse querer de una muchacha bonita i sin esperiencia... ¿Cómo te atreves a casarte con este vejstorio?

MERC. Como usted me ha hablado siempre tan mal de los jóvenes, he creído llegar a ser feliz con una persona de edad.

D.<sup>a</sup> AGUST. Aquí hai filtro, sí, señor, hai filtro amoroso. (*A don Bruno*) I usted, hombre de Dios, ¿no echa de ver que si se casa con esta chiquilla, habrá de sufrir las penas del tacho en el fuego? Está con un pié en la sepultura i el otro en un pan de jabon, i así se mete a mayores con una muchacha sin seso, amiga del teatro, de los bailes, de las novelas...

D. BRUNO. Contenga esa lengua, señora; mire usted que...

D.<sup>a</sup> AGUST. ¡No estoi para mirar ni para ver nada! Ojalá tuviera cuarenta bocas, en todo mi cuerpo, i diez lenguas en cada boca, para hablar con todas ellas a un mismo tiempo! Convéncete, Mercedes, de que aquí hai arte diabólico! El demonio nos engaña siempre a las pobres mujeres, haciéndonos ver lo que no existe... Mira: si encuentras jóven a este viejo, te engañas... Es efecto de sortilejio... Si te parece bonito, no lo creas, porque es cosa de májia... Si te figuras que lo quieres, todo ese amor es pura mentira de Satanás. Sabe, hija mia que el diablo se lo vale para hacer estos matrimonios, en donde el picaronasos hace su cosecha...

MERC. No se canse en balde, señora: mi resolucion está tomada.

D. BRUNO. Ya lo ve usted, Cuchita; cálmese.

D.<sup>a</sup> AGUST. (*Hablando consigo misma*) ¡Es el filtro, Dios me libre! ¡He visto ya tantos casos como este! (*A Mercedes*) I a tí te advierto que este viejo es el mas embustero de los hombres, i que a mí misma, en un paseo que hicimos ahora años, a Renca, me ofreció tambien palabra de casamiento, debajo de una higuera, yo sentada en un

tronco, i él hincado a mis piés, jurando i perjurando, que daba compasion verlo (*A don Bruno*) ¿Se acuerda usted? Habia luna, tan clara como en la mitad del dia; i como yo no le creí, porque le veia la mentira pintada en la cara, usted se fué a no se dónde, i luego volvió, con la promesa de matrimonio escrita en un papel, firmada i todo. Pero (*A Mercedes*) ya vez tu como ha cumplido. (*A don Bruno*) No crea usted que esto ha de quedar así, porque ahí tengo la cédula guardada en el baúl; i si es menester, me presentaré en persona ante el señor Arzobispo, que sabrá hacer justicia a esta pobre mujer desamparada i martirizada con engaños i desengaños... Ah! ya no puedo mas! La Virgen de los desconsolados me sostenga! (*Se desploma sobre una silla i Mercedes va a socorrerla*) Aquí está patente la mano de Satanás.

D. BRUNO. (*Yendo a socorrer a doña Agustina*) Pobre mujer de todo le hecha la culpa al diablo. ¡Como si el pícaro de Satanás fuera capaz de hacer cosas tan buenas como ésta!

(*Cae el Telon*).

---

## ACTO SEGUNDO.

### ESCENA PRIMERA.

**Doña Agustina.**

(*Aparece sentada, en actitud de reflexionar, i puesta de codos sobre una mesa*) ¡Si, señor! Mientras mas pienso en ello, mas convencida quedo de que todo esto no es mas que el resultado de las arterias del demonio. ¿I quién otro si no él ha podido meterle en la cabeza a este viejo chocho la idea de que es capaz de inspirar una pasion volcánica?...¿I a quién? A una muchacha como Mercedes... Pero ella... ¿no se cree tambien enamorada? ¡Vaya! Si yo misma no lo hubiera visto con estos ojos... (*Se alza repentinamente del asiento*). ¡Es para volverse loca! ¡Ah! Lucifer! Lucifer! (*Entra*

*Mercedes sin ser vista de doña Agustina*). ¡Cuán bien sabes engañar a las pobres mujeres!... ¡Ellas... ¡Ah! de nosotras! ¡Siempre caemos en el garlito!

## ESCENA II.

**Doña Agustina.—Mercedes.**

- MERC.** ¿Todavía cree usted que mi amor no es verdadero?
- D.<sup>a</sup> AGUST.** ¿Tú amor? ¿I tú persistes en llamar amor a esa invención de Satanás? Créeme: una niña como tú no puede amar a un viejo solteron; i si te parece que lo amas, es porque don Bruno se ha valido de algun medio diabólico, de encantamiento o de májia, o qué se yo que con lo cual el demonio te pone una venda en los ojos para que no eches de ver ni la edad, ni la fealdad, ni el mal jenio, ni la avaricia de este malvado viejo.
- MERC.** Pero, señora, ¿quién le ha dicho a usted que yo no veo las canas i que no conozco los defectos de mi tutor?
- D.<sup>a</sup> AGUST.** ¿I apesar de eso, lo sigues amando?
- MERC.** Apesar de todo, porque no me enamora su figura...
- D.<sup>a</sup> AGUST.** Razon tienes para no amar su figura... Sin embargo, el amor entra por los ojos. Ahora yo quisiera saber qué es lo que ha podido enamorarte, en este vejestorio.
- MERC.** Sus buenas cualidades.
- D.<sup>a</sup> AGUST.** ¡Ah!
- MERC.** Porque ha de saber usted que el verdadero amor no entra por los ojos sino por el entendimiento.
- D.<sup>a</sup> AGUST.** Te equivocas de redondo, pues el amor no tiene entendimiento, razon por la cual una mujer, miéntras mas quiere a un hombre mas tonta se pone, hasta el punto de que cualquier hombre puede llegar a hacer cera i pabilo de nosotras las pobres mujeres, con solo inspirarnos un poquito de amor... No me digas que nó, porque tengo esperiencia i conozco el mundo... Ellos se muestran al principio solícitos i amantes, i mas dóciles que una malva; pero en cuanto se hacen dueños del corazon de una mujer, se alzan con el santo i la limosna, que es una iniquidad lo orgullosos que se ponen... ¡Entónces, aun cuando ellos descubran todos los

defectos que tenían ocultos, nosotras cerramos los ojos i nos empeñamos por revestirlos de las buenas cualidades que no tienen... ¡Mira, pues, si nos pondremos tontas al remate! I miéntras mas nos entontecemos, mas los amamos, i miéntras mas los amamos, mas tontas llegamos a ser, hasta que al fin el demonio nos empuja a cometer las mayores tonterías i disparates que... ¡Dios me perdone!... pero es preciso que el filtro que don Bruno te ha dado sea mui poderoso, para que te haya trastornado de esa manera.

**MERC.** Ya le digo a usted que mi tutor no ha menester de filtro para que yo lo ame. La dulzura de su caracter...

**D.<sup>a</sup> AGUST.** ¡Jesus María! Un hombre mas agrio que un membrillo verde.

**MERC.** La amabilidad de su trato...

**D.<sup>a</sup> AGUST.** ¡No he visto un hombre mas mal criado i descortés!...

**MERC.** Su mansedumbre...

**D.<sup>a</sup> AGUST.** ¡Pero, si es una alma de puerco-espín, Mercedes!

**MERC.** Su jenerosidad...

**D.<sup>a</sup> AGUST.** ¡Ah! es capaz de armar un escándalo, por medio centavo!... ¡No me digas eso a mí, que soi su ama de llaves!

**MERC.** Pues bien, señora, esto mismo prueba que mi amor es verdadero, pues, segun usted, el verdadero amor convierte en buenas cualidades los defectos de las personas que amamos.

**D.<sup>a</sup> AGUST.** ¡Dios mio! ¡Esto es para sacar de juicio a cualquiera! Jamas habia visto, en los años que tengo, un empecinamiento mayor (*Como hablando consigo misma, i retirándose poco a poco de Mercedes*). El boticario de enfrente ha preparado sin duda este filtro... Yo siempre he tenido a este boticario por un hereje, entregado en cuerpo i alma a Lucifer... Trasciende a azúfre, desde léjos... (*Tocándose la frente con el dedo índice, i bajando un poco mas la voz*). ¡Ah! ¡que idea! ¿I si yo le pidiera tambien un filtro para dárselo a don Bruno?... ¿No podria él olvidar a Mercedes, así como ésta ha olvidado a... Pero ahora que me acuerdo (*A Mercedes*), dime, niña ¿cómo es que, en pocos minutos, has podi-

do olvidar a ese mozo tan elegante i simpático, que te hacia señas desde la esquina?

MERC. ¡Ah! ¿Abelardo?

D.<sup>a</sup> AGUST. ¿Se llama Abelardo ese caballero tan bien plantado i tan airoso?

MERC. Sí, señora. Es verdad que lo quise, en un tiempo; pero ya estoy arrepentida...

D.<sup>a</sup> AGUST. ¿Por qué?

MERC. Porque usted me ha hablado siempre tan mal de los jóvenes, que al fin me he convencido de que debo elegir un esposo viejo.

D.<sup>a</sup> AGUST. ¡Qué muchacha tan sin malicia! No echas de ver que yo me refiero a esos mozos sin religion ni temor de Dios, que miran a las niñas como...

MERC. I como Abelardo me miraba siempre que me encontraba...

D.<sup>a</sup> AGUST. Pero estoy segura de que él no te miraba con mal fin...

MERC. Eso no lo sé. Lo cierto es que he roto con él.

D.<sup>a</sup> AGUST. Has hecho mal.

MERC. I he correspondido al amor de mi tutor.

D.<sup>a</sup> AGUST. Pues esto es mas malo todavía. ¿I las señas que ahora le hacías a Abelardo, desde el balcon?

MERC. Eran para decirle que no se presentara jamas ante mi vista.

D.<sup>a</sup> AGUST. Sin embargo, a mí me dijiste...

MERC. Yo no sé lo que le dije a usted... Tal vez me hicieron hablar los celos...

D.<sup>a</sup> AGUST. ¿Celos? ¿I de quién?

MERC. ¿I me lo pregunta usted, señora, cuando debiera comprender los sufrimientos de mi corazón, al ver como yo veía el cariño con que mi ingrato tutor la distinguía a usted?

D.<sup>a</sup> AGUST. ¡Por santo Tomas, que estoy viéndolo i no lo creo!

MERC. Si usted no cree en la verdad de mi amor, puede someterlo a prueba.

D.<sup>a</sup> AGUST. ¿Cómo?

MERC. Esa es cuenta suya: a mí me importa poco que usted crea o no.

- D.<sup>a</sup> AGUST. ¡Pero si no se me ocurre una manera de probar esto!...  
(*Paseándose en torno de la escena*) ¡Madre i señora mia del Cármen! ¡Virjen Santa de Andacollo! ¡Enviadme una idea!...Yo no sé por qué me sucede que cuando mas he menester de una idea, ménos se me ocurre...¡Santa Rita de mi alma, ilumíname! ¡Ánimas benditas del Purgatorio! ¡Le ofresco una misa a la mas necesitada de todas, porque se me ocurra una idea buena!
- MERC. No se canse en balde, señora. Mi resolucion está tomada, i aun cuando usted trajera aquí a Abelardo...
- D.<sup>a</sup> AGUST. ¡Sí! ¡eso es! Iré a buscar a ese mozo...Pero ¿Con qué pretesto? ¡Ánimas benditas!
- MERC. Aun cuando usted, por ejemplo, dijese que era a su pariente, i lo trajera a esta casa, so pretesto de que está mal alojado en la posada...
- D.<sup>a</sup> AGUST. ¡Ya dí en el quid! (*Tocándose la frente*). Ya tengo aquí la idea...La ánima me hizo el milagro, i le mandaré decir su misa. Iré a buscar a Abelardo; me finjiré su tia...
- MERC. ¡No irá usted, señora! Eso seria faltar a su deber.
- D.<sup>a</sup> AGUST. (*Arreglándose el manto para salir a la calle*). La voz de mi deber escucho, pues se trata de mi felicidad.
- MERC. Ahora está usted mas obligada que nunca a defenderme contra las asechanzas del Enemigo Malo.
- D.<sup>a</sup> AGUST. Pues, por lo mismo, traeré pronto a Abelardo. El te ama todavía; i yo veré si el demonio es bastante poderoso para apoyar el amor de dos jóvenes.
- MERC. Ya le he dicho que no amo a ese mozo.
- D.<sup>a</sup> AGUST. Te engañas, Mercedes. Las mujeres no olvidamos nunca el primer amor; i si a veces el astuto enemigo nos hace creer que lo hemos olvidado, es para que la engañada mujer se case con otro, a fin de tenerla asi presa entre sus garras hasta el fin de su vida...Dime ahora ¿en dónde vive ese bello muchacho?
- MERC. No se lo diré a usted jamas.
- D.<sup>a</sup> AGUST. No seas empecinada: mira que no es caridad hacer sufrir a un mozo que te quiere con buen fin, i al cual se le conoce la hombria de bien i la cristiandad, desde lejos. ¿Dime pues, dónde está su casa?

- MERC. Solo por verme libre de sus importunidades, le diré que pregunte en la talabartería de la esquina. No me pregunte mas, porque no obtendrá de mí, mas noticias.
- D.<sup>a</sup> AGUST. Con lo que ya sé, tengo de sobra para realizar mi idea, esta magnífica idea, que se me ha ocurrido, por interseccion de las ánimas benditas. (*Hace ademán de irse, a tiempo que don Bruno entra en la escena*).

### ESCENA III.

#### Dichos.—Don Bruno.

- D. BRUNO. ¿Qué es esto, Cuchita? ¿Va a salir usted? (*A Mercedes*). ¡Tú, alma mía...
- MERC. Estaba esperándolo, señor don Bruno...
- D. BRUNO. ¡Señor don Bruno! No me llames así, perla mía. Llámame Brunito.
- MERC. Eso será cuando nos casemos, pues ahora solo es mi tutor.
- D.<sup>a</sup> AGUST. (*Santiguándose de admiración*) ¡Habrás visto cosa igual!
- D. BRUNO. Pues te ruego entonces que me digas tutorcito.
- MERC. Mui bien... Mi tutorcito.
- D. BRUNO. ¡Qué niña tan graciosa! ¿No es verdad, Cuchita? Yo creo que ustedes han hecho ya las paces.
- MERC. Sí, señor.
- D. BRUNO. ¡Dale con señor! Sí, mi tutorcito, debiste decir. ¡Usted, Cuchita ¿qué dice?
- D.<sup>a</sup> AGUST. Yo no digo nada, don Brunito, sino que me conformo con mi suerte.
- D. BRUNO. Esa es una gran virtud, amiga mía, ¡basta para que yo la quiera mas.
- D.<sup>a</sup> AGUST. (*Secamente*) Poco me importa su cariño; ¡ya le he dicho a usted que si sigo permaneciendo en esta casa, es por el interés que Mercedes me inspira.
- D. BRUNO. Quien quiere a Mercedes a mí me quiere.
- D.<sup>a</sup> AGUST. ¡Oh! Entonces usted va a ser el hombre mas querido de Santiago... Pero yo tengo que salir... Hasta luego.

D. BRUNO. ¿A dónde va usted?

D.<sup>a</sup> AGUST. A ver a un primo mio que acaba de llegar de Ranca-gua.

D. BRUNO. No sabia que usted tuviera parientes en aquella ciudad.

D.<sup>a</sup> AGUST. Es un sobrino carnal, hijo de mi hermana mayor, la cual se casó a disgusto, con un escribano de aquel pueblo, i quedó mal con mi madre la pobrecita, razon por la que, hace muchos años que no nos vemos, i ni aun conozco a derechas a mis sobrinitos, los hijos de mi pobre hermana, que al fin murió de pesar, por la malísima vida que le dió aquel malvado escribano, el cual segun dicen, era un viejo avaro, de malísimo jenio, i tan lleno de mañas, que..... (*Aparte.* ¡Ánima milagrosa, ilumíname!) que... ¡vaya! que, en puridad de verdad, a mi no me admira esto, porque es lo que sucede, cuando las niñas no hacen caso de las advertencias de sus mayores, i se encaprichan por un hombre, mayormente cuando éste es un viejo feo, inútil, inservible...

D. BRUNO. Pero, Cuchita, i lo del sobrino ¿en qué ha quedado?

D.<sup>a</sup> AGUST. (*Aparte.* ¡Ánima bendita! te ofrezco ademas un responso). Decia, pues, que, en cuanto recibí la carta.....

D. BRUNO. ¿Qué carta?

D.<sup>a</sup> AGUST. La que me escribió mi hermana...

D. BRUNO. Pero ¿no dice usted que murió?

D.<sup>a</sup> AGUST. ¡Ah! sí; murió la pobrecita... (*Aparte.* Tengo un susto, que casi no me deja hablar). I despues que mi pobre hermana murió...

D. BRUNO. La enterrarian, sin duda... Pero esa carta...

D.<sup>a</sup> AGUST. Sí, señor, la carta... Eso es lo que yo le iba a decir... La escribió mi hermana ántes de morir, i en ella me recomienda la pobre a su hijo mayor, Abelardo... el cual acaba de llegar a Santiago.... I como usted sabe que la sangre tira a la sangre, voi a verlo. (*Aparte.* Ya salí, gracias a la Virgen santa).

D. BRUNO. Está bien, Cuchita; vaya usted a ver a su sobrino; i si es que yo pueda serle útil...

D.<sup>a</sup> AGUST. Le acepto, amigo mio, porque...

D. BRUNO. Con tal que no sea cosa de dinero, pues los tiempos que corren...

D.<sup>a</sup> AGUST. Mi sobrino no ha menester de dinero, porque su padre le dejó con que vivir.. quiero decir su madre, porque ella fué la que murió... Pero como el muchacho no tiene relaciones en la capital, está alojado en una miserable posada, i yo no puedo permitir esto...

D. BRUNO. ¿I qué piensa usted hacer?

D.<sup>a</sup> AGUST. Aprovechar el ofrecimiento de usted i traer aquí a mi sobrino...

D. BRUNO Pero, Cuchita...

D.<sup>a</sup> AGUST. Para que aloje aquí en casa...

D. BRUNO. ¡Oh! En cuanto a eso...

D.<sup>a</sup> AGUST. Nada tiene usted que decirme; esto i segura de su buena voluntad.... Voi al momento a buscar a Abelardo.  
(*Hace ademán a salir*).

D. BRUNO. Cuchita, óigame usted... La estrechez de esta casa no permite...

D.<sup>a</sup> AGUST. ¿Es decir que usted se arrepiente de sus ofrecimientos?

MERC. (*A doña Agustina*) ¿Cómo es eso, señora? ¿Cómo se atreve usted a poner en duda la jenerosidad e hidalguía de mi futuro esposo?

D.<sup>a</sup> AGUST. Yo no dudo, Mercedes... Yo sé lo que vale la palabra de don Bruno.

MERC. ¡Pues yo no permitiré jamas que nadie dude de su palabra!

D. BRUNO. No te exaltes, Merceditas..... Yo soi jeneroso..... soi hombre de palabra... pero es el caso que...

MERC. (*A don Bruno*) ¡Nó! Yo no puedo permitir que a usted no se le tenga por el hombre mas noble i jeneroso de la tierra... Si le doi mi mano, es porque esto i segura de las buenas cualidades que lo adornan (*A doña Agustina*) I usted, señora, vaya a buscar a su sobrino, segura de que se le dará aquí alojamiento, siquiera ello sea por caridad.

(*Váse doña Agustina*).

#### ESCENA IV.

Don Bruno.—Mercedes.

MERC. Vé usted, tutorcito mio, como ya he comenzado a cuidar del buen nombre de mi futuro esposo?

- D. BRUNO. ¡Ai, hijita de mi alma! Te agradezco tu buena intencion. Pero tú conoces poco el mundo, i no sabes que las mujeres suelen causar grandes males a sus maridos, solo por cuidar demasiado de su honor i buen nombre.
- MERC. (*Con aire de resentimiento*). Señor don Bruno, si no le agrada a usted que ese mozo se aloje aquí...
- D. BRUNO. No te enojés, alma mía, con tu Brunito, que te adora... Te prometo que ese muchacho será hospedado aquí, como tú lo deseas.
- MERC. Yo no deseo nada, señor; i usted puede hacer lo que le plazca, en su casa.
- D. BRUNO. ¡Válgame Dios! No te enojés, prenda de mi corazón! Mira: en cuanto me dijistes que deseabas tener coche...
- MERC. (*Con coquetería*) ¡Ah! ¿Se acordó usted de mi encargo?
- D. BRUNO. No he dejado sin visitar ninguna carrocería de Santiago. Pero estos carroceros son todos unos judíos, i piden por un coche el valor de una estancia.
- MERC. A mí me importa muy poco eso de que los carroceros sean o no judíos: lo que me interesa es saber si ya tengo coche.
- D. BRUNO. Lo tienes, hijita...
- MERC. ¿Con caballos?
- D. BRUNO. Sí, mi alma!
- MERC. ¡Muy bien! Esto es para mí una prueba de su amor... Ahora es preciso buscar el cochero, con librea, con escarapela...
- D. BRUNO. No hai necesidad de buscar cochero, hijita.
- MERC. ¿Lo tiene ya usted?
- D. BRUNO. Lo tiene el coche.
- MERC. ¿Es decir que usted me ha comprado coche, con cochero i todo?
- D. BRUNO. Nó, mi vida, si no que he alquilado el coche con caballos i todo...
- MERC. ¡Ah! ¡Coche de alquiler! ¿Cómo quiere usted que yo monte en un coche prestado? Me moriria de vergüenza.
- D. BRUNO. Guarda, Mercéditas, tu vergüenza para otras cosas.
- MERC. Ya verá usted como no me falta vergüenza para esto i mucho mas. Me arde la cara, con solo pensar que usted puede no comprarme las mejores joyas de Santiago;

que no se hable por ahí de mis preciosas parejas de caballos; que las demas mujeres no envidien mis costosos atavíos; que...

D. BRUNO. ¡Virjen Santa del Carmelo!

MERC. ¿Se asusta usted? Pues entónces no hemos hablado nada, i yo iré al convento.

D. BRUNO. ¿Otra vez con la idea de...

MERC. Sí, señor. No me gustan los términos médios: ¡O el mundo o el cláustro; o los brillantes aderesos, o las tocas monjiles!

D. BRUNO. ¡Qué trabajo de niña! Pues bien, tendrás todo eso...

MERC. Pero ha de ser pronto. ¿Le parece a usted que sea de tono esto de andar en coche prestado?

D. BRUNO. ¿Tono? No entiendo...

MERC. Yo se lo esplicaré. El tono, el buen tono, consiste en ir al paseo, no por ver el paseo, sino porque la vean a una allí, luciendo ricos vestidos, coches i caballos; deslumbrando a todas las envidiosas con nuestras joyas i pedrerías...

D. BRUNO. ¡Ah! ¡ya entiendo! El tono viene al fin a ser todo lo contrario del tino.

MERC. Se engaña usted, tutorcito mio, pues en el tono que gastan se conoce el tino de muchas personas para hacerse valer en sociedad...

D. BRUNO. Sí... conozco muchos tunos de tono.

MERC. Las mujeres, sobre todo, como que estamos obligadas a enaltecer i honrar a nuestros esposos, somos las que debemos gastar mayor lujo, para brillar mas, con el noble fin de conservar incólume el buen nombre de nuestros maridos.

D. BRUNO. ¿De veras? Pues ahí tienes una cosa que yo no me habia imaginado jamas.

MERC. Porque no ha sido usted casado; pero ello es tan razonable como que ésta es la conducta de nuestras mas respetables matronas. I de nó, atíendame usted un momento. Cuando una mujer pasa por esas calles, a medio vestir i en un coche prestado ¿le parece que será honroso para su marido que la apunten con el dedo? Pero si ella va en su propio coche, tirado por fogosos

caballos... cuando va hundida en cojines de seda, i envuelta en pieles i cachemiras, entónces...

D. BRUNO. ¡Oh! entónces debe gastarse mucho, Merceditas de mi corazon!

MERC. Quien sabe amar, sabe gastar... Entónces es cuando se conoce el amor del marido, i cuando se echa de ver el empeño que una buena mujer toma por hacer honor a su digno consorte, pues el brillo que ella lanza con sus diamantes, rubíes i topacios se refleja en el hombre a quien pertenece.

D. BRUNO. ¡Ah! ¡se refleja!

MERC. I le juro que yo seré mujer mui celosa del buen nombre de mi esposo.

D. BRUNO. ¡Oh! en cuanto a eso... (*Aparte.* No sé que decir... Esta niña desea honrar mi nombre mas de lo que yo quisiera.)

MERC. Así espero que usted me encargará un coche a Europa...

D. BRUNO. ¿A Europa? Te puedo comprar uno aquí.

MERC. Ese que me ha de comprar aquí, servirá para el diario.

D. BRUNO. ¡Es decir, dos coches!

MERC. ¡Nó, señor! ¿Qué haria yo con dos coches solamente, como la mujer de cualquier hacendado en ruina? Necesitamos ademas otro coche...

D. BRUNO. ¡I van tres!

MERC. Que sea bien firme, para nuestros paseos a la chacra.

D. BRUNO. Pero es el caso que no tenemos chacra.

MERC. Pues se compra una, i santas pascuas.

D. BRUNO. I si he de emplear todo mi dinero en caballos, coches i joyas, ¿con qué compro la chacra?

MERC. ¡Qué hombre tan para nada es usted! I así quiere que una mujer como yo se case con él! ¿qué mas tiene que comenzar por comprar la chacra, i luego hipotecarla en el banco para comprar coches, caballos i joyas? ¡Ah! ¡tutorcito de mi alma! Ya me parece que me veo en mi landó, rodeada de libreas, con sus sombreros de escarapela... I luego será cosa de ver aquellas parejas de caballos simétricamente pintados, i adornados con arreos llenos de cadenas, hebillas i pasamanos de plata. Ya me figuro oír qué dicen, mostrando mi

coché con el dedo: «¡ahí vá la esposa del rico don Bruno!» Dígame ahora: ¿le parece que esto es poca honra para un marido?

D. BRUNO. (*Aparte.* ¡Dios mio! ¡Qué va a ser de mí!)

MERC. I al verime tan ricamente adornada ¿cuántas mujeres no me harán gozar con sus envidiosas miradas? ¿Cuántas no serán las conquistas que haré, en el teatro, en el paseo, en...

D. BRUNO. ¡Conquistas! ¿qué significa eso, pichona mia?

MERC. Eso significa que habrá mil jóvenes que se prenderán de mí...

D. BRUNO. ¡Oh! Eso ya es otra cosa...

MERC. Pero no tema usted, porque yo contestaré a todos, sin hacer victorioso a nadie, distribuyendo entre mis adoradores las miradas, las sonrisas, las cortesías i las señas de intelijencia que el buen tono exige.

D. BRUNO. ¡Vaya! ¿Con que tambien es cosa de buen tono esto de que la mujer de un hombre pacífico haya de metorse a conquistadora?

MERC. La coquetería fina i delicada de una mujer discreta acrisola la honra del marido.

D. BRUNO. (*Aparte.* ¡Vaya que las mujeres de estos tiempos tienen una manera bien orijinal de acrisolar la honra de sus maridos!) Mira, Merceditas, en cuanto a lo de las alhajas, pase; mas por lo que toca a eso de meterte a conquistar...

MERC. ¿Pero no vé usted, tutorcito mio, que yo no aspiro mas que a conquistar laureles para mi esposo? ¿Qué gracia hace un hombre, con poseer el amor de una mujer a quien los demas hombres desprecian? Esto lo consigue cualquier marido de escaso mérito. Lo importante es vencer, en la lid del amor; i si yo quiero parecer bella, ante todos los hombres, es para coronarlo a usted con los laureles de la victoria.

D. BRUNO. ¡Nó, hijita, por Dios! Déjate de coronas... Casémonos así, a la antigua...

MERC. (*Con finjida exaltacion*) ¡Eso si que nó! Nos hemos de casar a la moderna, i hemos de vivir a la moda.....

D. BRUNO. No te exaltes...

- MERC. Abriremos nuestros salones; recibiremos visitas; daremos tertulias...
- D. BRUNO. Mui bien; pero eso será cuando...
- MERC. Comenzaremos hoy mismo... Ya tengo convidadas a varias personas...
- D. BRUNO. ¿Estás loca?
- MERC. ¡Oh! ¡Qué hombre tan grosero!...
- D. BRUNO. ¿Qué dices?
- MERC. Que si estoy loca, usted no debe casarse conmigo.....
- D. BRUNO. Ya se enojó otra vez.
- MERC. Usted no me ama: déjeme irme al monasterio...
- D. BRUNO. (*Aparte.* ¡Pobrecita! El despecho la hace hablar). Si te amo, alma mia... pero se me salió esa palabra, sin pensarlo.
- MERC. (*Sollozando*). El hombre que ama piensa siempre antes lo que dice.
- D. BRUNO. (*Aparte.* ¡Como me quiere la pobrecita!) ¡No llores paloma mia! Tu Brunito se arrepiente de lo que ha dicho... Oyeme: te quiero mas que a mi vida.
- MERC. Pero no mas que a su dinero.
- D. BRUNO. ¡Mas! ¡mas que a todo!
- MERC. Obras son amores..... i yo veo que sus obras no son buenas.
- D. BRUNO. (*Aparte.* I lo que sabe la pícara!) Pues te prometo mejorar mis obras... Hagamos las paces.
- MERC. No quiero! (*Le da vuelta la espalda, i suelta la risa, comprimiéndola i poniéndose el pañuelo en la cara, para hacer creer a don Bruno, que está llorando*). ¡Al convento, al convento!
- D. BRUNO. (*Aparte.* Cuando ellas dicen no quiero, i lloran, es por que estan derretidas.) No llores, mi alma (*Aparte.* Quiere que la rueguen). Serénate; hijita.
- MERC. ¡Si! ¡Lo que usted hace es para que una mujer esté tranquila!
- D. BRUNO. ¿Pero qué es lo que yo hago, mi alma?
- MERC. Manifestarse mezquino; i un hombre así, será siempre un mal marido... Prefiero el convento...
- D. BRUNO. ¡Dale con el convento!
- MERC. ¡Como si yo le pidiera un imposible! ¡Como si todas las mujeres que saben amar a sus esposos no hicieran lo

mismo! (*D. Bruno trata de tomarle una mano*) Nó! no me toque usted, porque ya he cambiado de parecer.

D. BRUNO. Oye, mi vida...Tendrás cuanto quieras...

MERC. (*Huyendo*) No le creo a usted. Ahora mismo he de estar en el monasterio.

D. BRUNO. (*Persiguiéndola*) Tendrás coches, caballos, libreas, escarapelas, como las mejores de esta República de Chile! Te encargaré vestidos i joyas a Europa i a Paris i Lóndres... Te compraré una linda casa; darás bailes; habrá tertulia i ambigú permanente, i gastarás todo cuanto tengo... Todo, hijita, todo, todo! (*Vánse*).

(*Cae el telon*).

---

---

## APUNTES BIOGRAFICOS.

CÁRLOS GREZ TORRES.

(PREMIADA EN EL CERTÁMEN DE SETIEMBRE).

---

La ciudad de Talca ha producido un buen puñado de intelijencias, que hacen honor a la marcha próspera i feliz de nuestras letras.—Cárlos Grez nació en esta ciudad, el año de 1852.

Hijo de don Ventura Grez i de doña Rosario Torres, heredó toda la chispa picaresca i festiva de su abuelo, el doctor Torres de memorable recuerdo entre nosotros, tanto por su carácter franco i leal, cuanto por sus conocimientos en la difícil profesion que escogiera.

Las familias Torres i Grez, son conocidas en Chile por el número de miembros intelijentes que cuentan. Cárlos Grez, fué pues, mui digno de su notable familia.

Cárlos Grez no recibió una instruccion esmerada, ni siquiera una regular educacion: pero era tal i tan ardiente su amor por la lectura que, aunque ciertas pasiones le dominaban deplorablemente, encontraba tiempo para leer las mejores i escogidas obras del mundo científico i literario. Era un cerebro a lo Lope de Vega; pues como él, solo escribía para desahogar su mente, i como ese jénio, olvidaba trabajos de hoy, para emprender, ébrio de inspiracion, las tareas del siguiente dia.

I en efecto, tarea difícil es, si no imposible, dar una idea aproximada siquiera, de los innumerables trabajos de imaginación que nos ha dejado la pluma raramente fecunda de nuestro amigo. Artículos biográficos, bibliográficos, críticos, etnográficos, dramas, novelas, crónica, poesía, etc., etc., todo, todo abarcaba aquella inteligencia infatigable i superior.

Su autor favorito era Byron, el hombre de los sentidos, cuyo corazón no encontró mas confidente en su camino, que el odio i la desesperación, ni otro amigo que un perro.

Mui joven aun, Grez habia colaborado en algunos periódicos literarios de la capital, i últimamente en «El Alba» i «El Pensamiento,» con humorísticos i chispeantes artículos. Por ese tiempo, las publicaciones de provincia se honraban ya con sus producciones.

Cuando el Cabildo Eclesiástico fundaba en Santiago el órgano oficial de sus ideas, bautizado con el emblemático nombre de «El Estandarte Católico,» Grez entraba a ese diario en calidad de redactor de crónica i traductor de la revista parisiense, a entera satisfacción de ese directorio. Pero Grez, parece que no participaba de esa satisfacción; pues, bien luego se trasladaba a Valparaíso, como cronista i traductor tambien de «El Deber» (diario radical), teniendo a su cargo además, la sección literaria.

Olvidábamos decir que Grez poseia perfectamente el francés, i los clásicos de ese imperio de la inteligencia, le eran bien familiares.

La sección literaria de nuestra referencia, era una revista completa de los sucesos notables de la semana, acaecidos en el mundo literario, o en la política interna de nuestro país. Fué ahí donde Grez dió a conocer sus raros talentos, i fué ahí tambien, donde encontró su fama: pues esa sección, bautizada por él, con el modesto título de *Pinceladas*, le dió un envidiable renombre entre nosotros, i quien sabe si un poco mas allá.

Como cronista era reputado el primero en Chile, despues de su amigo i colega Rómulo Mandiola que hace leer esa sección en «El Estandarte.»

Cárlos Grez hacia durante esta época, hermosas e inspiradas composiciones en verso, que publicaba en «La República,» «Deber» o «Independiente.» Las mas notables, a juicio de los entendidos, son: *Al Mar, Este soi yo*, dedicada a Rómulo Mandiola, i *Al Amor*.

En todas ellas se revela el poeta de sentimientos nobles i elevados; el poeta que retrata, por decirlo así, las ardientes palpitaciones del corazon i vácia sobre el papel, los sentimientos mas puros del alma; las creencias mas íntimas i sinceras de un espíritu viril. En la primera, sobre todo, hai algo, sino mucho, del maestro Quintana, cantando ese mismo océano imponente i aterrador.

Sentimos, de todas veras, no poder dar una muestra siquiera, de estas tres grandes composiciones; pero la anarquía, el desórden que prendia las acciones de aquel espíritu intranquilo, adusto, inquieto, nos impide darnos este placer.

Cárlos Grez no tuvo jamas un solo amigo, en el sentido propio de la palabra, ni conoció los encantos arrebatadores i las ternezas magníficas, que pródiga nos arroja la mujer, en cuyo obsequio, abandona anhelante el hombre, las poquísimas dulzuras de la vida. ¡Talvez por eso, él no creyó jamas en la felicidad!

«Me imagino, decia don Mariano José de Larra, que, el mayor mal que puede suceder a un hombre, es que una mujer le diga que le quiere; si la creeres un martirio; sino la cree... Bienaventurado aquel, a quien la mujer dice: no quiero; pues ese al ménos, oye la verdad,» i lord Guillermo Byron: «Que invente un placer nuevo, desconocido para mí, i entónces pensaré que existe.» Cárlos Grez pensaba con esos dos sublimes descreídos, que la mujer es incapaz de fijar la atencion de los intelijentes.

Grez fué tambien autor dramático. Escribió e hizo representar, en uno de nuestros teatros, *Marieta* i una petipieza de gran mérito, titulada *La Crítica de Marieta*. Los que vieron representar i conocen estas dos piezas, nos informan, que el drama es de un mérito dudoso; pero que la petipieza es de grandísima importancia literaria. Nosotros no las conocemos i por esto nos limitamos a citar dichos trabajos.

El año 74, la Academia de Bellas Letras, encontró en su certámen anual, en la seccion dramática, un trabajo de Grez, que tituló *El Triángulo*. El señor Barros Arana lo motejó de un poco largo; pero lo invitó a corregirlo, asegurándole el éxito.

Nos parece que éste es su mejor i mas cumplido elogio.

Grez no era hombre de pulir sus composiciones, ni mucho ménos un drama, que reclama meditacion i estudio. No corrigió pues, la pieza en cuestion i aun permanece inédita.

Cuando las fracciones liberales se unieron, bajo la denominacion de *Alianza Liberal*, para elevar a la suprema majistratura al

señor Pinto, Grez Torres, corria a las armas i se batia con denuedo i valentia, en los comicios, en la prensa, en los corrillos, en fin. Escribia entónces en «La República,» cuyo directorio lo envia bien luego a las provincias, a conquistar con su pluma fecunda i su voz de tribuno elocuente, los auxiliares indispensables, para el triunfo de aquella idea.

Pero cuando el que esto apunta, vió casi con asombro desplegar toda una pasmosa actividad a Grez, fué dos meses ántes de su muerte. Escribia por tercera vez en «La República,» i este diario, que por entónces atravesaba una situacion difícil, tuvo que hacer economias, i confiar a un solo individuo, a Cárlos Grez, la crónica, seccion literaria, traduccion, correccion de puebas, etc., etc. Quien conozca las tareas de la prensa diaria i sepa cuanto trabajo importa el desempeño de uno solo de esos cargos, comprenderá de cuánta intelijencia es necesario disponer i qué facilidad se necesita para dar abasto en unas cuantas horas, a tantas i tan complicadas ocupaciones.

Componia además, un poema titulado *Yo tambien soi don Juan* i una refutacion a la crítica apasionada i de secta de las poesías de Torres Arce, hecha por Rómulo Mandiola. I, no obstante, ¡maravillosa fecundidad! Grez tenia tiempo para asistir al teatro, al Circo, a los paseos públicos.

En efecto, Carlos Grez poseia una pasmosa facilidad para escribir. Su estilo es nervioso i seguro.

Sus escritos tienen mas de la chispa del señor Vicuña, aunque no toda su velocidad. Con esto no pretendemos hacer creer que la chispa de Grez proyecte mas luz que la del señor Vicuña; nó, un monton de fuego calienta i alumbra mas, que una sola braza, aunque ardiente i llena de vida.

Talvez este imprudente recargo de trabajo, minó la salud ya quebrantada de Grez, i la arrastró hasta el lecho. Los facultativos comprendieron inmediatamente, que ese físico trabajado i terriblemente debilitado, era inabordable para la medicina. I efectivamente, la vida azarosa de Grez le colocó en la situacion de tener que sucumbir al primer ataque de enfermedad.

Ocho dias solo duró el mal, despues de los cuales exhalaba su último aliento, rodeado de amigos i parientes; pero en el triste i sombrío lecho de un hospital!

Cárlos Grez murió como habia vivido: no reconoció jamás do-

micilio. El mundo era su albergue i murió en el albergue universal.

¡Aun no enteraba 26 años!!

Triste, mui triste es tener que apuntar el principio i el fin de un amigo querido; pero es mas triste aun, dar el pésame a las letras de nuestro pais, deplorando la estincion de una intelijencia distinguida, que pudo ser una brillante estrella, colocada en medio del firmamento literario!

Pero ¡qué hacer! consolémosnos amando i practicando alguna teoria rejeneradora de la humanidad i purificadora del cristianismo.

Esperemos.

1878.

WASHINGTON ALLENDE S.

---

---

## POESIAS.

---

Adda.

(DEL POETA ALEMAN LUDOVIG KLEIN.)

And like music of waters  
Is thy sweet voice to me.

BYRON.

Rie i las notas de su franca risa,  
Son claras, melodiosas, placenteras,  
Cual si de blancas perlas un collar  
En rica copa de cristal cayera.

Habla i su voz es el sentido arruyo,  
De la tórtola amante entre las ramas,  
Es un idilio de ternura, un verso  
Que el alma i los sentidos nos embarga.

Parece que el rubí que hai en su boca,  
Con armonía májica vibrara,  
I devolviera el éco cadencioso  
De misteriosa música lejana.

Su voz despierta los recuerdos gratos,  
 I del puro incensario de su alma,  
 El pensamiento brota i cual perfume,  
 Al mortal llega que logró escucharla.

Mira i la casta luz de sus pupilas,  
 La paz a su alrededor feliz derrama;  
 Se callan las pasiones miserables,  
 Con tan solo un instante contemplarla.

I al querer encontrar fraces ardientes,  
 De tropical amor para adorarla,  
 El labio calla, pero los latidos  
 Del palpitante corazon le hablan!

HORTENSIA BUSTAMANTE DE BAEZÀ.

Santiago, marzo 23 de 1880.

---

## HOJAS SUELTAS

DE LUIS A. VALENZUELA O.

I.

### QUIEN SOL.

Soi leve gota en el torrente inuenso  
 De seres i de nombres, que en su curso,  
 Entre penas i angustias despeñado  
 Al hondo abismo de la nada va.

Yo soi el árbol que carece de hojas  
 I que en rudo desierto se levanta  
 Bajo el astro de fuego i por do quiera  
 Busca la sávia sin poderla hallar.

Yo soi de leve polvo frájil grano  
 Que en el revuelto torbellino jira,  
 I de la tempestad entre las alas  
 No sabe de do viene ni a do va.

Yo soi la nube misteriosa i triste  
 Que allá, sobre el confin del horizonte  
 Con turbio manto con crespon sombrío  
 Vela su ingrata, ennegrecida faz.

Yo soi de noche oscura sombra vaga,  
 Yo soi de oculto templo luz mortuoria,  
 Soi el jemido que en el aire muere,  
 Yo soi la seca espuma de la mar.

Mas yo no envidiaria de los ánjeles  
 El supremo poder ni la ventura,  
 Si solo me mirase, i si me amara...  
 Insensata ambicion, ¿a dónde vas?

Setiembre de 1878.

---

II

LA SUEGRA

(SONETO CON RIMA FORZADA.)

Vive Dios! que mi suerte está *maldito*,  
 Maldita, sí, señor, i sin *remedio*!  
 Ai! misero de mí que en vano *asedio*  
 Por puertas i ventanas a mi *Rita*.

I si feliz la atrapo me la *quita*  
 La furia de una suegra que da *tedio*:  
 Yo apelo a mi bolsillo i no hai ni *medio*  
 Con que alhagarla i embromar la *pita*.

Un dia por milagro la hallo *sola*,  
 Ella me abraza i, sin mentir, se *alegra*  
 Hasta olvidarse sacudir la *cola*;

Pero, ¡ah! triste ilusion, fortuna *negra*,  
 Mas frágil que la flor de la *amapola*,  
 Pues a mi espalda apareció la *suegra*.

Diciembre 8 de 1878.

---

III.

AL PERÚ.

(AL SÁBER LA NOTICIA DEL COMBATE DE IQUIQUE).

Mientes, si últras nuestras naves, mientes,  
 Porque el bajel que el tricolor ondea  
 No se rinde jamas en la pelea,  
 Ni caen prisioneros sus valientes.

I, si sobre él furiosa se desrumba  
 Fuerza jigante que vencer espera,  
 Por no plegar vencida esa bandera,  
 En los abismos buscará su tumba.

Allí, pues solo el piélago profundo  
 Alcanza a sepultar nuestros bajeles,  
 Que nacen coronados de laureles  
 Í que fenecen admirando al mundo.

O bien alzando el inflamado vuelo  
 En flamijeras alas suspendidos,  
 Cual jigantes de llamas revestidos,  
 Irian a encontrar sepulcro al cielo.

Jamás ninguno presentó la espalda  
 No han impreso esa infamia en nuestra historia;  
 ¿No adviertes fatigado con su gloria  
 El nombre vencedor de la Esmeralda?

24 de Marzo de 1879.

---

## IV.

## MISTERIOS DEL CORAZON.

¿Por qué ahora cuando gozo  
Un cielo al verte, querida,  
Abre el recuerdo la herida  
Que el tiempo alcanzó a cerrar?  
¿Por qué cuando sufre el hombre  
Recuerda el placer pasado,  
I cuando goza, a su lado  
Ve el recuerdo del pesar?

Junio 20 de 1878.

## V.

## QUIZAS SUEÑO.

Cuantas veces pensan lo he propuesto  
Besarle una mano,  
Cuantas veces tambien he querido  
Decirle que la amo.

Otras mi alma saliendo del cuerpo  
A su alma ha volado,  
Mis pupilas anciosas procuran  
Hallar su retrato.

Mas me digo: no sea esto un sueño  
I en gozo tan alto  
La ventura del beso me quite  
Mi dulce letargo.

Enero del 77.

## VI.

## SUEÑOS.

Apenas en mi lecho reclinado  
 Invoco al dulce sueño,  
 Acude tu memoria i no me deja  
 Hasta que estoi despierto.

Año de 1877.

## VII.

## AL VERTE.

En columnas de llama hunde su frente  
 El sol todas las tardes,  
 Así siento que al verte mi alma tiembla  
 I en hogueras de amor vuela a ocultarse.

Año 1877.

## VIII.

## A ELLA.

En la azulada esfera resplandece  
 De blanca luz magnífica cortina  
 I en su carro de lumbre  
 La luna a ocaso sus caballos guia.  
 El mar i tierra en calma, el cielo hermoso,  
 Natura en esta noche está tranquila,  
 I ni el aire travieso  
 Las ramas de los árboles ajita.  
 Un hombre solitario sobre el muro  
 Del templo majestuoso se reclina,  
 Parece que impaciente  
 Espera el resplandor del nuevo dia.  
 De súbito entre sombras se adelanta  
 Una mujer, al parecer bellísima,  
 El jóven corre a ella  
 I entre sus brazos con amor la liga.

¡Infeliz! que al tocarla presuroso  
 Como aire se evapora ante su vista,  
 I el lúgubre suceso  
 De la razon al desgraciado priva.

Aquella era una sombra que en las horas  
 Vagaba de la noche entre las ruinas  
 De incógnito sepulcro...  
 ¿Sabes lo que este sueño pronostica?

Mayo del 77.

---

IX.

MI TITULO DE ABOGADO.<sup>50</sup>

Si el corazon<sup>2</sup> condolido  
 En vano ayer se ajitaba,  
 En vano evitar ansiaba  
 Un ¡ai! siquiera, un jemido;  
 La lei sagrada me da  
 Su escudo i su espada ahora  
 Ya puedes, oh! alma, al que llora  
 Una lágrima enjugar.

Abril 12 de 1880.

LUIS A. VALENZUELA O

---

**A AURORA EN SU CUMPLE-AÑOS.**

Recibe benigna, Aurora, estos versos  
 que yo te dirijo con todo mi amor!  
 Acepta, te ruego, estas pálidas<sup>2</sup> flores  
 con lánguidas hojas de hiedra flexible  
 que enlazan cabellos de negro matiz...  
 Son ínfima ofrenda a suprema belleza,  
 latidos suaves de mi corazon!

Hermosa la natura  
i el ancho firmamento  
la gloria i el contento  
esparcen por do quier.  
Las flores te saludan  
bañadas de rocío  
i alegre el labio mio  
sonrie de placer.

Las aves i las fuentes  
i el céfiro i la brisa  
tu nombre con sonrisa  
murmuran a la par.  
Pintadas mariposas  
en torno de tí jiran  
i todas te suspiran:  
«anjélica beldad:

Así vayan pasando  
felices tus abriles  
cual sueños infantiles  
sin marchitar tu sien;  
i siempre el viento blando  
que sople tu barquilla,  
preciosa florecilla  
del celestial eden!»

LUIS A. LUCO VALDÉS.

---

### LA NOCHE.

Las sombras nocturnas  
se estienden do quier:  
la estensa pradera  
se torna invisible  
i el monte elevado  
mui pronto tambien.

Las aves ya mudas  
dormitan entónces;  
los hombres descansan  
tranquilos así.

I llega la brisa  
rozando las hojas  
del bosque sombrío.  
La fuente que mana  
oculta murmura  
i el duende en silencio  
*penando* dibuja  
su sombra fugaz.

I todo reposa  
i el áura nocturna  
concluye tambien...  
Asoma la luna  
mui luego i serena  
refleja en la fuente  
su pálida luz.

LUIS A. LUCO VALDÉS.

---

---

# EL TUTOR I SU PUPILA.

COMEDIA DE COSTUMBRES, EN CUATRO ACTOS.

POR D. BARROS GREZ.

---

## ACTO TERCERO.

### ESCENA PRIMERA.

**Don Bruno.**

¡Oh, amor! amor! ¡Cuánto me cuestas! He tenido que trabajar como un negro para reducirla a la razon. Yo no sé qué mala yerba ha pisado esta muchacha... Pero al fin ha cedido, i es menester obrar con prontitud para que no se arrepienta... Verdad es que le he prometido hasta las estrellas del cielo: mas como las promesas no empobrecen a nadie, nada tengo que temer. Una vez que ella sea mi mujer, entrará en razon, mayormente cuando ella vea que yo soi hombre de carácter i sostenido, en esto de gastar. Ahora por lo que toca a eso de las conquistas... ¡Habrás visto muchacha mas inocente!... ¡Venir a notificarme aquí, en mis barbas, i ántes de casarse, la manera como piensa vivir! Já! já! já! Es como si me quisiera jugar cantado. ¡No es nada! Quiere conquistar amantes para coronarme de laureles. ¿I para eso he de comprarle joyas i sederías? ¡Ah! ¡mujeres conquistadoras, que os adornais lujosamente, por honrar el nombre de vuestros maridos! Ellas

hacen las conquistas, i ellos cantan victoria, pagando cuentas sobre cuentas, que es como si compraran el cordel con que han de ahorcarlos... Nó, señor; no será el hijo de mi madre el que permita estas conquistas de Satanás en mi casa. En cuanto nos casemos, la encerraré en casa, i santas pascuas; i cuando quiera salir a hacer conquistas, le cantaré aquella cancion de: «la mujer honrada, la pata quebrada.»

## ESCENA II.

**Don Bruno.—Mercedes.**

**MERC.** ¿Qué decia usted, tutorcito mio?

**D. BRUNO.** ¡Ah! ¿Eres tú? Decia que..... Estaba dudoso entre comprarte un coche abierto, o cerrado.

**MERC.** Compre usted los dos, i así está seguro de no equivocarse.

**D. BRUNO.** Mui bien; te compraré los dos.

**MERC.** Así es como debe contestar siempre un buen marido.

**D. BRUNO.** Ya verás despues si yo soi un marido modelo.

**MERC.** Así lo espero, i por eso lo he elejido a usted, ántes que a uno de esos mosalvetes que andan con los cascos a la jineta.

**D. BRUNO.** Bien pensado, alma mia; i en eso me pruebas que vas a ser una mujer de juicio.

**MERC.** Sí, señor; de mucho juicio; i si alguna vez hago locuras, es porque creo volverme loca de amor por mi esposito.

**D. BRUNO.** ¡Alma mia! Con esa clase de locuras, llegarás a enloquecerme a mí tambien.

**MERC.** ¡Tanto mejor! A mí me encantan los maridos que se vuelven locos por sus esposas; que las galantean, que les hacen versos... ¡I apropósito de esto, usted no me ha hecho unos versos!

**D. BRUNO.** ¿Versos, yo? No los he hecho en mi vida.

**MERC.** Pues es menester que me haga unos bien sentimentales i decidores.

**D. BRUNO.** ¡I de qué sirven los versos, cuando la prosa es mucho mejor para echar requiebros a las niñas lindas como tú?

- MERC. Pues mire usted: si no me hace unos versos, para publicarlos en los periódicos, no creeré que me ama... Ahora me retiro para dejarlo en libertad (*Hace como que se va, i vuelve*) Pero soi una loca, i se me habia olvidado decirle...
- D. BRUNO. ¿Qué cosa, loquita mia? (*Aparte. Ojalá se le olvidara tambien lo de los versos*).
- MERC. Es que se me ha puesto en la cabeza una idea que me atormenta. Yo creo que ese sobrino de doña Agustina...
- D. BRUNO. ¡Ah! se me habia olvidado...
- MERC. Me parece que es el mismo mozo que ha venido varias veces a hacerme señas desde ¡a esquina. ¡I lo habia olvidado usted!
- D. BRUNO. Habia olvidado al primo; pero no al de las señas.....
- MERC. Ahora veo que usted me ama de veras, porque donde hai celos hai amor. ¿Será usted bien celoso, no es verdad?
- D. BRUNO. ¿I por qué he de serlo contigo, paloma mia?
- MERC. Pues si usted no es celoso...
- D. BRUNO. No concluyas... Seré celoso, mui celoso... I para que veas que ya lo estoi, te diré que en caso de ser verdad lo que piensas, echaré de aquí al sobrino, con cajas destempladas.
- MERC. ¡Mui bien! Así me gustan los maridos.
- D. BRUNO. (*Aparte. ¡Vale un Perú esta muchacha!*)
- MERC. Ahora me voi para que usted me haga los versos...
- D. BRUNO. Con que todavía persistes...
- MERC. ¿Pues no he de persistir, cuando esto es lo único que a usted le falta para convertirse a mis ojos en un marido modelo? Hágalos bien sentimentales, i de manera que aparezcan allí sus dudas, sus penas, sus esperanzas, sus temores, i sobre todo, el furor de sus celos...

(*Váse*).

## ESCENA III.

## Don Bruno.

¿I cómo diablos he de acertar a explicar todo ese embolismo, cuando no podría decirlo ni en prosa? ¡Esta si que es buena! ¿Versos, yo, que en todos los días de mi vida, no he hecho uno solo partido por la mitad? Pero si a ella se le ha metido en la mollera que le haga versos, tendré que hacerlos, aunque salgan perversos. ¡Vaya! ¡Las cosas que se les ocurre a las mujeres, cuando están enamoradas! Versos a mi edad... Un hombre como yo... No debo hacerlos... en primer lugar, porque no puedo, i en segundo, porque... Pero si no los hago, ella será capaz de negarme su mano... Yo conozco a las mujeres, i sé que aquello mas fútil es lo que casi siempre las obliga a tomar las resoluciones mas serias... Sí, señor; haré estos versos, pues que echando a perder se aprende. (*Se sienta al escritorio i se dispone a escribir*) Pero... i si mañana saben mis amigos que me he metido a poeta, ¿no se echarán a reír? ¡Nó, señor! no hago nada (*Arroja la pluma i se alza bruscamente del asiento*). ¿Por qué diablos han de ser tan caprichosas las mujeres, que no se contentan con que les diga uno que las quiere, en castellano claro?... Yo convenceré a Merceditas de que... ¡Pero convencer con razonamientos a una mujer encaprichada!... ¡Vaya! Es mas fácil hacer los tales versos... Los haré, ya que a veces es necesario hacer disparates para lograr el amor de una mujer..... ¿Qué me importa a mí que se rian? En consiguiendo su mano ¿qué se me dá a mí de las críticas de los ociosos?... Manos a la obra, pues yo tengo para mí que no hai mayor locura que la de pretender hacer las cosas, sin caer en boca de los ociosos i maldicientes. (*Se sienta al escritorio recitando a medida que escribe*) «Mi querida Merceditas, de mi singular cariño»... Ahora un consonante en *iño*... i luego otro en *itas*... (*Piensa un momento*) ¡Eso es! (*Escribe sin hablar*) Veamos ahora como ha salido. (*Lee*) «Mi querida Merceditas, de mi singular cariño: de este viejo has hecho un niño, con tus dulces miraditas.» Creo que no está tan malo, para principiar.. Ahora prosigamos la décima. (*Escribiendo*) «Tienes unas orejitas tan lindas i encantadoras»... Pero es el caso que lo peor que ella tiene son las orejas... A mí no me engaña la pasión... Yo quisiera alabarle sus ojos o sus cabellos...; Eso si que es bueno!... Mas ¿CÓ-

mo hacerlo, cuando ni ojos ni cabellos son consonantes de miraditas?.....; Malditos sean los consonantes, que lo hacen decir a uno lo que no piensa! (*Arroja la pluma*) Por eso mienten tanto los poetas. ¡Oh! amor, amor! ¡En qué apuros no suele verse un hombre de bien, por satisfacer tus imperiosas leyes!

## ESCENA IV.

Don Bruno.—Doña Agustina.

- D.<sup>a</sup> AGUST. ¿Qué le pasa a usted, señor don Bruno? ¿Por qué lo encuentro hablando solo como un loco?
- D. BRUNO. ¡Ah! ¿Es usted Cachita? Sepa que me hallo en el mas grande de los apuros.
- D.<sup>a</sup> AGUST. Ya comprendo..... Mercedes se ha arrepentido, sin duda.
- D. BRUNO. Nada de eso: la tortolilla está mas enamorada que nunca. Pero es el caso que, para contentarla, debo hacerle unos versos, que me ha pedido.
- D.<sup>a</sup> AGUST. ¡Vaya! ¿No es mas que eso? Pues yo lo voi a sacar al instante del aprieto.
- D. BRUNO. ¿Usted? ¿Por acaso es usted capaz de hacer versos?
- D.<sup>a</sup> AGUST. Yo no; pero lo es mi sobrino, que ha venido conmigo... Aquí lo tiene usted.

## ESCENA V.

Dichos.—Abelardo.

- D.<sup>a</sup> AGUST. (*Tomando del brazo a Abelardo*). Ven aca, sobrino.... Voi a presentarte a mi buen amigo don Bruno, que que ha querido darte hospedaje en su casa.
- ABELARDO. (*Haciendo una cortesía a don Bruno*). Mil gracias, señor.
- D. BRUNO. (*Mira fijamente a Abelardo, i dá un paso atrás*). ¡Ai! amiguito! ¡Usted es el mismo!...
- ABEL. Sí, señor, yo nunca he sido otro, sino siempre el mismo.
- D. BRUNO. ¡Oh! no me entiende usted.

- ABEL. No es estraño, señor, porque hai muchas cosas que yo no entiendo...
- D. BRUNO. (*Aparte.* Pues el tal sobrino parece un tonto) Mire usted: quiero decirle que usted es el mismo que ronda esta casa... Lo he visto a usted varias veces parado ahí en la esquina, i mirando hácia ese balcon. ¿Se atreverá usted a negarlo?
- ABEL. Yo no niego jamas la verdad, señor.
- D.<sup>a</sup> AGUST. Así es: mi sobrino es incapaz de mentir... Créale usted todo cuanto él le diga.
- D. BRUNO. Es decir que lo confiesa usted...
- ABEL. Sí, señor: debo ser franco, i tambien con mi querida tia, que está aquí presente, i a la cual nada le he dicho ántes, por... cortedad. (*Aparte.* Inventemos algo).
- D.<sup>a</sup> AGUST. ¡Sí! eso mismo me dice mi hermana en su carta... que mi sobrino es mui corto de jenio.
- D. BRUNO. Déjelo usted que se esplique.
- ABEL. Yo, señor, soi de Rancagua. Hace algunos meses que, en una de mis venidas a Santiago, ví en misa a una señora que me dejó encantado... Cuando ella salió de la iglesia, yo la seguí hasta aquí... i desde entónces ando rondando en torno de esta casa...
- D. BRUNO. Ya ve usted que yo no me habia equivocado.
- D.<sup>a</sup> AGUST. (*Aparte.* ¿En qué irá a parar todo esto?)
- D. BRUNO. Desde luego conocí que andaba usted tras de mi pupila...
- ABEL. ¡Ah, señor! No sabia que usted era tutor de mi tia.
- D. BRUNO. ¿Yo tutor de su tia? ¿No vé que es mayor de edad?
- D.<sup>a</sup> AGUST. Si yo soi mayor o menor de edad, es cosa que a usted no le importa; i yo puedo mui bien decir...
- ABEL. ¿Cómo me habian dicho (*Muestra a doña Agustina*) que pensaba casarse con ella?
- D. BRUNO. ¿Con ella?
- D.<sup>a</sup> AGUST. Lo que yo puedo decir es que usted tiene la edad suficiente para ser mi tutor, mi padre, mi abuelo...
- D. BRUNO. Aquí hai algun *quid pro quo* (*A Abelardo*). Dígame usted, esa señora que vió en la iglesia era jóven, bonita...
- ABEL. Sí, señor (*Mostrándole a doña Agustina*). Ya lo ve usted...

D. BRUNO. Es decir que...

ABEL. Que me gusta su pupila, i que me casaré con ella.....  
(A doña Agustina). Si usted no se opone a mi felicidad...

D.<sup>a</sup> AGUST. (Aparte. ¡Ya comprendo!) Con todo gusto, sobrino mio!

D. BRUNO. ¿Qué embolismo es este?

D.<sup>a</sup> AGUST. (Abrazando a Abelardo) ¿I por qué no me dijiste en la posada, que me amabas?

ABEL. Por cortedad, tia de mi corazon.

D. BRUNO ¡Dios mio! ¿Será verdad lo que veo? (A Abelardo) Es decir que usted quiere casarse con su tia...

ABEL. Sí, señor, me caso con la pupila de usted...

D. BRUNO. Pero si ya le digo que mi pupila...

ABEL. Aun cuando usted se oponga, yo me he casar con ella.

D. BRUNO. ¡Pero, hombre! ¿No ve usted que...

ABEL. Lo que veo es que su pupila me ama...

D. BRUNO. Está usted equivocado.

ABEL. Nó, señor: ella misma me lo ha dicho.

D.<sup>a</sup> AGUST. Lo digo i lo sostengo...

D. BRUNO. Cállese, por Dios, Agustinita.

D. AGUST. No he de callarme... Él se quiere casar conmigo, i yo con él... ¿Puede usted impedirlo?

D. BRUNO. Nó, Cuchita, gracias a Dios (A Abelardo). Pero dígame, por último ¿está usted seguro de que ama a su tia?

D.<sup>a</sup> AGUST. ¿Hasta cuando quiere que se lo repita? ¿No vé usted lo corto de jenio que es?

D. BRUNO. (A Abelardo) ¿I por qué no habia usted visitado a su tia?

ABEL. Yo no sabia que ella era la hermana de mi madre.

D.<sup>a</sup> AGUST. Ya le he dicho, don Bruno, que mi pobre hermana se casó a disgusto, i que yo no...

D. BRUNO. No me repita esa historia.

ABEL. Ademas yo habia oido decir que usted se queria casar con ella...

D.<sup>a</sup> AGUST. ¡Sí! El público nos miraba ya como a novios.

D. BRUNO. ¡Oh! ¡Cuántas no son las barbaridades que suele creer el público.

ABEL. Pero ahora que su pupila me acepta...

- D. BRUNO. Dejemos en paz a mi pupila, amiguito...
- ABEL. ¡Pero si ella me ama, señor!
- D. BRUNO. Ella no lo ama a usted, porque es a mí a quien ama.
- ABEL. ¡Ah! señor! eso es imposible.
- D. BRUNO. Pues ya se lo probaré a usted prácticamente, si es preciso.
- ABEL. ¿I cómo he de dejar de creer lo que yo mismo he oido de su propia boca?
- D. BRUNO. No siempre debe uno creer lo que oye, amigo mio.
- ABEL. ¿Ni lo que veo con estos ojos?
- D. BRUNO. A veces los ojos miran i no ven.
- ABEL. Pero yo veo.
- D. BRUNO. Se suelen ver tambien las cosas al revés. Créame; yo tengo esperiencia del mundo. I para que vea que no miento, le diré que ahora mismo está usted viendo visiones..... A usted le parece que mi pupila lo ama; i quien lo ama es esta buena señora.....
- ABEL. ¡Ah!
- D. BRUNO. Para que usted acabe de comprender este asunto, le diré que la Cuchita i mi pupila son dos personas mui diversas...
- ABEL. Sí, señor, ya entiendo. Ahora solo falta que usted dé su consentimiento.
- D. BRUNO. ¿Para qué?
- ABEL. Para que mi amante pueda ser mi esposa.
- D. BRUNO. Pero, hombre mire bien a la Cuchita, i verá como no ha menester de consentimiento de nadie para casarse cuantas veces quiera... Con todo, para manifestar a ustedes que me encanta este matrimonio, daré mi consentimiento...
- ABEL. Mil gracias, señor...
- D. BRUNO. Mas todavía: quiero que la boda se efectúe aquí en mi casa.
- ABEL. Señor, no sé como manifestar a usted mi gratitud.
- D. BRUNO. Pues hai una manera mui sencilla de manifestármela.
- ABEL. ¿Cómo?
- D. BRUNO. La Cuchita me ha dicho que sabe hacer versos.
- D.<sup>a</sup> AGUST. Lindísimos, señor, lindísimos.
- D. BRUNO. Pues me ha de hacer usted unos versos para mi pupila.

- ABEL. ¡Oh! señor! eso será para mí un verdadero placer.
- D. BRUNO. Porque ha de saber usted que nos hemos de casar los dos.
- ABEL. (*Dando un paso atras*) ¿Los dos? Nó, señor... eso no puede ser...
- D. BRUNO. ¿I quién nos lo podrá impedir?
- ABEL. ¿Quién?... Pero ya le he dicho que yo me quiero casar con ella...
- D. BRUNO. ¡Já! já! já!! (*Aparte. Es tonto.... ¡Ya se ve!.... Hace versos*). ¿I quién le dice, hombre de Dios, que no se case con ella?
- ABEL. Como usted me decia que nos habíamos de casar los dos...
- D. BRUNO. Pero no es decir que usted haya de casarse conmigo ni yo con usted... (*Aparte. Si todos estos poetas son unos benditos*). Lo que le digo es que nos hemos de casar ámbos dos: usted con ésta, i yo con la otra..... Habrá fiestas reales i pavo mechado... Usted conocerá a mi pupila.... Vaya Cuchita a buscarla.... Pero nó, no vaya, porque tenemos que arreglar aquí ántes (*Al oido de Abelardo*) el asuntito de los versos. (*A doña Agustina*). I usted vaya a arreglar el cuarto para su futuro.
- D.<sup>a</sup> AGUST. Allá voi. Acompañame, sobrino.
- D. BRUNO. ¿Qué? ¿Tiene usted miedo de ir sola? ¡Vaya! ¿qué se ponen miedosas las mujeres, en cuanto se enamoran?
- D.<sup>a</sup> AGUST. Pues bien, me iré sola... (*Aparte a decir a Mercedes el estado del negocio*).

## ESCENA VI.

Don Bruno.—Abelardo.

- D. BRUNO. Ahora vamos a la poesía... Todavía no me ha dicho si es verdad que usted hace versos.
- ABEL. Suelo hacerlos, señor, así de cuando en cuando.
- D. BRUNO. Es decir que usted no tiene el vicio de versificar.
- ABEL. Nó, señor. Solo hago versos cuando hai gran necesidad.

- D. BRUNO. ¡Eso es bueno! Por manera que, en cuanto usted se case i entre en juicio, dejará esa locura de las poesías.
- ABEL. Así pienso hacerlo, señor don Bruno.
- D. BRUNO. Bien pensado, i esto basta para que yo lo proteja a usted... Pero miétras estemos solteros, nada tiene de malo que hagamos nuestros versitos para satisfacer los caprichos de nuestras futuras, que cuando uno cumple con sus caprichos es cuando ellas quedan mas contentas i satisfechas.
- ABEL. Pues yo le he hecho ya muchos versos a la mia.
- D. BRUNO. ¡I sin conocerla a derechas!
- ABEL. Sí, señor...
- D. BRUNO. ¿Es decir que ella no ha visto sus poesías? ¿Es decir que usted le ha hecho versos al viento?
- ABEL. Así mismo es, señor mio.
- D. BRUNO. Já! já! jaá!! ¡Qué cosa tan divertida es un poeta! Ustedes son así... Les hacen versos al sol, a las estrellas, a sus queridas, sin haberlas visto nunca..... ¡Viento siempre, puro viento!
- ABEL. I aun nos sucede hacerles versos a nuestras queridas, ántes de tenerlas..... I usted ¿no es tambien aficionado a...
- D. BRUNO. ¿A hacer versos? Nó, hombre, nó! Yo ocupo mui bien mi tiempo.
- ABEL. ¿I, por acaso, la poesía no es digna de ocupar el tiempo de un hombre?
- D. BRUNO. Esa no es ocupacion digna de un hombre de juicio, que sigue la lei de Dios, la cual es ganar el pan con el sudor de su frente.
- ABEL. Pero, señor mio, el mismo Dios ha dicho que no solo de pan vive el hombre...
- D. BRUNO. I ha dicho una gran verdad, como Dios que es, pues que, ademas de pan, el hombre vive de carne, vino i otras mil cosas, que no se obtienen sino con dinero, el cual se logra ajenciándolo, i no dirijiéndole palabras vanas a las queridas que uno no tiene... ¿A esto llama usted ocupacion? Ya usted verá que yo soi un hombre lójico. Créame lo que le digo. Yo le enseñaré a ganar dinero, i verá luego la diferencia que hai entre una ocupacion i otra... ¿Sabe usted teneduría de libros?

ABEL. Sí, señor.

D. BRUNO. Pues miel sobre buñuelos. ¡Esa sí que es buena poesía! Ahora volvamos a nuestro asunto.

ABEL. Me decia usted que no habia hecho versos jamas...

D. BRUNO. Así es, mi amigo; i esto que he tenido muchas queridas verdaderas, no de puro viento...

ABEL. Es decir que, ademas de haber ocupado usted su tiempo en ganar dinero...

D. BRUNO. He tenido tambien otras ocupaciones, de esas en que se pierde plata, que es un horror... Mas no vaya usted a creer que soi un perdulario. He tenido mil queridas; pero ello ha sido con órden, i sobre todo, con mucha economía.

ABEL. ¿De veras?

D. BRUNO. Sí, amigo mio. Jamas he desatendido por ellas mi negocio; i en cierta ocasion que yo amaba grandemente a una muchacha de ojos verdes, hija de un caballero que me debia cierta cantidad, tuve la firmeza de voluntad necesaria para olvidar a la muchacha.

ABEL. ¿I perdió usted su amor?

D. BRUNO. Pero cobré mi deuda, con intereses i todo. Yo he querido siempre así a las mujeres, con un amor juicioso, prudente i discreto.

ABEL. Ya estoi: un amor económico, comercial...

D. BRUNO. ¡Oh! en cuanto a eso de dar, me he ido siempre con pies de plomo... Por lo que toca a promesas, ya es otra cosa, pues nada me ha costado prometerles este mundo i el otro... ¡Son tan pedidoras las mujeres! A muchas les he dado... palabra de casamiento; i ojalá pudiera haberles dado muchos versos... Pero es el caso que jamás he podido dar puntada en esta materia.

ABEL. Sin embargo, señor, a juzgar por el aspecto de usted, parece que fuera hijo de Apolo...

D. BRUNO. Yo, hijo de... ¿cómo dice usted?

ABEL. Digo de Apolo, porque...

D. BRUNO. Pues nó, señor; i yo no sé porque usted dice eso..... Sepa que mi señor padre se llamaba don Juan José...

ABEL. No es eso, sino que...

D. BRUNO. Como se lo digo a usted... don Juan José de Quiñones, al cual, por mas señas, los patriotas le confisca-

ron todos sus bienes, dejándolo en la miseria. Por manera que yo he tenido que pegar fuerte i feo para juntar mis realitos.

ABEL. Decia yo, señor, que usted parece hijo de Apolo, que es el pagano dios de la poesía.

D. BRUNO. ¡Ah! ¿I por qué?

ABEL. Porque en la fisonomía de usted se revelan las dotes de un verdadero poeta.

D. BRUNO. ¿De veras? ¿Lo cree usted así?

ABEL. ¿Pues no he de creerlo, cuando su parentesco con las musas está de manifiesto?

D. BRUNO. Mi parentesco... ¿cómo es eso?

ABEL. Con esas deidades que adoramos los poetas... Mire usted (*Le toca la frente*). Las líneas de su frente dicen bien claro que usted nació poeta.

D. BRUNO. ¡Ah! Yo he oido decir que el poeta nace i el orador se hace.

ABEL. (*Examinándole el cuerpo, i haciendo lo que el diálogo indica*). Tiene usted un continente por demas poético... Póngase derecho... ¡Magnífico! El perfil de su cara es soberanamente délfico, i las líneas de su talle indican sentimientos delicados...

D. BRUNO. ¿Con que todo eso hai?

ABEL. Sí, señor... Dé usted cuatro pasos... ¡Oh! ¡portentoso! Su manera de andar i todos sus movimientos prueban sus aptitudes para la poesía.

D. BRUNO. Pues le aseguro a usted que nadie se habia fijado ántes en estas particularidades de mi persona.

ABEL. Es que el buen criterio no es dote mui comun entre los hombres.

D. BRUNO. Así debe ser.

ABEL. I en usted mismo tiene la prueba, pues que nadie habia echado de ver sus talentos poéticos.

D. BRUNO. (*Aparte. ¡I parecia tonto este mozo!*) ¿Pero está usted seguro de que yo tengo talento para... esas cosas?

ABEL. Como que ahora es de dia. Usted posee un corazon enamorado...

D. BRUNO. ¡Oh! En cuanto a eso, puedo decirlo con orgullo. Me gustan las muchachas.

ABEL. Usted es un hombre de un gusto esquisito...

- D. BRUNO. Ha adivinado usted... Pronto verá a mi pupila...
- ABEL. Es usted un gran carácter...
- D. BRUNO. ¡Caball! Jamás me he doblegado ante las exigencias de los acreedores, ni en mi vida he hecho caso de pedidos i lloriqueos de mujeres.
- ABEL. Esta protuberancia de la frente pone de manifiesto su poderosa imaginación...
- D. BRUNO. (*Aparte.* ¡Qué mozo! Todo lo adivina). No me trocaría por nadie para imaginar un negocio.
- ABEL. La altura de su mollera manifiesta que usted ama la gloria.
- D. BRUNO. Siempre he aspirado al primer puesto entre las jentes ricas i de valer. (*Aparte.* Decididamente, estos poetas son unos hombres de talento, que parecen tontos).
- ABEL. Pues bien, señor, todas estas cualidades son las dotes de un gran poeta.
- D. BRUNO. Es decir, que yo...
- ABEL. ¡Que usted es poeta, señor don Bruno!
- D. BRUNO. ¡Ah!... ¿Quién sabe?... Todo puede ser; pero...
- ABEL. ¿Lo duda usted?
- D. BRUNO. La verdad, mi amigo, estoy perplejo sobre si seré o nó un poeta... Porque, como no he hecho versos nunca...
- ABEL. Eso no quiere decir nada, pues que, así como hai muchas jentes que hacen versos sin ser poetas, del mismo modo, hai poetas que no hacen versos.
- D. BRUNO. (*Aparte.* ¡Qué bien esplica este mozo las cosas!) Ahora si que entiendo... ¿Es decir que yo soi de esos poetas que no hacen versos?
- ABEL. Sí, señor.
- D. BRUNO. Pues, amigo mio, miéntas mas vive uno mas ve... Si no es por usted, yo me habria ido al otro mundo, sin saber que era poeta.
- ABEL. Así es como se pierden mil talentos, entre las jentes sin criterio.
- D. BRUNO. Pero ¿cómo diablos habia de imaginar tal cosa, yo, que miraba tan mal a los poetas?
- ABEL. Esta es otra razon para creer que usted es hijo de Apolo. ¿No ha oido decir que no hai peor enemigo que el del oficio?

- D. BRUNO. ¡Ya caigo en ello! Ahora veo que a los poetas nos pasa lo mismo que a los negociantes de un mismo artículo... Por eso los aborrecia yo instintivamente: pero ya comienzo a estimar este negocio; i a usted se lo debo, amigo mio... Eso sí que yo quisiera ser de los poetas que versifican.
- ABEL. No hai nada mas sencillo...
- D. BRUNO. ¡I sin embargo, a mí se me hace tan cuesta arriba! Yo quisiera saber el secreto, ya que soi poeta.
- ABEL. Basta tener un poco de atrevimiento, i poner manos a la obra, con entera fe.
- D. BRUNO. Es decir que esto de hacer versos es así como el nadar... echarse al agua, sin miedo, i santas pascuas.
- ABEL. Eso es... Todo está en principiar...
- D. BRUNO. Pues le aseguro a usted que a mí me pasa todo lo contrario. El principio no me cuesta nada... pero el acabar es el cuento... I para que usted vea, le diré lo que me acaba de pasar. Mi linda pupila me ha pedido unos versos...
- ABEL. ¿I los ha hecho usted?
- D. BRUNO. Los he comenzado; pero creo que no podré acabarlos jamás... Así es que le ruego a usted que, ya que tiene práctica, me haga unos bien decidores.
- ABEL. Nada mas fácil. ¿Cómo se llama la niña?
- D. BRUNO. Mercedesitas.
- ABEL. ¡Precioso nombre tiene!
- D. BRUNO. Pues ella es mas linda que su nombre.
- ABEL. Entónces necesito verla.
- D. BRUNO. ¿Para qué?
- ABEL. Para inspirarme en la contemplacion de su belleza.
- D. BRUNO. Pero ¿no me dijo usted que los poetas no necesitaban conocer a las mujeres, para alabarlas en sus versos?
- ABEL. (*Aparte.* ¡Me pilló el viejo!) Está bien, señor. Haremos versos, por simples oidas. Ahora dígame si usted quiere que le haga un soneto.
- D. BRUNO. Nó, mi amigo.
- ABEL. Entónces haré unas octavas...
- D. BRUNO. Tampoco.
- ABEL. O bien unos tercetos, una silva...

- D. BRUNO. ¡Déjesé usted de silvas, de tercetos, de octavas i de novenas! Lo que yo quiero son versos.
- ABEL. Pero, señor, sepa usted que las octavas, las décimas, las silvas, etc. se componen de versos.
- D. BRUNO. ¡Ya caigo! Pues entónces haga usted lo que le parezca, con tal que ello tenga sal i pimienta, que es como a mí me gusta la poesía.
- ABEL. Pues aquí tengo unos versos (*Saca un papel del bolsillo*) que he escrito para mi querida, los cuales pueden servir para la suya.
- D. BRUNO. ¡Magnífica idea! Deme usted el papel (*Toma el papel, de manos de Abelardo, i trata de leer*). ¡Jesus! ¡Qué letrita tan metida! Veamos si podemos leer (*Lee tropezando en cada palabra*) «Dame la..... la..... lira, que... e... e... el... amor.... me.... e... e... e...» Mui bien comienza; me gusta que desde el principio se hable del amor. Pero ¿no me dirá (*Mirando el papel*) qué significa esto de «Beso tus plantas»? ¿Es ésto lo que se llama una licencia poética?
- ABEL. Sí, señor. Ahora, pongamos a la cabeza de la composicion el nombre de Mercedes.
- D. BRUNO. (*Entregando el papel*). Dice usted bien... Póngale un letrero que diga: «Para mi querida pupilita, de parte de su enamorado tutorcito.»
- ABEL. Nó, señor don Bruno; mejor es poner simplemente: «A Mercedes.»
- D. BRUNO. Haga como le parezca mejor, puesto que usted tiene mas práctica que yo, en esto. (*Mientras Abelardo escribe*) Este muchacho vale un Perú; i puedo decir que he hecho un hallazgo..... Lo importante es que sepa bien teneduría de libros i que sea vivo para el negocio... Aunque, segun dicen, los poetas no sirven para negociar... Pero no debe ser así, pues yo, siendo poeta, he hecho tan buenos negocios... A ménos que no haya tambien poetas negociantes..... Mas, como quiera que sea, este mozo tiene talento; i si parece tonto a primera vista, es porque así son, sin duda todos los poetas... ¡Ah! i ahora caigo en que yo tambien... ¿Si pareceré tambien tonto?... ¡Vaya! ¡Lo que

son las cosas! ¿Cómo diablos me habia yo de imaginar que fuera poeta?

### ESCENA VII.

Dichos.—Doña Agustina.—Mercedes.

D.<sup>a</sup> AGUST. Ven, Mercedes, i verás como es cierto cuanto te he dicho.

MERC. (*A Abelardo, con muestras de admiracion*) Es usted el mozo que...

D. BRUNO. Sí, hijita; el mismo que ronda esta casa...

D.<sup>a</sup> AGUST. En busca de su amor...

ABEL. (*A Mercedes, con aire sumiso*). No puedo negarlo, señorita.

D. BRUNO. (*Al oido de Mercedes*. No tengas cuidado, mi alma, pues no viene por tí sino por la Cuchita).

MERC. (*A Abelardo*). Con que usted confiesa...

D.<sup>a</sup> AGUST. Ha venido con intenciones honestas; i siendo así, no es pecado...

ABEL. Dice bien mi querida tia: mis intenciones son amorosamente honestas; i no puede ser pecado el venir todos los dias a ver a la única dueña de nuestro corazon. Sí, señorita: no me ha sido posible dejar de rondar esta dichosa mansion, porque en ella vive el ángel de mis amores. Aquí está la vida de mi alma; aquí el objeto de mis pensamientos; aquí la esperanza de mi felicidad. Solo aquí puedo ver la luz de mis ojos; i cuando de esta casa me separo, mi corazon entristecido me dice que aquí queda la mitad de mi alma. Ya ve usted la causa de mi diaria presencia en esta calle... ¿He obrado mal o bien? Espero de su boca mi sentencia... Si usted aprueba mi conducta, permítame que la bendiga toda mi vida: pero, en el caso contrario, iré a morir, léjos de...

D. BRUNO. (*A Abelardo*) ¡Hombre! Si no se trata de morir ni cosa parecida. ¿Quién le ha dicho a usted que ha hecho mal, para que hable de muerte i de sentencia?... Pero en fin, (*A Mercedes*) hijita, ya que él lo pide, dále la sentencia, que yo creo que no se la darás de muerte.

- MERC. (A *Abelardo*) Mi sentencia es de que viva usted, para que ame... El hombre que sabe amar, léjos de merecer la muerte, merece la vida, que es la correspondencia de su amor.
- D. BRUNO. (A *Abelardo*) ¿No lo decia yo a usted que nada tiene de malo...
- MERC. Al contrario, yo creo que si los hombres son malos, es porque no saben amar, pues nunca sabrá hacer el bien un corazón muerto.
- D. BRUNO. ¿Un corazón muerto? No te entiendo, hijita.
- MERC. Es que el amor es la vida del corazón.
- D. BRUNO. ¡Ya! ya! (A *Abelardo*. Se esplica la muchacha!)
- MERC. Si amar fuera un crimen, yo confieso que tambien me receria un terrible castigo...
- D. BRUNO. (Dando un salto de gusto) ¡Eso sí que lo entiendo! No te expliques mas, niña de mis ojos... Merecerías un terrible castigo, porque tu amor es mui grande ¿no es verdad?
- MERC. Inmenso, señor; i ademas siento aquí en mi pecho que este fuego no se extinguirá sino con mi vida.
- D. BRUNO. (A *Abelardo*) ¿No le decia que soi hombre de gusto?
- ABEL. ¿I quién puede dudarlo, señor, al ver este ángel de belleza i de ternura? Si en este momento pudiera caber en mi alma la menor envidia, yo envidiaría la dicha de usted.
- D. BRUNO. Pero como usted tiene el corazón lleno de amor por la Cuchita... (En voz baja. Mírela usted: es bien buena moza; i si no fuera porque quiero tanto a mi pupila...) Oye, Mercedes: para que veas que yo se corresponder a ese corazóncito, te he hecho unos versos que...
- MERC. ¡Ah! ¿Los ha hecho ya?
- D. BRUNO. Sí, mi alma! (En voz baja. He descubierto que soi poeta) Voi a lértelos... (Toma el papel, lo mira un momento, i lo entrega a *Abelardo*) Pero la emoción no me permite leer... Léalos usted, amigo mio...
- ABEL. (Tomando el papel) Con mucho gusto, señor...
- D.<sup>a</sup> AGUST. (Al oído de Mercedes. No creas que esos versos son de don Bruno.)

MERC. (*Sin hacer caso a doña Agustina*) Estoy impaciente por saber lo que mi amante me dice en esos versos.

ABEL. (*Lee*).

«Dadme la lira, que el amor me inflama  
Vibren sonoras sus doradas cuerdas,  
Trinos lanzando, de armonía llenos,  
Por la que adoro!

D. BRUNO. (*Bajo, a Mercedes. ¡Oye, mi alma! La que adoro... Esa eres tú.*)

(*Mercedes no contesta, i se queda con la vista fija en Abelardo, el cual prosigue leyendo*).

Dulce embelezo de mi amor ardiente,  
Cándida virjen de inefable hechizo,  
Tierno regazo, por el cual suspira  
Huérfana, mi alma!  
Oye los trinos que en sus tiernas alas  
Céfiro leve llevará a tu oído:  
Ninfa celeste! Tú cantor te implora,  
Oye mi canto!  
Sobre tu frente celestial diadema  
Brilla radiante, con la luz del iris;  
Suaves aromas de tus alas brotan,  
Anjel de amores!  
Anjel divino, que mi dicha labras,  
Hija de Vénus, que mi amor coronas,  
Guárdete el cielo! Tu feliz cautivo  
Besa tus plantas.

D. BRUNO. (*A Mercedes*) Esa es una licencia poética, hijita.

D.<sup>a</sup> AGUST. ¿Qué es eso de licencia poética, señor?

D. BRUNO. Es..... es una licencia que los poetas nos tomamos, cuando queremos tomarnos esas licencias.

(*Mercedes, sin prestar atención al diálogo anterior, dá un paso hácia Abelardo, mientras éste prosigue*).

¡Dicha inefable! Ser amado de ella,  
¡De ella a quien amo con delirio ardiente!  
¿Sueño? ¿Es mentira? Nó! mi dicha es cierta.  
¡Ella me ama!

¡Cómo palpita el corazón, de gozo,  
Solo al pensarlo! Por mis venas corren  
Ríos de fuego, i un volvan hirviente  
Es mi cabeza!

Rayo divino que la mente alumbra,  
Fuego sagrado que depura el alma,  
Ignea centella que lo impuro borra  
Célica llama!

Tú al pecho amante en un altar convierte,  
Ara de amores, dó gentil se eleva.  
Cándida imájen, que risueña inspira  
Sáficos himnos.

Cándida imájen! Tu eternal belleza  
Deja que adore! Mi anhelante espíritu  
Corta sus nudos con la tierra i mira  
Solo tus ojos!

D. BRUNO. (*A Mercedes. Tus lindos ojos, mi alma*).

(*Mercedes, como huyendo de don Bruno, se acerca mas i mas a Abelardo, con muestras de anhelante ajitacion. Abelardo prosigue leyendo con calor, i cuando ha leído los últimos versos que siguen, Mercedes se halla cerca de él, como fascinada por la voz del jóven*).

Cual de la pira la ondulante llama  
Trémula sube por el aire al cielo,  
Tal mi ser se alza, en refuljentes lampos,  
Hasta tu trono.

Luz de mis ojos, que mis pasos guia;  
Faro brillante, que mi amor anhela,  
¡Ai! no me dejes en la tierra oscura,  
Lóbrega, triste!

¡Ai! ¡no me dejes! Tras de tí mi espíritu  
Quiere lanzarse al luminoso espacio  
Dáme tu mano, i a ese cielo hermoso  
Tiende las alas!

Tiende las alas, i a la azul esfera,  
Do el amor brilla iluminando al orbe,  
Llévame pronto! Llévame contigo,  
Vida de mi alma!»

(*Mercedes, entusiasmada, tiende los brazos hacia Abelardo, el cual le toma una mano i estampa en ella un beso.*)

D. BRUNO. (*Corre hacia Abelardo, i lo sacude rudamente de un brazo*) ¿Qué significa esto, amiguito? ¡Vaya con el poeta, que se toma unas licencias... bien licenciosas!

D.<sup>a</sup> AGUST. Esa no es mas que una licencia poética, señor don Bruno.

ABEL. Dispense usted, señor; no ha sido mas que efecto de mi entusiasmo.

MERC. (*Aparte.* ¡Nos hemos vendido!)

D. BRUNO. ¿Qué lo dispense! ¿Cree usted que puede dispensar estas cosas un hombre que piensa ser marido?

D.<sup>a</sup> AGUST. (*A don Bruno*) ¡No se exalte usted por tan poca cosa! i vea que mi sobrino no lo ha hecho a mal hacer!

ABEL. Dice bien mi tia... Mis intenciones han sido puras; i yo he besado la mano de Merceditas, en nombre de usted.

D. BRUNO. ¡Intenciones puras! ¡I la besa en mi nombre!... ¡I ella (*Mirando a Mercedes*) ni siquiera se enfada!

D.<sup>a</sup> AGUST. (*Aparte.* Aquí se van a aclarar las cosas).

MERC. ¿I por qué me habia yo de enojar, cuando ese beso venia de parte del que ha de ser mi esposo?

D. BRUNO. Pues hemos llegado a lindos tiempos, en que un marido necesita de apoderado para que le besen a su mujer... (*A Mercedes*) ¿Crees tú que yo tengo necesidad de esto?

MERC. (*Bajo, a don Bruno.* Así me gusta, tutorcito mio..... Me muero por un marido celoso). Pero fijese en que Abelardo leia los versos de usted...

D. BRUNO. Sí, mis versos... (*Bajo, a Mercedes.* Lo hiciste para probarme, ¿eh?)

MERC. Como él lo ha dicho mui bien, estaba en lugar de usted. Son tan lindos esos versos, i eran leidos con tal entusiasmo, que me trastornaron hasta el punto de no ver en Abelardo sino al hombre que ha de ser mi marido...

D. BRUNO. ¡Ya! ya!

MERC. I cuando abrí los brazos, creí de buena fé abrazar a mi esposo.

- ABEL. De la misma manera, señor, yo creí en aquel momento besar la mano de mi esposa.  
(*Se forman dos grupos, uno de don Bruno i doña Agustina a la derecha del espectador, i otro, de Abelardo i Mercedes, a la izquierda.*)
- D.<sup>a</sup> AGUST. (*Bajo, a don Bruno.* ¿Todavía no se convence usted?)
- D. BRUNO. (*Idem.* ¿I de qué me he de convencer, Cuchita?)
- D.<sup>a</sup> AGUST. (*Idem.* ¿De lo que está viendo, pues, hombre de Dios!)
- D. BRUNO. (*Idem, mirando a Mercedes, que habla en secreto con Abelardo.* Cualquiera diria que la está enamorando en mi nombre).
- ABEL. (*A Mercedes*). Como se lo digo a usted, el señor don Bruno es un verdadero poeta. Estos versos lo prueban.
- MERC. Ya lo creo. Déme usted ese papel, para ponerlo aquí junto a mi corazón. (*Toma el papel i lo mete en el seno*) Este es el lugar que le corresponde. ¿No es verdad, tutorcito mio?
- D. BRUNO. Sí, hijita... Pero dame el papel, que yo te daré otro que tengo aquí, con una décima principiada, para que lo pongas sobre ese corazoncito.
- MERC. ¡Nó! nó! ¿Por acaso no ha hecho usted para mí estos versos?
- D. BRUNO. Sí, mi alma; para tí son.
- MERC. Entónces déjeme guardarlos aquí para siempre, en prueba del inmenso amor que su autor me inspira.
- D. BRUNO. Sí; pero;... (*Aparte.* ¡Esto me pasa por meterme a poeta!)
- MERC. ¿Duda usted de mi amor? Pues para que no tenga usted ninguna duda, juro aquí no ser la esposa sino del autor de estos versos!
- D.<sup>a</sup> AGUST. (*Bajo, a don Bruno.* ¿Todavía no se convence usted?)
- D. BRUNO. (*Bajo, a doña Agustina.* Eso lo dice la pobrecita porque cree que los versos son míos).
- D.<sup>a</sup> AGUST. (*Aparte.* ¡Lo que son los hombres! Cuando se les pone en la cabeza no ver las cosas...)
- D. BRUNO (*Aparte.* Es menester definir la situación). Mira, Mercedes ¿estás dispuesta a que nos casemos esta misma noche?
- MERC. Sí, lo estoi, con tal que doña Agustina...

D.<sup>a</sup> AGUST. ¡Yo estoi pronta!

ABEL. I yo tambien.

D. BRUNO. ¡I yo! (*A Abelardo*) Pues lo dicho, dicho. Vamos, amiguito, a ver al señor Cura.

D.<sup>a</sup> AGUST. (*Reteniendo de un brazo a Abelardo*). ¡I te vas, ingrato, cuando tenemos tantas cosas que decirnos!

D. BRUNO. Déjelo en libertad, Cuchita, que ya tendrán tiempo despues para decirse todas esas cosas.

D.<sup>a</sup> AGUST. Nó, nó! Hai cosas que deben decirse ántes, i otras que que no se pueden decir sino despues de las bendiciones... Váyase usted solito a arreglar eso con el señor Cura.

D. BRUNO. Sí; pero...

MERC. (*A don Bruno*) ¿I duda usted en acelerar la hora de mi dicha?

D. BRUNO. Yo no dudo, mi vida; pero... (*Aparte*. ¿Cómo los dejo solos?)

MERC. (*Poniéndose el pañuelo en los ojos*). ¡Ah! Si usted me amara verdaderamente, no titubearia.

D. BRUNO. Voi corriendo (*Hace como que se vá, i vuelve*). ¡No llores, querida mia! Te prometo que la boda será esta misma noche. Habiendo dinero, se hace todo pronto, en este buen mundo.

D.<sup>a</sup> AGUST. ¿I mi casamiento tambien?

D. BRUNO. Tambien, Cuchita... (*Aparte*. Haré este gasto, para evitar todo peligro). Nos casaremos los cuatro.

MERC. Sí; pero con una condicion.

D. BRUNO. Dila, mi alma.

MERC. (*Bajo, a don Bruno*. Que no se me ha de obligar a vivir con doña Agustina ni con su esposo).

D. BRUNO. ¡Concedido!

MERC. Yo quiero vivir sola con mi maridito...

D. BRUNO. Idein! idem. (*Aparte*. I yo, que dudaba de esta paloma sin hiel). Iré volando a la parroquia (*Bajo, a Mercedes*. No te dé cuidado, mi alma; viviremos solos..... solitos, como dos pichones). Voi, pues. (*Aparte, al dirigirse hácia la puerta del fondo*. Me quiere de veras la pobrecita... Sin embargo, bueno es esclarecerlo todo ántes). (*Volviendo hácia Mercedes*). Mira, hijita,

apropósito de condiciones, voi yo tambien a exijirte una.

MERC. ¿Que yo lo quiera mucho?

D. BRUNO. Ya sé que me amas, paloma mia..... Solo deseo que, ántes de casarnos, me prometas una cosa.

MERC. ¿Qué cosa es esa?

D. BRUNO. Que no te dejes abrazar ni besar en mi nombre.

MERC. Se lo juro a usted.

D. BRUNO. ¡Asunto concluido! Voi i vuelvo, en un santiamen.

(*Váse*).

(*Cae el telon*).

## ACTO CUARTO.

### ESCENA PRIMERA.

**Doña Agustina.—Mercedes.**

D.<sup>a</sup> AGUST. Al fin te has convencido, Mercedes, de que era el demonio el que te habia metido en la cabeza ese loco amor.

MERC. ¡Calle usted, por Dios! No sea habladora, i deje en paz al demonio.

D.<sup>a</sup> AGUST. ¿Por qué he de callar? Nadié nos oye.

MERC. Sea usted prudente... Don Bruno puede llegar, sin que lo veamos.

D.<sup>a</sup> AGUST. No te preocupes por don Bruno, pues el pobre viejo está mas tonto que nunca. Mira i no vé las cosas. ¿No viste como, esta tarde, no hacia caso de mis indicaciones?

MERC. Usted casi lo ha echado todo a perder, con sus inopرتunas advertencias.

D.<sup>a</sup> AGUST. Es cierto que hice mal en querer sacar al viejo, de su error, mostrándole con el dedo la pasion que rebozaba en el rostro de ustedes.

MERC. ¡Ah! Le aseguro que no fui dueña de mí misma, cuando Abelardo concluyó de leer estos versos. (*Saca del seno el papel, i lo besa repetidas veces*).

D.<sup>a</sup> AGUST. No estraño te hayas exaltado hasta el punto de traicionarte. ¿Cómo puede una mujer ser dueña de sí misma, delante del verdadero dueño de su corazón? Por esto fué que traté de juntarlos a ustedes, para lo cual me he valido de mi industria i de los consejos de Abelardo... ¿Qué buen muchacho parece! ¡I qué galan i sentimental! Con aquellos lindos versos, deshizo como por encanto, los efectos del filtro...

MERC. Ya le digo que no conviene hablar mas de eso...

D.<sup>a</sup> AGUST. Sí, sí: me callaré como un muerto, pues ya sé que en boca cerrada no entran moscas. Por fortuna el viejo no ha querido creer la verdad...

MERC. Despues tendrá que dejarse convencer por la evidencia.

D.<sup>a</sup> AGUST. Dios te oiga, i nos ayude, no solo en la realizacion de tu matrimonio, sino tambien en la de mis justas i honestas esperanzas.

MERC. Así lo espero; mas para eso es menester obrar con prudencia. ¿Ha hablado usted con su amiga sobre nuestro proyecto?

D.<sup>a</sup> AGUST. Acabo de hablar con la Pascualita; i ya Abelardo le ha dicho como ha de representar su papel.

MERC. Mui bien. Abelardo debe tambien haber advertido a sus amigos, para que... Pero alguien viene... Calleemos.

## ESCENA II.

### Dichos.—Abelardo.

MERC. ¿Abelardo! ¿Eres tú? ¡Al fin llegaste!

ABEL. (*Bajo, a Mercedes.* He venido corriendo, alma mia, para tener el placer de verte sin ese testigo insoporable.)

MERC. (*Bajo.* Gracias, amigo mio... Yo tambien deseaba...)

D.<sup>a</sup> AGUST. (*Interrumpiendo*) ¿I don Bruno?

ABEL. Lo dejé en una joyeria comprando carabanas i sortijas para su novia.

D.<sup>a</sup> AGUST. (*Aparte.* Todo eso me corresponde a mí, de derecho.

MERC. ¿Hablaste con tus amigos, Abelardo?

**ABEL.** Cuando salí de aquí con don Bruno, quien no quería separarse de mí ni un momento, me encontré con un condiscípulo, al cual le expliqué en dos palabras mi proyecto. Este amigo habló en seguida con otros; i un cuarto de hora despues, se nos hicieron encontradisos en el comercio. Estábamos en la mueblería que hai enfrente de San Agustin, i don Bruno se hallaba tratando de la compra de un catre de matrimonio...

**D.<sup>a</sup> AGUST.** (*Aparte.* ¡Catre de matrimonio! Es mio ese catre.)

**ABEL.** En esto, entraron mis amigos, i se pusieron a conversar, no mui léjos de nosotros. Don Bruno decía que quería un catre bien ancho...

**D.<sup>a</sup> AGUST.** (*Aparte.* ¡I lo compraba sin pensar en mí, el pícaro viejo!)

**MERC.** ¿I qué decían tus amigos?

**ABEL.** Siguiendo mis instrucciones, uno de ellos dijo:— ¿Para qué *andar* buscando catre ancho este viejo?—Es que se va a casar, respondió otro—¿Con quien? preguntó un tercero.—Con su vieja ama de llaves, respondió el segundo.—No es con esa, sino con su linda pupilita, dijo el cuarto.—¡Eso no puede ser! exclamaron dos de ellos.—I sin embargo es la verdad, repuso el cuarto— Pues nosotros apostamos un almuerzo a que es con la vieja.—¡Acepto la apuesta! ¡Bueno es don Bruno para dejar escapar a su rica pupila!

**D.<sup>a</sup> AGUST.** Esos caballeros están equivocados en una cosa... Yo no soi tan vieja que...

**ABEL.** Ellos tampoco creen que usted es vieja, señora. Lo decían solo por broma.

**D.<sup>a</sup> AGUST.** Esas son bromas mui descorteses, señor mio.

**MERC.** I don Bruno ¿qué decía?

**ABEL.** Estaba en áscuas... hasta que volviéndose hácia el grupo, exclamó: ¿qué les importa a ustedes, caballeros, que yo me case con quien se me antoje? ¿Son ustedes los que van a soportar las cargas del matrimonio? Con la niña me caso, porque la niña me quiere i santas pascuas.

**D.<sup>a</sup> AGUST.** ¡Viejo sin conciencia ni temor de Dios!

**ABEL.** En seguida nos vinimos a la joyería del pasaje, i allí se trabó otra disputa entre don Bruno i el joyero, que

estaba advertido por mis amigos. El joyero decia que acababa de asegurarle un compadre del cura que el matrimonio de don Bruno era con doña Agustina; i don Bruno juraba, por su parte, que jamas habia tenido intencion de casarse con su ama de llaves...

D.<sup>a</sup> AGUST. ¡Jesus, María i José! ¡Cómo no cayó un rayo sobre aquel malvado viejo! Pues ahora me dan mas gana de casarme con él para arañarlo... ¡Madre i señora de los desamparados!

ABEL. Aprovechando un momento en que don Bruno parecia no fijarse en mí, escabullíme por un lado, i me vine corriendo. Yo creo que le va a disgustar mi conducta; pero ya tengo pensado como salir del paso. (*A doña Agustina*) Don Bruno debe llegar pronto, i es menester que nos encuentre cuestionando a los dos.

D.<sup>a</sup> AGUST. Mui bien me viene eso ahora, pues con lo que usted nos ha dicho, tengo el alma ardiendo, i estoi dispuesta a cuestionar i a pelear con cualquiera.

ABEL. Entónces no le costará trabajo contradecirme.

D.<sup>a</sup> AGUST. Estoi ansiosa por contradecir. Diga usted...

MERC. (*Asomándose por el balcon*) Ya viene mi tutor. Acaba de atravesar la calle... Yo me voi.

(*Váse*)

### ESCENA III.

Doña Agustina.— Abelardo.

ABEL. Cuando yo afirme, usted no tiene mas que negar, i decir que eso no puede ser.

D.<sup>a</sup> AGUST. ¡Eso es! No puede ser... Es imposible...

ABEL. (*Pone el oido*) Ya viene...

D.<sup>a</sup> AGUST. ¡Es imposible que eso sea cierto!

ABEL. Pero, señora, ya le digo que lo sé de positivo!

D.<sup>a</sup> AGUST. ¡Pues yo no lo creo! Nó! nó, nó! Ya te digo sobrino, que nó. Nó! nó! i mil veces nó! ¡Es imposible!

## ESCENA IV.

Dichos.—Don Bruno.

D. BRUNO. (*En la puerta del fondo*) ¡Caramba! ¿Qué diablos les importará a ellos que yo me case con la vieja o con la niña?

ABEL. Pronto verá usted si es verdad lo que digo.

D.<sup>a</sup> AGUST. No lo creo, aunque me lo jures. Nó!

D. BRUNO. ¡Bueno! bueno! ¿Disputando ya, como si estuvieran casaditos? ¡Seña de que se quieren!

ABEL. ¡Ah! ¡señor don Bruno! dispéñeme usted el haberlo dejado repentinamente; pero es el caso que una noticia imprevista...

D. BRUNO. ¿Qué noticia, es esa?

ABEL. Se la he dicho a mi tia; pero ella...

D.<sup>a</sup> AGUST. Yo le digo que eso no puede ser.

ABEL. Pues yo lo sé de buena tinta.

D.<sup>a</sup> AGUST. A pesar de eso, yo no creo...

ABEL. ¿I por qué?

D.<sup>a</sup> AGUST. Porque es imposible.

ABEL. No es imposible; i el señor don Bruno me ha de dar una esplicacion de lo que pasa.

D. BRUNO. Pero veamos... ¿Qué es lo que pasa?

D.<sup>a</sup> AGUST. No crea usted, don Bruno...

D. BRUNO. ¿I qué es lo que no he de creer?

D.<sup>a</sup> AGUST. Eso que dice mi sobrino.

D. BRUNO. ¡I qué es eso, con doscientos mil de a caballo!

ABEL. Que usted se ha querido burlar de mí.

D. BRUNO. ¿Yo?

D.<sup>a</sup> AGUST. ¡No lo creas, sobrino!

ABEL. ¡Calle usted, tia, que quien sabe si está tambien en el complot!

D. BRUNO. ¡Yo me vuelvo loco!

ABEL. ¡Pero yo sabré sostener mi derecho!

D. BRUNO. ¿Qué derecho?

ABEL. El que todo hombre tiene de casarse con la mujer a quien ama i de quien es amado.

D. BRUNO. ¿I por qué dice usted eso?

ABEL. Porque usted quiere arrebatarme mi novia.

D. BRUNO. ¿Quién se lo ha dicho a usted?

ABEL. El mismo notario de la parroquia.

D.<sup>a</sup> AGUST. No lo creas, sobrino, porque tambien los notarios mienten.

D. BRUNO. ¿Con que el notario le ha dicho que yo...

ABEL. Que usted ha ido a decir al cura que se casa con mi tia...

D.<sup>a</sup> AGUST. ¡Milagro patente!

ABEL. I que yo me caso con su pupila.

D. BRUNO. Tiene razon la Cuchita; eso no puede ser.

D.<sup>a</sup> AGUST. ¡Vaya si puede ser! Cuando el señor notario lo ha dicho...

D. BRUNO. Pues eso es tan cierto como que yo soi obispo.

D.<sup>a</sup> AGUST. (*Tomando del brazo a don Bruno*). ¡No hable así, don Brunito! Ya que ha comenzado tan bien, diciendo la verdad en la parroquia, no se desdiga.

ABEL. (*Aparte. La vieja ha tomado el asunto, a lo serio*).

## ESCENA V.

### Dichos.—Doña Pascuala.

D.<sup>a</sup> PASC. (*En la puerta*) ¡Deo Gratia! ¿Se puede entrar?

D.<sup>a</sup> AGUST. ¡Ah! ¡mi comadre Pascualita! ¡Entre usted!

D.<sup>a</sup> PASC. Buenas noches, comadre... Vengo llena de gusto.....  
 ¡Un abrazo! (*Se abrazan*) I usted, don Bruno ¿cómo lo pasa? (*A Abelardo*) Dios me lo guarde, caballero.  
 (*A doña Agustina*). Mire, comadre, cuando el señor Cura me habló esta tarde del matrimonio de usted, pensé volverme loca de gusto, i no veia las horas de venir a darle los parabienes.

D.<sup>a</sup> AGUST. Muchas gracias, comadre.

D.<sup>a</sup> PASC. No hai de que... Usted haria lo mismo conmigo.....  
 Aquella noticia me hizo rodar las lágrimas... I luego me dije: benditos sean los altos juicios de Dios, que ha tocado el corazon de don Bruno, para que al fin le haga a usted justicia i le cumpla la palabra...

D. BRUNO. ¿Qué dice usted, doña Pascuala?

D.<sup>a</sup> PASC. Digo que usted hace mui bien en cumplirle la palabra a la Cuchita ... Mas vale tarde que nunca.

D. BRUNO. ¿I quién le ha dicho a usted que yo me caso con la Cuchita?

D.<sup>a</sup> PASC. El señor cura (*Aparte.* Dios me perdonará, con el buen fin con que miento.)

D. BRUNO. ¿El cura?

ABEL. ¿No se lo decia a usted, señor don Bruno?

D. BRUNO. Aquí hai algun *quid pro quo*, que es preciso aclarar. Voi a verme con el señor Cura. *Hace ademan de irse; i vuelve, al oír la voz de Mercedes.*

## ESCENA VI.

### Dichos.— Mercedes.

MERC. (*Con un papel en la mano*). ¡Mi querido tutor! ¡Vea usted lo que me pasa, por haber vivido aquí, encarcelada entre estas cuatro paredes!

D. BRUNO. ¡Por Jesucristo! Este día ha sido para mí de continuos sobresaltos... Dime, hijita, ¿qué es lo que te ha sucedido?

MERC. Lea usted esta carta, i lo sabrá. (*Le pasa el papel; pero al irlo a tomar don Bruno, ella lo retira i lo hace pedazos*) ¡Pero nó! mejor es que usted no lea esta insultante carta... La he hecho pedazos, para que se vea el caso que hago de las palabras necias.

D. BRUNO. ¡Ah! No sé lo que pasa por mí... Dime, querida mia ¿quién ha tenido el atrevimiento de insultarte? quiero saber lo que te dicen en ese papel.

MERC. Pues bien, esta carta es de una amiga antigua de colegio; i en ella se burla de mí, diciéndome que me voi a casar con Matusalem.

D. BRUNO. ¡Esa debe ser alguna solterona a quien hace hablar la envidia!

MERC. Lo peor es que agrega entre otras groserías, que si yo me caso con usted es porque no conozco el mundo, porque estoi aburrida de vivir aquí encerrada... I por

fin, añade con descarada insolencia, que si yo hubiera sido pretendida por algun jóven, no me casaria con un viejo chocho.

D. BRUNO. ¡Deslenguada! De puro envidiosa lo hace... No le hagas caso, mi vida, que cuando estemos casados, nos iremos a pasear en coche por la calle en donde ella vive; i tú le quebrarás los ojos con tu vestido de terciopelo, tus sortijas i tembleques de diamantes.

MERC. Así pienso hacerlo, en este mismo instante... Montaré en un coche, i saldré a andar sola...

D. BRUNO. ¿Sola?

MERC. ¡Es decir que iré con... ¡Vaya! quisiera tener tres o cuatro jóvenes buenos mozos para salir a pasearme en coche abierto, por esas calles...

D. BRUNO. Ya te digo que despues saldremos...

MERC. ¡Nó, señor! Ha de ser ántes de casarme, para que vean claro que tengo libertad i que usted no ha ejercido en mí, presion alguna para obligarme a darle mi mano... Voi a mandar poner mi coche... ¡Ah! ¡pero yo no lo tengo!... Usted no me ha comprado coche todavía... Abelardo, baje usted pronto a buscar un carruaje.

(Váse Abelardo).

## ESCENA VII.

Don Bruno.—Mercedes.—Doña Agustina.—Doña Pascuala.

D. BRUNO. (A Mercedes) Pero, hijita ¿qué es lo que piensas hacer?

MERC. ¿No vé, tutorcito mio, que lo que hago es solo por el honor de usted? ¡Sí, señor! Saldré en coche, con Abelardo, a falta de otros jóvenes, para que se vea que, si me caso con usted, no es porque me falten buenos mozos que me hagan la rueda.

D. BRUNO. ¡Por el amor de Dios! ¿Estás loca?... No quiero decir eso, sino que yo quisiera acompañarte.

MERC. Le digo a usted que solamente con un jóven puedo darles ese mentís a los habladores... La honra de usted me importa mucho para que yo deje de dar este paso.

D. BRUNO. ¿Mi honra? (*Aparte.* Todavía no acabo de comprender esta manera de mirar por mi honra.)

MERC. (*Poniendo el oído*) Siento que el carruaje ha llegado... Hasta luego, amigo querido. (*Dá dos cariñosas palmaditas en el hombro de don Bruno*).

D. BRUNO. Pero, hijita, mira que una niña soltera no puede salir así no mas, con un mozo; sin esponerse...

MERC. No tema usted, querido mio... No hai el menor peligro... La noche no está fria, i yo voi bien abrigada... ¡Adios! Pronto estaré de vuelta... (*Se encamina hácia la puerta del fondo*).

D. BRUNO. ¡Cuchita, acompáñela usted!

D.ª AGUST. Voi allá.

(*Vánse Mercedes i doña Agustina*).

## ESCENA VIII.

**Don Bruno.— Doña Pascuala.**

D. BRUNO. (*Tomándose la cabeza con ámbas manos*) ¡Es decir que ya comienza a hacer lo que se le antoja, en mis propias barbas!

D.ª PASC. ¡Esto no es nada, mi don Bruno! ¡Esto no es mas que el principio!

D. BRUNO. (*Volviéndose bruscamente hácia doña Pascuala*). ¿Qué dice usted? ¿Qué hace aquí, señora?

D.ª PASC. ¿Qué digo? El Evangelio. ¿Qué hago? una obra de caridad, enseñando al que no sabe i dando buen consejo al que lo ha de menester.

D. BRUNO. Yo no he menester de sus consejos.

D.ª PASC. Oiga usted, don Bruno: ántes que te cases, mira lo que haces... Usted debe mirar i remirar este negocio, por que el que no mira, pronto se admira, i el que no vé el camino tropieza de continuo... Acuértese de la palabra que le dió a la Cuchita...

D. BRUNO. ¡Calle usted, señora!

D.ª PASC. El que calla otorga, i yo no quiero otorgar lo malo. Nunca es bueno engañar a las mujeres honestas, pues, segun la lei de Dios, el que engaña es el mas engaña-

do, i quien obra mal no espere bien, mayormente usted, que le ha dado por hacer este matrimonio tan descontrapesado en edades, sin acordarse de que carga descontrapesada, pronto ladeada... Oigame, i ya que es hombre, acuérdesese de que el hombre por la palabra, i el buei por el asta... Cásese con la Cuchita, que es la mujer que le conviene, porque cada oveja con su pareja...

D. BRUNO. (*Apretando los puños*) ¡Vieja bruja de Satanás! ¿Hasta cuando ensartas refranes?

D.<sup>a</sup> PASC. No me llame usted vieja, don Bruno, porque eso es escupir al cielo para que le caiga en la cara... Ya usted cuenta con años suficientes para saber que el que tiene tejado de vidrio... No se impaciente usted contra los refranes, pues es bien sabido que son el Evangelio; i si yo los uso, es porque cada cual hace uso de lo que tiene, i habla como mejor le cuadra, aunque no siempre acierte a hablar como cuadra a los demas... Este es el mundo, mi don Bruno, i escuche lo que le digo, porque el que no atiende no entiende... I no me desprecie usted, por vieja, pues para envejecer nacimos, que no para morir antes de tiempo; i pena de la vida tiene el que no llega a este estado (*Persiguiendo a don Bruno, que huye de ella*) I acuérdesese ademas de que los años dan desengaños, i los desengaños son la esperiencia, i la esperiencia es la ciencia, i...

D. BRUNO. (*Mirando al cielo con desolacion i furor*) ¡Dios mio! ¿En qué he pecado?

D.<sup>a</sup> PASC. Yo se lo diré... Usted ha pecado con engañar a la pobre Cuchita, i luego en quererse casar con su propia nieta... ¿No ha oido usted aquel adajio que dice...

D. BRUNO. (*Tapándose los oidos*) ¡Nó! ¡No quiero oír mas adajios! Váyase usted de aquí al momento, con sus malditos refranes i con sus esperiencias i todo... ¡Al momento! al momento! (*Empuja a doña Pascuala hácia la puerta*)

D.<sup>a</sup> PASC. (*Saliendo*) No hai peor sordo que el que no quiere oír.

(Váse)

## ESCENA IX.

Don Bruno.

¡Gracias a Dios! Ahora respiro... No sé donde tengo la cabeza... Esta endiablada vieja me tenía como entre dos piedras de molino... ¡Ah! ¡qué día éste, Dios mio! Ni mi espíritu ni mi cuerpo han descansado un instante... Me parece que he vivido mas de diez años, en este solo día... ¡Sí, señor!... Principio por creer que mi pupila ama a otro; luego veo que es a mí a quien ama, i en seguida me enamoro perdidamente de ella... Despues sufro los efectos de sus caprichos; i al cuarto de hora, ya estoi acostumbrado a que me falte al respeto, en mis propias barbas... Yo no sé como ha sido esto; pero es mui cierto que ella ha hecho de mí, cera i pabilo... Me ha obligado a prometerle que la deje vivir como se le antoje; i me parece que ya hace muchos años que soi testigo de sus coqueterías i travesuras, de sus convites, bailes, paseos, cabalgatas i qué se yo que mas... Es como si ya hubiera pagado las cuentas de todas esas locuras... i casi he llegado a creer que ya estoi arruinado... Al fin he descubierto el medio de no descontentarla por ahora, prometiéndole todo para no cumplirle despues, que es tambien la manera de quedar yo mas tranquilo... Pero ¿qué tranquilidad podré tener, cuando me ha hecho salir de mis casillas hasta el punto de componer versos para ella? ¡Es una atrocidad! I luego me obliga a buscar personero, que le dice flores a mi nombre, que la enamora i la besa en mi nombre... I yo tengo que ver como ella se deja hacer todo esto, en nombre de su esposo... Todo lo cual lo encuentra mui puesto en razon, a fin de mantener incólume mi buen nombre, haciéndome vencer en la lid amorosa para quedar coronado con los laureles de la victoria... ¡Jesus! ¡Qué teorías las de las mujeres de estos tiempos!... Mientras tanto, yo corro sin descanso, calle arriba i calle abajo: voi a ver al cura; vuelvo al comercio; compro vestidos i joyas; deajo palabreado un coche; oigo las amenazas de los encargos a Europa, sin contar con las críticas de unos, las insolentes sonrisas de otros, las terribles pretensiones de la Cuchita, los refranes de doña Puscuala, etcétera, etcétera!... ¡Ah! Estoi fatigado, molido, estenuado! (*Se deja caer sobre una silla*).

## ESCENA X.

Don Bruno.—Doña Agustina.

D.<sup>a</sup> AGUST. (*Entrando apresuradamente*) ¡Se fueron!

D. BRUNO. ¡Cuchita! ¿Usted aquí?

D.<sup>a</sup> AGUST. ¡Se fueron, se fueron!

D. BRUNO. ¿I Mercedes?

D.<sup>a</sup> AGUST. Ya le digo a usted que ella i mi sobrino se fueron en el coche.D.<sup>a</sup> BRUNO. Pero ¿por qué no los acompañó usted?D.<sup>a</sup> AGUST. Porque ellos me dijeron que no necesitaban de mi compañía para cumplir con sus deberes.

D. BRUNO. ¡Sus deberes! ¡Esta muchacha tiene una manera muy orijinal de entender sus deberes! Pero yo le meteré en vereda, cuando sea mi esposa.

D.<sup>a</sup> AGUST. ¡Su esposa! ¿Entonces usted está creyendo todavía en esa locura?

D. BRUNO. ¿Qué locura?

D.<sup>a</sup> AGUST. La de pretender casarse con la esposa de Abelardo.

D. BRUNO. ¿Habla usted de veras?

D.<sup>a</sup> AGUST. Sí, señor. Yo veo que ellos van a valerse de la equivocacion de usted, en ese cambio de nombres.

D. BRUNO. ¡Ah! ¡No me acordaba!... Voi a impedir ese matrimonio... ¡Mi sombrero! ¡Dónde está mi sombrero!... ¡Picaronazos!... Me opondré como tutor que soi.....

D.<sup>a</sup> AGUST. ¡Oiga usted, amigo mio!D. BRUNO. No oigo, ni soi amigo de nadie, en este momento (*Toma el sombrero i se lo pone maquinalmente*) Yo castigaré a esa picaronaza, i me vengaré del malvado..... (*Mira hácia todas partes*). Pero ¿dónde diablos he dejado mi sombrero?D.<sup>a</sup> AGUST. ¿I a dónde piensa ir usted?

D. BRUNO. A vengarme...

D.<sup>a</sup> AGUST. (*Le echa llave a la puerta, i guarda la llave en el seno*). Es preciso impedir que usted vaya a cometer un disparate.

D. BRUNO. Usted no puede impedirme a mí que salga de mi casa... Deme esa llave.

D.<sup>a</sup> AGUST. No se la doi, hasta que usted no se refresque, porque se me hace cargo de conciencia...

D. BRUNO. ¡Vieja testaruda! (*Hace ademán de quitarle la llave por la fuerza*).

D.<sup>a</sup> AGUST. ¡Nó! ¡No me toque usted! ¡Habrás visto..... el atrevido!

D. BRUNO. La atrevida es usted, que viene a faltarme al respeto en mi propia casa.

D.<sup>a</sup> AGUST. El que falta al respeto es usted, pues se propasa hasta poner las manos sobre una señora!

D. BRUNO. No grite usted... Oigo pasos en la escalera... Abra la puerta...

D.<sup>a</sup> AGUST. (*Poniendo el oído*). Es verdad que sube jente... ¡Dios mio! ¡I me van a encontrar aquí sola con este hombre!

D. BRUNO. ¡Vaya un escrúpulo! Si yo estuviera para reirme...

D.<sup>a</sup> AGUST. ¡Sí! riase usted... despues de lo que ha hecho! (*Llora*)

D. BRUNO. No grite, con doscientos mil... (*Golpean la puerta*).  
¿Oye usted? (*Sacudiéndola de un brazo*). ¡Vaya a abrir la puerta!

D.<sup>a</sup> AGUST. ¡No me toque!... ¡Suélteme usted!... No insulte a una pobre mujer indefensa... ¡Socorro! ¡socorro! (*Dánle a la puerta fuertes empellones, a tiempo que don Bruno logra arrebatarse la llave a doña Agustina*).

D. BRUNO. (*Metiendo la llave en la cerradura*). ¡Ya voi a abrir! ¡No forcen la puerta!..... ¡Ya está!... ¿Quiénes son ustedes?

### ESCENA ULTIMA.

**Todos los personajes** (*Entra primero el Cura, quedando los demas personajes agrupados en la puerta. En seguida van entrando éstos poco a poco, segun lo indica el diálogo*).

EL CURA. Yo soi, amigo don Bruno, que vengo a...

D. BRUNO. ¿El señor Cura?..... ¡Ah! Sepa usted que cuando fui esta tarde a hablarle sobre los dos matrimonios, cambié las novias, quiero decir que...

EL CURA. Oigame usted, amigo mio. Aquí le traigo a su pupila.

- D. BRUNO. (*Percibiendo a Mercedes, que aparece por detras del Cura*). ¡Merceditas! Ven acá... (*A Abelardo*) ¡Ab! Usted tambien... ¿I ese vijilante? ¿Qué significa esto, señor Cura?
- EL CURA. Que él viene preso...
- D. BRUNO. ¡Ab! ¡el poetita!... Ya comprendo... Se la llevaba robada... ¡Picaronazo!... I la policía lo ha atrapado... ¿No es esto? (*A Mercedes*). I tú te dejastes robar...
- MERC. ¡Yo no me he dejado robar por nadie, señor don Bruno! Yo iba acompañada de mi marido.
- D. BRUNO. ¡Su marido! ¡Habrás visto desvergüenza mayor!..... ¿Con que me estabas engañando, eh? Pues no te casarás, mientras yo pueda impedirlo... Dígame, señor Cura: ¿por acaso los ha casado usted, a consecuencia de ese cambio de nombres?
- EL CURA. Voi a decirle lo que ha pasado. Cuando me disponia a venir aquí, como quedamos convenidos, se me presentaron estos dos jóvenes (*Muestra con el dedo a Mercedes i a Abelardo*); i, sin darme tiempo a reflexionar, me dijeron que los reconociera por esposos, el uno del otro, poniendo por testigos a las personas que se hallaban allí presentes...
- D. BRUNO. ¡Ah! ¿Con que se han burlado de mí? (*Muestra los puños a Abelardo*).
- EL CURA. Yo, entónces, salí de casa, al momento, i pedí auxilio a la policía.
- D. BRUNO. ¡Ya estoi! Para poner preso al mocito raptor.. Mui bien hecho, señor Cura. Se le seguirá su causa... Sepa usted que se me ha engañado miserablemente; i como tengo plata, se me hará justicia!...
- EL CURA. Yo estoi impuesto de todo lo sucedido, por boca de ellos mismos; i mañana lo pondré en conocimiento del señor Arzobispo, para que resuelva lo que estimare por conveniente. Mientras tanto, esta señorita quedará aquí en su casa, i el mozo será puesto a disposicion del señor juez del crimen.
- ABEL. ¿I por qué razon, señor Cura, cuando no hemos hecho otra cosa que usar de nuestro derecho?
- EL CURA. (*A Abelardo, con tono severo*). Nadie tiene derecho

para engañar, señor mio; i usted ha sacado a esta niña de su casa, burlando la confianza de su tutor.

D. BRUNO. El cual, segun la lei, hace las veces de padre.

D.<sup>a</sup> AGUST. ¡Bonito padre! ¡I se queria casar con su hija!

D.<sup>a</sup> PASC. (*A media voz*) ¡Calle, comadre, por la Virgen!

D.<sup>a</sup> AGUST. ¡Pero si me rebosan las palabras, por la boca!

ABEL. Pero, señor Cura, ¿tengo yo la culpa (*Mostrando a don Bruno*) de que este caballero haya sido demasiado crédulo, para imaginarse que su pupila pudiera amarlo?

EL CURA. Llame usted a eso candor, credulidad o como quiera, siempre el que engaña miente.

D. BRUNO. ¡Ese es el evangelio, señor Cura!

EL CURA. Mi deber es predicarlo en todas partes i de todos modos. Soi el cura de esta parroquia, i debo la verdad a mis feligreses. (*A Abelardo*) Piense usted, jóven, en el mal que le ha hecho, i medite sobre sus consecuencias, para que trate de precaverse de ellas. Considere que, ayudando a esta incauta niña a engañar tan atrozmente a la persona misma que ocupa el lugar de su padre, la ha enseñado usted a ser desleal con quien debe ser respetuosa. ¡Usted ha enseñado a mentir a la mujer que mañana será su compañera!

D. BRUNO. ¡Nó, señor! ¡No lo será!

EL CURA. Es decir, a la mujer que no podrá labrar la dicha de usted, sino siendo leal, sencilla, respetuosa i esclava de sus deberes... ¡Oiga usted, mi amigo! De las niñas que se burlan de sus mayores suelen salir las mujeres que miran en poco a sus esposos.

ABEL. Confieso, señor, que hice mal.

MERC. Abelardo no tiene culpa alguna. Soi yo la única culpable. (*A don Bruno*) ¡Perdóneme usted, señor!

D. BRUNO. ¡Nó! ¡No te perdonaré jamás!

EL CURA. (*A don Bruno*). Perdónela usted, para que Dios le perdone la culpa que ha tenido, ejerciendo sobre esta pobre niña una injusta presion.

D. BRUNO. (*Con muestras de disgusto*). ¡I qué? Por acaso, yo...

EL CURA. Usted ha sido injusto con su pupila.

D. BRUNO. (*Con acento sarcástico*) ¡Es decir que a mí tambien me va a tocar mi parte de sermon!

**EL CURA.** Hace un momento que usted dió el nombre de Evangelio al discurso que yo dirijía a estos jóvenes, para hacerlos arrepentirse de su inconsiderada conducta; pero al ver que mis palabras le tocan a usted, el Evangelio se ha convertido en sermón... ¿Por qué no dice usted sermón indijesto? Pues bien, si usted no puede perdonar a su pupila, permítame llevarla a casa de mi hermana, en donde estará depositada hasta que la autoridad competente disponga otra cosa.

**MERC.** Mil gracias, señor Cura. Acepto gustosa, si mi tutor...

**D. BRUNO.** Yo no me opongo.

**D.<sup>a</sup> AGUST.** (*Al Cura*) I yo, señor Cura ¿en dónde he de quedar depositada?

**EL CURA.** (*Con estrañeza*) ¿Usted, señora?

**D.<sup>a</sup> AGUST.** Yo pido tambien ser depositada en una casa de respeto, como soltera que soi i desamparada, porque le hago saber a usted, i sean testigos todos los presentes (*Muestra a don Bruno*) que este caballero es mi marido... I aunque él no dice palabra, aquí está la papeleta que no me dejará mentir. (*Saca del seno un papel, i lo pasa al Cura*) Léala usted, i verá como él me dió palabra, hace mas de catorce años, de casarse conmigo; pero hasta hasta ahora no la ha cumplido. I ya que usted sabe hacer las cosas, hágame justicia, señor cura de mi alma, obligándolo a que cumpla lo prometido, como es de razon, pues yo creo que hasta un juez de palo, en leyendo ese papel, ha de mandar que este hombre se case conmigo.

**EL CURA.** Usted debe ser, sin duda, la persona que ayudó a realizar esta maquinacion contra don Bruno.

**D.<sup>a</sup> AGUST.** Yo, señor Cura, no he hecho mas que ayudar a esta pobrecita... i tambien ayudarme a mí misma... todo ello con buena intencion... i con los mas honestos fines.

**EL CURA.** ¡El fin no justifica los medios, señora!

**D. BRUNO.** (*Aparte.* ¡Toma vieja loca! ¡Tambien tendrás tú parte de sermón!)

**D.<sup>a</sup> AGUST.** Le juro a usted, señor Cura, que solamente la necesidad me ha hecho...

EL CURA. Jamás hai necesidad de obrar mal, porque siempre existe un camino recto i justo que conduce al bien verdadero. Decir que, a veces, solo puede llegarse al bien, por caminos torcidos, es blasfemar contra la sabiduría, la justicia i la bondad de Dios, que nos manda a un mismo tiempo llegar al bien, i no separarnos de las vias justas. Ahora, por lo que toca a este papel, (*Se lo entrega*) guárdelo usted, para...

D.<sup>a</sup> AGUST. ¿Para presentárselo al señor Arzobispo?

EL CURA. Nó, señora, sino para que, teniéndolo siempre ante su vista, sea usted mas cauta, i no se fie otra vez de palabras vanas. (*Tomando a Mercedes de la mano*) Vamos, hija mia. (*Sale seguido de Abelardo, a quien acompaña el policial. Don Bruno los sigue cabizbajo; doña Agustina se deja caer desolada en una silla, i doña Pascuala trata de consolarla*)

D.<sup>a</sup> AGUST. ¿Para que otra vez no crea en palabras vanas! ¿No fué esto lo que me dijo el señor Cura?

D.<sup>a</sup> PASC. Así es, comadrita; pero cálmese usted...

D.<sup>a</sup> AGUST. ¡Yo no sé que clase de curas son los de estos tiempos! ¿Cómo puede llamar palabras vanas a las palabras de matrimonio? ¡A buen tiempo viene este bendito señor a encargarme la cautela!... ¡I luego me dice que para otra vez yo sea mas precavida!... ¡Otra vez! ¡Otra vez! ¡Como si, a mi edad, pudiera llegarle a una mujer esa otra vez!... ¡Ah! ¡Déjeme llorar, comadre!  
(*Cuando concluye de hablar doña Agustina, todos los demas personajes, ménos doña Pascuala, han salido de la escena.*)

(*Cae el Telon.*)

FIN.

# DON JORJE HUNEEUS

## A PROPOSITO DE UN LIBRO.

Confusio juzga tímidos a todos aquellos que ven lo bueno i no lo practican... el señor Huneeus ve lo bueno, piensa lo bueno, escribe sobre lo bueno i... no sé si sea temerario al principiar este artículo con la sesuda frase del filósofo chino de inolvidable memoria.

Cuando se toma un libro para leerlo i cuando despues de recorrer una a una las brillantes paginas que lo forman, se va en busca del autor para estudiarlo en su vida, i se vé que un mundo separa al literato del hombre, hondo pesar se apodera del ánimo i se ambiciona potente fuerza para adjuntar las dos personalidades que debieran vivir unidas por estrecho lazo, i que por estraño fenómeno marchan desacordes quemando una lo que la otra adorare, i adorando la otra lo que la una quemare.

Inesplicable anomalia es ésta i harto frecuente por desgracia en muchos hombres políticos.

¿Por qué?

¿Qué tienen en vista al no amoldar los actos de su vida pública a las mui sanas doctrinas que en sus escritos i con su palabra divulgan? ¿Por qué el uno marcha por recto sendero i el otro busca i trafica siempre por tortuosa i no mui honrosa via?

Hé ahí algo que jamas he podido explicarme, ni encontrar acertada solucion a ese problema dificilísimo, a pesar de lo mucho que ha trabajado la mente mia. He estudiado la vida de algunos hombres, he tratado de seguir las sinuosidades de su carácter, de es-crudifiar su corazon, i nada, absolutamente nada se me ha puesto de manifiesto que descubra algo de lo que con anhelo buscaba.

Quisiera yo que el que vislumbra lo bueno vaya inmediatamente en su busca, se apodere de él para que impere i aleje el mal que domina.

El señor Huneus—i perdónenme su esperiencia i saber la manifestacion de mi deseo—debiera hacer esto; i si a mí me fuera posible daria mas enerjía, mas persuasion al hombre político para que se respetara i considerara en lo que merece al hombre de estudio que nos acaba de regalar sesudas pájinas en el libro que no hace poco ha visto la luz pública, i que tiene por título «La Constitucion ante el Congreso o sea comentario positivo de la Constitucion chilena,» i que ha sido recibido con entusiastas aplausos por todos aquellos que a nuestro movimiento intelectual dedican gran parte de sus esfuerzos i no ménos valiosa i eficaz proteccion.

## I.

El libro aun no está terminado. Solo se ha publicado la primera parte, pero ella ha bastado para dar mas vigor a la bien sentada reputacion del hábil i elegante profesor de derecho público i administrativo de la Universidad de Chile.

El trabajo del señor Huneus no solo es una exposicion razonada i comentada de nuestros preceptos constitucionales, como las obras de los distinguidos publicistas Lastarria i Carrasco Albano, sino tambien la historia de nuestro parlamento, la narracion de sus deliberaciones en los últimos cuarenta años. No es un cronista que espone los hechos solamente, es un pensador, un hombre de ideas que discute, un hombre de partido que lucha, un espíritu indagador que busca la verdad, que la encuentra, que la presenta a la discusion, que la apoya con buenas razones, con mejores ejemplos, con la práctica de los paises mas adelantados. Cada una de las pájinas de su libro revela un hombre de estudio. Las constituciones de otros paises—Inglaterra, Francia, Estados Unidos, etc.;—las obras de eminentes pensadores—Stuart-Mill, Tocqueville, Prevost, Paradol, etc.,—le son conocidas, casi familiares, i su espíritu

está empapado en las ideas que se encuentran en los libros de esos grandes pensadores i en los preceptos de esas constituciones. Ha vivido en vida íntima con esas pájinas i de ellas ha sacado provechosa enseñanza i razonados ejemplos para esponer i recomendar a la vez el sistema de su predileccion i bosquejar los principios de la complicada i mui difícil ciencia de la política que forman su credo i que son sus convicciones. El señor Huneus forma en las filas del mas avanzado liberalismo. Las pajinas de su libro i las ideas que en ellas se discuten i se apoyan con entusiasmo e intencion nos permiten aseverarlo.

¿Los hechos apoyan la aseveracion? ¿La corroboran?

Creo no ser osado, ni faltar en nada el respeto que se debe al señor Huneus al decir que nó.

Hai en la vida pública del elocuente diputado ciertos hechos que arrastran a contradecir lo que en las apariencias i sin estudio detenido parece evidente. El señor Huneus no es un espíritu tenaz, firme, resuelto. Contemporiza demasiado i su palabra casi siempre trata de armonizar las mas encontradas opiniones. Su palabra, como su actitud, es vacilante. No se le vislumbra claramente. Vive en un claro oscuro indefinible, casi impenetrable. Se le vá a tocar i desaparece. Se le busca i no se le halla. Tiene el talento de saber ocultarse, i cuando por rara e inesplicable casualidad se le envuelve en sutilísima red, jamas se le encuentra desprevenido. Tiene el hábito de los grandes acontecimientos: todo lo burla i se prepara admirablemente.

Parodeando a Napoleon, puede decirse que en naturalezas como las del señor Huneus hai encarnadura para formar mas de un sutil i astuto Tellejran..... Pero.... libre su buena estrella a esos Tellejrand de una caída...

El señor Huneus a pesar de su mui esquisita perspicacia resbaló.....

El ministerio de marzo del 79 no le fué mui favorable. Puso de manifiesto, sino su ambigüedad, sus bien intencionadas, pero no por esto funestas condescendencias. Quiso a todo el mundo hacer partícipe de su poder. ¡Rara i espléndida munificencia, pero de resultados bien poco favorables en los actuales dias!

Todo el mundo trata de buscar personalidades definidas, situaciones claras, i en el señor Huneus i en los dias de su gobierno no vió lo que buscaba. Por el contrario, vislumbró algo que no estaba en armonía con sus aspiraciones. Se dice que se vió ir al

señor Huneus de aquí a allá, se le vió agazajar i sonreír a muchos hombres i golpear las puertas de muchos partidos. De aquí su rápida caída. Llega el momento de las desiciones i vacila. El elemento liberal en cuyos brazos ha ido al poder, cree ver al señor Huneus en contacto con el partido conservador, se atemoriza, le rechaza i le niega por tanto su valioso apoyo; i el conservador no viendo en él un sectario, pero si una personalidad intelijente i de prestigio, que puede ayudarle a conquistar un poder perdido para volver a ser de nuevo pujante fuerza gubernativa, le agazaja, le sonríe i trata con sus halagos de arrullarle muellemente. Suena la hora i la funesta combinacion se desmorona, rueda i arrastra al ministro. El señor Huneus vuelve a su hogar, a las tareas del foro a las del profesorado, i en el silencio de su gabinete i despues de crueles horas de agitacion, sigue preparando los materiales de la obra que acaba de publicar i que es una franca profesion de fé.

## II.

Habia urgente necesidad de que esas pájinas aparecieran. Ellas tenian que poner de manifiesto las sanas intenciones del ministro a quien la fortuna volvia las espaldas. El libro puede decirse que ha sido el rehabilitador del hombre político. Sus pájinas están empapadas del mas puro liberalismo que es casi imposible poner en duda las sanas convicciones del autor. En ellas discute los cincuenta i ocho primeros artículos de la Constitucion i los 165, 166, 167, 168. En todo esto hai mas de una cuestion interesante, dificultosa, llena de inconvenientes para resolver. El señor Huneus inspirándose en la libertad i teniendo en vista la esperiencia de la historia i la práctica de paises mas habilmente organizados las resuelve con facilidad, con talento, con tino esquisito. Hacer leyes i comentarlas es mas que difícil. El que las hace tiene necesidad de conocer a fondo la índole del pueblo i las circunstancias en que es menester dictarlas, i el que las comenta, a mas de esto necesita tambien conocer la ciencia de la política, la organizacion de otras sociedades i la historia de muchos paises para que sus comparaciones tengan mas exactitud i sus deducciones sean mas lójicas. Obrar de otra manera es hacer un trabajo inútil, infructuoso i sin consecuencias. Obedeciendo a estos principios, el señor Huneus nos dice que una constitucion no debe jamas fijar, ni reglamentar

hechos que varíen, que están sometidos por su propia naturaleza a múltiples transformaciones, sino reglas fundamentales que determinen categóricamente, si es posible, los derechos del individuo en la familia para que sirvan de base a los de la sociedad i éstos a los de la patria, que es la gran colectividad que todo lo abarca, que todo lo resume. Esta es la misión del legislador, i para realizarla con acierto es menester que no se encierre en un círculo demasiado estrecho, sino que su esfera de acción debe ser lata, estensa, debe no solo abarcar el presente sino que también debe tener una doble vista, una vigorosa fuerza de concepción para abrazar lo porvenir. No debe reglamentar—que esto es secundario—debe constituir, i por lo tanto no es posible que restrinja, sino que lo ensanche todo. El principio, base de todas sus especulaciones no es el absoluto, sino el de libertad, el único que puede amoldarse a las necesidades del individuo, ya viva en el aislamiento, ya forme parte de una gran colectividad. No es posible encadenar al pueblo, ni restringirle el uso de sus facultades, ni el de sus derechos, consecuencia de aquellos, por el contrario, desde el momento en que se le vá a dar una constitución debe reconocérsele sin cortapizas, sin retenciones el uso de sus facultades, el goce de sus derechos.

Desgraciadamente en nuestras constituciones no se ha obrado así, i los que las han hecho han creído que para constituirnos era menester tenernos por largos años encadenados i bajo duro tutelaje. No se ha tratado sino de cimentar el orden. Hé aquí que todo lo reglamentaron, que todo,—hechos i principios fundamentales i atribuciones exclusivas de cada uno de los poderes,—fué confundido de una manera hartó lastimosa.

¿Se tenía escaso conocimiento de los principios de la ciencia política i de las exigencias del pueblo que nacía a la vida libre! Se desligó a Chile de España, pero no se trató de hacer desaparecer los aires de España. El pueblo libre fué calcado sobre el pueblo esclavo.

La Constitución del 33 ¿qué otra cosa es sino un código de la colonia? En ella poco hai que nos diferencie de aquellos buenos tiempos, ni del modo de ser de los países organizados bajo el principio absoluto. Las garantías individuales nada son: el poder absorbe por completo al individuo. Se constituye un presidente, que es señor i árbitro de los destinos de la patria i de los de sus conciudadanos; un Consejo de Estado que es mezcla informe i agrupación ilógica de todos los poderes, i en fin, para no hablar

mas i decirlo todo, establece, protege una relijion i obliga a todos los hijos de Chile a pensar de la misma manera, a sentir lo mismo i a obrar lo mismo. El señor Huneus no sin ciertas reticencias—es de los que profesa acendrada veneracion a la obra de los lejisladores del año 33—nos hace ver estos errores i estas grandes inconsecuencias. A remediarlas i a salvarlas dirige las pájinas de su libro. Hace ver las situaciones en que esos preceptos constitucionales se dictaron, los móviles que guiaban a los que los apoyaron i las circunstancias en que se ha pedido su reforma, las razones que en pró o en contra de ella se han dado, i por fin, las ideas que él se ha formado sobre el particular. Pide la libertad para todo i cree que a donde no hai libertad no hai organizacion social posible. No se contenta ya con la libertad de cultos que—como en 1865—en union de los señores Matta, Gallo, Recabárren, Espejo, García de la Huerta i otros pocos—pedia. Esto nada significa. La libertad de culto es un principio abstracto que a nada conduce, i que léjos de solucionar uno de los complicados problemas políticos lo enmaraña mas i lo hace tanto/mas difícil. Pide entónces la completa separacion del estado i de la iglesia, la ruptura de las relaciones del estado con los dogmas de la edad media. Con esta misma franqueza i con igual decision pide mas amplitud en las garantías del hombre, mas restricciones en las facultades del poder ejecutivo, mas vida para el lejislativo, mas independencia para el judicial, declaraciones francas i esplicitas sobre las incompatibilidades parlamentarias, abolicion, como homenaje al buen sentido i a la lójica del Consejo de Estado, etc., etc.

### III.

Cuestiones son todas estas difíciles i complicadas, que para abrirse camino i para hacerlas aceptar sin vacilacion, se ha tenido que luchar dia a dia contra arraigadas preocupaciones i contra las influencias casi irresistibles del poder.

En el dia, felizmente, ya nadie se asombra, ni mira con horror ninguna de estas francas soluciones. La mayoría del pueblo chileno las acepta, forma de ellas sus convicciones, pero no todos van francamente, ni todos prestan su apoyo a la realizacion de estos mui nobles propósitos... Ven lo bueno i no van en su busca... hé aquí el mal i hé aquí lo que es necesario corregir. Para innovar en esto se necesita indudablemente del ejemplo.

¿Quiénes deben darlo?

Nuestros hombres públicos tienen esa obligación. Deben llevar a la práctica lo que aceptan en teoría. Deben hacer desaparecer resueltamente el mal donde quiera que esté, i no esperar que el tiempo haga lo que solo el individuo puede hacer i llevar a cabo con éxito feliz.

Febrero de 1880.

RICARDO PASSI GARCÍA.

---

## EL ESTUDIO DE LA MUSICA.

---

Ahora que el estudio de la música es el complemento indispensable de una buena educacion, nos permitimos llamar la atencion del público escribiendo unas cuantas líneas a este propósito; porque nos ha parecido que aquí en Santiago, donde no falta ninguno de los elementos necesarios para el mas elevado desarrollo del arte musical, el verdadero sentimiento i el buen gusto por dicho arte no progresan en razon del tiempo que le dedican las personas que a él se consagran.

En la música sucede, como en todas las demas artes, que pocos son los escojidos que tienen la intuicion natural de lo bello i la facultad de adivinar sus leyes para maravillar al mundo con su precocidad. Los Mozart no solo son un fenómeno raro sino único: en efecto, uno solo ha merecido ser llamado *Monstruo de injenio* cuando apenas cumplia los 14 años. En la jeneralidad las facultades naturales han menester un cuidadoso cultivo, necesitan ser educadas con el estudio si se desea que no se queden en el estado de mesquina mediocridad.

No hablamos aquí del estudio elemental por el cual se aprende a recorrer con ajilidad el teclado de un piano o a modular la voz segun las notas escritas en el papel; tampoco hablamos del que nos hace conocer las leyes de la armonía, del contrapunto i de la

instrumentacion. Todo esto que es puramente tecnicismo es indispensable; pero no basta para formar una buena educacion musical.

Nos referimos a otro estudio: al que debe dar, a quien posee los conocimientos técnicos indispensables i a toda persona que se dedique al estudio de la música, la facultad de comprender i expresar todo lo que las creaciones musicales encierran de elevado o de gracioso, de profundo o de elegante, i de analizar los diversos estados del alma reflejados por el compositor en sus inspiraciones. En una palabra, hemos querido hablar del estudio de la música clásica de todos los tiempos i de todos los países.

Convencidos de aquellas verdades, de un extremo a otro de Europa los cultivadores del arte musical se dedican al estudio asiduo de las obras de las épocas precedentes. Sin tomar en cuenta la Alemania, por excelencia tierra del clasicismo en materia de música, en Italia, en Francia i en Inglaterra, al par que en los Estados Unidos, no solo se representan frecuentemente en los mas grandes teatros las obras de Mozart, Weber, Cimarosa, etc., sino que tambien existen i diariamente se forman sociedades con el solo propósito de estudiar las obras de estos grandes maestros. Aun en las mas pequeñas ciudades de Europa, se suceden continuamente conciertos en que toman parte no solo los artistas sino tambien los aficionados, que pronto, merced a este ejercicio, se hacen dignos de rivalizar con aquellos. Pero hai mas. Para hacer accesible a todos esta educacion musical se dan conciertos llamados populares a los que se asiste por precios mui moderados, i en los cuales se ejecuta de preferencia la música clásica.

Tanto ha influido esta costumbre en el gusto por la música que tambien el pueblo se manifiesta siempre ansioso por oír las creaciones de los grandes maestros del pasado, que son allí acogidos i aplaudidos con los mismos trasportes que las producciones de los maestros contemporáneos.

Jeneralmente la primera vez se encuentra un poco difícil comprender esta música; pero la persona que continúa oyéndola acaba siempre por adquirir un sentimiento mas elevado i mas noble del arte, i por quedar maravillada de haber descubierto horizontes nuevos e inesperados en el campo infinito de lo bello.

I si se consideran que llaman la atencion así como los conciertos públicos muchos otros privados en que es ejecutada exclusivamente la música clásica por distinguidos maestros i aficionados, es

facil comprender que de tanto foco artístico irradia por fuerza una excelente instruccion musical que afina el gusto i eleva el sentimiento.

¿Sucede lo mismo en Santiago? Aquí se ejecuta mucha música, lo que es natural en un país en que, como en Italia, la música no es solo una necesidad i un entretenimiento sino una verdadera passion. Pero la música clásica no es la preferida, i si se ejecuta no es con el ahinco que es menester especialmente; i esto por falta de sociedades i de conciertos *ad hoc*. Las obras de los grandes maestros no se interpretan en la primera lectura, i por mas intelijentes que sean en el arte los profesores o aficionados, jamas pueden desde luego ponerse de acuerdo para transmitir al auditorio la idea i el sentimiento del compositor. Se necesita siempre de un continuado i cuidadoso estudio para obtener una ejecucion perfecta.

Lisonjeados de que la sociedad de música clásica encontrará buena aceptacion en el público, nos parece que contribuirá a dar un fuerte impulso a la nueva educacion que indicamos i que es la única que hace progresar verdaderamente aquel arte, del que, con verdad, dice madama de Stael que es el que habla mas directamente al alma.

Lo que hemos escrito no quiere decir que la música clásica debe escluir el estudio de la moderna: de ninguna manera.

Condensando nuestra idea: es necesario estudiar cuanto hai de mejor en la historia del arte de todos los tiempos i de todos los países. Lo antiguo no debe estudiarse ménos que lo moderno.

Los grandes maestros del presente se formaron con el conocimiento de los autores clásicos; i solo cuando siguieron el camino por ellos trazado pudieron levantar su vuelo libremente hasta llegar a las rejiones en que la inspiracion los aguardaba. De la misma manera, solo con el estudio de los clásicos se puede elevar el gusto del público hasta hacerse capaz de comprender i de juzgar las creaciones del arte moderno.

José Ducci.

Santiago, abril de 1880.

---

# ENSAYO CRITICO

SOBRE LA PRIMERA PARTE DE

LOS RECUERDOS LITERARIOS

DEL SEÑOR JOSÉ VICTORINO LASTARRIA.

---

## I.

La crisis comercial que amenaza el crédito del país i tiene en viva excitacion a estadistas i comerciantes, a capitalistas i obreros, hace que se huya de la literatura como de enemigo implacable i se preocupe de bancos, finanzas, empréstitos, contribuciones i todo aquello que presente expectativas económicas, risueñas o dolorosas para el porvenir. Las fuerzas activas de la sociedad se condensan en un centro comun: manera de adquirir oro; las intelijencias por diversos caminos acuden a un mismo fin: manera de enriquecerse. En los corrillos políticos, en la prensa, en los altos cuerpos sociales i hasta en el seno del hogar se discute siempre sobre idéntico tema: la crisis. Cada corazon late a impulsos de ciego utilitarismo. Los resortes todos del país se ajitan i mueven, obedeciendo a leyes puramente económicas. Es una revolucion que augura siniestros presajios. En la atmósfera soplan brisas que anuncian un porvenir sombrío. Es el positivismo que hiela los espíritus i seca los corazones.

Este es el motivo porque la revolucion literaria vacila, jira en círculos fijos, se estrecha en limitado campo de accion i parece que se le espera muerte próxima i violenta. Las bellas letras amenazan morir de tisis. El interes i el frio egoismo confunden i hacen flaquear a los nobles campeones que combaten con esa arma moderna que tiene el filo de la espada i la resistencia del acero: la pluma.

Pero todavía abundan razones que contribuyen a tan desconsoladora paralización. El pueblo chileno es apático e insensible por naturaleza. Tiene la helada inmutabilidad del estóico i el duro materialismo comercial del norte americano. Es amigo de los placeres que prodiga el oro i adversario tenaz de los encantos que ofrecen las artes. Mas le agrada un descubrimiento industrial que una obra de Hugo; una máquina que la *Iliada*; un ferrocarril que la *Divina comedia*. Desea dinero, minas, agricultura; pero nada de letras, música, poesía. No quiere armonizar las riquezas con la literatura. Cree que no pueden vivir juntos Fulton i Byron Lamartine i Watt.

Por eso el literato en Chile, vejeta, vive en plena miseria i tiene que contentarse con que al morir pueda contar con un vaso de agua i con un palmo de tierra en donde depositar sus huesos. El poeta recorre las ciudades sacando inspiradas notas de su lira, llorando a mares sus pesares i cantando sus amores; pero agoviado por hambre i crudas necesidades. Recoje uno que otro aplauso, uno que otro laurel; pero como el Tasso, pobre, abatido i con sombrero porvenir ante sí.

Esta es la verdad franca i desnuda, que lastimará la sensibilidad de los estadistas poetas, pero que pone en descubierto una llaga ancha i profunda en las entrañas mismas de nuestra sociedad.

Se nos podría objetar: que hoi se nota en la juventud algo como un sacudimiento vivificador que anuncia aurora brillante i espléndida; pero tales convulsiones juveniles son lampos de luz que aparecen en la mañana i mueren en la noche, son rayos que viven lo que el rayo, torbellinos luminosos que tienen el ímpetu i la vida del huracan. Lo que hoi sienten los jóvenes es el fuego de la pubertad. Mañana, cuando tengan deberes domésticos que cumplir i cuando oigan los gritos del hambre a las puertas del hogar, tendrán que quebrar las plumas i seguir la furiosa corriente de aquellos que mueren, llevando el recuerdo de amargas luchas, de tristes decepciones i acerbos sacrificios. Esta noble lejion de jóvenes tan

viril, tan entusiasta, tan patriota, llena de ilusiones, de esperanzas e ilustracion, no posee, por desgracia, la inespugnable resistencia de la falanxe antigua. Unos bajarán al sepulcro a temprana edad, otros caerán rendidos a los piés de críticos sin entrañas, otros al peso abrumador de la necesidad i solo dos o tres escaparán de tan siniestro naufragio intelectual.

No somos pesimistas, no desfiguramos la verdad; solo ponemos a la vista hechos que ojalá no existiesen. Somos los primeros en desear que lo que decimos sea falso.

Así nuestra patria seria mas grande, mas civilizada.

## II.

Conocido este cuadro se puede calcular la admiracion que ha causado el volúmen publicado por una de las intelijencias mas brillantes con que se enorgullece la América. El señor José V. Llastarria, obrero infatigable de la política i las bellas letras, ha dado a luz una obra en donde narra parte de su vida, de las campañas que libró contra la rutina i las preocupaciones, contra los hombres que se asilaban en la vieja fortaleza colonial i contra las costumbres antiguas, vinculadas en la sangre misma del pueblo, por el dominio español tres veces secular.

Daremos lijero extracto de lo que sirve de base al trabajo que analizamos.

Cuando un gran trastorno político o social conmueve radicalmente los cimientos sobre que descansan las instituciones de cualquier país, la actividad jeneral es absorvida por él i las miradas de todos observan mui de cerca las oscilaciones i peripecias que experimenta en su desarrollo.

La revolucion de la independenciam, que cambió la faz de una gran parte del jénero humano, atrajo por completo la atencion de los chilenos i los obligó a seguir los vaivenes, cambios, flujos i reflujos, que dia a dia sufría en su marcha creciente. Los patriotas solo pensaban en espulsar al invasor, solo fundian armas, solo redactaban proclamas que avivasen el entusiasmo nacional. De aquí porque la literatura cedió su puesto al cañon. Pero, luego que Chile fué dueño de sus destinos, luego que llegó triunfante a la ribera pasada la tempestad, cambió la espada por el libro, el escudo por la pluma.

La rutina colonial tenia hondas raices en las costumbres i en las letras.

El soldado Ibero habia abandonado nuestras playas, pero dejándonos sus escorias como herencia maldita. Se habian ido Osorio, Marcó del Pont, pero quedaron huellas siniestras: quedaron sus leyes, sus preocupaciones. Se mató a la serpiente, pero ella dejó inculcada en nuestra sangre sus ponzoñas. Era una derrota triunfal.

Raros fueron los que comprendieron que la independendencia no seria efectiva hasta el momento de cambiar el réjimen peninsular.

Se iba a entrar en nuevas batallas: en las batallas de la inteligencia, cuyas armas son la pluma i la escuela. En estos combates no se oye el clamoreo del pueblo, los gemidos del vencido, los aplausos del vencedor i el estampido del cañon; pero en cambio produce resultados mas fecundos i mas propicios a la civilizacion.

A esta nueva campaña entraron muchos que poco ántes habian sabido luchar con la espada. Doble gloria.

El Instituto Nacional, fundado por Carrera i restablecido por O'Higgins, quedó en 1823 definitivamente planteado como centro de enseñanza oficial. Desde los primeros momentos se disceñaron con precision dos partidos entre los profesores: uno que sostenia el aprendizaje colonial i otro que queria innovarlo todo. En 1826 i 27 el progresista parecia triunfar. M. Lozier, sabio académico frances, en compañía de Fernandez Gárfias, Varas, Marin, Gorbea, Vial i otros, habia dado impulso nuevo i moderno al estudio, que prometia risueño porvenir. Mas tarde Bello, Mora i otros secundaron eficazmente dicha revolucion, poniendo en juego su inteligencia poderosa, su amor a la república naciente i su variada ilustracion. La reacion duró con mas o ménos calor hasta 1836.

En ese año triunfó el partido colonial. «Solo él estaba contento i tranquilo con la situacion, i tenia la palabra sobre todos los negocios públicos, sin dejar de tener oído puesto a las voces de descontentos para apagarlas, aunque partieran de labios infantiles. En el presidio de Juan Fernandez habia colejiales del Instituto pagando las penas de su suelta lengua, i Nicolas Alvarez i otros jóvenes como él, que no se avenian a respetar las conveniencias sociales creadas por la reacion, sufrían ordinariamente persecuciones, que indudablemente influyeron en su porvenir. Nadie podia impunemente apartarse de la compostura de palabras i costumbres de que daban el modelo los vástagos de la oligarquía.»

Sin embargo se puede señalar ese año como la época feliz en

que comienza a arrojar sus primeros rayos la aurora luminosa precursora del 45. La revolucion jermína en silencio, lentamente, con vida incierta. Es una elaboracion secreta i tenaz.

El 36 aparecieron seis periódicos que discutieron las cuestiones palpitantes del dia, sea políticas, sociales o relijiosas.

Insensiblemente las nuevas ideas se abrian paso al traves de los escollos que los amigos de la vieja rutina ponian a cualquiera tentativa que tendiese a trastornar el órden establecido i sancionado por tres siglos. Infante centelleaba de tarde en tarde en las columnas del *Valdiviano Federal* i uno que otro folleto aparecia como rayo en noche de tempestad. Eran rosas que abrian sus corolas entre zarzales i malezas; brisas perfumadas que soplaban con intermitencia. Vicuña, Gandarillas i Benavente, a veces se atrevian a remover el hacinamiento de podredumbres coloniales. Eran audaces que ponian sacrílegamente sus manos en el Arca Santa. Pardo Aliaga dirijia la opinion pública en favor de su patria, que en esos dias era presa de insensata tiranía. Simon Rodriguez, ese loco sublime maestro de Bolívar, cantaba como ave siniestra pidiendo derechos i libertades. El gobierno por su parte no queria convencerse que la colonia era vasto edificio en ruinas, que carecia de la grandiosidad de las ruinas Itálicas i que solo servia de cómodo asilo a mil buhos; no queria convencerse que la luz no sale de las tinieblas i que la enseñanza antigua formaria jeneraciones decrepitas, inútiles e incapaces de realizar en nuestro suelo el ideal de Washington: una república liberal i democrática.

En los años siguientes la revolucion llevó vida vacilante, débil i raquítica. Marchaba sobre quebradas erizadas de obstáculos i siguiendo los cambios políticos que se sucedian rápidamente. Las letras i la política caminaban en dos líneas paralelas i desenvolviéndose con igual velocidad.

El año 40 se inaugura con la acusacion a *El Diablo Político*, redactado por Nicolas Alvarez, que fué causa de calorosas ovaciones. Fué la primera chispa del volcan que bullia en el seno de la sociedad.

«El movimiento político del año 41 fué un verdadero despertar, que marca en nuestra historia el momento en que acaba una época i principia otra nueva.»

«El tímido movimiento literario, que se iniciaba paralelamente con aquel, estaba reducido a un estrecho círculo: en esos momentos la prensa volvia a reproducir libros que eran análogos a los que

nos habian enorgullecido en 1834. Don S. Rodriguez reaparecia dando a luz su *Tratado sobre las luces i sobre las virtudes sociales*, en que repetia sus teorías de reforma; el señor Marin daba una segunda edicion de sus *Elementos de filosofía*; el señor Bello publicaba un *Canto elejiaco al incendio de la Compañía*, i luego el *Análisis ideológico de los tiempos de la conjugacion castellana*.....

En el mismo año el señor Lastarria publicó el *Guia de forasteros para 1841*, cuya redaccion le encargó Rivadeneira.

«Por aquel tiempo estaba ya entre nosotros la brillante emigracion arjentina que habian lanzado a este lado de los Andes la tiranía de Rosas i de sus aliados, los caudillos de provincia, i la sangrienta guerra civil que habia terminado con la ruina de Lavalle, de Paz i de los demas jefes unitarios que habian sucumbido por libertar a su patria.»

«La convalescencia de nuestra sociedad en 1842 era tan notable que por todas partes saltaban a la vista los síntomas de la salud i del vigor de la vida. A la tristeza taciturna, a los celos i temores que inspiraba ántes el terror, habian sucedido la franqueza i la confianza que da la seguridad personal. No teníamos una libertad garantida contra los intereses del gobierno personal i los caprichos de la arbitrariedad, pero se nos dejaba en paz, i la actitud de la nueva administracion nos daba la esperanza de que no seríamos perturbados en la libertad que de hecho se nos permitia.»

«Con aquel año se habia iniciado, bajo tan favorables auspicios, un movimiento intelectual desconocido hasta entónces, i contribuian a provocar i a dirigirlo los americanos ilustrados que, huyendo de tiranías i de luchas desastrosas, habian hallado entre nosotros un asilo amistoso. Dos periódicos literarios, en la forma de las revistas europeas i nutridos de artículos sérios, orijinales o traducidos, fundan aquellos emigrados en Valparaiso.»

«Uno de aquellos era la *Revista de Valparaiso*, fundada en febrero de 1842 por Vicente Lopez, con el ausilio de las producciones de Gutierrez i Alberdí todos ellos arjentinos emigrados. El otro era el *Museo de ámbas Américas*, publicado por Rivadeneira i dirigido por el colombiano don Juan García del Rio, que como escritor habia figurado en Chile, redactando el *Telégrafo*, periódico-político de 1819 i 1820, con don Joaquin Egaña i otros dos, cuyos nombres ignoramos.»

El 42 tiene tambien lugar un gran acontecimiento: la apertura de la *Sociedad Literaria*, fundada por el señor Lastarria i que

encarna la gran revolucion que principi6 ent6nces i sigui6 hasta nuestros dias. Aquel a6o fu6 un a6o de gloria para Chile. El partido progresista cant6 victoria i pudo cantar sus triunfos con la lira de Orfeo; pudo desahogar su corazon i dar libre vuelo a sus aspiraciones jenerosas. Las Musas, 6ntes tan poco pr6digas con nosotros, como mariposas de oro, jiraban en nuestro Parnaso naciente i arrojaban a raudales poesia. Aquello fu6 un radiante despertar. La juventud fu6 blanco de verdaderos v6rtigos literarios, cuyo calor nos sorprende i entusiasma. Fu6 como la aparicion de un meteoro brillante que alumbr6 la sociedad entera. Se escribía en estilo quemante, iracundo i fascinador. Todos se dejaban arrastrar por el ímpetu de la tempestad. Se respiraba atm6sfera de fuego. El cielo de nuestra literatura, 6ntes sombrío i nebuloso, presentaba el espect6culo de vasto incendio. Sarmiento desde las columnas del *Mercurio* removía con audacia sin ejemplo los escombros coloniales, les acercaba fuego con sus propias manos i luchaba con la furia de un espartano; Lopez mas tranquilo i frio, publicaba trabajos empapados de enerjía i novedad; García del Rio, filósofo sensato i progresista, ponía en juego, en bien de las nuevas ideas, su recto criterio, su raciocinio abundante i su robusta elocuencia.

Lastarria, en el programa de dicha revolucion, que fu6 el discurso pronunciado el 3 de mayo en la *Sociedad Literaria*, se hizo eco elocuente de las doctrinas reaccionarias que conmovían al viejo mundo. Pidi6 literatura nacional, defendió el *Romanticismo* que el gran Hugo estaba dando brillo i vida en Francia, sostuvo la libertad de los individuos i de las sociedades, pidi6 una crítica fundada solo en la verdad i en la naturaleza humana i muchas otras teorías que cayeron como rayos sobre el partido retr6gado. El se6or Lastarria quiso reducir a cenizas el viejo muro que habia sido el asilo siniestro de tres siglos de despotismo religioso, político i literario.

El discurso fu6 aplaudido por unos i atacado por otros. De él nacieron ardientes polémicas que revolucionaron los espíritus. Sarmiento, con el ardor característico de su naturaleza, refut6 con cólera el siguiente tema: «que así como hai en política un cuerpo lejislativo, debe haber un cuerpo de sabios que lejisle en materia de lenguaje, fijando las leyes a que debe ajustarse el habla del pueblo»—i «despues de demostrar el redactor, entre otros hechos, el de que son los pueblos los que forman las lenguas, i el de

que los escritores no deben ocuparse en formas ántes que en ideas para tener una literatura que represente a la sociedad, exclamaba:

«Mire usted! En países como los americanos, sin literatura, sin ciencias, sin arte, sin cultura, aprendiendo recién los rudimentos del saber, i ya con pretensiones de formarse un estilo castigado i correcto, que solo puede ser la flor de una civilizacion desarrollada i completa! I cuando las naciones civilizadas desatan todos sus andamios para construir otros nuevos, cuyas formas no se les revelan aun, ¡nosotros aqui, apegándonos a las formas viejas de un idioma exhumado ayer de entre los escombros del despotismo político i relijioso, i volviendo recién a la vida de los pueblos modernos, a la literatura i al progreso!»

Mas adelante volvia esclamar:

«Pero cambiad de estudio, i en lugar de ocuparos de las formas, de la pureza de las palabras, de lo redondeado de las frases, de lo que dijo Cervantes o frai Luis de Leon, adquirid ideas, de donde quiera que vengan, nutrid vuestro pensamiento con las manifestaciones del pensamiento de los grandes luminares de la época; i cuando sintais que vuestro pensamiento a su vez despierta, echad miradas observadoras sobre vuestra patria, sobre el pueblo, las costumbres, las instituciones, las necesidades actuales, i en seguida escribid con amor, con corazon lo que se os alcance, lo que se os antoje, que eso será bueno en el fondo, aunque la forma sea incorrecta; será apasionado aunque a veces sea incorrecto; agrada al lector, aunque rabie Garcilazo.»

Semejante lenguaje varonil, revolucionario i mil veces audaz, desencadenó una de las polémicas mas furibundas que recuerdan los fastos de nuestra literatura. Era una lucha a puñal.

Todavía ardía en inmensas llamaradas esta discusion, cuando Vicente Fidel Lopez publicó en mayo en la *Revista de Valparaiso*, a propósito de las teorías sustentadas por el señor Lastarria, un artículo sobre *Clasicismo i Romanticismo*, que dió lugar a dos cuestiones. Cual de las dos escuelas era mejor i si los chilenos tenían o no literatura propia. La nueva discusion fué mas ardiente que la primera. Parece que se escribia con fuego en vez de tinta.

El 14 de julio salió el primer número de *El Semanario*, fundado por el señor Lastarria i llamado a ser el porta-voz de la *Sociedad Literaria*. *El Semanario* encarna la revolucion del 42 i refleja mui bien las convulsiones de la sociedad. Eran sus colaboradores

Sanfuentes, García Reyes, Vallejo, Espejo, F. Bello, Tocornal, A. Varas, Irisarri, Chacon i otros ilustres revolucionarios.

En el segundo número, Sanfuentes i Vallejo en una *Carta a un amigo de Santiago*, rompieron el fuego contra el artículo de Lopez. Sarmiento, lleno de cólera, empuña su espada, sale al campo i se arroja furiosamente contra Sanfuentes. Este último en compañía de García Reyes resiste impertérrito. Era aquello una lucha de gigantes. La derrota de los unitarios arjentinos en *Arroyo Grande*, en que los emigrados creyeron quedarse sin patria, puso término a este combate.

*El Semanario* murió luego.

En medio de estas borrascas literarias tuvo lugar un grande acontecimiento. El teatro nacional arrojó sus primeras luces, poniéndose en escena *Los Amores del Poeta*, de Carlos Bello, i *Ernesto*, de don Rafael Minvielle.

El 17 de setiembre de 1843 figura entre los dias mas gloriosos de nuestras letras. La Universidad abre sus puertas i don Andres Bello lee uno de los discursos mas admirables que jamas se han pronunciado en América i España. El *maestro de los maestros* en un estilo purísimo como la superficie de un espejo, sin mancha i elocuente, dilucidó las principales cuestiones que poco há habian ajitado la opinion, dando como norma de conducta un término medio. Atacó victoriosamente los extremos i sostuvo teorías que a nuestro juicio se acercan a la verdad. Tocaba al sabio transijir para armonizar las facciones literarias, le tocaba poner su recto criterio en bien de la paz i la concordia comun. De su palabra pendia en gran parte el porvenir de nuestra literatura. Si se hubiese decidido por algunos de los partidos reinantes, habria sido lo mismo que hubiese tocado a arrebató i quizá la revolucion, sin órden, sin unidad, en plena anarquía, habria rodado sobre pendientes resbaladizas i nos habríamos caído en un abismo profundo. El señor Bello conocia su posicion, sabia qué influencias tenia en la juventud, i su tino a toda prueba lo desengañó que no convenia a nuestras letras un desquiciamiento universal. Temia i con razon un naufragio en el que todos perecieran. Veia brillar mucho el sol del 42 para desear un eclipse total.

El discurso de Bello, como se puede colejir, dejó ensimismado a muchos. Los partidarios de Lastarria creyeron que el maestro daba la mano a todos sin contentar a nadie; los amigos de Bello

creyeron que se habia colocado en el centro preciso que le exijia su majisterio.

El acontecimiento principal del 44 es la lectura hecha en la Universidad por el señor Lastarria de su obra titulada *Investigaciones sobre la influencia social de la conquista i del sistema colonial de los españoles en Chile*, en la que cree el autor haber fundado una escuela histórica orijinal i en que despues de atacar el fatalismo de Vico i Herder i en consecuencia el providencialismo de Bossuet i el racionalismo metafísico de Voltaire, pone como base del estudio histórico la esperiencia i la influencia de la libertad humana.

Dicha memoria fué causa de la ruidosa cuestion acerca de la manera de escribir la historia en que tomaron parte Bello, Chacon i otros.

Desde ese año hasta el 49 solo hai digno de notarse la publicacion de *La Sociabilidad Chilena* por Francisco Bilbao i la acusacion a que dió márjen.

Hé aquí en esqueleto la materia sobre que descansa la primera parte de los *Recuerdos Literarios*.

### III.

En las pájinas del libro se siente palpitar el corazon del autor. Se vé en ellas el alma del señor Lastarria con sus emociones, sus sentimientos, sus borrascas, sus ideas. Es la historia de su vida narrada con brillo i esplendor; es su autobiografia contada a los contemporáneos i a la posteridad con el candor de Chateaubriand, i la franqueza doméstica de un padre de familia. Se puede decir que los capítulos del libro han sido arrancados uno a uno de la naturaleza misma del escritor. Es cierto que pone a la vista solo sus buenas acciones i cubre con denso velo sus flaquezas, inherentes a todo hombre; es cierto que carece de la ruda expansion de Rousseau i de la imparcialidad clásica de César i San Agustin; es cierto que solo revela lo que está ligado con sus actos públicos i cierra con llave los pensamientos secretos que bullian en su cerebro; pero, sin embargo, acopia documentos necesarios para que mañana se le pueda juzgar como merece.

Los *Recuerdos Literarios* no solo tienen interes personal, son tambien el proscenio de un gran teatro en donde parte de un pueblo

representa el drama de sus acciones i deseos, de sus hábitos i aspiraciones.

Cuando se leen, aparecen a la vista como movidos por májico resorte las eminentes figuras que tanto honraron a nuestra patria, que tanto se empeñaron por nuestro engrandecimiento i que derramaron tanta luz despues de la independenciam.

Sin esfuerzo, con naturalidad, se vive con la pléyade ilustre de escritores i maestros que crearon nuestra literatura; se asiste a las reuniones íntimas de varios patriotas que amamos de corazon i admiramos con orgullo; se penetra en las clases *del maestro entre los maestros*, de Bello, que con su amabilidad clásica, su ronrisa amable, su seriedad respetuosa i su acento majistral, enseña a sus discípulos, los nutre de copiosa instruccion, templa sus caractéres, ordena sus ideas i forma de jóvenes adolescentes, grandes ciudadanos incapaces de ceder al infortunio o de fascinarse con los triunfos; se asiste a la elaboracion de las principales revoluciones literarias que han traído tan benéficos resultados en la marcha jeneral de la enseñanza; parece escucharse los clamores del pueblo i el movimiento bullicioso de la plebe, que como el océano tiene sus olas i sus mareas; se presencian las borrascas de la prensa, los tumultos populares, las acusaciones forenses, las discusiones de la Universidad i las tormentas de la plaza pública; i por fin se conoce la vida íntima, sicolójica, la vida subjetiva de aquellos tiempos felices en que se mecía la cuna de la República en brazos de jóvenes.

¡I qué variaciones tan bellas, i qué escenas tan encantadoras saltan a la vista a cada paso!

Haí lagos de agua cristalina i tranquila que como inmenso espejo reproducen el firmamento, con su color azul, sus estrellas, sus nubecillas, sus lampos de luz. La obra del señor Lastarria, a semejanza de estos lagos, proyecta parte de la vida de un pueblo en cierto número de años con sus calmas, sus tempestades, sus flaquezas, sus cóleras.

Aquí se vé a Bilbao con su crespam melena, su mirada de águila, su palabra fascinadora, su gallarda figura i su ceño espresivo; acá a Sarmiento con su tez medio quemada por el sol de las pampas, sus facciones bruscas, sus ojos chispeantes, su frente calva i sus mejillas carnosas; allá a Francisco Bello elegante, hermoso con su tristeza característica, su «semblante pálido mate, hermoso por una cabellera de azabache i por grandes ojos negros, cyau

melancolía, revela que sueña en su temprano fin;» acullá a García Reyes ardiente como el desierto e impetuoso como el leon; mas allá a Vallejo con su risa socrática i la sátira espumeante en sus labios. Al lado de éstos aparecen Sanfuentes, Lopez, Pradel, Benavente, Gandarillas i por fin Infante, ese federalista, mezcla de político i demagogo, que maneja hábilmente una pluma a veces sangrienta i aguda como la punta de un puñal, ese revolucionario que de tarde en tarde tenia la elocuencia oriental de Vergniaud i los arrebatos de Danton.

En toda la obra se nota cierto tinte de acentuada vanidad que muchos rechazan vivamente i creen impropio de un hombre sério. Si un escritor amado de todos i cuyos méritos fuesen reconocidos, emplease tal lenguaje, nosotros seríamos los primeros en atacarlo; pero al señor Lastarria lo disculpamos en parte. El señor Lastarria que ha cooperado eficazmente en la revolucion literaria del 42, que ha trabajado con entusiasmo por la enseñanza, i que ve hoi a ilustres escritores que le niegan tantos sacrificios, tanta actividad i que desean cubrirlo con negro sudario, se comprende que salga a la lid en defensa de su nombre i de sus obras.

El señor Lastarria está en situacion mui irregular. Desde el momento que se ha visto en él a un filósofo de doctrinas avanzadas se le ha declarado guerra sin cuartel i se trabaja por reducir a ruinas el monumento que ha elevado a su reputacion i a su patria.

Por esto lo disculpamos en parte i no en todo, porque mas habríamos aplaudido al hombre que permanecia impassible i resignado en medio del desierto en que se le quiere poner; al hombre que hubiese despreciado con la sonrisa en los labios i la enerjía en el corazon a los que luchan por cavarle una tumba cuando todavía siente correr fuego por sus venas; i al hombre que hubiese dejado su defensa personal a buenos amigos i discípulos que a toda hora están dispuestos a salir al campo en defensa del maestro i del patriota. El señor Lastarria, mas que nadie, debe saber que no hai laureles sin espinas, placeres sin dolores, que miéntras mas grande es una persona, mas enemigos tiene que se empeñan en elevarse sobre sus despojos i que en la sociedad como en los bosques hai plantas parásitas que buscan su vida en la vida ajena.

Hé aquí espresadas con franqueza las impresiones jenerales que hemos sentido al dirigir nuestras miradas al conjunto de los *Recuerdos Literarios* i tenemos a orgullo decir que con toda impar-

cialidad porque nunca hemos conocido al autor, nada esperamos de él i nunca hemos profesado sus ideas, positivistas en filosofía i federalista en política.

#### IV.

El plan de la obra, descansa sobre una base que no aceptamos. Los *Recuerdos Literarios* son un cuadro lleno de colorido i variedad, pero en cuyo fondo se destaca solitaria i majestuosa la figura del autor. Los hombres, i los acontecimientos que desfilan con májico brillo, son simples satélites que jiran al rededor de un centro, simples rayos luminosos que alumbran a un solo protagonista: al señor Lastarria. En cada capítulo, en cada pájina, en cada párrafo se le vé elaborando todos los proyectos, juzgando todos los acontecimientos, poniendo su mano en todos los sucesos, alumbrando con su intelijencia todas las oscuridades, penetrando en todos los abismos sociales i dirijiendo como caudillo toda las revoluciones. Como Dios, está en todas partes. El autor se sube a alta cima i desde allí dirige sus miradas a los personajes i acontecimientos que se han sucedido desde el 36 al 49, i los juzga, nó segun la filosofía propia de cada suceso, nó segun las circunstancias i las épocas que influyen tan directamente en los actos humanos i no segun los móviles que dirijen la conciencia de los individuos, sino, segun hayan favorecido o puesto trabas a los propósitos políticos o literarios del autor, segun hayan cooperado o nó en sus planes i proyectos i segun hayan aplaudido o nó sus trabajos i deseos. Los tribunales del Terror Frances, al presentarse ante ellos cualquier acusado, indagaban si ayudaba o no a la revolucion i de lo que resultaba de semejante pregunta daban su sentencia; sin averiguar si el juzgado era un buen ciudadano, era un gran patriota, un héroe, un jenio necesario para el progreso de la patria. El señor Lastarria (sin comparar de ninguna manera las personas i los móviles i atendiendo solamente al procedimiento judicial,) obra como dichos tribunales.

Tal plan i tal criterio lo rechazamos abiertamente i sobre todo en un libro que, no solo tiene por objeto poner en transparencia los actos de un individuo, sino tambien contar la vida de un pueblo, de una revolucion, de una sociedad. El mal es mayor cuando el libro es salido de una pluma conocida en América i Europa, que tiene admiradores que la seguirán ciegamente i que vivirá mucho

tiempo en Chile. Los *Recuerdos Literarios* forman un volúmen que no vivirá *el espacio de una mañana*.

Siguiendo esta norma de conducta es porque el señor Lastarria deprime brillantes figuras i cubre con negro manto ideas i principios, que si es verdad que hoy son anacronismos, ayer eran necesarios. De aquí porque Bello, la mas grande eminencia de América i una de las mas grandes del siglo, aparece en dicho libro como retrógrado, i Portales, político sagaz e intelijente, como vulgar tirano.

Dejando a un lado a Bello, a quien pensamos hacer una *biografía* en la cual lo defenderemos de todos los cargos que se le hacen i lo pintaremos como creemos que vale, veamos qué dice de Portales. Inútil es trascribir los juicios bastantes conocidos en un estudio publicado por él. Lo llamó ante su tribunal, vió si Portales protejia o no las ideas políticas que defendia i como resultase que era opuesto a ellas, lo condena como déspota absoluto, como retrógrado que detuvo cien años el progreso creciente de nuestra patria.

Nosotros pensamos lo contrario.

Principiamos por confesar que somos ardientes amigos de la libertad mas amplia i completa i que las ideas de Portales son incompatibles hoy día con el estado de la sociedad que necesita de libertad, como el campo de aire i luz. Pero reconocemos que en aquel entónces, en que el militarismo reinaba, en que el pueblo estaba hambriento de revoluciones, en que por do quiera arrojaba grandes llamas la anarquía, en que no se estaba acostumbrado a vivir libre, en que sin instruccion, sin ideas de gobierno, los chilenos vagaban por los campos como desatentados i sin conciencia de sí mismos, era imposible que se pudiese gobernar con las teorías que pone Platon en su *República* o con el sistema que hoy necesita Chile i lo pide a gritos. Los pueblos no pueden cambiar de instituciones con la lijereza del rayo sin que se espongan a rodar, sin lei i salpicados con sangre por las siniestras pendientes de la revolucion. Romped las nubes que le impiden ver a un ciego i esponed inmediatamente sus pupilas a la luz del sol, i vereis que queda ciego por segunda vez. Las reformas se deben implantar lentamente. Por eso Portales, a nuestro juicio, hizo bien en poner su brazo de hierro en pró de la paz comun. Si muchas otras naciones sud-americanas tuviesen un Portales, veríamos que no serian juguete de mil partidos que lentamente le comen sus entrañas.

Pero no nos estendamos, que basta con iniciar la cuestion para desengañarse que se ha procedido, obedeciendo a un criterio histórico que llamaremos *sujetivo*.

## V.

Pasando del plan al estilo, diremos que nos ha encantado. Es un estilo claro, limpio, lleno de colorido i nervio, tiene la variedad de tintes del arco de iris i el brillo de un rayo de sol. Sus períodos son largos, transparentes i redondos. El señor Lastarria posee el arte secreto de construir sus frases con armonía i acento verdaderamente musicales. Distribuye las figuras retóricas con parsimonia, i mas le gusta que la elocuencia se desprenda de la construcción rítmica de las cláusulas, que de la aglomeración de adornos literarios. A veces se eleva a grande altura; pero la ascension es lenta i casi matemática; no violenta los cambios, no pasa de un lugar a otro bruscamente, sigue una senda sin escollos i oculta con talento el esfuerzo que hace para subsanar las numerosas dificultades de ejecucion. Hace a veces uso de comparaciones estensas, que dan mas transparencia a sus ideas i ponen de relieve con arte i precision sus pensamientos. Conoce a fondo las bellezas plásticas de la naturaleza, de tal manera, que elije con buen gusto el escenario i las perspectivas que hagan resaltar sus propósitos i sus personajes con novedad i esplendor. Conocedor de los secretos del mecanismo literario, prepara con tino esquisito el terreno en donde va a entrar en acción alguno de sus protagonistas. Leyendo su libro uno se desengaña que el autor es viejo en el manejo de la pluma. Es cierto que en los *Recuerdos Literarios* no se ven las espresiones concisas i gráficas de Hugo, que en una pincelada encierra todo un drama; es cierto que carece del orientalismo de Paul de Saint-Victor que posee el jenio especial de aplicar a su estilo los encantos i colores de la pintura; es cierto que no tiene la pompa inusitada de Jovellanos; i es cierto en fin que le falta la elocuencia de Donoso Cortés, el calor de Castelar, la majestad de Quintana i la rijides castiza de Canalejas; pero en cambio es una fuente fecunda de buen gusto literario i de bellezas artísticas.

No resistimos a poner algunos trozos de los muchos que nos han llamado la atención.

Principia la obra con la siguiente comparacion que nos agrada i es a nuestro juicio mui bella:

«Llama siempre la atencion de los historiadores contemporáneos el movimiento literario que se operó en 1842 entre nosotros, i con razon lo consideran como el impulso inicial del portentoso progreso que han hecho las letras en Chile durante los 35 años que nos separan de aquella fecha memorable.

«Aquel impulso se ha dilatado en círculos regulares i concéntricos, como si la intelijencia fuese un océano, cuya superficie hubiera recibido un choque en sentido vertical. En 1812, en el mar de las Antillas, cayó en las primeras horas de una noche un inmenso aereolito, un asteroide que iluminó el horizonte como el sol, penetrando en la atmósfera con un fragor aterrador i dejando una cauda de muchos grados, que señalaban su carrera todavía un cuarto de hora despues que se habia hundido en la inmensidad del golfo. Pasadas algunas horas, la oleada, que se habia dilatado en círculos sucesivos desde el punto en que las aguas habian recibido el choque, alcanzó a las fortalezas de Cartajena, subiendo contra las murallas a una altura considerable, i causando en las embarcaciones los efectos de una tempestad. Es parecido el fenómeno que un golpe de entusiasmo patriótico, en 1842, produjo en la intelijencia del pais, con la diferencia de que las oleadas que hasta hoi van sucediéndose no terminarán, mientras aquella intelijencia no sea limitada por las barreras del despotismo, o por la esclavitud del espíritu.»

Hé aquí otros párrafos de primer orden:

«Hai plantas que mueren cuando el sol se vá al hemisferio opuesto, i solo quedan para llevar su luto los aielies amarillos, los dulces jacintos i las tristes violetas que respiran suaves aromas, cuando una mano amiga las defiende de la interperie. Pero los esqueletos sarmentosos de las plantas muertas se estremecen a los primeros rayos del sol que vuelve, i su esplendente follaje resucita vigoroso i triunfante, desapareciendo las flores que lloran i reviviendo las que rien, como las rosas.

«Mas, hai un árbol de incomensurables ramas, de joyante follaje i de espléndidas flores, que se llama humanidad, i que tambien tiene un sol que lo vivifica. Ese sol, que no está en lejanos horizontes, es la libertad, que irradia en cada cerebro, i que fecundiza a todos los seres del linaje.

«Aquella fuerza, que llamamos nuestro libre albedrío, es el sol de nuestra vida; i cuando se eclipsa, dormimos, como duerme la vejecacion, cuando el sol que la alumbraba se retira. ¡Mas, hai! que

el sol primaveral vuelve a nuestra zona infaliblemente todos los años, trayendo en sus hondas de luz la resurreccion de la naturaleza entera, mientras que los inviernos de la humanidad suelen tardar siglos, i sus raras primaveras son borrascosas i prolongadas!

«Quitad al hombre, a un grupo de hombres, a una sociedad, su libre albedrio, la independencia de su espíritu, i tendreis un árbol sin sabia ni esplendor, de ramajes pálidos i desnudos. La vida se concentra, sus manifestaciones son diverjentes e intermitentes, i no se irradian en todo su horizonte. La actividad del trabajo se estravía. La de la virtud se estrecha, i apenas se abre paso de tarde en tarde en cantares que tienen la dulce fragancia del jacinto, como los de Virjilio, o en ilusiones poéticas que llevan las espinas de la rosa i el zumo venenoso de la adelfa, como las de Dante, o que saben a aloe socotrino, como las de Cervantes.»

Podríamos citar varios otros; pero por no alargar demasiado este trabajo nos abstenemos de hacerlo.

## VI.

Si siguiendo nuestro análisis literario, admiramos sobre manera el talento del autor i el arte que posee para hacer retratos.

Antes es necesario tener presente las sérias dificultades i los mil obstáculos con que se tropieza en la ejecucion de ellos. Si algo hai difícil en la literatura es pintar a un personaje moral i físicamente, es hacer su retrato sin exajeracion i con verdad. Desde Homero hasta hoi cuanto poeta, prosista o sabio ilustre ha habido nos han deslumbrado con algunas fisonomías; así, en la actualidad, es árdua tarea poder ser orijinal en esta materia. Pero en verdad, no hai nada que encante tanto como ver a un personaje bien delineado. ¿Quién no se admira al ver a Aquiles en cuyo ceño se descubre el alma ardiente con que lo dotó la naturaleza; a Beatriz cuya belleza nos arroba; al Satanás de Milton con su frente *cicatrizada por el rayo*; a la fria Anjélica pintada por Ariosto; a la guerrera Clorinda de crespas cabellera i pujante brazo que bosquejó el Tasso? Esto nos demuestra que un retrato bien hecho vale tanto como un libro.

El señor Lastarria posee un buril i un cincel verdaderamente prodijiosos. Cuando figura a los personajes, uno cree verlos en la imaginación, puede decir que los conoce, que ha hablado con ellos.

¡Lástima que no se cumpla esta regla con todos. Ya hemos dicho como bosqueja a Bello.

Trascribimos a continuacion tres ejemplos que patentizan el buen gusto que posee el autor para pintar a los individuos.

Despues de dar a conocer el carácter de Simon Rodriguez con maestría i profundo estudio i de enumerar a sus amigos, dice:

«Uno de estos era el señor Bello, en cuyo hogar le vimos algunas veces. Una noche estaban solos en casa de aquel, despues de haber comido juntos. El espacioso salon estaba iluminado por dos altas lámparas de aceite, i en un extremo, en el sillón mas inmediato a una mesa de arrimo, en que habia una lámpara, estaba el señor Bello con el brazo derecho sobre el mármol, como para sostenerse, i su cabeza inclinada sobre la mano izquierda, como llorando. Don Simon estaba de pié, con un aspecto impasible, casi severo. Vestia chaqueta i pantalon de nanking, azulado, como el que usaban entónces los artesanos, pero ya mui desveido por el uso. Era un viejo enjuto, trasparente, cara angulosa i venerable, mirada osada e intelijente, cabeza calva i de ancha frente. El viejo hablaba en ese momento con voz entera i agradable. Describia el banquete que él habia dado en la Paz al vencedor de Ayacucho i a todo su estado mayor, emplegando una bajilla abigarrada, en que por fuente aparecia una coleccion de orinales de loza nuevos i arrendados al efecto en una losería. Esta narracion hecha con la seriedad que da una limpia conciencia, era la que habia escitado la hilaridad, poco comun del señor Bello, i le hacia aparecer con la trepidacion del que llora. La narracion, hecha con el énfasis i aquellas entonaciones elegantes que el reformador enseñaba a pintar en la escritura, daban a la anécdota un interes eminentemente cómico, que habia sacado de sus casillas el venerable maestro.»

Esta escena es encantadora i está descrita con sencillez i elegancia. ¿Quién no cree haber asistido a ella?

Hé aquí cómo describe una visita que hizo a Sarmiento i el retrato de este distinguido escritor arjentino:

«En los primeros dias de enero de 1841, José María Nuñez nos habló de un emigrado arjentino, mui raro, a su parecer, que debia presentarnos, i por cortesía nos anticipamos a ser presentados a él. Vivía en el departamento del tercer piso de los portales de Sierra Bella, que estaba situado en el ángulo de la calle Ahumada. Este era un salon cuadrado mui espacioso, al centro una mesita con una silleta de paja, i en un rincon una cama pobre i pequeña.

A continuacion de ésta habia una larga fila de cuadernos a la rústica, arrojados en orden, como en un estante, i colocados sobre el suelo enladrillado, en el cual no habia estera ni alfombra; esos cuadernos eran las entregas del *Diccionario de Conversacion* que el emigrado cargaba consigo como su único tesoro, i que a los pocos dias fué nuestro, mediante cuatro onzas de oro, que él recibió como precio para atender a sus necesidades.

«El hombre realmente era raro; sus treinta i dos años de edad parecian sesenta, por su calva frente, sus mejillas carnosas, sueltas i afeitadas, su mirada fija pero osada, apesar del apagado brillo de sus ojos, i por todo el conjunto de su cabeza, que reposaba en un tronco obeso i casi encorvado. Pero eran tales la viveza i la franqueza de la palabra de aquel jóven viejo, que su fisonomía se animaba con los destellos de un gran espíritu i se hacia simpática e interesante. Despues de hablarnos de su última campaña, de su derrota con el jeneral La Madrid, de su paso por los Andes, donde estuvo a panto de perecer con todos sus compañeros por una larga i copiosa nevada, que los sitió en las casillas de las Cuevas: nos habló con el talento i la esperiencia de un institutor mui pensador, sobre instruccion primaria, porque aquel hombre tan singular era don Faustino Sarmiento, el entónces maestro de escuela i soldado en los campos de batalla contra la tiranía de Rosas, el formidable diarista, al poco tiempo despues, el futuro presidente de la República Argentina. Tanto nos interesó aquel embrion de grande hombre, que tenia el talento de embellecer con la palabra sus formas casi de gaucho, que pronto nos intimamos con él; habiéndole indicado que habriese una escuela para ganar su vida; le ayudamos a fundarla en aquellos mismos departamentos solitarios del tercer piso de los portales, comenzando desde entónces a allanarle el camino para la direccion de la escuela normal de preceptores, que tenia en proyecto don Manuel Montt, quien era a la sazón el ministro que servia de centro a las esperanzas de todos los que anhelábamos por un cambio de política i por una proteccion mas intelijente i mas decidida a la instruccion pública.»

Este retrato es bellissimo, de primer orden.

Concluiremos tan largas citas con el retrato del carácter de Francisco Bilbao:

«Era un espíritu ardiente i poético, pero su poesía brillaba como una manifestacion del acendrado misticismo que formaba el

fondo de su sentimiento: no podia dejar de ser creyente, i faltándole su antigua fé en el catolicismo romano, se asilaba en el evangelio, para condenar aquella creencia, i buscaba la satisfaccion de su misticismo en la metafísica mesiánica de Laménais i otros socialistas teológicos. Era nuestro discipulo i a la vez lo era del señor Bello i tambien de Lopez, quien, segun su biógrafo, fué el que mas le habia enseñado en la verdadera ciencia de filosofía. Talvez por eso jamas pudimos apartarle, a lo ménos en aquel tiempo, de ser fatalista en historia como Herder i Vico, de tomar como criterio de la verdad i de la justicia el sentido comun, a la manera de Michelet, o el asentimiento universal segun Laménais; ni de ser en filosofía eclético como Cousin, aunque poco despues en Europa, se hizo su adversario. Quería que la ciencia llenara el vacío que en su espíritu dejaba la ausencia del catolicismo, i ávido de creencias, buscaba una *religion científica*, i se hacia a cada paso la pregunta de Voltaire!

—Que suis-je, on vais-je et don suis-je tire!!

«No podia dejar de pensar en las causas eficientes i en las causas finales.

«Disciplinada su alta intelijencia en estas abstracciones metafísicas, Bilbao adquirió el hábito de la jeneralizacion i de espresar las jeneralizaciones por proposiciones absolutas en las formas bíblicas de Laménais preciándose de un estilo enigmático, que llamaba apocalíptico i que daba márjen a sus condiscípulos para hacerle terjiversaciones, que siempre servian a aquel carácter noble i jovial de temas para lucir la jimnástica de su injenio sùtil i de su admirable facilidad para los aforismos.»

Creemos que en estas líneas están fielmente pintados el carácter i las ideas del gran tribuno i del ilustre patriota cuya vida estuvo siempre ajitada por borrascas.

A la altura de éstos están tambien los retratos de Francisco Bello, de Vicente Fidel Lopez, Mariano Egaña i algunos otros.

## VII.

Hemos concluido la pesada tarea a que nos habíamos comprometido.

Ya hemos oido decir que es mucha audacia la de nuestra parte al criticar a tan ilustre escritor; pero recordaremos el clásico di-

cho de «que se puede juzgar a Homero sin poder hacer uno solo de sus versos.»

Tambien ya se nos ha dicho que somos mui niños para poder juzgar la obra de un anciano i mui ignorantes para poder estudiar a un sabio; pero poniendo ante todo a salvo el derecho que tiene cada cual de pensar lo que quiera i sobre lo que quiera, advertiremos que, si decimos la verdad, será verdad aunque seamos pequeños i si sostenemos un error, será error aunque seamos grandes.

Gracias al cielo, la verdad no es una herencia solo para viejos o niños, ricos o pobres, reyes o súbditos, sabios o ignorantes; es una herencia que pertenece a la humanidad entera.

Respecto del estudio de la parte gramatical del libro, sabemos que lo vá a hacer uno de nuestros mejores gramáticos i uno de los que se dedica especialmente a esta clase de trabajos.

¡Ojalá nuestros notables escritores, que hace tiempo descansan, tomen la pluma i sigan produciendo obras, que sin disputa, serán bellas joyas que aumenten las muchas de que está cubierta la corona de nuestra jóven literatura!

JULIO BAÑADOS ESPINOSA.

Santiago, octubre 5 de 1878.

---

## GLAURA.

---

### I.

En el año 1868 fué nombrado gobernador del reino de Chile, el intelijente doctor Bravo de Saravia.

El nuevo mandatario desembarcó en la Serena, en donde fué recibido con brillantes i adhesivas manifestaciones, i de aquí marchó directamente a Santiago, siendo ofuscado en su tránsito por un verdadero diluvio de festejos, ovaciones i pruebas de cariño.

Un poco ántes de llegar a la capital, salieron a recibirle los magistrados, los diversos rejimientos, los caballeros mas escojidos i la muchedumbre del pueblo. Al lado afuera de las puertas de la ciudad, se habia colocado el libro de los eyanjelios sobre una almohadilla de terciopelo carmesí, puesta en una mesa lujosamente entapizada. El nuevo gobernador prestó su juramento sobre el libro sagrado; en seguida, las puertas se le abrieron de par en par i pudo entrar en Santiago, en medio de la simpatía i del regocijo de un pueblo entero que bullia con loco movimiento como las olas de un océano ajitado.

En este tiempo las miras de todo Chile estaban fijas en Arauco. ¡Qué perstinacia tan heróica!

Los valientes adalides, a quienes el sublime Ercilla ha inmortalizado en su Araucana, peleaban i peleaban, con un arrojo de leon

africano, arrojo desesperado i abrumador, i que no cejaba jamas.

Esa guerra, con una voracidad increíble, habia consumido una colosal fortuna, multitud de hombres i largo i precioso tiempo; parecia prolongarse, como las vueltas sin fin de un laberinto.

Si este era el pasado, ¿en el porvenir qué provecho podia columbrarse que dejara esta campaña de titanes?—Se ve claro: mas montañas de cadáveres, mas abismo de tristezas, mas montones de escombros, mas colosales ruinas.

Los araucanos no cederian un pié de su territorio i no permitirían que orgullos extranjeros doblasen las services de fierro de sus orgullos; los españoles, por su parte, se habian empeñado en combatirlos i tomar posesion de Arauco, sostenidos por la pólvora de sus cañones i la templada hoja de sus sables.

Como se ve, la guerra era por demas peligrosa: de alarmas, de asaltos, de emboscadas i de continuas matanzas. Hoi vencian los unos, mañana vencian los otros; lo que hoi conquistaba el español, mañana lo reconquistaba el araucano. Para que el soldado viviera seguro, tenia que vivir con el fusil al hombro, la espada al cinto i la llama de valor en el corazon.

I ¡terrible cosa! todas estas precauciones eran pocas todavía. Los indígenas a cada victoria tomaban nuevos brios i adquirian mas audacia; se atrevian a atacar a los castellanos hasta en sus mismos campamentos.

Por consiguiente, el único medio que quedaba para prevenir los ataques repentinos, era la union. Reconcentrar una cantidad de fuerzas en un punto dado de Arauco, equidistante de las posesiones españolas, para en caso necesario poderlas socorrer con toda prontitud.

El nuevo gobernador de Santiago hubo de comprenderlo así; i se propuso llevar a cabo su pensamiento.

Bravo de Saravia era uno de esos hombres vulgares, cuya tela de carácter presenta uno de esos dobles fenómenos, uno de esos dobles aspectos que son naturalidad i la contradiccion de la naturaleza humana. Su lado débil era la avaricia desmedida. El cronista Alonso de Góngora cuenta de él un gracioso i singularísimo caso, cubierto con el manto ambiguo de la bufonería sangrienta, i que muestra hasta qué grado llevaba esta pasion. Un día el doctor Bravo de Saravia vió que unas gallinas se comian un poco de trigo suyo, que lo estaban secando al sol, para molerlo despues; al momento se encolerizó i mandó matar a las pobres aves, como si efectiva-

mente hubieran cometido algun crimen, haciéndolas distribuir en seguida a algunos enfermos. Sabiendo poco mas tarde que las ajusticiadas eran de su gallinero, reprendió ásperamente a los enfermos a quienes se las habia dado.

Este curioso rasgo retrata tambien de un solo golpe al hombre público. Podia ser jeneroso i pródigo, pero con caudales ajenos. Para invertir estos caudales, buscaba siempre una razon que poder presentar i que lo justificase. Admitia cuanta clase de regalos le hicieran, pues, echando un denso velo sobre la imájen de la gobernacion, veia que todo era lícito i de lo mas lícito.

En una palabra, era un hombre honrado i animoso, con bastante espíritu para llevar a cabo un proyecto difícil i de grandes proporciones, miéntras no tuviera que pagar con lo propio.

Organizó, pues, una espedicion para llevar a Arauco un peloton de soldados capaz de intimidar a los indijenas. Lo mas ilustre de la juventud i nobleza santiaguina acompañó al doctor Bravo de Saravia, que se habia hecho amar de los ricos por las muchas consideraciones que les guardaba.

El gobernador llegó con su espedicion hasta Concepcion. Ahí tuvo una entrevista con las autoridades de esa ciudad, que le agasajaron mucho, i con el maestre de campo don Miguel de Velasco, a quien confió todas las operaciones de la guerra. En adelante, debia proveer este jefe a todo lo que le pareciese que fuera necesario; debia tener bajo sus órdenes a todo el ejército; pero no comprometer batalla ninguna, sino cuando el gobernador se lo ordenase, o estuvieran los dos de acuerdo, por haberlo hablado de antemano.

El doctor Bravo de Saravia nombró tambien al jeneral Martin Ruiz de Gamboa para que se encargara de las provincias de Tucapel i Cañete con un rejimiento de sesenta soldados, treinta de los cuales habian de servir de guardia permanente i los otros de fuerza movable.

El fuerte de Arauco estaba encomendado al capitan Gaspar de la Barrera con un rejimiento de treinta hombres.

Todos estos pelotones de fuerza, dándose oportuno aviso unos a otros, se podrian ausiliar mútuamente i con lijereza.

El gobernador abandonó a Concepcion i pasó el Biobio, junto con su pequeño ejército, que mandaba el maestre de campo don Miguel de Velasco, soldado de mucha esperiencia en la guerra con los indios i bastante hábil en el arte militar. El doctor Bravo de Saravia iba a establecer su campamento en la ciudad de Angol,

pero viendo que ahí no habia víveres, ni bastimentos de ninguna especie, se fué a reunir con el capitán Diego de Barahona, que tenia su campamento cerca del estero de Rancheuque, en la parcialidad de Catiray.

Aquí se aposentó definitivamente el pequeño ejército. Luego vino a unírsele de la ciudad de Valdivia el capitán Gaspar Verdugo con un cuerpo de sesenta soldados.

Toda esta tropa se alimentaba de provisiones que le traían de las ciudades cercanas; pero también, en mucha parte, del latrocinio i pillaje a los naturales que se le permitía a los soldados. Salían en compañías mas o ménos numerosas i arrasaban con las cabañas, con los ganados, con las cementeras i con los indios.

Demasiado se comprende, esta manera de vivir era imprudente; la paciencia de los araucanos debia de agotarse i entónces la destrucción, la venganza i la ruina se cernería a su vez sobre las cabezas de sus enemigos

## II.

Mucho mas distante de la parcialidad de Catiray, tenia su pequeño cortijo un araucano, bravo i honrado, llamado Quilacura.

Sin tener riquezas, sin ser jefe de ninguna tribu, sin ser poderoso, era mas feliz que un príncipe. No le faltaba, ni deseaba nada.

¿En qué consistía entónces su dicha? ¿Cuál podia ser, sino eran los honores i la opulencia?

Quilacura tenia una gran riqueza, una perla valiosísima, una hija. Glaura era una mujer hermosísima: solo la ardiente fantasía de un poeta oriental, podria bosquejar con la imaginación su retrato completo. Cuando la belleza es tan sublime, tan ideal, que los medios materiales de que dispone el lenguaje, son nada para reproducirla, entónces uno suelta la pluma i sueña.

Ya que no damos el retrato hecho por la fantasía de un poeta oriental, demos el que Ercilla le ha trazado en esta estrofa:

«Era muchacha grande, bien formada,  
De frente alegre i ojos estremados,  
Nariz perfecta, boca colorada,  
Los dientes en coral fino engastados,

Espaciosa de pecho i relevada,  
 Hermosas manos, brazos bien sacados,  
 Acrecentando mas su hermosura  
 Un natural donaire i apostura.»

Glaura era viva i simpática. Todos sus actos: ora se moviera andando, ora se sentara, ora hiciera un ramillete con flores campestres, ora, en fin, desplegara los lábios para hablar, los rodeaba de cierta espiritualidad, de cierta gracia i de cierto atractivo mágico i misterioso, que subyugaba el alma; una sonrisa suya hacía amar al corazón mas insensible i frío. Aunque sin educación de ninguna especie, tenia un talento tan desenvuelto que en su trato se gozaba de entretenimiento agradable i de sublime encanto.

Ella poseía el don precioso de contentar a todos los amigos de Quilacura, que venian a visitarle de vez en cuando. A cada uno le entablaba una conversacion que fuese de su agrado.

¿Iba algun indio de carácter alegre?

Ella le decia chistes, salpicados de ingenio i de gracias, con un desenfado i con una agudeza verdaderamente asombrosos. Se hablaba de todo, pasando rápidamente de una materia a otra, con ese desorden artístico i elegante que se observa en los juegos de colores del ingenio. Reía i hacia reir tambien.

¿Iba algun indio de carácter apático?

Ella le bosquejaba el colorido de las pasiones, el prisma risueño de los sentimientos, la felicidad con sus tintes mas primaverales i la desgracia con su mas negro aspecto; de esta manera le iba a herir allá en lo mas profundo de su alma, en ese rincón oscuro en donde los rayos luminosos del sentir todo el mundo habria desesperado que penetraran. ¿Qué momentos tan sublimes! Nunca autor alguno trató tan bien tan delicada materia. Balzac, el anatomista por excelencia de las pasiones, se habria enorgullecido con uno de estos magníficos cuadros.

¿Iba algun indio de carácter melancólico?

Ella le hablaba de escenas tiernas, dulces i poéticas, envolviéndole el alma con un perfume de encanto, misterioso i embriagador; le hablaba de proyectos ideales, revelándole mundos de luz, de poesía i de amor.

Si el espíritu del indio se inclinaba a lo tétrico i lúgubre, la inspiracion de Glaura era terrible i sombría como las *Meditacio-*

*nes de la noche* del poeta de los sepulcros. Lo misterioso, lo trágico i lo inusitado, resaltaba principalmente en su palabra.

En todo i por todo, Glaura era una mujer sublime. Sin haber amado nunca, hablaba con elocuencia, impulsada por las inspiraciones fugaces de su corazón.

Sin embargo, allá en el fondo de su alma sentía ese vacío juvenil, sentía que algo le faltaba, pero esta misma falta, que no acertaba a explicarse, la hacía gozar de un placer sublime i delicioso.

En los años que se vive bajo el hogar, todo se goza: el retoño de árboles que hemos plantado con nuestras manos i que nos enorgullecemos—como si tuviéramos el principal influjo en este prodijio—de verlo levantarse, florecer i dar frutos; el agua que se desliza lenta i murmuradora por sobre un cauce entapizado de piedrecillas; el crepúsculo vespertino que poco a poco con su negro velo, que se hace por momento mas denso va envolviendo a la tierra; las hojas verdes de que la primavera tiritan i charlan sonoramente en los árboles i que despues pálidas i marchitas son arrasadas por los vientos de otoño; las avejillas que vemos jimiendo desesperadas por las muertes o abandono de sus padres; todo impresiona con mas fuerza.

La hermosa Glaura se hallaba en este estado i participaba de sus dones.

Quilacura cultivaba su pequeña posesion de tierra con su hija; ámbos la sembraban i ámbos cosechaban para alimentarse.

Durante el dia, cuando Glaura no estaba ocupada en labores de labranza, hilaba en su habitacion la lana de sus ovejas; o bien salía a recrearse viendo deslizarse la onda i paseándose por las praderas esmaltadas de verdura i de flores.

Contemplaba i sabia amar a la naturaleza. Tenía sus sitios predilectos a donde se iba a estasiar horas enteras teniendo ante la vista paisajes lindísimos, llenos de poesías i grandiosidad: las llanuras inmensas que parecen perderse a la vista, el rio de la Imperial que con sus espumosas i bullidoras aguas se estiende por el campo como una ancha franja de plata. Mas allá, la colosal cordillera, cuyos gigantescos picos, plateados de nieve, parecen besar las nubes. El cielo hermoso i azul que ella veía, el aire, la luz, la vida que parecia agitarse a su alrededor, el lejano horizonte que con sus misterios i colores indefinibles parecia absorber su alma de artista.

¡Qué vida tan bella!—Glaura no tenia ninguna desmedida ambicion; aspiraba solamente a gozar todos los dias del mismo espectáculo: el aire i la luz, el calor i la vida. Ella no alimentaba en su fantasia ningun proyecto de opulencia, ningun proyecto de ambicion; no deseaba, ni esperaba nada de extraordinario.

En el cortijo de su padre, ella era la reina; todo estaba a su disposicion. ¿Deseaba adornarse? ¿Quería tener algunas de esas inseparables e inocentes coqueterías que nacen con las mujeres? ¿Quería flores?—Sin trabajo ninguno las cojia en la pradera; i enredadas entre las madejas de su cabellera de ébano, lucian i hermo-seaban mas que los prendedores de diamante en el coposo i alto peinado de una española.

Quilacura i su hija disfrutaban de todas las delicias de que no disfrutaban ni el rico en su palacio, ni el príncipe en su reino; disfrutaban de las delicias que la naturaleza reserva para los que solamente viven apegados a su regazo.

Se cree vulgarmente que la felicidad consiste en poseer oro i harto oro, i, por lo tanto, que únicamente los ricos son dichosos. ¡Error i mil veces error! La felicidad consiste en la pureza de la conciencia i tranquilidad del espíritu. En el cortijo de Quilacura existian ambas condiciones: ahí habia dicha.

Pero, ¡inestabilidad humana! no duró mucho tiempo. Un accidente inesperado vino a interrumpir la quietud sublime de este hogar.

### III.

Quilacura tenia entre sus parientes un primo, llamado Levolecan, a quien queria entrañablemente; le profesaba un cariño casi paternal.

Levolecan era un moceton robusto, tosco como uno de esos robles seculares, reyes de los bosques; i desagradable a la vista i al trato, inspiraba una de esas profundas aversiones i repugnancias que la naturaleza no puede dominar. Su cara casi enteramente aplanada, parecia uniforme; no se habia hecho ahí una línea, modelado una faccion i bosquejado una fisonomía como la de un ser humano; el caos existia en las facciones de ese araucano. El resto de la figura correspondia mas o ménos a lo que hemos descrito.

La naturaleza como dándose sus caprichos le habia querido formar así. Preciso era que Quilacura mirase a su primo con los ojos amorosos del parentesco para que pudiera agradarle.

Levolecan no conocia el cariño tierno i dulce del amor. Desgraciadamente, para él no existia mas que el placer de los sentidos, i se apasionaba i adquiria entónces el entusiasmo delirante de uno de esos personajes que Trola nos ha descrito con la lindeza terrible de su pluma. Para conseguir su fin, llegaba a ser muchas veces hasta elocuente. En la mujer no veia otra cosa que algo necesario que la naturaleza brindaba al hombre. Sus bárbaras ideas, pues, armonizaban perfectamente con su figura.

Cuando Quilacura ménos lo pensaba, Levolecan se le presentó en su cortijo. Inútil me parece decir que tuvo magnífica acogida de parte de Quilacura, que lo abrazó lleno de gozo i de cariño.

Levolecan dijo a su primo:

—Sabrás, pues, que en Catiray, cerca del estero de Ranchenque, se han establecido gran cantidad de españoles, raza maldita que nos ha de perseguir por todas partes sin descanso. De ese punto se reparten en bandadas como las aves de rapiña a devorar a los mas débiles, saquear las comarcas, talar nuestros campos, robar nuestros ganados i violar nuestras mujeres. Pues bien: una de estas hambrientas bandas, llegó a mi morada i robó casi todo, incendiando lo que quedaba. Pero llegará tiempo, dijo fulgurando de sus ojos una llama siniestra, en que a mí tambien me toque el turno, i entónces no habrá perdon, no habrá cuartel, no habrá compasion ninguna.

Como ves, prosiguió, he quedado sin morada, i vengo a solicitarla aquí, miéntras pueda reponer la mia.

—La tienes a tu disposicion, querido Levolecan. Ahora tendremos que regocijarnos por la compañía que de aquí en adelante nos vas a hacer.

En seguida, conversaron largo rato.

Glaura, desde que supo que Levolecan se quedaria a vivir en el cortijo, tuvo el presentimiento de una desgracia terrible.

¿Acaso la penetrante mirada de su espíritu habia atravesado mas allá de lo que todavía solo era sombras i misterios?—Lo veremos luego.

Los primeros dias de la permanencia de Levolecan en la morada de Quilacura, pasaron bien, mui bien, sin que nada turbara la tranquilidad del honrado padre i de la hermosa hija.

Pero poco despues no encontrando nada mejor en que entrete-  
ner el tiempo, principi6 a enamorarse a su manera a Glaura.  
Esta, entre tanto, habia tenido tiempo de sobra para conocerle i  
compadecer en silencio la corteza tosca i oscura de su alma.

Cualquiera otro que hubiera sido en vez de Levolecan, con  
ideas mas nobles, con un corazon que latiera al amor i no al goce  
del momento, con trato medianamente afable, en fin, cualquiera  
otro le habria agradado, i ella habria concluido por amarle.

Una jóven que como Glaura se hallaba en una edad en que casi  
a todas las mujeres han ajitado las pasiones, una jóven que tenia  
su corazon virjen, sin resabios i decepciones, i que por tanto  
cuando amase, lo haria con mas fuego, con mas injenuidad i  
con mas cariño, una jóven, por último, que habíase acostumbrado  
a vivir casi solitaria en el cortijo de su padre, sin ver muchos mo-  
cetonos i creyendo todo de buena fé, no podria haber resistido a  
apasionarse de cuaiquiera otro que se le presentase en mejores con-  
diciones que Levolecan.

Por consiguiente, Glaura no correspondió a la pasion del primo  
de Quilacura. Todos los empeños que hizo Levolecan fueron in-  
fructuosos; se estrellaban contra la resolucion de hierro de Glaura.

Levolecan despues de cazar en el bosque, le traia de regalo a la  
jóven las aves de plumas mas vistosas i mas bonitas, las pieles mas  
finas para que hiciera vestidos i se adornara con ellas. Ella com-  
prendia mui bien que la aceptacion de todos estos presentes le ha-  
ria nacer alguna obligacion para el que se los llevaba; i, por esta  
razon, no los admitia sino cuando las circunstancias hacian ines-  
cusable la negativa.

Glaura guardaba a Levolecan las consideraciones i la atencion  
que se tienen por un huésped, pero mostraba la mas helada indi-  
ferencia cada vez que él la hablaba de su pasion. Era la conducta  
que le convenia.

Levolecan alimentaba la pretension de casarse con Glaura, pi-  
diéndosela a su primo. Pero allá en medio de sus reflexiones veia  
que como punto principal necesitaba consultar la voluntad de ella.

Encontrándola un dia le dijo:

— Yo tengo como vivir cómodamente; la reconstruccion de mi  
vivienda se ha de concluir luego. Yo os la ofrezco para que la  
tengais a tus órdenes, i, tomándome por marido, nos vamos a vi-  
vir ahí. Nada os faltará; i hasta mas que aquí, allá tendreis algu-  
nos súbditos a quienes mandar. Creo que no vacilareis.

—Nó; no vacilaré en rechazar vuestra oferta, replicó Glaura. Aquí en este pequeño cortijo, sin vasallos i sin otras comodidades, se vive mas tranquila, mas libre i mas contenta. Comprenderéis, pues, que no acepto.

—¿Es vuestra última resolución? preguntó con marcada ansiedad Levolecan.

—Mi última, respondió Glaura con tono firme.

Si las impaciencias del indio no habian fermentado todavía, lo hicieron ahora con la contestacion de Glaura. Dar por esperanza un «nunca» cuando la sangre le bullia quemante i abrasadora por todas las venas de su cuerpo, rechazar la fortuna que le ofrecia con el mando de sus casas, i despreciar la compañía de su persona que le ofrecia como marido, eran cosas bastantes para exasperarle hasta el último grado.

Glaura comprendió la tempestad que su negativa, iba a hacer desencadenarse en la naturaleza completamente salvaje del indio: sin embargo, ella no lo podia evitar i el conflicto tenia que suceder.

Despues de pasada esta escena, atravesó por su mente un pensamiento que la aterrorizó por completo.

—Si Levolecan, se dijo, aprovechando infamemente de alguna oportunidad en que me vea sola, retirada de mi padre, quiere vengarse ¿qué haré yo? ¿qué podré hacer para defenderme?—Indudablemente tendré que sucumbir a la fuerza. Esta terrible idea se la confiaré a mi padre, continuó; es preciso que esté advertido de lo que sucede i de lo que pueda suceder.

A pesar de este propósito, llegaba la ocasion i Glaura no se atrevia a decir nada a su padre, ya fuese por el sonrojo del pudor o ya por la dejadez que jeneralmente se tiene para retardar el momento de tratar un asunto difícil.

¡Triste resultado habia de dejarle este silencio!

La intelijente Glaura no se equivocaba en sus conjeturas. Levolecan no la amaba, sino que experimentaba el frenesí del momento; la hermosura de Glaura se lo habia hecho concebir con mas pasión que nunca, i todos los medios de que se habia valido para obtener la voluntad de ella, no tendian mas que a saciar el anhelo de esta momentánea pasión.

El primo de Quilacura sentia correr fuego por su cabeza i su corazón, i en un momento en que se levantó el velo de furor que le cubria su intelijencia, hízose las siguientes reflexiones:

—Glaura no quiere casarse conmigo. ¿Cómo hacer que sea mía? Si se la pido a Quilacura, aunque él me estima mucho, no ha de querer dármele, por no contradecir la voluntad de su hija. ¿Qué hago? Yo no puedo domar mi pasión; ella me abraza i desparrama por todo mi ser un fuego destructor que va a concluir conmigo. Es necesario que Glaura sea mía; es necesario, aunque sea por un instante. ¿De qué manera? ¡Ah!... sí; cometeré un crimen, lo cometeré es necesario.

La fatal determinacion del indio estaba tomada; la pasión arrastra al abismo.

La situación de Levolecan i de Glaura en la misma casa se había hecho difícil. Glaura huía siempre de la presencia de Levolecan; Levolecan perseguía siempre a Glaura.

No se había escapado este juego a la observacion de Quilacura, pero quizá de mirada poco penetrante, le atribuyó causas contrarias a las verdaderas; le atribuyó que se amaban.

Quilacura creía que ya era tiempo que su hija se casara, i allá en sus adentros le había destinado para marido a Levolecan.

Ahora, pues, una equivocacion le hizo creer que se amaban; i, decidido por esto, acariciaba la idea de realizar pronto su proyecto.

«El hombre propone i Dios dispone,» dice el adagio, i nada es mas verdadero.

Levolecan que definitivamente estaba resuelto a cometer un crimen, en cambio de un mero capricho de pasión eligió para llevarlo a cabo un día en que Quilacura andaba fuera de su cortijo.

Como el leon hambriento que va a deverar su presa, se lanzó a la habitacion de Glaura.

#### IV.

Son como las nueve de la mañana de un hermoso día de verano.

En la morada de Glaura se representa una escena sombría i terrible. Ahí la simpática araucana se encuentra inmóvil sentada en un banco de madera sin labrar; su cara se vé lívida como la violeta. Mas bien parece muerta que viva.

¿Qué sucede?

Levolecan, el pérfido primo i amigo, está de pié a tres pasos, de la hija de Quilacura; su semblante alterado i descompuesto se muestra mas horrible que nunca; sus ojos empapados en

sangre, despiden miradas estraviadas i locas que parecen devorar a la graciosa jóven; su cuerpo todo tiritita i tiembla como si temiera frustrársele el crimen que va a ejecutar.

En fin, despues de algunos minutos de silencio aterrador, que para la desgraciada Glaura fueron un siglo, Levolecan con la voz áspera i vacilante le dijo a la jóven:

—¿Me querrás ahora? ¿Me tienes miedo?—Nó, no te asustes. Te he regalado durante todo el tiempo que he estado aquí, te he tratado de agradar; despues te ofrecí que te fueras conmigo, te ofrecí mi hacienda, te ofrecí mis servidores i te ofrecí todo cuanto era mio: nada has querido por bien, todo lo has despreciado. Ahora te lo advierto, serás mía, mal que te pese; estás sola en mi poder. No podrás defenderte.

Glaura trató de serenarse i de recobrar su sangre fria. Comprendió que si gritaba era perdida; por otra parte, vió que no podia huir, pues las dos puertas que tenia la pieza para salir afuera, estaban a alguna distancia. No hallando que hacer i miéntras injeniaba un modo para escaparse, contestó de esta manera:

—¿Es así, Levolecan, cómo pagas a mi padre? ¿Es así cómo le vas a recompensar la hospitalidad que te ha dado? ¿Es así cómo le vas a devolver los mil sacrificios que ha hecho por tí? ¡Huyan de tu mente las ideas indignas! Medítalo bien: si me injurias, te persiguirán i serás muerto despues. Detiene mejor tu fatal pasion i todo habrá concluido; cuando llegue mi padre no sabrá nada.

—¡Tu padre! dijo el indio, soltando una carcajada estúpida i sonora, ¡tu padre!! sí, sí...me matará...

I casi instantáneamente se abalanzó sobre Glaura. Esta dió un grito angustioso i rápida como la flecha por un movimiento instintivo alcanzó a salir por la puerta contraria i partió corriendo. El indio salió tras ella.

Indudablemente que por mucho que corriera Glaura, Levolecan la habria alcanzado al fin; pero por fortuna ninguno de los dos tuvo tiempo de alejarse mucho.

Apénas salida de su habitacion, no sin gran sorpresa i alegría, notó Glaura que la cabaña estaba sitiada por un cuerpo de soldados españoles.

¿Cómo se encontraba ahí esa jente?

Sabemos que del cuartel jeneral de los castellanos en Rancheuque, se derramaban por las comarcas una multitud de pequeñas

partidas que salian a saquear a los indios. La que se aparecía ahora era una de éstas.

¡I estraña casualidad! esta misma partida habia sido tambien la que arrasó por completo las viviendas de Levolecan.

El primo de Quilacura la conoció i, abandonando la persecucion de Glaura, ciego de furor, tomó su macana que llevaba a la espalda, i se lanzó a descargarla sobre la cabeza de uno de los españoles.

Glaura, miéntras tanto, no hallando por donde huir, retrocedió a esconderse en la cabaña. Se colocó en un escondite i por las rendijas de los coligües i de la paja, se apercibió para ver lo que pasara.

Todos los soldados—que eran cinco—venian armados de fusil. El español a quien se dirijió Levolecan disparó su arma sobre el indio; però la bala pasó silvando por el aire, sin herirle. Mas afortunado el araucano, ya estaba encima del enemigo, i enarbolando su macana, describió con ella en el aire un círculo vertijinoso, dejándola caer en seguida como un rayo de plomo sobre la cabeza de su contrario. Perdió tierra el español i cayó muerto.

Los cuatro soldados restantes que solo habian observado la pelea de su infeliz compañero, se dirijieron a un mismo tiempo contra el valiente araucano.

Miéntras Levolecan se encontraba acorralado de esta manera, un indio se acercaba corriendo. Era Quilacura que ya de vuelta a la cabaña habia sentido en su camino el ruido del combate.

Se enardece de valor al divisar a los españoles, i con su macana se lanza al medio de la pelea. Apénas se acerca, un soldado le apunta un balazo en el corazon; todo fué instantáneo. Encontró ahí su tumba.

Casi al mismo tiempo Levolecan sucumbió tambien. La pelea cesó; los españoles habian perdido dos soldados.

Glaura, miéntras tanto, viendo caer muerto a su padre i aprovechándose de la distraccion de los españoles, salió de su escondite i huyó rápidamente.

Los vencedores la divisaron a lo léjos, pero creyendo que seria algun indio que habia estado oculto, no se cuidaron de perseguirla.

Despues de tomar lo que les podia servir, los soldados redujeron la cabaña a cenizas.

Glaura seguía corriendo, corriendo; ya habia atravesado, con la

rapidez del pájaro, bosques, valles, rios, quebradas, cercados, i leguas i leguas de camino. Todos los estorbos que encontraba a su paso, ora fuesen precipicios u ora pantanos, los salvaba sin saber cómo, elevada en los aires por las alas que presta el miedo. Corria velozmente, creyendo oír a sus espaldas el ruido de los pasos de los soldados que ya la alcanzaban; en su engañosa ilusion veíase rendida de fatiga, caída sobre la tierra, i a los españoles, que la perseguían, apoderándose de ella i abusando de su desmayo con indignas risotadas; entónces cerraba nerviosamente los ojos i corria mas i mas; hubiera querido el poder del águila para remontarse rápidamente a las nubes.

Sin embargo, esta vertijinosa carrera debia tener bien pronto su término. La infeliz Glaura, despues de haber andado tanto, no podria resistir mucho mas.

Corria la fujitiva por la falda de una montaña, cuando dos negros le salieron al paso, i la detuvieron. Ya era tiempo; un poco mas i el cansancio la habria muerto.

¡Qué diferente estaba Glaura, pero aún así se veia hermosa! Su frente, su rostro, sus mejillas i todo su cuerpo, lo tenia bañado de sudor; los ojos parecían salirse de las órbitas; su pecho latia fuertemente, como las aguas agitadas; su traje estaba hecho jirones; su cara i sus brazos veíanse surcados por hondas rasmilladuras, recibidas al pasar azotándose contra las ramas de trébol de los cerros, i el algarrobo de los bosques i valles; cierto terror involuntario dibujábase en todo su semblante.

Divagó con la mirada durante algunos segundos, i luego vino a fijarla en los dos negros que la tenían asida de los brazos con manos vigorosas i de fierro. Todo su cuerpo tembló; pareció helarse su sangre.

¿Por qué esta estraña emocion? ¿Quiénes eran aquellos negros? ¿Qué tenían que ver con ella?

Un momento mas i veremos.

## V.

Las desgracias habian principiado para Glaura. ¡Pobre jóven! Al clavar su vista en las caras de los negros, se habia estremecido instintivamente: creyó descubrir en sus estúpidos semblantes la sombra de un futuro crimen.

Los dos negros le eran completamente estraños; la jóven en su fuga habia ido a parar a una parcialidad que no conocia.

¿Por qué entónces la habian detenido estos negros?

Por la misma razon que los ejércitos saquean las ciudades, que los salteadores despojan i violan a sus víctimas, que los fuertes aplastan a los débiles.

Los dos negros eran membrudos, gruesos i fornidos como gorilas. Eran bandidos i no respetaban a nadie. Comenzaron a ultrajar a la victima. ¿Qué espíritu fatal es el que persigue a la jóven araucana? Se libró de las garras del leon, para venir a caer en las del tigre.

Glaura grita, pide socorro, pero sus gritos agudos se pierden, apagándose poco a poco en las concavidades de la montaña; les llora, les suplica, pero sus lágrimas i sus súplicas no son vistas ni escuchadas. Nada puede contra esos hombres sin corazon; nada! todo es en vano!!

—¡Dejadme, les repite con los ojos anegados en lágrimas; por el Pillan, por vuestro cacique, por vuestros padres, si los teneis, hombres crueles, os lo ruego, os lo suplico con mis lágrimas i de rodillas, dejadme! No marchiteis mi juventud, no me lanceis al abismo por un momento de capricho insensato; por un momento que caerá como un mar de fuego sobre vuestras conciencias, quemándoos eternamente; por un momento indigno, i que no bastarias a borrar ni con el precio de vuestra sangre! ¿Qué no veis bien el precipicio que abris a nuestros piés?—Vais a cometer un crimen, vais a cometer la mas negra de las infamias; ninguna falta castigais en mí, ninguna cosa podrá haceros disculpable. Obrad noblemente. Respetad, respetad a la inocencia que no tiene como defenderse, i quizás algun dia os pueda ella recompensar la jenerosidad de hoi!... Pero ¡qué! si no os compadecen los ruegos de una mujer infeliz, de una mujer abandonada; si no os compadecen las lágrimas de la juventud i de la inocencia, que el castigo del Pillan caiga sobre vuestras cabezas!...

Los dos negros, como si hubieran sido de piedra, no se conmovieron. La sola actitud de aquella mujer habria bastado para deponer la cólera del leon.

Ella, con la desesperacion angustiosa del momento, lanzó un último grito sonoro i agudo, que resonó hasta el cielo. Dios le oyó.

Aparecia en ese instante un indio por entre unos matorrales que

estaban al pié de la montaña. En cuanto le vió Glaura, lanzó otro grito, pidiéndole socorro. Acudió en un segundo el indio, i viendo ya de cerca a los dos bandidos, les dijo con voz de trueno:

—¡Cobardes! La vida os cuesta sino dejais al punto la doncella.

En seguida, armó su arco. El negro echó mano a su macana para ofender al recién venido. Luego que el infame se hubo hecho a un lado de la jóven, la flecha partió i fué a sepultarse en medio de su pecho. El otro miserable tomó tambien su arma i se preparó a atacar; un dardo del recién venido vino a enterrársele en el corazon i derribarle por el suelo.

Ambos negros quedaron muertos.

## VI.

¿Quién era el valiente que habia defendido a Glaura tan afortunadamente?

Era un moceton bien puesto, rostro afable, buenas maneras, intelijente i cacique de esas tierras. Llamábase Cariolan.

Este dia habia salido a cazar, i la casualidad quiso que se dirigiera por el lado donde fué detenida la infeliz jóven.

Recien la libró de los dos negros i pudo contemplarla con des-pacio, quedó prendado de la hermosura de Glaura. Esta a su vez lo miraba con ojos agradecidos.

La araucana sintió que en su corazon nacia una gran simpatía hácia el bravo i gallardo mozo que la habia salvado.

Cariolan la interrogó dulcemente sobre el motivo de sus infortunios.

—¡Soi mui desgraciada! esclamó ella, arrojando un profundo suspiro, i con los ojos todavía empapados en lágrimas. En seguida, le refirió detalladamente la historia de su vida. Cariolan se conmovió en extremo i le ofreció ayudarla en todo lo que le hiciera falta.

Glaura, apoyada en Cariolan, descendió a la llanura, i orillando las márgenes del Lauquen, pusieronse en camino para las casas de Cariolan, conversando sobre asuntos de los mas gratos al corazon.

El jóven cacique, despues de predisponer el espíritu de su bella compañera, le hizo la siguiente propuesta:—Vos habeis quedado sola. No teneis nadie que os acompañe, que os sirva de guia i que os proteja. Yo ahora he concebido por vos bastante cariño, i la

historia de vuestras desgracias no ha contribuido sino a aumentarlo considerablemente. Os ofrezco que consintais en casaros conmigo i quedaremos viviendo felices en mis dominios. Allá sereis amada por mí i respetada por todos mis vasallos, que tambien lo serán vuestros. Si aceptais lo que os propongo, habreis labrado de un golpe la dicha de mi vida.

La gratitud habia efectuado una revolución instantánea i completa en el interior de Glaura. Creía firmemente que Cariolan le estaba providencialmente destinado; i en las tres horas, poco mas o ménos que conversaban, habíase establecido entre los dos tanta intimidad como pudiera haber existido en un siglo de conocimiento.

Ademas, si la jóven no daba su consentimiento para el matrimonio, la calumnia, que existe tanto en las grandes ciudades, como en Arauco, la tomaria de blanco para lanzarle sus venenosos i acerados dardos. Andaba errante, sin casa, sin tener donde refugiarse, sin tener que comer. Todas estas consideraciones, que ya tambien se las habia hecho Cariolan, unido al amor que por él se despertaba en su corazon, la hicieron decidirse, i contestó así al cacique:

—Muchos favores os debo, pues a continuacion de salvarme la vida me ofreceis ser vuestra esposa. Acepto, para ver modo de trabajar por vuestra felicidad; así puede ser que os pague algo. El cariño por vos ha brotado tambien en mi corazon desde que me librásteis con vuestra jenerosa valentía.

Los casamientos araucanos se efectúan a veces con grandes bañales i fiestas, i otras veces sin nada de estos regocijos: depende no mas de la calidad de las personas i de la manera cómo los dos contrayentes quieren ejecutarlo; pero desde que de cada parte se tiene el asentimiento, el matrimonio está definitivamente hecho.

Si hai grandes festínes es puramente para celebrar los enlaces, pero en ningun caso porque sean necesarios.

Hecha esta pequeña esplicacion, continuemos.

Despues de la contestacion dada por Glaura, Cariolan tuvo a la jóven desde ese momento por su esposa.

Ambos continuaban conversando por las verdes orillas del rio Lauquen. ¡Qué dulce es para dos amantes ir solos, uno al lado de otro! ¡Qué dulce es para ellos sentir los unisonos latidos de sus corazones que palpitan al mismo compás! ¡Qué delicioso es para ellos el ver correr la onda, cristalina, murmurando sonoras notas que se

confunden con las palabras suaves, que nacen de lo mas íntimo de sus almas! ¡Qué delicioso es para ellos admirar un paisaje, arrancando cada uno de los ojos de su amante la grandeza del bosquejo! En fin, ¡qué bello, qué fascinador, qué grandioso se encuentra todo! Es el Paraiso.

Cariolan decia a Glaura:

—¡Cómo nos amaremos en nuestra bella morada! Por la mañana nos levantaremos placenteros, junto con la aurora i, sonriendo de felicidad, veremos abrir el dia con todas sus bellezas de nácar i oro, veremos como el rei de los astros avanzando poco a poco tiñe las mieses i los campos, veremos a las mariposas que cerniéndose en el aire brillan como las venturinas con sus mil múltiples colores; en los verdes alfombrados de yerba veremos a los insectos, que saltan, que se revuelcan i que se oprimen en estrechos abrazos de infinito i arrebatado amor; en fin, do quiera que miremos no nos ha de sonreir sino la primavera, la juventud, la alegría i el cariño. Nosotros seremos felices; para serlo, no necesitamos mas que amarnos i amarnos mucho. Toda la vida se refunde en el amor. Yo desde que os ví he sentido en mi pecho una emocion violenta, mi corazon palpité fuertemente como si quisiera escapárseme, la vista se me nubló poco a poco hasta el punto de tener delante un denso velo; mi intelijencia estaba anonadada; sí, yo me sentia confundido i turbado i creí oír una voz misteriosa i secreta que me decia desde el fondo de mi corazon: «esa mujer te está destinada, tú la amarás, tú serás feliz con ella.» Esa querida voz decia la verdad. Glaura, nosotros seremos dichosos, nosotros no tendremos que envidiar a nadie, nosotros viviremos con el amor, que es lo mas sublime del mundo. Nuestra vida, amada Glaura, no será sino una eterna aurora, una eterna primavera, una eterna juventud. ¿No pensais así, bien mio?

Ella fuertemente conmovida respondió:

—Todo lo que me digais desde ahora de vuestros proyectos, de vuestro tranquilo i amoroso por venir, de vuestra felicidad sublime, todo lo creo firmemente; porque ¿para qué negarlo? Ya soi tuya; no hai nada que pueda hacérmelo ocultar. Yo os amo, os amo locamente. Mi corazon no podria vivir sin vos, así como la planta del copigüe no podria vivir sin la humedad que le comunica sávia i vigor. Te amaré siempre, te amaré con el amor mas tierno i verdadero; muera yo, ántes de dejaros de amar. ¿No estais satisfecho?

—Sí, sí, querida Glaura, mi vida es tu amor. Nos amaremos eternamente, respondió Cariolan.

—Será eternamente, repitió ella. Ambos se abrazaron con ardiente efusion.

Miéntras que los felices amantes seguian así conversando, el sol declinaba en el horizonte. Esa hora melancólica del crepúsculo se acercaba ya; esa hora, llena de poesía i de encanto, en que todos los objetos parecen verse cubiertos con un velo misterioso. Allá en el horizonte veíase sumirse al astro en medio de un mar de topacio; sus postreros i moribundos rayos doraban apénas las cumbres de las altas montañas i cordilleras; cuyas nieves mostrábanse purpurina i hermosa. El dia espiraba dejando contemplar hasta en sus últimos momentos las bellezas de su vida.

El viento de la tarde pasaba susurrando con un sonido dulce i monótono por entre un verde cañaveral que se estendia a lo largo del Lauquen. El cabello de Glaura, graciosamente desordenado, ondeaba sobre su frente i sus espaldas; ella tenia el aspecto ardiente i arrebatador de Ofelia enamorada. El húmedo ambiente que se desprendia del rio, embriagaba a los dos amantes. Las hojas del gran bosque del Lauquen se removian lentamente, formando una parlería bulliciosa, confusa i sonora. Todo estaba deslumbrante i sublime para los dos enamorados. Les faltaba poco para llegar.

De repente ámbos se detuvieron.

¿Por qué? Al dar la vuelta por un recodo que forma el rio, habian visto cerca de ellos una columna de doce españoles que desembarcaban en ese mismo instante. Ya habia algunos en tierra i no era posible huir. La pareja de indios habia sido divisada por los castellanos.

Cariolan, temiendo por la vida de su amada, se armó de sangre fría i heroismo, i le dijo a ella precipitadamente:

—¡Huye, huye!

Glaura, sin darse cuenta de lo que hacia, huyó aceleradamente. A su paso percibió la espaciosa cavidad del grueso i hueco tronco de un roble, i rápida como el relámpago, se ocultó en ella. Ahí, en una actitud inmóvil, se quedó durante algunos momentos, mas muerta que viva. Algunos de los españoles se lanzaron inmediatamente a buscarla. Gritaban, daban vuelta por los alrededores, entreabrian las espesas matas, rejistraban cuanta planta se estremecia con el viento, creyendo, en todas partes, hallarla escondida.

Muchas veces pasaban junto al roble que la ocultaba, i bien sea

que no viesen su cavidad o que a ninguno se le ocurriera que pudiera estar ahí, el caso es que no entraron.

Glaura estaba salvada.

Carolian, en tanto, habia esperado a los españoles con el jesto amenazador i su arco armado. Los enemigos se lanzaron en tropel a su encuentro. Él disparó su arco con furia terrible, i uno de los castellanos cayó al suelo con el cráneo atravesado. El peloton se intimidó algo, pero la voz del jefe animó a cada uno. Dos soldados con sus espadas en las manos se lanzaron a aprehender al indijena. La flecha de éste partió por segunda vez certera i mortífera, i derribó un segundo enemigo. El combate se formalizaba; dos españoles derribados en un momento por un solo araucano. El resto de la tropa atacó a un mismo tiempo al indijena. Este se defendia con furor i heroismo. Multitud de espadas centelleaban sobre su cabeza para herirle, cuando el inmortal autor de la Araucana, don Alonso de Ercilla i Zúñiga, que era el jefe de la tropa, interpuso su espada entre la de sus soldados, i les dijo:

—¡Abajo las armas!

Todos detuvieron i bajaron sus espadas instantáneamente i como por encanto. En seguida, don Alonso de Ercilla i Zúñiga se dirijió al araucano en estos términos:

—Tú grande heroismo te ha salvado. Un valiente, como tú, no morirá nunca a mi vista acuchillado por mis soldados; seria cometer un villano asesinato. Te dispense la vida.

—¡La vida! exclamó el araucano ¿para qué la quiero? Mucho mejor habria deseado morir libre; pero mi honor me obliga a quedar siendo vuestro esclavo para pagaros la merced que, a despecho mio, me habeis hecho, dijo en un raptó de gratitud.

—Entonces ¿te venis conmigo? le preguntó Ercilla, sin poder ocultar su alegría.

—Sí; me voi con vos, replicó Carolian.

—¿Me juras amistad i acompañarme siempre?

—Os lo juro.

Don Alonso de Ercilla i Zúñiga se volvió a embarcar otra vez con su partida i su prisionero al campamento jeneral de Rauchenque. Carolian, al alejarse, llevaba luto en el alma. La imájen de su amada esposa estaba indeleblemente grabada en su corazon.

Glaura desde adentro del tronco de roble habia sentido el ruido de la pelea. Poco a poco este ruido habia ido apagándose, hasta que cesó por completo. La hermosa araucana esperó otro momen-

to, i cadavérica de emoción por la suerte que hubiera podido correr su esposo, salió de su escondite a ver el campo del combate.

Miró a primera vista; no había nada. Revisó minuciosamente el sitio en donde le parecía que se habría peleado. Nada tampoco! no había una huella, no había nadie. Ya desesperada iba a abandonar ese lugar, cuando ¡oh horror! la infeliz descubre manchas i luego charcos de sangre sobre el suelo.

Las fuerzas la abandonaron i, arrojando un grito agudo i lastimero, cayó desmayada.

## VII.

Cariolan era un yanacona inseparable de Ercilla; era intelijente, vivo, lijero, de buen jenio i uno de los mas serviciales.

A pesar de esto, habianse notado en él algunas silenciosas i sombrías escentricidades. Siempre buscaba la soledad, los árboles, los arroyos i todo lo que pudiera recordarle sus simpáticas selvas. En los ratos desocupados, se le veia sumido en profunda abstraccion.

¿En qué pensaba?

En Glaura. Glaura era la persona amada que creia ver a todas horas i que se le presentaba de diferentes modos, a cual de todos mas graciosos i encantadores. Cariolan era mil veces poeta en su fantasía.

Glaura era su Beatriz, su Eloisa, su Laura, su Leonor.

Cariolan no comia; iba enflaqueciéndose visiblemente. La ajitacion de su cerebro le habia hecho experimentar fiebres atroces, cuyas huellas terribles podian verse en su cuerpo. Con este decaimiento tan rápido i violento, indudablemente que dentro de poco bajaria al sepulcro. Cariolan lo comprendió así, pero no se dió empeño ninguno en moderar su melancolía; al contrario, fué dando pábulo su tristeza hasta llegar a hacerse completamente huraño.

En la soledad se entregaba a sérias reflexiones.—¿Cómo podré libertarme para ir a buscar a Glaura?—¿Matando a Ercilla?—Nó. Le he jurado amistad.—¿Huir, i dejándole solo?—Tampoco. Le he jurado acompañarle siempre. ¿Qué haré?... Tengo que quedar esclavo. ¡Malditos juramentos!

I ella ¿dónde habrá ido? ¿habrá llegado a mis dominios? La incertidumbre es cruel; pero tengo seguridad que si ha llegado, ha sido i será tratada con todo respeto i consideracion. ¡Pobre Glau-

ra mia! ¡La desgracia parece perseguirte, pero esta vez me ha herido a mí junto contigo!

Estas ideas eran las que ocupaban por completo la mente del enamorado Cariolan, cuando meditaba con juicio tranquilo.

Don Alonso de Ercilla i Zúñiga queria a su yanacona i se tomaba interés por él. Mas de una vez, pues, al observar su ordinaria i profunda tristeza, le habia interrogado, pero en vano, porque no pudo nunca saber nada. El se entregaba a conjeturas, i su corazon le decia que talvez su yanacona estaria enfermo de la estrañeza de verse en tierras de hombres civilizados a que todavía no estaba acostumbrado. Pero la verdadera causa de la melancolía i abatimiento del mozo araucano era para todos un misterio.

Dios solo sabe hasta cuándo hubiera continuado el cruel martirio para el jóven cacique, si a esta sazón no hubiera llegado al campamento la noticia de que los indios se habian fortificado en el cerro de Catiray, o, por otro nombre, cuesta de Villagra, por haber sido aquí en donde se peleó la batalla de Marihueno, muriendo en ella el jeneral don Pedro de Villagra, hijo del gobernador de Chile, don Francisco de Villagra. Los indios de todos los contornos tenian por este cerro una marcada predileccion; creian que el dios de ellos les favorecia ahí, i en caso de atrincherarse seria imposible que los españoles pudieran desalojarlos. Las supersticiones, como se sabe, obran trascendentalmente en el espíritu de los pueblos incultos; les llegan a ser casi un instinto. Todo lo ejecutan segun ellas. ¡Fatal error!

El gobernador mandó al maestre de campo don Miguel de Velasco, que con sesenta hombres saliera a observar la fortificacion indijena. Don Miguel fué i volvió, trayendo noticia de lo ventajosa que era la posicion para los araucanos. Don Melchor Bravo de Saravia reunió a sus jenerales, coroneles, subtenientes i oficiales para consultar si convendria hacer el ataque. Casi todos se opusieron, alegando razones cuerdas i juiciosas. Solo el gobernador con otros pocos oficiales impetuosos fueron los únicos que opinaron de una manera contraria; ellos querian que se combatiese luego i sin mas preparativos.

La opinion del gobernador prevaleció sobre las demas.

Una espedicion de ciento cuarenta soldados españoles i como de quinientos a seiscientos auxiliares indijenas, salió al mando del maestre de campo don Miguel de Velasco, en contra del fuerte de Catiray. Iban noventa de a caballo.

Don Alonso de Ercilla i Zúñiga, capitán de una compañía, marchaba también en este ejército. Llevaba de ayudante a Cariolan. Este tenía la firme resolución de dejarse matar primero, ántes de tomar un arma parricida en contra de su patria.

A poca distancia del cerro, el jefe de la expedición hizo bajarse de las cabalgaduras a los jinetes de la vanguardia que venía inmediatamente a su mando, i distribuyendo el ejército en pequeños cuerpos, mandado cada uno por sus capitanes, les señaló a éstos el orden en que debían atacar.

La retaguardia quedó a cargo del mariscal don Martín Ruiz de Gamboa. Don Miguel acabó de disponer sus cuadrillas, i dando la orden de ataque, se quedó a caballo con veinte escojidos jinetes que le rodeaban.

El bravo capitán Juan Jofré que mandaba los auxiliares, recibió orden de combatir a todos los indios que salieran fuera de sus trincheras. Los cuerpos que mandaba el mariscal Gamboa quedaron como de reserva para en caso de una derrota o para reforzar el ataque si era preciso.

El solo aspecto de Catiray imponía; era un cerro alto i verdaderamente infranqueable. Por casi todos sus flancos estaba rodeado de empedradísimas laderas que dominaba el fuerte, construido por la naturaleza a un costado de la cumbre; únicamente por un lado que daba salida hasta la llanura a una angosta quebrada, se podía entrar a las trincheras araucanas, pero por desgracia, este lado estaba perfectamente fortificado. Una muralla de grandes piedras aseguraba este costado, casi tanto como los otros. Los araucanos levantaron aquí barricadas de pirca suelta, detras de las cuales se pusieron ellos resueltos a no dejar penetrar absolutamente a nadie. Varias partidas se ocupaban en vijilar los demás flancos del cerro, que además de verse defendidos por su casi vertical empinamiento, lo estaban también por la tupida boscosidad de cañas i de colihues que crecía en ellos.

Este magnífico fuerte contaba seis mil araucanos que le defendían. Los valientes caciques Llanganabal i Millalelmo corrían con el mando de las operaciones. En cuanto vieron que se acercaban los españoles, señalaron a cada columna el lugar que debía defender. Una fuerte compañía de los indios más fornidos i robustos fué colocada detrás de los parapetos en el flanco que daba acceso por la quebrada; desde ahí, sirviéndose de las piedras que las lan-

zaban con formidable fuerza, podrian derribar fácilmente a todos los combatientes que pretendieran escalar la albanada.

El combate se empeñó de una i otra parte.

Las diferentes compañías de la vanguardia de los españoles, entre las cuales iba la de don Alonso de Ercilla i Zúñiga con su yanacona Cariolan, avanzaron, bajo una lluvia de flechas i de piedras, hasta llegar al pié de las trincheras; aquí el peligro fué inminente. Ambos enemigos parecian despedazarse, revolcándose en sangre; no se oia mas que el estampido de los arcabuces, la griteria espantosa de los indios, las voces de mando i de aliento que repartian los jefes, i el zumbido de las piedras al pasar silvando por el aire, para ir a dar sobre los cráneos de los españoles; ahí, en medio del ruido i de la confusion, quedaban ahogados los lamentos de los moribundos, las quejas del herido i los sentimientos jenerosos de humanidad. Se vieron actos admirables de heroismo. Llevando solo su espada en la mano derecha un valiente soldado eastellano, llamado Cermeño, quiso penetrar en la fortaleza, escalando las barricadas; iba a conseguir su objeto, estaba ya en la cima, cuando tres bravos araucanos le hostilizan a un mismo tiempo, haciéndole pedazos a lanzadas. Por fin, despues de un combate encarnizadísimo, en que la sangre corrió a mares, algunos españoles consiguieron entrar al interior; los araucanos reforzaron inmediatamente el lugar franqueable, i arrojándoles una nutrida granizada de dardos, piedras i otros proyectiles, hicieron huir a casi todos los asaltantes. Los pocos que penetraron al interior, despues de una defensa desesperada, fueron muertos fácilmente. En fin, todos los españoles, viéndose con tan pocas ventajas, retrocedieron en precipitada fuga. Sin embargo, don Alonso de Ercilla i Zúñiga no cejó un paso, i seguia batiéndose con increíble intrepidez. Su yanacona le acompañaba i le habria auxiliado, si hubiese corrido algun peligro. Inquebrantable en su propósito, presentaba su pecho completamente indefenso a los proyectiles de los asaltados. No quiso empuñar una arma en contra de sus hermanos. La suerte, como si hubiera querido recompensar su noble conducta, lo libró de caer herido o muerto.

El jeneral don Miguel Velasco ordenó al mariscal don Martin Ruiz de Gamboa que atacara i contuviera el desórden con la retaguardia, i al mismo tiempo, formando una compañía de veinte soldados de los mas valientes, los puso a las órdenes del entendido i arrojado capitan don Juan Alvarez de Luna, para que fuese a

hostilizar por la espalda de los indios. La pelea se volvió a reanudar con nuevo i mas bélico furor. En los pechos de los araucanos hervian el valor i el arrojo; los españoles habian hecho de su derrota cuestion de orgullo: la vergüenza de ser vencidos por los indios, los hacia crear un insensato coraje. Los valientes caciques Llanganabal i Millalélmo animaban a los suyos con los ruidos feroces del leon. La sola vista de estos dos insignes caudillos, infundia pavor.

Velasco i Gamboa no podian avanzar contra tanta resistencia i heroismo; por el contrario, la descarga incesante de dardos, piedras i proyectiles que les lanzaba el enemigo, iba dejando casi desiertas las filas españolas. Comprendiendo, por fin, que les seria de todo punto imposible sostener mas su difícil situacion, i sofocados bajo la inclemencia del ataque, huyeron en completo desorden. En este mismo momento el capitán Juan Alvarez de Luna, teniendo que atravesar por un espesísimo monte, habia llegado con sus veinte hombres hasta cerca de la cumbre de Catiray; pero al sentir la corneta española que tocaba retirada, bajó rápidamente i, tratando de mantener el orden en sus soldados, pudo salir triunfante de su derrota.

El fracaso estaba consumado.

Millalélmo i Llanganabal, no contentos con esto solo, hicieron salir prudentemente algunas compañías de las mas escojidas, para perseguir a los fujitivos i batirse con ellos cuerpo a cuerpo. Los españoles eran detenidos a cada momento, a causa de las escabrosidades i de los atolladeros de que estaban sembrados los caminos i el terreno de Catiray. Los indios solo temian a los caballos de los españoles; pero en esta vez no podian hacer uso de ellos, por las dificultades del terreno.

En pocos momentos los españoles fujitivos i los indios que volaban en su persecucion, levantaron una densa nube de polvo que impedia distinguirse unos a otros. Se formó una confusion indescriptible: no se sabia a quien herir, con quien pelear, en donde estaban los capitanes i los jefes; se ignoraba todo. Pero los castellanos, sin pensar en otra cosa que en su salvacion, iban huyendo desordenados; unos se tomaban a las ancas i otros a las colas de los caballos de sus compañeros. Aquel desastre fué tremendo.

Multitud de arcabuces, espadas, vestuarios, caballos, las dos piezas de artillería i varios útiles de guerra quedaron en manos de los indios.

El campo del combate estaba sembrado de cadáveres i cubierto con un mar de sangre. Algunos moribundos se revolcaban víctimas de las convulsiones de la agonía. Los araucanos se llevaron al fuerte a sus compatriotas que se encontraban en este lamentable estado, i acabaron a lanzas con los padecimientos de los demas.

Los españoles sufrieron una pérdida de cuarenta i cuatro soldados i cien auxiliares indijenas, fuera de los muchos heridos. De los indios, murieron mui pocos.

Este era el tercer gran desastre causado por las armas araucanas, despues del de Tucapel i Marihueno.

### VIII

En medio de la matanza i del desbaratamiento jeneral de los españoles, Cariolan comprendió que si no tomaba alguna precaucion para conservar la vida a su amo, le matarian de seguro. El araucano estaba agradecido al buen tratamiento que le habia dado el poeta; asi fué, que para recompensar la vida que le debia i dar al mismo tiempo una muestra de gratitud, le dijo:

—Rendíos a mí, don Alonso, porque, si no, morireis a manos de mis compatriotas. Yo quiero pagar ahora con vuestra libertad i vuestra vida, la noble accion que hicisteis conmigo.

I casi sin dejar tiempo a Ercilla para que contestara, le quitó la espada i se dirijió con él al interior del puerto.

Al llegar a la puerta, el cacique se encontro con una hermosa jóven, a quien creyó reconocer. Clavó mas sus ojos i vió una grata realidad. La jóven era su esposa. Instantáneamente se enlazaron uno en brazos del otro.

Don Alonso de Ercilla i Zuñiga quedó estupefacto. exitándole la curiosidad esta estraña aventura.

¿Cómo era que Glaura se encontraba en el fuerte Catiray? ¿Porqué feliz casualidad habia tenido lugar este encuentro?

Escuchemos a la jóven.

—Cuando principió el combate la vez que os tomaron prisionero, dijo a Cariolan, yo me escondí en el hueco de un árbol. Durante largo rato estuve con mi corazon que me saltaba, con mis sienes frias, mi alma petrificada de temor. Al fin de unos momentos, me serené i salí. Os busqué por el campo. Dí vuelta por todos los contornos. Os llamé a gritos. Creia que iba a morirme. Pensaba en tí i pensaba en tu desgracia. Me acusaba por no haberte acompañado. Sentia

en mi conciencia la lanceta del remordimiento. Quise ir a buscar el rio i arrojarme a sus aguas. Una venda oscura me cubria la vista. Era temor, r bia. Temor, por encontrarme sola. R bia, por haber obrado mal. Ca  como muerta. Un momento despues, volví a mi conocimiento.

En esta situacion, me dirij  a vuestras casas, que estaban cerca. Reun  a todos vuestros vasallos. Jur  ante ellos por el Pillan que yo era vuestra esposa. Me aclamaron i os vivaron. En seguida, referí lo que habia acontecido. Hubo delirio de indignacion. Dije que, a juzgar por la sangre que yo habia visto en el lugar de la escena, voz solo habriais quedado herido; i despues tomado prisionero. Los anim  a que hicieran un levantamiento para pedir al español vuestra libertad.

Todos me juraron tomar las armas, i aun invitar a las parcialidades vecinas. Los esforzados caciques Millalelmo vinieron al llamado. Las huestes reunidas, delirantes de entusiasmo, se fortificaron en esta colina, que ha sido siempre un augurio de triunfo i de fortuna para nosotros.

Yo vine a este lugar con la esperanza de que los españoles pudieran traeros. El Pillan ha premiado mis esfuerzos. Hoy nos hemos juntado, i no nos separaremos jamas.

I ambos esposos se estrecharon de nuevo con efusion i cariño. Los vasallos que habian reconocido a su cacique, le rodeaban i le festejaban. La alegría iluminaba las toscas facciones de todas esas fisonomías.

Cariolan llam  a diez de sus súbditos i los mand  a acompañar a don Alonso de Ercilla i Zúniga hasta que le dejaran cerca del campamento español i fuera de todo peligro.

El cacique i el poeta se abrazaron por la primera i por la última vez. Ambos derramaron lágrimas al separarse: Éste de agradecimiento, aquel de ternura.  Tarde o temprano las acciones jenerosas, bajo todos los cielos i en todas las épocas, son coronadas por la recompensa!

Hacia pocos dias de esta derrota, cuando llegaron a Catiray algunos parlamentarios españoles proponiendo la paz. Los araucanos la admitieron, a condicion que el territorio de Arauco fuera dejado libre, sin un campamento, sin un fuerte castellano. Fu  aceptado.

Don Melchor Bravo de Saravia se retiró inmediatamente con el ejército a los llanos de Angol, i di  orden para que tambien se

retirasen las partidas volantes que quedaban diseminadas en la patria de Caupolicán i de Lautaro.

Los indios que mantenían el fuerte de Catiray para que sirviera de foco al levantamiento se dispersaron, yéndose cada uno a sus tierras. No hubo mas alarmas, ni mas asaltos; todos, araucanos i españoles, vivieron por algun tiempo en el paraíso de la paz.

Glaura i Cariolan, acompañados de sus vasallos, se fueron a sus dominios, en donde esperaban realizar ilimitados proyectos.

Habían dejado atrás el páramo de la desgracia i entraban en el verjel perfumado de la felicidad.

Santiago, enero 30 de 1878.

ALFREDO MONKE.

---

# JULIO BAÑADOS ESPINOSA

## I SUS TRABAJOS LITERARIOS.

---

La mañana del 3 de setiembre del 79, nos encontrábamos en la Quinta Normal de Agricultura gozando de la sombra encantadora de los Robles, Eucalyptos, Espinos i Sauces, i aspirando el embriagador perfume de prados hechiceros, sembrados de mil bellísimas flores. Leíamos *El Ferrocarril*.

Todavía saboreábamos la *Batalla Académica* del gran republicano español Emilio Castelar, cuando fijó nuestra atención un nombre prestigioso i simpático de nuestro mundo político i literario. El nombre de don Ambrosio Montt, encabezaba la última columna de la primera página de dicho diario. Como de costumbre, buscamos al autor i encontramos con verdadero placer, la firma de un jóven, casi un niño, que apenas nace a la borrascosa vida de las letras.

No pertenecemos a ese grupo inconciente, que piensa que un niño no puede o no está en aptitud de juzgar a los maestros del arte literario. Nó, el ejemplo de Pascal, prueba que un niño puede ser un anciano por su inteligencia, su ilustración i su criterio. De modo, pues, que con gusto e interés creciente empezamos a leer el magnífico artículo bibliográfico cuyo autor era Julio Bañados Espinosa.

Desde luego podemos decir con toda la sinceridad de nuestra alma i con la mas severa rectitud, que el apolojista i el crítico, no desmerecian ni una línea del autor criticado.

Ese artículo lo hemos leído varias veces i esperamos tener tiempo para repararlo otras tantas. Es una soberbia pieza literaria que honraria al mas elegante i correcto de nuestros literatos.

Desde entónces hicimos el propósito de seguir con interés i paso a paso el sendero literario que recorriera el jóven que a tan tierna edad se lanzara al seno de la Representacion Nacional, a estudiar con atrevida pluma una de las figuras mas culminantes del Parlamento.

## I.

Julio Bañados tiene apenas 22 años. Nació en Valparaiso. Se ha desarrollado el calor de sincero cariño de padres que lo adoran, de hermanos que lo admiran i amigos que lo aplauden.

Sin conocer todavía las amarguras i los rudos reveses de la miseria, rodeado siempre de comodidades i de toda clase de elementos, ha podido agrupar un buen fondo de conocimientos.

Dotado de un gusto ardiente por el estudio i de un talento precoz ha estado en condiciones de figurar entre los escritores chilenos, a una edad en que regularmente se empieza a balbucear la literatura.

Antes de entrar de lleno a examinar sus trabajos haremos una confesion: Julio Bañados podria escribir mañana i tarde; pero está profundamente preocupado de su porvenir i piensa i pule, con laudable empeño, todos sus artículos literarios. De ahí que apenas encontremos despreciable error en alguno de ellos; de ahí que siempre sea leído con interés.

## II.

Entre las variadas producciones que de este jóven escritor nos hemos procurado i que cubren casi por completo nuestra mesa de trabajo, se encuentra la relacion histórica de un drama oriental, tierno e interesante.

Por haber sido esta pieza reproducida en muchos diarios i periódicos extranjeros, i por haber despertado un grande interés, va-

mos a darla a conocer lijerísimamente i a esponer nuestro juicio honrado e independiente.

Ahmehnegara es una ciudad hechicera, encantadora. Su reina Chand-Bibi o Dama Blanca, era la mujer mas hermosa del Indostan: era adorada de su pueblo por sus bellas cualidades, su ilustracion i su intelijencia.

Mil reyes i galanes «admiraban su hermosura i querian obtener su mano». Entre estos descollaba un oficial de sus ejércitos, de gran corazon, altivo carácter, guerrero denodado i poeta: se llamaba Salabat-Khan.

Despues de amargas dudas, comprendió que era correspondido. Ya no pensó sino en declarar su pasion, fogosa i vehemente.

Un dia que Chand-Bibi recorria sus jardines, vacilante, pensativa, Salabat-Khan le declaró su pasion con calor, con entusiasmo, con verdadera inspiracion. Chand-Bibi, presurosa i lijera, le contestó correspondiendo su amor, pero observándole que su union era condenada por leyes divinas i humanas. De otro modo, «estaria en tus brazos bebiendo la miel de los dioses en tus labios. Pero me queda una esperanza. Tú eres valiente, la India está ardiendo en revoluciones, centenares de reinos buscan rei, vé a conquistar un trono i seré tu esposa. Lleva armas, soldados, emisarios, todos mis súbditos son tuyos.»

Salabat-Khan jura ser rei i se lanza en pos de un cetro.

Entre los reyes prendados de Chand-Bibi, se encontraba el de Delhi, Junma-Khir, hombre de alma ruin i pasiones perversas.

Tirano oscuro i bajo, juró esterminar los estados de la encantadora reina, sino lo seguia a su corte.

Desengañado con noble franqueza por Chand-Bibi, tomó camino de su reino, ardiendo en deseos de venganza i esterminio. Reunió sus ejércitos, se dirijió a Ahmehnegara, la cercó i puso sitio.

Chand-Bibi se portó enérgica i prudente, sosteniendo la desigual lucha miéntras acudia su amante en ayuda de su corona i de su amor.

Salabat-Khan era ya rei i habia recibido el aviso i el llamado de su esposa

Junma-Khir estrechó el sitio i ya cantaba victoria, cuando la desgraciada Chand-Bibi, se arrojó a un poso profundo que habia en sus jardines, despues de haber encargado a su aya Nimba muchas cosas para su amante idolatrado.

Llega Salabat-Khan i traba reñido combate con su competidor, que huye vergonzosamente. Lo alcanza, le traspasa el corazon i lleva la cabeza como trofeo a su amada. Corre al palacio i sabe la horrible tragedia. ¡Oh! ¡desesperacion! arroja la cabeza contra la pared i se precipita como loco al mismo poso fatal, encontrando ámbos amantes una misma tumba tras idéntica suerte.

Poetas i amantes desgraciados van todas las tardes a regar con sus lágrimas el monumento de granito, adornado con flores i árboles variados, que se eleva sobre el sepúlcro de los amantes.

Tal es el extracto de la leyenda oriental de Bañados; extracto descarnado, talvez opaco, pero natural.

Digamos nuestra opinion.

Este trabajo es como todos los salidos de la bien cortada pluma del autor. Estilo elegante, vigoroso, robusto; interés perfectamente sostenido. Sus personajes están bien caracterizados.

Hai párrafos, páginas enteras con mucho atractivo. Inspira interés su lectura i se devoran aquellos capítulos empapados en poesia varonil, ardiente, llena de vigor i nervio.

Julio Bañados posee un carácter dulce, leal, inofensivo, noble i patriota: *no hará jamas armas contra nadie*. Es un espíritu excepcional que todo lo vé color rosa. Es la concepcion mas acabada del poeta que nosotros conozcamos.

Pero!...veamos.

Despues de la declaracion de amor, patética, acabada de Salabat-Khan a su reina, hemos visto que ésta confiesa corresponderle; pero, lo hace con una dejades tan marcada, que, realmente, nos hace el efecto de un baño imprevisto de agua fria. Le corresponde amándolo «como los poetas a su lira, como las leonas a sus cachorros.»

Si efectivamente la reina estaba enamorada de su tierno e inspirado trovador, debió haberse manifestado turbada, con esa turbacion tan natural e inevitable de la inocencia de las vírgenes, i permanecido en consecuencia, en temeroso i sobresaltado silencio, por algunos instantes.

De ningun modo admitimos esa contestacion inmediata, lijera, que parece estar estudiada con anterioridad i espera la oportunidad para entregarla o recitarla al interesado.

## III.

Al fin funesto i trájico de los dos principales protagonistas, sucede un desórden completo.

Los dos ejércitos quedan sin rei, con las armas en la mano, en medio de un horroroso i vasto cementerio, sin tener quién les ordene descanso, los conduzca a sus cuarteles, les dicte leyes i distribuya recompensas. ¿Qué ha sido de aquella jente? ¿Se deleitan aun en esa orjía de sangre, danzando-eternamente sobre la osamenta enemiga, como incansables luchadores del infierno bíblico?

Pero como hemos dicho, estos son puntos microscópicos escurridos entre los innumerables pensamientos elevados del autor.

Nada mas admirable i filosófico que el arranque desesperado de Chand-Bibi en el momento de ver despedazados sus ejércitos i próximo su reino i persona, a caer en mano de su despechado enemigo.

¿Cómo sorprende el autor los mas hondos secretos del corazon i cómo pinta majistralmente las manifestaciones esternas del espíritu enamorado de una reina abatida por cruel infortunio!

Oigámosla.

«¡Cuánto diera por no ser reina!

«Tener que morir tan jóven para mantener pura la gloria de mis antepasados; tener que morir, cuando la felicidad va a comenzar para mí, por conservar la honra de mi patria: es algo que me atormenta mas que si tuviera en mis entrañas las hojas de mil puñales!!...

«Nimba, tú eres mas feliz que yo!!

«Tú que lo vas a ver, que vas a recibir el fuego de sus ojos, a oír los cantos de su lira, a sentir las palpitaciones de su corazon, dile, sí, dile que lo amé mucho, dile que morí amándole con locura, dile que guarde estas joyas cubiertas con mis besos i empapadas con mis lágrimas, dile que se acuerde de mí.

«Cuánto diera por no ser reina!! por vivir, por no morir tan jóven i desgraciada»!!

Este pasaje está impregnado de severa filosofía; cuán fugaces i mentidas son las glorias i tesoros del mundo i cómo nos inflamamos con aquellas i estos!

¡Ah! Julio Bañados es un gran pintor. Pasea ante nuestra vista dulcemente preocupada, toda una mágica galería de pasiones i virtudes. Es un artista del alma.

Desearíamos transcribir la brillante declaracion de amor de Salabat-Khan; pero las proporciones que hemos calculado para el presente artículo, nos impide darnos este placer. I luego, si llegáramos a ceder a nuestra tentacion, tendríamos que copiar todos sus escritos, pues son igualmente bellos. En tal caso mas valdria hacer una edicion por separado.

Continuemos.

#### IV.

En *Lijeras consideraciones sobre el ingenio de Placido*, Bañados se manifiesta perfectamente conocedor de las cualidades de ese poeta i lo estudia sin pasion, con verdadero desinterés, como buen crítico.

Dice de él:

«Las producciones de los ingenios, que el nacimiento, la educacion, la sociedad i las resistencias naturales, impiden desarrollarse como pueden i los tienen como encerrados en una prision sin aire i luz, se asemejan a un grande i sublime espíritu que arde dentro de un cuerpo deforme i monstruoso. Sus libros son diamantes engastados en arcilla, son aleaciones de oro i tierra, ramilletes de rosas i malezas, de jazmines i jaramagos.

«Si el desgraciado es poeta, su lira despide notas i ruidos, armonías de ruiseñor i notas desacordes que molestan el oido.

«A estos séres especiales que de tarde en tarde produce la humanidad, no se debe juzgar por la composicion esta o aquella, sino por el conjunto de sus obras; por el alma que brilla como rayo luminoso al travez del velo mas o ménos denso que la cubre.»

Creemos encontrar en él, estudio, independendencia, elevacion, americanismo.

Sí, el autor de la *flor de la caña*, la *flor del café*, la *flor de la piña*, al *yumuri*, etc., es un poeta excelso, grande, radiante de inspiracion, lleno de entusiasmo i patriotismo, que debe merecer el respeto de los buenos americanos.

«Jamás es grande el que nació rastrero,  
 «I el que alimenta un corazón mezquino,  
 «Es siempre bajo aunque se suba al cielo.»

dijo en uno de sus diarios arranques de rara i espontánea inspiracion, el sublime e inmortal mulato de Cuba.

## V.

Estudiando a los señores Vicuña, A. Montt i Lastarria, comete, a nuestro juicio, ciertas injusticias i algunos errores. Vamos a hacerlos notar con lealtad i franqueza.

Veamos el artículo consagrado al primero.

Para probar que el señor Vicuña hace mal, descendiendo hasta la vida privada de los hombres que dá a conocer en sus obras, se traslada con su imaginacion lijera i ardiente como el rayo, a Grecia i Roma; pasea por toda la vieja i moderna Europa; hace depenar a críticos infinitos i preceptistas innumerables; nos cita a Ciceron i Tito Livio, Tucídides i César, Hume i Roberston, Thierry i Montesquieu, Blair i Condillac, Saint-Beuve i Villemain, Cousin i Voltaire, Hugo i Cervantes, Bello i Mora; con el fin, no mui laudable, de condenar una de las mas bellas cualidades, del señor Vicuña M. que todos admiramos i con el cual todos simpatizamos.

A la verdad, existe la necesidad imperiosa, indispensable, en toda sociedad bien organizada i que aspira a pulgarse de todos sus achaques, de que haya un hombre, un Quevedo o un Larra, con bastante valor para arrastrar las iras de los imbéciles i de los poderosos, echando a pública plaza, sus flaquezas i miserias, sus crímenes e infamias. I si ese hombre nos encanta con sus narraciones podemos estar tranquilos por el porvenir. La eficacia de tal reactivo es infalible i tarde o temprano convertirá en oro purísimo i deslumbrante, la mas estéril i despreciable escoria.

I para afianzar tal acerto, no seguiremos el sistema de laboriosa cita observado por Bañados; traeremos en nuestro apoyo, pura i simplemente, al mismo señor Vicuña, a quien todos conocemos i que siempre ha sido aplaudido por sus saladas i bien arregladas confiancias.

A seguir Bañados este camino podria hacer una cosecha opípera, i se conquistaria a poca costa la reputacion sólida i envidiable del señor Vicuña. Pero nó; cuida celosísimamente, como a doncella hermosa i de ojo vivaz, su reputacion literaria i su puesto en el porvenir. Como si álguien pudiera robarnos el aire que respiramos i la tierra en que vivimos.

## VI.

Censura en seguida los rudos ataques del señor Vicuña a las malas instituciones i a los abusos electorales del país.

Es este un punto histórico por el cual nos interesamos particularmente. No obstante vamos a tocarlo de lijera.

Chile es, a juicio del señor Vicuña, el pueblo mas atrasado en materia electoral, el mas ingrato con sus grandes servidores, el mas insensible, el mas paciente cuando no debia serlo.

Bañados truena contra tales palabras; se siente herido en lo mas íntimo de su patriotismo, ardiente, cariñoso.

Un poco de paciencia señor crítico i escuche.

El primer punto se está probando con periodicidad constitucional. Las elecciones populares son demasiado conocidas entre nosotros, para que entre a hacer su historia minuciosa i detallada. Bástame citar a un prestigioso jóven i elegante escritor que ha hecho incidentalmente la reseña animada, llena de colorido i vida, del último acto electoral.

«El 21 de noviembre del 78, asistí a las galerías de la Cámara de Diputados con el propósito de escuchar al señor Montt que iba a hacer uso de la palabra sobre los *escándalos electorales* habidos en Santiago, pocos dias ántes. No es el caso de asegurar si dicha interpelacion estaba o nó basada en la verdad i en la justicia; lo único que puedo garantir es que los *ánimos encendidos calorosamente* por intensas pasiones de partido, por el *furor del combate electoral* i por el *choque violento* de intereses opuestos, estaban *exaltados al extremo i a un paso del tumulto*.

«Santiago presentaba en esa época de borrasca, el triste espectáculo de un campo de batalla. Aquí i allá soldados, aquí allí *asaltos de mesas calificadoras*, aquí i allá *turbas ebrias* que recorrian las calles i *amenazaban con sus desmanes*. Era el reinado de los harapientos.»

(Julio Bañados Espinosa. *Discursos i escritos políticos* por Ambrosio Montt. *Ferrocarril* de 3 setiembre del 78.)

Por poco no hemos trazado todo el pasaje copiado. ¿Cómo entonces se hacen cargos repetidos contra el señor Vicuña, ese viejo de la política, encanecido en sus luchas i herido honda i amargamente por sus crueles i multiplicados desengaños?

Que Chile es un poco ingrato con sus servidores mas o ménos

desinteresados i nobles, nos lo dice O'Higgins desde su amargo i bien llorado ostracismo en el Perú; Bilbao, ese tribuno admirable, ese gran filósofo, ese honrado ciudadano, desde su retiro de la Argentina; Portales asesinado en el Barón; Manuel Rodríguez corriendo igual suerte en Tiltil; nos lo aseguran Montt i Lastarria, Varas i Errázuriz, i en fin Vicuña i cuantos hayan contribuido con sus luces, su trabajo, intelijencia, esfuerzos i desvelos, por engrandecerlo i colocarlo en el puesto alagueño i envidiado en que se asienta.

Chile es jeneroso i justo hasta la exajeracion, pero solo con los extranjeros.

Bañados necesita adquirir mui pocas cosas para completarse; entre éstas se cuenta en primer lugar, la esperiencia, madre de la ciencia como lo reza sábiamente el adajio. Cuando la adquiera, sabrá lo que es, lo que vale i el efecto que produce una descepcion crael.

Está en la conciencia de todos que el candidato favorecido por los sufragios populares, en 1876, declinó ese alto honor en el seno del directorio de un partido, pura i esclusivamente por amor a su país.

Bañados no está en condiciones de comprender tan gran sacrificio.

Que somos pacientes lo hemos manifestado de sobra en nuestras largas, fatigosas i delicadas jestioncs internacionales.

Satírica i estridente carcajada nos lanzaron al oido nuestros buenos hermanos de Bolivia i el Perú, parapetados tras nuestra calma i nuestra paciencia seráficas.

Por lo demas Bañados hace observaciones juiciosas i justas a las producciones justamente aplaudidas del señor Vicuña.

## VII.

Hablando del señor Montt, dice que puede dar juicio sobre cualquiera personalidad del mundo científico i literario, i dilucidar sobre todos los conocimientos humanos; «pero *superficialmente* las mas veces.» «Al lado de tan maravillosa variedad de conocimientos, continúa, *no profundizados*, notareis en él un criterio político i literario, etc.»

Trata aquí Bañados de una personalidad tan respetable por su posicion literaria conquistada con noble esfuerzo i tan considerada

por su delicadeza i severidad políticas, que no podemos dejar de rechazar con natural susceptibilidad de chilenos, las palabras a nuestro juicio inexactas que dejamos tarjadas.

Pero ántes, hagamos una declaracion, por vía de paréntesis: no participamos del credo político del señor Montt i solo lo conocemos por su fama, bien cimentada i popular, de escritor castizo i elegante, de tribuno elocuente i sagaz i de político hábil i honrado.

El señor Ambrosio Montt posee, una educacion perfectamente literaria, una instruccion esmerada i vasta i hasta sorprendente ilustracion. Hombre que ha nacido para estudiar i que posee en alto grado el amor a lo bello, lo bueno i lo verdadero.

Deponen en este sentido sus universales relaciones con los príncipes de la brillante corte de las letras.

Díganos el jóven crítico: ¿cuántas grandes lecciones ha recibido de esos admirables discursos, «salpicados de piedras preciosas, de melodías que parecen arrancadas a una lira inspirada de jiros llenos de novedad i encanto, de metáforas deslumbradoras, de quemantes alegorías, de arrebatos que encienden las mas quietas pasiones?» ¿O el jóven crítico ha caído en el imperdonable defecto, de tantos escritores i críticos que han erijido en sistema la costumbre de encontrar siempre defectos en los escritores que estudian i sobre todo en los mas notables ingenios nacionales? De Bañados no lo creemos.

De propósito no hemos querido citar al mismo señor Montt, sacando trozos de sus obras que serian las pruebas mas palmarias de que sus conocimientos i saber, son profundos i completos.

Terminaremos este capítulo con la trascripcion de un hermoso retrato del señor Montt, mirado como orador parlamentario, ejecutado por el pincel admirablemente feliz de Bañados.

Dice así:

«El tribuno asesina con siniestra puñalada, el señor Montt mata con cloroformo i ether; el tribuno saca un veneno i a toda luz obliga a su adversario a beberlo, el señor Montt dá arsénico en un caliz de oro cuyos bordes están untados con dulce almíbar; el tribuno se acerca a su contendiente, lo toma del cuello i lo azota contra la tierra, el señor Montt toma a su enemigo del brazo, lo conduce por un camino de flores i lo empuja suave i dulcemente hácia un abismo cuyas rocas puntiagudas están alfombradas de arbustos verdes como esmeraldas.»

## VIII.

Pocas palabras sobre el estudio sobre del señor Lastarria.

Bañados disculpa solo en parte a este conspicuo personaje por haber tomado la defensa de su personalidad.

Realmente, el señor Lastarria está a una altura tal, descansa su reputacion i nombre sobre base tan firme i bien cimentada, que no ha menester de dar esplicacion a la morralla literaria que se ajita afanosamente al pié de su colosal figura, con necias pretenciones de arruinarlo.

Pero así i con todo, es triste i doloroso, tortura el corazon i hierre el alma, verse injustamente desconocido i criminalmente despreciado, por una sociedad i un pueblo, objeto de nuestros mas ardientes votos, de nuestras rudas tareas, por quien hemos trabajado sin descanso, precipitando nuestra ancianidad i hemos llegado hasta conducirlo de la mano i paso a paso a la mas alta cima de la civilizacion i el progreso. El señor Lastarria es conocido en todas las naciones de Sud-América, en el norte de ella i en Europa misma, en donde es traducido, comentado, aplaudido, i en donde sus ideas filosóficas i políticas, han llegado a animar escuelas que dudaban i vacilaban. Pero en Chile, su patria tan amada... ¡ah! apenas si es conocido i eso para negarle sus grandes méritos, científicos, políticos i literarios!

Nosotros hemos aplaudido con efusion los *Recuerdos Literarios* del señor Lastarria, i hemos encontrado plenamente justificado su propósito.

## IX.

Vamos a trasladar aquí un trozo hermosísimo de Bañados que se encuentra al comienzo de su concienzudo i admirable estudio sobre *Los destinos de la poesía americana*.

Es este:

«¿Por qué hoi día miramos con tanto entusiasmo a Byron i Hugo, a Lamartine i Musset? ¿Por qué las jeneraciones actuales desdeñan la poesía latina i clásica? ¡Ah! Porque la poesía moderna es libre como el ruiseñor de la India; porque ha dado un adios eterno al amaneramiento de los siglos pasados, a la servil imitacion de los antiguos, a la rutina de los literatos antidiluvia-

nos; porque ha abierto ancho horizonte a la inspiracion *libre*, a los latidos de un corazon *libre*, a la voluntad *libre*, a la imaginacion *libre*, al cerebro *libre*.

«Cuando la poesía moderna desea cantar a Elvira o a Carlota, canta a Elvira o a Carlota, i no a Filis, a Fabio, ni a Galatea; cuando escribe Víctor Hugo, firma Víctor Hugo, i no Batilo o Jovino; cuando quiere pintar campos o mares, paisajes o panoramas, pinta lo que ha visto o palpado i no vá a recojer ideas ni al Tiber ni al Capitolio; cuando habla a su amada, le habla con fuego, con passion, con sencillez, con arranques dulces o tempestuosos, en un lenguaje que lo entienda todo el mundo, i nó con subterfujos rebuscados, con lenguaje empalagoso por lo raro en el uso de las figuras, con comparaciones i citas de hechos que han pasado en tiempo de los patriarcas.»

Este trozo se comenta por sí solo; nos arrebatara ese placer.

Al final del mismo trabajo refuta a Víctor Hugo con atrevimiento; pero tambien con justicia i con ventaja.

Victor Hugo sienta el principio de que el crítico no debe discutir al poeta sobre su fantasía: «La obra es buena o mala» i eso es todo.

Bañados diciénte de esa elevada opinion i replica:

«Estableciendo como regla literaria tal demagogia, veríamos mui pronto que la poesía bajaria de la alta cima de gloria i esplendor en que está i se arrastraria con frecuencia por el lodo de los pantanos.

«Desde luego, si Victor Hugo pide esa lisencia en nombre de la libertad del pensamiento, es necesario que sea lójico i que no se contradiga abiertamente. Pide una amplia, una amplísima independéncia para el poeta; en cambio encadena al crítico, le señala un círculo de fierro, como único campo de accion, le pone una mordaza en los labios i le señala con el dedo el camino estrecho que debe seguir. Este es un despotismo dogmático exajerado. Si se quiere que en la República de las letras reine una absoluta igualdad, una verdadera democracia ¡cuidado con dar privilejio a los poetas! Pídase que los favorecidos por las Musas canten lo que quieran, tengan el derecho hasta de delirar; bien, pero pídase tambien para el crítico el derecho de juzgar las obras como se le antoje, aunque sea con juicios erróneos.

«Fuera de la inconsecuencia en que ha caido Víctor Hugo, campean razones de otro jénero que vienen en contra de su teo-

ria.» Sigue dando razones de orden i moralidad, que condenan a todas luces dicha teoria.

De Julio Bañados puede decirse lo que él dijo de Vicuña Mackenna que «ha nacido para rei, nunca para esclavo, como el leon del Indostan. Como esa fiera, «pontífice, unjido del desierto,» a nadie obedece, a todos los mira de igual a igual o como superior, como ella solo anhela dominar i solo sufre al no poder escalar los cielos.»

## X.

A principio de 1878 el partido liberal chileno se preparaba, en cumplimiento de un deber sagrado, a honrar dignamente el centenario del hombre mas grande en literatura, del presente i del pasado, de «la mas sorprendente creacion del autor de la naturaleza» de Voltaire.

El clericalismo, tenaz en sus odios, inconciente en sus actos; tocó jenerala, reunió sus huestes, escujo posiciones i se apercibió para la lucha, lanzando sus primeros disparos desde *El Estandarte Católico*.

Julio Bañados se encargó de probar desde las columnas de un gran diario, *La República*, que esos cañonazos eran puras salvas,

Pulverizó con lójica de fierro i hábiles argumentos las razones que adujo ese diario.

Refutó a Víctor Hugo con Víctor Hugo; a De Maistre con su odio ciego, inveterado, que no dá derecho de autoridad a ninguna persona. Hizo despues una biografía completa del grande hombre, logrando darlo a conocer de cuerpo entero i en todo su sencillo i natural esplendor. Probó una vez mas que sus pinceles no desmerecian en nada de los de Rafael o Miguel Anjel, para ejecutar un cuadro de arte i talento.

En cuanto a la apreciacion filosófica de los argumentos de Bañados nos abstendremos de hacerlo.

## XI.

Hemos estudiado a la lijera unas pocas de las muchas producciones de Bañados Espinosa.

Las restantes son igualmente bellas, galanas i esmeradas.

La crítica de las poesías de nuestro popular poeta don José

Antonio Soffia, es quizás un tanto severa, pero la aceptamos en todas sus partes, por aquello de que a quién mucho posee, mucho se le puede exigir.

En este trabajo, como todos los salidos de su pluma, sobresale Bañados por su esquisita cortecia i por su delicada moderacion.

El trozo que vamos a exhibir constituye, pues, una rara escepcion en los escritos de Bañados. Es una blasfemia literaria que rechazamos abiertamente en nombre de la cultura i buen nombre de las letras nacionales.

Seguros estamos del efecto que producirá en Bañados este verdadero castigo, inflijido a su lijereza, a su exaltacion momentánea i que, lo repetimos, es sumamente estraña en ese escritor sin odios, ni pasiones violentas i mezquinas.

Aquí esta:

«¡Eh! los hijos de la orjía i los adoradores de Baco, pónganse un freno en la boca, ántes de hablar tales aberraciones, váyanse a la orjía i séquense haciendo sacrificios en los altares de los dioses de la brutalidad humana!»

Por lo demas, tales palabras i esas ideas, tienen un fondo de moralidad que revelan el carácter i costumbres del autor i que lo justifican hasta cierto punto.

En fin i para concluir, este nuevo sacerdote de las ideas i la moral, posee un estilo que a veces es claro, límpido, cristalino, tranquilo i suave; otras torrente impetuoso que se despeña, arrojando una lluvia encantadora de diamantes, rubiés i topacios.

Es lastima que Bañados adolezca del grave defecto de hacer alarde de conocimientos i erudicion. Sus trabajos se hacen notar por un recargo exajerado de citas de autores de todas las épocas i de diversos jéneros. No hai uno solo de sus magníficos i elegantes trabajos que no esté materialmente tapizado de nombres propios.

Nos esplicamos la importancia de las citas, pero no convenimos con hacer artículos casi formados de fragmentos ajenos, sin que aparezca en ellos la figura, el cerebro del autor.

Una cita bien escojida, dá realce i brillo a los escritos, a la par que refuerza i aviva los argumentos; pero es de mal gusto, el abuso de ellos hasta el punto de oscurecer un tanto el argumento.

Talvez exajeramos, pero lo hacemos de propósito i con el fin de que su autor i sus imitadores, que sin duda los tendrá, se corrijan de una falta inofensiva es verdad, pero que revela cierto amor propio.

Otro defecto que hemos notado en Bañados, es el abuso de las comparaciones.

El símil debe ser empleado con arte i cuidado, como que es una de las figuras mas difíciles de manejar con acierto i felicidad.

Bañados toma las comparaciones a puñados i las desparrama en el papel, ni mas ni ménos como el pródigo arroja por la ventana su fortuna.

Mui bellas, mui preciosas, exactas i afortunadas comparaciones tiene Bañados; pero...apura demasiado su ardiente i poderosa fantasía. No desperdicie el jóven escritor sus riquezas; guárdelas para distribuirlas equitativamente entre todas sus producciones, que numerosas i lijeras han de ir saliendo a luz.

Bañados es un espíritu enérxico i decidido, pero que sacrifica un tanto su viril i noble franqueza, por temor a la crítica mordaz, acerada i ponzoñosa de ciertas intelijencias apocadas, que no respetan las mas conspicuas personalidades del país ni la honorabilidad inmaculada del hogar.

De ahí que Bañados ponga esquisito cuidado en sus trabajos literarios.

Es un guerrero valeroso, pero táctico ante todo, del campo de las letras. Intrépido, resuelto; pero con esa intrepidez fria, reposada, llena de artístico cálculo, que hace inevitable i segurísimo el éxito.

Trabaja para disfrutar.

Julio Bañados es una hermosa esperanza para las letras nacionales. Como chilenos i hombres de corazon, nos felicitamos i lo felicitamos con toda nuestra alma.

Sí, en el Parlamento será Bañados un orador inspirado, lleno de fuego i de lójica; en la tribuna popular su espíritu enardecido se rodeará de tal aureola de brillo que arrastrará fácilmente a las masas i las guiará a su antojo; i por fin, la literatura espera producciones preciosísimas de esa mina con tan ricas vetas.

WASHINGTON ALLENDE S.

Abril 27 de 1880.

---

## POESIAS.

---

### AYER!...

¡Ayer!... ¡Oh dulce ayer, grato recuerdo,  
Cuán bello en mi memoria te presentas...  
I cual te siento resolverte en mi alma  
Como un torrente de efusion secreta!...

---

¡Ayer!... ¡Feliz si al desplegar tus galas,  
Veo mi infancia retratada en ellas!  
Que eres espejo donde el tiempo ido  
En tu tersura diáfana se ostenta!

---

Todo está allí como en mejores dias,  
Cuando era todo aspiracion suprema,  
Cuando el corazon, el entusiasmo,  
Forjó en mi mente la primer quimera.

---

Todo está allí como en mejores dias...  
El campo abierto, el monte i la arboleda,  
El cervatillo triscador paciendo,  
I el terso lago en la callada selva.

¡Cómo me veo allí, niño, corriendo  
De la enramada por la senda estrecha,  
Tras la aérea, pintada mariposa,  
Imájen fiel de mi ilusion primera!

---

¡Cómo vuelvo a mirarme allá, en el huerto,  
Saltando al par de mi Lucinda bella,  
Para volver hacia el hogar, risueños,  
Con los cestos colmados de cerezas;

---

O ya perdido entre las claras ondas,  
Por esquivar las estivales siestas;  
O ya jinete en un corcel brioso,  
Ejercitar las infantiles fuerzas.

---

O ya sentado sobre el verde musgo,  
Coronando a Lucinda de azucenas  
Al contemplar su faz i la brillante  
Pupila azul entre pestañas negras.

---

¡Cuán feliz era así!... Aún no sabia  
Que hai pesares que matan i no cejan,  
I era mi vida el arroyuelo fácil  
Que rápido divaga en la floresta.

---

¡Cuán feliz era así!... Aun no sentia  
Las crudas ambiciones de la ciencia,  
Ni trabajaban, como ahora, el alma,  
Inquietudes, dolor i pena acerba!

---

Todavía en mi mente no se alzaba  
 Entronizado la razón severa,  
 Ni llegaba la cruel filosofía  
 Hasta mostrarme la verdad tremenda.

—

I vivía feliz sin preguntarme  
 En el otoño, al recorrer la huerta,  
 Por qué del árbol que ostentóse verde,  
 Cae la hoja amarillenta i seca!...

—

Ni por qué en el jardín el cierzo helado  
 Arrebata a la flor su dulce esencia;  
 I llegaba hasta el mar sin explicarme  
 Por qué rompe la ola en la ribera!

—

Ni sabía que puede el alma vírjen,  
 Empapada en amor, seguir la huella  
 De una sombra querida que se estingue  
 Al recio golpe de enlutada puerta!

—

I creí que jamás me faltarian  
 El campo, el huerto, i mi Lucinda bella,  
 Su mejilla rosada i la brillante  
 Pupila azul entre pestañas negras!

—

¡Ayer!... ¡Oh dulce ayer, grato recuerdo,  
 Cuán bello en mi memoria te presentas...  
 I cual te siento resolverte en mi alma  
 Como un torrente de efusión secreta!...

## HOJAS SUELTAS

DE LUIS A. VALENZUELA O.

I.

## PATRIOTISMO.

(A MANUEL F. VALLEDOR W.)

I.

¡A LA GUERRA!

Rompamos el laud de estéril llanto,  
 I en trompa resonante  
 Entonemos patrióticas canciones  
 Entre el rudo chocar de los aceros  
 I el ronco rebramar de los cañones,  
 I poetas guerreros  
 Conmovamos la tierra  
 Arrastrando a los bravos a la guerra.  
 La corona de América cefida  
 A las sienes chilenas  
 Deslumbró al enemigo, i la insolente  
 Envidia rencorosa hirvió en sus venas,  
 I lánzase impaciente  
 El fulgor a eclipsar de nuestra frente.  
 Traidor Perú, que contemplaste el alba  
 Del libre al resplandor de nuestra estrella  
 Haz que razguen el piélagos tus quillas,  
 Que su rizada huella  
 No abrirá nuevo surco en tus orillas;  
 I cubran tus lejiones el desierto  
 Desierto do en su encono  
 El númen de la muerte despiadado  
 Clavó su cetro i elevó su trono,  
 Si anhelan que sucumba  
 El Cóndor no vencido, sobra hierro  
 Con que cavarles afrentosa tumba.

¡Insensatos! el pueblo cuya diestra  
 Alzó en la Paz i en Lima  
 El sol de libertad, que la llanura  
 Del piélago sin fin barrió altanera  
 Que apagó con sus fuerzas seculares  
 Del despótico Leon la zaña fiera,  
 ¿No sabrá tremolar sobre los mares  
 O sobre los desiertos su bandera?

¡I qué! ¿chilenos que sentis el alma  
 Palpitar encendida, amenazante,  
 Vereis en torpe calma  
 Arrancar del malvado al golpe rudo  
 La estrella esplendorosa a nuestro escudo?  
 Nó, nó, que los valientes  
 Respiran el furor de los combates,  
 Estalla su magnánimo heroismo,  
 I pechos jenerosos,  
 Son ardiente volcan de patriotismo.

No fué ¡oh! Creadores de la patria en vano  
 La sangre fértil en la lid vertida  
 Que en vuestros hijos ora  
 De nuevo empieza a recobrar la vida,  
 Nos guía siempre vuestra invicta huella,  
 ¿Acaso nuestra frente no ambiciona  
 Del héroe i del mártir la corona?

Arde en mi corazon el fuego santo,  
 I mi alma se arrebata,  
 I mi mano crispándose a mi canto  
 El hierro entre sus músculos aferra,  
 I mi lábio ajitado solo forma  
 Las sublimes palabras: ¡guerra, guerra!

Compañeros; volemós i esos soles  
 Sin gloria ni esplendor sus rostros velen  
 I en mil pedazos por los aires vuelen  
 I probemos que lleva omnipotente  
 La corona de un mundo nuestra frente.

## II.

## AL DIEZIOCHO DE SETIEMBRE DE 1879.

Dieziocho de Setiembre, que al chileno  
 El Dios de libertad envió clemente;  
 Del Dios de las victorias deja el seno  
 I alza de nuevo la sublime frente.  
 Sepultaste a tu planta poderosa  
 El último rujido  
 Del decrepito león de las Españas  
 Que devora de un mundo las entrañas.

Dieziocho de Setiembre, alegre aurora  
 Que sobre el mar del servilismo nace  
 I de la patria el firmamento dora.  
 El Cóndor soberano,  
 Que atado con cadenas diamantinas  
 El polvo de tres siglos batió en vano,  
 Abre ya libre las robustas alas  
 El ronco canto del combate entona,  
 I lánzase impetuoso  
 Con la estrella de Chile en su corona.

La lid empieza: fragorosa horrenda  
 Conmueve al Andes en sus bases de oro,  
 De sangre horrible ofrenda  
 Mezclada rueda con amargo lloro.  
 En vano es combatir; el ave fuerte  
 De los hijos triunfó del despotismo,  
 La airada guerra i la sombría muerte  
 Tornan bramando a su remoto abismo,  
 I el alba de su túnica de plata  
 Por todo el cielo el esplendor dilata.

El astro de los libres despejado  
 Se alza sobre la patria vencedora,  
 I Chile prosternado  
 Al sol que nace en el oriente adora;

I él, cual la furia de impetuoso viento,  
 Con los raudales que su disco anima  
 Disipa del tirano el negro aliento  
 Que en densas sombras aprisiona a Lima.

I la virjen América inocente,  
 Que en cárcel de tinieblas arrojada  
 Dobla de esclava la marcada frente  
 Por los rayos despóticos surcada,  
 De súbito levanta  
 La sien bañada en luz, i alegre mueve  
 Las hebras de su hermosa cabellera,  
 I elije para trono de su planta  
 El pedestal de nieve  
 Que le ofrece la exelsa cordillera.

Con placer infantil en su pupila  
 Extática recibe  
 La luz radiante que en oriente oscila,  
 Rompe el manto de reina que despliega  
 Divide entre diez pueblos sus pedazos  
 I al blando sueño de la paz se entrega.

¡Error! ¡infausto error! tristes estados  
 Que, cual débil infante,  
 Por la ignorancia i la ambicion guiados  
 Apenas graban huella vacilante,  
 I ora se arrastran en oscura calma,  
 Ya, ludibrios del águila europea,  
 Buscan con rabia fratricida palma  
 En sanguinosa i desleal pelea.  
 I todos sin concierto  
 Estrellándose ruedan, cual si fuera  
 Cruzado por tormentas el desierto,  
 O cual si el lazo que en la ardiente esfera  
 Une a los orbes se rompiese un día  
 I en aureo torbellino  
 Siguiesen derrumbados su camino.

Dieziocho de Setiembre, hoi que el insano  
 I pérfido Perú bate el acero,  
 Hoi que la envidia el corazon de hermano  
 Forma en la fiebre del brutal guerrero,  
 La envidia, si, que presentó a sus ojos  
 Rotas de la justicia las cadenas,  
 Siente el hombre, i se lanza en sus enojos  
 La sangre a devorar de nuestras venas,  
 Contempla el lodo i deleznable escoria  
 En que posa su planta,  
 I va de Chile a derribar la gloria;  
 Hoi que la guerra con horrible saña  
 Se eleva del abismo  
 I de tres astros el fulgor empaña,  
 Sea tu nombre el grito de heroismo  
 Que arrojen los chilenos  
 Al bendecir sus triunfos o su muerte,  
 Grito que hiriendo los andinos senos  
 A la virjen América despierte.

I que ella arranque a sus ingratos hijos  
 Los trozos de su manto  
 I en tres hogares los divide solo,  
 Sin verter sangre ni sembrar el llanto.  
 Uno que se alze en la apartada orilla  
 Donde el Atlántico a la noche oculta,  
 Miétras el mar que centellando brilla  
 Cuando del dia el luminar sepulta  
 Cerque a los otros, i la cinta de oro  
 Que al orbe parte su estension divide,  
 I desde el Ande el celeste coro  
 De Paz, de Union i de Igualdad presida.

Entónces como el árbol que agobiado  
 Se inclina bajo el peso del ramaje,  
 Merced al hierro viste  
 De verdes hojas juvenil ropaje,  
 La perla del oceano su vuelo  
 Llevará del progreso por la esfera

Del ideal al refulgente cielo;  
 Entónces la suprema  
 Fuerte águila de Europa  
 Partirá con el Cóndor su diadema.

Santiago, setiembre 18 de 1879.

## II.

### AMOR.

(A ANTONIO ALAMOS.)

#### I.

Era sueño de amor la dicha mia,  
 ¡I quien verdad la hiciera un solo instante!  
 Creime yo a tu lado i que mecia  
 Suave risa tu célico semblante,  
 I tus ojos radiosos de alegría  
 Me contemplaron con mirar de amante...  
 ¡Qué feliz fuera yo, querido dueño,  
 Si nunca despertara de este sueño!

Abril 10 de 1877.

#### II

¡Por qué en tu rostro convinó natura  
 Los encantos del alba i de las flores,  
 Si fué el triste destino que trajiste  
 Secar los corazones?

Serás una pintura, ya que una alma  
 No se descubre que en tu pecho more...  
 ¡Ai! infeliz si corazon no existe  
 Aunque belleza sobre.

Junio 23 de 1877.

## III.

Recuerda, niña hechicera  
Aquella hermosa mañana  
Cuando de encendida grana  
Teñiste tu nivea tez.

Por primera vez mis ojos  
Con los tuyos se encontraron  
I un instante se miraron,  
Quedando ciegos despues.

Diciembre del 77.

## IV.

Quisiese ser los témpanos de nieve  
Penachos de la exelsa cordillera  
Porque este inmenso ardor que me devora  
No ahogue mi existencia.

Quisiese ser la llama poderosa  
Que de el sol hace arder la injente hoguera,  
Entonces al tocarme, tu verias  
El fuego que me quema.

Quisiese ser el aire que en sus alas  
Envuelve los confines de la tierra  
Para que, recorriendo todo el mundo,  
Del mundo fueses reina.

Marzo 5 de 1877.

## V.

Hermosa, al ver tus ojos  
Que vierten tiernas lágrimas,  
Al ver que el llanto corre  
Por tus mejillas cándidas;

Al ver que el infortunio  
 De negra envidia tético  
 Borrar quiere tus gracias  
 Clavando el puñal pérfido;  
 Me dije suspirando:  
 Alegres seamos mártires,  
 Porque dolor amargo  
 También beben los ánjeles!

Febrero de 1878.

## VI.

¿Existia yo ayer? ya no recuerdo,  
 Se me ha olvidado,  
 Creo que entonces si existia  
 Era ignorándolo.

Ahora si que existo: en la palabra  
 Amor, sus labios  
 Me arrojaron la vida con que aliento,  
 Hoi solo nazco..

Mayo 7 de 1877.

## VII.

¿Por qué te conocí? ¿por qué el destino  
 Te trajo por mi mal a mi camino?

¿Por qué tuve ojos yo? si fuera ciego  
 No me quemara tu mirar de fuego

Nada me gusta sobre el suelo, nada,  
 Sino sentir tu voz, prenda adorada,

¿Por qué te conocí? yo antes vivia  
 Tranquilo entre el contento i la alegría

¿Qué culpa tuve yo, dolor impío  
 Si al verla me encontré sin albedrío?

Detesto este pesar que me atormenta  
 Esta inquietud que consumirme intenta;

Lo detesto, por Dios, mas lo procuro  
 I siempre a recordarla me apresuro.

No quiero que tornase, aunque de flores  
 Esa edad que viví sin sus amores.  
 ¿Por qué me angustio yo? quien sabe si ella  
 Semejante inquietud con llanto sella?

Santiago, enero 15 de 1877.

---

### III.

#### NATURALEZA.

(A JUAN DE DIÓS DIAZ.)

#### I.

##### EL CAMPO.

¿Qué feliz es la vida  
 De los pastores!  
 Ellos nacen meciendo  
 Cuna de flores.

Crecen entre la yerba  
 Del campo ameno  
 I bajo un cielo duermen  
 Limpio i sereno.

Su existencia dichosa  
 Corre callada,  
 Como el claro arroyuelo  
 De la quebrada.

Olvidando las aves  
 Temor i espanto  
 Oyen de los zagales  
 El dulce canto.

Blancas ovejas triscan  
 A la influencia  
 De la que el bosque la escucha  
 Suave cadencia.

Alegres se deslizan  
 En infantiles  
 I deliciosos juegos  
 Muchos abriles.

El amor inocente  
 Buela en la brisa  
 Dibujando en los labios  
 Dulce sonrisa.

Bajo árboles floridos  
 Tiernas parejas  
 Dicen entre suspiros  
 Cándidas quejas.

Nadie oye sus palabras  
 Ni ve su llanto  
 Por eso candorosos  
 Se adoran tanto.

Que feliz es la vida  
 De los pastores  
 Ellos abren sus tumbas  
 Entre las flores.

Santiago, enero 18 de 1876.

LUIS A. VALENZUELA O.

---

### LA SERENATA.

(SCHULZE)

«¿Qué melodioso sonido  
 Me saca de mi sopor?  
 —¿Quién puede venir tan tarde?  
 ¡Oh madre! ved ¿quién llegó?

—¡Nada siento, nada veo!  
 Hija mía, duerme en paz.  
 ¡Pobre enferma, en este instante  
 Nadie serenata os dá!

—Lo que me causa tal gozo  
 No es música terrenal;  
 ¡Adios! madre; son los ánjeles:  
 ¡Me llaman en su cantar!

HORTENSIA BUSTAMANTE DE BAEZA.

1879

---

SIMIL.

¡Pierde su aroma la encendida rosa  
 I tambien su color,  
 Cuando recién despliega su capullo  
 A los rayos del sol!

—  
 ¡Ai! que tambien al corazón sucede  
 Lo mismo que a la flor:  
 ¡En la primera aurora de la vida  
 Ya pierde la ilusion!

HORTENSIA BUSTAMANTE DE BAEZA.

1880

---

RECETA A LAS NIÑAS.

La niña que quiera novio,  
 Aproveche esta receta:  
 «No sea mui habladora,  
 Presumida ni coqueta.»

HORTENSIA BUSTAMANTE DE BAEZA.

1879

**A MI ESPOSO.**

(IMPROVISACION)

Se mira el ave en el cristal del rio,  
 La fugaz nuvesilla en lago azul:  
 Yo en las claras pupilas de tus ojos  
 I aquí en las mias, tú!

HORTENSIA BUSTAMANTE DE BAEZA.

1880

**EN UNA TARJETA.**

Eres bella cual noche serena,  
 I mas fresca que rosa en boton,  
 Mas ¿qué vale que seas perfecta  
 Si te falta tener corazon?

HORTENSIA BUSTAMANTE DE BAEZA.

1880

# ¡VENGANZA!

## O LOS CHILENOS, VÍCTIMAS EN EL PERÚ.

DRAMA EN TRES ACTOS,

POR LUIS A. VALENZUELA OLIVARES.

---

### PERSONAJES:

ALBERTO, chileno.

CARLOS, id.

FRANCISCO, id.

RAMIREZ, coronel peruano.

PRADO, presidente del Perú.

MAGDALENA, viuda peruana.

BEATRIZ, anciana peruana.

EDELMIRA, joven chilena.

RITA, sirvienta peruana de Edelmira.

ANTONIA, anciana peruana, que habita una casa del desierto.

JUSTO, soldado peruano.

MANUEL, soldado peruano.

TOMAS, joven peruano.

Un Edecán, un Alguacil, un Soldado, el pueblo de Lima, etc., etc.

(La escena pasa en el Perú. El primer acto en Lima, el quince de abril de mil ochocientos setenta i nueve; el segundo tambien en Lima, el diez i siete del mismo mes i año; i el tercero en el desierto, el dia veinte del mismo abril).

## ACTO PRIMERO.

Una pieza bien amueblada, con una puerta a la derecha que se supone dá al pasadizo i otra a la izquierda que comunica con la alcoba. Una mesa con papeles, al centro. Es de noche.

## ESCENA PRIMERA.

Alberto i Cárlos.

Ambos, jóvenes chilenos, estarán sentados cerca de la mesa. Alberto dá la espalda a la puerta del pasadizo i tiene un papel en la mano.

- ALBERTO. Me duele el alma al pensar  
Que el Perú con viles planes  
Sorprendió a la «Magallanes»  
I pudo hundirla en el mar!...
- CÁRLOS. Pudo... mas del dicho al hecho...
- ALB. ¿No te indigna que esas jentes,  
Injuriando a los valientes,  
Provoquen nuestro despecho?
- CÁRL. ¡Ai! Alberto, el que hace alarde  
De su valor con la boca  
Confiesa al que le provoca  
Que es en realidad cobarde.  
¿No has encontrado talvez  
A algun perrito de falda  
Que, si le vuelves la espalda,  
Se enfurece con tus piés?  
Mas, si te encuentra la cara  
I tu baston le responde,  
Huye chillando i en donde  
No le divises se pára.  
Así el Perú tan altivo...
- ALB. Tú haces lo grande pequeño...  
¿No esperaban con empeño  
De esas naves el arribo?

Pues la division osada,  
Dirijida en nuestro daño,  
Iba a prender por engaño  
Un bajel a nuestra armada.

CÁRL. Eso se dice; pero eso  
Es mentira...

ALB. ¡Qué! mentira!'

CÁRL. El que deseaba su ira  
Arrastrar hasta aquí preso  
Era el débil «Copiapó»...  
Sin cañones ni metralla  
Con que presentar batalla,  
Sus instintos avivó.

I, en vez del buque, el vijía  
Avistó a la cañonera;  
Que a saberlo no saliera  
Ni del Callao García...

Verdad que nuestra milicia,  
Que aquel vapor trasportaba,  
Del borde de ser esclava  
Se salvó...

ALB. I esa noticia

¿De quién la supiste tú?

CÁRL. Yo debo saberlo todo...

ALB. ¿De qué modo?

CÁRL. En cuanto al modo,  
Nadie lo oirá en el Perú...

De esas naves el objeto,  
Que aún ignora esta jente,  
En mi patria era corriente  
I era público el secreto.

ALB. Me admira!... mas no me importa  
Penetrar esos arcanos...

Hablemos de los peruanos  
Que eso las horas acorta.

¿No es bien triste i doloroso  
Para un corazon chileno  
Esa algazara sin freno  
Que no nos deja reposo?

¿I qué ha pasado? ¿han vencido?  
 ¿Han muerto siquiera un hombre?  
 ¿Le encuentras, Cárlos, un nombre  
 A tanta chacota i ruido?

Cuando la «Union» pudo bien,  
 Con su plomo i su carrera,  
 Destruir la cañonera,  
 Se quedó como en Belen...

I, porque tras sus hermanas  
 Huyó la nuestra hácia Iquique,  
 Nos confunden con repique  
 De millares de campanas.

CÁRL. ¿Quién huyó?

ALB. La «Magallanes»

CÁRL. ¿Ves el parte de Garcia? (*Le pasa el papel*)  
 (*Sin tomarlo*) ¡Bendito el Perú que cria  
 Tan valientes capitanes!

ALB. ¿Qué es falso?

CÁRL. Si uno que sabe

Que la «Union» i «Pilcomayo»  
 Se alejaron como un rayo  
 Seguidas por nuestra nave,  
 Te lo dijese...

ALB. ¡Te juro

Que besaria sus manos!

CÁRL. (*Saca un papel i se lo pasa*).

Lée el triunfo de los peruanos.

Pero es secreto...

ALB. Seguro,

Puedes juzgar que se encuentra

Un secreto en mi escondido,

Pues lo que llega a mi oido

Jamas a mi boca entra.

(*Desdobra el papel que le pasó Carlos i lee con creciente regocijo:*)

Mi amigo: el doce a las diez i media tuvimos un choque con la «Magallanes» el buque inferior de los pililos. La tal cañonera es el mismo diablo, porque la cubríamos de balas, i se estaba tan tranquila como si no supiera qué cosa es el plomo; pero cáspita!

que si no lo sabia temer, lo aprovechaba a las mil maravillas. De cincuenta cañonazos que nos soltó perdió bien pocos, pues todos sus proyectiles eran recibidos buenamente por nuestros buques.

No me esplico, amigo, la puntería de esa maldita, si no es que el mismo Lucifer nos disparara. El hecho fué que al poco rato de rompido el fuego ya habia como cuarenta muertos i casi todos quedaban heridos, ménos el comandante García que tomó una colocacion bien cómoda entre unos sacos de harina, donde era difícil que lo fuesen a buscar las balas.

La «Union,» que es la que yo monto, quedó buena para nada; hecho pedazos, amigo, el vapor mas razonable de nuestra escuadra.

Cuando vimos la cosa mala, echamos a correr remolcados por la «Pilcomayo,» que no tuvo averia, por haber quedado algo distante. La «Magallanes» nos dió caza un buen rato; pero le llevamos delantera i alcanzamos a escapar.

Quedamos con la boca hecha agua respecto al «Copiapó,» pues no lo vimos en ninguna parte.

Segun lo que convinimos, yo le remito con prontitud todos los datos que puedo para la historia que va a escribir. No se olvide, pues, que a usted le toca hablar en ella mucho sobre mí. Sepa que en esta accion he hecho disparar diez cañonazos, los cuales pueden hacerse veinte al referirlos: ya sabe que aunque se mienta un poco no importa. Su C. U.

ALB. *(Levantándose i devolviéndole el papel a Cárlos).*

Oh! qué placer! qué ventura!!

*(Golpeando con mucho entusiasmo las manos).*

¡Viva Chile! ¡viva Chile!!

Que el Perú su acero afile,

¡Será el mar su sepultura!!

CÁRL.

Ya comprendes la proeza

De nuestro fuerte adversario,

I por qué en el campanario

Ejercita su braveza.

De estas jentes el que toco

Solo me causa desprecio,

El que no es loco es un necio

I el que no es necio es un loco...

ALB.

¡Cuantos hechos sabes, Cárlos!

Díme si juzgarte debo  
 Como un hechicero nuevo  
 Que puedes adivinarlos!!

CÁRL. Dejemos ese negocio...

ALB. Te agradezco un gran favor:  
 Me has dado el gusto mayor...

CÁRL. I yo a ese placer me asocio...

Ya ves si pueden pelear  
 Tan cobardes enemigos,  
 De nuestros retos testigos,  
 Se contentan con hablar.

Nuestra escuadra se pasea  
 Del Pacífico señora,  
 I en sus puertos vencedora  
 Nuestra bandera flamea.

Miéntras su vieja marina  
 No busca paz ni venganza,  
 ¿Tiene acaso la esperanza  
 De la proteccion divina?

Si abrigan los tres cuarteles  
 Que guardan cuatro soldados,  
 A la fuerza reclutados,  
 La audacia de sus bajeles;

Será completa la gloria  
 Que en tan célebres campañas  
 Estamparán sus hazañas  
 I patriotismo en la historia...

ALB. Ya comprendo, el Perú lidia,  
 Pues de otro modo no avanza,  
 Por encontrar la venganza  
 Con engaño i con perfidia.

I cuando pienso que, acaso  
 Los héroes de Maipú  
 En el indigno Perú  
 Tendrán que gravar su paso;

Me impaciente, me incomodo,  
 Pues veo que en esta tierra  
 No se pelea en la guerra,  
 Con palabras se hace todo.

I en nuestra patria,—el modelo  
I reina del continente,—  
Cada hombre es un valiente,  
No hai cobardes en su suelo...

¿No crees tú que la presencia  
De nuestros bravos guerreros  
Calmaría en estos fieros  
Peruanos tanta impaciencia?

Antes que el mal les oprima  
Acallarán sus furoros,  
I los nuestros, vencedores,  
Entrarán de nuevo a Lima.

CÁRL. *(Como confundido)* ¡Pero esta nacion mezquina,  
En su impotencia menguada,  
Solo presenta su espada  
En su infamia i en su ruina!...

¿No has visto cuál se nos trata?

ALB. *(Con ironía)* Son sus triunfos mas notables:  
El presentarnos sus sables  
Para robar nuestra plata.

CÁRL. Ella que nos fué a buscar...

ALB. I a rogar a nuestro suelo...

CÁRL. Que ha visto nuestro desvelo  
Por hacerla prosperar...

ALB. Cuando estábamos confiados  
En su fé i en sus promesas...

CÁRL. Nos hace de su odio presas,  
Al vernos desamparados...

ALB. ¡Este Perú que nos debe  
Los adelantos que encierra,  
Tanto en el mar como en tierra...  
Que al exterminio nos lleve!...

Si el ingrato es un villano,  
I al traidor vil se le llama,  
Nuestro mal ¿qué nombre clama  
Contra el opresor peruano?

Ya ¿qué chileno no llora,  
Cuál indefenso no jime,  
Porque el Perú nos oprime  
Porque el Perú nos devora?...

Oye el suceso que vi  
 Antes de ayer en el puerto...  
 Te lo juro, a fé de Alberto,  
 Que grabado quedó aquí! (*señala el pecho*)

Madre e hija en grupo tierno  
 Subir al vapor aguardan,  
 Contando el tiempo que tardan  
 En librarse de este infierno.

Van a Chile, a saludar  
 De su patria el noble suelo,  
 Allá do es azul el cielo  
 I bonancible la mar.

La niña dulce i tranquila  
 Es cual la inocencia bella,  
 I blanca como una estrella  
 Que entre las nubes oscila.

Parece alegre i feliz,  
 Sus negros ojos radiantes  
 Buscan talvez las distantes  
 Riberas de su país.

El bote atraca a la orilla,  
 La madre sube primero  
 I el inhumano remero  
 Aleja al punto su quilla.

Dá gritos desgarradores  
 La madre a la hija llamando,  
 I ésta las manos alzando  
 Une a ella sus clamores.

Dos peruanos se adelantan,  
 E insensibles a sus voces,  
 Al arrastrarla feroces  
 Con amenazas la espantan.

La triste madre se ajita  
 Clama e implora clemencia,  
 I, al contemplar su impotencia,  
 Al agua se precipita.

Huye el raptor, i en sus brazos  
 La víctima se desmaya,  
 Mientras salen a la playa  
 De la madre los pedazos

CÁRL. (*Se pone de pié, escuchando un ruido de voces que se sienta cerca*).

¿Qué grita es esa?

ALB. (*Oyendo también*) No acierto...

CÁRL. (*Tomando su sombrero*) Voi allá...

ALB. (*Levántandose*) ¡Vamos!

CÁRL. (*Deteniéndole*) ¡Nó! Tú...

Débes temer...

ALB. Al Perú...

CÁRL. Aguarda un instante, Alberto...

(*Sale, i Alberto se sienta de nuevo*).

## ESCENA II.

Alberto solo.

Este pueblo no se sacia

Nunca, nunca en nuestro mal,

Es una envidia mortal,

Es un odio, una desgracia.

Yo nada temo por mí,

Nada, nada, aunque muriera;

Pero ¡oh! Dios! ¿qué suerte espera

A mi pobre amada aquí?

Las lágrimas que la aniegan...

I el ¡aí! de mis compañeros

Son los agudos aceros

Que al fondo de mi alma llegan!

(*Con marcado dolor, i poniéndose la mano en el pecho*,

*Queda un instante en silencio meditando, cuando entra Carlos bastante ajitado i hablando desde que se presenta*).

## ESCENA III.

Alberto i Carlos.

CÁRL. (*Entrando*). ¡Aí! Alberto! oye la escena  
Que yo mismo presencié!

ALB. ¡Otra mayor!! También fué  
De horror i de infamia llena!!

CARL. De mas afrenta...

ALB. ¡Ea! agrega...

CARL. Con tarda planta un anciano,  
I tan tarda que la mano  
De la pared no despega,  
Por esta calle camina  
Pensativo, cabizbajo  
I con inmenso trabajo,  
Pues se para en cada esquina.

Héroe en la antigüedad  
Al Perú de Chile vino  
A labrarle su destino  
De gloria i de libertad.

Cargado de honor i gloria,  
Es una historia viviente,  
La cicatriz de su frente  
Es el sello de esa historia.

Al frente del viejo viene  
Turba de pueblo soez  
Que el patriotismo talvez  
Con sus gritos entretiene.

«¡Al chileno!» en su alegría  
Dice al verle la canalla,  
I corre donde él se halla  
Con infernal vocería.

En confuso tropel llegan,  
I, cercándole altaneros,  
A mil insultos groseros  
I a calumniarle se entregan.

Una lágrima rodó  
Por sus venerables canas,  
I en sus pupilas ancianas  
El fuego antiguo brilló.

La plebe le lanza voces  
I piedras en su despecho,  
Haciendo blanco su pecho  
De sus instintos feroces.

El héroe cuanto alcanza  
Eleva su noble diestra,  
I, diciendo así, les muestra  
Cuál es su única venganza:

«Pueblo, esta la mano fué  
Que os libertó del tirano;  
Mas no me salva esta mano  
Del mismo que liberté...

«I, si puede ser testigo  
En senectud sin aliento  
Del furor que en vano siento,  
Por sus triunfos la maldigo.»

Dice i de un golpe le arrojan  
Ensangrentado a la tierra,  
I concluyendo la guerra  
Del vestido le despojan...

ALB. *(Con mucha ira, como encontrando una gran verdad).*

Esa narracion sangrienta  
Es de la barbarie escándalo...  
No se vió ni en pueblo vándalo  
Tal infamia, tanta afrenta!...

CÁRL. I advierte, que, apénas sepa  
Esta jente su derrota,  
Nos sangraré gota a gota...

ALB. ¡No habrá maldad que no quepa  
En su infernal patriotismo!

CÁRL. Son terribles... son...

ALB. Al ser  
Su adversario, una mujer,  
Llegan hasta el heroismo.

Pero si fuera algun hombre,  
Con una espada en la mano...

CÁRL. Entónces cualquier peruano  
Temblaría...

ALB. No te asombre,  
Que yo he visto huir a diez  
De uno solo...

CÁRL. I yo a mas...  
Sin duda comprenderás  
Que lo serio está despues.

Pensemos, pues, entre tanto  
En salvar nuestros pellejos,  
Que quizás no está mui léjos  
Su día de viérnes santo.

ALB. Dices bien... En nuestro mal  
La tempestad se desgaja

CÁRL. O bien vestir la mortaja...

ALB. O irnos al suelo natal...

CÁRL. Es la verdad; pero yo

Con las noticias que mando

Debo seguirles burlando.

ALB. ¿I no les temes?

CÁBL. ¡Ah! nó...

Puedo hacer cuanto yo quiero

En esta tierra bendita,

I mi patria necesita

Un esperto mensajero.

Yo soi ese, pues la vida

Tiempo há se la dí, i acaso

La muerte me sale al paso,

La daré por bien venida...

Desde aquí yo desbarato

Del enemigo los planes,

Por eso la «Magallanes»

Les hizo pasar mal rato.

Tú no estás en igual suerte,

No esperes salvar tu mina

De entre la universal ruina,

Huye hoi mismo de la muerte.

(Alberto ha quedado pensativo).

CÁRL. ¿Qué meditas?

ALB. (Turbado). ¿Yo?

CÁRL. Dí...

ALB. (Con mucho desconcierto). ¿Qué?

CÁRL. Quise ver si eras sincero...

Te detiene el amor...

ALB. (Con mas embarazo). Pero...

CÁRL. No me niegues, si lo sé...

Amas, Alberto, una rosa  
De las que en Chile florecen  
I que solo en Chile crecen,  
Pura, inocente i hermosa.

Yo tambien cuando la ví,  
Que se cambiaba este cielo  
I esta jente i este suelo  
Por el de Chile creí.

Mas cuando pude saber  
Que su alma a la tuya unia,  
Tomé con justa alegría  
De salvarles el deber.

ALB .  
CÁRL.  
(*Con precipitacion*) ¿Salvarnos? ¿Hai algun medio?  
Mientras el mal se declara,  
Le iremos viendo la cara  
I buscándole remedio...

ALB.  
(*Con mucha espresion*).

Ya no me asombra tu saber inmenso,  
Comprendo que ante tí nada se oculta,  
Descubriste el secreto que sepulta  
En sagrado silencio el corazon... (*pausa*)  
¿Por qué te he de negar? yo amo, yo adoro  
Al ángel que es mi vida i mi delirio.  
¡Ai! Cárlos ¡qué terrible es el martirio  
Del hombre que ama como le ame yo!

Quizas cuanto padece tú no ignoras...  
A ella que en Chile deslizó su cuna,  
Que es humilde i virtuosa cual ninguna  
La esclaviza una fiera en el Perú.  
Tú me ofreces salvarnos compasivo...  
¿Qué no alcanza tu ciencia i poderío?  
En tí yo, Cárlos, como en Dios confío...  
Te prometo una eterna gratitud!!

¡Infausto, desgraciado aquel instante  
En que mi amada se acoció a este suelo  
Su padre fué, que en incesante anhelo,  
Buscando el oro, abandonó su hogar.

Fué uno mismo el vapor que nos condujo,  
 I desde entónces de mi amor la estrella  
 Es esa vírjen inocente i bella  
 Que en esta tierra padeciendo está...

Al padre que a Edelmira idolatraba  
 I que con sueños de fortuna vino  
 A mejor vida le llevó el destino,  
 I sola ella en el mundo quedó así...  
 Mas recojió su herencia i su persona  
 De su difunto padre amiga anciana,  
 Que con la hábil destreza de peruana  
 Desde aquel dia la obligó a sufrir.

Yo en tanto, por cumplir la fé ofrecida,  
 Rompo los senos de la tierra ingrata,  
 Oro buscando, i a encontrar de plata  
 Un venero riquísimo llegué.  
 Vengo entónces a Lima, deseando  
 Cambiar aquel hallazgo por dinero,  
 I contemplar la faz de mi lucero,  
 I mis bienes poner bajo sus piés.

A su hogar llego mi deidad buscando;  
 Mas la anciana furiosa me recibe,  
 Visitar a Edelmira me prohíbe,  
 I me ultraja, i me injuria con furor.  
 Tambien la suerte mi adversaria ha sido,  
 Pues no hai quién se interese por la mina,  
 I hoi que ya el infortunio se avecina  
 Veo que mi esperanza concluyó.

Ella, mi amor, en este suelo me ata;  
 I ¿cómo abandonarla a su amargura,  
 I permitir ¡oh! Dios! que su hermosura  
 Sea el escarnio del brutal Perú?  
 Sálvame, Carlos, de este oscuro abismo;  
 I, si a tan léjos tu poder no alcanza,  
 Ofreceme a lo ménos la esperanza  
 De procurar romper su esclavitud.

¡Oh! si con ella de mi patria alcanzo  
 Alguna vez a saludar el suelo,  
 Ella a su abrigo encontrará consuelo  
 I yo la gloria encontraré en la lid.

Vengaré de mi amada los dolores  
I tanta sangre que el chileno vierte,  
I, hallando entre las armas noble muerte,  
Un héroe talvez verás en mí.

Sácanos de esta tierra, si tú puedes...

CÁRL. Dificil, mui dificil... Tú hoi ignoras  
Los peligros tan grandes que a estas horas  
Quizás amenazándole estarán.

ALB. ¡Mas peligros!! ¿Me quedan?

CÁRL. Otros muchos  
I son, Alberto, por tu mal mayores...

ALB. (*Con desesperacion*) ¿Acaso el infortunio sus furores  
Intenta en mi desdicha amontonar?

CÁRL. (*Hablando consigo mismo*).

Pero no puede al corazon resuelto  
Vencer de un hombre la infernal codicia:  
Se opondrá la malicia a la malicia,  
¡I si es fuerza otra fuerza habrá tambien!  
Tú tienes tres delitos...

ALB. (*Con espanto*) ¡Yo, delitos!!

CÁRL. Sí, i mui graves...

ALB. Te juro que lo ignoro!

CÁRL. Cuéntalos, pues.

ALB. Los cuento.

CÁRL. (*Con mucha importancia*) Tu tesoro,  
Ser chileno i amar a esa mujer!

(*Cárlos dice confidencialmente, como revelando un secreto, lo que sigue; i Alberto lo oye con mucho interés*).

La orgullosa Magdalena;  
Que es la dueño de esta casa,  
Como peruana se abraza  
Por enredarte en su amor.

ALB. Es verdad...

CÁRL. La niña es viuda,  
Es intrigante i altiva,  
I no admitirá que viva  
Un hombre que la burló.

No creas que se le esconde  
 Tu pasión por Edelmira;  
 Por eso es que ella conspira  
 Por hacerla padecer.

¿Conoces a un tal Ramirez  
 Del Presidente privado? (*Señal afirmativa de Alberto*).

Está loco, enamorado  
 De Magdalena también.

I a tí con rabia te mira  
 Porque sabe que la hermosa  
 Con sus cumplidos te acosa,  
 I espera hacerte morir.  
 Mas a Ramirez le agrada  
 Ser el dueño de tu mina,  
 I ahora el modo maquina  
 Como arancarla de tí.

Ya ves que el peligro es serio...

ALB.

¡Sí, mui serio!

CABL.

Pues te liga

El amor, miéntras te obliga

A alejarte la ambicion,

ALB.

(*Con sentimiento*) Ya veo claro lo horrible

Del precipio en que me hallo,

Espero, Cárlos, tu fallo,

¡No lo retardes, por Dios!

CÁTL.

(*Recapacitando*) No hai mas medio que uno solo.

El enemigo es potente,

I combatir frente a frente

Es llegar al ataud.

ALB.

¿Cuál es el medio?

CÁRL.

Alejarse,

Huir cuanto ántes mui léjos.

Sigue, Alberto, mis consejos

Dejando hoi mismo el Perú.

ALB.

I ¿cómo hacerlo?

CÁRL.

Esta noche

Procuras ver a Edelmira,

Le muestras como conspira

La desventura en su mal.

La decides a seguirte  
I en el mas propicio instante,  
Acompañando a tu amante,  
Hácia el Callao te vas.

Allí un vapor la mañana  
Para zarpar solo espera,  
I bien pronto la ribera  
De Chile verás lucir.

ALB. (*Abatido*) Es el recurso supremo,  
El huir solo nos queda...  
Pero ¡gran Dios!... ¡qué no pueda  
Ni salvar su vida así!!

CÁRL. ¿Por que no?

ALB. Porque no guardo  
En mi limpia arca dinero...

CÁRL. ¿No poseës? (*pausa*) Pues yo espero  
(*Sacando papeles del bolsillo*)  
Que aquí nunca hambre tendré.  
Toma esos soles que alcanzan (*alargándoselos*)  
A llevarte en tercer piso  
A nuestro Valparaiso.

ALB. (*Rechaza la mano que le tiende Cárlos presentándole  
el dinero*).

No los acepto... (*con dignidad*)

CÁRL. (*Con impaciencia*) ¿Nó? ¡Qué!

ALB. Nó... no es posible... ¡no quiero!

CÁRL. (*Con ira*) ¿Prefieres morirte acaso?

ALB. Si nuestras vidas yo taso.

Les hallo un precio inferior.

CÁRL. (*Levantándose i tomando su sombrero en ademan de  
irse indignado*).

¿Que vale mas esta escoria

Que esas vidas talvez piensas?

¿Crees que así me recompensas  
De salvaros mi ambicion?

Pues si no aceptas, yo juro,

I séame Dios testigo,

Que no serás ni mi amigo

Ni conocido... (*disponiéndose a partir*).

- ALB. *(Deteniéndolo)* ¡¡Jamás!!  
Antes un rayo me parta!! *(pausa)*  
Dáme, Cárlos, tu sustento *(Recibe el dinero con emoción)*  
No sé, no sé lo que siento...  
Calla mas bien la amistad...
- CÁRL. Si por desgracia el proyecto  
Al practicarlo fracasa,  
Corre al instante a mi casa  
I pensaremos allí.
- ALB. Te confiò, Cárlos el cielo  
Como ánjel el deber santo  
De enjugar al triste el llanto?
- CÁRL. Nó, nó... chileno nació...  
*(Entra Francisco, jóven de buena figura i exaltado con mucha agitacion).*
- ALB. *(Sorprendido)* ¿Quién viene? ¿quién?
- CÁRL. Es Francisco.  
*(Francisco entra, sin saludar, se sienta, hablando con furor; sin preocuparse de lo que le dicen los jóvenes)*

## ESCENA IV.

## Los mismos i Francisco.

- FRANCISCO. Esto es bárbaro, espantoso...
- AMBOS. ¡Qué sucede!!
- FRANC. Gozoso  
Matara al pueblo i al Fisco...
- ALB. ¿Qué nuevo mal nos han hecho?
- FRANC. ¡Oh! chilenos; ¿no se siente  
Con vergüenza vuestra frente  
I con sangre vuestro pecho?
- ALB. Francisco, ¿qué ha sucedido?
- CÁRL. ¿Quién te comprende ese enigma?
- FRANC. El Perú lleva el estigma,  
El estigma del bandido.  
¡Infames, infames, sí,  
Que merecen las cadenas  
Con que se amarra a las hienas  
En su hambriento frenesí!

- ALB. Francisco, me das motivo  
Para juzgar que estás loco.  
(*Tocándole el hombro i moviéndole*).
- FRANC. Déjame, que me sofoco  
Me quemó, me quemó vivo!!  
Juro por Dios que me mira,  
Que no dista el escarmiento,  
El mas terrible i sangriento...
- ALB. (*A Carlos*) ¿No le ves como delira?
- FRANC. ¡Sangre de víbora tiene  
Del Perú el pueblo maldito,  
El robar ya no es delito  
Ni el matar cuando conviene!!  
¡I hermanos nuestros un día  
Se les llamaba también!  
Hermanos nuestros... mas bien  
Con Luzbel me hermanaría!!
- ALB. Dime, Francisco, ¿qué tienes?
- FRANC. Desde hoy se nos precipita  
Al piélago, i se nos quita  
Nuestro hogar i nuestros bienes...
- ALB. Explicáte, no comprendo...
- FRANC. (*Con ira*) ¿Lo ignoras entonces tú,  
I vives en el Perú?
- ALB. No lo ignoro... ya me enmiendo.  
Pero dime ¿qué ha pasado?  
(*Francisco se levanta, i refiere con mucha animacion*)
- FRANC. Tres imbéciles, con traza  
De hambrientos canes, la plaza  
Recorren de este a aquel lado.  
Descontentos de sí mismos,  
Rompen las puertas de un templo  
I dan respetable ejemplo  
Hasta el rei de los abismos.  
Brama ronca la campana,  
I como el buitре, la plebe,  
Oliendo carnes, en breve  
Formaba junta soberana.

El mas hambriento o ladron,  
Subido sobre una silla,  
Con sus palabras mancilla  
Nuestra gloriosa nacion.

Agrega ese hombre maldito  
A la calumnia la injuria,  
Entónces con rabia i furia  
«¡Mientes, malvado!» le grito.

Apénas mi voz se escucha,  
La plebe anciosa me asalta;  
Yo la espero i ella, falta  
De valor, deja la lucha.

Pero con piedras me acosa  
I de improperios me llena...  
Me alejo al fin de esa escena,  
De esa barbarie afrentosa...

Aumenta así de la jente  
El tumulto i la insolencia,  
I en tropel a su presencia  
Va a llamar al Presidente.

Contra el palacio se estrella,  
Vocifera, se amotina...  
I, cómo brota la ruina  
De donde estampa su huella,

Los vidrios de las ventanas  
A fuerza de piedras caen,  
Mientras otros se distraen  
Repicando las campanas.

Braman en loco furor  
Que se arroje a los chilenos,  
I otros gritan mas serenos  
Abajo ¡Prado traidor!

I el cobarde jefe, en tanto,  
Temblando se les presenta;  
I sus cuidados les cuenta...  
I apénas reprime el llanto.

Pero no pasa un instante  
I ya el decreto circula,

(Les da un papel que ellos leen con avidez, mientras  
él habla).

Este decreto que adula  
A la turba delirante.

Se nos obliga a partir;  
¿Quién compra nuestros haberes?  
Nuestros hijos i mujeres  
¿Por hambre deben morir?

De peruanas los maridos  
Por gracia especial se quedan..  
¿I los demas? como puedan  
Sálvense de estos bandidos.

Ya ese pueblo en su locura,  
Que no hai crimen que no acoja,  
Sobre nosotros se arroja  
I a robarnos se apresura.

*(A este tiempo terminan de leer i dicen a la vez:)*

AMBOS.

¡Oh! ¡qué baldon! ¡qué descarol!

CÁRL.

Es un Estado modelo.

*(Se siente el ruido de un tropel de pueblo que se acerca)*

ALB.

¡I ellos que en nuestro suelo  
Tienen la lei en su amparo!

*(Pasa la turba, formando confusa grita, por frente  
de la casa, i en seguida se va perdiendo poco a poco  
el rumor).*

FRANC.

*(Muy exaltado)* Juro por mi alma que llora,  
Que algun dia no lejano  
Te he de abrir, pueblo peruano,  
Con mi espada el ataud.  
¡Oh! Chile! ¡oh! patria que adoro!  
Tú eres mi fé i mi esperanza!  
Haz terrible tu venganza...  
Con sangre pague el Perú!!

CÁRL.

Partir es preciso.

FRANC.

Ciertol

ALB.

*(Con intencion a Francisco).*  
Ver nuestra patria.

FRANC.

Quisiera  
Besar su hermosa ribera...  
Mas mis hijos... yo no acierto

- Ni a llevarlos ni a dejarlos...  
 I mis bienes... no los siento  
 Que son mi único sustento.  
 Voz. (En la calle) ¡Al chileno!  
 ALB. ¿I eso, Cárlos?  
 CÁRL. No lo sé... algun compatriota  
 Que el buen pueblo beneficia...  
 ¡Vamos, Francisco! Se inicia  
 Esta sangrienta chacota.  
 Con mucho escándalo, i creo  
 Que nuestro auxilio oportuno  
 Podrá libertar a alguno...  
 FRANC. (Levantándose) Vamos, pues, que lo deseo...  
 CÁRL. (Al salir) Alberto, apresura el viaje.  
 ALB. En eso pensando estoy...  
 (Salen ellos, i Alberto queda meditabundo con la cara  
 apoyada en una mano).

## ESCENA V.

### Alberto solo.

- ¡Ai! ¡qué desgraciado soi!...  
 ¡Cuán breve ha sido el celaje  
 Que huye ante mis ojos hoi!!  
 El porvenir halagüeño,  
 La esperanza i la alegría  
 Que la suerte me ofrecía...  
 Todo fué sueño, fué sueño  
 Que forjó mi fantasía!...  
 ¡Horas de dicha i ventura,  
 De placeres i de amores,  
 Instantes encantadores  
 En que veré su hermosura,  
 ¿Por qué aumentais mis dolores?  
 ¡Volver al suelo querido,  
 Llevando al ser que se adora!  
 ¡Ver que su lianto devora  
 Soló, pobre i desvalido,  
 I un pan en la calle implora!!...  
 (Queda como anonadado por un instante, en silencio.  
 I luego, como despertando).

Nó, nó: en mi gloriosa tierra  
 Encontraré una mujer  
 Que su madre quiera ser,  
 I yo partiré a la guerra  
 Por mi patria a fenecer...

Debo partir... ¿de qué suerte  
 Hablaré a mi ánjel divino?  
 ¿Cómo me abriré camino,  
 De las garras de la muerte  
 Para arrancar su destino?

¡Cómo! cómo si entre llaves  
 La sepulta la peruana,  
 I su existencia inhumana  
 Solo es vista por las aves  
 Que posan en su ventana!...

*(Por la puerta del pasadizo entran dos mujeres con manto i alfombra. Una es vieja i fea, i se queda a la entrada, i la otra es jóven i hermosa. Esta avanza en puntillas hasta cerca de Alberto, deteniéndose muchas veces).*

¿Será su cariño tanto  
 Que si hasta sus plantas llego,  
 Me conteste: «vamos luego;  
 Pero no aumentes mi llanto  
 I sé mi hermano te ruego.»  
 I jurádoselo yo....

## ESCENA VI.

**Alberto, Edelmira i Rita.**

EDELMIRA. I sin jurarlo tambien:  
 Le basta tu honor.

ALB. *(Volviéndose sorprendido)* ¡Ah! ¿Quién?  
 ¡Tú, tú eres! *(Conociéndola, i tomándole la mano).*

EDELM. ¡Yo soi!

ALB. *(Sentándola con amor)* ¿Se abrió  
 Ya tu sepulcro, mi bien?

EDELM. ¡Al fin te veo!



I en su cólera excesiva  
 Por nuestros hechos de mar,  
 Me manda al cielo impetrar  
 Venganza en la rogativa  
 Que en el templo va a empezar...

Allí el peruano en su voto  
 Pide a Dios haga propicia  
 Contra Chile su milicia;  
 I allí el chileno devoto  
 Clama de Dios la justicia...

Apénas llega a mi oído  
 Ese terrible decreto,  
 Porque me traiga prometo  
 Oro a la mujer que ha sido  
 Mi alguacil i mi respeto.

I ella que el lucro ambiciona...

ALB. Me dió este placer, bien mio  
 ¿Huiremos? ¿verdad?

EDELM. Confío

A tí, Alberto, mi persona,  
 Mi honor, mi fé i mi albedrío...

ALB. ¡Cuánto te amo en este instante!  
 ¡Cuánto mi pecho te adora!  
 ¡Ai! Edelmira, atesora  
 Mi corazón delirante  
 Un cielo de amor ahora!

EDELM. ¡Ai! Alberto, no se engaña  
 Nunca mi presentimiento.  
 I mi alma ajitarse siento  
 Con una impresion estraña  
 De gozo, susto i tormento!

ALB. No abrigues, hermosa prenda,  
 Tan fatídicos temores:  
 Contra el hado i sus rigores,  
 Hai un ángel que defienda  
 Los inocentes amores.

RITA. (*Asomando la cabeza*) Veamos cuánto se gana.

EDELM. (*Mirándole con amor*) ¡Ai! si es así...

- RITA. Por un beso  
Cobrarémos solo un peso,  
Por abrazo...
- ALB. *(Tomándole una mano)* ¿Eres mi hermana?  
*(Señal afirmativa de sí)*
- RITA. Les daremos grátis eso.
- ALB. Huir hoi mismo es preciso;  
Ya mañana no sirviera,  
Porque un vapor nos espera,  
Que del alba al primer viso  
Emprenderá su carrera  
¿A qué hora puedes salir?
- EDELM. Lo pensaré *(queda meditando)*.
- ALB. Es cuestion grave...
- EDELM. *(Hablando consigo mismo)*  
Pues bien, le robo la llave  
De la puerta... Puedes ir  
A las diez...
- RITA. *(Con enfado)* Señora, acabe...
- EDELM. Ya voi... Que nadie te vea...
- ALB. Sin falta alguna estaré...
- EDELM. ¡Ai! ¡qué temor!... ¿Me veré  
Por esto aquí como rea?
- ALB. No temas que no hai por qué...  
*(Se oyen golpes a la puerta. Ambos se sorprenden mucho)*.
- ¿Quién llama?
- VOZ. *(De mujer de afuera)* Yo...
- ALB. *(Con desesperacion)* ¡¡Soy perdido!!...  
¡Mi enemiga... *(vacila)* Con presteza  
Entra, mi amada, a esa pieza! *(la conduce)*.  
Ya abro... *(a la de afuera)* Cerrarás sin ruido  
La puerta... ¡¡Horrible sorpresa!!...  
*(Abre la puerta con mucha agitacion, i se encuentra con Magdalena, a quien trata con frialdad, mientras ella se deshace en zalamería. La niña viste con elegancia i es hermosa, aparentando solo unos veintiocho años)*.

## ESCENA VII.

## Alberto i Magdalena.

- ALB. (*Al abrir*) ¡Ah! sois vos!
- MAGDALENA. Yo, caballero...
- ¿Ocupado estais talvez (*entra, i Alberto cierra la puerta*).
- ALB. Sí, ocupado...
- MAGD. En esta vez  
Incomodaros prefiero...
- ALB. ¿Incomodar? nó, por cierto...  
¿No teneis a bien sentaros?
- MAGD. (*Sentándose*) Mil gracias... quisiera hablaros  
Cuatro palabras, Alberto...
- ALB. Podeis mandarme, señora.
- MAGD. ¿Quizás estareis de viaje?
- ALB. Arreglo ya mi equipaje,  
I parto talvez ahora...
- MAGD. ¿Vais a Chile?
- ALB. Al dulce clima  
Donde se meció mi cuna.  
Pobre voi, pues mi fortuna  
Queda en las garras de Lima...
- MAGD. (*Con dolor*) ¿Nada mas os queda aquí?
- ALB. ¡A! me queda tanto, tanto!...  
Todo mi sudor i llanto  
Que en mil lugares vertí.
- MAGD. ¿No mas?
- ALB. (*Despues de pensar un instante*)  
Pensando me pierdo  
I a fé que no hallo otra cosa...
- MAGD. ¿I de esta tierra preciosa  
No llevais ningun recuerdo?
- ALB. (*Con ironía*) En cualquier punto que he estado  
De vuestra tierra divina,  
Ha nacido alguna espina  
Que mi pecho ha desgarrado.



- MAGD. (*Tomándole una mano*) Pero, si yo bajo a vos,  
 ¿Por qué a mí vos no subis,  
 I la vida mas feliz  
 Deslizaremos los dos?...  
 ¿Sois pobre? vuestro amor dadme  
 I allí teneis un tesoro;  
 Tomad, tomad plata i oro  
 Que vuestra mano derrame.  
 Por vos mi decoro olvido.  
 ¡Alberto!... no partireis...  
 Puesto que si vos quereis  
 Sois de peruana marido!...  
 ¡Pobre corazon! no aspireis  
 A mitigar tu violencia...  
 (*Se sienten recios golpes a la puerta. Alberto se levanta*).
- ALB. (*Con enfado*) ¿Quién golpea?
- MAGD. ¡Qué insolencia!
- VOZ. (*Imperiosa de afuera*) ¡Soi el coronel Ramirez!
- MAGD. (*Azorada, mirando a todos lados*)  
 ¡El! ¡¡por Dios!! ¡¡cuánto suplicio!!  
 ¿Qué hacer?... por aquí me escondo. (*Entra a la alcoba*).
- ALB. (*Viéndola entrar*).  
 ¡Ail aguardad... (*desesperado*) No respondo  
 De mi cerebro i mi juicio.  
 (*Abre la puerta con ira i se presenta Ramirez, acompañado de soldados que se quedan a la puerta. Es personalidad fea i que gasta un garbo de emperador, pues entra en el acto i se pasea por la pieza*).

## ESCENA VIII.

## Alberto i Ramirez.

- RAMIREZ. (*Entrando*) ¿Solo estais?
- ALB. Como lo veis.
- RAMIREZ. ¿Ni visitas esperais?
- ALB. ¿Qué os importa? ¿qué buscais?
- RAMIREZ. (*A los soldados que están asomados*).  
 Soldados, iros podeis (*se van*).

Vengo a compraros la mina...

(*Se oye ruido en la alcoba, ruido que no percibe Ramirez*).

ALB. ¿A comprarla? i yo la vendo...

RAMIREZ. No hai que decirlo, comprendo  
Que todo a mi voz se inclina (*Se inclina Alberto con ironía*)

Yo aquí mando sin rival,  
Hago i desago a mi antojo,  
Cuando no compro despojo...

ALB. (*Con ira*) ¿Crece así vuestro caudal?

RAMIREZ. (*Crece el recelo*) Sin duda teneis razon;  
Pero de eso no se trata.  
Yo no os la pago con plata...

ALB. (*Se abre de golpe la puerta i entra Magdalena, trayendo a Edelmira de un brazo, seguidas de Rita que queda a la puerta*).

¡¡Es ella!! ¡Oh! rabia!

RAMIREZ. (*Huye espantado al oír el ruido*) ¡¡¡Traicion!!!

## ESCENA IX.

Todos. (*Alberto avanza hácia Magdalena i queda ahí de pié. Ramirez, al ver que son mujeres, se detiene. Todo con rapidéz*).

MAGD. (*Trayendo a Edelmira del brazo*).  
¡¡Infame engañador!!

ALB. ¡Soltad, señora!

RAMIREZ. ¡¡Vos, Magdalena!!

MAGD. (*Con rabia*) ¡¡Yo!... Mira, malvado!!  
(*Hai un momento de silencio en que Ramirez mira a Magdalena, ésta a Alberto i Alberto a Edelmira que llora, cubriéndose la cara con las manos, i Rita estará asomada a la puerta*).

MAGD. (*Como rompiendo de furia*).  
¡Burlarme has pretendido, desgraciado!  
Cuando yo quise ser tu protectora!!

Compasiva a tu llanto i tus congojas  
 I a tus ruegos tambien, vine a salvarte...  
 Como el ángel de paz a consolarte...  
 I tú... el baldon, por gratitud, me arrojas!!  
 ¡Confúndate el rubor! si se halla en tí  
 Un resto de vergüenza... que el instante  
 Maldito sea cuando yo ignorante  
 Superior a tu raza te creí!

¡A esa raza de Chile aborrecida!  
 ¡Aborrecida, sí, porque el veneno  
 De sierpes es la sangre del chileno  
 Que mata al mismo que le dá la vida!!

Ah! mil veces infausta tu presencia  
 Que el honor ha manchado de mi casa!!  
 Si! déjala, infeliz! porque se abrasa  
 Con el crimen de verte mi conciencia!

¡Huye a ese Chile que te agrada tanto!  
 ¡Huye, si puedes, porque a tí te alcanza  
 Desde ahora el furor de mi venganza  
 Que a mil chilenos hundirá en el llanto!!

Si en tí mi rabia descargar no puedo;  
 ¡Que el mar te abra su abismo! o que mi suerte  
 Antes de ver tu patria te dé muerte,  
 Mientras que yo con tus iguales quedo!!!

ALB. *(con aparente calma)*

Justas vuestras palabras en mi boca,  
 Señora, fuesen... el Creador lo sabe!  
 Pero en chileno corazon no cabe  
 Rencor, cuando es mujer la que provoca.

MAGD. *(Con mas furia).*

Mujer dices? mujer!! a nuestro pecho  
 Ni la arrogancia ni el valor le falta!!...  
 Cuando indignado el corazon se exalta  
 Al mundo juzga en su delirio estrecho!  
 Vale mas que diez hombres

ALB. *(Mirando a Ramirez que está inmóvil).*

De esta tierra!!

MAGD. ¡I tú, Edelmira, jemirás primero!  
 Beatriz será mi brazo justiciero  
 I por tí entónces romperá la guerra!

- EDELM.** (*Con angustia*). Oh! no se lo digais!!  
**MAGD.** (*Con desprecio*). ¡Qué candidez!  
 ¡Tú, chilena mujer! ¡tú, mi enemiga!  
 Puedes pedir ¡¡rogarme!! ¿crees que abriga  
 Por tí mi pecho compasion talvez?  
 ¡¡En tu llanto i dolor gozo infinito!!
- EDELM.** (*Llorando*) ¿Qué mal os he causado? ¿qué ventura  
 Podrias encontrar en mi amargura,  
 Si sufro tanto, tanto sin delito?...  
 ¿Acaso siempre encontraré de abrojos  
 Llena la senda que me abrió el destino?  
 ¡Ai! nunca hallé la dicha en mi camino.  
 I nunca el llanto se secó en mis ojos!!
- MAGD.** Sufre i acalla tu importuno lloro...  
 ¡Oh! noble coronel ¿veis las chilenas?
- RAMIREZ.** Señora, mi furor contengo apénas!  
 I no hago lo que debo por decoro...
- MAGD.** Ayudadme a vengarme de esta jente,  
 Seremos en su daño compañeros!
- RAMIREZ.** Tendré un honor, señora, en complaceros,  
 Creed que os obedece un Presidente.
- EDELM.** (*Habla a Alberto de suerte que Magdalena alcanza a percibir i no Ramirez*).  
 ¡Aün mas enemigos! ¿qué les mueve?  
 Alberto, nuestro amor talvez la irrita.  
 (*Afirmacion de él*)  
 Solo al pensarlo mi pesar se quita,  
 Aunque a la muerte su furor me lleve.
- MAGD.** (*Con despecho*) Juradme, coronel, que en esta empresa  
 A que inícuo chileno nos condujo  
 Hareis alarde de poder e influjo...  
 Con mi amor pagaré vuestra promesa!
- RAMIREZ.** (*Atontado*) ¡¡Tanta felicidad!! ¿no es un delirio?
- MAGD.** Mereceis mi cariño... vos hicisteis  
 Decretar la espulsion que me ofrecisteis...  
 Que completeis aguardo aquel martirio...  
 ¡Hundir a la canalla en el abismo!  
 I que ningun chileno libre quede!!  
 ¡Sí!... que todos comprendan cuanto puede  
 De una mujer peruana el patriotismo!!

RAMIREZ. (Con arrogancia)! Juro, señora, por el Dios del cielo,  
(Quien si falto terrible me confunda)  
Por vuestro amor que de placer me inunda,  
Limpiar de miserables este suelo!!

Es un cobarde Chile que destruye  
Los puertos indefensos i sin jente;  
Pero si halla a su paso a algun valiente,  
Vuelve la espalda i azorado huye!

Nacion mezquina i débil que no estima  
En la nuestra su reina i protectora,  
I, aunque sorda codicia la devora,  
No viene al reto que se le hace en Lima!

¡Ai! ¡pobre del chileno! pobre, amigo,  
El que a mi mano se acercó siquiera!...  
Sabeis que aquí mi voluntad impera  
I haré en sus vidas ejemplar castigo!!

ALB. (*Alberto habla lleno de furor, i Ramirez va retrocediendo i tiembla convulsivamente a medida que el se acerca. Edelmira aterrada hace frecuentes señas a Rita para irse, i Rita le indica del mismo modo que se espere. I, por último, Magdalena se aproxima a la puerta, como esperando el momento de que huya Ramirez para salir. Alberto habla con fuerza, caminando hácia Ramirez*).

Necio, temblad si mi furor estalla!  
Que si el chileno a una mujer respeta,  
Vuela ansioso i valiente a la batalla,  
Cuando es un hombre el que a la lid le reta!!

Juntad vuestros iguales, asesino,  
I el buñal del bandido preparad;  
Cumplid, cumplid vuestro infernal destino  
I mujeres i niños devorad!!

I si la sangre a vuestra furia agrada,  
I aspiras a llamaros vencedor,  
Sacad ahora la cobarde espada (*Poniéndose en son de pelea*).

I probad si podeis vuestro valor! (*Ramirez intenta correr*).

¡Miserable! ¿hais?... Id i la plebe  
 Amotinada conducid aquí,  
 Que con sus piedras i su grito aleve,  
 Vengando vuestro honor, triunfe de mí!  
 ¡¡Matadnos!! sí, matadme, que mi mano  
 Siempre el acero mantendrá valiente,  
 I al loco salvajismo del peruano  
 Un vengador le pisará la frente.

Allá, tras de los mares i desiertos,  
 Una nacion de héroes habita. (*Con emocion*)  
 Chile ¡mi madre! que a sus hijos muertos  
 ¡Venganza! trae en su bandera escrita!!

(*Al decir esta última estrofa quiere alcanzar a Ramirez, quien se apresura a llegar a la puerta. Magdalena i Edelmira interponen espantadas sus manos como para detener a Alberto*).

Con la marca de fuego justiciera  
 Señalar vuestra frente peseara!!  
 Porque así mi nacion os conociera  
 I el premio a que aspirais os decretara!!

(*Ramirez huye a todo correr, i las mujeres quedan con las manos levantadas para impedir que Alberto le siga*).

## ACTO SEGUNDO.

Se presenta un salon elegante de la presidencia, con una puerta al fondo que comunica con una pieza inmediata, otra lateral que lo une al pasadizo, i balcones en el otro costado, que dan a la calle. Habrá un armario con botellas, i una mesa en una esquina con algunas copas, otra mesa de escritorio al centro cargada de papeles.

### ESCENA PRIMERA.

**Magdalena.** (*Se pasea con mucha impaciencia, i viste con lujo*).

Pronto me traerá el mandato  
 Contra los que yo aborrezco!!  
 Mas calma... así me enloquezco  
 I a mí misma me maltrato!...

¡Cuánto tarda!... la impaciencia  
De esperarle me consume...  
Talvez Ramirez presume  
En mi exesiva induljencia.

¿O acaso Prado vacila  
En vengarnos?... ¿cómo puede  
Permitir que aquí se quede  
Esa canalla tranquila?

Ramirez tiene el deber  
De cumplirme su promesa...  
¿I yo?... le ofrecí... me pesa...  
Mi mano le fuí a ofrecer...

¡Cómo! desposarme yo  
Con un hombre que desprecio.  
¡Cobarde, hablador i necio!  
Nó me desposo... nó, nó...

Que se me llame quizas  
De Ramirez... que a mi nombre  
Se junte siempre ese hombre...  
No, por Dios... ¡eso jamas!

Que él cumpla su juramento  
I yo, i yo... No es estraño  
Que despues de todo un año  
Haya cambiado de intento...

Es premio mas que bastante,  
Por su servicio ofrecido,  
El placer que ha recibido  
Al saber que soi su amante.

¡Ai! ese Alberto infeliz  
Que despreció mi hermosura!!  
Allá vienen... ¡Qué ventura!  
Son Edelmira i Beatriz.

## ESCENA II.

**Magdalena, Edelmira i Beatriz.** (*Beatriz i Edelmira vienen de manto. Beatriz dá la mano a Magdalena, i se sientan.*)

**BEATRIZ.** Te encuentro aquí, hija mia...

**MAGD.** Para servirte...

- BEATRIZ.                                    ¡Ai! llego  
 ¡Con la sangre como fuego! (*Al oído de Magdalena,  
 pero en alta voz*)  
 ¡¡Esta muchacha es espía!!  
 (*Con mucha admiración*) ¡¡Es cierto!!
- MAGD.
- BEATRIZ.                                    ¡¡Dios me perdone  
 Niña, despréndete el manto... (*A Edelmira, con im-  
 perio*).
- MAGD.                                    Qué llorosa...
- BEATRIZ.                                    Ese llanto  
 No te admire ni impresione...  
 Es finjido.
- MAGD.                                    No lo dudo...  
 ¿I a qué vienes?
- BEATRIZ.                                    Hoi ser buena  
 Es pecado, Magdalena.
- MAGD.                                    No te entiendo...
- BEATRIZ.                                    Si no acudo  
 A Dios a pedir amparo,  
 Me habria muerto.
- MAGD.                                    ¿Qué pasa?
- BEATRIZ.                                    Tener espía en mi casa...  
 Pueden castigarme.
- MAGD.                                    Es claro.
- BEATRIZ.                                    Virgen santa, i yo inocente,  
 ¡Guardando a esta libertina!... (*Le da un pellizco*).
- EDELM.
- MAGD.                                    ¡Ai!  
 Tu caridad te arruina!!
- BEATRIZ.                                    ¡Ayúdame, Dios clemente!  
 Ya no hai chileno cristiano,  
 Creo que Dios nos los borra  
 Como a Sodoma i Gomorra,  
 I hace de Chile un pantano!
- MAGD.                                    Lo aguardo así...
- BEATRIZ.                                    Me arrepiento  
 De haberte visto, judía (*La pellizca*).
- EDELM.
- BEATRIZ.                                    ¡Ai!  
 Por eso, si me envía  
 Dios tantos males...
- MAGD.                                    Lo siento...



Hice mi hogar un santuario;  
De ahí ahuyentamos la risa,  
I de la casa a la misa  
Fué su vivir ordinario.

Pero ayer supe por tí  
Que la vez que sale sola  
Todos sus deberes viola,  
I va tras los hombres.

MAGD.

Sí, sí.

BEATRIZ.

Hoi solo verla me exalta.  
¡Si, malvada, me enfureces! (*La pellizca*).  
Yo, haciendo de Dios las veces,  
Le di castigo a la falta.

Vea a un tal... ¿cómo es su nombre?  
Alberto... pobre i chileno...  
Un cualquiera... solo es bueno  
Para el desprecio ese hombre...

EDELM.

En mi patria es el mejor,  
El que mas suda i trabaja:  
La pobreza no rebaja  
Al hombre que tiene honor.

BEATRIZ.

¡Calla, por Dios, esa boca!

MAGD.

No hagas juicio...

BEATRIZ.

Con presteza  
La coloca en una pieza  
Que a calle pública toca.

¿Sabes lo que hizo? ¿Te admira  
Tanta maldad? Con un clavo  
Rompió la pared al cabo...

MAGD.

¡¡Oh!! es un dije tu Edelmira.

BEATRIZ.

Hoi al templo me dirijo  
¡¡I veo!!... a decir no acierto...  
Que en la pared ese Alberto  
Está como un crucifijo!!...

MAGD.

¡¡El era!!

BEATRIZ.

El... lo juraría...  
Casi me viene un desmayo!!...  
Con la rapidez del rayo  
Pienso que es ella una espia...  
I lo es...

MAGD. No existe una duda.

BEATRIZ. Ahora no hallo qué hacer  
En conciencia... es mi deber  
Que a la autoridad acuda.

I, como tengo entendido  
Que quizás lo mas prudente  
Es hablar al Presidente,  
Con ese objeto he venido...

Pues yo no la tengo mas,  
Que Prado sobre ella ordene,  
Que la aprisione, la pene  
O la fusile quizás.

MAGD. Dices mui bien; pero advierte  
Que si te vé i te complica  
En la culpa, se te aplica  
Tambien la pena de muerte.

BEATRIZ. (*Con suma angustia*) ¡Santo cielo! ¡qué desgracia!

MAGD. ¡Es terrible!

BEATRIZ. ¡Yo me muero!

MAGD. Grave es el mal; mas yo espero...

BEATRIZ. ¡Dadme, Señor, vuestra gracia!

MAGD. Para que mi afecto creas,  
Que he de salvarte.

BEATRIZ. ¿Tú? ¿cómo?

MAGD. Te vas, i a mi cuenta tomo

La acusacion que deseas.

Hablo por tí... Entónces Prado

Dictará con ese objeto

El conveniente decreto;

I, si lo hace, te has salvado.

BEATRIZ. ¡Qué buena eres! yo te ofrezco

Rogar por tí al Rei divino...

Vamos... ¿I si en el camino

Se me huye i no la merezco? (*piensa*).

¡Ah! ya pienso! No hai apuro...

Llamo a la puerta un carruaje,

I así hacemos nuestro viaje

Mas lijero i mas seguro. (*sale*).

## ESCENA III.

## Magdalena i Edelmira.

- MAGD. (*Furiosa*) ¡¡Mírame!! Tú has pretendido Robarme el amor de Alberto!!
- EDELM. (*Con calma*) ¿Robároslo? nó, por cierto, Si yo siempre lo he tenido.
- MAGD. (*Con delirio*) Tú lo has tenido, Edelmira, Despechada lo confieso!  
Le amé, le amé con exceso!!...  
¡¡Nunca le amé!! ¡¡es mentira!!  
I tú, insensata, en mi daño,  
Débil mujer, te conjuras,  
I causas mis amarguras,  
I ocasionaste mi engaño!!  
¿Tú le amas?
- EDELM. ¡Le tengo aquí! (*Señalando el pecho*)  
Mas que la planta al rocío,  
Mas que a los mares el río,  
Mas le amo yo...
- MAGD. ¿Así?
- EDELM. Así.  
Pobre i oscura en la vida,  
Sin mas suerte que mi lloro,  
Solo poseo un tesoro,  
Una riqueza querida.  
Su amor, su amor que aquí llevo,  
Amor que forma mi encanto;  
Si lloro, él seca mi llanto,  
Si río, a él se lo debo.
- MAGD. ¿Tanto le amas? ¡Oh! furor!  
Ya todo, todo lo sé...  
I mas poderosa haré  
Mi venganza que tu amor!!
- EDELM. ¿Porque le amo?
- MAGD. ¡¡Sí, traidora!!

- EDELM.** Comprendo bien vuestro encono...  
 Con toda mi alma os perdono,  
 Vengaos en mí, señora!  
 Si es por él, venga el tormento,  
 Con júbilo lo recibo...  
 Cuando por él solo vivo!!  
 ¡Ah! si por él solo aliento!!  
 Ya no vereis en mi rostro  
 Ni una lágrima siquiera!!
- MAGD.** ¡Pobre mujer! se te espera...
- EDELM.** Si es por él, todo lo arrostro!
- MAGD.** (*Con desesperacion*) Preferir a una chilena  
 I despreciarme... ¡¡por Dios!!
- EDELM.** Amaros no puede a vos  
 Nunca, Alberto, Magdalena...
- MAGD.** ¡¡Nó!!
- EDELM.** A la orilla del torrente  
 No crecen jamas las flores,  
 Porque la vida i colores  
 Les arranca la corriente.  
 Sencillo i bueno, se admira  
 De vuestra altiva arrogancia.
- MAGD.** ¡Calla, calla!... tu jactancia?  
 La pagarás, Edelmira!  
 ¡Mañana verás los muros  
 De alguna cárcel inmunda,  
 I en su lobreguez profunda  
 Tendrás solo aires impuros!  
 Cuando crucen ante tí  
 Mil fantásticas visiones,  
 En tus rudas convulsiones,  
 Recuerda que estás por mí!!  
 ¡¡¡I maldíceme!!!... Nó... escucha:  
 Si decir a ese hombre ofreces  
 Que lo odias, que le aborreces,  
 Terminará nuestra lucha.  
 Yo te haré rica i dichosa,  
 Te daré inmensa fortuna,  
 No habrá en el Perú ninguna  
 Mas elegante i lujosa...

- EDELM. (Con ira) ¡¡Os desprecio!! Yo contenta  
 Mi existencia acabaría,  
 Si pudiese haber un día  
 En que admitiese esa afrenta!!  
 ¡¡Cómo!! Cuando yo aceptara  
 Del martirio los abrojos.  
 Por no mirar que en sus ojos  
 Una lágrima brotara!!...  
 Si hasta el animal es fiel,  
 ¿Pudiera... (¡por Dios! me abisma!!)  
 Inmolandome a mí misma,  
 Destrozarle el alma a él?  
 I si a ti él te lo dijera?  
 ¡¡Él a mí! nó, nó, jamás!!  
 ¿Le aborrecieras quizás?  
 ¡¡Siempre amándole, muriera!!  
 ¡La muerte... si... no hai clemencia!  
 Mil veces mejor, mil veces...  
 Dios habrá oído mis preces,  
 Si concluye mi existencia...  
 En una vida mejor,  
 Donde no existen rencores,  
 Sin pesares ni temores,  
 Será dichoso el amor.
- MAGD. Te engañas... Yo mas feliz  
 En mi venganza seré.
- BEATRIZ. (Asomándose) Vamos.
- EDELM. (Saliendo) ¡En Dios tengo fé!
- BEATRIZ. Adios, hija.
- MAGD. Adios, Beatriz (Se van ambas).

#### ESCENA IV.

Magdalena sola.

¡¡Maldita mujer!! Adversa  
 Fortuna que yo le envidio!!...  
 Pero por qué, si yo lidio  
 Con el poder i la fuerza?

¡¡I él que desoyó mi ruego  
 I me despreció por ella!  
 ¡¡Fué maldecida mi estrella!  
 ¿Ya nunca tendré socio?  
 ¿Quién le inspiró esa locura,  
 Que cuando yo suplicante  
 Me confesaba su amante  
 Ultrajara mi hermosura?  
 ¡Oh! delirio! ¡¡oh estravío!!  
 ¿Por qué no tuve un veneno  
 Que ofrecer a ese chileno,  
 Cuando ví que no era mio?  
 ¡¡Despreciarme! ¡Oh! su labio  
 Fué para mí puñal rudo!!  
 ¡Venganza! serás mi escudo  
 ¡¡Tú borrarás ese agravio!!

*(Queda un instante paseándose mui ajitada en silencio, cuando entra Ramirez de la pieza del fondo, lleno de galanterías ridículas, i quebrándose el espinazo a cortesías).*

## ESCENA V.

### Magdalena i Ramirez.

MAGD. ¡El viene!

RAMIREZ.

Mi hada divina,  
 Al fin alcanzo a murmuraros...  
 Están mis ojos avaros  
 De vuestra faz peregrina.

MAGD.

Un siglo esperando estoi...

RAMIREZ.

Yo por vos a Prado dejo,  
 Privándole del consejo  
 Que en todo asunto le doi.

MAGD.

¿Se espulsa al fin a esa jente?

RAMIREZ.

A pesar de mi importancia,  
 Con verdarera constancia  
 Se resiste el Presidente...

MAGD.

¡Innoble jefe que abate  
De nuestra patria la gloria,  
I, compasivo a esa escoria,  
Con sus súbditos combate!

RAMIREZ.

Decis verdad... ¡¡Sois tan linda!!  
Yo, que por mi ciencia brillo,  
Poseo un medio sencilló  
Que la victoria nos brinda.

MAGD.

¿I?...

RAMIREZ.

A pesar de su repulsa  
Os cumpliré mi promesa...  
Si quereis se les apresa,  
Si quereis se les espulsa...

MAGD.

¿Para cuándo?

RAMIREZ.

Ahora mismo.

Una hora no ha de pasar. (*toca un timbre*)

Voi a mandar avivar

De la jente el patriotismo.

Nuestro decreto anterior

Igual resistencia trajo,

Pero venció sin trabajo

De este buen pueblo el clamor.

I yo que todo lo mando...

MAGD.

Está bien...

RAMIREZ.

¿Me amais? yo os quiero  
Como a un ángel hechicero,  
¡¡I por vos vivo penando!!

## ESCENA VI.

### Los mismos i Tomas.

TOMAS.

(*Entrando*) ¿Qué manda su señoría?

RAMIREZ.

Muchacho, tú eres esperto...

TOMAS.

(*Con tono picaresco*). Sí, Usía.

RAMIREZ.

Tienes acierto

Cuando algo se te confía...

TOMAS.

Sí, mi amo...

RAMIREZ.

Irás a la iglesia...

TOMAS. (Con gracia) Tengan o no tengan ganas,  
Les repico las campanas  
De la manera mas recia.

RAMIREZ. Mui bien. Cuando hayas juntado  
Algún pueblo, le peroras  
Sobre esas jentes traidoras  
Que en nuestra patria han quedado.

Les dices que es necesario  
Que todo chileno salga,  
Que el ser casado no valga,  
Ni el ser grande o millonario.

I, si encontrases a mano  
Algún cobarde enemigo,  
Incitas a que en castigo  
Le ultime el pueblo peruano.

I cuando esté entusiasmada,  
Traes la turba a palacio...  
Pero que atruene el espacio,  
Que venga loca de airada.

Aquí elocuentes discursos  
Dirás con igual objeto...

TOMAS. (Saliendo, i saludando) Lo haré, Usía.

RAMIREZ. Mui discreto,  
Toca todos tus recursos.

## ESCENA VII.

### Magdalena i Ramirez.

RAMIREZ. Ya veis, mi amada sirena,  
Como cumplo nuestro trato...  
¿Quién no acata mi mandato,  
Cuando mi voz se lo ordena?

MAGD. Sin embargo, yo deseo  
Que a esa Edelmira infame  
Como espía se le llame,  
I a ese Alberto como reo.

I en el mas horrible encierro,  
O en la muerte si es preciso,  
Ya que su crimen lo quiso,  
Sepan que vengo mi yerro.

RAMIREZ.

¿A qué ofrecerlo si ya  
 Vos sabeis, mi dulce diosa,  
 Que mi deseo reposa  
 Siempre donde el vuestro está?

Aguardad... (*pensando*) esa mujer...  
 ¡Ah! por espía la acuso...  
 Sin proceso la recluso...  
 Yo despues lo mando hacer.

I ese hombre... ¿cómo se atrapa?...  
 Ya lo encontré!... ¿No os recrea  
 Que jamás ninguna idea  
 A mi talento se escapa?

No ha muchos dias un puente  
 Del Rimac se encendió todo,  
 I yo con un diestro modo  
 Lo hago a él el delincuente.

Sobre eso finjo una carta  
 I a Prado se la presento...  
 Ya vereis que en el tormento  
 Con sus súplicas nos harta...

No quierais, hurí divina,  
 Que al Dios Amor me querelle... (*Tomándole una mano*).

Permitid que el labio selle  
 Vuestra mano alabastrina. (*Le besa la mano*).

Pero ese Alberto i su amante  
 Pueden marcharse de aquí.  
 Voi a dar órdenes... (*Escribe i toca el timbre*).

MAGD.

Sí...

Que le prendan al instante.  
 (*Entra un soldado mui bien vestido i lleno de polvos*).

RAMIREZ.

(*Concluyendo de escribir*).  
 Pronto su necia altivez  
 Tendrá una pena bien dura

SOLDADO.

(*Inclinándose*). Esencia...

RAMIREZ.

(*Dándole el papel*). Traes segura  
 La persona que aquí ves. (*Váse el soldado*).

MAGD.

Confio...

- RAMIREZ. Seguramente...  
 Cual confiais que habrá mañana  
 Un sol que vista de grana  
 Las nubecillas de oriente.
- MAGD. (*Levántandose*). No lo ignorais... cumplid vos...
- RAMIREZ. Que vos tambien cumplireis.  
 De mí, hermosa, no dudeis (*estrechando su mano*).
- MAGD. Adios, por ahora...
- RAMIREZ. Adios! (*Besándosela*),  
 (*Sale Magdalena*).

## ESCENA VIII.

**Ramirez Solo.** (*Se restrega las manos con aire de triunfo, i saca del armario una botella que irá vaciando poco a poco*).

¡Bravo! bravo! qué fortuna!  
 Es de empinarse una copa; (*lo hace*),  
 Navegamos viento en popa,  
 Por tan revuelta laguna  
 ¡Viva la guerra! sí, ¡viva!  
 I sobre todo con Chile  
 Que me permite que esquile  
 Por abajo i por arriba!!  
 Ahora... léjos la espada!...  
 De Alberto saco la mina...  
 I la muchacha es tan fina...  
 Que, por Cristo! harto me agrada!  
 I mas acá Magdalena  
 Viene a ofrecirme su mano...  
 Valgo tanto!... ¿Qué peruano  
 De atenciones no me llena?  
 Esta viudita es un rastro  
 De las bellezas del cielo...  
 Parece ébano su pelo  
 I su cútis alabastro...  
 I sobre todo que es dueño  
 De miles... es un tesoro...  
 Solamente por su oro  
 Fuera un negocio risueño!...

Saludemos reverente  
 Con una copa esta gloria...  
 En los fastos de mi historia  
 No hai otra que le haga frente.

*(Se bebe una copa tras otra hasta concluirse la botella. A este tiempo entra Prado, vestido con elegancia i con un aire contento, a la vez que imperioso. Queda mirando por un instante a Ramirez, que en ese momento se despacha la última copa).*

## ESCENA IX.

### Ramirez i Prado.

- PRADO. Coronel, ¿qué dices misa?  
 RAMIREZ. Misas que pasan como humo,  
 Porque al principio consumo,  
 I en consumir me doi prisa.
- PRADO. Dices bien... quiero ayudarte.  
 RAMIREZ. *(Pasándole una copa mas grande).*  
 La episcopal es la vuestra...  
 ¡Ail! ¡Exelencia! que diestra *(Cuando Prado empina la copa)*  
 ¡Asombro del mismo Marte!
- PRADO. Si a un hombre solo quisiera  
 Confiar su honor mi enemigo,  
 Para medirse conmigo,  
 Cuánto es su brio se viera.
- RAMIREZ. El cobarde no se atreve,  
 Os tiembla, señor...
- PRADO. Verdad...
- RAMIREZ. Ya veis que nuestra ciudad  
 Terrible guerra les mueve;  
 I ellos en donde se encuentran  
 Apenas tres batallones  
 Sin buques i sin cañones,  
 Tímidos se concentran *(Se oye campanas).*
- PRADO. ¿Es campana?  
 RAMIREZ. No adivino...

- PRADO. Su impotencia es manifiesta...  
 No vé que en vano se apresta  
 Contra invencible vecino.  
 Un proyecto me recrea...  
 Tomar su ejército i flota,  
 Sin dar una sola gota  
 De sangre...
- RAMIREZ. ¡Preciosa idea!
- PRADO. Coronel, hablemos claro...  
 Yo en tu discrecion confio.
- RAMIREZ. Vuestro honor, Exencia, es mio  
 I mil triunfos os preparo...
- PRADO. Es mi mision en la tierra  
 Formar una nacion sola  
 De la América española,  
 Con ocasion de esta guerra.  
 Ya Bolivia nuestra es...  
 Lo que de tomar se trata  
 Es solo a Chile i al Plata,  
 Lo demas vendrá despues.  
 Si hoi llegara la marina  
 Enemiga a nuestra mano,  
 Mañana era soberano  
 De Chile i de la Argentina.  
 Ya ves, lo que yo ambiciono  
 Es hacer de este hemisferio,  
 Con mi poder, un imperio  
 Que en Lima tendrá su trono.  
 Por eso ves que clemente  
 Al chileno no despojo...  
 Evito causar enojo  
 I así me atraigo a la jente.  
 Ya principiamos nuestra obra...  
 Provincia nuestra hemos hecho  
 A Bolivia... igual derecho  
 Para el Ecuador nos sobra.
- RAMIREZ. (*Estupefacto*) Noble señor, es la gloria  
 Del mundo tener un hombre  
 ¡Como vos!... i vuestro nombre  
 ¡Será el primero en la historia!!

- PRADO. Ser grande i fuerte me agrada...  
 Ahora es solo mi afan  
 Que meditemos un plan  
 Contra la chilena armada...  
 Que se apodere el Perú  
 De esas naves... sin metralla...  
 Sin encuentro, ni batalla...  
 Veamos ¿qué piensas tú?
- RAMIREZ. (*Queda un instante en silencio, i luego, como meditando:*)  
 ¡Oh! mente, discurre bien...  
 Todas tus luces desplega...  
 En nuestras manos entrega  
 Del enemigo el sosten...  
 ¡Ah! ¡¡se me ocurre un proyecto!!
- PRADO. Dilo...
- RAMIREZ. (*Haciendo notar cada frase.*)  
 Enviais la escuadra entera  
 Treinta leguas mar afuera,  
 Frente al Callao...
- PRADO. ¡Perfecto!
- RAMIREZ. Antes habremos fundido  
 Dos cañones colosales,  
 Que gasten veinte quintales,  
 ¡Que tiemble el mundo a su ruido!  
 Se colocan en el puerto:  
 La falta de flota instiga  
 Al combate a la enemiga,  
 I vendrá pronto, estoy cierto.  
 I entónces, apénas vea  
 El poder que hai a su frente,  
 I a nuestra escuadra valiente  
 Que a la espalda la bloquea,  
 Se rendirán al momento.
- PRADO. Dices bien, el plan me place...  
 Es decir, cañones se hace  
 ¿Con un calibre?...
- RAMIREZ. Sin cuento.
- PRADO. I alejamos nuestra flota.
- RAMIREZ. Sí, Excelencia.

PRADO.

I el chileno,  
 Puesto ya en ese terreno,  
 Se rendirá en su derrota.  
 Está mui bien; mas ¿ají intentan  
 Diversas hostilidades,  
 I por tierra a las ciudades  
 A combatir se presentan?

RAMIREZ.

Eso es distinto.

PRADO.

¿Qué hacer  
 Para que ningun soldado  
 Sucumba por nuestro lado,  
 I caigan en mi poder?

RAMIREZ.

Permitidme, Jeneral:  
 Para el caso de un asedio,  
 Creo encontrado ya el medio  
 Que los hunde...

PRADO.

Díme cual.

RAMIREZ.

Apénas se sepa aquí  
 Que el enemigo una plaza  
 Con sus fuerzas amenaza,  
 Enviadme al instante a mí.

Haré que un sólido muro  
 En el acto se construya,  
 Circular, que todo incluya  
 I deje al pueblo seguro.

Le haré solo una salida  
 En forma de calle estrecha,  
 O mas bien, de abierta brecha  
 Con una puerta impedida.

Mandaré que el pueblo salga  
 I de aquel punto se aleje,  
 I que allí solo se deje  
 Un hombre que por diez valga.

Un hombre bravo, aguerrido,  
 Aunque sea un presidario,  
 Que espere allí al adversario  
 Con el puñal prevenido.

Deben cruzar de uno en uno  
 El estrecho pasadizo...

- Ya veis que mas no es preciso  
Para no dejar ninguno.
- PRADO. ¡Bien, mui bien! Me es provechosa  
Tu penetracion profunda...  
Si la empresa en que se funda  
Mi-esperanza sale airosa,  
Te daré un nombre pleclaro,  
Muchos empleos i honores... (*Se oye ruido de jente*).
- RAMIREZ. Mi gratitud...
- PRADO. (*Asustado*). ¿Qué clamores?... .
- RAMIREZ. Lo ignoro, Exencia.
- PRADO. Reparo  
Que haré en mi honor una corte,  
Si a Emperador me levanto,  
Daré títulos por tanto  
A todo el que bien se porto.  
I a tí...
- RAMIREZ. ¡Oh! Marquez, señor.
- PRADO. Medito elevarte a Duque  
O a comandante de un buque...  
Duque, Exelencia, es mejor (*Se acerca el ruido*).
- PRADO. ¿I ese bullicio?... ¿Qué pasa?
- RAMIREZ. Saldré al balcon (*Sale al balcon, i el ruido aumenta*).
- PRADO. (*Con espanto*). ¡Dios! ¡qué es esto!
- RAMIREZ. Es el pueblo.
- PRADO. ¡¡Ah!! ¡qué pretesto!  
Le trae ahora a mi casa!!  
(*Prado se levanta ojitado i se pasea a lo largo de la  
pieza, miéntras que el pueblo forma una bataola  
infernál, i bocifera tumultuoso al pié de los balco-  
nes*).

## ESCENA X.

## Los mismos i el Pueblo.

- PUEBLO. ¡Mueran los chilenes! mueran!!
- PRADO. ¡Jesus! le tiemblo a esta plebe!!
- PUEBLO. ¡¡Que el demonio se los lleve!!
- RAMIREZ. Estas jentes no toleran.

- PUEBLO. ¡Salga la escuadra! que salga!  
¡Que salga! que salga ahora!
- PRADO. ¡Ah! turba! ¡ah! turba traidora
- RAMIREZ. Nada hai que contra ella valga
- PUEBLO. ¡Los chilenos! ¡los chilenos!
- PRADO. ¿Qué hacer?
- RAMIREZ. En tan triste caso....
- PRADO. ¿Cómo salir de este paso?
- RAMIREZ. Creo que del mal el ménos.
- PUEBLO. ¡Que hable Prado, que hable Prado!
- PRADO. ¡Atiende! ¡cuánta insolencia!
- RAMIREZ. ¡Exijen vuestra presencia!
- PUEBLO. ¡¡Abajo Chile malvado!!  
¡Que hable el Presidente, que hable!
- PRADO. ¡El alma se me taladra!
- PUEBLO. ¡Que salga! salga la escuadra!
- RAMIREZ. ¡Ah! señor, eso no es dable!
- PRADO. (*Con angustia*). ¡Cuánta barbarie! me siento  
Sin fuerzas ni ánimo ya!
- PUEBLO. ¡Prado! Prado! ¿dónde está?
- PRADO. ¡Coronel, me falta aliento!  
Tener creo ante mis ojos  
A los Gutierrez! ¡¡qué horrible!!  
Cuando ese pueblo insensible  
Arrastraba sus despojos!!
- PUEBLO. ¡Los chilenos son espías!  
¡Sí, sí, que se les fusile!  
¡Muera Chile! muera Chile!
- PRADO. ¡Creo ver sus agonías,  
Su sangre, sus convulsiones!  
¡Ah! ¡qué horror era su cara!!
- PUEBLO. (*Tirando piedras*). ¡Que hable! que hable!
- RAMIREZ. (*Asustado*) ¡Se dispara  
Piedras a vuestros balcones!
- PRADO. (*Llorando con desesperacion*).  
¿Qué hacer? ¡Oh! ¡qué hago en tal trance!!
- PUEBLO. (*Tirando*). ¡Que hable!
- RAMIREZ. ¡¡Su Exelencia llora!!
- PRADO. ¡¡Sí, sí!!... Sal i al pueblo implora  
Calma, i que aquí no se lance!

¡Talvez renueven en mí  
De los Gutierrez la suerte!!  
¡Ah! por Dios! ¡qué horrible muerte!!  
Creo que llegan aquí (*Con honda inquietud*).

RAMIREZ.       Nó, Exelentísimo... voi  
A probar si les acallo...

PRADO.        ¡Ve, Ramirez, que yo el fallo  
Del pueblo, esperando estoi!!

RAMIREZ.       (*Sale al balcon*). ¡Valiente ciudad de Lima,  
Como la mas pura esencia  
De la gloria, su Exelencia  
Vuestro patriotismo estima!

Si fuese posible hablara  
A su capital querida;  
Pero, creed, no os olvida  
I un gran preyecto prepara.

Por ese proyecto un dia  
El sol de nuestra bandera  
Coronará la altanera  
Cumbre del Santa Lucia..

Tened en tanto confianza,  
Que ántes de mucho vereis  
Cuánto alcanzais i podeis  
I cuál es vuestra venganza! (*Se entra*).

PUEBLO.        (*Con ira*). ¡Que hable Prado, que hable Prado!  
¡Que se expulse a los chilenos!

¡A todos, malos i buenos!

VOZ.            (*De un hombre*) ¡Que echen los buques a nado!

RAMIREZ.       (*Volviendo a Prado*). Nada se consigue...

PRADO.        ¡Nada!...

¡Ya llegó mi última hora!  
¿Qué puedo hablarles ahora?  
¿Cómo mandar nuestra armada?

Ya tres veces les he dicho—  
Mañana saldrá a campaña...  
Creerán que se les engaña!  
¡Ah! ¡qué pueblo! ¡qué capricho!

PUEBLO.        ¡Prado es traidor! es traidor!  
¡Muera Prado! abajo! abajo!

- PRADO. (*Cayendo desfallecido en un sillón*).  
 ¡¡¡Maldición!!! yo... que aventajo...  
 A todo... el mundo en valor...  
 Desfallezco... una... fatiga... (*Se desmaya*).
- RAMIREZ. (*Emprendiendo la fuga espantado*).  
 ¡¡Se desmaya! ¡huyamos!... (*deteniéndose*) Pero...  
 No es tanto el mal... mas certero  
 Es aguardar... no se diga...
- PUEBLO. Si no habla el traidor ¡que muera!
- RAMIREZ. (*Sacando i oliendo un frasquito del armario*).  
 Este es éter... ¡qué fortuna!  
 Así no pierdo ninguna  
 Ocasión en mi carrera... (*Lo aplica a Prado*).
- PRADO. (*Despertando*) ¿Dónde estoy?
- RAMIREZ. Entre mis brazos.
- PRADO. ¡Ah! sí... ¡¡qué grande es mi suerte!!  
 No es el pueblo que en mi muerte  
 Hace mi cuerpo pedazos!...  
 ¿I la jente?
- RAMIREZ. Allí os aguarda
- PRADO. Quiero hablarle... dame vino.
- RAMIREZ. *Pasándole una copa que Prado empina*.  
 Sí, señor. teneis un tino...
- PUEBLO. ¡Que hable Prado! ¿Por qué tarda?
- RAMIREZ. Yo a aconsejároslo iba (*Mientras Prado sale al balcón*).  
 No temais, porque el Oroya  
 Si hai apuro os lleva a Troya.
- PUEBLO. (*Al ver a Prado*) ¡Viva Prado! ¡viva! ¡viva!!
- PRADO. (*En el balcón*).  
 Justo es, nobles peruanos, vuestro celo  
 Por vengar el honor que Chile ultraja;  
 Yo sigo con teson vuestro desvelo,  
 I mi cabeza sin cesar trabaja.  
 El cobarde agresor se burla ufano  
 De nuestra buena fé i honrado pecho,  
 Creyó al vernos inermes que en su mano  
 Estaba el pisotear nuestro derecho.

Pero nosotros con viril empeño  
La desarmada escuadra preparamos.  
I somos ¡oh! señores! somos dueño  
Del Venecia que a Italia contratamos.

Antes de mucho pisareis triunfantes  
De Chile inicuo la bandera aleve,  
I la espulsion que decretamos ántes  
Hacerse a todos estensiva debe.

Ya en el mar escribimos una hazaña,  
Pues la fuga salvó a la Magallanes;  
I apénas emprendamos la campaña  
Vereis los triunfos que nos dan mis planes.

Confíad en mí, que vuestro honor es mio  
I pronto ¡oh! pueblo! quedareis contento;  
Yo a vuestra fuerza i patriotismo fio  
La gloria de mi insignia i de mi asiento.

PUEBLO. ¡Que vayan nuestros buques al combate!

PRADO. *(Después de un instante de silencio).*  
Comprendo ese clamor, nacion peruana;  
Nunca el peligro vuestro ardor abate...  
Yo juro que la escuadra irá mañana! *(se entra).*

VOZ. *(De lejos)* ¡Muera el Perú! ¡viva Chile!

PUEBLO. *(Corriendo a ese lado).*  
¡¡Al chileno!! ¡¡Que le cacen!!  
¡Que le puncen! le amordacen!  
¡Que se le amarre i fusile!  
*(Vase gritando así la turba, i Prado se sienta abatido).*

## ESCENA XI.

### Prado i Ramirez.

PRADO. Dáme vino, Coronel...  
¡Ai! esos rudos clamores,  
I mis penas i temores  
Quiero olvidarlos con él.

RAMIREZ. *(Pasándole)* La episcopal es la vuestra.

- PRADO. (*Despues de beber*).  
 Bien, gracias... ¡Cuando yo un trono  
 Espero alzar, tanto encono  
 Mi mismo pueblo me muestra!
- RAMIREZ. Su Esencia olvide esa idea...  
 Son ráfagas que no duran,  
 Que el patriotismo depuran  
 I hacen grata la pelea.
- PRADO. Soi de tu misma opinion...  
 Para tenerle sujeto  
 Redactemos un decreto  
 De jeneral espulsion,  
 Contra el chileno enemigo...
- RAMIREZ. Al instante (*escribe*).
- PRADO. Las injurias  
 De Chile avivan sus furias,  
 I anhelan pronto castigo.  
 Algun dia, yo lo espero,  
 Este será el pueblo rei  
 Que a la América dé lei,  
 O talvez al mundo entero...
- RAMIREZ. (*Concluyendo*) Firmad, Exencia.
- PRADO. (*Firmando*) Ya firmo.
- RAMIREZ. Teneis aquí una órden mia  
 De prision contra una espía...  
 Una mujer...
- PRADO. La confirmo.  
 Pero hagamos la apariencia  
 De respetar la lei.
- RAMIREZ. Pues  
 Este decreto va al juez  
 I él lo convierte en sentencia.
- EDECAN. Un alguacil, Exelencia,  
 Con dos presos solicita  
 Que Vuesencia le permita...
- PRADO. Déjalos... dáles audiencia.

## ESCENA XII.

Los mismos, Francisco, Carlos i Alguacil.

PRADO.

¿Qué os trae?

ALGUACIL.

(*Con petulancia*) Selencia, acabo  
De agarrarlos en persona,  
I son, si Exencia perdona,  
Chilenos de cabo a rabo...

I ademas armaban gresca,  
Gresca con jente de acá,  
I se divertian ya  
Gastando en gritar su yesca.

Yo con mis diez compañeros,  
Rabiando por su alborozo,  
Les conduzco al calabozo  
Como infames pendencieros.

Vea usted, ¡cuánta insolencia!  
Al llegar cerca de aquí  
Me dijeron «vamos, sí,  
Pero a ver a su Exelencia.»

Yo respondí mas o ménos:  
Amiguitos, mas despacio  
Que no admiten en palacio  
A los cobardes chilenos.

Ellos me tiran la blusa,  
I, con tratamientos malos,  
Ofrecen darme de palos...  
Ya no hubo poder ni escusa.

¡Lo ve usted! Yo le suplico  
Cien azotes sin calzones,  
O echarlos a los cañones  
Como balas... ¿no me esplico?

Porque no es blanco ni azul  
Insultar... oiga uste esencia;  
Gritar fuerte a la presencia  
De un sarjento del Perú!

- FRANCISCO. Yo protesto, señor, sí, yo protesto,  
 Con la enérgica voz de una alma honrada  
 Por la sangre ahilena que a estas horas  
 Vuestras turbas frenéticas derraman.  
 Arrancadme la vida, no la estimo  
 Despues que he visto a la brutal canalla  
 Los sangrientos cadáveres paseando  
 En medio de sus risas i algazaras!  
 Caníbales, señor, son esas turbas  
 Que en indefensas víctimas se enzañan!  
 Que pálido de espanto admiraria  
 El bandido mas vil de nuestra patria!
- PRADO. (*Con ira*) ¡Oh! silencio! callad! ¿Así el respeto  
 Al jefe exelso del Perú se falta?
- FRANC. Cuando el chileno la maldad reprueba,  
 A ningun jefe de la tierra calla!  
 ¡I cuando el pueblo en la barbarie se hunde  
 Se envilece tambien el que lo manda!
- PRADO. Incitas mi furor... si hablas de nuevo  
 Tu labio sellaré con la mordaza!
- FRANC. Os desprecio, señor...
- CÁRL. Francisco, espera...  
 ¿Permitis, Exelencia, una palabra?
- PRADO. ¿Debiera ahorcar a ese hombre!... Sin embargo,  
 Accede mi bondad a vuestra instancia.
- CÁRL. Perdonad que importune vuestra ciencia  
 Un ignorante de la lei peruana..  
 El que en la calle a una mujer que lleva  
 Un nuevo ser que la existencia aguarda,  
 Detiene i roba, i en creciente furia  
 Con bárbaras cruéldades la maltrata,  
 I Inego la cabeza envuelta en sangre  
 Del cuello de la víctima separa;  
 I, complacido en su inférral victoria  
 Aplica el cruel puñal a sus entrañas!!...  
 No quiero continuar, pues mi relato  
 Al mármol insensible horrorizara!
- PRADO. Decidme ¿qué merece?  
 Si es un hombre,  
 Morir merece; si es un pueblo, nada.

CÁRL.

I él que intenta alejar tan inhumanos  
I horribles forajidos, que cortaban  
Sus miembros palpitantes ¿qué merece?

PRADO.

¿Quién sois vos, caballero?

CÁRL.

¿Qué os estraña?

Yo soi uno de aquellos que poco ántes,  
Engañado quizás, bueno os juzgaba,  
I estrechó muchas veces vuestra mano  
En el suelo feliz de nuestra patria...  
¿Recordareis a Chile? Allí do todo  
A la grandeza i al sosiego llama.

Allí de estrellas se tachona el cielo,  
I el suave ambiente perfumado encanta,  
Recordais sus colinas i sus valles  
Que de flores i frutas se engalanan.  
Los majestuosos ríos que lo cruzan,  
Sus mares, sus espléndidas montañas?...  
No olvidareis talvez que allí la jente  
Mujeres i hombres con teson trabajan,  
I la ventura i el saber prosperan,  
I en sus vecinos esa luz irradia;  
I encontré siempre compasiva mano  
El extranjero que pisó su playa!

Sí, vos recordareis qué lindo es Chile,  
Qué consuelos ofrece a la desgracia,  
Como para ausiliar al que padece  
Se confunden sus hijos en una alma.

Allí estuvisteis vos i él, anheloso,  
Sin preveer el futuro, os aumentaba  
La dicha i la fortuna... ¡Oh! si os creyera  
Su cercano verdugo... Cuando abarca

Mi vista las rejiones que hoi habito,  
No puedo ménos de desear mi patria!  
Mi patria, ese jigante que glorioso  
En el desierto su cerviz descanza,

I de granito con soberbio muro  
Proteje hácia el oriente sus espaldas,  
I que sus plantas i arrogante frente  
Con dos inmensos piélagos resguarda:

Mi noble patria que sacó tres veces  
 Por el Perú la poderosa espoda,  
 I, destrozando su servil cadena  
 Secó en sus ojos las cobardes lágrimas;  
 Que del cieno de oprobio i de deshonra  
 Al solio de los libres la levanta;  
 Mi noble patria, en fin, que a cien Estados  
 Las vías del progreso les señala;  
 I que ahora en su diestra poderosa,  
 Contra la envidia, la traicion, la infamia  
 I el pillaje brutal de un pueblo bárbaro,  
 El cetro de la América afianza.

PRADO. ¡Oh! basta! ya es bastante, que concluye  
 Mi paciente bondad tu altiva charla.  
 Si honré con mi presencia a Chile un dia,  
 Tambien pude entrever que a su monarca  
 A los hijos del sol, al Perú ínclito  
 Sobrepujar en fuerzas intentaba;  
 I ahora con mi ejército i mis naves  
 La haré besar nuestra invencible planta.

FRANC. I vos ¿qué pretendéis?  
 Que si cobarde  
 El Perú no se atreve a la batalla,  
 Se nos permita unirnos a los pocos  
 De nuestra patria que en su seno se hallan:  
 I entónces, si matarnos ambicionan,  
 Que venzan ántes nuestro ardor sus armas,  
 Pues confieso, señor, que no merece  
 Este pueblo el honor de una campaña.

PRADO. Sarjento, conducidles al Callao,  
 Que les tome el primer vapor que parta;  
 I llevad advertido que si un dia  
 Pisais desobedientes nuestras playas,  
 La primera persona que os descubra  
 Os podrá fusilar.

CÁRL. ¡Mui bien! mil gracias.  
 SARJENTO. Los llevo, su Exelencia. Al trote, amigos.  
 (*Salen seguidos del sarjento.*)

## ESCENA XIII.

Prado i Ramirez.

RAMIREZ. ¡Qué insolentes chilenos!

PRADO. Me inclinaba

A penar su altivez; pero algun dia  
Seré, como lo espero, su monarca  
I deseo el cariño de mis súbditos,  
Porque el respeto i el amor me agradan.

RAMIREZ. ¿No creéis intolerable que esa ignota

Raquítica rejion que Chile llaman,  
Lugarejo de escuálidos mendigos  
Intente aventajarnos?

PRADO. Tierra ingrata,

Que solo como un juego conquistamos  
Nosotros, descendientes de Atahualpa!

RAMIREZ. Creedme, gran señor, que es grito unánime

Que de todo peruano se levanta  
Aquel de ¡abajo Chile! que la plebe  
Repite sin cesar en su arrogancia.

No es posible, señor, no lo toleran  
Las glorias inmortales de la patria  
Que Chile, esa nacion que ayer tan solo  
Era provincia del Perú vasalla,

Que no encierra veneros ni riquezas,  
I que para vivir jime i trabaja,  
Presuma levantarse hasta la altura  
En que campea la nacion peruana.

(*Se presenta un soldado trayendo a Alberto, i a la  
espalda se notan otros militares*).

## ESCENA XIV.

Los mismos i Alberto.

SOLDADO. Usía...

RAMIREZ. ¿Le traeis? Ved, justiciero

I supremo Señor, que en esta carta (*se la da*)

Escrita por él mismo, la cruel ruina  
De los arcos del Rimac se declara.

Mirad con qué siniestro regocijo  
A cierto amigo refirió su hazaña.  
Un incendiario sois (a Alberto).

ALB. ¡Mentis!

RAMIREZ. ¡Ah! ¿cómo?

¡A mí!

ALB. ¡Sí, a vos!

RAMIREZ. ¡Infame!

ALB. El que trata

De calumniar al inocente, es ese  
El que a sí mismo sin rubor se infama.  
(Concluyendo de leer la carta).

PRADO.

¡Qué altivez! ¿¡ ante mí vertis, chileno,  
Sin respeto a mi rango, esas palabras?

ABL.

Sí, ante vos Exelencia, porque el crimen  
No respeta la altura soberana,  
I con cínico ardor i vil descaro  
En vuestro alcázar la maldad se fragua.

RAMIREZ.

Advertid que se dicen oprimidos...  
Yo jamas presencié tanta arrogancia.

ALB.

Hoi que el Perú, cual fieras nos 'persigue,  
Tenemos la altivez de la desgracia,  
I el libre que su honor conserva limpio  
Frente serena al mismo Dios levanta!

PRADO.

¿No es esta vuestra letra i vuestra firma?

ALB.

Nó, señor.

PRADO.

¿Nó?

ALB.

Si creéis que se os engaña,  
Permitidme probar...

PRADO.

¿Vos no insendiasteis  
El puente del Rimac?

ALB.

Nó, por desgracia.

PRADO.

¿Por qué?

ALB.

Porque ya cerca e inevitable  
Veo la pena que el rencor prepara;  
I si el destino a padecer me obliga,  
Sufriria mejor habiendo causa.

Recuerdo... ¡qué ignominia! aquella noche  
Con el señor Ramirez me encontraba.

RAMIREZ. ¿Con migo?

ALB. Sí, con vos.

RAMIREZ. Pues yo lo niego.

ALB. Callo ya... ¡completad vuestra venganza!

RAMIREZ. Puede vuestra Exelencia obrar seguro,

Diez testigos confirman esa carta,

I lo que alega en su defensa el reo

No merece atención... es una farsa...

PRADO. El chileno que todo falsifica,

Falsea la verdad con mucha gracia;

Haz un decreto de prision perpetua (*Ramirez es-  
cribe*).

I al juez que corresponde se lo mandas,

Para que en todo a su tenor sentencie.

ALB. (*Con creciente atrevimiento*).

Vengaos, sí, vengaos, que mi patria

Fija en vosotros sus miradas tiene,

I mi venganza i vuestro fin prepara!

¡Oh! si los ayes de sus hijos caros

Como un puñal su corazon desgarran!

Ella pronto vendrá, pues yo confio

Que mi horrible prision no sea larga!

I vosotros, cobardes, en sus manos

Terminareis quizas la vida infausta;

No olvideis, opresores, que cada uno

De tantos ayes que el dolor arranca,

Son existencias que vereis troncharse

Bajo el golpe mortal de nuestra espada.

Gozad hoi que podeis, gozad seguros

Que vuestro gozo tornarése en lágrimas!

RAMIREZ. (*Termina de escribir; está temblando, miéntras Pra-  
do está de pie, qsombrado, oyendo al jóven*).

Fir... mad...

PRADO. (*Firmando*) Ya está: llevadlo.

RAMIREZ. (*Vie;do entrar cinco soldados*) Maniatado.

(*Los soldados se arrojan sobre él i le arrastran, aun-  
que opone resistencia. Llorando de despecho, al ser  
arrastrado, dice así:*)

ALB.            ¡Patria! ¡oh! Chile! estas lágrimas de fuego  
 Multipliquen vuestra inclita pujanza!  
 Venid, venid a mi doliente ruego!  
 Traed en vuestro acero mi venganza!!  
 FIN DEL ACTO SEGUNDO.

---

ACTO TERCERO.

Se presenta una dilatada llanura a orillas del mar, que se descubrirá a la izquierda. La pampa sola tendrá ligeras eminencias, salvo una mas elevada que permita ocultarse a un hombre, la cual estará a la derecha.

---

ESCENA PRIMERA.

**Alberto i Edelmira.** (*Están de pié entre el mar i la eminencia de la derecha. Cerca de ellos hai algunas piedras grandes. Ambos están pálidos i andrajosos.*)

ALBERTO. (*Tomándole la mano con mucha ternura.*)

¡Qué pálida estás! la púrpura  
 De tus labios ya no brilla,  
 I el carmin de tu mejilla  
 Es hoi lividez mortal.  
 ¡Cuánto sufres! Pura, anjélica  
 Flor que arranca el torbellino  
 I sin rumbo ni camino  
 Te arroja... a morir quizás!!

EDELMIRA. (*Reprimiendo el llanto*) Aparta ideas tan lúgubres...

Si sufro, sufro contigo...  
 ¡Ah! no padezco, mitigo  
 Con tu vista mi dolor!

ALB.

¿Me amas?

EDELM.

(*Con dulzura.*) ¿Dudar podrás, pérfido?  
 Nuestras penas son iguales,  
 No aumentes tus propios males  
 Hablando de mi afliccion!

- ALB. Si lo quieres, olvidémosnos  
De nuestro actual sufrimiento  
Pero di ¿te queda aliento  
O estás rendida talvez!
- EDELM. Alberto, me noto intrépida  
Cuando te veo, i avanzo  
Sin pensar en el descanso,  
Sin tener hambre ni sed.
- ALB. I yo al contemplar tus débiles,  
Cortas fuerzas me estremezco,  
I entre mis brazos te ofrezco  
A llevarte desde aquí.
- EDELM. Nó, nó, nó, mis piés son ájiles.
- ALB. La ruta será muy larga.
- EDELM. Podria aumentar tu carga,  
I obligarte a sucumbir?
- ALB. No me niegues ese júbilo,  
Seré al llevarte dichoso;  
Pero entre tanto reposo  
Nuestros miembros piden ya.  
En estas piedras sentémosnos, (*lo hacen*);  
Nuestro hogar es el desierto,  
Aunque confio que a un puerto  
Pronto debemos llegar.
- ¡Qué prolongados, qué tétricos  
Estos dos dias han sido,  
Que con hambre hemos venido  
Vagando por el Perú!!  
Eran talvez ménos bárbaros  
En tu prision tus pesares...
- EDELM. ¡Ah! ¡por Dios! nó, no compares  
Las tinieblas con la luz.
- Cuatro soldados coléricos  
Del hogar me separaron  
I mi ropa destrozaron  
Por mostrarme su furor;  
I en un calabozo fétido,  
Húmedo el piso i el muro,  
El mas estrecho i oscuro,  
Colocaron mi prision.

Allí es la noche sin término...  
 No se duerme allí, se vela,  
 Porque la sangre se hiela  
 En un suplicio tan cruel.  
 Créeme, Alberto, que mi espíritu,  
 Al recordarte, sentía  
 Una secreta alegría,  
 Un no sé qué de placer!  
 Mas ¡ai! penetró de súbito  
 En el recinto Ramirez...  
 ¡Oh! rabia ¿él?

ALB.

EDEL.M.

Sí... no te admires  
 Fué a ofrecerme libertad...

ALB.

¿A ofrecerte?

EDEL.M.

Sí, a ofrecérmela,  
 Si por mi honor la cambiaba.

ALB.

¡¡Infame!! ¡Oh! furor!... acaba...

EDEL.M.

I me agregó...

ALB.

(*Interrumpiéndola*) ¡Nó, no mas!

EDEL.M.

¡Ai! ¡Alberto! en vano tímido  
 A nuestro sexo se llama,  
 Yo bien sé ya que quien ama  
 Puede valiente morir.  
 Aunque extenuada i sin ánimo,  
 I con debilidad mucha,  
 Trabé con ese hombre lucha  
 I le vencí! le vencí!!

Pasa la noche, i ya lágrimas  
 Faltan, mi amado, a mis ojos,  
 Cuando siento los cerrojos  
 Descorrer a mi prision.  
 I entró un hombre, un hombre májico  
 Que me tomó de la mano  
 I hasta aquel punto lejano  
 Donde estabas me llevó.

ALB.

(*Con amor*) Entreabria su crepúsculo  
 La claridad matutina  
 Cuando, ¡oh! estrella divina,  
 Brilló tu luz ante mí.

Yo tambien tuve vandálico  
Ejecutor de mis penas;  
El me cargó de cadenas  
I amordazóme!...

EDELM.

¡Qué vill!

ALB.

Magdalena entró a mi cárcel...

EDELM.

¡Ai! Alberto, no refieras...

ALB.

A sus frases altaneras  
Opuse solo el desden.  
Mi dulce Edelmira, diese  
Por una de tus caricias  
Los halagos i delicias  
Que me ofreció esa mujer!

Mas ¿quién fué ese hombre benéfico?

¿Qué poder tiene? ¿qué influjo?

Que a tí i a mí nos condujo

Léjos de aquella ciudad?

EDELM.

Fué quizas un poder célico;  
Porque, miétras mas medito,  
Mas me confundo...

ALB.

No admito

Que sea un hombre jamas.

EDELM.

Solo nos dijo el incógnito:  
Sigan, sigan el desierto,  
Orillando el mar, que un puerto  
Antes de mucho han de ver.  
Es un misterio...

ALB.

Oscurísimo...

EDELM.

Yo poseo otro misterio...

ALB.

¿Otro tú?

EDELM.

Sí, yo.

ALB.

¿I es sério?

EDELM.

Tú lo verás...

ALB.

Dílo, pues.

EDELM.

Es sueño; pero sueño que me admira  
I que ántes de olvidar narrarte quiero.  
¿Acaso no es el sueño un mensajero  
Que al espíritu anuncia el porvenir?

Anoche, cuando el hambre i la fatiga,  
 El cansancio i la sed devoradora  
 Nos obligaron a esperar la aurora,  
 I nuestro viaje a detener allí;

Anoche, cuando en medio de la pampa  
 De fria arena se formó mi lecho,  
 Cuando solo teníamos por techo  
 Densa neblina i por amparo a Dios;  
 Cuando, pidiendo al Hacedor supremo  
 Que se mostrara por piedad clemente,  
 Penetró mis vestidos el ambiente  
 I en sus mojadadas alas me envolvió:

Del sueño en brazos procuré reposo  
 Para mis yertos miembros fatigados,  
 I, cerrando mis párpados cansados,  
 La voz del hambre i sed quise acallar.  
 Mas no escuchó mi doloroso ruego  
 El ángel del descanso, aunque un instante  
 Quedé inmóvil, inerte, semejante  
 Al que ni duerme ni despierto está.

I veo que cruzamos un terreno  
 A un piélago infinito parecido,  
 De horrores i de sombras revestido,  
 En donde solo oscuridad se vé.  
 El cielo no es un cielo, se asemeja  
 A una bóveda inmensa de ceniza;  
 El calor en mi pecho paraliza  
 El tardo aliento con angustia cruel.

Todo igual, todo igual, en lontananza  
 Ni un objeto siquiera se dibuja  
 I el destino incensante nos empuja  
 A seguir, a seguir sin descansar.

Pero al fin, a lo léjos se distingue  
 Una lumbre tenuísima, perdida,  
 Como en lóbrega noche, amortecida  
 Luz despide fatídico fanal.

Llegamos fatigosos i anhelantes  
 A la lejana claridad, i ¡oh! suerte!  
 Bajo un árbol magnífico se advierte  
 La mesa de un espléndido festin.

Cuajada de manjares i licores  
Alli habia...

ALB.                   ¡Por Dios! no la describas!

EDELM.               Alli habia agua i pan...

ALB.                   Nó, no que avivas

El monstruo devorante que hai en mí!

EDELM.               Está sola, i anciosos nos lanzamos  
A acallar el clamor del seno hambriento,  
Cuando se alza un fantasma, que violento  
Se arroja tras nosotros a correr.  
Aquel espectro—¡tiemblo al recordarlo!  
Lleva corona de marchitas flores,  
I en alla ostenta un sol sin resplandores,  
I en su boca tres lenguas a la vez.

Un trozo de metal mueve en su diestra  
I en su cuerpo un vestido trasparente,  
Muestra así el lúgubre armazon patente  
Que inspira al alma repugnante horror.  
Apénas nos alcanza en la carrera,  
Nos ase del cabello i nos sujeta;  
Su arma levanta i con furor aprieta,  
I de un golpe la vida arranca a dos.

Se inclina el monstruo i nuestra sangre bebe  
I nuestros cuerpos insensibles toma,  
Miéntas, vistiendo forma de paloma,  
Nuestra alma, váse al árbol a posar.  
Nos creemos venturosos vueltos aves,  
Semejamos dos cándidos capullos,  
I en flébiles i armónicos arrullos  
Nos decimos ternezas sin cesar.

Sobre mesas i viandas el espectro  
Los inertes cadáveres coloca,  
I ávido aplica la sangrienta boca,  
I hace alegre sus dientes recrujir.  
Al ruido otros fantasmas aparecen,  
I junto al anterior uno se sienta,  
Otro aspirando sangre se contenta,  
I muchos solo observan el festin.

De súbito un lejano rumor suena,  
 Un fragor, un estruendo, que parece  
 Que el mundo se desquicia, i aparece  
 Una ave de gigante magnitud.  
 Circunda su cabeza áurea corona  
 Que lleva al centro reluciente estrella,  
 Su fulgor en las sombras se destella  
 I embellece el desierto con su luz.

Son sus alas i piés de oro brillante,  
 De limpio acero su afilado pico,  
 I su plumaje, de colores rico,  
 Aparenta del sol la esplendidez.  
 Mueve soberbia las doradas plumas  
 I vuela como rápido meteóro,  
 I de sus alas el crujir sonoro  
 A los monstruos parece estremecer.

Aquella ave gigante, por tres veces,  
 Volando en espiral sobre la escena,  
 El vigor de sus músculos enfrena  
 I contempla el banquete aterrador.  
 Pero ellos con sus manos i su grita  
 Aumentarla, aterrándola, procuran,  
 I en formar ruido i en saciar se apuran  
 Con los cadáveres su sed feroz.

Cuando ella al medio del festin se arroja  
 Huyendo se atropellan, i su garra  
 Prendiéndoles al árbol les amarra  
 Con cadena de sólido metal.  
 Al instante nosotros descendemos  
 A posar en su espléndida corona,  
 Ella gloriosos cánticos entona,  
 I hácia las nubes remontando va.

Es éste un bosquejo pálido  
 De mi sueño memorable...

Díme si no es admirable,

Si algo puede predecir?

Hai sueños que son fantásticos  
 Castillos del que delira.

Sueños... sueños... son mentira... (*meditando*)

Pero este... pero este... ¡Sí!

Esos espectros famélicos  
Figuran al enemigo,  
I el ave que nos dió abrigo  
Es nuestras patria... ¿lo crees?

EDELM. (Con languidez) Si así fuese...

ALB. ¡Ai! qué lívida

¿Qué tienes? ¿mi amor? Pareces... (Tomándole la mano)

¡Oh! ¡Dios! ¡Oh! Dios! ¡desfalleces!

EDELM. (Con voz apagada) ¿No desfalleces tambien?

ALB. ¿I quién no sufre ya el vértigo?

Mi amada, tambien lo siento;

Ya dos dias sin sustento

I sin tregua caminar!

Allá en nuestra cárcel mísera

No me dió nuestro verdugo

De negro pan ni un mendrugo,

Ni a tí tampoco quizás... (afirmacion de Edelmira)

Toda esa jente diabólica,

Que desde que vengo errante

He implorado suplicante,

Me ha dicho: «no tengo, adios!»

I otros talvez mas coléricos

Me agregan que para el perro

Chileno tienen el hierro

I no pan ni compasion!

Ayer con yerbas inútiles

Nuestras fuerzas sostuvimos

Pero hoi ¡Dios mio! no vimos

Ni esas yerbas!...

EDELM. (Con desmayo, apoyando su frente en una mano).

Ni esas ¡ai!

ALB. (Con angustia) Abre, Edelmira, tus párpados  
I mírame.. así siquiera.

¡Oh! ¡Señor! haced que muera,

Si a mi Edelmira salvais.

EDELM. (Con voz lánguida) I si debe seguir rápida

Tras de tu muerte la mia,

¿Por qué doblas mi agonía

Con esa súplica cruel?

ALB. (*Como meditando*) ¡Ai! ¿cómo acallar los téticos Dolores que nos aquejan?  
Idea... i luz que se alejan... (*mirando al mar*)  
¡Ah! sí, sí! ¡ya la encontré!!

EDELM. (*Con interes*) ¡Agua i pan!

ALB. ¡Nó, es mas magnífica!  
¿Ves el mar? en algun risco  
Hallaré quizas marisco,  
Para nuestra hambre! Allá voi...

EDELM. ¿Te acompaño?

ALB. Mejor quédate,  
Tu fuerza que me es tan cara  
Con el viaje se agotára... (*partiendo*)  
Yo pronto a tu lado estoi. (*váse*)

## ESCENA II.

Edelmira sola. (*Mirando hácia el lugar por donde desaparece Alberto.*)

El se ha ido... sola quedo...  
¡Cuánto sufro! ¡cuánto! ¡¡cuánto!!  
Ahora siquiera puedo  
Dar libre curso a mi llanto!...

Ese es mi único tesoro...  
Llorar ante él no pudiera...  
Nó, nó... ¡¡amas! que mi lloro  
Su sufrimiento acreciera!

I yo, i yo desearia  
Que mil congojas mayores  
Aumentasen mi agonía,  
Por mitigar sus dolores.

Si en mis angustias fatales  
Calmaran la sed de Alberto  
De mis ojos los raudales,  
¡Feliz creyera el desierto!...

Pero nó...*(apretándose la cabeza)* ¡Ai! ¡Dios! se abate  
Mi cabeza dolorida!...

¡¡Siento una carga!!... combate

¡¡Ya la muerte con la vida!! *(como delirando)*.

¡Tantas voces! ¡tanto ruido!

¿Quién me llama? *(abatida)* ¡ai! resuena

Cual crujimiento en mi oído,

Confuso tropel que atruena!

*(Mira con ojos estraviados toda la pampa, i habla delirando)*.

¿Qué veo? ¿qué pasa aquí?

Allá la arena hecha nube

Como un gigante... ¡ai! de mí!

¡Como un torbellino sube!

¡¡I acá el desierto camina!!

¡Cuántas trombas!... ¡oh! ¡qué espanto!

¡Cómo se estrellan!... mi ruina

¡¡Traen envuelta en su manto!!

I allá diviso luciente *(con alegría loca)*

¡De agua, de agua una llanura!

¡Qué tersa, qué trasparente!

Tu paso, Alberto, apresura *(como hablando con él)*.

¡Calmemos la sed, mi dueño!

Ya se perdió... *(con desmayo)* ¡fué mentira! ...

Es un sueño... solo un sueño

¡¡De mi mente que delira!! *(Queda abatida con la cabeza entre las manos por un momento, i luego levantándose, i llorando desesperada)*.

¡Oh! ¡¡tengo hambre!! sí, hambre i sed!!

¡Fuego interno me devora!

¡Ai! piedad, Señor, tened!

¡Piedad mi llanto os implora!

¡¡El hambre, el hambre me mata!!

El Dios que a la ave alimenta

¿Por qué, por qué así nos trata

I también no nos sustenta? *(en el colmo del dolor)*.

¡Oh! mis miembros devorara! *(se muerde un brazo)*

¡¡Qué confusión tan acerba!!

¡¡Con qué mis ansias saciara!! *(aparece Alberto a lo lejos)*.

¡¡Con qué, con qué!!... no hai ni yerbal (*coje yerbas i come*).

ESCENA III.

Alberto i Edelmira.

- ALB. (*Se detiene un momento a contemplar a la niña que coje el miserable pasto que suele salir en los arenales i lo lleva a la boca, i se acerca conmovido*).  
¡Mi Edelmira, yerbas solo  
Nos ofrece aquí el Perú!...
- EDELM. (*Con inmensa angustia*) ¿Nada?
- ALB. (*Con igual expresion*).  
¡¡Nada!! (*instante de silencio*) Yo me inmoló  
Al destino... ¡pero tú!
- EDELM. (*Finjiendo mas conformidad*).  
¿No es una misma nuestra alma?  
Nuestras suertes son iguales...
- ALB. Me fortalece tu calma...  
¡Un mundo, un cielo tú vales!
- EDELM. ¿Nada hallaste?
- ALB. ¡¡Nada, nada!!  
Como pude, de carrera  
Crucé la arena pesada  
Hasta tocar la ribera.  
Allí rodea la orilla  
Una diadema de roca,  
Que el furor del mar humilla,  
Cuando con ella se choca.  
Sus altas crestas modelan  
La cumbre de una montaña,  
Que con espumas se velan,  
Cuando recia onda las baña.  
De una en una voi trepando,  
O, afirmándome en las quiebras,  
Mi cuerpo voi arrastrando,  
Como lo hacen las culebras.

El ansia de hallar sustento  
Destreza me suministra:  
I ya arriba, mi ojo hambriento  
Aguas i rocas registra.

Nada, nada... ni una planta  
Se mece en toda la orilla...  
¡Ai! ni un musgo en peña tanta  
Sobre las espumas brilla.

Ni una alga, ni un caracol...  
No hai ni una estrella de mar...  
¡Todo estéril!... porque el sol  
¡Torna en fuego ese lugar!

Ni una ave esa playa puebla...  
Pero, sí, se multiplican,  
En espesísima niebla,  
Rudos insectos que pican.

I allí i allí, mi Edelmira, (*señalando el mar*)  
Con acerbo desconsuelo,  
Cuando ví que era mentira  
Mi esperanza... imprequé al cielo!!

EDELM.

(*Reconviniéndole*) ¡Mi Alberto!

ALB.

(*Conticuando*) Cuando descubre  
Léjos la vista, mi bien,  
Un peñasco que el mar cubre  
En su continuo vaiven;

Al instante me desnudo,  
I, acordándome de tí,  
Me arrojo al agua i acudo  
Hacia el peñasco que ví.

Pero del mar la corriente,  
Rebatiéndome me azota,  
I una ola como un torrente  
Sobre una peña me bota.

Entónces mi desventura  
Maldigo desesperado,  
I a mitigar tu amargura  
Corro, mi dueño, a tu lado.

EDELM.

Si por decreto supremo  
Es la pampa nuestra tumba...

- ALB. ¡Oh! nó, nó, por mí no temo...  
 Pero que ella ¡oh! Dios! sucumba  
 Si encontrásemos siquiera  
 Alguna persona amiga,  
 Que una vez nos ofreciera  
 Sustento en tanta fatiga;  
 Podríamos dar entrada  
 En nuestra alma a la alegría,  
 Porque allá en una ensenada  
 Distinguí humo, vida mia.
- EDELM. (*Con ternura*) Resignémosnos, Alberto.
- ALB. (*Con desesperacion*) Un pan siquiera, i la suerte  
 Nos llevará hasta ese puerto  
 ¡¡I me reiré de la muerte!!
- EDELM. (*Pierde el juicio, i con la mirada espantosa i delirando, habla con voz seca i terrible. Alberto la contempla cruzado de brazos i lleno de asambro*)  
 Un pan! un pan!... Espléndido  
 Banquete se prepara.  
 ¡Qué hermosa, qué magnífica  
 La mesa luce ya!  
 ¡Oh! vé cómo solícitos  
 Los siervos se atropellan,  
 I de cristales lúcidos  
 A coronarla van.  
 ¡Qué ruido, cuánto estrépito!  
 Colocan presurosos  
 I ordénanlas simétricas  
 Las viandas del festin.  
 ¡Ah! vé! los jarros diafanos  
 Que limpia agua rebosan!  
 :Saltan, jiran en vértigo  
 De loco frenesi!  
 ¡Qué manjares!... el ámbito  
 Tapizan de la mesa  
 ¡Tántos, tántos sin número,  
 Sin término se ven!  
 Allí el vapor dulcísimo  
 En nubes se levanta,

Como fragantes hálitos  
Que inspiran embriaguez.

¡Qué gloria! ¡cuánto júbilo!  
¡Qué risas, qué alegría!  
Modulan labios celicos  
Sus cánticos de amor.  
¡Alberto, Alberto, llévame,  
Corramos, sí, corramos,  
Que ese festin los plácemes  
Por nuestra boda son!

ALB.

¡Oh! pobre! ¡oh! triste! ¡oh! mísera!  
¡Mujer que sufres tanto!  
Secar deja tus lágrimas (*enjugándoselas*)  
¡Oh! ¡cálmese tu llanto!

¡Perú, verdugo pérfido,  
Aumenta sus dolores,  
Entierra mas el rijido  
Puñal de tus rencores!

¡Vé su mirada lánguida  
I ajada su belleza!  
¡Su lloro, pueblo bárbaro,  
Sobre tu frente pesa!

Marchitas, tronchas la única  
Violeta de tu suelo;  
Quizás te fué benévolo  
Por ella solo el cielo.

¡Oh! Dios! que sus exánimes,  
Tristísimos jemidos  
En manos de los ánjeles  
Commuevan tus oídos.

¡I cómo será víctima  
Mujer tan bella i pura  
De tan inicua cólera,  
De tanta desventura!

Nó, nó, su acento lúgubre,  
Clamor de la inocencia,  
Subirá a tus alcázares,  
Pidiéndote clemencia.

Haz... sí! que en cada lágrima  
Que vierta, el vil peruano  
Reciba una flamijera  
Centella de tu mano.

¡Oh Dios benigno, sálvala!

EDELM. (*Tendiéndole la mano*) ¡Ah! ¡tú eres!

ALB. Yo, mi amada.

EDELM. Creí de turba anjélica  
Hallarme circundada.

ALB. Vives aun.

EDELM. (*Queriendo levantarse*) Sí... sigamos  
Nuestro camino, mi Alberto.

ALB. ¿Para qué?

EDELM. Nos acercamos  
A ese inmediato puerto.

ALB. Pero tú no lo podrás,  
¡Estás tan débil!

EDELM. Sí, mucho,  
¡Por acercarme mas  
Al suelo de Chile lucho;  
Pues juzgo que si muriera  
Sin acercarme una vara  
Que haber andado pudiera,  
Yo jamás me consolara!

ALB. ¡Allá vienen dos soldados!  
¡Albricias!

EDELM. ¿Vienen?

ALB. Sí! ¡albricias!  
¡Vienen comiendo! ¡oh! ¡salvados

EDELM. ¡Ai! ¡¡qué dichosas noticias!!

ALB. ¡Pan se les vé!

EDELM. ¡Ah! Dios! ¡Pan!  
¡Qué lindo es el pan! ¡qué lindo!

ALB. ¡Qué terrible hambre!

EDELM. (*Con desfallecimiento*) ¡Qué afán!  
A la fatiga me rindo.

## ESCENA IV.

Los mismos, Justo i Manuel, soldados.

- JUSTO. *(Viendo a los jóvenes i deteniéndose, con mucha alegría)*  
Cállate... que allá diviso  
Dos pájaros...
- MANUEL. ¿Estás loco  
Con aguardiente tan poco?  
No beber mas es preciso.
- JUSTO. ¡Chilenitos!... ¡hembra i macho!
- MANUEL. ¡Diantres! que es verdad!
- JUSTO. ¿Los ves?
- MANUEL. Como uno con dos son tres.
- JUSTO. ¡Qué tal, qué tal el borracho!
- ALB. ¡Alégrate, dulce hermana,  
Porque en salvo estamos ya!
- EDELM. ¿El cielo auxilio nos da  
En su piedad soberana?
- MANUEL. Buen traje viste el marchante
- JUSTO. ¡I la muchacha es hermosa!
- MANUEL. ¿Traerá plata?
- JUSTO. ¿Será esposa  
O solo será su amante? *(se detienen).*
- ALB. ¡Se paran! ¡si esos sayones  
Desprecian nuestro quebranto!
- EDELM. Nó, nó, nó, porque mi llanto  
Moverá sus corazones.
- MANUEL. Son nuestros, pues.
- JUSTO. Peladitos  
Como buena chirimoya...  
La muchacha es una joya...  
El corazon me anda a gritos!
- MANUEL. Si son dos, segun mi cuenta,  
Solo de a uno nos toca.
- JUSTO. Agua se me hace la boca.  
El mismo diablo me tiénta.

- ALB.                   ¿Quién habrá que se resista  
Al contemplar tu figura?
- EDELM.               Yo pediré...
- ALB.                   Su alma dura  
Llorará solo a tu vista.
- JUSTO.               ¿Qué esperas?
- MANUEL.             Casi nada.  
¿Cuál eliges?
- JUSTO.               ¡Yo a la chica!  
Que hasta acá adentro me pica.
- MANUEL.             ¡I a mí el marchante me agrada!
- JUSTO.               Si la llevo tendré dos,  
Como sultan las remudo.
- MANUEL.             Yo al chileno desnudo  
I despues lo envio a Dios.
- JUSTO.               ¿Vamos?
- MANUEL.             Vamos.
- ALB.                   Se encaminan  
A nosotros ellos ya.  
Mi Dios les ablandará.
- EDELM.               ¿Quién sabe si algo maquinan!  
¿Quieres asirte a mi brazo  
I al encuentro les saldremos? (*lo hace i caminan*)  
No sea que siendo estemos  
Las víctimas de algun lazo.
- JUSTO.               (*A ellos*) ¡Buena jente! (*a Manuel*) Ya se mueren!
- MANUEL.             (*A él*) No tendré que dar un tajo.
- JUSTO.               (*A él*) Pero yo llevo el trabajo.
- MANUEL.             ¡Vaya! veamos ¿qué quieren?
- ALB.                   Ya dos dias sin sustento  
Corremos la soledad.  
¡Tenednos, por Dios, piedad,  
Dadnos agua i alimento!
- EDELM.               ¡Muévaos nuestro dolor!  
¡Oh! dadnos, dadnos la vida,  
Por vuestra madre querida,  
Por el ser de vuestro amor!
- MANUEL.             Entendámosnos: ¿qué plata  
Me darás de un pan en pago?
- ALB.                   Doi diez pesos.

- MANUEL. No es mal trago  
Con tan poco no se trata.  
¡¡A él!! (*Saca la espada, i corre sobre Alberto*)
- JUSTO. ¡¡A ella!! (*Corre a ella, i la quiere llevar, i la abraza*)
- ALB. (*Poniéndose en guardia*) ¡¡Salvajes!!  
¡Atras! ¡¡atras!!
- EDELM. (*Cayendo en brazos de Justo*) ¡Ai! ¡¡Dios mio!!
- ALB. (*Saltando sobre Manuel*) Aun me siento con brio  
Contra tan viles ultrajes.
- JUSTO. (*Llevándosela*) ¡Me la tomo!
- EDELM. (*Rechozándolo en vano i llorando*) ¡Alberto, muero!
- MANUEL. (*Levantando la espada amenazando*)  
¡Te parto de un golpe!
- ALB. ¡¡Parte!!
- MANUEL. (*Tira, i Alberto saca el cuerpo*) ¡Ai! erré!!
- ALB. (*Tomándole con una mano el cuello i con la otra la espada, i esforzándose por derribarlo*)  
Ladron, matarte  
Como a un demonio prefiero.
- JUSTO. (*Besando a Edelmira que resiste*)  
A Lima, hijita la llevo,  
Ya ve que tengo una facha...
- ALB. (*Se siente la respiracion cortada de Manuel*)  
Te arranco el alma sin hacha.
- MANUEL. (*Librándose de Alberto, quien queda con la espada de aquel, i huyendo:*)  
¡¡Me salvé!!
- ALB. (*Corriendo espada en mano donde Justo*) ¡¡I tú!!
- JUSTO. (*Huyendo con rapidez*) ¡No me atrevo!
- ALB. ¡Qué desgracia! ya rendido,  
Correr no puedo a su alcance!...  
¡Mi vida!... (*levantándola*).
- EDELM. ¡¡Qué horrible trance!!  
¡Ai! ¡Alberto! ¿te han herido?
- ALB. Mi Edelmira, esos rapaces  
Que pueden robar a un mundo  
De vencer no son capaces  
A un chileno moribundo.

- MANUEL. (*Deteniéndose en la carrera*).  
 ¡Oye! párate... el macaco  
 No tiene mas que el pellejo,  
 Morirse de hambre le dejo  
 I la platita le saco.  
 I sobre todo mi espada...
- JUSTO. ¿Sabes que es bueno?
- MANUEL. Entre tanto  
 Nos reiremos de su llanto  
 Con este pan...
- JUSTO. Pues me agrada.
- ALB. (*Mirándolos*) Se vienen.
- JUSTO. No tan allá.
- MANUEL. (*Deteniéndose*) ¿Aquí?
- JUSTO. (*Se sientan en el suelo*)  
 Sí, aquí (*Principian a jugar con el pan, comiéndose-  
 lo a poco i mostrándolo a los jóvenes*).
- MANUEL. ¡Vé, qué ojazos!  
 ¡Se lo tragan en pedazos!
- ALB. (*Con desesperacion*) ¡¡Mira el pan!!
- EDELM. (*Ve el pan, i vuelve la cara, llorando con mucha  
 amargura*)  
 ¡¡No sufro ya!!
- MAN. I JUSTO. ¡Viva el Perú! viva!! viva!!!
- MANUEL. ¡Un buque nuestro echó a pique  
 A un chileno junto a Iquique,  
 I trae jente cautiva!
- ALB. (*Airado i con todo el vigor que tiene*)  
 ¡Mientes, canalla miserable! mientes!!  
 Porque el bajel que tricolor ondea  
 No se rinde jamas en la pelea,  
 Ni caen prisioneros sus valientes!  
 I si sobre él furiosa se derrumba  
 Fuerza jigante que vencer no espera,  
 Por no plegar vencida esa bandera,  
 En los abismos buscará su tumba.  
 Allí... pues solo el piélago profundo  
 Alcanza a sepultar nuestros bajeles!  
 Que nacen coronados de laureles  
 I que fenecen admirando al mundo!

O bien, alzando el inflamado vuelo  
En flamíjeras alas suspendidos,  
Cual jigantes de llamas revestidos.

Irian a buscar sepulcro al cielo! (*Manuel se rie*)

Jamas ninguna presentó la espalda,  
No es preciso, villano, ir a la historia:  
¿No has visto que va apénas con su gloria,  
Del mar la anciana reina, la Esmeralda?

MANUEL. (*Lanza una sonora carcajada*)

Allá viene un compañero (*viendo a un hombre*).

JUSTO. ¿Peruano?

MANUEL. Sí.

JUSTO. ¡Chica guapa!

¡Ahora no se me escapa!

MÁNUEL. Por el marchante me muero.

ALB. (*Viendo al que se acerca, con desaliento*)

¡¡Perdidos!! ¡viene un peruano!

EDELM. (*Tomándole la mano*)

¡Muramos juntos, mi Alberto!

ALB. (*Con valor*) ¡Mil veces, mil veces muerto

Antes de soltar tu mano!

MANUEL. (*Levantándose i acercándose*)

Vamos formándoles rueda.

ALB. Edelmira, estoí de pic:

Te juro que así daré

La sangre que aun me queda.

(*Llega un jóven peruano, cuyo rostro desaparece debajo de los polvos; bien vestido, con un sombrerito elegante de paja, i con un junco en la mano. Es Cárlos disfrazado*).

## ESCENA V.

Los mismos i Cárlos.

MANUEL. (*Cuando Cárlos se acerca*)

Empecemos, que el amigo

Al vernos nos dará ayuda.

JUSTO. (*Retrocediendo*) Le temo... tiene desnuda

La espada!

- MANUEL. Se irá conmigo.  
Dame tu hierro (*a Alberto*) Veamos...  
No temas (*a Justo*).
- JUSTO. Mano segura...
- MANUEL. (*Preparándose*)  
Verás que el duelo no dura (*a Justo*)  
Pero peleemos (*a Alberto*).
- ALB. (*Preparándose*) ¡Ya estamos!
- JUSTO. (*A Carlos que llega*) ¡Cocerlos, hombre i matarlos!  
¡¡Son chilenos!!...
- CÁRL. (*Con pronunciación peruana*)  
Sí! pues, mira!! (*reconociéndolos*)  
¡Alberto! ¡Alberto! ¡¡Edelmira!!
- ALB. (*Cesan en el combate*) ¡Es él! ¡¡es Carlos!!
- EDELM. (*Con voz apagada*) ¡Es Carlos!
- CÁRL. (*Con furia a los peruanos*)  
¡Espérense! (*a Alberto*) Dame acá (*le quita la espada i los sigue*)  
¿Con qué matarlos?
- JUSTO. (*Huyendo*) ¡¡Arranca!!
- MANUEL. (*Huyendo i recibiendo un golpe*) ¡¡Estoi herido!!
- JUSTO. ¡¡Nos chanca!!
- CÁRL. (*Deteniéndose*) ¡No puedo alcanzarles ya!  
(*Desaparecen los peruanos, i Carlos vuelve donde los jóvenes que lo contemplan con estupor*).

## ESCENA VI.

Carlos, Edelmira i Alberto.

- CÁRL. (*Abrazando a Alberto.*) ¡Amigo, deja abrazarte!  
¡Señorita!! (*Da la mano a Edelmira, quien apenas puede estrechar.*)
- ALB. ¡No comprendo  
Ni creo lo que estoi viendo!
- CÁRL. (*Fijándose en ellos*) ¡El alma al verle se parte!  
¡No han comido! (*Edelmira lanza una carcajada histérica, que les deja aterrorizados.*)  
¡¡Esto es horrible!!

ALB. ¡Es horrible! Ya dos días  
Duran nuestras agonías!

CÁRL. ¿Cómo? ¿cómo? ¡¡es increíble!!

ALB. Un oculto personaje  
De la prision nos sacó  
I en silencio nos llevó  
Hasta un lejano paraje.

Solo nos dijo: el desierto  
Seguid, seguid sin cesar  
I siempre orillando el mar  
Pronto hallareis algun puerto.

CÁRL. ¿I no les dió provisiones  
Para el camino?

ALB. Ni un pan.

CÁRL. ¿Cómo? Tan pérfido i tan!...  
¡Ah! qué amargas decepciones!!

Ese hombre que les sacó  
Del calabozo sombrío,  
Solo era un agente mio  
Que a salvarles mandé yo.

ALB. ¡¡Tú mandaste!!

CÁRL. Yo, que preso,  
Fuí espulsado, de tal suerte,  
Que, si se me halla, la muerte  
Se me aplica sin proceso.

Al partir supe que expiabas  
En la cárcel tus amores  
I que a los mismos dolores  
A tu Edelmira arrastrabas.

Como puedo, me dirijo  
A un hombre de mi confianza,  
I el trabajar sin tardanza  
Por libertarles le exijo.

I que ocultos les conduzca  
Hasta los puertos cercanos,  
Donde a salvo de peruanos  
Al vapor les introduzca.

I él... ¡infeliz! mis encargos  
Pésimamente ha cumplido,  
I tú i ella habeis sufrido  
Infortunios tan amargos!

¡Por mí sí, ¡solo por mí!

ALB. Tu voluntad agradezco.

CÁRL. ¡Calla, calla! yo merezco  
Odio profundo de tí!

ALB. Cárlos, en eso no pienses...  
Cuéntame con qué misterio  
Nos abriste el cautiverio...

CÁRL. Te ruego que me dispenses.

ALB. Si no puedes, díme al ménos  
Cómo ha sido este milagro  
De encontrarnos...

CÁRL. Yo consagro  
Mi existencia a los chilenos.

I a mi patria, que me obliga  
No abandonar esta tierra  
I observar el plan de guerra  
Que usa la fuerza enemiga.

Por eso, apéna el navío  
Detiene un tanto su viaje,  
Mudando de nombre i traje,  
De mis guardias me desvío.

I del Tambo en la bahía (*señala un punto de la  
costa*)

Donde hizo escala el bajel,  
Desembarco, hecho un doncel  
De los que este suelo cria.

I dejando al punto el puerto,  
Aunque la vida se ama,  
Voi donde el deber me llama  
Atravesando el desierto.

I por suerte... pero en vanos  
Recuerdos pierdo este instante,  
Cuando quizás no distante  
Tengo de mí a los peruanos...

¡¡Cuánto sufrir les he hecho!!  
 Veamos si se consigue  
 Que este daño se mitigue  
 Del adversario a despecho...

Por ahora solamente (*sacando una botella*)  
 Permite que les ofrezca  
 Un líquido que refresca (*se la da al joven*).

ALB. (*Destapándola i oliendo*) ¡Es aguardiente!

EDELM. ¡Aguardiente!

CÁRL. (*Pasándola a Edelmira*)  
 Beba usted cuanto mas pueda.

EDELM. (*Pasándola al joven*) Nó, tú, Alberto.

ALB. Tú, Edelmira.

EDELM. Nó, tú...

ALB. Nó, tú... (*ella bebe. A Carlos*) ¡Sí ya espira!  
 ¡Apénas fuerza le queda! (*recibe la botella i bebe*).

CÁRL. ¡Qué horrible!... mas si el licor  
 Le infunde vida i aliento  
 Para buscar el sustento  
 Diez cuabras al interior,  
 Están salvados...

ALB. ¡¡Salvados!!

CÁRL. Porque allí un peruano vive...

ALB. ¡I si a hierro nos recibe?

CÁRL. Iguales son mis cuidados...

¡Oh! Dios! ¡qué cruel nos azotas!...  
 Aunque... si finjes en todo  
 Que eres peruano... de modo  
 Que les crean compatriotas...

I ademas, si agregas tú  
 Que el chileno salvajismo  
 Se confunda en el abismo  
 I gritas ¡viva el Perú!

Te han de hacer buena acogida  
 I agua i sustento tondrás,  
 I sin trabajo sabrás  
 De algun vapor la salida.

- ALB. (*Con entusiasmo*) Lo haremos... sí, sin tardanza!  
 ¡Ai! Cárlos! a tí te debo  
 Poder contemplar de nuevo  
 Un estello de esperanza!  
 (*Quedan un instante en silencio. Edelmira vuelve con tristeza sus ojos a Cárlos*).
- CÁRL. (*Mirando a Edelmira con mucho dolor*).  
 ¿Por qué, por qué, Rei divino,  
 Causar mi engaño te plugo?  
 ¡Que yo fuera su verdugo!!  
 ¡Que yo fuera su asesino!! (*fuera de sí*).  
 ¡Oh! ¡qué bárbaro! ¡me espanto!  
 ¡Me maldigo! ¡¡me aborrezco!! (*Viendo llorar a Edelmira*)  
 I por espacion le ofrezco  
 Sangre, sangre en vez de llanto!!  
 ¡Oh! no me odie, nó! Edelmira!
- EDELM. Gratitud solo os profeso.
- CÁRL. ¡Gratitud! ¡qué horrible es eso!
- ALB. Tu mente, Cárlos, delira.
- CÁRL. Sí, sí, delira i no puedo  
 Comprender lo que me pasa!  
 ¿Qué monstruo oculto me abrasa?  
 ¡Me tengo a mí mismo miedo!
- ALB. Cárlos, el destino adverso  
 Se enfurece en nuestro daño,  
 I se vale de un engaño  
 En vez de un medio diverso.  
 I en lo que el cielo decreta  
 ¿Por qué te juzgas culpado?  
 El sufrir no ha mandado...  
 Sus leyes, Cárlos, respeta!
- CÁRL. Pero ¿cómo ángel tan bello  
 Tan divina creatura  
 El cordel de la amargura  
 Puede arrastrar a su cuello?
- ALB. Concluir el cielo ha querido,  
 Con llanto de la inocencia,  
 Su ilimitada clemencia  
 Con el Perú aborrecido!

CÁRL.

El Perú el Perú orijina  
Tanto dolor, tanto lloro:  
¡Por justicia a Chile imploro  
Su escarmiento i su ruina!

ALB.

El tiempo en tanto es precioso.

CÁRL.

Es verdad.

ALB.

Cada minuto  
Paga a la muerte tributo  
Nuestro aliento fatigoso.

CÁRL.

I a mí mis perseguidores  
Quizas de cerca me siguen.

ALB.

Parte, pues...

CÁRL.

*Disponiéndose a partir*) ¡Que se mitiguen  
Sin tardanza sus dolores!

Alberto, aguardo que un día  
De nuestra patria en el seno,  
Allá donde todo es bueno,  
Donde todo es alegría;  
Allá, Alberto, mis historias  
Te narraré placentero...  
Sí... que conozcas espero  
Mis aventuras i glorias.

Recuerda en tanto que aquí  
En esta atmósfera triste  
Un amigo tuyo existe,  
Que espera verte.

ALB.

Sí! sí!

CÁRL.

I si nuestra alma alza el vuelo  
A las sublimes rejiones,  
Irán nuestros corazones  
A saludarse en el cielo.

I usted, Edelmira, borre  
De Chile con el encanto  
Ese tristísimo llanto  
Que por sus mejillas corre.

Mando, Alberto, en tus abrazos  
A mi anciana i pobre madre  
I a mi idolatrado padre  
Del corazón los pedazos.

- ALB. Tú cumples el deber sublime  
De consolar al que llora,  
I, con mano protectora,  
De libertar al que jimo.
- CÁRL. (*A Edelmira dándole la mano*) ¡Anjel, adios!
- EDELM. ¡Adios, Cárlos!
- CÁRL. (*Abrazando al jóven, con emocion*)  
Iré, en mi patria talvez...
- ALB. (*Abrazándolo*) ¡Cárlos, adios!... ¡adios, pues!
- CÁRL. (*Separándose*) ¡O en el cielo a saludarlos!  
(*Cárlos se aleja de los jóvenes que quedan mudos, i  
antes de perderse vuelve la vista, los contempla i  
desaparece*).

## ESCENA VII.

## Alberto i Edelmira.

- ALB. ¿Podrias seguir el viaje,  
Afirmándote en mi hombro?
- EDELM. Sí, Alberto, sí; aunque me asómbro  
De mi fuerza i mi coraje.  
Esa singular bebida  
Que quema ardiente mi boca,  
Hasta el corazon me toca  
I me infunde nueva vida.  
Puedo mover con soltura  
Mis miembros rijidos ya,  
I contemplo que no está  
La creacion toda oscura.
- ALB. Mi Edelmira, ¿no nos luce  
De la esperanza la aurora?  
¿No ves que el destino ahora  
A la patria nos conduce?  
¿No es mas lijero tu pié,  
I un peso enorme se aleja  
De tus hombros, i refleja  
En tu espíritu la fé?

Es de la patria el acento  
 Que a su regazo nos llama!  
 ¡Oh! ¡qué dulce es en quien ama  
 El entusiasmo que siento!

EDEL.M.

Después de tanta zozobra,  
 De tan duras privaciones,  
 Noto que sus ilusiones  
 Mi fantasía recobra.

Mi corazón abatido  
 Siente esperanza i consuelo...  
 ¿No pisaré nunca el suelo  
 De nuestro Chile querido?

Sí, sí, porque ahora veo  
 Que mi resignada calma  
 Es la prueba de que mi alma  
 Conseguirá su deseo.

A.L.B.

(Señalando un humo lejano)  
 ¿Ves aquel humo que sube  
 Como serpiente de plata,  
 I que luego se dilata,  
 Formado diáfana nube?

Allí de astucia a merced,  
 Jente que nos aborrece  
 La salvación nos ofrece,  
 Calmando nuestra hambre i sed.

I en seguida, i en seguida  
 En el vapor a tu lado  
 Volaré al seno sagrado  
 De nuestra patria querida!

¡La patria, la patria bella!  
 ¡Oh! palabra encantadora!  
 ¿Qué corazón no la adora  
 I da su vida por ella?

Te aseguro que es mi anhelo  
 Ir a Chile, ser tu esposo,  
 I morir de puro gozo,  
 Besando su amado suelo.

Pero nó... que un juramento  
 Liga al combate mi muerte!!

Qué gloria ¡oh! patria! ofrecerte  
Entre las armas mi aliento!!

Desbaratar con mi acero  
Las turbas del enemigo!...  
Darte treinando castigo  
Por nuestro dolor espero!

I oir que furjosa brama  
La metralla vengadora,  
I entre la hueste traidora  
El exterminio derrama!

I lanzarse al torbellino,  
Al medio de los aceros,  
I de enemigos guerreros  
Sembrar valiente el camino!!... (*exaltado*).

Por mi patria i mi derecho  
¡A la guerra! si ¡¡a la guerra!!...  
¡Ai! casi apénas se encierra  
El corazon en mi pecho!

EDELM.

(*Entusiasmada*) Tambien quiere merecer,  
En su entusiasmo, la gloria,  
El laurel de la victoria  
Mi corazon de mujer.

Si mi valor no se emplea,  
Contra el peruano, soi fuerte  
Para arrancar a la muerte  
Al que caiga en la pelea.

ALB.

Sí, sí, sí, que Magdalena  
Quede en su orgullo burlada,  
I que sepa despechada  
¡Cuánto puede una chilena!

Ya creo ver cómo ondula  
Nuestra gloriosa bandera,  
I a la falanje guerrera  
Que el himno patrio modula,

¡Viva Chile! ¡viva! ¡¡viva!!  
Será en la guerra mi grito,  
Hasta que el Ser infinito  
¡En su seno me reciba!

Ese Ser orlará mi alma  
 Con espléndida aureola,  
 Mientras mi mano tremola  
 De la victoria la palma.

Haz que pronto pueda verte  
 En la mansion sacrosanta...

EDEL.M.

(*Con amor*) ¡I si se humilla a tu planta  
 El enemigo i la muerte?

ALB.

Entónces ¿quién podría  
 Mi gozo, mi alegría,  
 Mi dicha imaginar?  
 Ligados a un lazo,  
 Un solo, eterno abrazo  
 Mi vida fuera ya!

¡Qué encanto! ¡qué ventura!  
 Si goza tu hermosura  
 ¡Mi amante corazón!  
 Dulcísimos ensueños,  
 Delirios halagüenos!  
 ¡Brindáranos amor!

¡Qué gloria! el fuerte acero  
 I lauros del guerrero  
 Llevar cerca de tí!  
 I en plácidas caricias  
 I en mundo de delicias  
 Vivir... ¡siempre vivir!

EDEL.M.

¡Oh! Alberto! dáme, dáme  
 Un nombre con que te ame  
 I al cielo ame también!  
 ¡Oh! día venturoso  
 Aquel en que el esposo  
 Serás de esta mujer!

Alberto, yo no anhele  
 Mas gloria ni mas cielo  
 Que el que me ofreces tú.  
 Tu esposa sea i luego,  
 En pago de mi ruego,  
 Me robe el ataúd! (*descubren una choza a lo léjos*).

ALB.           Allí está, allí está la choza  
Que nos ofrece la vida  
Tú serás, prenda querida,  
En apariencia mi esposa.

          Cuanto mas puedas imita  
De estas jentes el lenguaje;  
Dí que el chileno salvaje  
Tu patrio entusiasmo irrita.

          Haz cuanto esté de tu parte  
I atiende a cuanto yo diga,  
Porque el trance nos obliga  
La astucia a adoptar i el arte.

EDELM.        Toda mi fuerza i talento  
Agotaré en este apuro.

ALB.           Haces bien, pues es seguro  
Que si no hallamos sustento...

EDELM.        Solo el morir nos espera...

ALB.           Tal es nuestra situacion.  
Mas me dice el corazon  
Que hallaremos...

EDELM.                           ¡Dios lo quiera!

ALB.           En mi astucia yo confio,  
Ya verás como les hablo...  
A mi patria doi al diablo,  
Maldiciendo su estravio.

          Pero a fé, que si no fuese  
Tan espantoso mi aprieto,  
No quedaria en secreto  
Un nombre que me ennoblece.

EDELM.        (*Mirando hácia atras*).

          Al fin llegamos... ¡Qué estenso  
Es el llano solitario!  
¿No se asemeja a un osario?  
¡Parece sepulcro inmenso!

ALB.           Jamás en Chile un desierto  
Tan dilatado se pasa,  
I por no hallar una casa  
Nunca ninguno se ha muerto.

Se encuentran en campos peores  
A lo léjos, como nidos  
En los bajos escondidos,  
Hogares de labradores!

I, si se observa de un cerro,  
Se ve en la pampa vecina  
El humo de la cocina,  
I se oye el ladrar del perro!

I a la vista se figura  
Un piélago ilimitado,  
De breves islas sembrado  
Que a la distancia murmura.

EDELM. (*Deteniéndose cerca de la puerta*) Ya llegamos.

ALB. Sí, llegamos.

EDELM. Está cerrada la puerta...  
Llamaremos...

ALB. (*Golpeando con cuidado*) Sí, concierto  
Cortesía les llamamos...

### ESCENA VIII.

Los mismos, Antonia (*Antonia es una vieja espantosamente fea,  
i viene hablando al abrir*).

ANTONIA., ¿Será ladron o asesino  
El que tan quedo golpea? (*abre*).  
¿Qué busca usted? ¿qué desea?

ALB. (*Finjiendo pronunciacion peruana*).  
Señora, voi de camino...  
Un miserable, un infame...

ANTONIA. (*Recapacitando*) No vienen así por buenos...  
¡¡Son blancos... sí, son chilenos!!  
Esperen que al perro llame... (*intentando entrar*).

ALB. (*Mira a Edelmira que llora, i arrodillándose*).  
Soi peruano, i vengo aquí  
A suplicar de rodillas...

ANTONIA. (*Con risa infernal*) ¡Ah! ¡chilenito! ¡te humillas!

EDELM. (*Se hinca llorando*) A vuestras plantas... sí, sí!!

- ALB. Os pido, por cuanto existe  
De sagrado en cielo i tierra...
- ANTONIA. Léjos, léjos, que la guerra  
En la venganza consiste... (*queriendo irse*).
- EDELM. (*Deteniéndola.*) Oid, oid, por vuestra alma,  
Por el cielo que nos mira!...
- ALB. ¡Por ella! por mi Edelmira!!
- ANTONIA. (*Con tono amenazante*)  
¡Ya voi perdiendo mi calma!...  
¡Márchense!... pues, si al instante  
No les diviso bien léjos,  
Entregaré sus pellejos  
Al Topete i al Diamante! (*cierra la puerta.*)  
(*Enjugándose los ojos.*) ¡¡Vamos!!
- ALB. (*Llorando.*) ¡¡Vamos!! (*se alejan en silencio*).
- EDELM. (*Asomándose.*) Pedir pan  
Un chileno a una peruana...  
¡De reirme me dá gana! (*los mira*).  
¡Bueno! bueno! ya se van (*se entra*).

## ESCENA IX.ª

## Edelmira i Alberto.

- EDELM. (*Llorando*) ¿A morir?
- ALB. (*Con profundo dolor, secándose el llanto.*) ¡A morir!  
¡Tal fin mi pecho aspira!  
Si lloro, mi Edelmira,  
Es solo al verte a tí!  
¡Al ver la pena cruel  
De tu alma dolorida!  
¡Al ver que a dar la vida  
Yo mismo te arrastré! (*con dolor creciente*).  
¡¡Que ciño a tu cien yo  
Del mártir la corona!!  
Tu horrible mal perdona,  
¡Por Dios! ¡¡por nuestro amor!! (*fuera de sí*).  
¡Oh! ¡¡es todo inútil ya!!...  
¿Por qué el arcano oscuro  
Del lúgubre futuro  
No supe adivinar?

- ¡Tan jóven i tan bella,  
 Tan pura i candorosa!...  
 ¡A ver la fria losa  
 Te arrastro tras mi huella!  
 (Con voz débil i dolorosa). No siento mi congoja,  
 ¡No lloro porque espiro!...  
 ¡Habrá quien mi suspiro  
 Con lágrimas recoja!  
 I entónces ¡ai! tendr   
 Un ser, cuando sucumba,  
 ¡Que lloro i triste tumba  
 Benéfico me de!  
 ¡Morir!... n , no es dolor  
 Si mi última mirada  
 En t  queda grabada,  
 Si muero por tu amor!  
 (Desesperado). ¿I quién, i quién nos liga  
 A tan horrible estado?  
 La suerte, Alberto, el hado...  
 ¡La vil rabia enemiga!  
 ¡I en Chile!... el noble suelo  
 Virtud solo alimenta!  
 I si álguien se lamenta,  
 Tambien halla el consuelo!  
 ¡All  piadosa puerta  
 El triste que fallece,  
 El que hambre i sed padece  
 Encuentra siempre abierta!  
 ¡Ai! ¡t nto que padezco!  
 Talvez tan duro lloro, (mirando al cielo)  
 Por crímenes que ignoro,  
 De vos, Señor, merezco?  
 (Voz apagada, deteniéndose) I yo ya mas no puedo;  
 ¡La fuerza me abandona!  
 Mi Alberto... t  perdona  
 Si aquí a expirar me quedo!  
 S , amada... aquí se aguarda...  
 ¡Tu lecho es esa roca! (se sientan en las piedras)  
 ¡Mi aliento se sofoca!...  
 ¡La muerte ya no tarda!

- EDELM. ¡Qué horror! ¡cuánto martirio!  
 ¡El mundo en torno jira!
- ALB. ¡Deliras, mi Edelmira!
- EDELM. ¡Sí, Alberto, es un delirio (*Se desencaja su rostro*)
- ALB. ¡Oh! ¡yo me espanto al verte!  
 Si al ménos tanta fiera  
 Angustia no trajera,  
 Feliz fuese la muerte!
- EDELM. ¡En vano lucho... en vano  
 Intento resistir!
- ALB. ¡Morir! ¡triste morir!  
 ¡Qué horror, pueblo inhumano!
- EDELM. ¡Mis lágrimas bebiera!
- ALB. ¡Mis brazos devorara.
- EDELM. ¡Con qué mi sed saciara.
- ALB. ¡Mi sangre te ofreciera! (*se ve el humo de un vapor  
 i él lo señala.*)  
 ¿Deliro?... ¿Qué es aquello?
- EDELM. ¿No es humo?
- ALB. ¡Es humo o nube  
 Que al cielo, del mar, sube!
- EDELM. (*Con alegría que le agota las fuerzas*)  
 De vida es un destello.
- ALB. ¡Vapor!! ¡es una nave!
- EDELM. ¡Es nave que allí avanza!
- ALB. (*Con mucho entusiasmo.*)  
 ¡Es nave! ¡oh! esperanza!  
 ¡El gozo en mí no cabe!  
 ¡Perdóname mi amor!  
 ¡Reboso de ventura!  
 Alcemos a la altura  
 Postrados nuestra voz (*se arrodillan i dicen:*)
- AMBOS. Si oyendo los clamores  
 I fúnebres jemidos  
 De náufragos perdidos  
 En mares de dolores,  
 Terminas sus desgracias  
 ¡Oh! Dios qua al mundo rijes!  
 I aquí el bajel dirijes,  
 Recibe nuestras gracias!

- ALB. (*Haciendo señas.*) Llamémoslos, mi vida...
- EDELM. ¡Ail ¡ail! me cubre un hielo!...
- ALB. (*Sacando el pañuelo i llamando.*)  
Mejor con el pañuelo... (*el buque va pasando rápido.*)
- EDELM. (*Con desaliento.*) ¿Ya es tarde su venida?
- ALB. (*Grita.*) ¡Aquí! aquí!.. Su quilla  
Se inclina hácia este punto  
¿No crees que pare junto  
Las rocas de la orilla!  
¡¡Salvados!! ¡vienen ya!
- EDELM. ¿Ya vienen?
- ALB. Sí, pues mira  
Fondea allí, Edelmira!...
- EDELM. (*Viéndolo alejarse i perderse.*) Nó! nó!
- ALB. (*Desesperado.*) ¡¡Horror!! ¡se vá!
- EDELM. ¡Perdidos!
- ALB. ¡Sí, perdidos!  
¡No hai ya esperanza alguna!
- EDELM. ¡Morir!
- ALB. ¡No hai mas fortuna!  
¡¡Morir entre jemidos!!  
¡Qué tétrico es morir (*con voz apagada i llorosa*)  
Si luce en lontananza,  
Cual mundo de esperanza,  
Glorioso porvenir!  
¡Qué triste los rigores  
Que tronchan una vida,  
Cuando entra a la florida  
Mansion de los amores!  
¡Qué triste, si aquella alma  
Palpita i vibra ardiente,  
I anhela del valiente  
Cefir la noble palma!  
¡Qué triste, si aunque late  
De patrio amor su pecho,  
No puede su derecho  
Gloriar en el combate!

¡Qué horrible, si a su lado  
El ¡ai! con que sucumba  
Hará tambien la tumba  
De su ángel adorado!!

EDEL.M.

¡Qué dulce, dí mejor  
La muerte que nos lleva  
Al mundo donde deba  
Gozar siempre tu amor!

¡Tu mano dáme, Alberto! (*convulsiva*)  
¡Qué rabia! qué locura!!

ALB.

¿Por qué en tanta amargura;  
Señor, no nos has muerto?

EDEL.M.

¡Quisiera hacer pedazos  
Cuanto hai cerca de mí!

ALB.

¿Acaso rompe así  
Tu espíritu sus lazos?

¡Amor! maldito seas!  
¡Tú llanto solo ofrece!  
¡Maldito, sí, mil veces,  
Pues víctima deseas!!

EDEL.M.

¡Mi pobre Alberto! ¿lloras?  
¡Huyamos de este páramo!  
El cielo es nuestro tálamo!  
El cielo que tu imploras.

ALB.

¡Oh! patria! si mi mano  
No puede ir a ayudarte  
Que arrace como Marte  
Tu diestra al vil peruano!

¡Que tu alma se confunda  
Con la alma de la gloria!  
¡Con sangre de esta escoria  
Valiente el suelo inunda!

Mi Chile soberano,  
Como hoy sigue dichoso,  
I sé el astro hermoso  
Del suelo americano.

¡Ai! Dios! me falta aliento!... (*desfalleciendo.*)

- EMDEL. *(Tendiéndole las manos)* Alberto, es de tu amor  
 El... último... suspiro...  
 ¡Ai!... ¡Dios!... ¡ai!... ¡Dios!... ya espiro... *(cae en las rodillas de Alberto, quien la contempla.)*
- ALB. ¡¡Sucumbes, mi alma, adios!! *(besándola i llorando.)*  
 ¡Ha muerto!... ¡ha muerto!... Dáme  
 El último tributo!...  
 ¡Oh! patria! siembra luto  
 En esta tierra infame!!  
 Vengadnos sin clemencia  
 Del pérfido verdugo!  
 El... llanto que me enjugo *(procurando hacerlo.)*  
 Te... dejo por herencia!  
 ¡Adios!... patria... querida!  
 De tí muero... distante...  
 Ya... caigo!... agonizante!... *(va inclinándose con languidez sobre la frente de Edelmira)*  
 ¡Adios!... adios!... ho!... vida! *(queda inmóvil.)*

## ESCENA X.

## Antonia i Alberto.

- ANTONIA. *(Un momento despues llega la vieja riendose, i quiere despojarlos.)*  
 Están aquí... ¡Se han muerto!...  
 ¡Simpática pareja!  
 Un hecho es que me deja  
 Sus gangas el desierto!  
 Mi fuerza que es tan poca  
 Con esto se contenta.  
 Es visto al fin de cuenta  
 Que el tal Chile nos toca.  
 A ver, a cuánto alcanza  
 El oro del amigo... *(tocándole i queriendo desnudarle.)*  
 El traje no es de abrigo... *(se sienten pisadas de caballos.)*  
 ¿Qué ruido? ¿quién avanza? *(mirando a las personas que llegan.)*

## ESCENA XI

Los mismos i Magdalena, Ramirez i algunos militares.

- MANUEL. *(El soldado va guiando a Ramirez i a Magdalena que visten traje de camino)*  
 ¿Los ve, señora i señor?  
 Es aquella la pareja.  
 ¿I será el otro esta vieja?
- MAGD. *(Adelantándose seguida de Ramirez.)*  
 ¡¡Allí muertos!! ¡oh! ¡¡furor!!
- RAMIREZ. ¡Qué dicha, amada sirena,  
 Vengada estais con su muerte;  
 Que enlace ya nuestra suerte  
 Del dulce amor la cadena.
- MAGD. *(Con ira)* ¡Idos, idos, en buena hora!  
 ¡Vos nada espereis de mí!  
 ¿Villano, se venga así  
 A la mujer que se adora?  
*(Con mas furia)* ¡¡Me vencieron!!... Les hirió  
 El mismo dolor!!... ¡¡su llanto  
 Vertieron juntos!! i el manto  
 De igual muerte les cubrió!! *(se lanza sobre ellos,  
 como si le asaltara una idea repentina)*  
 ¡¡Aparte, aparte!! que alcanza  
 El rencor de mis enojos  
 A separar sus despojos...  
*(Les toma con frenesi i arroja los cuerpos al suelo.  
 Alberto se ajita convulsivo en dolorosa agonía, i dice  
 con voz apenas perceptible:)*
- ALB. ¡Oh! ¡Chile mio! ven...gan...za.  
*(Se ajita por un instante mas i queda inerte tendido  
 en el suelo. Magdalena contempla los cadáveres  
 mientras Ramirez trata de huir, i los otros espec-  
 tadores observan asombrados).*

FIN DEL DRAMA.

Santiago, mayo 30 de 1879.

LUIS A. VALENZUELA O.

## OBSERVACIONES

### SOBRE EL CEREBRO DE LOS CRIMINALES.

(CONFERENCIA EN LA ACADEMIA DE BELLAS LETRAS).

#### I.

Señores:

Me gusta la libertad de esta tribuna que nos permite abordar todos los problemas sin reticencia i sin reservas, pero temo abusar de esa jenerosa libertad desarrollando ideas que están en pugna abierta con las que acabais de aplaudir tan calurosamente.

En efecto, señores, el rasgo mas acentuado en la fisonomía moral de don Domingo Arteaga, era su profunda fé en la voluntad del hombre, era su íntima creencia en el dogma de la libertad humana. Domingo Arteaga creia en la omnipotencia de la voluntad, creia en la libertad infinita, i yo, señores, no lo creo. El era poeta i yo soi médico. El habia visto el cóndor de nuestras montañas abrir las alas i recorrer a su antojo el ancho cielo, flotar omnipotente, orgulloso, altivo, como el majestuoso monarca del espacio, i como ese cóndor altanero i libre era el pensamiento del hombre para él.

Señores: yo tambien he visto ese cóndor. Lo he seguido en su imponente vuelo, i súbitamente detenido por un golpe mortal lo

he visto vacilar en el espacio, describir un círculo inmenso i caer a los piés del cazador, agitarse un momento en convulsiones violentas i vaciar su sangre por la herida. Basta un momento para convertir el orgullo arrogante del monarca en la mirada suplicante de un moribundo! Basta un momento i herir un órgano, el órgano mas insignificante, para que la voluntad mas enérgica vacile, ceda i caiga arrodillada a los piés de ese déspota inexorable que so llama el organismo.

Esto lo he visto yo, señores, i lo habeis visto ayer no mas todos vosotros ¿acaso la caída de ese cóndor detenido por la muerte en medio de su arrogante vuelo no os trae a la memoria la propia muerte de Arteaga cuando mas seguro i ufano lanzaba su atrevida i hermosa inteligencia en el campo sin fin de los ideales?

Pero no solo tendreis que perdonarme que venga aquí a presentaros la vida desde un punto de vista mui diverso de aquel en que Domingo Arteaga la miraba. Los dos oradores que me acaban de preceder en la tribuna os han transportado al mundo risueño de los poetas: ilusiones, ideales, armoniosos ecos del pasado, dulce intuición del porvenir, todo lo que embriaga en el mundo fascinador de los poetas, todo eso ha sido evocado en vuestro espíritu i flota todavía en la atmósfera de esta sala.

Perdonad si el ruido de mis palabras hace huir de prisa esas hermosas evocaciones, si desvanezco ese mundo de fascinadores misterios i os vuelvo al frio escenario de la realidad i de la ciencia. Pero... dejad que cada cual cumpla su mision: el poeta la suya i yo la mia.

## II.

No necesito desarrollaros la teoría en que Herbert Spencer encuentra la fórmula absoluta del progreso. Para el pensador inglés todo en la creacion está sujeta a una lei comun de desarrollo, cuyo elemento primordial es el pasaje de un estado mas homogéneo, mas uniforme a otro ménos homogéneo, ménos uniforme. Desde el astro hasta la flor, desde la roca hasta el pensamiento, desde lo infinitamente grande hasta lo infinitamente pequeño todo se desarrolla obediendo a esa lei.

En el dominio mas especial de los estudios del cerebro encontramos una brillante confirmacion de la teoría Spenceriana. La

masa encefálica ha sido hasta hace poco considerada por los autores de anatomía como una masa uniforme en su estructura, i que afectaba en la superficie aspectos caprichosos i esencialmente variables.

El ojo desnudo se paseaba por la corteza del cerebro sin percibir en la disposicion de los profundos pliegues que la cubren ninguna lei fija, ninguna relacion constante. Los cortes dados en el interior de aquellas circunvoluciones tampoco dejaban ver nada que pudiera distinguirlas. A la simple vista todo era igual, todo era uniforme.

Como era natural, a esta manera de ver anatómica correspondia una concepcion fisiológica que estuviera con ella en armonía. Desde que se miraba la masa cerebral como una masa uniforme i homogénea, era lógico creer que las múltiples funciones del cerebro debian ser desempeñadas por todas i cada una de sus partes. No habia razon para querer atribuir funciones distintas a distintas partes de la corteza cerebral, desde que todas eran consideradas como esencialmente iguales; no habia razon para creer que órganos idénticos pudieran desempeñar funciones diversas. I obedeciendo a un criterio vulgar se miraba como empresa absurda i de antemano condenada a un fracaso irremediable toda tentativa de localizacion de las funciones cerebrales, es decir, toda tentativa para atribuir una funcion especial a cada rejion del cerebro.

Las esperiencias practicadas por Flourens en el cerebro de animales inferiores robustecian estas ideas dándoles la sancion suprema de la fisiología experimental.

Por otra parte tambien contribuyó al afianzamiento de las ideas dominantes la atrevida i prematura hipótesis de Gall, que intentó localizar en rejiones diversas del cerebro las aptitudes intelectuales i morales. Suponia que un punto de la superficie del cerebro era el órgano de la memoria, otro el órgano de la observacion, otro del respeto, i así sucesivamente fué fragmentando las pasiones, los instintos, las facultades, i distribuyéndolos en otros tantos fragmentos de la superficie cortical. Todos estos órganos ocupaban la periferie del cerebro i se imprimian en la caja osea que forma el cráneo. De manera que si el órgano del amor era mui desarrollado en un cerebro, esa proeminencia cerebral se traducia al exterior por una proeminencia ósea, que la mano del observador percibia con facilidad recorriendo la cabeza, i si, por el contrario, ese órgano faltaba, en vez de la proeminencia tendríamos una

depresion en la superficie. Saber si un hombre tenia o no una facultad, i medir el desarrollo de esa facultad, era, pues, cuestion de apreciacion exterior, simplificada por la comparacion de la cabeza que se queria examinar con una de esas cabezas de yeso o de carton en que Spurzheion habia indicado las diversas rejiones, señalándoles el papel que atribuia al órgano que se reflejaba en ellas. Esto es lo que se llamaba la *cranioscopia* entre los adeptos de la frenología, i los cráneos parlantes entre los irrespetuosos.

Se comprende, o mas bien dicho, se adivina las críticas amargas i epigramáticas a que daria origen un sistema que tan hondamente heria las opiniones científicas i las creencias morales de su tiempo, que abordaba audazmente los graves problemas del crimen i el mérito para darles una solucion materialista, i lo reducia todo en el mundo moral—ideas i pasiones—al desarrollo o a la ausencia de una protuberancia cerebral.

Pero mas graves que esas críticas ardientes en que los moralistas despedazaban a Gall, fueron las observaciones de los anatomistas i fisiólogos. No tardaron los primeros en hacer visible un defecto radical de la teoría frenológica:—el cráneo no reproducia al exterior los accidentes del cerebro, reproducia sus grandes líneas pero no sus pequeños detalles. Se podia apreciar exteriormente el volúmen jeneral de un cerebro, pero nó las formas detalladas de su masa. De modo que aún suponiendo completamente exactas las localizaciones que Gall habia establecido, estaba por descubrirse todavía el medio de reconocerlas, sin abrir la bóveda del cráneo.

En cuanto a los fisiólogos, reduciendo la teoría frenológica a una cuestion de simple esperiencia, amontonaron los hechos que probaban que las cualidades intelectuales i morales no correspondian a las rejiones señaladas por Gall.

Desde luego habia un hecho que era imposible negar i ni siquiera discutir, i ese hecho era que el cerebro era el órgano mas importante de las funciones intelectuales, pero nó su órgano único, esclusivo. Hai otros órganos que ejercen una influencia fácil de apreciar sobre la constitucion i las funciones del espíritu, influencia que las enfermedades ponen de relieve. Las estrechas i vivas simpatías que unen a los centros de la respiracion, la dijestion i la circulacion con el cerebro hacen que la perturbacion de los unos se estienda a los otros, hace imposible el funcionamiento normal de los unos estando modificado el de los otros. La teoría

de Gall desconocía este hecho de observación vulgar encerrando en el cerebro toda la vida intelectual i aislándolo por completo de sus simpatías naturales.

Por otra parte, el inquieto afán con que los enemigos de Gall perseguían sus teorías los llevó a extraños descubrimientos. La cabeza que se había creído de Rafael i en que los adeptos de Gall reconocían todas las facultades del gran maestro de la pintura italiana, resultó después de investigaciones más prolijas, que era el cráneo de un oscuro canónigo español. Por otra parte, el cráneo de Napoleón no presentaba los atributos de su jenio, faltaban los órganos que debían corresponder a las facultades que había demostrado poseer más ampliamente. Para Spurzheim, ese cráneo no podía ser ni siquiera el de un soldado. I por el contrario, en la cabeza de Fieschi, siniestro asesino, dominaba el órgano de la ternura i el amor paterno.

Fácilmente se podrían multiplicar los ejemplos que probaban cuán distante estaba de ser exacta la jeneralización de Gall i sus adeptos i cuán frágil era el edificio en que se apoyaba aquella ciencia que marcaba con un ruidoso fracaso cada uno de sus pasos. Sus enemigos iban pacientemente anotando en sus carteras cada una de esas estrepitosas faltas, i formando con ellas poco a poco un proceso abrumador a la ciencia frenológica, hasta que llegó un día en que cayó en un descrédito absoluto e irrevocable, i derribada de su altar de nueva ciencia pasó a ser una agradable entretenimiento de sociedad, un inocente juguete de salón.

Los partidarios de la filosofía metafísica aplaudían a dos manos la caída de esa escuela que por un momento había dominado los espíritus i presentado bajo una luz materialista los grandes problemas de la inteligencia humana. Volvían a ver su alma simple i una, su libertad moral, su responsabilidad íntegra, las antiguas concepciones de la moral i del espíritu, que la frenología despedazaba en nombre del despotismo orgánico. ¿Quién podía hablar de responsabilidad en presencia del dogma de la fatalidad inexorable? ¿Quién podía culpar a un individuo de sus defectos o sus vicios, si esos defectos i esos vicios eran la consecuencia inevitable de la conformación de su cerebro? I por el contrario ¿qué mérito podían tener esas virtudes con que el individuo había nacido, i de que aun cuando quisiera no podía desprenderse? La moralidad, la virtud, el crimen i el vicio eran la consecuencia ineludible i fatal de una proeminencia o una depresión en el cerebro. Los hombres

eran las víctimas de un destino orgánico fatal e inexorable, como el sombrío destino del antiguo paganismo.

Como se vé, en el fondo habia singulares concordancias entre la doctrina frenológica i la astrología de la edad media, basada en la creencia de que cada vida tiene su destino; pero miéntras los astrólogos iban a buscar el secreto de ese destino en los misteriosos arcanos de la bóveda celeste, los frenólogos trataban de descifrarlo interrogando con sus dedos la bóveda del cráneo, pero creyendo en todo caso como el poeta, que

*«Notre vie c'est un livre qui nous tombe écrit des cieux.»*

Sin embargo, esa fugaz alegría de la escuela metafísica no tardó en disiparse, viendo que una escuela mas poligrosa se levantaba en medio de las ruinas de la frenología pulverizada por la crítica:—la escuela fisiológica tambien inscribia entre sus dogmas capitales la tiranía del organismo sobre la intelijencia, como sobre todas las manifestaciones de la vida.

Pero de paso la escuela fisiológica heredaba el nuevo método de observacion que Gall habia iniciado, i encontraba el terreno preparado para entrar sin obstáculos mui graves a considerar el cerebro como el órgano central del pensamiento, i al cráneo—que es su reflejo incompleto—como un medio de apreciacion, doble punto de partida que Gall habia formulado con la intuicion del jenio, i que quedó flotando sobre las ruinas de su efímera creacion.

I junto con ese precioso dato fisiológico i ese método de evaluacion craniána recojió tambien la ciencia algunas observaciones finas, sagaces, i que los hechos repetidos en una vasta escala han ido confirmando i convirtiendo en leyes ya casi definitivamente elaboradas.

Sin embargo, la teoría de las localizaciones cerebrales nó avanzaba, ni podia hacerlo, miéntras la anatomía cerebral estuviera reducida a unas pocas afirmaciones vagas i flotantes; pero la escuela alemana aplicó a este órgano sus métodos tenaces i paciente, i llegó luego a una conclusion inesperada:—esas circunvoluciones cerebrales, esa capa gris que cubre la corteza del órgano i que se habia mirado como una envoltura caprichosa, irregular i esencialmente variable, obedecia por el contrario a una lei fija, a una distribucion idéntica, invariable en sus líneas fundamentales, i que solo presentaba alteraciones de un orden secundario. I al lado de esta fijeza de la distribucion aparecia una marcada diversidad de estructura al microscópio. De modo que el nuevo exámen

practicado con un método superior i el poderoso auxilio de las lentes modernas venia a hacernos ver que era fijo lo que creíamos variable, i variable lo que juzgábamos constante.

De esos nuevos estudios resultaba, pues, que el cerebro no era un solo órgano, sino una serie de órganos; que en una rejion presentaba siempre, invariablemente una estructura, i en otra rejion siempre i constantemente otra estructura. De aquí natural i lójicamente se desprendia un hecho—las diversas rejiones del cerebro debian tener distintas funciones desde que tenian distinta estructura, desde que eran órganos distintos.

Pero pasaron todavía algunos años ántes de que los experimentadores entrasen en la via de la solucion definitiva de aquel problema oscuro e inabordable. Por fin, en 1870—notad que solo hace diez años—dos fisiólogos alemanes, Fritsch i Hitzig, descubrieron que era posible provocar movimientos determinados exitando ciertos puntos de la corteza cerebral, que hasta entónces se habia creído inexitable, error difundido por las experiencias de Flourens falsamente interpretadas. Ferrier, un eminente experimentador ingles, se apoderó de aquella idea apénas bosquejada en Alemania, la amplió, le dió un inmenso desarrollo experimental i la hizo suya; Charcot, la cabeza mas poderosa de la medicina francesa desde Broussais, abrió el campo a las investigaciones patolójicas, i en ese hondo surco, todavía abierto, han principiado ya a brotar hermosas i fecundas conclusiones.

Ya conocemos los centros de donde irradia el cerebro el movimiento hácia los órganos de la locomocion, ya están limitadas las rejiones motrices de la capa cortical, localizadas hácia las partes laterales i superiores del cerebro. I ya estamos tambien cerca de fijar los centros intelectuales i afectivos en las rejiones anteriores i posteriores del cerebro de una manera incommovible. Notad que todo eso habia sido ya entrevisto por Gall, pero no demostrado, no localizado de una manera experimental, susceptible de prueba. I esa era tambien la parte seria i atrayente de la escuela frenolójica, lo que le da derecho a nuestra respetuosa gratitud.

Ahora la ciencia sale de ese camino i aborda el problema de la influencia de la conformacion del cerebro sobre las aptitudes intelectuales bajo una faz diversa. El primer paso en este sentido son los estudios—ya numerosos—consagrados a la conformacion especial de los cráneos de los grandes criminales. Un observador de un talento superior, como lo es Maudsley, ha llegado hasta

afirmar como una conclusion de sus estudios esta frase atrevida: «la clase criminal constituye una variedad de la especie humana, marcada con caracteres particulares i tan diferente de los demas hombres, como un carnero de cabeza negra difiere de las otras razas de carneros.»

Voi a reunir ahora todos los datos que he podido recojer, i que han sido publicados despues de la conocida obra de Maudsley—«La locura i el crimen»—en que el autor ingles ha sostenido esa posibilidad de caracterizar físicamente la clase criminal.

Desde luego el Museo de Caen envió a la última esposicion universal una coleccion de cráneos de asesinos guillotinaados, entre los que venian treinta i seis franceses. El señor Bordier estudiando esos cráneos principi6 por notar un hecho que produjo en los primeros momentos la sorpresa de una paradoja:—los asesinos tienen la cabeza mas grande que la mayor parte de los hombres. Es bien sabido que el tamaño de la cabeza es en jeneral el signo de una superioridad intelectual, que los cráneos de los salvajes, los cráneos de la edad media, los cráneos de la fosa comun son mas pequeños que los de nuestro tiempo i de la clase mas educada.

«Segun las cifras obtenidas por Bordier, entre cien cráneos parisienses de nuestra época, veintidos tienen una capacidad media de 1,300 a 1,400 centímetros cúbicos. La capacidad de 1,600 a 1,700 centímetros cúbicos es ya considerable, i solo el 3 por 100 de los cráneos de parisienses honrados alcanzan esta medida: entre los asesinos la proporcion se eleva a 23 por ciento.

«Entre los cráneos del cementerio del oeste no se ha encontrado ninguno que mida mas de 1,500 centímetros cúbicos, i en cambio se encuentra entre los asesinos un 3 por ciento de cráneos que miden 2,000 i hasta 2,100.

«Estos datos demuestran que el tamaño considerable de la cabeza no es un carácter absoluto de honradez i de superioridad intelectual: los criminales i las personas honradas pueden perfectamente rivalizar por el volúmen de su cerebro. Así el cráneo de Descartes, conservado en el *Museum* solo mide 1,700 centímetros cúbicos, volúmen ya considerable, pero mui inferior al del cráneo de ciertos asesinos; el de Volta 1,850 centímetros cúbicos i el de la Fontaine 1,950. El tamaño de la cabeza, es pues, simplemente un factor entre los que caracterizan el valor intelectual del individuo.»

Factor, añadimos nosotros, que deriva su importancia segun

cual sea la rejion cuyo aumento de volúmen hace aumentar la capacidad total del cráneo. Si ese aumento es debido al desarrollo de la rejion frontal, rejion esquisitamente intelectual; a la rejion parietal, que cubre los centros motrices del cerebro; o a la rejion occipital, probable asiento de los órganos de la sensibilidad, se comprende que el significado de ese desarrollo tendrá que ser mui diverso i aún opuesto.

Tal es lo que sucede con los cráneos de esos grandes criminales estudiados por Bordier. La frente de esas cabezas es notablemente pequeña i aplastada. «Ninguna raza, a juicio de este observador, presente o pasada de nuestro continente ha ofrecido una frente tan estrecha, i para encontrar hombres con una frente análoga a la de los criminales, es necesario remontarse hasta los tiempos prehistóricos. Las razas de todas las épocas tienen en Francia mas de cien milímetros de curva frontal. La curva de los cráneos del cementerio del Oeste, que representa la época moderna, se eleva a 1,100 milímetros; la de los asesinos apénas alcanza a 998.

Pero en cambio la zona parietal, los costados de la cabeza, presentan un desarrollo escepcional i que llega a ser característico. Es esta zona, como ya hemos dicho, la que cubre los centros motores, impulsivos del cerebro, la que refleja al exterior el desarrollo del aparato de las escitaciones materiales. La destruccion de esta rejion por la enfermedad o por la mano del experimentador determina la aparicion de parálisis, cuya estension corresponde a los limites que abraza la superficie del cerebro lesionada, i por el contrario, la escitacion de esta zona, ya sea el resultado de una lesion irritativa o de procedimientos experimentales provoca movimientos que están en armonía con la intensidad del escitante i la estension escitada.

Una rejion frontal estrecha, una rejion parietal desarrollada, como dice Bordier «poca reflexion i mucha accion, tal es el carácter que presentan el cráneo del hombre prehistórico i el del asesino moderno.» Se comprenden, añade un distinguido vulgarizador, la necesidad de la accion i el desarrollo de los órganos correspondientes en nuestros primeros antepasados. Su vida salvaje exige ciertas facultades especiales. El peligro es incesante; los órganos impulsivos deben tener una estension proporcionada a esta vida de aventuras. En las sociedades modernas la reflexion ha dominado progresivamente a la accion, i los lóbulos del encéfalo se han modificado progresivamente. El criminal, dice Bordier, se conduce

en nuestras sociedades modernas como un hombre prehistórico en un país civilizado: se le puede comparar a un animal que nacido de padres domesticados i acostumbrados al trabajo, aparece bruscamente con los instintos del animal salvaje. En todas las especies domésticas encontramos individuos de este jénero; son animales indóciles, indomables i rebeldes. En resúmen, las observaciones de Bordier demuestran evidentemente la inferioridad actual de los criminales. Poca frente i mucha rejion parietal. Si el volúmen del cerebro es tan grande, es porque la cabeza es mui larga; el cráneo gana en altura i longitud, lo que pierde en anchura por un aumento sensible de la parte antero posterior del cerebro. El exámen craniolójico confirma enteramente lo que habian demostrado las observaciones biolójicas de los médicos en las cárceles. El doctor Micholsen el sabio especialista ingles, dice del criminal: Su intelijencia no tiene fuerzas para luchar con su impulsión... Sus facultades se traducen por cabezadas, i el egoismo es su únieo móvil.

Considerando la cuestion bajo otro aspecto, ha insistido Bordier en la frecuencia de anomalías groseras en los cráneos de los guillotizados de Caen: asimetría, proeminencias, suturas prematuramente osificadas, las huellas de antiguas inflamaciones. Bordier se detiene, sobre todo, en estas últimas lesiones que constató en 14 de los 36 cráneos de Caen, i en casi todos estos casos—en todos ménos uno—las lesiones de estas meningitis circunscritas se encontraban en los costados de la cabeza, en esa rejion parietal que no solo presentaba un desarrollo exajerado, sino tambien una sobreexcitacion mayor que cualquier otra rejion del cerebro.

El número de observaciones en que Bordier apoya su trabajo es demasiado reducido todavia para dar a sus conclusiones el valor de aforismos de la ciencia, de afirmaciones incuestionables e inequívocas. Pero es ya lo bastante para hacer fijar nuestra atencion en este punto, i como dice un sabio espiritual, esas observaciones nos enseñan a desconfiar de los cráneos anormales i a que no aceptemos por yerno a un hombre de frente estrecha i con las rejiones parietales exajeradas.

Pero estos trabajos, por mas grande que sea su importancia, no son, sin embargo, los que han ido mas allá en el nuevo camino que recorre la mirada inquieta i curiosa de la ciencia. Hasta, aqui todo tiene una vaguedad incierta i mortificante, que felizmente han principiado ya a desvanecer los estudios de Benedickt, los

trabajos de Hanot, i que una autopsia reciente me ha venido a confirmar.

Benedickt llamó la atencion a una disposicion cerebral que habia encontrado en grandes criminales: señaló la presencia de cuatro circunvoluciones frontales en doce asesinos condenados a muerte, cuya autopsia habia hecho con cuidado.

Hanot encontró la misma anomalía cuatro veces en once autopsias practicadas en la prision de la Sainté. En las piezas presentadas por Hanot la segunda circunvolucion frontal es la que parece desdoblarse. Este resultado es tanto mas curioso, dice el secretario de la Sociedad de Biología, cuanto que en la corriente del año 79, M. Ovion no ha encontrado un solo cerebro análogo entre los enfermos que han sucumbido en el hospital Cochin.

Observaremos de paso que en las autopsias practicadas por Hanot, todos los criminales no habian pertenecido propiamente a esa categoría de seres depravados que un impulso interior arrastra al crimen fatalmente. Entre esos individuos habia algunos condenados por recondencias de hurto.

Como se comprende fácilmente, si esa constitucion orgánica caracteriza al criminal, solo podremos encontrarla en los individuos a quienes su organismo arrastraba al crimen i no en aquellos que eran arrastrados por circunstancias estrañas a su propio organismo, por la miseria, por el hambre, por la desesperacion, por todas las causas indirectas en una palabra. Esto vendria a explicarnos por qué en unos casos se encontraba el defecto orgánico que falta en otros.

Considerando la cuestion de esta manera, cayó en mis manos un gran criminal en que podia poner a prueba la observacion de Benedickt. Se trataba de un hombre conocido en las prisiones con el apodo de *Siete lenguas*, apodo que le venia del propósito único que este hombre daba a su vida: asesinar siete individuos i juntar sus siete lenguas. Así este hombre asesinaba sin pasion, friamente, por el placer de cumplir su feroz propósito. Elejia sus víctimas al acaso. Era, pues, un tipo indiscutible de esos criminales por organizacion i por consiguiente un caso en que la disposicion señalada por Benedickt debia realizarse, si era exacta.

La autopsia confirmó completamente esa observacion. El cráneo del individuo presentaba un espesor mui considerable. Las envolturas cerebrales solo tenian de particular el desarrollo considera-

ble de las granulaciones de Pachioni, a pesar de que la edad del individuo no podia esceder de cincuenta años.

La pulpa cerebral presentaba una coloracion parduzca, una consistencia inferior a la normal. La superficie ofrecia en toda su estension una gran riqueza de repliegues accesorios. En el lóbulo frontal se dibujaban claramente cuatro circunvoluciones que podian ser mui fácilmente limitadas i aisladas unas de otras. Como en los casos de Ovion, era la segunda circunvolucion la que se bifurcaba.

Presentaba, pues, este caso un ejemplo de la disposicion cerebral de Benedickt, i nos hacia sospechar un cambio en la composicion química del órgano esa débil consistencia de la capa cortical. Aparte de esto, notamos tambien en este caso la pequeñez de las manos i los piés: cran estremidades completamente femeniles.

Anotamos este caso como una confirmacion de esa disposicion del cerebro de los criminales, que si autopsias ulteriores consiguieran establecer como un hecho constante, vendrian a colocar bajo una luz diversa los problemas de la lejislacion penal.

DR. A. ORREGO LUCO.

Abril de 1880.

---

## POESIAS.

---

### LOS CUENTOS.

A MI AMIGO DON L. N.

Huyeron, sí, volaron,  
A no tornar huyeron  
Esos de mis amores  
Alados rapazuelos.

Arreboladas nubes  
De un sol cuyos reflejos  
Anubla con sus sombras  
El aterido invierno,

Figuran mis idilios  
Amados, mis recuerdos,  
O mas bien las visiones  
De mis pasados sueños.

Altos sublimes goces,  
Ideales no tengo;  
Quizá otros mas felices  
Los hallen en su suelo.

¡Ah! i aun así, en mis años  
Me es dado hallar al ménos  
Momentos agradables  
De plácido embeleso.

Veo que con sus hojas  
Altísimos, esbeltos  
Revisten el paisaje  
Los lingües i los muermos.

Es allí donde solo  
I libre en medio de ellos  
En horas de fastidio  
Doi mis quejas al viento.

Los Andes (yo os bendigo  
Murallas del Eterno)  
Aquí tambien sus cinras  
Elevan hasta el cielo.

Talvez embebecido  
En mis delirios llego  
A algun lugar poblado  
De musgos i de helechos.

Los musgos por su regla  
Buscan por alimento  
La casi muerta sabia  
Ya de los troncos viejos;  
Que como son tan sobrios,  
Humildes i pequeños  
Tienen para bandearse  
De sobra con los restos.

Los helechos que digo  
Son plantas en estremo  
Airosas, i al impulso  
Ondean de los céfiros;

Mas son por sus dentadas  
Hojitas descubiertos  
Do siempre la semilla  
Llevan por el reverso.

O talvez un amigo  
 Leal como tú i bueno  
 Mis viejas ilusiones  
 Aviva lisonjero.

Sí, no olvidas que vivo  
 Al sur de este hemisferio,  
 Casi ya en las rejiones  
 De los helados témpanos.

No olvidas que soñando  
 Dudo si estoi despierto  
 A solas con mis dulces  
 Memorias de otro tiempo.

El mal es, ¡ai! que algunos  
 En este lugarejo  
 Haciendo de las suyas  
 Viven de enero a enero.

¿I quiénes son?—La Envidia,  
 El suspicaz Recelo,  
 Amen de la Zizafia  
 I el enfadado Tedio.

Aquí donde del gallo  
 Se oye el canto de léjos  
 En vez de los rodados  
 Transportes del comercio.

Abundan, pero cómo!  
 Hombres de carne i hueso  
 Que a esas divinidades  
 Prodigan el incienso.

Yo ya ni me rebullo,  
 I ni hablo; pero temo,  
 I con estas zosobras  
 Me aflijo i atormento.

Ayer (era domingo)  
 Salí fuera del pueblo  
 Como a ponerme a salvo  
 De chismes i de cuentos.

Ya no es posible, digo,  
 Vivir en este infierno;  
 Chismosos i enredistas  
 Me quitan el sociogo.

¿Cuentos dije? ¿I acaso,  
 No soi acaso el necio  
 Mas necio que se ha visto  
 Al sur de este hemisferio?

¿No he visto que es mui fácil  
 Forjarlos al intento,  
 I mas si toman cartas  
 Los bobos en el juego?

Que tienen por oficio  
 Llevarlos i traerlos  
 Zizañeras beatas  
 Beatos zizañeros?

Lo he visto, sí, lo he visto,  
 Lo afirmo, lo confieso,  
 ¿I así vagos susurros  
 Me hacen perder el seso?

Ni vale por disculpa  
 El ver que como ciertos  
 Los lleve por el mundo  
 La Fama en presto vuelo.

Nó, que sus rumorosos  
 Atronadores ecos  
 Lo que soñó la Envidia  
 Publican indiscretos.

Oh, Dios, pues de enmendarme  
 Conoces mis deseos,  
 Guia mis pasos, guia  
 Por fáciles senderos.

I mis oídos cierra  
 A los hechos diversos  
 Que la maledicencia  
 Publica a voz en cuello.

¿I he de creer en chismes

Absurdos; por ejemplo:

Que están para salirse

Los frailes del convento;

O bien en un velorio

Senil, o testamento

Donde la libre cuarta

Le dejan a mi abuelo;

Que ando por los bosques,

Ejidos i barbechos

Sin armas, i me guarde

Del Zurdo, alias el Negro;

O que ya no se casa

(Testual) el boquiabierto,

O en fin que ya lo blanco

No es blanco sino negro?

Sí; pero lo del Zurdo

Que dicen que anda suelto

No es, según las varias

Versiones, para ménos.

Acaban de nombrarme

Fiscal en el proceso

Descomunal registro

De robos i salteos.

I a estar a lo que el mozo

Oyó del cervecero

Que habló con los hermanos

De la mujer del reo,

Si doi dictaminando

Mi vista con mal sesgo,

Me debe el desalmado

Matar en un encuentro.

Así decía yo

Al ir por un recuesto,

I como quien recita

Talvez algunos versos.

De golpe pues me animo,  
A entrar en un potrero,  
Me hallo como de pascua  
De cadillos cubierto.

Por quitarlos de encima  
Les doi con el pañuelo;  
Mas, por mas que sacudo  
Se agarran los mostrencos.

Entónces fué que tuve  
Que darme en pasatiempo  
El ir uno por uno  
Sacando con los dedos.

¿Qué este remedio sirva  
Para chismes i enredos!  
¿Se prenden? ¿Pues hai mas  
Que hacer lo que debemos?

¿Hai mas que si a las burlas  
Resisten i al desprecio  
Aplicarles un poco  
Los dedos del criterio?

Creuyendo así de lo alto  
Ver un remedio en esto,  
Postréme agradecido  
De hinojos en el suelo;

Pues que con esta imájen  
Me fué inspirado el medio  
De conjurar en parte  
La malicia del pueblo

Ni ya, digo, me inporta  
Que envidias i recelos  
Ajiten en las sombras  
Sus alas de murciélago.

¡A cuántos que se dicen  
Enemigos de cuentos  
No les viniera estrecha  
La moral de este invento!

Si vienen con sus chismes,  
Les digo: caballeros,  
Despues de examinarlos  
Les daré el visto bueno.

O si ven en mis fábulas  
Alusiones, protesto!  
Al vicio, no al vicioso  
Aludo en estos versos.

Puerto Montt, abril de 1880.

SIMON CORDOVEZ

---

## LA ENVIDIA I LA CARIDAD.

### FANTASÍA.

Es la envidia ¡miradla negros ojos!  
Mas no hermosos, pequeños i sombríos,  
Su tez morena de un color subido,  
Lábios delgados, pálidos i frios.

Sus cabellos, madejas de serpientes,  
I sus dientes escombros del infierno,  
Su palabra es el trueno cuando estalla,  
Su corazon un hielo siempre eterno.

Los espectros se asustan a su vista,  
I la fiera al mirarla se estremece,  
Tiembla la sociedad al escucharla,  
Se oculta la mujer cuando aparece.

Todos le tiemblan i a su vista todos  
 Vuelan despavoridos como el ave,  
 Que sin piedad el casador persigue  
 I que su vuelo lleva a dó no sabe.

---

Esa es la envidia, si ¡miradla ahora!  
 Resuelta i satisfecha se adelanta,  
 Brilla su faz con resplandor siniestro,  
 Su mirada de hiena aterra, espanta!

---

Llega a una jóven de cabellos de oro,  
 De frente blanca, trasparente i pura,  
 Boca de rosa perfumada siempre  
 I ojos llenos de anjélica dulzura.

---

Envuelve en tules sus aéreas formas,  
 Ciñe diadema su gentil cabeza,  
 I su mano pequeña i nacarada,  
 Pulsa lira de cálica belleza.

---

La diadema que ostenta nó es de piedras,  
 De costoso valor ni de brillantes,  
 Es formada con luces de los cielos.  
 Con los rayos del jenio rutilantes.

---

Se acerca a ella i con mirada altiva  
 Que refleja furor reconcentrado,  
 La contempla un momento i luego dice  
 Mi víctima serás; sola te he hallado!

---

Hoi sí, saciar<sup>o</sup>podré, la sed ardiente  
De venganza que guardo dentro el pecho,  
Te arrancaré las carnes a pedazos  
I tu rostro a mis pies veré deshecho.

---

La sangre toda de tus blandas venas  
Libaré con placer nunca sentido;  
Pues si en mi vida he odiado, yo te juro  
Que a nadie como a tí he aborrecido.

---

Mil veces te has mesclado en mi camino,  
Oponiéndote cruel a mis deseos,  
A quien yo calumnié lo defendiste,  
I abriste la prision siempre a mis reos.

---

La enemiga implacable siempre has sido,  
Que se ha opuesto a mis horas de venganza,  
Mas, hoi no escaparás, quedaré libre,  
I hácia la vírjen rápida se lanza.

---

Mas no alcanzó a tocar su mano impía  
Ni el manto de su blanca vestidura;  
Una nube rosada i trasparente  
La trasportó del suelo hácia la altura.

---

I al juntarse esta nube con las otras,  
Ánjeles mil surjieron con anhelo,  
Entonando los coros meliodosos,  
Que tan solo se escuchan en el cielo.

---

¡Salud caridad bendita!  
 ¡Rayo del trono de Dios!  
 A tí no alcanza el aliento,  
 Impuro de corrupcion!  
 Que siempre saldrás triunfante,  
 I de la envidia el rencor,  
 Jamas llegará a tocarte,  
 Pue triunfar es tu mision.

—

Así cantando el melodioso coro  
 En el cielo internóse con la diosa,  
 En tanto que la envidia confundida  
 Asotaba su lengua venenosa.

—

I así sucede siempre al que envidioso,  
 Persigue con teson a la inocencia,  
 Dios que vela por élla la protege,  
 ¡Abriue el perseguido esta creencia!...

—

I así alentado con la frente erguida,  
 Cruce del mundo la escabrosa senda,  
 Que al talento i virtud, nunca ha podido  
 La envidia atarlos con su negra venda!

HORTENSIA BUSTAMANTE DE BAEZA.

—

## LA VENTANA DE LA CASA PATERNA.

(A. DE LAMARTINE).

Cercana al techo donde abrí los ojos  
 Una vid ostentaba sus racimos,  
 I a mi ventana por pisar sus granos  
 Por bandadas venian pajaritos.

La blanca mano de mi tierna madre  
El fruto lo acercaba hácia sus niños,  
I ellos la rama alegres sacudian  
Que asilaba a las aves con cariño.

---

Ya la madre murió: se ausentó el ave  
I la vid se ha vestido de amarillo,  
La yerba invade el marco de la puerta  
I yo al pensar en esto triste jimo.

---

I esta vid que he mirado entrelazada  
A los recuerdos de cuando era niño,  
Hoi a mi alma sujere un pensamiento,  
I es que oculte despues mi mármol frio.

HORTENSIA BUSTAMANTE DE BAEZA.

Santiago, junio 4 de 1880.

---

---

# INDICE

## DEL TOMO DIEZISEIS.

---

	PÁJ.
<i>Tequalda</i> , por <i>Julio César</i> .....	5
<i>Don Marcelino Menendez Pelayo</i> , por <i>Mucio Scévola</i> .....	20
<i>Ir por lana</i> ..... por <i>Daniel Barros Grez</i> .....	37
<i>La resurreccion del latin</i> , por <i>Ruy-Blas</i> .....	80
<i>Un ramo de pensamientos</i> , por <i>Eduardo Villa</i> .....	100
<i>Poesías</i> , por <i>M. A. Montt i Hortensia Bustamante de B.</i> .....	120

---

	PÁJ.
<i>Leon Gambeta</i> , por <i>Emilio Castelar</i> .....	129
<i>Ensayo critico sobre las poesías de J. A. Sofía</i> , por <i>Julio Bañados Espinosa</i> .....	168
<i>El Vértigo</i> , por <i>Gaspar Nuñez de Arce</i> .....	189
<i>El Tutor i su Pupila</i> (comedia en 4 actos), por <i>Daniel Barros Grez</i> ....	210
<i>Apuntes biográficos. Carlos Grez Torres</i> , por <i>Washington Allendes S.</i> ...	243
<i>Poesías</i> , por <i>Hortensia Bustamante de Baeza, Luis A. Valenzuela O. i Luis A. Luco</i> .....	243

---

	PÁJ.
<i>El Tutor i su pupila</i> , comedia en 4 actos por Daniel Barros Grez, (conclusion) .....	257
<i>D. Jorge Hunecus</i> , por Ricardo Passi García .....	296
<i>El Estudio de la Música</i> , por José Ducci.....	303
<i>Ensayo crítico sobre los Recuerdos Literarios del señor José Victorino Lastarria</i> , por Julio Bañados Espinosa.....	306
<i>Glaura</i> , por Alfredo Monke.....	327
<i>Julio Bañados Espinosa</i> , por Washington Allende S.....	355
<i>Poesías</i> , por Adolfo Quiroz, Luis Valenzuela C. i Hortensia Bustamante de Baeza.....	370



	PÁJ.
<i>Venganza o Los Chilenos víctimas en el Perú</i> (drama en 3 actos), por Luis A. Valenzuela O.....	385
<i>Observaciones sobre el cerebro de los criminales</i> , por A. Orrego Luco...	483
<i>Poesías</i> , por Simon Cordovez i Hortensia Bustamante de Baeza.....	500

